GranSuperTerror

POPPY Z. BRITE

LA MÚSICA DE LOS VAMPIROS

Son los vampiros
de Nueva Orleans.

Los hay puros
e híbridos.

Aman la música rock.

Consumen droga.

Practican amores ambiguos,
incestuosos.

Y no cesan de beber sangre,
aunque ésta les envenene.



Son los hijos de la noche. Visten de negro, van a la deriva sin ningún ancla y buscan amor, ser aceptados y dar sentido a sus vidas…

En un momento en que parece que ya no se puede hacer casi nada nuevo con el mito del vampiro, **Poppy Z. Brite** le infunde una pasión incontenible, una sensualidad y una riqueza que le llegarán hasta lo más profundo del corazón y que seguirá recordando mucho tiempo después de haber pasado la última página de esta novela.

«*La visión de Brite es inquietantemente tenebrosa, deliciosamente erótica, dulcemente salvaje y singularmente personal*». —Dan Simmons

«*El talento descomunal emite vibraciones termonucleares. La última vez que lo dije me refería a Dan Simmons. Ahora lo digo con relación a Poppy Z. Brite. Se trata de una voz que oiremos durante mucho tiempo*». —Harlan Ellison

Poppy Z. Brite ha despertado un increíble interés electrizando a los lectores con su prosa irresistible y ganando fans como Dan Simmons y Harlan Ellison. Tiene usted en sus manos la primera novela de la escritora de terror más fascinante de los años noventa.



Poppy Z. Brite

La música de los vampiros

Gran Super Terror - 36

ePub r1.0
GONZALEZ 17.04.15

Título original: *Lost Souls*
Poppy Z. Brite, 1992
Traducción: Albert Solé

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2



Agradecimientos

Debo una gratitud muy especial a Monica C. Kendrick. Dos de los personajes de *La música de los vampiros*, Arkady y Ashley Raventon, son hijos de su cerebro. Monica ha tenido la amabilidad de permitir que aparecieran como estrellas invitadas en estas páginas.

Mi gratitud también al brillante y arrebatador señor John Skipp, al cortés y siempre ingenioso señor Dan Simmons, y al impresionantemente dotado y generoso señor Harlan Bluson. Esos soberbios escritores, que son personas todavía más soberbias, forman mi trío de santos patronos, y quiero muchísimo a los tres.

También expreso mi gratitud a Richard Curtis, mi agente, y a todas las personas maravillosas que trabajan en Richard Curtis Associates; a Jeanne Cavelos, mi directora de publicaciones; a David B. Silva y *The Horror Show*…, sigo echando de menos esa revista y siempre lo haré; a otro excelente escritor y amigo, Brian Hodge, por creer en *La música de los vampiros* desde el comienzo; a Doug Winter, porque fue el primero que me animó a escribir el maldito libro; a Ed Bryant y a Tom Monteleone por actos y palabras maravillosas; a todos los de *Iniquities*.

A Craig Spector, Lisa Wimberger, Linda Marotta, Kathryn Ptacek, A. J. Mayhew, J. R. McHone, Jodie y Steve Forrest, Pat Johnson, John Gillespie, John Hughes; Brad y Forrest Cahoon y John Ross por la ayuda que me prestaron cuando tuve que tratar con ordenadores temperamentales; a todos los fetos del Nantahala Street Compound por apartarme de mi trabajo y apoyarme para que continuara con él; a Paul, el clon-Ramone más bello de toda Nueva Orleans, por haberme metido a la fuerza el primer trago de *chartreuse* en la garganta.

En último lugar, mi agradecimiento máximo e insuperable a Connie Burton Brite, mi madre; a Christopher DeBarr, la alegría de mi hogar, a Bob Brite, mi padre; y a la Multitud Misteriosa meramente por ser los ectoplasmas que son.

Prólogo[1]

Durante el verano las familias de los suburbios de Nueva Orleans —Metarie, Jefferson, Lafayette—cuelgan guirnaldas en sus puertas delanteras: alegres guirnaldas de paja de color oro, púrpura y verde; guirnaldas con campanillas y tiras de cinta que cuelgan de ellas, y que son movidas por la cálida brisa enredándose unas con otras. Los niños disfrutan comiendo pasteles enormes. Cada rebanada de pastel está adornada con un recubrimiento distinto e igual de dulzón y pegajoso —las cerezas confitadas y el azúcar de distintos colores son los preferidos—, y el niño o la niña que encuentran un bebé de plástico rosado dentro de su porción de pastel gozarán de un año de buena suerte. El bebé representa al Cristo recién nacido, y los niños casi nunca se atragantan porque Jesús ama a los niñitos.

Los adultos compran máscaras de gato adornadas con lentejuelas para las mascaradas, y los esposos de otras mujeres atrás esposas de otros hombres hacia su pecho bajo el refugio del musgo español y el anonimato, seda caliente y lenguas que se lanzan a una búsqueda desesperada, la tierra húmeda y el blanco perfume fantasmal de las magnolias que se abren en la noche, y los farolillos de papeles multicolores del porche que brillan en la lejanía.

En el Barrio Francés el licor fluye como si fuese leche. Ristras de abalorios baratos cuelgan de los balcones de hierro forjado y adornan cuellos sudorosos. Después de que hayan pasado los desfiles, los abalorios quedan esparcidos por las calles y se convierten en la realeza de la basura que se amontona en las cunetas, colores abigarrados entre las colillas de los cigarrillos, las latas y las gafas de plástico marca Huracán. El cielo es de color púrpura, el destello de una cerilla medio oculta que se enciende detrás de una mano curvada es de color oro; el licor es verde, de un verde muy intenso, hecho de mil hierbas distintas, hecho de altares. Los que tienen la experiencia y la sabiduría suficientes para beber *chartreuse* durante el carnaval son muy afortunados, porque la esencia destilada de la ciudad arde en sus estómagos. El *chartreuse* brilla en la oscuridad, y si bebes una cantidad suficiente de él tus ojos se volverán de un verde fosforescente.

El bar de Christian estaba en la Rue de Chartres, lejos del centro del Barrio Francés yendo hacia la calle del Canal. Sólo eran las nueve y media. Nadie aparecía hasta las diez, ni siquiera en las noches del carnaval…, nadie salvo la chica del vestido de seda negra, la muchacha delgada y bajita de suave cabellera negra que caía formando un telón sobre sus ojos. Christian siempre sentía el deseo de apartársela de la cara, de sentir cómo se deslizaba entre sus dedos igual que hilillos de lluvia.

Aquella noche entró a las nueve y media, como de costumbre, y miró a su alrededor buscando a las amistades que nunca estaban allí. El viento entró detrás de ella soplando desde el Barrio Francés, y el aire de la noche onduló en cálidas oscilaciones bajando por la calle Chartres mientras se alejaba hacia el río oliendo a especias, ostras fritas, *whisky* y al polvo de huesos muy viejos robados y profanados.

Cuando la joven vio a Christian inmóvil detrás de la barra, esbelto, blanco e inmaculado con su negra cabellera brillando sobre sus hombros, fue hacia allí y se encaramó de un salto a un taburete —tuvo que impulsarse hacia arriba con las manos —, y preguntó lo mismo que preguntaba casi todas las noches.

—¿Puedo tomar un destornillador?

—¿Cuántos años tienes, encanto? —le preguntó Christian, como le preguntaba casi todas las noches.

—Veinte.

Mentía por un mínimo de cuatro años, pero habló en un tono de voz tan bajo y tan dulce que Christian tuvo que escuchar aguzando el oído al máximo para enterarse de lo que decía. Los brazos que había apoyado sobre la barra eran delgados y estaban cubiertos por una fina pelusilla rubia, y los manchones de maquillaje oscuro eran como morados alrededor de sus ojos, y los mechones eran colitas de ratón, y sus pies diminutos con las uñas pintadas de color naranja calzados con sandalias sólo conseguían darle un aspecto todavía más infantil. Christian preparó el cóctel sin echar mucho alcohol y metió dos cerezas en el vaso. La joven pescó las cerezas con los dedos y se las comió una detrás de otra, chupándolas como si fuesen golosinas antes de empezar a tomar sorbos de su bebida.

Christian sabía que la chica venía a su bar porque las bebidas eran baratas, y porque él se las servía sin hacerle preguntas molestas sobre el carnet de identidad o el porqué una chica tan guapa quería beber a solas. Siempre se daba la vuelta con un leve sobresalto cada vez que se abría la puerta de la calle, y su mano subía revoloteando hasta su garganta.

—¿A quién estás esperando? —preguntó Christian la primera vez que entró en su bar.

—A los vampiros —replicó ella.

Siempre estaba sola, incluso la última noche del carnaval. El vestido de seda negra dejaba sus brazos y su cuello al descubierto. Antes fumaba Marlboro Lights. Christian le había dicho que todo el mundo sabía que sólo las vírgenes fumaban eso, y la chica se sonrojó y a la noche siguiente apareció con un paquete de Camels. Le dijo que se llamaba Jessy, y Christian se limitó a sonreír ante la broma de los vampiros. No sabía hasta qué punto estaba enterada, pero siempre se comportaba con mucha educación y tenía una sonrisa dulce y tímida, y era una chispita de luz que brillaba en la grisura cenicienta de cada noche vacía.

Una cosa estaba clara, y era que él no iba a morderla.

Los vampiros llegaron a la ciudad un poco antes de la medianoche. Dejaron su camioneta negra en un sitio donde estaba prohibido aparcar, echaron mano a una botella de *chartreuse* y bajaron con paso tambaleante por la calle Bourbon dando largos tragos de la botella por turno, los brazos pasados sobre los hombros, los cabellos de uno rozando el rostro de otro. Los tres habían resaltado sus rasgos con manchas oscuras de maquillaje, y los dos más corpulentos se habían untado el pelo

con brillantina formando una confusión de nudos y curvas. Sus bolsillos estaban repletos de golosinas que devoraban haciendo mucho ruido, y las ayudaban a bajar con tragos verdes de *chartreuse*. Se llamaban Molochai, Twig y Zillah, y habrían deseado tener colmillos, pero tenían que conformarse con limar sus dientes hasta dejarlos lo más afilados posible, y podían caminar bajo la luz del sol aunque sus bisabuelos no hubiesen podido hacerlo. Pero preferían moverse de noche, y cuando empezaron a bajar dando tumbos por la calle Bourbon, los tres se pusieron a cantar. Molochai arrancó el envoltorio de un HoHo, metió todo lo que pudo de la golosina en su boca y siguió cantando, con el resultado de que envió un diluvio de trocitos de chocolate al rostro de Twig.

—Dame un poco —pidió Twig.

Molochai se sacó un poco de HoHo de la boca y se lo ofreció a Twig. Twig no pudo contener la risa. Cerró los labios con todas sus fuerzas y meneó la cabeza, pero acabó rindiéndose y lamió la pasta marrón de los dedos de Molochai.

—Perros repugnantes —dijo Zillah.

Zillah era el más hermoso de los tres. Tenía un rostro simétrico y andrógino de piel lisa y suave, y unos ojos relucientes tan verdes como la última gota de *chartreuse* que queda en el fondo de la botella. Lo único que delataba el sexo de Zillah eran sus manos. Eran grandes y fuertes, y las venas se abultaban bajo la delicada piel blanca. Llevaba las uñas muy largas y puntiagudas, y lucía la cabellera color caramelo recogida en la nuca con un pañuelo de seda púrpura. Unos cuantos mechones de la cola de caballo habían escapado para enmarcar aquel rostro asombrosamente bello y la puñalada verde de sus ojos. Zillah era una cabeza y media más bajo que Molochai y Twig, pero su gélida seguridad en sí mismo y la forma en que avanzaba flanqueado por las siluetas más altas de sus compañeros indicaban a todo el que pudiese verles que Zillah era el líder absoluto del grupo.

Los rasgos de Molochai y Twig eran como dos esbozos del mismo rostro hechos por pintores distintos. Uno había usado ángulos y líneas rectas, y el otro había trabajado con curvas y círculos. Molochai tenía cara de bebé, con ojos grandes y redondos y una boca grande de labios siempre húmedos que le gustaba recubrir con carmín anaranjado; mientras que el rostro de Twig era anguloso y estaba lleno de astucia y vivacidad, y sus ojos se movían de un lado a otro siguiendo cada movimiento. Pero los dos tenían la misma talla y corpulencia, y lo habitual era que caminaran o se tambalearan moviéndose al unísono.

Sonrieron y mostraron los dientes a un chico muy alto con uniforme nazi completo que se había cruzado en su camino. Vistos desde cierta distancia los dientes limados de Molochai y Twig no llamaban la atención salvo por la película de chocolate que los cubría, pero la leve chispa de la sed de sangre que ardía en sus ojos hizo que el chico se apresurara a apartarse para buscar problemas en otro sitio, algún lugar donde los vampiros no quisieran ir.

Se abrieron paso por entre las multitudes vestidas con colores chillones hasta

llegar a la acera, y recuperaron el equilibrio apoyándose en carteles que gritaban su mensaje: ¡LOS HOMBRES SE CONVERTIRÁN EN MUJERES DELANTE DE SUS OJOS!, sobre fotos de rubias con pechos cansados y una sombra de barba en las mejillas. Se tambalearon dejando atrás exhibidores con hileras de postales y camisetas y los bares que invadían la acera y servían bebidas a los transeúntes. Los fuegos artificiales florecían sobre sus cabezas y teñían el cielo de púrpura con su humareda, y la atmósfera estaba saturada de humo, alientos que apestaban a licor y neblina llegada del río. Molochai dejó que su cabeza cayera sobre el hombro de Twig y alzó la mirada hacia el cielo, y los fuegos artificiales le deslumbraron llenándole los ojos de luz.

Dejaron atrás las luces chillonas de la calle Bourbon, torcieron hacia la izquierda por la oscuridad de Conti y llegaron a Chartres. No tardaron en encontrar un bar diminuto con ventanas de cristales multicolores en cuyo interior brillaba una claridad amistosa e invitadora. En el letrero colocado sobre la puerta se leía CHRISTIAN'S. Los vampiros entraron en el bar dando tropezones.

Eran los únicos clientes, salvo por una muchacha sentada en la barra, así que ocuparon una mesa y dejaron caer otra botella de *chartreuse* sobre ella y bebieron hasta terminarla mientras hablaban en voz alta entre ellos, y después miraron a Christian, rieron y se encogieron de hombros. La frente de Christian era enorme y muy pálida, y sus uñas eran tan largas y puntiagudas como las de Zillah.

—Quizá… —dijo Molochai.

—Pregúntaselo —dijo Twig.

Los dos miraron a Zillah buscando su aprobación. Zillah lanzó una rápida mirada a Christian y enarcó lánguidamente una ceja, y después alzó un hombro en un encogimiento casi imperceptible.

Nadie prestó ninguna atención a la chica de la barra, aunque no paraba de mirarles. Le brillaban los ojos, y sus labios humedecidos estaban ligeramente entreabiertos.

Cuando Christian les trajo la cuenta, Molochai hurgó en su bolsillo y acabó extrayendo una moneda. No la puso en la mano de Christian, sino que la alzó ante la luz para que Christian pudiera verla bien. Era un doblón de plata, del mismo tamaño y forma que los que eran arrojados desde las carrozas del desfile de carnaval junto con el montón de tesoros de otras muchas variedades de baratijas —los abalorios, los juguetes multicolores, las golosinas—, pero este doblón era mucho más pesado y mucho, mucho más antiguo que aquellos. Christian no logró distinguir el año. La plata estaba llena de arañazos y señales, y había sido manchada por los dedos pringosos de Molochai; pero la imagen seguía estando muy clara. Christian contempló la cabeza de un hombre muy hermoso con unos labios enormes y sensuales, unos labios que habrían sido rojos como la sangre de no haber estado esculpidos en la fría pesadez de la plata, unos labios aguijoneados por colmillos largos y afilados. Debajo del rostro del hombre se curvaba la palabra BACO escrita

en letras barrocas y llenas de florituras.

—¿Cómo…, cómo habéis venido? —balbuceó Christian.

Molochai le sonrió con su sonrisa chocolateada.

—Venimos en son de paz —dijo.

Miró a Zillah, quien asintió. Molochai no apartó los ojos de Zillah mientras cogía la botella vacía verde y oro de *chartreuse*, la rompía golpeándola contra el canto de la mesa y deslizaba un filo de cristal tan cortante como una navaja de afeitar sobre la suave piel de su muñeca derecha. El cristal abrió una delgadísima raja carmesí que resultaba casi obscena en la viveza de su color. Molochai ofreció su muñeca a Christian sin dejar de sonreír. Christian pegó los labios a la herida, cerró los ojos y chupó como un bebé, saboreando el Jardín del Edén en las gotas de *chartreuse* que se mezclaban con la sangre de Molochai.

Twig aguardó en silencio durante unos momentos. Sus ojos se habían oscurecido, y la expresión de su rostro se había vuelto distante, casi perpleja. Después cogió el brazo izquierdo de Molochai con las dos manos, y mordió la piel de la muñeca hasta que la sangre también empezó a fluir sobre ella.

Jessy lo estaba observando todo con los ojos muy abiertos con cara de incredulidad. Vio cómo la boca de Christian, su estirado y siempre digno amigo, era manchada de sangre y temblaba a causa de la pasión. Vio los dientes de Twig hundidos en la muñeca de Molochai, y vio cómo la carne era desgarrada y la sangre fluía dentro de la boca de Twig. Contempló el rostro hermoso e impasible de Zillah mirándola, sus ojos brillando como joyas verdes incrustadas en una montura de adularia, y eso fue lo que quedó más grabado en su memoria de todo cuanto vio aquella noche; y se le hizo un nudo en el estómago, y la saliva inundó su boca, y un mensaje secreto viajó desde el pliegue más suave que había entre sus piernas hasta el remolino más profundo de su cerebro…

Jessy se puso en pie sin hacer ningún ruido, y la sed de sangre que tanto había anhelado conocer se adueñó de ella. Dio un salto, arrancó el brazo de Molochai de las manos de Twig e intentó pegar sus labios a la herida; pero Molochai se revolvió contra ella hecho una furia y la apartó dándole un bofetón salvaje en la cara, y Jessy sintió el dolor en su labio un momento antes de saborear la sangre que brotó de él y notar el gusto apagado y casi imperceptible de su propia sangre en su boca. Molochai, Twig e incluso el amable y bondadoso Christian estaban inmóviles y no apartaban la mirada de ella, rostros ensangrentados de ojos feroces, como perros sorprendidos cuando acaban de matar a su presa, como amantes interrumpidos.

Pero cuando Jessy retrocedió alejándose de ellos, dos brazos de piel muy caliente la rodearon desde detrás, y un par de manos grandes y fuertes la acariciaron a través del vestido de seda.

—Su sangre es pegajosa y dulzona, querida mía —susurró una voz—. Yo puedo darte algo mucho más agradable…

Nunca llegó a saber que Zillah se llamaba Zillah, y nunca supo cómo terminó

sobre una manta en el cuarto trasero del bar de Christian. Sólo supo que la sangre que brotaba de su labio acabó manchando todo su rostro, que sus dedos y su lengua exploraron su cuerpo más a fondo y más concienzudamente de lo que jamás había sido explorado antes, que hubo un momento en el que pensó que él estaba dentro de ella y que ella estaba dentro de él al mismo tiempo, y que su semen olía como los altares, y que cuando empezó a quedarse dormida sintió el roce de su caballera flotando sobre sus ojos.

Fue una de las raras noches que Molochai, Twig y Zillah pasaron separados el uno del otro. Zillah durmió sobre la manta al lado de Jessy con las manos curvadas sobre sus pechos, dos cuerpos ocultos entre las cajas de *whisky*. Molochai durmió con Christian en su habitación encima del bar, y Twig se acurrucó junto a él, y aunque estaban dormidos sus bocas siguieron moviéndose lenta y perezosamente sobre las muñecas de Molochai.

Y abajo, muy lejos de allí, la policía montada iba y venía por la calle Bourbon abriéndose paso través de la multitud sobre sus enormes caballos canturreando «Despejen la calle, se anuncia el final oficial de los carnavales, despejen la calle, se anuncia el final oficial de los carnavales», y cada policía ya tenía su porra preparada para estamparla en el cráneo de un borracho. Y el sol salió sobre la basura amontonada en las cunetas de la mañana del miércoles, las colillas y las latas y los abalorios multicolores olvidados en el suelo, y los vampiros durmieron con sus amantes porque preferían moverse de noche.

Molochai, Twig y Zillah se fueron de la ciudad la noche siguiente después de que se hubiera puesto el sol, y nunca llegaron a enterarse de que Jessy estaba embarazada. Ninguno de ellos había visto nacer a un niño de su raza, pero todos estaban enterados de que sus madres habían muerto durante el parto. No se habrían quedado para presenciarlo ni aunque lo hubiesen sabido.

Jessy desapareció durante casi un mes. Cuando volvió al bar de Christian fue para quedarse allí. Christian le dio los alimentos más nutritivos y suculentos que podía permitirse, y dejó que lavara copas y vasos cuando ella insistió en ganarse la manutención. A veces se acordaba de la sangre de Molochai esparcida alrededor de la boca de Christian y del semen perfumado de Zillah dentro de ella, y entonces Jessy se metía en la cama con Christian y se sentaba sobre él hasta que Christian accedía a hacerle el amor. No la mordía, y Jessy le golpeaba la cara con los puños hasta que Christian la abofeteaba y le decía que parase. Después Jessy empezaba a moverse encima de él sin hacer ningún ruido. Christian contempló cómo su estómago iba aumentando de tamaño durante los meses asfixiantes y viscosos del verano, y sus manos moldearon perezosamente la tensa piel de su vientre distendido y sus pechos hinchados.

Cuando le llegó el momento de dar a luz, Christian derramó *whisky* dentro de la garganta de Jessy como si fuese agua. No fue suficiente. Jessy gritó hasta que no pudo seguir gritando, y de sus ojos sólo quedó visible un poco de blanco con ribetes

plateados, y chorros de sangre brotaron de su cuerpo. Cuando el bebé salió del interior de Jessy su cabeza giró y sus ojos se encontraron con los de Christian: confusos, inteligentes, inocentes… Una hilacha de tejido rosa oscuro había quedado atrapada en su boca diminuta, y se iba ablandando poco a poco entre las encías que no paraban de moverse.

Christian separó el bebé de Jessy del cuerpo de su madre, lo envolvió en una manta y lo alzó delante de la ventana. Si lo primero que veía en su vida era el Barrio Francés, siempre sabría orientarse por aquellas calles…, suponiendo que llegara a necesitar alguna vez ese conocimiento. Después se arrodilló entre las flácidas piernas de Jessy, y contempló el pobre pasaje desgarrado que le había proporcionado tantas noches de un placer al que no había prestado demasiada atención. Estaba destrozado y lleno de sangre.

Había tanta sangre, y se iba a desperdiciar…

Christian se lamió los labios, y volvió a lamérselos.

El bar de Christian estuvo cerrado durante diez noches. El coche de Christian, un Bel Air plateado que le había servido fielmente durante años, fue en dirección norte. Christian tomó por cualquier carretera que pareciese lo bastante anónima, y viajó por cualquier autopista que estuviese seguro no iba a recordar después.

El pequeño Nada era un bebé precioso, una criaturita que parecía hecha de azúcar hilado. Tenía unos enormes ojos azul oscuro y una abundante cabellera entre dorada y castaña. Alguien le amaría, alguien humano que viviría lejos del sur, lejos del cálido aire de la noche y de las leyendas… Nada quizá conseguiría escapar al anhelo de la sangre. Quizá sería feliz, quizá estaría entero.

Hacia el amanecer una silueta alta y esbelta envuelta en gruesas prendas negras se inclinó en un suburbio de Maryland lleno de casas elegantes y hermosas, céspedes verde oscuro y coches de líneas gráciles que prometían velocidad, dejó un bulto en un umbral y se marchó caminando lentamente sin mirar hacia atrás. Christian estaba recordando la última noche del carnaval, y el sabor a sangre y a altares invadió su boca.

El bebé llamado Nada abrió los ojos y vio la oscuridad suave como el terciopelo agujereada por los alfilerazos de luz blanca. Las comisuras de sus labios se inclinaron hacia abajo, y sus cejas se unieron en un fruncimiento de ceño. Tenía hambre. No podía ver la cestita dentro de la que reposaba, no podía leer la nota escrita con una caligrafía tan fina como los hilos de una telaraña sujeta a su manta con un alfiler: *Se llama Nada. Cuiden de él y les traerá suerte*. Nada estaba inmóvil en su cestita, tan cómodo y calentito como un bebé de caramelo y azúcar, tan rosado y diminuto como un Cristo recién nacido de plástico, y sólo sabía que deseaba calor, comida y luz, que es lo que desean todos los bebés. Abrió la boca hasta mostrar sus blandas encías rosadas, y chilló. Chilló durante mucho tiempo y con todas sus fuerzas hasta que la puerta se abrió y unas manos suaves y calientes cogieron la cestita y la llevaron al interior de la casa.

Primera parte

Quince años después

1

El viento nocturno acariciaba el cabello de Steve, y la sensación resultaba maravillosa.

El Thunderbird era enorme. Conducirlo siempre te hacía pensar que estabas luchando con un jodido monstruo, pero aquella noche Steve tenía la sensación de estar pilotando un inmenso barco de vapor que bajaba por un río mágico, un río de asfalto iridiscente flanqueado por los pinares y las llanuras donde crecían desordenadamente los matorrales de kudzu. Estaban en algún lugar a bastante distancia de Missing Mile, en algún punto de la autopista que llevaba hasta la central eléctrica de Roxboro y, más allá, hasta la frontera que separaba Carolina del Norte de Virginia.

Fantasma estaba dormido a su lado con la cabeza asomando un poco por la ventanilla del asiento derecho. El viento agitaba su cabellera rubia, y la luz de la luna bañaba su rostro. La botella de *whisky* estaba atrapada entre las piernas de Fantasma, tres cuartos vacía, y corría peligro de caerse a pesar de la flácida mano que se curvaba a su alrededor.

Steve se inclinó sobre Fantasma, cogió la botella y tomó un buen trago de ella.

—El T-bird ha estado bebiendo —le cantó al viento—, sí, el T-bird ha estado bebiendo…, pero yo no.

—Ah… —dijo Fantasma—. ¿Qué? ¿Qué?

—Olvídalo —dijo Steve—. Vuelve a dormirte. Toma otro trago.

Aceleró un poco. Despertaría a Fantasma durante el trayecto de vuelta a casa para que le hiciese compañía. Ahora quería que Fantasma siguiera durmiendo durante un rato. Tenía cosas que hacer y podían resultar peligrosas, o por lo menos a Steve le gustaba pensar que podían llegar a serlo. Fantasma cogió la botella y contempló la etiqueta intentando enfocarla con la mirada. Sus ojos azul claro se movieron de un lado a otro. Después entrecerró los párpados y sus pupilas recobraron un poco de viveza.

—White Horse —dijo—. Mira, Steve, es *whisky* White Horse… ¿Sabes que la noche en que murió Dylan Thomas estuvo bebiendo en un *pub* que se llamaba igual?

—Ya me lo habías dicho. Por eso compramos la botella.

Steve cruzó los dedos y concentró toda su voluntad en la idea de dormir a Fantasma.

—Se tomó dieciocho *whiskys* uno detrás de otro —dijo Fantasma en un tono de respeto impresionado.

—Tú te has tomado dieciocho *whiskys*.

—No me extraña que mi cerebro esté navegando con la luna… Cántame, Steve. Cántame algo para que me duerma.

En ese momento pasaron por un puente que pareció inclinarse bajo el peso del viejo T-bird marrón, y Steve vio la luz de la luna cabrilleando sobre la negrura de las

aguas, y alzó la voz para cantar la primera canción que le vino a la cabeza.

—Luna plateada del sur… durante diez años pensé que era hijo tuyo… Luna plateada, algún día volveré…

—No es así. Eh, lo sé porque yo la escribí… —La voz de Fantasma se iba debilitando poco a poco—. Oh, luna plateada del sur… cuéntame tus dulces mentiras, y deja que me ahogue en tus ojos…

—Algún díiiiiiia —canturreó Steve.

Él y el *whisky* cantaron para que Fantasma volviera a dormirse; el *whisky* con su soñolienta canción ambarina, Steve con una voz que se quebraba cada vez que intentaba llegar hasta las notas más altas. El río desfilaba en silencio detrás de ellos. Las ramas más bajas rozaban el agua, y las hojas se pudrían en el barro de las orillas. La luna se desparramaba sobre la negrura del río como si fuese mantequilla y Fantasma cerró los ojos. La protuberancia que había entre los asientos le sirvió de almohada, y Fantasma empezó a soñar con la cabeza apoyada en ella.

Pasaron a cierta distancia de Roxboro, pero Steve pudo ver la central eléctrica que se alzaba junto al lago Hyco, un edificio enorme que brillaba con blancos y verdes resplandecientes como si fuese un extraño pastel de cumpleaños mientras su millón de cañerías, cables aisladores de cristal y cachivaches metálicos se reflejaba en el lago. Durante el trayecto de vuelta y si Fantasma estaba despierto, irían hasta una colina cercana en la que Steve ya había estado otras veces, y contemplarían los pastos, el lago y toda la extensión luminosa de la Vía Láctea. Lo normal era que Fantasma sólo necesitara una hora de sueño para poder volver a funcionar con el entusiasmo de siempre. Sus sueños le daban nuevas fuerzas, o le hacían llorar o reír, y a veces le aterrorizaban.

Steve puso una mano sobre la cabeza de Fantasma y la movió hacia atrás apartando mechones de pelo de los ojos que se movían velozmente bajo los párpados cerrados. Se preguntó qué se estaría desplegando debajo de su mano, debajo de la delgadez del hueso, dentro del orbe de marfil que protegía el extraño cerebro de Fantasma. ¿Quién había nacido, resucitado y sido asesinado en el interior de aquel cráneo? ¿Qué caminaba detrás de los párpados de Fantasma, que esbeltos y ágiles espectros secretos daban palmaditas sobre el hombro de Fantasma y hacían nacer gemidos guturales en lo más profundo de su garganta?

Fantasma solía soñar cosas que acababan ocurriendo, o cosas que ya habían ocurrido sobre las que era imposible que supiese algo. Esas premoniciones también podían llegar cuando estaba despierto, pero las que acudían a él en sueños parecían ser las más potentes, y normalmente también eran las más crípticas. Fantasma supo cuándo moriría su abuela, pero ella también lo había sabido. El conocimiento tenía que haber resultado muy doloroso para los dos, pero les había proporcionado el tiempo que necesitaban para despedirse.

Para despedirse durante un tiempo, por lo menos… Fantasma había heredado la casa de su abuela en Missing Mile, donde él y Steve vivían ahora. Durante su infancia

Steve había pasado mucho tiempo en esa casa viendo cómo la señora Deliverance mezclaba hierbas o recortaba las galletas con sus tijeras en forma de corazón. Había construido fuertes en el patio trasero, y se había quedado a dormir muchas noches en la habitación de Fantasma. Incluso ahora, cuando ya habían pasado cinco años de su muerte, había momentos en los que Steve creía sentir la presencia familiar de la señora Deliverance en una habitación, o al otro lado de la esquina. Steve suponía que a Fantasma aquello debía parecerle de lo más normal.

La idea de que podía llegar a rozar los sueños de Fantasma hizo que se sintiera repentinamente nervioso, y Steve volvió a poner la mano sobre el volante.

Dejaron atrás un cementerio lleno de monumentos y flores que se pudrían poco a poco, una estación ferroviaria abandonada, un cobertizo de barbacoas cuyo letrero anunciaba GRAN MENÚ NOCHES VIERNES Y SÁBADOS. Un conejo cruzó el asfalto como una flecha. Steve frenó, y la cabeza de Fantasma osciló hacia atrás y hacia adelante sobre su delgado cuello…, tan frágil, tan frágil. Últimamente Steve sentía una preocupación casi paranoica ante la posibilidad de que le ocurriera algo a Fantasma. Fantasma era un poco raro, desde luego, pero sabía cuidar de sí mismo. Aun así, Steve no podía evitar el estar continuamente pendiente de él, sobre todo ahora que Fantasma era la única persona con la que le apetecía pasar el tiempo.

Tenían otros amigos, por supuesto, pero eran tipos que sólo querían ir de copas, fumar hierba y hablar de qué tal le iba al Wolfpack en la liga de fútbol de la universidad estatal de Raleigh. Todo eso estaba muy bien —incluso lo del Wolfpack, al que casi siempre le iba fatal—, pero Fantasma era distinto. A Fantasma le importaba un carajo el fútbol, Fantasma era capaz de beber y beber hasta dejar tumbado debajo de la mesa a cualquiera sin volverse ni un pelo más extraño por eso, y Fantasma comprendía toda la mierda que había caído del cielo durante los últimos meses. Ah, la muralla de mierda que se había interpuesto entre Steve y Ann… Fantasma nunca había preguntado a Steve por qué no se olvidaba de Ann y se buscaba una nueva novia; Fantasma comprendía el porqué Steve no quería ver a Ann ni a ninguna otra chica y por qué se había mantenido alejado de las mujeres durante meses, y por qué a veces pensaba que quizá se mantendría alejado de ellas para siempre.

Por lo menos hasta que pudiera volver a confiar en sí mismo… En aquellos momentos Steve no merecía la compañía de una mujer. No importaba lo solitario o lo cachondo que pudiera llegar a sentirse, se lo tenía bien merecido por lo que le había hecho a Ann.

Steve jugueteó con los mechones de cabello de Fantasma mientras seguía conduciendo. Los enredó alrededor de sus dedos, y se maravilló ante lo finos que eran y el brillo entre plateado y dorado que los envolvía. Deslizó la mano por su áspera cabellera sólo para sentir la diferencia. Steve tenía el cabello del mismo color que el ala de un cuervo, y su cabellera se alzaba en todas direcciones formando una salvaje confusión de flequillos y puntas. Tenía el cabello sucio, y se dio cuenta de que

el de Fantasma también estaba muy sucio. Steve no había estado cuidando de sí mismo —había pasado días y días sin ducharse y más de un mes sin lavarse la ropa; la semana pasada había llegado tres veces tarde a su trabajo en la tienda de discos; liquidaba doce latas de Bud al día—, pero esperaba no estárselo contagiando a Fantasma. Se preguntó si se podía llegar a padecer de exceso de empatía. La mano se le había quedado un poco grasienta, y Steve se la limpió en la camiseta.

Habían llegado. Steve no tenía ni idea de dónde estaban, pero vio lo que andaba buscando. La débil luz de una vieja máquina de Pepsi-Cola colocada en el porche de una tienda de artículos de caza y pesca proyectaba vagas sombras azules y rojas sobre la tierra apisonada del aparcamiento. Steve metió el T-bird en el aparcamiento y apagó el motor. La cabeza de Fantasma había ido resbalando hasta quedar apoyada en la rodilla de Steve, y Steve se echó lentamente a un lado hasta liberarla. Se miró la rodillera del tejano y vio una manchita oscura. La saliva de Fantasma, la saliva que había escapado de la boca de Fantasma mientras dormía la borrachera… Steve frotó la tela con un dedo y se lo llevó distraídamente a la boca. Un sabor casi imperceptible a *whisky* y melaza…, ¿y qué demonios estaba haciendo, por qué se chupaba un dedo mojado por la saliva de otro? No importaba. Fantasma estaba perdido en sus sueños. Hora de trabajar.

Steve se volvió hacia el asiento trasero. Había montones de estuches de *cassette* —ah, así que ahí era donde había ido a parar la maldita cinta de los Cocteau Twins de Ann. Bueno, de todas maneras Steve siempre había odiado esa cinta, la voz femenina suave como el roce de una pluma que se suponía era tan angelical, y la muralla etérea de sonido con su nostalgia del mar—, bolsas de comida vacías y un auténtico océano de latas de cerveza. Steve hurgó en la confusión y acabó extrayendo de ella su herramienta especial, un trozo de colgador de alambre doblado hasta formar un gancho en un extremo. Steve se preguntó si debía acercar el T-bird hasta que tapara la máquina de Pepsi-Cola. Acabó decidiendo que sería mejor no hacerlo. «Si alguien pasa por aquí a estas horas de la noche, probablemente tendrá tanto que ocultar como yo», pensó.

Echó un último vistazo a Steve, se arrodilló, metió el alambre en la ranura de devolución de monedas de la máquina y lo fue moviendo hasta que oyó un chasquido. Tiró con mucha delicadeza, y unos segundos después fue bendecido con un diluvio de plata. Steve recogió las monedas de cinco, diez y veinticinco centavos que habían caído al suelo, se las metió en los bolsillos, volvió corriendo al coche y se largó del aparcamiento.

Cincuenta kilómetros recorridos a toda velocidad después, Steve sintonizó la radio en una emisora de rock mientras Fantasma intentaba decidir si volvía al mundo de los vivos.

—¿Seguimos estando en Carolina del Norte?

—Ajá.

Steve bajó el volumen de la canción de Led Zeppelin y esperó a que llegaran las

historias. Fantasma siempre le contaba sus sueños, y los sueños a veces eran coherentes, a veces hermosos y totalmente ilógicos, y casi siempre daban un poco de miedo. Fantasma se irguió y se desperezó tensando los músculos para eliminar la rigidez del sueño. Steve tuvo un fugaz atisbo de su estómago cuando la camiseta de Fantasma se separó de sus tejanos blanqueados con lejía. Piel pálida, unos cuantos mechones de rubio vello rizado. Fantasma clavó la mirada en la ventanilla durante unos cuantos kilómetros. Tenía el ceño fruncido, y una expresión entre distante y perpleja. Eso quería decir que estaba recordando. Steve aguardó en silencio hasta que Fantasma empezó a hablar con voz vacilante y entrecortada.

—Cuando eran jóvenes…, entonces el mundo estaba enamorado de ellos. La opinión del mundo lo significaba todo para ellos a pesar de que intentaban fingir que no les importaba en lo más mínimo.

Cuando saltaban y hacían piruetas en las calles después de medianoche, su pueblo se volvía todavía más gris y embarrado, y los tejados se inclinaban para besar sus cabelleras teñidas. Vagabundeaban por las tiendas rozando los cristales y la porcelana con las delicadas yemas de sus dedos, acariciando cualquier cosa dulce o de colores vivos, sujetando cautelosamente los objetos entre el pulgar y el índice como si coger el pueblo con las dos manos hubiera podido ensuciar su piel. Como si hubiera podido contaminar su piel… —Fantasma hizo rodar la palabra «contaminar» a lo largo de su lengua paladeándola como si fuese vino de bayas, y su fuerte acento de Carolina hizo que la palabra adquiriese un sabor oscuro y suculento—. Contaminar su piel… Los matones de su escuela les gritaban insultos, insultos oscuros y sucios que apestaban a garabatos en las paredes del retrete y tazas manchadas; pero esos chicos nunca se peleaban con ellos porque sabían que los gemelos tenían magia. Todo el mundo sabía que algún día se irían a la ciudad, donde podrían recoger abalorios multicolores de entre las colillas de cigarrillos amontonadas en la cuneta, donde la luz de la luna sería tan dolorosamente penetrante como un queso de neón ardiendo en un cielo de terciopelo azul… Y eso hicieron. Se fueron a Nueva Orleans.

Fantasma se calló, y sus ojos se movieron recorriendo la vía de tren que estaban cruzando. Lucecitas de colores brillaban muy a lo lejos parpadeando sobre los raíles, luces de las hadas, luces de Navidad aunque sólo estaban a mediados de septiembre.

Steve cerró los ojos, se acordó de que estaba conduciendo y volvió a abrirlos.

—Sigue —dijo—. ¿Qué les ocurrió en la ciudad?

—Los artistas se los disputaron para sus películas. Eran gemelos, y la gente sofisticada adoraba esa perversidad. Su pornografía de la variedad imagen-en-un-espejo era arte. Eran dos David de Donatello, flacos y hermosos, no robustos y pesados como el de Miguel Ángel…, criaturitas andróginas que se resaltaban los huesos el uno al otro con lápiz de labios. Permitieron que disfrutaran todos los tipos de arte, lujuria y perversión que conocía la ciudad, y se lo permitieron porque sus labios eran demasiado rojos, porque tenían ojos de ramera y poesía en las manos.

»Acabaron hastiados de todo, pero cuando estaban acostados sobre su colchón

seguían siendo insaciables. Vivieron y vivieron, y vieron cómo iban apareciendo las primeras arrugas alrededor de sus ojos. Vieron cómo los años de licor, cigarrillos caros, drogas y pasiones se iban dibujando a sí mismos sobre sus rostros de estrellas del cine. Contemplaron los espejos tal como habrían contemplado la película de su muerte rodada en azogue, y se abrazaron el uno al otro sintiendo el calor helado de la fascinación y el horror. Se mordieron la garganta el uno al otro por pura desesperación, pensando que la sangre les permitiría recuperar la belleza. Querían beber el pulso de la vida. Pero su sangre se había vuelto granulosa y había perdido el viejo espesor, y se había mezclado con otras sustancias…, ya no era el rico manantial púrpura que habían saboreado en el pasado. Cada vez salían menos, y pasaban días enteros acostados sobre el colchón como dos palos resecos colocados el uno al lado del otro. Se olvidaban de que debían comer, y contemplaban cómo la telaraña de grietas del techo de escayola se iba haciendo más grande y profunda y se extendía poco a poco igual que se iba extendiendo el trazado de las arrugas sobre sus rostros. Y…

El alarido estúpido de una sirena hendió la noche. La voz de Fantasma se fue desvaneciendo poco a poco. Una luz azul palpitó en el espejo retrovisor empalideciendo el rostro de Fantasma, y el montón de latas de cerveza pareció girar y bailar con sus reflejos.

—Mierda —dijo Steve.

Intentó decidir si debía detenerse. Su mente parecía girar con el movimiento incesante de la luz azul. ¡La tienda y la máquina de Pepsi-Cola habían quedado unos ochenta jodidos kilómetros atrás! Nadie le había visto forzar la máquina…, nadie. ¿Iría a la cárcel? ¿Y Fantasma? ¿Iría también a la cárcel como cómplice en un crimen del que no se había enterado porque estaba durmiendo? Fantasma mentiría, diría que él lo había planeado todo e intentaría que Steve no cargara con todas las culpas. Fantasma sólo tenía veintidós años, y Steve era un año mayor que él. Tenían toda la vida por delante y una botella de *whisky* abierta en las manos… ¡Mierda, mierda, mierda! La mente de Steve funcionaba a toda velocidad, y la radio cada vez chillaba más, y la sirena desgarraba la noche, y Steve podía oír a Jimmy Page gimoteando acompañado por su guitarra, y después oyó la voz de Fantasma.

—Para, Steve —decía, y no parecía estar asustado—. ¡Para de una vez, so capullo!

Steve hizo girar el volante hacia la derecha, pisó el pedal del freno con todas sus fuerzas y el coche patinó sobre la oscura superficie de la carretera y la velocidad se fue reduciendo…, reduciendo…, hasta que el coche se detuvo con una última rociada de gravilla lanzada por los neumáticos después de haber dejado un trazo de goma negra detrás. Pero estaban enteros, y el coche también estaba entero, y lo mejor de todo y lo más maravilloso era que el coche patrulla estaba pasando a su lado, alejándose con la sirena aullando y la luz girando sobre él como un frío derviche azul.

—Cristo bendito —dijo Steve.

Dejó que sus manos cayeran del volante, y su cabeza se fue inclinando hacia atrás hasta chocar con el respaldo del asiento. Fue consciente de que Fantasma alargaba el brazo para apagar el motor, y de que ponía una mano sobre el hombro de Steve y se acercaba un poco más a él. Nada de preguntas «¿A qué viene tanta paranoia policial esta noche, Steve, es sólo un par de porros o es que has vuelto a hacer cosas feas con una máquina de Pepsi-Cola, o es que has escondido el cadáver violado y descuartizado de tu exchica en el maletero?», nada de acusaciones «¡Podríamos haber MUERTO!», sólo el delicado consuelo sin palabras de la mano de Fantasma sobre su nuca y los pensamientos de Fantasma dentro de su cabeza.

Steve aceptó aquel consuelo con anhelante gratitud durante unos momentos. Después se acordó de quién era (¡Steve Finn no necesita nada de nadie! ¡De nadie en absoluto! O, por lo menos, no necesita gran cosa, no, le basta con muy poco…), se irguió y se removió apartando la mano de Fantasma. Fantasma se echó a un lado. Comprendía a la perfección lo que pasaba por la cabeza de Steve…, sí, lo comprendía demasiado bien, y eso era lo que más le cabreaba. Steve sintió un repentino deseo de herirle y hacerle daño. Quería detener las oleadas de simpatía complaciente que brotaban del asiento derecho, pero se sentía incapaz de encontrar las palabras que herirían a Fantasma, y aun suponiendo que hubiese logrado encontrarlas no habría podido llegar a utilizarlas.

—No me llames capullo —dijo al fin, porque era lo único que se le había ocurrido después de mucho pensarlo.

—De acuerdo —dijo Fantasma en voz tan baja que Steve apenas pudo oírle.

Delante de ellos había una confusa agitación de luces y movimientos. Luces rojas, luces azules, alguien de pie en el centro de la carretera moviendo una banderita para indicar al T-bird que se detuviera. Steve detuvo el coche, y el tipo de la banderita volvió a moverla indicándole que avanzara. «Despacio», ordenó la banderita. Una ambulancia, dos coches de policía, un agente hablando con una mujer de aspecto campesino que parecía muy cansada. La mujer llevaba puesto un albornoz desgarrado y tenía la cabeza llena de rizadores, y sus manos sujetaban el collar de un doberman. El perro gruñó al policía, e intentó lanzarse sobre el T-bird cuando el coche pasó a su lado moviéndose a diez kilómetros por hora. Steve vio un rancho de ladrillos que se alzaba muy cerca de la carretera, su patio lleno de matojos, juguetes rotos y piezas de coche; la familia de la mujer estaba en el porche, un hombre conteniendo a cuatro pequeños, al parecer diciéndoles que no mirasen. El hombre tenía el rostro enrojecido, y era bajito y tan flaco como el cuello de una gallina. Los niños estiraban el cuello, señalaban con las manos y se morían de curiosidad.

Había algo más en el patio, muy cerca de la carretera, algo que había puesto muy nervioso al perro, algo que los niños estaban intentando ver. Algo desnudo, reseco, marchito…, un chico. Pero ¿qué podía haber dejado su cuerpo en ese estado, qué podía haberle chupado la vida hasta convertirlo en un cascarón arrugado? Steve vio una mochila caída a su lado de la que se había desparramado la vida del chico. Ropa,

dos robots de juguete. ¿Transformers? Sí, Steve los había visto en los anuncios de la televisión el sábado por la mañana. El chico debía haberse escapado de su casa. Partículas de gravilla se habían incrustado en la suave piel de su cara; su cabeza se inclinaba hacia atrás, medio cercenada, y la caverna de su garganta relucía con un oscuro resplandor rojizo…, pero había tan poca sangre, y los tejidos del interior parecían resecos y apergaminados. Alguien había colocado una manta gris sobre los planos y ángulos del cuerpo. Una delgada manita marrón, a la que se había pegado un poco de suciedad de la cuneta, asomaba por debajo de la manta.

Steve bajó el cristal de la ventanilla y enseñó su licencia de conducir a uno de los policías, y mientras tanto Fantasma volvió la cabeza y clavó la mirada en la manta y en el cuerpo que había debajo de ella. Sus pupilas se desenfocaron, y los ojos se fueron cerrando poco a poco. Fantasma vio a través de la manta y a través de la muerte. Vio qué aspecto había tenido el chico cuando estaba vivo, cuando sus jóvenes ojos estaban llenos de curiosidad y de inteligencia. El nombre surgió en su mente tan claramente como un recuerdo: Robert. Sintió la furia que había impulsado a Robert a salir por la ventana de su cuarto, a huir de la casa y de los padres que utilizaban a su hijo como receptáculo para su amor excesivamente protector. Había algo que no le habían permitido hacer…, ir a un partido de béisbol o pasar la noche en casa de un amigo. Fantasma casi consiguió atrapar el conocimiento, pero se le escurrió entre los dedos. No importaba. Lo importante era que el chico no tenía por qué haber muerto. Fantasma sintió el miedo que había experimentado Robert al encontrarse solo bajo aquellos árboles inmensos y el cielo ilimitado de la medianoche, el gigantesco rostro impasible del cielo tachonado de luces. Supo que el chico había estado a punto de dar la vuelta, que había faltado muy poco para que se salvase…, pero el orgullo herido de la adolescencia no se lo había permitido.

Fantasma sintió cómo había ido aumentando el terror de Robert a medida que captaba los sonidos —suspiros insidiosos, risitas suaves—, los sonidos que no pertenecían a la noche y a sus fantasmas habituales, sino a algo más oscuro y extraño, más decidido y mucho, mucho más mortífero; y después sintió el contacto de las manos que habían agarrado a Robert por detrás, cuatro manos muy fuertes de dedos afilados, y las bocas hambrientas que se habían paseado por todo su cuerpo y que le habían chupado la fuerza y la vida. Al final sólo hubo el dolor que subía y subía en una espiral interminable y que se iba estirando hasta convertirse en un hilo imposiblemente delgado, un dolor exquisito, un dolor que borraba el pensamiento, la memoria y la identidad. Conocer un dolor semejante era perder tu yo, convertirse en el dolor, morir y ser arrastrado flotando sobre la marea del dolor mientras escuchabas su canción estridente, el aullido sin melodía que se adueñaba de tus oídos. Eso era lo que le había ocurrido a Robert.

Fantasma permaneció totalmente inmóvil, y conoció la soledad insensata de un cadáver caído junto a la carretera que se va enfriando poco a poco, el sabor de la sangre que se va disipando de la lengua, los ojos que se van velando, la imposibilidad

absoluta y eterna de que vuelva a haber un contacto humano o de que alguien vuelva a consolarte. Fantasma intentó tragar saliva, pero su garganta se negaba a funcionar, y acabó emitiendo una especie de jadeo ahogado, y de repente la manaza de Steve estuvo sobre la suya y le apretó los dedos, rodeándolos y volviendo a insuflar la vida en ellos.

—Olvídalo, Fantasma —dijo Steve—. No puedes cargar con todo el dolor del mundo. Venga, tío, olvídalo…

Fantasma se estremeció y empezó a volver poco a poco al interior de su cuerpo. Calor, la sangre allí donde tenía que estar, en sus venas, y el fluir seguro y cuerdo dentro de ellas. La ambulancia, los coches de la policía, la cosa reseca, muerta y solitaria debajo de la manta…, todo había quedado muy lejos, todo estaba detrás de ellos.

—¿Qué fue de esos gemelos? —preguntó Steve mientras se alejaban—. Me refiero a los de tu sueño…

Fantasma se concentró y recordó, y descubrió de repente que no quería volver a pensar en esos gemelos.

Pero Steve quería oír el resto de la historia. Fantasma esperaba que no fuese más que una historia, que fuera sólo un sueño. Al principio nunca podía estar seguro de ello.

—Se fueron debilitando poco a poco —dijo—. Al final tuvieron que vivir días alternos. Uno de ellos cuidaba del otro y vigilaba el pecho inmóvil, los ojos nublados, la boca reseca… Cuando llegaba la primera luz del amanecer el gemelo muerto empezaba a moverse, y el gemelo vivo se acostaba y se estiraba sobre el colchón, y su piel ya había empezado a agrietarse sobre los huesos, y su cabello se esparcía como hierba sobre la desnudez de sus hombros huecos. Un día… Un día… Un día los dos tenían los ojos abiertos, pero ninguno se movió.

Fantasma acabó de hablar en un chorro de palabras atropellado que olía a *whisky*, aire rancio y a la fetidez de miedo, y sintió que estaba a punto de perder el control de nuevo. Steve le cogió la mano.

Los dedos de Fantasma temblaban espasmódicamente.

—Cristo, Fantasma —dijo Steve—. Criiiisto, Fantasma…

2

Eran los últimos días de la agonía del verano, el otoño estaba aproximándose toda velocidad y hacía una noche fría, la primera de la estación, un cambio considerable respecto al típico clima suave de Maryland. Frío, pensó el chico, y sintió que se le entumecía la mente. Los árboles que podía ver desde la ventana de su dormitorio eran como gigantescas estacas de negro alquitranado, líneas que temblaban porque tenían miedo al viento o, quizá, que sólo intentaban mantenerse en pie contra él. Cada árbol estaba totalmente solo ahí fuera. Los animales estaban solos, cada uno en su agujero, envueltos en su delgada capa de piel, y cualquier criatura que fuese atropellada aquella noche en la carretera moriría a solas. El chico pensó que su sangre se congelaría sobre las grietas del asfalto antes de que hubiese amanecido.

Había colocado una postal sobre su escritorio manchado de cera y lleno de cortes de navaja. El cuadro reproducido en la postal era una obra abstracta llena de colores. Había manchones de un rosa oscuro, líneas de verde mar y gris tormenta, puntitos dorados que parecían haber sido incrustados en hojitas relucientes. Cogió su estilográfica con la elegante plumilla en forma de corazón, metió la delicada punta en su tintero (la estilográfica y la tinta habían sido robadas de la clase de arte de la escuela), y escribió unas cuantas líneas finas como patas de araña sobre el reverso de la postal.

Después el chico estiró las piernas por debajo del escritorio y agarró con los dedos de sus pies descalzos la botella que había escondido ahí. El licor que contenía era de un color ámbar más oscuro que el que estaba acostumbrado a beber, y cuando tomó un trago sintió una acre vaharada a humo oculta detrás del familiar sabor almizclado que le raspó la garganta. Tragó el *whisky*, y se lamió los labios para humedecerlos con la esencia del licor y de su saliva traslúcida. Después cogió la postal, se la llevó a la boca y le dio un beso que sabía a *whisky*, besándola con el mismo anhelo enloquecido que se adueñaba de él cuando soñaba con besar la boca más dulce y suculenta imaginable. Después volvió a coger la estilográfica y firmó la postal con su nombre: Nada.

La *N* mayúscula y el rabillo de cada a parecían flotar como colas de cometa. Su *d* era un cuchillo alzado hacia el cielo. Tomó otro trago del Johnnie Walker de sus padres, y se dio cuenta de que ya podía sentir esa familiar espera medio asustada que anunciaba la llegada de la embriaguez a su estómago y del mareo que flotaría dentro de su cabeza. Se estaba emborrachando con dos tragos de *whisky*. Estaba claro que la mierda guardada en el armarito de las bebidas de sus padres era bastante más fuerte que la mierda que sus amigos echaban dentro de las botellas de Pepsi vacías, las botellas que luego pasarían de una mano a otra dentro de los coches que iban demasiado deprisa en la autopista de las afueras del pueblo.

Contempló la postal y frunció el ceño al ver la firma, Nada, unos trazos cada vez más negros y mates que se iban secando poco a poco, y deseó haberla firmado con

sangre. Quizá aún no fuese demasiado tarde. Se pinchó la muñeca con la plumilla de la estilográfica hasta que apareció una cuenta de sangre, rojo brillante sobre la palidez de la piel de su muñeca, con un destello de la luz reluciendo en ella como un aguijonazo. Volvió a firmar la postal, Nada escrito en sangre, resiguiendo poco a poco las letras con el líquido carmesí. La tinta se mezcló con la sangre y toda la firma se fue secando poco a poco hasta adquirir el color oxidado entre marrón y rojizo de una costra vieja. El resultado no le decepcionó.

Su sangre trazó un lento sendero que fue bajando por la parte interior de su antebrazo manchando los finos pelitos invisibles, cubriendo algunas de sus viejas cicatrices y dejando al descubierto una parte del encaje dibujado por la navaja. Nada fue quitando la sangre con la lengua. La sangre le manchó los labios dejándoselos pegajosos, y Nada se volvió hacia su reflejo en la ventana y se sonrió a sí mismo. El Nada-de-noche que había en el cristal le devolvió la sonrisa. El chico de la ventana tenía la misma larga cabellera negra teñida, el mismo mentón puntiagudo, los mismos ojos oscuros en forma de almendra…, pero su sonrisa era mucho, mucho más helada.

Nada apagó la luz, y contempló cómo el chasquido acababa con la existencia del reflejo de su dormitorio y cómo la fría noche inundaba los cristales. Se tumbó en la cama, y alzó la mirada hacia los planetas y las estrellas que brillaban en su techo detrás de las capas de media de malla negra que había colgado en él. Nada las había pintado una por una, los anillos de Saturno torcidos, las constelaciones enloquecidas.

Tuvo la sensación de que su cuarto se tensaba en la oscuridad y de que su silueta de negrura se alzaba a su alrededor, no aterradora, pero innegablemente llena de poder. Nunca estaba muy seguro de qué había ahí. Cigarrillos, pensó. Flores del cementerio, y ese hueso, ese maldito hueso que su amigo sioux se negaba a revelar de dónde había salido… Libros, la gran mayoría robados de estantes en las librerías de viejo donde Nada sólo dejaba las huellas de sus dedos en el polvo. Relatos de terror, delgados volúmenes de poemas. Dylan Thomas, naturalmente, y otros. Un ejemplar de *Contempla tu hogar, ángel*, y en la portada la piedra, la hoja, la puerta que no podía ser encontrada y el ángel con su delicada expresión de pétrea estupidez. Un lirio caído de la mano del ángel, muerto en la piedra. Polvo. Sus viejos animales de peluche. Un esqueleto de barro que su amigo Laine le había traído de la fiesta del Día de los Muertos en México, dos lentejuelas rojas por ojos, un poco de purpurina empolvando sus costillas. Todos los objetos que había en su cuarto —todos los dibujos a lápiz clavados en las paredes, las fotos recortadas de revistas musicales casi desconocidas y las listas secretas en los cuadernos— tejían una red de poder a su alrededor.

Tiró de la colcha para envolverse las piernas y se acarició las costillas y los huesos de las caderas. Le gustaba estar tan delgado. La puerta del dormitorio se abrió de repente, y una luz dolorosamente intensa irrumpió desde el pasillo. Nada apartó la mano y tiró de la colcha hasta su cuello.

—¿Jason? ¿Estás dormido? Sólo son las nueve… Dormir demasiado es malo.

«Podría bloquearme los canales», pensó él.

Sus padres entraron en la habitación y Nada sintió cómo la red de poder se derrumbaba y se alejaba flotando en el viento, hebras rotas que le rozaban la cara. Su madre, recién salida de su clase de curación con cristales en el Centro de Artes, con cara de entusiasmo y exaltación. Le brillaban los ojos, y sus mejillas estaban demasiado rojas. Su padre, detrás de ella, sintiendo un obvio alivio al estar de nuevo en casa.

—¿Has hecho tus deberes? —preguntó su madre—. No quiero que te vayas a dormir tan pronto si no has hecho tus deberes… Ya sabes lo que tu padre y yo opinamos de que un chico tan listo como tú sacara esas notas el último trimestre…, ¡un suspenso en álgebra!

Nada volvió la mirada hacia la pila de textos escolares que había al lado de su armario. Una tapa era de un color turquesa que te hacía pensar en vómitos, otra era naranja chillón. La camiseta negra que había tirado sobre los libros casi ocultaba las tapas. Nada pensó que si los amontonaba todos con mucho cuidado, quizá conseguiría erigir un altar.

—Quiero hablar contigo, Jason.

Su madre entró en la habitación y se acuclilló junto al colchón. Llevaba un suéter de lana suave e iridiscente, color rosa y azul. Nada contempló con expresión fascinada cómo una motita de ceniza de la alfombra se transfería a sí misma delante de sus ojos hasta la rodilla de los pantalones de algodón color crema de su madre. Alzó la cabeza y echó un vistazo a la colcha. Sí, le tapaba lo suficiente para que estuviese decente. Nada creyó ver los dos pequeños riscos de los huesos de sus caderas tensándose debajo de la colcha.

—Esta noche mi círculo de apoyo ha meditado con nuestros cristales rosa —dijo su madre—. Pensé en ti. No quiero impedir que te realices a ti mismo, y te aseguro que no quiero disminuir tu potencial. —Hizo una pausa para lanzar una rápida mirada a su esposo, que estaba fulminándoles con la mirada desde la puerta, y por fin dejó escapar la gran revelación—. Si todavía lo deseas puedes hacer que te perforen la oreja. Tu padre o yo iremos contigo.

Nada volvió la cabeza para ocultar los dos agujeritos minúsculos que había en el lóbulo de su oreja izquierda. Se los había hecho con una chincheta y varios tragos de vodka un día en la escuela. En la delegación de la cadena El Joyero del centro comercial se negaban a perforar la oreja de quien tuviera menos de dieciocho años si no enseñaba un permiso de los padres especialmente si la oreja en cuestión pertenecía a un chico vestido de negro que aparentaba menos de los quince años que tenía en realidad y que falsificaba firmas en una interminable sucesión de permisos de salida escolar de fabricación casera. No era de extrañar que su padre estuviera cabreado. Aquello era la indignidad definitiva e insuperable: un hijo que quería llevar pendientes.

—Un momento, un momento… ¿Qué infiernos es esto? —Su padre cruzó la

habitación de dos zancadas y sacó la botella de Johnnie Walker de debajo del escritorio. Las últimas hebras casi impalpables de la red pasaron con un susurro ante el rostro de Nada y se disolvieron en el aire. Creyó oler el fantasma del incienso—. Jovencito, creo que me gustaría que me dieras una expli…

—Espera un momento, Rodger. —Su madre irradiaba benevolencia y plenitud espiritual—. Jason no es malo. Si ha estado bebiendo deberíamos invertir más tiempo de calidad en…

—¿Tiempo de calidad? ¡Y una mierda! —Nada decidió que últimamente su padre le caía mejor que su madre, aunque en realidad no podía decir que ninguno de los dos fuera una maravilla—. Jason ya no es un niño. Tiene quince años y va de un lado a otro con una pandilla de inútiles que le están acostumbrando a beber y a hacer sólo Dios sabe qué otras cosas… Se tiñe el pelo con ese ridículo tinte negro que deja manchas en todas las fundas de las almohadas, y luego las fundas se cargan mis mejores camisas cuando las metes en la lavadora. Fuma cigarrillos…, Lucky Strike —dijo su padre poniendo cara de repugnancia. Nada se fijó en el extremo del paquete de Vantage que asomaba del bolsillo del pecho de su padre—. Tira la ropa que le compramos a la basura o la hace pedazos antes de ponérsela y ahora ha empezado a robar a sus propios padres. Las cosas van a CAMBIAR…

—Rodger… Hablaremos de ello entre nosotros, ¿entendido? No te preocupes, Jason, no vas a tener ninguna clase de problemas.

Su madre salió de la habitación, desplazándose con lo que no cabía duda era más levitación que caminar, con su padre a remolque detrás de ella. Su padre cerró la puerta haciendo mucho ruido. Una hilera de libros se cayó esparciendo a Plath, Bradbury y William Burroughs sobre el suelo en una improbable orgía de papel y polvo.

—¿Qué demonios querías decir con eso de que no va a tener ninguna clase de problemas? —gritó su padre en el pasillo—. Maldita sea, pues claro que tiene problemas, y va a tener más…

Nada cerró los ojos durante un momento y contempló los manchones rojos que nadaban detrás de sus párpados. Después se levantó y estiró su esbelto cuerpo desnudo meneando la cabeza y agitando las manos para limpiarse del contacto con su madre. Su padre se había llevado el *whisky* bueno, pero Nada tenía su botella particular de pudrecerebros escondida en el armario. La botella contenía algo llamado White Horse. Había convencido a su amigo Jack de que se lo comprara debido al nombre: Dylan Thomas se había bebido sus últimos dieciocho *whiskys* en un *pub* de Nueva York que se llamaba así.

Nada se acostó en la oscuridad y fue tomando sorbitos del gollete de la botella mientras parpadeaba contemplando las estrellas del techo. Pasado un rato las constelaciones empezaron a bailotear. «He de salir de aquí», pensó cuando faltaba muy poco para que amaneciera, y los fantasmas de todas las décadas de niños de la clase media de Estados Unidos que habían tenido pánico a la complacencia, el

estancamiento y la muerte cómoda flotaron delante de su rostro y murmuraron que estaban totalmente de acuerdo con él.

Al día siguiente la señora Margaret Peebles inició la clase de literatura inglesa hundiendo la hipodérmica de la instrucción más elevada en *El señor de las moscas* para absorber hasta la última gota de su magia primigenia y hasta el más mínimo rastro del asombro y los prodigios adolescentes que contenía. Nada sabía que la mitad de la clase ni se había leído el libro. Si lo estaban juzgando por lo que decía la profesora no podía culparles, desde luego; pero él lo había leído hacía tres años, una tarde de verano que pasó en la cama con fiebre, y cuando dejó el libro por fin le temblaban las manos. Aquellos niños salvajes con la piel cubierta de sal habían corrido por el interior de su cabeza, y Nada había llorado por esas almas tan jóvenes que habían crecido tan deprisa.

Clavó la mirada en la página en blanco del cuaderno que tenía delante. Líneas azules y rosas pulcramente trazadas. Nada empezó a contarlas, pero no tardó en hacerse un lío. El reloj indicaba que eran las nueve y diez. Aún faltaban veinte minutos de clase. La cabeza le dolía debido al *whisky* que había bebido anoche, y quería dormir. Empezó a dibujar sobre la página. Remolinos, ondulaciones. Los primeros vestigios de un rostro. Un ojo, verde porque estaba dibujando con un rotulador verde. Un diente.

—Jason.

Fuera, muy lejos de allí y al otro lado de la enorme extensión de césped, más allá del montón de granito rosa que hubiese parecido una lápida de no ser por el tigre esculpido que se agazapaba gruñendo sobre él (Regalo de la Clase de Graduación, 1972), una camioneta negra avanzaba a toda velocidad. La carretera que pasaba junto a la escuela era larga y muy recta, y la camioneta iba tan deprisa que Nada sólo pudo captar un instante del canturreo que el viento arrancaba de las ventanillas abiertas de la camioneta y que flotaba por el aire sobre las alas del cálido y soleado día de septiembre; pero aun así estuvo seguro de que era Bowie. Dentro de la camioneta había alguien que cantaba una canción de David Bowie. Las voces eran límpidas y potentes, y estaban impregnadas de alcohol. Nada contempló cómo la camioneta desaparecía y deseó más que cualquier otra cosa en el mundo poder marcharse con ella, poder alejarse con esos cantantes felices que bebían y cantaban y volaban por encima de la carretera que llevaba a cualquier parte.

—Jason.

Suspiró. Peebles le estaba mirando. El resto de la clase no les prestaba ninguna atención. Ellos también estaban en otro lugar, en sus mundos particulares, conduciendo por sus propias carreteras privadas.

—¿Qué? —dijo.

—Estábamos comentando *El señor de las moscas*, de William Golding. ¿Has leído el libro?

—Sí, lo he leído.

—Bueno, entonces quizá puedas hablarme de la rivalidad existente entre Jack y Ralph. ¿Qué permite que llegue a hacerse tan enconada?

—La atracción que sienten el uno hacia el otro —respondió Nada—. El amor que sienten el uno hacia el otro… Se amaban con un amor tan feroz que cada uno quería ser el otro, y sólo cuando amas tanto a alguien puedes llegar a sentir tanto odio hacia esa persona.

Un estallido de risas recorrió la clase. Un par de chicos se miraron y pusieron los ojos en blanco. ¡Menudo maricón está hecho!

Peebles tensó sus delgados labios.

—Si hubieras estado prestando atención en vez de hacer garabatos y mirar por la ventana…

Y de repente Nada se sintió tan terriblemente cansado que dejó de importarle lo que le pudiera ocurrir. Todo aquello no era más que un montón de mierda vacía que no servía de nada.

—Oh, jódase —dijo, y captó el jadeo ahogado de la clase que contenía el aliento, y sus vítores silenciosos.

Media hora después Nada estaba sentado en el despacho del director esperando que la mezquina mano del destino académico cayera sobre él, y volvió a pensar en los espectros que le habían visitado la noche anterior. ¿Visiones o meramente vapores del *whisky*? No importaba. «Tienes que salir de aquí —le habían dicho—. Tienes que salir de aquí…».

Después de la escuela un grupo de chicos se reunieron en el aparcamiento y fueron a la casa de Laine Petersen para fliparse un rato. El hermano mayor de Laine se había ido a la universidad y había dejado olvidada su pipa de agua, un complejo aparato de cerámica en forma de calavera, con gusanos que se retorcían entrando y saliendo de las cuencas vacías. Tenías que poner un dedo sobre uno de los agujeros de la nariz para mantener el humo dentro.

Julie, la chica de Laine, tenía una bolsa de hierba, la clase de maría de bajísima calidad que te desgarraba la garganta y hacía que tus pulmones parecieran convertirse en pergamino si retenías el humo demasiado tiempo; pero los chicos aún no eran lo suficientemente sofisticados como para desear algo mejor, y quince minutos después de llegar allí todos estaban flotando por la estratosfera. Alguien puso una cinta de Bauhaus y subió el volumen al máximo. Laine y Julie empezaron a dar vueltas sobre la cama fingiendo que follaban.

Nada tenía sus dudas sobre hasta dónde llegaba el interés de Laine por las chicas. Las paredes de su habitación estaban recubiertas con pósters de The Cure; Laine había visto actuar al grupo en concierto tres veces, y en una ocasión se había colado entre bastidores para buscar a Robert Smith, el cantante, y ofrecerle un ramito de rosas color rojo sangre entre las que había escondido dos trocitos de papel secante

impregnados de ácido. Julie llevaba el pelo locamente enmarañado formando pinchos que sobresalían en todas direcciones, y era una fanática del carmín rojo y el maquillaje para ojos lo más negro posible. Nada sospechaba que lo que más le gustaba a Laine de ella era que tuviese un cierto parecido superficial con Robert Smith.

Recorrió la habitación con la mirada. Unos cuantos chicos y chicas se sobaban inexpertamente dándose ruidosos besos húmedos. Veronica Haston le había subido la falda a Lily Hartung y había deslizado dos dedos bajo el elástico de las bragas de Lily. Nada contempló el espectáculo durante unos minutos sintiendo un vago interés. La bisexualidad estaba muy de moda. Era una de las pocas formas de sentirse osados que tenían a su alcance. Nada había tenido vanas experiencias de ese tipo, pero aunque había saboreado sus bocas y había acariciado sus partes más delicadas e íntimas, ninguno de sus compañeros de juegos eróticos había llegado a interesarle de verdad. Pensar en ello hizo que se sintiera triste, aunque no estaba muy seguro del porqué.

Se acostó en el suelo, alzó la mirada hacia un poster clavado con chinchetas en el techo justo encima de la cama de Laine y contempló los labios de Robert Smith aumentados de tamaño varios miles de veces y manchados con un carmín rojo anaranjado que los convertía en dos relucientes objetos sexuales. Nada deseó poder caer por entre ellos, poder bajar por la garganta de Robert Smith y acabar enroscado dentro de su vientre, cómodo y seguro. La maría estaba empezando a ponerle un poco nervioso. Quería hacer cien cosas a la vez, pero ninguna de ellas aquí. Nada comprendió que cuando estaba con aquellos chicos a los que llamaba amigos se sentía mucho más solo de lo que se había sentido en su dormitorio anoche. La cinta de Bauhaus llegó a su fin, y nadie puso otra. La fiesta empezó a disgregarse. Una chica con aspecto de *hippie* a la que Nada no conocía se despidió de Laine haciendo un signo de la paz con la mano. Julie también se puso en pie para marcharse, y explicó que se suponía que estaba castigada en casa porque su madre se había dado cuenta de que el aliento le olía a cerveza cuando volvió muy tarde después de una fiesta la semana pasada. «Qué coñazo», dijo Laine, pero no parecía importarle demasiado.

Nada bajó la mirada hacia el suelo y empezó a sentirse deprimido. En una ocasión había visto a Julie tan colgada de ácido que se había convencido de que la carne se le estaba derritiendo y le goteaba de los huesos, ¡y sus padres se ponían hechos una furia porque bebía cerveza!

Julie ya estaba en la puerta, pero metió una mano en su bolso.

—Puedes quedártela —dijo—. Dijiste que te gustaba, y yo nunca la escucho…, esa música es demasiado broncas para mí.

Le alargó una cinta de fabricación casera y aspecto barato. Alguien había escrito ¿ALMAS PERDIDAS? con rotulador sobre la pegatina.

Nada sintió que se le aceleraba el pulso. Cuando oyó aquella cinta en casa de

Julie, algo oculto en ella pareció hablarle directamente. Se acordaba de unas cuantas líneas de una letra. «No tenemos miedo…, dejad que venga la noche…, no tenemos miedo». La voz dorada del cantante que entonaba aquellas palabras había despertado en el interior de Nada un coraje que ignoraba poseer, la creencia de que llegaría un día en el que su vida sería algo más que lo que había conocido hasta entonces; pero la pandilla consideraba que mostrar cualquier exceso de sentimientos era una actitud poco elegante. Por lo que sabía Nada de ellos, parecían suponer que debías comportarte como si siempre estuvieras mortalmente aburrido y harto de todo. Nada se limitó a sonreír a Julie, dijo «Gracias» y se metió la cinta en el bolsillo de atrás del pantalón.

En cuanto Julie se hubo marchado, Laine se levantó y puso una cinta de The Cure. Después se acostó en el suelo al lado de Nada. Su cabellera teñida de un rubio blanquecino cayó sobre sus ojos desparramándose en largos mechones. Su mano encontró la de Nada y la apretó. Nada no le devolvió el apretón, pero tampoco apartó la mano.

—¿Te apetece que te la chupe? —preguntó Laine.

Era uno de los miembros más jóvenes de la pandilla —sólo tenía catorce años—, pero cultivaba talentos de lo más arcano. Nada había visto la leyenda *Laine la chupa de muerte* escrita en más de una pared de retrete de la escuela.

—¿Y Julie?

—Julie no me excita mucho —dijo Laine—. Pero tú me gustas… Creo que eres realmente demasiado, tío.

Laine se irguió apoyándose lánguidamente en un codo y se inclinó sobre Nada para acariciarle el rostro. Nada cerró los ojos y se dejó tocar. El contacto le resultó bastante agradable. Laine le abrazó y enterró la cara en el hombro de Nada. Olía a champú y a cigarrillos de hierbas aromáticas.

—No te la he chupado desde agosto —dijo—. Venga… Quiero hacerlo, en serio.

—De acuerdo —replicó Nada.

Atrajo el rostro de Laine hacia el suyo, y le besó empujando delicadamente con la lengua hasta abrirle los labios. La boca de Laine tenía un sabor a sal casi imperceptible, como si estuviera empapada de lágrimas. De repente Nada sintió una pena terrible por Laine, quien era demasiado joven para saber tantas cosas; y quiso tener algún gesto de ternura hacia él, algo que pudiera hacer que los dos se sintieran tan jovenes como eran en realidad.

Pero la lengua de Laine ya estaba trazando un sendero de humedad a lo largo del pecho de Nada, y las manos de Laine ya estaban desabotonando los tejanos de Nada y tiraban de ellos hacia abajo. Nada alzó la mirada hacia la boca super-aumentada de Robert Smith. La voz sensual y un poco enronquecida del cantante le rodeaba y le hacía sentir como si estuviera precipitándose por entre sus labios. Las manos y la lengua de Laine empezaron a trabajarle con la habilidad fruto de una larga práctica. Nada sintió que algo se retorcía y se agitaba en su interior. Bajó una mano para

acariciar la cabellera reseca y extrañamente quebradiza de Laine, y Laine alzó la cabeza y le contempló con sus ojos límpidos y totalmente libres de malicia o culpabilidad.

Cuando empezó a correrse, Nada volvió a pensar en la camioneta negra que había pasado por delante de la escuela y en el fragmento de canción que había oído brotar de sus ventanillas. Se preguntó dónde estaría la camioneta en aquellos momentos.

Estuviera donde estuviese, le habría gustado estar allí.

3

La carretera se extendía ante ellos haciendo un poco de pendiente, y la camioneta negra avanzaba por aquel tramo inclinado como si fuese una montaña rusa, y el día era soberbio. Twig conducía con un codo asomando por la ventanilla. Molochai ocupaba el asiento contiguo y se entretenía mordisqueándose los dedos pegajosos mientras dejaba que el viento soplara en su cara. Zillah dormitaba sobre un colchón extendido en la trasera de la camioneta, disfrutando del límpido calor del otoño. El colchón estaba muy sucio, y había zonas recubiertas de manchas y costras cuyo color iba desde el marrón oscuro hasta el casi negro. Antes de que pasara mucho tiempo tendrían que tirarlo en un vertedero y conseguir un colchón nuevo.

Molochai volvió la cabeza cuando pasaron por delante de la escuela.

—¡Eh! ¡Niñitos!

Twig le dio un cachete.

—Presas pequeñas e insignificantes… Qué aburrido.

—Bueno, pues yo creo que en una secundaria habría mucha diversión. Todos esos chicos de caramelo y esas niñas de azúcar…

Molochai se imaginó deslizándose a través de los pasillos invadidos por las sombras de la tarde a esa hora en que casi todo el mundo se había ido a casa, avanzando con la nariz y la boca saturadas por el olor reseco del papel, el aroma casi impalpable del polvo de años que se ha ido acumulando en los rincones hasta convertirse en mugre, el excitante olor subyacente que ha dejado tras de sí la carne joven y sana impregnada por el chisporroteo de las hormonas y ungida por el veloz fluir de la sangre. Quizá alguna alumna se habría quedado allí después de las clases…, una niña mala a solas en una clase vacía, enfurruñada y con la mirada baja. Nunca llegaría a ver la silueta que se acercaba por el pasillo y que se detenía delante de la puerta. Molochai pensó en desgarrar la piel suave, blanca y firme de un estómago justo por encima del revoltijo de vello púbico. Era su sitio favorito para morder a las chicas.

—Un templo del aburrimiento —dijo Zillah desde atrás. Se estaba trenzando el pelo. Siempre llevaba un mechón teñido de púrpura, oro y verde, y estaba entrelazando los tres colores, jugueteando con la trenza y separándola delicadamente con los dedos—. El aburrimiento es un pecado. El aburrimiento es blasfemo.

Molochai soltó un bufido.

—Vamos, ¿qué sabes tú de esas cosas? ¿Cuándo has estado aburrido?

—Tengo cien años —dijo Zillah, y contempló sus largas uñas como si fuesen lo más interesante del mundo. Después sacó de su bolsillo una botellita de esmalte negro y empezó a pintarse las uñas con pulcra meticulosidad—. Vosotros dos sólo tenéis setenta y cinco, pero yo cumpliré cien años este mismo año. He estado aburrido. Ahora estoy aburrido.

—Yo tengo cien años. —Twig metió una mano debajo del asiento del conductor y

encontró una botella—. ¡Y este vino nació el martes pasado! Bebamos por ello.

—Tengo cien años —farfulló Molochai con los labios curvados alrededor del gollete de la botella.

El vino era tan pegajoso y dulzón como si estuviera hecho de uvas podridas. Molochai se lamió los labios y tomó otro trago.

Siguieron conduciendo y bebiendo sin mirar un mapa ni una sola vez. No necesitaban mapas. La posibilidad de que existieran rutas alternativas o de que se pudiera distinguir entre los caminos marcados con trazos verdes, rojos y amarillos no encerraba ni la más mínima fascinación para ellos. El calor del indefinible magnetismo alcohólico que había en su sangre hacía que se sintieran atrás hacia la próxima ciudad, y hacia la siguiente después de ella. Twig siempre sabía qué caminos debían tomar, a lo largo de qué autopistas podían avanzar rugiendo a mayor velocidad, o qué rutas asfaltadas tendidas a través de los campos eran recorridas por los agentes de la policía estatal y los buenos ciudadanos temerosos de Dios. Acababan de llegar de Nueva York, donde habían podido saciar sus apetitos cada noche con sangre enriquecida por drogas extrañas, donde una fanática de las discos con un tornillo flojo a la que habían conocido una noche había permitido que pasaran los días durmiendo en su apartamento del East Village hasta que empezaron a ser un poco descuidados y dejaron algo irreconocible y hecho tiras dentro de su bañera. La chica les dijo que las perversiones eran estupendas, pero que a ella no le iba la muerte; y además habían manchado de sangre su único juego de toallas. Aún estaba intentando decidir cómo iba a librarse del cuerpo cuando se largaron del apartamento sin que se enterase.

Molochai, Twig y Zillah eran unos auténticos genios en el arte de las huidas discretas. Habían tenido montones de práctica. Zillah había enseñado a Molochai y Twig cómo comportarse de forma tranquila y despreocupada, cómo limpiar la sangre de sus caras y controlar su respiración apasionada antes de abandonar la escena de una muerte. Zillah pensaba que si él no hubiese estado allí para servirles de guía los dos habrían muerto varias veces, probablemente con estacas atravesando sus corazoncitos de amantes de la noche. Cierto, Zillah tenía cien años y los otros dos sólo tenían setenta y cinco, pero aun así para los patrones de su raza no eran más que adolescentes. Zillah se acordaba de los ojos insondables de Christian, y de su dignidad callada y casi dolorosa. ¿Cuántos años tendría Christian ahora? ¿Trescientos, cuatrocientos…? Pero a Zillah le resultaba muy difícil imaginarse a Christian comportándose de una forma tan estúpida e imprudente como Molochai y Twig, incluso cuando sólo era un bebé de cincuenta años.

Aun así, Zillah no podía olvidar que estaban a su cargo. Aceptaban las órdenes sin vacilar y sin hacer preguntas, y a cambio esperaban que Zillah cuidara de ellos y que se encargara de pensar en su lugar. Entre los dos quizá llegaran a reunir medio cerebro. Sabían que Zillah era el inteligente del trío, pero estar con ellos siempre resultaba divertido.

Zillah había conocido a la pareja en una fiesta muy elegante celebrada durante los alegres años veinte, una reunión estilo Gran Gatsby con farolillos de papel y partidas de *croquet* jugadas por borrachos sobre el césped. Molochai y Twig habían buscado refugio en un rincón del jardín, y estaban encogidos sobre sí mismos burlándose de los trajes de noche que llevaban las mujeres. Cada vez que un camarero pasaba junto a ellos llevando una bandeja llena de copas de champán, alargaban los brazos y cogían dos copas cada uno, una para cada mano. Cuando Zillah fue hacia ellos estaban demasiado borrachos para reconocerle como uno de los suyos, pero la hermosura de su rostro y su elegante traje de lino blanco hicieron que les cayera en gracia. Le llevaron a la gran casa creyendo que estaban atrayéndole hacia su muerte, e intentaron atacarle en un salón del piso de arriba decorado únicamente con pieles de animales y cabezas disecadas. Zillah arrojó a Molochai y Twig al otro lado de la habitación, alzó en vilo sus cuerpos e hizo entrechocar sus cabezas bajo las mandíbulas de un león disecado que nunca dejaría de rugir; y luego se abrió una vena en la muñeca y les dio de beber con inmensa ternura. Después de aquello fueron suyos para siempre…, o casi.

Estaban a varios kilómetros del pueblo cuando renunciaron a encontrar el puesto de *donuts* que Molochai creía recordar haber visto en una ocasión cuando viajaban a lo largo de aquella autopista, y se detuvieron en un local de la cadena 7-Eleven. Molochai llenó una bolsa enorme con golosinas y pasteles Hostess. Twig seleccionó un envoltorio de plástico sellado lleno de rodajas de salchichón y se cargó de vino barato.

La cajera les contempló con una concentración que casi rozaba lo fascinado, y cambió la posición de su gordo trasero sobre el taburete instalado detrás de la caja registradora mientras tiraba de los prendedores de plástico multicolor que mantenían en su sitio los mechones resecos de su cabellera. Cuando los ojos de Zillah se encontraron con los suyos, la mujer sintió que se le humedecían las entrañas. Ese territorio desconocido con el que estaba tan poco familiarizada que se extendía entre sus piernas se estremeció y quedó repentinamente empapado.

La cajera tenía la cara llena de lunares, le sobraban montones de kilos y se imaginaba que llegaría a los cuarenta años sin haber sido tocada por ningún hombre; pero algo en los ojos verdes de Sillah hizo que se sintiera cómo solía sentirse cuando echaba un vistazo a los ejemplares de *Playboy* y *Penthouse* que vendían en el supermercado, antes de que se dijera a sí misma que esas cosas no le interesaban en lo más mínimo y volviera a ir a la iglesia. Algo en aquellos ojos hizo que se preguntara qué sentiría permitiendo que un hombre se acostara sobre ella y le metiera su herramienta dentro. Buscó a tientas su paquete de Mores, encendió uno y aspiró el humo con una calada hambrienta mientras veía alejarse la camioneta negra y se preguntaba si aquel ángel de ojos verdes volvería alguna vez.

Cuando volvieron a estar en la carretera Twig fue sacando rodajas de salchichón del plástico y se las metió en la boca, meneando la cabeza de un lado a otro como un

leopardo en pleno frenesí alimenticio mientras engullía la blanda carne casi sin masticarla. Molochai tragaba bocados pegajosos de pastel y crema. Zillah lamió una rodaja de salchichón, mordisqueó delicadamente los dos extremos de un pastelito Twinkie y tomó sorbos de la botella de tinto Thunderbird. Ninguno de ellos se sintió satisfecho.

—¿Estaremos en DC esta noche? —preguntó Molochai quitándose el chocolate de los dedos a lametones.

Twig contempló la carretera.

—Mierda, estaremos allí dentro de una hora; pero puedes estar seguro de que seguirás teniendo la misma clase de hambre que tienes ahora por lo menos hasta después de que haya anochecido.

Nadie se tomó la molestia de preguntar por qué. Sabían en qué lugares de la ciudad se podían encontrar las mejores presas. Los clubs, los callejones que se extendían bajo la luna de medianoche…

—Sí. —Molochai consiguió curvar los labios en una sonrisa pegajosa, y pensó en las noches de la ciudad—. Así que nos quedaremos en DC durante un par de noches… ¿Y luego qué?

Twig pensó unos momentos antes de contestar.

—Podríamos volver a California. Las heladerías de Chinatown te encantaban, ¿no?

—Pero queda muy lejos, y además entre nosotros y California está todo el desierto. Nada que comer, nada que beber… Ni personas ni sangre.

Zillah cerró los ojos y se acarició las pestañas con la punta de una reluciente uña negra.

—Podríamos bajar hasta Nueva Orleans —dijo—. Podríamos hacer una visita al bar de Christian.

A Twig se le iluminaron los ojos.

—¡Christian! ¿Os acordáis de Christian?

—¡Ah, el bueno de Christian!

—¡No bebe… vino!

Los tres se echaron a reír.

—Sí, pero puede que todavía siga en el bar. ¡Bebida gratis!

—Y la sangre de todo el mundo estará saturada de vino, cerveza y *whisky*…

—Y de *chartreuse* —dijo Zillah.

Guardaron silencio durante un momento, y sus lenguas saborearon el recuerdo de los altares y del Jardín del Edén.

—Hagámoslo.

—Vayamos a ver al bueno de Christian.

—Ah, el viejo y querido Chrissy… —dijo Molochai.

—¡Chrissy!

Twig se derrumbó sobre el volante y sufrió un incontenible ataque de hilaridad.

Zillah le pasó la botella a Molochai.

—Habrá que empezar a guardar envases. Esta noche tendremos que embotellar algo… Después de DC puede que el suministro de líquido escasee un poco.

Molochai y Twig no dijeron nada, y meditaron sobre la terrible posibilidad de una larga temporada de sequía. Después Twig se encogió de hombros.

—Sí, pero a la mierda con eso —dijo—. ¡Vamos a Nueva Orleans!

Molochai volvió a poner música, y los tres cantaron con Bowie apoyándose el uno en el otro, sus voces cada vez más suaves y ceceantes a medida que se iban emborrachando más y más. Zillah deslizó las manos sobre la cabellera de Molochai alisando los enredos. Twig sonrió mientras la carretera se desplegaba ante ellos, una lisa cinta mágica que se iría desenrollando igual que una alfombra hasta llevarles al bar de Christian en Nueva Orleans.

4

Yendo de nuevo en dirección sur, alejándose de la frontera con Virginia para volver a casa, Steve metió el coche por una carretera secundaria y avanzó hacia la colina. El pueblo de Roxboro solía fascinar a Fantasma, y hacía que pegara el rostro al cristal de la ventanilla intentando ver todos los restaurantes de barbacoa y las barberías el túnel de lavado Orgullo del Sur cuyo letrero enviaba el misterioso mensaje: TAL COMO PENSAMOS, ASÍ SOMOS; su único y medio ruinoso club nocturno delante del que siempre había siluetas oscuras que acechaban fuera cual fuese la hora y la temperatura.

Pero aquella noche Fantasma había guardado silencio durante toda la travesía de Roxboro. Tenía los ojos muy abiertos y la mirada vacua, y parecía seguir absorto en su historia. Steve quería alejarle de aquellos gemelos, aquellos gemelos del sueño que agonizaban o estaban muertos. Los espectros de los sueños de Fantasma se adueñaban de él con demasiada frecuencia, incluso después de que despertara, y reclamaban toda su atención y un pedacito de su alma.

Las visiones preocupaban a Steve tanto como le encantaban. Desde que se habían hecho amigos, Steve pensaba en sí mismo como el protector de Fantasma porque era un año mayor que él, y porque Fantasma tenía una excesiva tendencia a quedar suspendido en un precario equilibrio sobre el borde de la realidad. Fantasma vivía con un pie en el mundo de cerveza, guitarras y amigos de Steve, y mantenía el otro pie en la descolorida tierra de Nunca Jamás de sus visiones. La realidad solía ser demasiado para Fantasma. Podía dejarle perplejo, e incluso podía llegar a hacerle daño.

A veces parecía como si Fantasma consintiera en vivir en el mundo única y exclusivamente porque Steve estaba en él, y porque Fantasma no estaba dispuesto a dejarle solo. «Por favor, Dios o Quien seas —pensó Steve mientras cruzaba los dedos sobre la curva del volante—, por favor, no permitas que cambie de parecer respecto a eso…».

Fantasma era tan condenadamente importante, tan valioso… Cuando Fantasma estaba a su lado los acontecimientos ordinarios —una pizzería, un tramo recto de autopista— se volvían extraños, quizá amenazadores, quizá enloquecidos y muy hermosos. Fantasma era capaz de teñir la realidad, y Steve permitía que la realidad fuese teñida y veía cosas que de lo contrario jamás hubiese llegado a ver, cosas que no siempre creía o comprendía. Steve admitía ante sí mismo que Fantasma podía atribuirse el gran mérito de haber salvado su imaginación de la muerte-en-vida de la adolescencia.

«¿Y aquella otra vez que estabas conduciendo a altas horas de la noche? —pensó —. Era tarde, demasiado tarde, y estabas conduciendo con Fantasma sentado a tu lado, y se las arregló para convencerte de que habías metido el coche en el océano… Viste peces voladores y estrellas de mar, y viste una piscina llena de aire». Quizá se

había quedado dormido detrás del volante; quizá él y Fantasma podían considerarse afortunados porque el T-bird no había acabado convertido en un lazo metálico alrededor de un árbol con los dos hechos papilla dentro de él. Quizá era eso lo que había ocurrido, pero básicamente Steve se limitaba a aceptar la ración de magia que el mundo le había entregado bajo la forma de Fantasma, y se engañaba a sí mismo diciéndose que él —el intrépido Steve Finn— era su protector. El protector… Oh, sí, claro.

Porque, pensándolo bien, ¿qué sería la vida sin Fantasma, y especialmente en aquellos momentos? Steve creía conocer la respuesta a esa pregunta: un montón de mierda, eso era lo que sería la vida; un montón de mierda y de dolor, un montón de vacío y soledad imposibles de soportar. Últimamente era Fantasma quien cuidaba de él y no al revés. Steve se había sorprendido en más de una ocasión pensando en la muerte a altas horas de la noche. «Basta con que vayas a Raleigh y consigas unas cuantas pastillas de barbitúricos, y luego sólo has de comprar un litro de *whisky* durante el trayecto de vuelta a casa. Después te lo tomas todo al mismo tiempo, porque ése es el único combinado que nunca te producirá resaca». Pero Steve era tan incapaz de engullir ese combinado como de echarlo a la fuerza por la garganta de Fantasma. Su amistad era lo único que le mantenía cuerdo en aquellos momentos, y Steve suponía que la deuda que había contraído con Fantasma no se limitaba a eso.

No sabía por qué, pero la última imagen del sueño de Fantasma —los gemelos acostados sobre su colchón sin sábanas, dos cuerpos achatados cuya belleza se había consumido— se había mezclado en su mente con el cadáver del chico muerto al lado de la carretera que habían visto cincuenta kilómetros más atrás. Las dos imágenes flotaban delante del rostro de Steve impidiéndole ver la carretera con claridad. Meneó la cabeza para expulsarlas de su cerebro. Cuando Fantasma se volvió a mirarle, Steve vio la muerte en los ojos de Fantasma, y la muerte era una sombra pálida de contornos borrosos.

—Vayamos hasta la colina —dijo Steve—. Seguro que se está muy bien allá arriba… Veremos las estrellas.

—Las estrellas nos están esperando —dijo Fantasma cuando el T-bird llegó al final de la carretera secundaria y salió de ella.

Estaban en un claro lleno de matorrales y de flores silvestres de finales del verano. Las latas y las botellas vacías brillaban con un débil resplandor entre los tallos de hierba, y no sólo no empañaban la extraña belleza de la colina sino que parecían reflejar las inmensas estrellas que ardían en el cielo.

La carretera se extendía detrás de ellos serpenteando en la lejanía hasta llegar a Missing Mile; ante ellos una alambrada marcaba el final de la colina, y los acres de pastizales se alejaban en una suave pendiente bajando poco a poco hasta llegar a la orilla del lago Hyco. A kilómetros de distancia —Steve creía que eran kilómetros, pero la atmósfera se hallaba tan limpia que no podía estar seguro de ello— se alzaba la masa luminosa de la central eléctrica, un coloso verde y blanco que dejaba escapar

un tenue rugido y se reflejaba en las aguas del lago. Allí todo estaba muy verde, y todo parecía florecer incluso después del cálido verano de Carolina. La hierba crecía muy alta, los pastizales de las vacas se perdían a lo lejos y el roble inmenso extendía sus ramas sobre el claro.

Fantasma conocía todas las historias de aquel roble. Decía que en una ocasión un indio había trepado a él para escapar de un oso. Las marcas de las garras del oso seguían allí, a dos metros y medio tronco arriba, unas señales muy profundas que parecían retorcerse en la gruesa corteza. Fantasma decía que las garras habían hecho mucho daño al árbol, y que el roble había sangrado una savia casi transparente para llenar la herida y detener la llamarada de aquel dolor ciego. Ahora la cicatriz había quedado cubierta por un nudo invulnerable, y el árbol canturreaba al compás del zumbido de la central eléctrica que se alzaba junto al lago.

Fantasma clavó los ojos en el árbol, muy probablemente saludándolo en silencio. Steve permaneció inmóvil con una mano sobre el capó caliente del T-bird. Deslizó la otra mano a través de sus cabellos y se echó los mechones rebeldes detrás de las orejas intentando domarlos.

—¿Qué mató a ese chico? —preguntó por fin aunque no quería hacerlo.

Fantasma se encogió de hombros y empujó su flequillo hacia delante echándoselo sobre la frente.

—Algo malo…, algo realmente malo.

Steve abrió la boca para decir «No me jodas», pero se lo pensó mejor y no dijo nada. Cuando estabas con Fantasma había momentos en los que te resultaba imposible decirle según que cosas. Fueron hasta la alambrada y contemplaron los pastizales que se alejaban en dirección de la central eléctrica. Steve curvó los dedos sobre el alambre espinoso. Estaba frío, más frío que el aire de la noche…, tan frío como la carne muerta. Steve se estremeció.

—Un psicópata —dijo—. Un perro…, puede que ese doberman que tenía la señora. ¿Crees que aún puede quedar algún lobo por los alrededores?

Fantasma se echó los cabellos hacia atrás y meneó lentamente la cabeza.

—No fue ni un lobo ni un perro. ¿Cómo podrían haber dejado seco al chico de esa manera? Y si piensas que fue un psicópata, ¿cómo es que no te asusta estar aquí arriba a estas horas? Se habría largado, ¿no? Podría andar por cualquier parte…

—Probablemente ahora ya habrá cruzado la frontera de Virginia.

Steve volvió a ver la caverna de la garganta; la mano morena, pequeña y frágil con el polvo de la carretera incrustado en los surcos de su palma. Podía sentir el frío roce del aire en sus ojos, el contacto que los resecaba y los iba enfriando poco a poco. Entrecerró los párpados y volvió la cabeza hacia la central eléctrica haciendo que las luces se mezclaran en un borroso manchón, una masa de claridad que le deslumbraba…, y un instante después Ann volvió a adueñarse de sus pensamientos.

Se acordó de la última vez que había subido a la colina, hacía ya varios meses. Había venido con ella. Hicieron el amor sobre una manta desplegada encima del

asiento trasero del T-bird, y hacía calor y sudaron mucho, pero el fresco aire nocturno de la colina había soplado sobre sus cuerpos, y las luces de la central eléctrica se habían confundido entre sí hasta formar una sola masa luminosa igual que hacía unos momentos.

Steve irguió los hombros y cruzó los brazos delante del pecho disponiéndose a decir «Venga, larguémonos de aquí», y un momento después vio que Fantasma le estaba ofreciendo una manzana verde. Para distraerle, claro, y el truco funcionó. Steve no tuvo más remedio que preguntarse de dónde demonios había salido aquella manzana. Le dio un buen bocado y se la devolvió mientras masticaba lentamente dejando que el zumo de sabor dorado se deslizara sobre su lengua. Suculenta, dulce…, el sabor hizo que se sintiera mejor.

—¿Te acuerdas del Garfio? —preguntó después de haber tragado el bocado de manzana—. Ya sabes, ese viejo cuento de miedo…

—Ajá —dijo Fantasma mientras se comía el corazón de la manzana.

Steve aguardó en silencio. Quería ver si Fantasma escupiría las semillas, y cuando no lo hizo volvió a hablar.

—Ya sabes, la historia de la parejita que había ido al Paseo de los Enamorados… Están jodiendo en el asiento trasero, y de repente en la radio empiezan a dar un boletín de noticias sobre un loco que se ha escapado del asilo que hay en las afueras de la ciudad…, un psicópata con un garfio en vez de una mano.

Steve miró a Fantasma. Fantasma estaba apoyado en uno de los postes de la alambrada y tenía la cabeza echada hacia atrás para contemplar el cielo. La luna se había ocultado detrás de una nube. El rostro de Fantasma estaba envuelto en las sombras, y Steve apenas podía verle los ojos. Quizá le estuviera escuchando, pero también cabía la posibilidad de que estuviera recibiendo mensajes de una civilización colectivista agraria de los alrededores de Alfa Centauro.

—Bueno, el caso es que se largaron a toda leche del Paseo de los Enamorados —siguió diciendo Steve, aunque no sabía si Fantasma le estaba escuchando—, y cuando llegaron a casa el chico salió del coche y fue a abrirle la puerta a la chica. ¿Y qué crees que encontró? ¡Un maldito garfio colgando de la manija de la puerta!

Steve se inclinó hacia adelante y pronunció las últimas palabras con los labios casi pegados a la oreja de Fantasma.

Fantasma dio un salto y estuvo a punto de caerse. Contempló a Steve en silencio durante varios segundos, y acabó sonriendo.

—¿Se largaron a toda leche del Paseo de los Enamorados? —preguntó.

Los dos volvieron la mirada hacia el T-bird aparcado en el claro. El coche parecía un enorme animal cubierto de polvo, y de vez en cuando su motor dejaba escapar algún que otro gemido metálico a medida que se iba enfriando.

—¿Cómo es posible que…? —empezó a decir Fantasma.

En cuanto le oyó hablar, Steve supo que Fantasma iba a exhibir de nuevo aquella lógica tan extraña e irritante que se adueñaba de él en algunas ocasiones. Iba a

preguntarle por qué la parejita tenía la radio del coche encendida mientras follaban, o por qué el psicópata había intentado abrir la puerta del coche con el garfio cuando podría haber utilizado la mano; pero un instante después la luna emergió de detrás de la nube que la había ocultado e inundó la colina con una luz fría y blanca, y Fantasma tragó aire de repente haciendo mucho ruido, como si algo le hubiera asustado.

Steve siguió la dirección de la mirada de Fantasma hasta el roble y no vio nada, pero sabía que Fantasma estaba viendo algo allí…, y aunque no estaba muy seguro del porqué, eso resultaba mucho más aterrador que si Steve lo estuviera viendo con sus ojos.

Fantasma podía sentir cómo se movían sus pies. No les había ordenado que se movieran, y ni siquiera estaba seguro de si quería que se movieran. Dio varios pasos hacia el roble, y cuando estuvo lo bastante cerca de él los contornos de las ramas se volvieron más nítidos y sólidos.

Estaban sentados a horcajadas encima de una rama baja. Balanceaban las piernas de un lado a otro, y sus manos trepaban por el tronco moviéndose como delicados insectos blancos. Un poco más cerca, y Fantasma pudo oler el extraño y embriagador aroma a incienso perfumado con fresas, a cigarrillos de hierbas aromáticas, a vino y sangre y lluvia, y al sudor de la pasión que brotaba de ellos. Era el olor de todas las cosas que habían amado cuando estaban vivos, las cosas que habían ido tirando de ellos hasta las profundidades y que habían impulsado a cada uno a alimentarse con la esencia del otro hasta que los dos se habían quedado totalmente resecos y vacíos; pero en la medianoche de esta colina bañada por la pálida luz de la luna, los gemelos seguían siendo hermosos. Vestían sedas de muchos colores, sedas que capturaban la claridad de la luna y la devolvían convertida en mil tonalidades de iridiscencia; y cuando contempló sus rostros Fantasma no pudo ver en ellos ni rastro de la telaraña de la edad. Lo único que vio fueron sus labios oscuros, su sedosa cabellera frágil y quebradiza de un falso color amarillo limón y de un rojo cereza y sus ojos como perlas plateadas, ojos sin pupilas velados por una película finísima.

Pero los gemelos le estaban mirando, y Fantasma lo sabía, y cuando estuvo lo bastante cerca como para tocar el tronco del árbol, uno de ellos le habló. Sólo fue su nombre, murmurado a través de las ramas —«Fantasma»—, pero fue como si un viento repentino hubiera llegado soplando desde un mar extraño, como un roce invisible en una habitación vacía. Fantasma apoyó una mano sobre el tronco, cerca de aquella esbelta pierna envuelta en sedas, aquel miembro tan tangible que sintió el deseo de acariciarlo.

¿Por qué estaba viendo a aquellas criaturas de su sueño? Había pensado que eran dignas de compasión, pero ahora le asustaban. Fantasma se sorprendió preguntándose en qué se habrían convertido los gemelos después de su muerte, y qué clase de cambios habría producido la muerte en ellos. Si estaban vivos de alguna manera incluso ahora, ¿qué permitía que lo estuvieran? ¿Y, para empezar, por qué había soñado con ellos?

Fantasma estaba acostumbrado a hacerse aquel tipo de preguntas. Los muertos le habían visitado en sus sueños; había soñado con el futuro y lo había visto con tanta claridad como si fuese un cuento impreso en un libro; había sido capaz de captar los pensamientos y las emociones de las personas que estaban cerca de él —y de otras personas si se concentraba lo suficiente—, y eso era algo que le ocurría desde hacía mucho tiempo, tanto como el que podía abarcar su memoria…, pero nunca había recibido la visita de criaturas de uno de sus sueños mientras estaba despierto.

—¿Qué pasa? —gritó Steve desde el otro extremo del claro.

—Hola, Fantasma —dijo el gemelo de los cabellos carmesíes.

Inclinó la cabeza hacia Fantasma, y sus labios cubiertos de carmín se curvaron en una sonrisa. Aquellos labios resultaban demasiado oscuros en ese rostro tan pálido de rasgos afilados y angulosos, y en aquella sonrisa no había ni rastro de calor, tan sólo el espasmo de unos músculos olvidados hacía mucho tiempo. Aquella sonrisa era el recuerdo de una sonrisa, pero Fantasma alzó la mirada hacia aquellos ojos que parecían discos de plata, y no temió por su propia seguridad…, o al menos todavía no. Los gemelos llevaban mucho tiempo muertos, si es que en realidad habían vivido alguna vez fuera de su sueño.

—Pues claro que no hemos vivido nunca —dijo el primer gemelo, captando el pensamiento de Fantasma—. Somos tu sueño, nada más.

—Nosotros no vamos por ahí matando negritos en carreteras solitarias mucho después de la medianoche sólo para chupar sus vidas.

—¿Verdad que cuando murió tenía un sabor exquisito, amor? No, Fantasma, nosotros no chupamos la vida de ese chiquillo.

—Nooooo, no fuimos nosotros, no lo hicimos para poder seguir siendo hermosos. No somos más que tu sueño…

Estaba claro que no tenían ninguna intención de ser creídos. Fantasma captó una vaharada a podredumbre, un olor a seco y rancio medio oculto bajo el aroma exótico de los gemelos que tenía ribetes de un marrón claro. De repente su piel adquirió una apariencia quebradiza, como si bastara con el roce de una brisa para desprenderla del frágil marfil de los huesos. Fantasma sintió el deseo de preguntarles si pudrirse resultaba doloroso, y si se sentían solos dentro de su tumba. Quería saber si estaban enterrados juntos en un féretro lo bastante grande como para contener dos cuerpos, lo bastante grande para dos cuerpecitos resecos que sabían cómo encajar el uno con el otro igual que si fueran un rompecabezas de sangre y huesos, o si sus tumbas se encontraban la una al lado de la otra, y si tenían que abrirse paso a través de la tierra para estrecharse la mano.

Tenía que averiguar qué eran, tenía que descubrir si eran peligrosos. Extendió un brazo de mala gana e intentó entrar en contacto con sus mentes, y las encontró a regañadientes. Sus mentes eran como ecos, como habitaciones encantadas de las que había huido todo rastro de vida. El roce de sus pensamientos era un ligero revoloteo, un contacto tan frío y plateado como el de las lápidas de un cementerio y tan voraz

como el de los animales que anhelan alimentarse. Los gemelos se llevaron a Fantasma a la tumba con ellos, y Fantasma contempló la oscuridad más oscura que jamás hubiera existido, aquellas tinieblas más oscuras que una noche sin estrellas sobre la montaña en la que había nacido, más oscuras que la oscuridad que iba subiendo poco a poco detrás de sus párpados cerrados cuando se acostaba en su cama por la noche, más oscura que la hora que precede al amanecer.

Yacía sobre un lecho de satén podrido, y podía sentir cómo sus tejidos se iban resecando y se marchitaban poco a poco dentro de él, y podía sentir el movimiento secreto y lleno de amor de las criaturas que compartían su sepulcro, los gusanos de cuerpos blanquecinos, los escarabajos relucientes con sus delicadas patitas negras, las criaturas sin forma ni nombre que eran demasiado diminutas para poder ser vistas, las cosas hambrientas que convertían su carne en una tierra nueva y fértil…

—¿Qué coño estás haciendo, Fantasma?

Las manos de Steve se posaron sobre él, grandes, fuertes e innegablemente reales, y los dedos huesudos de Steve se incrustaron en los hombros de Fantasma.

Fantasma se apoyó en Steve.

—No duele —dijo.

¿Con quién hablaba? ¿Con Steve, con los gemelos…? No lo sabía, y le daba igual.

—¿*Qué* es lo que no duele? ¿Con quién estás hablando?

—La muerte no duele —dijo uno de los gemelos, y una luz extraña ardió en sus ojos plateados—. La muerte es oscura, la muerte es dulce.

El otro gemelo siguió recitando la letanía.

—La muerte es todo lo que dura para siempre. La muerte es la belleza eterna.

—La muerte es un amante que tiene mil lenguas…

—Un millar de caricias de insecto…

—Morir es fácil.

—Morir es fácil.

—MORIR ES FÁCIL Y NO DUELE, MORIR ES FÁCIL Y NO DUELE, MORIR ES FÁCIL Y NODUELEMORIRES…

—*¡Callaros!* —gritó Fantasma. El canturreo fue aumentando de volumen dentro de su cabeza, se convirtió en el ritmo de su corazón y fue atrayéndole hacia su interior—. *¡Basta! ¡Dejadme en paz!*

Y un instante después los brazos de Steve estaban a su alrededor, y en vez del olor a especias podridas de los gemelos sólo había el olor de Steve, cerveza y cabellos sucios y miedo y amor, y Fantasma enterró el rostro en la negra blandura del algodón de la camiseta de Steve. Cuando volvió a abrir los ojos, los gemelos se habían esfumado. Fantasma sólo pudo oír el rugido distante de la central eléctrica que se alzaba al otro lado del agua, y sólo pudo ver las ramas del roble, el enredo de líneas retorcidas que se alzaba y subía estirándose como si quisiera llegar hasta el cielo despejado en el que brillaban las estrellas.

Fantasma no habló demasiado durante el trayecto de vuelta a Missing Mile. Se limitó a contar a Steve que los rostros de los gemelos eran de una belleza salvaje, que vestían sedas multicolores y que sus cuerpos te embrujaban con el olor de la muerte. Le dijo que no quería preguntarse qué clase de presagio podían haber sido aquellos gemelos…, o, peor aún que un presagio, si quizá habían sido reales. Prefirió terminarse el *whisky*, y se quedó dormido con la cabeza asomando por la ventanilla y la cabellera ondulando al viento, y Steve apartó la vista de la iridiscencia del asfalto para posarla en la colina que era la mejilla de Fantasma, la curva oscura de su ceja y la tira satinada de sus pestañas.

Steve volvió a preguntarse qué clase de criaturas vivían en el interior de aquella cabeza de piel tan pálida, de qué estaba hecho Fantasma y de qué sustancia serían sus visiones. Cuando estaban en lo alto de la colina, Steve no había oído nada aparte del viento y el lejano zumbido de la central eléctrica, y no había visto nada aparte del viejo roble de corteza llena de señales que recortaba el loco desorden de sus ramas contra el cielo; pero creía que Fantasma había visto a un par de gemelos muertos desde hacía mucho tiempo, los gemelos que habían muerto en su sueño y que habían vuelto a la vida durante sus horas de vigilia. Steve ya ni siquiera tomaba en consideración la posibilidad de no creer en las cosas que Fantasma veía y oía, las cosas que Fantasma sabía sin llegar a saber nada sobre lo que eran realmente.

La fe de Steve en los grandes dioses omniscientes de su infancia —Papá Noel, el Conejo de Pascua y una criatura altamente excéntrica que parecía haber sido diseñada especialmente para él, el Hada del Corte de Pelo— había sido demolida por amigos más mayores y más familiarizados con el gran mundo que le aconsejaron que procurara mantenerse despierto para averiguar si era su papá quien se llevaba el paquetito cuidadosamente envuelto que contenía los oscuros y rebeldes mechones de pelo cortado, y si era su madre la que ponía en su lugar todos aquellos regalos místicos. El chocolate de la mañana de Pascua nunca volvió a tener aquel sabor maravillosamente cremoso después de que Steve descubriera que no era preparado y moldeado bajo las raíces de un árbol oculto en las profundidades de un bosque encantado, en el vasto taller subterráneo de un conejo gigante que Steve siempre había imaginado como bastante parecido a Bugs Bunny, pero con el pelaje rosado.

Años después su tía y sus primos le llevaron a la iglesia, y Steve sospechó que aquello sólo era más paparruchada mágica remozada para el consumo de los adultos. Steve rezó con toda la cínica esperanza de que es capaz un niño de once años, y pidió que la máquina hiperespacial que él y su amigo R. J. estaban construyendo en el garaje de los Finn funcionara, pero los motores que habían recuperado de los secadores de pelo, las neveras y un tesoro en forma de motocicleta que ya no funcionaba acabaron dejándoles atrapados en el suelo, sin importar la cantidad de diales que giraran, el número de veces que R. J. se subiera las gafas sobre el puente de la nariz y repasara el cuadernillo de espiral de alambre comprado en un Walgreen que contenía sus cálculos, o la amargura con la que Steve maldijera y pateara el

complicado amasijo de maquinaria.

Steve pensaba que su creencia en la magia quizá hubiese podido morir en aquel momento, aniquilada por las manos de un Dios al que le importaba un pimiento una máquina hiperespacial construida mediante el trabajo, la fe y los pequeños latrocinios de dos chicos flacos y sudorosos que habían mantenido intacta la esperanza de verla funcionar a lo largo de todo un cálido verano. Sí, la fe de Steve podía haber quedado destrozada hasta extremos irreparables, y podría haber llegado a morir allí mismo, expirando sobre el suelo de aquel garaje junto con los trocitos de alambre, las chapas metálicas y la broca rota que le había costado tener que aguantar una bronca terrible de su padre.

Quizá nunca hubiese vuelto a creer en la magia, pero unas cuantas semanas después —y Steve se dio cuenta de que había sido justo en aquella época del año, unos doce años antes más o menos— conoció a Fantasma, y todo cambió para siempre.

Faltaba poco para el final de su undécimo verano, el momento en el que la estación se disponía a cambiar y Steve se encontraba suspendido en el último tramo de la infancia. Las pasiones y las cosas que excitaban a los niños ya no le parecían tan embriagadoras. Tenía la vaga sensación de que había hecho el ridículo intentando construir una máquina hiperespacial y, en realidad, empezaba a convencerse de que cualquier acción que no estuviera dictada por el reino de lo práctico carecía de sentido. Steve se asustaba un poco cada vez que pensaba en lo distinto que hubiese podido llegar a ser. Si no hubiese conocido a Fantasma quizá nunca habría cogido una guitarra, y podría haber ido a la Universidad de Carolina del Norte para acabar obteniendo una licenciatura en publicidad o en cualquier otra especialidad igual de horrible.

Las cigarras seguían cantando en los árboles y en los matorrales que se alzaban junto a la carretera, pero su canción se había vuelto triste y melancólica y ya anunciaba el final de otro verano. La escuela ya había vuelto a abrir sus puertas. Los días serían implacablemente cálidos y pegajosos durante otro mes como mínimo, pero la nueva frescura que impregnaba el aire de la noche ya era una señal de que el manto dorado del otoño se iba aproximando. Había un chico nuevo, como ocurría al comienzo de cada año escolar. Este año el chico nuevo era pálido y de aspecto frágil, y llevaba el cabello un poco demasiado largo para lo que exigía la moda actual. Venía a la escuela llevando camisas limpias que siempre parecían quedarle demasiado grandes. Steve se sentaba detrás de él en clase, y pudo ver que la línea de sus omoplatos era tan nítida y bien definida como las articulaciones de las alas de un pájaro.

Las reglas de la escuela ordenaban que el nuevo fuese ignorado al principio, aunque su extraño nombre y sus orígenes de montañés provocaron algunos comentarios. Después su silencio y su aspecto, y el que no mostrara ningún deseo de tomar parte en los partidos de fútbol de sexto curso que se celebraban durante el

recreo hicieron que fuese considerado un marica, por lo que a partir de entonces todos se burlaron de él. Todos sabían que debía de ser muy listo porque era un año más joven que el resto de la clase y llevaba un curso de adelanto. Casi todos los niños de Missing Mile tenían una rareza u otra en su historia personal: sus padres habían muerto en el gran incendio de la vieja hilatura de algodón, o sus madres se ganaban la vida desnudándose en un club nocturno de Raleigh, o vivían en Violin Road y los rumores afirmaban que eran tan pobres que se veían obligados a comer los animales atropellados en la carretera.

Esos niños aceptaron encantados la presencia de alguien a quien poder despreciar. Al nuevo no parecía importarle y, de hecho, ni siquiera parecía darse cuenta de que era despreciado. Cuando los chicos de sexto le lapidaron con piñas y guijarros, se limitó a mirar a su alrededor con una expresión tan perpleja como si los proyectiles hubieran caído del cielo. De la biblioteca de la escuela sacaba textos para adultos sobre el espacio, y pasaba los recreos en la franja de bosque que había a un extremo del patio.

Steve empezó a sentir curiosidad. Había oído comentar que el nuevo y sus padres venían de las montañas, y quería saber más cosas sobre las montañas. Él y sus padres las habían atravesado en coche una vez, y Steve había sacado la impresión de que eran un lugar de misterios oscuros y extraña exuberancia, de una belleza imponente que rozaba lo siniestro. En las montañas no necesitarías una máquina hiperespacial; en las montañas tenían tejones gigantes en vez de perros de patio.

Y un día Steve decidió no asistir al partido —de todas maneras era una diversión bastante estúpida donde la estricta observancia de las reglas del juego tenía mucha menos importancia que derribar al mayor número de chicos posible y restregarles la cara en el suelo—, y fue a dar un paseo por el bosque. Echó a caminar con las manos metidas en los bolsillos sintiéndose bastante incómodo y medio esperando no encontrarse con el nuevo, quien probablemente sólo quería estar a solas y seguramente pensaba que Steve no era más que otro paleto chiflado que no se diferenciaba en nada del resto de los chicos. El bosque estaba muy silencioso y el sol llenaba las hojas de puntitos luminosos, pero Steve no paraba de tropezarse con telarañas viejas que se le pegaban a la cara y le hacían imaginarse que una multitud de patitas bajaban corriendo por su espalda haciéndole cosquillas. Se disponía a rendirse y volver al patio para jugar al fútbol cuando oyó un «Eh» muy suave por encima de su cabeza.

Steve alzó la mirada, y se encontró con los ojos azules más tranquilos que había visto en toda su vida. No era de extrañar que a aquel chico le importaran tan poco los insultos o el que le arrojaran piñas. Aquellos ojos que brillaban en un rostro excesivamente delicado enmarcado por mechones de cabello tan incoloros como la lluvia estaban totalmente en paz consigo mismos, y Steve se preguntó qué se sentiría al tener unos ojos semejantes.

El chico estaba cómodamente instalado en un árbol con las piernas estiradas a lo

largo de una rama baja y la espalda pegada al tronco. Alzó un brazo y señaló un punto del sendero que quedaba un poquito por delante de Steve.

Al principio Steve no vio nada, pero de repente todo se volvió muy nítido y claro, igual que ocurre cuando una ilusión óptica decide revelar lo que ha estado ocultando. Había una telaraña enorme y muy complicada que iba de un lado a otro del sendero, y en el centro de los círculos concéntricos que parecían de gasa colgaba una tejedora marrón particularmente grande y viscosa cuya cabeza apuntaba hacia el suelo. Otro par de pasos, y Steve se habría dado de narices con ella. Steve intentó reprimir el estremecimiento, y no lo consiguió del todo.

—Las arañas están tejiendo por todo el bosque —dijo el chico—. Eso significa que no tardará en hacer frío.

La afirmación iba en contra de la racionalidad que tanto amaba Steve, y sonaba terriblemente infantil. ¿Qué clase de relación podía haber entre las arañas y el clima?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Mi abuela sabe mucho de todas esas cosas.

Los ojos azules no estaban desafiando a Steve a que creyera aquellas palabras. El chico parecía envuelto en una aureola de tranquila seguridad. No había nada arrogante o presuntuoso en él, pero parecía saber que decía la verdad.

Steve no pudo evitar sentir un considerable interés y, de todas formas, seguramente un chico de las montañas tenía derecho a su pequeño tesoro particular de folklore extraño, ¿verdad?

—¿Sí? —preguntó—. ¿Y sobre qué otras cosas sabe tanto tu abuela?

—Sobre muchas. —El chico vaciló unos momentos antes de seguir hablando—. Si quieres conocerla podrías venir a visitarnos alguna vez. Vivimos en Burnt Church Road, justo al lado del callejón sin salida.

Ser el nuevo que no tenía ningún amigo digno de ese nombre tendría que haber hecho que le resultara muy difícil formular la invitación, pues no sabía si Steve se limitaría a reír y marcharse. Para Steve también tendría que haber resultado bastante difícil aceptarla, pero tanto el uno como el otro ya estaban experimentando una curiosa sensación de estar a gusto que iba más allá de cualquier palabra que hubiesen intercambiado. Mientras permanecía inmóvil en el sendero de aquel bosque tachonado por el sol de septiembre y alzaba la mirada hacia el flaco cuerpo del chico subido al árbol, Steve se sintió tan cómodo como si pudiera decir cualquier cosa que le viniera a la cabeza. No era exactamente *déjà vu*, y no era tan inquietante, pero resultaba curiosamente familiar. Cuando recordaba aquel momento, Steve pensaba que no se trataba tanto de que hubiera conocido a un nuevo amigo como de que había reconocido a un amigo de siempre.

Aflojó un poco la presión que sus dedos ejercían sobre el volante y clavó los ojos en la noche que centelleaba ante él. Cristo, qué tenso estaba…, primero había sido su mal humor y el *whisky*, y luego aquella gilipollez inexplicable y aterradora en lo alto de la colina. Tenía los nervios tan de punta que parecían vibrar con cada golpeteo de

las ruedas que se movían sobre la carretera. Fantasma farfulló algo ininteligible, pero cuando Steve volvió la mirada hacia él vio que seguía durmiendo con los ojos cerrados y las manos placidamente apoyadas sobre el regazo. Estaba volviendo a soñar. Fantasma siempre soñaba, pero que sus sueños se convirtieran en realidad era algo que sólo ocurría de vez en cuando.

Estaban llegando a las afueras de Missing Mile, a la zona conocida como Violin Road donde las oscuras ramas de los pinos colgaban sobre la gravilla polvorienta; allí donde el suelo parecía haber sido ametrallado con trozos de metal oxidado, gallineros y cementerios familiares que brotaban de la hierba cansada como míseras cosechas de piedra. Siempre que iba por allí de día con el coche, Steve veía niños vestidos con ropas harapientas y ojos opacos que jugaban en maltrechas estructuras de hierro, excavaban agujeros en la tierra de los patios descuidados o permanecían inmóviles como si no tuvieran nada mejor que hacer, volviendo lentamente la cabeza para seguir al T-bird con la mirada cuando pasaba ante ellos. En una ocasión había visto a un grupito de niños acuclillados alrededor de una marmota muerta al lado de la carretera. Los niños la empujaban con los dedos y le daban vueltas con palos buscando gusanos. Era un día de agosto en que hacía más de cuarenta grados a la sombra, y cuando pasó junto a ellos las fosas nasales de Steve quedaron invadidas por una vaharada de olor a marmota ya muy descompuesta.

Pero ahora la fría luna de septiembre que dejaba caer su luz desde el cielo hacía que los remolques, los coches oxidados y los montones de basura pareciesen desvanecerse y perder poco a poco la sustancia. Sólo la hierba y los árboles de ramas bajas parecían brillar y estar realmente vivos. Steve se preguntó quién viviría allí, y qué personas intentarían hacerse un hueco en el que existir luchando con uñas y dientes para mantener a raya al kudzu y al inmenso vacío del cielo. ¿Serían granjeros que se habían arruinado intentando mendigar cosechas de aquel suelo que se había vuelto estéril hacía cincuenta años? ¿Serían *hippies* de campo, bohemios más viejos a cada día que pasaba, convencidos de que vivir de la tierra significaba un par de tomateras raquíticas y yogures Danone comprados en el 7-Eleven que había cinco kilómetros carretera arriba?

Steve echó un vistazo al indicador de la gasolina. Apenas quedaba, pero la calderilla obtenida de la máquina de Pepsi-Cola serviría para llenar el depósito mañana. Últimamente el T-bird parecía tener una sed increíble. «Maldito trasto de mierda…», pensó Steve con afecto.

Ya casi estaban en casa. Steve dormiría en la habitación-zona catastrófica que había sido tan alegre y acogedora en el pasado. Se envolvería en las sábanas sucias, e intentaría mantener alejadas a las pesadillas. Por la mañana Fantasma prepararía tortitas de plátano y cereales, y le traería una cerveza. La presencia de Fantasma borracho y soñando en la habitación contigua sería un consuelo. La noche había resultado muy larga.

5

Quince años después, el bar de Christian no era muy distinto a como había sido aquella última noche de carnaval, aquella noche de sangre y altares, aquella noche deliciosa.

Un ventanal de cristales multicolores había sido hecho añicos durante una pelea una de las raras noches en que el bar estaba lleno hasta los topes, el licor fluía con excesiva abundancia y los temperamentos acababan poniéndose al rojo blanco. El hueco de la ventana estaba tapado con un cartón negro. El cartón mantenía fuera la luz del sol durante el día, e impedía que pudieran entrar las sombras durante la noche.

Arriba, en la habitación de Christian, las manchas de sangre que Jessy había dejado sobre la alfombra se iban volviendo de un marrón cada vez más claro y sus perímetros iban perdiendo nitidez a medida que Christian pasaba sobre ellas con sus botas de cuero negro, sus zapatillas o sus nudosos pies descalzos de largos dedos. Quince años de pisadas de Christian habían ido eliminando poco a poco la sangre de Jessy.

La madera de la barra había perdido el lustre, se había opacado y se había ido cubriendo de arañazos y señales. Christian se olvidaba de sustituir las bombillas de las lámparas que imitaban el estilo Tiffany, una de las pequeñas maldiciones que conllevaba el tener una excelente visión nocturna. El esplendor barato y un poco falso de la gloriosa vida alcohólica del Barrio Francés fluía calle Chartres arriba a mucha distancia de allí. Nadie entraba en el bar antes de las diez.

Más tarde Christian pensaría en más de una ocasión que el hombre que decía llamarse Wallace tendría que haber aparecido durante el carnaval. Eso habría tenido una vaga simetría, una especie de corrección; pero naturalmente la vida era un lío carente de orden, y Christian había vivido el tiempo suficiente para saberlo. El hombre entró en el bar a primera hora de una noche de septiembre durante una de las últimas olas de calor. Se había subido las mangas de la camisa blanca de algodón, y la tela bajo sus axilas estaba manchada por círculos de sudor. Al principio Christian pensó que era un viejo —al menos guiándose por los patrones habituales—, un viejo muy cansado que parecía estar muy triste. Luego le observó con más atención, y vio que aquel hombre no podía tener mucho más de cincuenta años.

Pero se movía como si esperase recibir golpes de un momento a otro. Era un hombre que se había vuelto hacia dentro, un hombre que contemplaba el mundo con ojos recelosos y llenos de cautela. Llevaba la cabellera rizada bastante corta, y el pelo apenas estaba empezando el cambio del castaño al gris. Tenía un rostro que en tiempos pasados quizá hubiera sido afable y bondadoso: surcos profundos resultado de las preocupaciones, ojos castaños que habían visto demasiado dolor… Aquellos ojos aún conservaban un poco de calor, pero el calor había sido debilitado por el cansancio y el mantenerse en guardia continuamente. Christian pensó que fuera cual fuese la bebida que escogiera, aquel hombre la engulliría de un solo trago y que

tomaría una gran cantidad de ella.

—Escocés —dijo el hombre—. Chivas Regal.

Christian echó el escocés encima de los cubitos de hielo. El hombre alzó el vaso ante la luz y contempló sus profundidades ambarinas con el ceño fruncido. Después se lo llevó a los labios, y se bebió todo el *whisky* con un solo movimiento que indicaba mucha práctica. Christian oyó el tintineo de un cubito de hielo al chocar con sus dientes. El hombre volvió a escupirlo en el vaso y miró a Christian.

—Me llamo Wallace Creech —dijo, y extendió su mano hacia Christian.

—Christian —dijo éste.

Aceptó la mano de Wallace y le miró a los ojos. Wallace le devolvió la mirada sin pestañear. La gran mayoría de personas se sobresaltaban al sentir el roce de los dedos de Christian y se apresuraban a retirar la mano para frotársela contra la ropa queriendo librarse del contacto gélido de la piel de Christian, o apartaban la mirada para no ver la fría luz que brillaba en sus ojos: pero Wallace sostuvo su mirada sin inmutarse, y aumentó un poquito la presión que ejercía sobre la mano de Christian.

—Un nombre magnífico.

Christian se fijó por primera vez en el pequeño crucifijo de plata que colgaba de una cadenilla alrededor del cuello de Wallace. La tenue iluminación del bar arrancaba débiles destellos al crucifijo y la cadenilla.

—Me temo que no lo soy[2] —dijo Christian.

—¿Cómo ha dicho?

—No pertenezco a ninguna iglesia. No soy religioso.

«Si puedes vivir el tiempo suficiente, esos consuelos dejan de hacerte efecto», pensó.

—Ah —dijo Wallace, y puso cara de saber muy bien de qué hablaba.

Christian esperaba ver cómo se metía la mano en un bolsillo para sacar un panfleto. A lo largo de los años Christian había recibido centenares de panfletos, y había encontrado centenares más encima de las mesas del bar o debajo de ellas. Los había visto de todas clases, desde uno pésimamente impreso y lleno de faltas de ortografía de un culto de manipuladores de serpientes de los pantanos de Luisiana hasta otro que parecía un periódico sensacionalista con el encabezamiento: *¡La música rock es peor que el LSD!* Christian siempre se había preguntado qué atraía a la gente a esas religiones. La obsesión por su propia mortalidad que sentían los seres humanos le intrigaba, y había leído todos los panfletos.

Pero Wallace no le ofreció un panfleto. En vez de eso, lo que hizo fue cambiar bruscamente de tema.

—¿Hace mucho que es propietario de este bar? —preguntó.

Christian sintió una leve punzada de vergüenza. Se había formado una opinión equivocada del viejo. A juzgar por su aspecto, Wallace necesitaba toda la fe a la que pudiera echar mano. El dolor parecía irradiar de su cuerpo, y tenía que sentirse tremendamente solo. Sólo estaba intentando charlar, y dar conversación formaba

parte del trabajo de atender la barra.

—Veinte años —dijo.

—Cuando empezó debía de ser muy joven.

—Soy más viejo de lo que aparento —dijo Christian, y sus labios se curvaron en la sombra de una sonrisa.

Su rostro no había cambiado, no había envejecido en lo más mínimo y no había perdido ni un átomo de su belleza fría y esbelta desde aquella noche de carnaval de hacía quince años; la noche que había pasado durmiendo en brazos de Molochai con el estómago repleto y calentado por la sangre de Molochai. Christian llevaba mucho, mucho tiempo sin envejecer.

—Ya me lo imagino —replicó secamente Wallace.

Christian contempló el rostro de Wallace en silencio. La expresión de Wallace no era distinta a la de antes. Los ojos eran los mismos —esos ojos llenos de pena y dolor que sugerían un fruncimiento de ceño—, y las arrugas que servían de paréntesis a la boca seguían siendo tan cansadas y pacientes como antes. Christian pensó que la observación no tenía ningún significado y decidió olvidarla. Aquel hombre sólo quería hablar con alguien. Estaba solo. Las personas religiosas siempre parecían estar muy solas, y quizá eso explicase el que necesitaran estar rodeadas por multitudes que compartiesen sus creencias. Ah, sí, qué gran consuelo es el estar entre otros de su especie, y qué inmensa es la soledad cuando no hay nadie que sea como tú… ¿Cómo era posible que los humanos pudieran llegar a creer que estaban realmente solos cuando había tantísimos de su especie?

—¿Otro? —preguntó Christian.

Wallace engulló un segundo vaso de Chivas, y la pregunta que hizo a continuación consiguió sorprender a Christian.

—¿Siempre hay tan poca animación? —preguntó. Un instante después comprendió lo que había dicho, e intentó excusarse—. No pretendía ser grosero…, mera curiosidad, ya sabe. El bar es bonito, está en un sitio excelente. El Barrio Francés…

Empezó a balbucear de una manera casi incoherente, y Christian comprendió que, por alguna razón que desconocía, Wallace Creech estaba aterrorizado. El vaso vacío que sostenía en su mano tintineó al chocar con la superficie de la barra; los cubitos de hielo emitieron un frío repiqueteo. Creech parecía estar a punto de salir corriendo.

Christian echó los cubitos medio derretidos en la pileta, metió nuevos cubitos que sacó de la nevera y echó otra ración de escocés dentro del vaso. Había servido un doble, pero un instante después vio cómo Wallace lo engullía con el mismo movimiento de experto sin hacer ni la más mínima mueca. No cabía duda de que estaba ante un bebedor con muchísima experiencia.

—¿Por qué ha venido aquí, Wallace Creech? —preguntó Christian en voz baja y suave—. ¿Qué quiere?

La mano de Wallace fue hacia el crucifijo que colgaba de su cuello. Después

pareció querer disimular el gesto, y deslizó un dedo por el reborde del cuello de su camisa, aflojándolo un poco a pesar de que el botón de arriba estaba fuera del ojal.

—Hace tiempo había una chica… —dijo—. Jessy. Bajita, delgada…, tenía el cabello negro y lo llevaba corto. Vestía de negro. Solía venir aquí.

Christian sintió que un puño helado se tensaba en algún lugar de sus entrañas. El puño fue cerrándose y aumentó poco a poco su presión. Se había curvado alrededor de una parte vital de su organismo, y le estaba desgarrando por dentro. Se lamió los labios, y descubrió que su boca sabía a sangre rancia. Fingió pensar.

—Jessy —dijo—. Jessy… Hace tanto tiempo que…, pero quizá me acuerde de ella. Dejó de venir hace quince años.

—¿Eso fue después del carnaval…, hace quince años?

—Creo que sí —dijo Christian, y su lengua volvió a captar el sabor a sangre rancia.

—Era mi hija —dijo Wallace.

Christian tragó saliva. De repente tenía una sed terrible.

—¿Y desapareció…, así de repente? —preguntó—. ¿No avisó a la policía?

—No, no lo hice. Jessy siempre había sido un poco…, un poco difícil de controlar. —Durante un momento el rostro de Wallace se convirtió en la máscara de la tragedia del carnaval. Después se tapó los ojos con una mano, contuvo las lágrimas frunciendo el ceño y siguió hablando—. Siempre me estaba amenazando con marcharse de casa. Decía que no le daba dinero suficiente, decía que se aburría conmigo… Le gustaba salir y beber en los bares. Se enfadó mucho porque la obligué a seguir estudiando cuando dijo que quería dejarlo. No parecía importarle nada…, y desde luego no su padre.

Wallace volvió a taparse los ojos.

—Siempre he creído que una chica necesita tener cerca a su madre, y Lydia… Mi esposa murió cuando Jessy sólo tenía cinco años. Suicidio…, un pecado. Crié a nuestra hija sin ayuda de nadie, y supongo que no supe hacerlo demasiado bien. Cuando Jessy desapareció pensé que se había escapado con un chico. Al principio me consolé con la esperanza de que volvería a casa en cuanto se le hubiese acabado el dinero. Tenía unas ideas tan extrañas…, sí, tenía unas ideas terriblemente extrañas…, y enviar a la policía para que la persiguiese sólo habría servido para que me odiara.

—¿Y por qué está usted aquí ahora?

Christian se sentía incapaz de mirar al viejo a los ojos. Clavó la mirada en el crucifijo de plata, en los pliegues de piel flácida que había detrás de él.

—Bueno… Después de que Jessy se fuera llevé todas sus cosas a la buhardilla. Cuando comprendí que no iba a volver, me…, me di cuenta de que no podía soportar verlas. Hace poco pensé en sus cosas, no sé por qué, y me pregunté si su ropa vieja seguiría estando lo bastante bien como para dársela a mi grupo de la parroquia. Celebran un bazar anual para los pobres, ¿sabe? —Christian asintió—. Empecé a hurgar en las cajas, y encontré un diario. Había varias entradas que hablaban de usted

y…, y de su bar. Jessy parecía tener ciertos…, ciertos sentimientos hacia usted. Pensé que quizá le hubiese dicho dónde había ido. Me gustaría tanto volver a verla…

—No sé adonde fue —dijo Christian—. Sólo venía aquí a beber. Nunca hablaba conmigo. No tengo ni idea de adonde puede haber ido.

Se dio cuenta de que seguía con los ojos clavados en el crucifijo, y bajó la mirada hasta posarla en el vaso vacío de Wallace.

Wallace dejó escapar un prolongado suspiro.

—Me tomaré otro —dijo.

Bebió dos *whiskys* más, se fue emborrachando poco a poco y empezó a pasearse por el bar. Examinó el ventanal de cristales multicolores y su gemelo ciego, las mesas marcadas por las pautas crípticas de las iniciales y los anillos que habían dejado las jarras de cerveza, y el gastado cuero rojo de los taburetes de la barra. De vez en cuando volvía la cabeza hacia Christian, y Christian rehuía su mirada y no decía nada.

Cuando Wallace empezó a contemplar la puerta que llevaba a la escalera de caracol y, después, a la habitación del piso de arriba, Christian cogió un trapo y empezó a limpiar la barra.

—Voy a cerrar. Siento no haber podido ayudarle a resolver su problema.

Después de hablar se dio cuenta de que había utilizado un tono de voz más seco de lo que pretendía en un principio.

Cuando Wallace se hubo marchado —salió del bar balanceándose discretamente de un lado a otro, envuelto en su silenciosa dignidad— y la puerta se hubo cerrado a su espalda, Christian se volvió hacia sus hileras de botellas y cogió una botella cuadrada, no muy alta y adornada con un florón dorado, que estaba casi llena de un licor verde luminoso. Ya nadie quería beber *chartreuse*, pero Christian siempre tenía unas cuantas botellas en reserva por si Molochai, Twig y Zillah entraban contoneándose en la ciudad una noche de carnaval. Quería que la pesadez remolineante del alcohol calmara su mente con el peso invisible de la borrachera; quería caer en un sopor muy profundo donde no hubiese sueños, donde no hubiera espectros que salieran nadando de las simas de la memoria, donde no hubiera muchachitas delgadas con los ojos maquillados y los muslos ensangrentados por el nacimiento de una criatura inocente que había acabado con su vida.

¿Lo conseguiría?

Desenroscó el tapón de la botella y se dispuso a servirse. Su mano se quedó inmóvil sobre el vaso, una mano huesuda y blanca, carne fría sobre la frialdad de la botella. Podía oler el licor. Aquel aroma tan fresco y puro como el del comienzo de la noche, como el del nacimiento…, sí, era el aroma de los altares. Ah, deseaba tan desesperadamente emborracharse y dormir… Los otros —Molochai, Twig y Zillah— bebían incesantemente e incluso comían. Podían ahogar sus verdaderas naturalezas con la glotonería, pero sólo porque eran jóvenes. Pertenecían a una generación más nueva. Su química corporal era sutilmente distinta; eran más resistentes, y sus

órganos quizá tuvieran tejidos más gruesos y menos delicados. Christian se acordó de la vez en que había bebido vino y de la vez en que había bebido vodka, y el recuerdo del dolor subió por su columna vertebral haciéndole estremecerse. Pero esto quizá…

Christian acunó la botella contra su pecho y subió la escalera con ella. Fue apagando las luces del bar a medida que subía, un lento ascenso en la oscuridad, una bendición que iba unida a su excelente visión nocturna.

El *chartreuse* le quemó por dentro al bajar a lo largo de su garganta, y Christian se envaró en la oscuridad aguardando la aparición del dolor; pero cuando el licor llegó a su estómago sintió cómo el delicado calor de un fuego verde empezaba a extenderse por todo su cuerpo. Sí, esta vez iba a funcionar… Su extraño y traicionero organismo por fin iba a permitir que se emborrachara como nunca lo había hecho antes, y entonces Christian podría descansar, y durante un tiempo se vería libre de la obligación de pensar.

Se sirvió otro vaso e intentó tomar un sorbo. El *chartreuse* hizo que le lloraran los ojos e invadió su nariz, y Christian echó el vaso hacia atrás y se apresuró a tragar para no sucumbir a la tos. Dejó escapar una risita, burlándose de sí mismo. Era un buen camarero, oh, sí, era un camarero excelente…, pero no cabía duda de que no sabía beber. Después del vaso siguiente decidió prescindir de él, y se dedicó a beber directamente de la botella tal como había visto hacer a los otros aquella noche de carnaval.

Cuando el primer ruido subió del callejón y llegó flotando hasta él, Christian ya estaba lo suficientemente borracho como para ignorarlo, pero un instante después oyó otro ruido y un deslizarse chirriante que le desgarró los tímpanos, como si alguien estuviera arrastrando uno de los cubos metálicos de la basura por el suelo de cemento. ¿Un perro sin dueño, un vagabundo? Christian fue lentamente hasta su ventana, que le proporcionaba un buen panorama del callejón y de una rebanada de la calle Royal detrás de él. Pegó las manos al cristal formando una copa y miró.

Al parecer Wallace Creech también estaba borracho. No había ninguna otra razón que pudiera explicar la torpeza con la que estaba examinando la basura de Christian, que consistía básicamente en las botellas vacías y los cartones procedentes del bar. Mientras Christian le observaba, Wallace dejó que una botella de vodka Taaka se le escurriera de entre los dedos. La botella chocó contra el cemento y se hizo añicos, y Wallace se puso a cuatro patas en un fútil intento de recoger los trocitos de cristal y volver a meterlos por el desgarrón que había hecho en la bolsa de basura.

Aquello era demasiado. Bien, Christian tendría que ser un poco más duro con Wallace Creech… El suelo del callejón ya había quedado sembrado de cristales rotos, bolsas de papel arrugadas y demás basura, pero ¿qué demonios andaba buscando Wallace? ¿Los huesos de su hija, limpios y frotados hasta sacarles brillo y envueltos en las páginas de un ejemplar del *Times-Picayune* de hacía quince años?

Christian se irguió y se apartó de la ventana. Bajaría y entraría en el callejón sin hacer ningún ruido; tiraría de ese cuello viejo y reseco echándolo hacia atrás, dejaría

fluir la sangre insípida del anciano…

El primer espasmo llegó cuando estaba abriendo la puerta que daba al descansillo, y fue tan intenso que Christian se dobló sobre sí mismo hasta que casi rozó el suelo con la cabeza. Se apoyó en el quicio de la puerta, y se abrazó frenéticamente intentando contener el avance de la llamarada de agonía verde que se estaba abriendo paso por su vientre. Era peor que las otras veces, mucho peor. Sí, el dolor tenía que estarle destrozando por dentro, y era tan terrible que sus entrañas ya debían estar recubiertas por una telaraña de diminutos agujeros ensangrentados… Christian cerró los ojos, y un estremecimiento interminable recorrió su cuerpo.

Gimió y meneó la cabeza mientras apretaba las mandíbulas intentando no gritar. Tenía que llegar al cuarto de baño como fuese. Estaba en el descansillo, y lo compartía con los otros apartamentos del último piso del edificio. Empujó la puerta. El panel de madera giró sobre las bisagras hasta que la puerta quedó totalmente abierta, y Christian se desplomó sobre el suelo del descansillo, y se debatió torpemente en las garras de la agonía, bilis amarga en la garganta y los ojos soltando chorros de lágrimas.

—Cristo bendito, tío… ¿Te encuentras bien?

David, su vecino, se disponía a salir. Christian rodó sobre sí mismo hasta quedar acostado sobre la espalda y quedó tan agotado que no pudo hacer nada más salvo alzar la mirada hacia David, el traje de seriedad cadavérica, el cabello patológicamente corto, las gafas de sol que llevaba siempre incluso cuando era de noche. Otro espasmo de dolor recorrió todo su cuerpo, una tortura increíblemente peor que la anterior, y Christian dejó escapar un gemido gutural que brotó de lo más profundo de su garganta. Ah, sí, los tejidos de su cuerpo tenían que estar consumiéndose, sus entrañas tenían que estar disolviéndose dentro de él…

Un instante después fue consciente del roce de las manos de David debajo de sus brazos, de la presencia de David ayudándole a incorporarse y llevándole medio a rastras hasta el cuarto de baño donde inclinó a Christian sobre la taza del retrete. Un nudo oculto en el interior de Christian se aflojó de repente y todo el *chartreuse* salió de su boca, una marea de líquido verde y caliente que había sido removida hasta convertirse en una masa espumosa. Christian sollozó al verlo y volvió la cabeza. Gruesas hebras de saliva colgaban de sus labios como una telaraña pastosa.

—Cristo, camarero, ¿vas a vivir o qué? ¿Has tenido que cerrar pronto esta noche?

Christian consiguió asentir. Se apoyó en David, y la cálida presión de la mano de David sobre su hombro impidió que se derrumbara. Volvió a vomitar, y esta vez tuvo que forzar el vómito con los dedos. Después casi se sintió bien.

—Voy a salir —le dijo a David.

—Santo Dios… ¿Estás seguro de que quieres salir? Oye, ¿y si te ayudo a volver a tu habitación? ¿No quieres lavarte los dientes al menos?

—No. Necesito un trago para matar el mal sabor. Debo haber comido algo que estaba en malas condiciones.

—He quedado con una chica. ¿Por qué no vienes y te tomas una copa con nosotros?

La mención del alcohol hizo que Christian tuviera que reprimir un gemido. La idea de tomar una copa con David y su chica hizo que se sintiera terriblemente solo. Nunca podría hacer algo así, y además ahora tenía un hambre espantoso.

Bajaron la escalera juntos, y David se alejó por Conti yendo hacia las luces de la calle Bourbon. Christian inspeccionó el callejón, pero naturalmente Wallace ya se había marchado. Lo único que quedaba de él era un hálito de *whisky* y miedo, pero Christian sabía que volvería a encontrarse con Wallace Creech. Sí, volvería a ver sus ojos de anciano cansado y su crucifijo de plata… Christian estaba seguro de ello, y sonrió mientras sentía cómo la noche se iba espesando a su alrededor. Echó a caminar en dirección al río.

Nada estaba sentado sobre su cama desnudo y con las piernas cruzadas, la colcha amontonada junto a su cintura y una vela delante de él. Curvó las manos alrededor de la llama y las mantuvo allí hasta que le empezaron a sudar las palmas. Después alzó las manos hasta su cara y la frotó para transmitirle el calor. Había puesto la música muy alta. Aquella noche Tom Waits estaba total y espléndidamente borracho, y deseaba estar en Nueva Orleans. Nada también deseaba estar allí.

Volvió la mirada hacia la ventana. Podía ver unas cuantas luces. Otras ventanas en otras casas, y más casas detrás de ellas; casas con pulcras extensiones de césped y árboles que daban sombra, como aquella en la que vivía; casas con columpios y caminitos de cemento y bañeras redondas y solarios de madera barnizada; calles recorridas por Volvos y Toyotas que recogían a los niños de la guardería, iban al supermercado, al complejo gimnástico y de salud, al centro comercial o, si las personas que los conducían estaban lo suficientemente aburridas, a la licorería; suburbios que se extendían y se extendían sin terminar nunca o que llegaban hasta la frontera de Maryland, lo que ocurriese primero. Nada se estremeció y tomó un trago de la botella de White Horse que había dejado junto a su cama. Había vuelto a llenarla con el suministro alcohólico del armarito de las bebidas de sus padres y luego había echado agua en su botella para que no se dieran cuenta, pero ya casi se le había terminado.

Siguió con la cabeza vuelta hacia la ventana. Casi todas las luces se habían apagado. Nada volvió a estremecerse.

Siempre que salía, Christian seguía llevando una larga capa negra forrada de seda. Las viejas costumbres tardan mucho en morir, si es que llegan a morir del todo alguna vez. La noche se había vuelto más fresca. La barandilla de hierro negro que se extendía bajo la mano de Christian estaba caliente, y aún seguía saturada por el calor del día, pero una brisa que olía a oscuridad serpenteaba subiendo del río. La brisa rozó su rostro reanimándole con su contacto. Ya casi había olvidado la sensación de quemadura en su estómago y los vómitos que le habían dejado la garganta ensangrentada y en carne viva.

Apretó el paso. Los tacones de sus botas repiqueteaban sobre el pavimento. Christian se preguntó cuántas veces habría caminado por aquellos lugares, y en qué grado infinitesimal sus pisadas habrían desgastado las aceras de aquellas viejas calles, esas calles encantadas bautizadas con nombres tan exóticos —Ursulinas, Bienville, Decatur—, y se preguntó qué parte de su sustancia habría dejado allí y qué parte de ella estaba compuesta por el polvo de aquellas calles.

Nueva Orleans siempre había existido. Christian había vivido en otros lugares muy distantes que se encontraban más allá de mares sin sol, lugares más antiguos y oscuros e igual de extraños en los que abundaban los espectros. Pero ¿en qué otro lugar había una casa donde siguieran lamentándose los espíritus de los esclavos que habían sido maltratados por el sadismo de su dueña, *madame* Lalaurie; en qué otro lugar era posible seguir oliendo el sudor dispuesto a perdurar para siempre de una esclava que había pasado todos los años de su existencia encadenada a una cocina? ¿En qué otro lugar se podía ver a los cuervos aleteando sobre las ruinas medio desmoronadas del cementerio de San Luis hasta posarse, manchas de tinta de ojos fatídicos, sobre una tumba señalada por centenares de X rojas…, X trazadas con tiza carmesí ya medio borrada, X aún frescas y relucientes, X para las maldiciones vudú, X para invocar la ira de Marie Laveau, la reina del vudú que nunca había envejecido?

Christian dejó atrás un umbral oscuro detrás del cual se veía una luz azulada y pálidas siluetas que se movían bajo ella. Se acordó de la época en la que aquel agujero en una pared había sido la entrada a un club de *jazz*, los tiempos en que la música de los instrumentos de metal salía flotando de él a altas horas de la noche y subía hacia el cielo dibujando espirales, cuando las mujeres de piel color humo, labios suculentos y vestidos rojos estaban inmóviles delante de la entrada, sonriendo con sus oscuras sonrisas a los transeúntes. En una ocasión, Christian había visto a Louis Armstrong de pie en aquella acera con las mangas de la camisa enrolladas mientras hablaba con una multitud de amigos.

Christian se acordaba de la risa lenta y tranquila, de los ojos blancos que brillaban en rostros negros azulados por el sudor, de las petacas de licor ilegal lo bastante potente como para hacer un agujero incluso en las resistentes tripas de Molochai, Twig o Zillah. Ahora las siluetas que aguardaban nerviosamente en la acera no podían ser más blancas. Sus ojos estaban rodeados de manchas negras y vestían ropas negras llenas de desgarrones, pequeños fantasmas que parecían negativos fotográficos de los bailarines oscuros que en tiempos lejanos se habían pasado toda la noche girando al compás de la música de *jazz*. Ahora la música que salía del umbral y subía flotando hacia la luna era oscura, extraña y parsimoniosa, el himno de todos los niños perdidos que iniciaban sus vidas de noche, cuando se abrían los bares y empezaba a sonar la música.

Y lo que se oía en aquellos momentos era la música del santificado Bauhaus, los dioses pálidos y de huesos largos y finos adorados por aquella multitud, y los dioses estaban cantando «Bela Lugosi ha muerto». Los ojos rodeados de rimmel se

vidriaban y los labios recubiertos de carmín negro se movían en sincronía con las palabras de Bauhaus, y los niños bailaban muy despacio porque su sangre era tan clara como el agua y se encontraban bajo el hechizo del *disc-jockey*, la música y la noche.

Christian entró. Cuando pasó junto a la barra oyó que una chica decía «Dios, pero qué alto es ese tipo». Se volvió, pero no consiguió encontrar sus ojos. Christian se alzaba como un faro esbelto y pálido por encima de casi todos los niños que había en el club, y podía bajar la mirada hacia hombros cubiertos de cuero adornado con remaches, lóbulos de los que colgaban cadenas, crucifijos y diminutas calaveras de plata, cabezas de cabellos teñidos con todos los colores de aspecto antinatural posibles, desde el negro azulado hasta el blanco pasando por el naranja y el rojo. El club olía a sudor, espuma fijadora de pelo a medio derretir y cuero recalentado, y por debajo de aquella mezcla de olores se percibía el perfume dulzón a clavo y especias de los cigarrillos de hierbas aromáticas. Un velo de humo giró delicadamente alrededor de los hombros de Christian.

Se pegó a la pared de atrás y permaneció inmóvil sin fumar ni beber, limitándose a observar los movimientos de los niños, viendo el subir y bajar de sus rostros y el oscilar de sus manos en la luz azulada. Un chico se le acercó y le preguntó si quería hacerle el favor de vigilar su chaqueta. Cuando Christian asintió, el chico dejó caer la chaqueta sobre una silla al lado de Christian y se alejó bailando para fundirse con la multitud, un torso esbelto recubierto por una camiseta con los delgados brazos levantados por encima de la cabeza. Aquellos niños confiaban los unos en los otros. El mundo de los adultos era obtuso y amenazador, pero cada niño tenía la fe más absoluta imaginable en los demás niños. Aun así, una chaqueta de cuero no era algo que se pudiera dejar en cualquier sitio sin que nadie cuidara de ella. Cada chaqueta era una obra maestra a la que su propietario había distinguido con complejas pautas de remaches e imperdibles, pegatinas de grupos arcanos, parches y cadenillas. Bela Lugosi seguía estando muerto. La voz del cantante era delicada y suave, y tan insidiosa como un cáncer de garganta. Christian se lo imaginó retorciéndose sobre el escenario, una figura flaca de huesos muy blancos. Cuando la canción hubo terminado el chico volvió bailando hacia él y se colgó la chaqueta de los hombros. Ofreció un cigarrillo a Christian y se lo encendió. Christian dio una calada. Era un cigarrillo de clavo perfumado que sabía a ceniza y a Oriente, y el papel estaba impregnado de azúcar. Después lo sostuvo entre dos largos dedos, y permitió que se fuera quemando mientras se lo llevaba alguna que otra vez a los labios para fingir que fumaba. El sabor le daba náuseas. Todos los sabores le daban náuseas, salvo uno. Y ahora tenía tanta hambre, estaba tan sediento…

Cuando el chico curvó una mano alrededor de su boca y se acercó de puntillas a Christian para gritarle algo al oído —su nombre, quizá, aunque Christian nunca llegó a saber cómo se llamaba—, Christian puso la palma de la mano sobre el punto en el que la espalda del chico se unía a su nuca. La piel del chico ardía a través de la

camiseta humedecida por el sudor. Estaba tan viva… Christian sintió los contornos de los pequeños riscos de la columna vertebral a través de la delgada tela. El chico contempló a Christian durante un momento. Sus ojos parecían más oscuros que antes. Después sonrió y se movió de tal forma que su cadera rozó la de Christian. Los huesos de ambas pelvis se encontraron y se hablaron los unos a los otros en el lenguaje secreto de los huesos. La sonrisa del chico era conmovedoramente dulce.

—¡Un borramentes! —gritó el chico cuando llegaron a la barra.

Christian pagó el brebaje. Era la bebida de un niño alcoholizado, un combinado dulzón y burbujeante con un mordisco letal oculto en sus profundidades.

—Compartámoslo —le ofreció el chico alzando el vaso ante él. Había dos pajas dentro.

—No —dijo Christian, recordando la náusea e imaginándose los aullidos de risa que hubiesen soltado Molochai, Twig y Zillah—. Todo para ti.

Durante un momento creyó oír sus roncas carcajadas detrás de él, y le pareció estar viéndolos por el rabillo del ojo: tres masas informes de pelos, tres rostros manchados de maquillaje. Cuando se volvió sólo había tres chicas con vestidos de cuero que le miraban y dejaban escapar risitas ahogadas. Christian se volvió nuevamente hacia la barra, pero el chico estaba compartiendo su borramentes con la chica de su izquierda. La cabellera pelirroja y engominada de la chica rozó el rostro del chico haciéndole cosquillas, y Christian vio cómo se reía y apartaba unos mechones.

Pero cuando la bebida se hubo terminado, la chica se marchó cogida del brazo de un cabeza rapada y el chico se volvió hacia Christian.

—¿Quieres ir a algún sitio?

El aire del exterior estaba sorprendentemente fresco y limpio después de la neblina de humo y licor del interior del club, y el chico se quedó inmóvil durante unos momentos. Alzó la mirada hacia las estrellas y respiró profundamente. Después se volvió hacia Christian y sonrió.

—Hace una noche preciosa. Bajemos hasta el río.

Christian aprovechó el paseo hasta la orilla del río para observar al chico. Se fijó en el brillo de fruta madura que desprendían sus ojos y su boca en la oscuridad, en la suavidad de su cabellera rubia muy corta a los lados y que caía por la espalda del chico formando una cascada casi blanca, en la gracia con que se movían sus manos borrachas y la oscilación despreocupada y dolorosamente flexible y ágil de sus caderas, y en el lugar blando y suave debajo de su mandíbula donde latía su pulso. Olió el perfume del cuero, el sudor limpio, el jabón y la piel del chico, y el olor del Barrio Francés que se alzaba alrededor de ellos, las especias y la basura, el granuloso olor dorado de la cerveza y el olor marrón oscuro a peces que brotaba del río.

Aquella noche el agua estaba muy quieta y brillaba con un oscuro resplandor mate. El chico desplegó la chaqueta cerca de la orilla, se sentó sobre ella y tiró de Christian atrayendo su cuerpo hacia él. Sus lenguas se fundieron. La saliva del chico

era tan agria y dulce como el vino. Christian la chupó de la boca del chico, y dejó que la saliva bajara por su garganta y que calentara sus entrañas haciendo todavía más intensa el hambre que sentía.

El chico se retorció y se estiró debajo de él. Sus brazos rodearon a Christian acercándolo un poco más al huesudo pecho infantil y la delgada blandura de la piel, y después el chico se irguió y se sacó la camiseta. La luz de la luna convirtió su cuerpo en una criatura de plata y blancura atravesada por las franjas oscuras que proyectaban las protuberancias de las costillas. Después volvió a ponerse la chaqueta de cuero.

—Me gusta sentir el roce en la piel —explicó tímidamente.

Christian abrazó al chico, acunó su cuerpo y le besó en la garganta. Cuando sintió el primer roce de los largos dientes afilados como agujas que habían surgido de las encías para curvarse sobre los labios de Christian el chico dejó escapar un gemido; y el sonido fue ahogado por la noche, el olor del río y la deliciosa belleza del chico que sostenía en sus brazos.

El chico movió la cabeza para mirarle a los ojos. Sus pupilas parecían enormes y muy oscuras en la delgadez de su rostro.

—¿Qué eres? —preguntó.

Christian guardó silencio; pero sus dientes ya habían perforado la piel del chico, y el primer y débil olor de la sangre acababa de llegar a sus fosas nasales.

—¿Eres un vampiro?

Christian acarició la cabellera del chico alisándola hacia atrás y apartando los mechones de la frente. Después besó tiernamente una mejilla, y deslizó la punta de su lengua sobre la lisura de la piel.

—Conviérteme en vampiro —dijo el chico—. Por favor… Quiero ser un vampiro. Quiero caminar de noche a tu lado y enamorarme y beber sangre. Mátame. Conviérteme en vampiro… Muérdeme, llévame contigo.

Christian mordisqueó delicadamente la garganta del chico, esta vez sin llegar a atravesar la piel. Deslizó sus manos a lo largo del cuerpo del chico moviéndolas por debajo de la chaqueta, acarició su liso pecho desprovisto de vello, introdujo una mano por debajo del cinturón de sus tejanos y encontró una temblorosa masa de calor derretido. La espalda del chico se arqueó, y su garganta dejó escapar un jadeo tembloroso. La lengua de Christian encontró el punto de blandura que había debajo de la mandíbula inferior, y hundió sus dientes en él. El chico gimoteó y se puso rígido entre sus brazos. El sabor a yema cruda de la vida se esparció por la boca de Christian, saliendo del cuerpo del chico con un burbujeo potente y fresco.

Christian fue inclinando al chico hasta el suelo sin dejar de abrazarle ni un instante y chupó. El sabor era todo cuanto recordaba, todo aquello en lo que soñaba, todo lo que podía llegar a necesitar. El chico se pegó a Christian. Sus manos encontraron la larga cabellera negra que se desparramaba sobre los hombros de Christian y tiraron de ella con la pasión nacida del dolor.

Y de repente el campo de visión de Christian se llenó de rojo primero y de negro

después, y luego otra vez de rojo, inmensas flores de luz y oscuridad que parecían hechas de gasa y que crecieron y crecieron hasta acabar ocultando el Barrio Francés, el río y el rostro del chico. Estrechó al chico con más fuerza entre sus brazos, y sus cuerpos se unieron en una última oleada de éxtasis, y el vientre de Christian empezó a llenarse poco a poco de calor, y el chico empezó a morir. El semen del chico fluyó como una marea cálida sobre los dedos de Christian. Christian se llevó la mano a los labios, y chupó el semen igual que había chupado la sangre. Los dos sabores se mezclaron en su boca, cremosos, delicados, amargos, salados, tan puros y potentes como la vida misma, y su combinación resultaba tan embriagadora que apenas podía ser soportada.

Cuando las venas del chico hubieron dejado de manar y sus manos se posaron nacidamente sobre el suelo mojado, Christian alzó su cuerpo y lo sostuvo junto a su pecho acunándolo como si fuese un bebé mientras contemplaba aquel rostro aún más pálido que antes y los ojos semicerrados por el éxtasis. Abrazó al chico durante varios minutos, y después alzó sus fríos ojos hacia la fría luna, y algo pasó entre ellos, algo fue de Christian a la luna, algo tan antiguo e implacable como las mareas o como las distancias inmensas que se interponen entre las estrellas.

Y si la luna hubiera podido mirar a Christian a los ojos, habría visto que a Christian no le gustaba lo que acababa de hacer, pero también habría visto que ahora ya no tenía hambre. Ya no estaba enfermo, ya no tenía frío. Beber una vida le había dejado un poco menos solo de lo que estaba antes, y si el chico había muerto convencido de que volvería a alzarse de la tumba convertido en un ser como Christian…, bueno, eso era algo que no estaba en manos de Christian evitar. Permitir que los niños muriesen creyendo aquellas cosas era un acto de bondad. Christian era tan incapaz de convertir al chico en uno de su especie como lo hubiese sido el chico de convertir a Christian en humano con un mordisco. Pertenecían a razas separadas, razas que estaban lo bastante cerca para aparearse, y que aun así seguían estando tan lejos la una de la otra como el crepúsculo del amanecer. Pero los muertos dormían, y no lo sabían.

Christian besó la blanca frente del chico y deslizó el cuerpecito vacío en las aguas del río. El peso de la chaqueta de cuero lo arrastró hacia las profundidades, y durante un momento Christian pudo ver cómo flotaba debajo de la superficie, flácido y frío como un sueño.

Después desapareció.

6

Nada volvió a curvar las manos alrededor de la vela. Sintió la mordedura del calor en sus palmas, y el punto brillante que era la llama se incrustó en sus pupilas. Cuando desvió la mirada, chorros de luz amarilla brotaron de la oscuridad y se derritieron a lo largo de su campo visual. Nada se llevó los puños a los ojos y se los frotó con fuerza deslizando los nudillos de un lado a otro.

La palmatoria —un complejo artefacto de hierro negro tan lleno de curvas y volutas como el balcón de una ciudad exótica— volcó y empezó a derramar su contenido. Nada no comprendió que algo iba mal hasta que la cera caliente entró en contacto con su pie. La llama había empezado a lamer la colcha. Pequeñas lenguas de fuego salieron disparadas hacia el techo y ennegrecieron la tela de muchos colores, deslumbrando a Nada con su repentina brillantez. Nada contempló las llamas durante varios segundos, fascinado por su cálido hechizo, tan inmóvil como un niño drogado. Después fue alargando lentamente el brazo para tocarlas con la mano.

El dolor le sacó bruscamente de su trance. Cogió una camiseta sucia del suelo y la arrojó sobre las llamas, golpeándolas y extinguiéndolas con ella. Después alzó cautelosamente la camiseta y examinó el desastre. Había un gran agujero de contornos negros en la colcha, y la atmósfera de la habitación había quedado impregnada por la peste de la tela calcinada. El olor era muy parecido al de los malvaviscos quemados, pero Nada no podía decir que había estado asando malvaviscos en su habitación. Eso sería ir un poquito demasiado lejos.

—Joder —dijo en voz baja y sin mucha convicción.

Pagaría muy caro haber quemado la colcha, pero se sentía incapaz de conseguir que le importara. La ira impotente de su padre y los ojos asombrados de su madre no podían inspirarle miedo, apenas una vaga culpabilidad, una tristeza que Nada desdeñó inmediatamente etiquetándola como estúpida y carente de fundamento.

Si sus padres le miraban con perplejidad y un poco de miedo, si parecían alegrarse cuando Nada solicitaba no cenar con ellos y se encerraba en su habitación…, bueno, a Nada le parecía perfecto. Era un desconocido para sus padres, y le resultaban incomprensibles. Rechazaba su mundo. No había absolutamente nada en él que pudiera afectarle o importarle, nada que pudiera reclamar como suyo. A veces se preguntaba si habría algún lugar para él fuera del complicado amuleto en que había convertido su habitación, si habría alguien en el mundo que realmente le perteneciera y si llegaría el momento en que él pudiera pertenecer a alguien. ¿Quién podía llegar a necesitar su presencia? Sus padres no, desde luego. Nada nunca les había pertenecido. Nunca tendrían que haberle recogido del umbral de su casa aquel frío amanecer de hacía quince años.

Nada volvió a tirar de la colcha, se tapó con ella y empezó a manosear los bordes de la quemadura. Sus padres no sabían que él lo sabía, claro. Hacía mucho tiempo le dijeron que era adoptado y consiguieron que todo sonara muy correcto y respetable, y

desde entonces habían estado vigilando a Nada al acecho de cualquier señal de trauma infantil. Quizá el saber que no era de su sangre aliviaba un poco su culpabilidad cuando se daban cuenta de que su hijo los miraba y comprendían que había captado la distancia presente en sus rostros. Quizá entonces eran capaces de justificar el anhelo de tener un hijo normal que mantendría su pelo bien peinado y fuera de los ojos, que sería elegido presidente del consejo estudiantil en vez de estar sentado en su extraño dormitorio leyendo libros extraños, que traería a casa amigas de rostros frescos y sanos vestidas con faldas limpias y blusas de color rosa. Quizá cuando miraban a Nada pensaban: «Esta criatura no está hecha de nuestra semilla, esta criatura no es nuestro error», y tenían toda la razón.

Nunca habían accedido a enseñarle los documentos de la adopción. Le dijeron que había sido dejado en el orfanato cuando no era más que un recién nacido, y que nadie tenía ni idea de quiénes eran sus verdaderos padres; pero cuando tenía doce años, un día de comienzos de junio Nada volvió a casa trayendo un informe de progresos de final de curso redactado en la escuela.

> *Jason es un niño muy inteligente. Sus logros en aquellas áreas en las que ha decidido emplearse a fondo, como por ejemplo el arte y la escritura creativa, son considerables; pero parece incapaz de establecer buenas relaciones con los otros niños. Su distanciamiento y su aparente determinación de ser «distinto» impiden que se convierta en un miembro funcional de la comunidad de la clase. Debido a esto y a pesar de que todas sus calificaciones están por encima del promedio, no puedo decir que su paso por el sexto curso haya resultado totalmente satisfactorio.*
>
> *Les saluda atentamente,*
>
> *Geraldine Clemmons*

Dos o tres años después Nada podría haberse reído, pero durante todo su sexto curso no tuvo ningún amigo de verdad, nadie que viniera a su casa y jugara al escondite con él en el bosque, nadie que se ofreciera a intercambiar los bocadillos o que le invitara a una de las fiestas de chicos y chicas que estaban empezando a hacer furor. Nada podía ver cómo los pechos de las chicas iban cobrando forma poco a poco debajo de sus delgadas camisetas. Cuando se desnudaba para hacer gimnasia con los otros chicos, Nada intentaba observar sus cuerpos sin dar la impresión de que los estaba mirando, y en algunos de ellos descubrió los mismos pelitos temiblemente secretos que había empezado a encontrar sobre el suyo.

No podía reírse del estúpido informe de progresos redactado por la señora Clemmons porque había empezado a ser consciente de hasta qué punto estaba solo. Durante toda su infancia se había distraído a sí mismo sin llegar a pensar en ello. Leía, jugaba a solas o con los niños del barrio, y nunca se daba cuenta de que las

historias que tanto le gustaba inventar hacían que se sintieran incómodos, o de que casi nunca volvían más de dos o tres veces.

Pero a los doce años Nada cobró conciencia de sí mismo, y el proceso resultó muy doloroso. Comprendió que no sabía quién era. Solía soñar con una familia extraña que siempre estaba riendo y gritando, que se mantenía pendiente en todo momento de sus necesidades y que nunca se separaba de él fuera adonde fuese. Descubrió cómo masturbarse, y al principio pensó que era algo totalmente nuevo, una invención exclusivamente suya. Después lo relacionó con cosas que había leído, y aprendió a convertir la masturbación en una experiencia altamente sensual, al principio mordiéndose con delicadeza y luego con más fuerza, pensando en otros chicos de su clase, imaginándose qué sentiría al abrazar sus cuerpos, saborearlos y sentir su carne entre sus dientes. Pensar en todas aquellas cosas no le parecía nada extraño.

Pero el día en que volvió a casa trayendo el informe de progresos comprendió que estaba solo, y que quizá pasaría mucho tiempo estando solo.

Sus padres estaban trabajando; su madre ocupándose de niños con problemas en un centro de asistencia infantil diurna, su padre haciendo algo vagamente relacionado con las finanzas. La casa estaba silenciosa y llena de sol, y Nada pasó toda la tarde investigando en los cajones de sus cómodas y escritorios, en sus archivos y en sus cajas, hurgando en ellos desesperadamente en busca de sus documentos de adopción. Tenía que saber quiénes eran sus verdaderos padres. Tenía que saber de dónde había venido, y si algún día conseguiría encontrar el camino de regreso.

Los papeles personales de sus padres eran notablemente aburridos. No había viejas cartas de amor perfumadas y atadas con cintas de color rosa, no había escándalos ni pañuelos de encaje manchados de sangre. No había documentos de adopción. Las sombras se fueron alargando dentro de la casa. Su búsqueda se fue haciendo cada vez más frenética, pues sabía con toda la terrible convicción de que puede ser capaz un niño de doce años que si era sorprendido hurgando en sus cosas, aquellos desconocidos llamados Rodger y Marilyn le matarían, y se alegrarían de que por fin les hubiera proporcionado una excusa para acabar con él. Pero cuando ya había perdido la esperanza de encontrar algo, abrió un último cajón de la cómoda de su dormitorio y la nota estaba debajo de las gafas de la abuela de su madre y los botones de fantasía. Nada llevaba tanto rato buscando que sudaba y respiraba de manera entrecortada. Cuando sacó la nota intentando no alterar el desorden del resto de objetos, vio que le temblaba la mano.

El papel de color crema era bastante grueso, y en la parte de arriba había dos agujeritos, como si hubiera estado sujeto a algo. Descifró lentamente la caligrafía de trazos tan delgados y complejos como los hilos de una telaraña: Se llama Nada. Cuiden de él y les traerá suerte.

Y de repente todas las piezas del rompecabezas de su historia quedaron encajadas a su alrededor. Un bebé metido en una cesta abandonado una noche en el umbral de la

casa de dos desconocidos…, sí, eso había sido él. Aquella nota debía de haber estado sujeta a su manta, pero los desconocidos se habían quedado con él, le habían cambiado el nombre y habían intentado convertirle en uno de los suyos. Suponiendo que les hubiera traído alguna suerte, no cabía duda de que tenía que ser mala. Ah, qué claro estaba todo ahora; qué correcto y necesario le parecía todo…

Aquella noche durmió con la nota debajo de su almohada, y soñó con un lugar donde los edificios estaban adornados con rejas y balconadas de hierro forjado, donde las aguas oscuras del río fluían tranquilamente y las risas suaves podían oírse cada noche hasta que salía el sol. Vagó por las calles y los callejones y los patios, y durante el sueño sintió un sabor dulzón a cobre podrido en la lengua.

Al día siguiente volvió a guardar la nota en el cajón por si a su madre se le ocurría echarle un vistazo en alguna ocasión, pero siempre que se quedaba solo en la casa volvía a sacarla y la leía una y otra vez, y se acercaba el papel a la cara y se lo pegaba a la boca intentando capturar el perfume del lugar del que había venido, pues era allí donde había nacido. Cerraba los ojos e intentaba imaginar la mano que había dado forma a los frágiles y elegantes trazos negros de aquellas palabras, pues esa mano pertenecía a alguien que le conocía y que le había abrazado, y hacía todo eso porque su sangre quizá fluyera por las venas de esa mano.

Y dejó de ser Jason. Se convirtió en Nada, pues ése era el nombre que le había dado la nota. Seguía respondiendo cuando alguien le llamaba Jason, pero el nombre ya no era más que el eco de una vida medio olvidada. «Soy Nada —susurraba su mente—. Soy Nada…». Su nuevo nombre le gustaba mucho. No hacía que se sintiera rebajado o indigno; al contrario, empezó a pensar en sí mismo como una pizarra en blanco sobre la que se podía escribir cualquier cosa. En cuanto a cuáles serían las palabras que escribiría sobre su alma…, bueno, eso era asunto suyo.

Fue creciendo poco a poco, y una parte de la carne de la infancia se derritió y fue esfumándose de sus huesos. Ahora era realmente Nada, y lo sabía. Cuando por fin consiguió hacer amistades en la secundaria —no amistades que pudieran compartir su alma, pero por lo menos amistades que le comprendían un poquito mejor de lo que nadie lo había hecho hasta aquel momento, otros chicos flacos y pálidos, *hippies* y *punks*, chicos que llevaban camisetas negras y chaquetas de cuero y que se pintaban la cara con el maquillaje que robaban en la perfumería del centro comercial— les dijo que le llamaran por aquel nombre.

Aquella noche la casa estaba fría, y su habitación era la que estaba más fría de todas. Volvió a estremecerse, apartó la colcha y se puso unos pantalones de loneta gris y un viejo suéter negro con agujeros en los codos. El álbum de Tom Waits había llegado a su fin, y el tocadiscos se desconectó automáticamente. El siseo de los altavoces que se habían quedado vacíos de repente llenó la habitación, y la oscuridad hizo que sonara demasiado estridente y ruidoso.

Nada hurgó en su mochila y encontró la *cassette* que Julie le había regalado. Venía de un lugar que estaba muy lejos al sur, y sólo se habían grabado quinientas

copias —la pegatina estaba numerada, 217 de 500—, pero sin que se supiera muy bien cómo una copia había conseguido acabar en una tienda de discos de Silver Spring, un pueblo cercano, donde Julie la había comprado.

Nada puso la cinta. La voz del cantante subió y bajó de tono entrelazándose con un gangoso acorde de guitarra, tan pronto perdiéndose en la música como tan fresca y potente que hacía pensar en la corriente verde y dorada de un arroyo de las montañas de Appalachia durante el verano.

¿Que tu camino no va a ninguna parte?
¿Que va a algún sitio que no puedes ver?
Si te limitas a seguirlo, puede que te
traiga aquí conmigo…

Nada se sentó en el borde de la cama y canturreó la letra en voz muy baja con la cabeza inclinada hacia atrás. Sus ojos contemplaban los planetas y las estrellas del techo. Pensó en Julie sacando la cinta de su bolso y entregándosela; pensó en Laine, chupándole la polla con inocente abandono.

Y en algún lugar de la música —quizá fuera de la ventana en la fría noche, quizá por encima de la melodía y bajo la luna—, los pequeños espectros solitarios volvieron a hablarle en susurros. «Tienes que salir de aquí —le dijeron—. Tienes que encontrar tu sitio, tu familia…, tienes que hacerlo antes de que te pudras y mueras».

—De acuerdo —dijo después de haber escuchado sus murmullos durante un rato —. De acuerdo…

Apenas lo hubo dicho comprendió de inmediato que tenía que marcharse. Era inevitable, y Nada se preguntó qué había estado esperado todo aquel tiempo, iría en dirección sur, buscaría lo que anhelaba y, mientras tanto, albergaría la esperanza de que sabría reconocerlo en cuanto lo encontrase. Quizá incluso acabaría conociendo a los tipos de ¿Almas Perdidas?… El nombre del pueblo en el que vivían era fascinante, y Nada se lo imaginó como una misteriosa encrucijada de caminos sureños, una minúscula aldea donde lo ordinario se convertía en exótico. Lo había localizado en un mapa de Carolina del Norte, un puntito entre las montañas y el mar, un pueblo cuyas calles se imaginaba como polvorientas y extrañas, donde las tiendas estarían repletas de oscuros tesoros de segunda mano, cuyos cementerios estarían encantados y donde la luna llena de color miel se alzaría poco a poco tras el telón de encajes de los pinares.

Pronunció el nombre para sí y se estremeció. Missing Mile[3]…

Nada atravesó las tinieblas de su habitación y salió al pasillo. Sus padres estaban fuera, en algún sitio —un grupo de mejoramiento del nivel de conciencia, una clase de salud holística, una cena cara con gente como ellos—, y la puerta de su dormitorio estaba entreabierta. La habitación olía a jabón perfumado y loción para después del afeitado. Los olores agredieron su nariz de una forma tan hiriente como si fuesen

productos químicos. Y luego eran capaces de decir que la habitación de Nada olía mal…

Sus dedos buscaron en el fondo del cajón de la cómoda, ya muy familiar a esas alturas, y encontraron la nota de inmediato. Su presencia en su mano resultaba reconfortante. La tinta se había ido volviendo borrosa, y los bordes se habían ablandado y estaban llenos de pequeños desgarrones debido a las muchas veces que la había sostenido en sus manos durante los tres últimos años. Nada se la metió en el bolsillo. Después contempló la colección de cristales que había encima de la cómoda y acabó cogiendo el que le gustaba más, un trozo de cuarzo rosa. Curvó los dedos a su alrededor, pero acabó decidiendo no llevárselo. Estaba demasiado impregnado por el contacto con su madre, y había sido excesivamente contaminado por su antimagia. Unos minutos de investigación le permitieron localizar el dinero para emergencias que su madre tenía escondido en el joyero, y Nada cogió el dinero en vez del cristal. Había cien dólares. No le durarían hasta que llegara al sitio al que iba, pero serían una ayuda. En cuanto se hubieran acabado… «Bueno, en cuanto se hayan acabado ya encontraré más dinero», pensó.

Después utilizó el teléfono. Jack no estaba en casa, pero Nada hizo varias llamadas y acabó localizándole en Skittle’s, la pizzería del sur de la ciudad que sus amigos solían frecuentar por la noche.

—¿Puedes llevarme hasta Columbia? —le preguntó.

—La gasolina no es gratis, chico.

Jack tenía dieciocho años y un carnet de identidad falso que le permitía comprar en la licorería, y se consideraba como el dueño y señor del mundillo adolescente local.

—Puedo pagarte. He de coger un autobús… Me voy a largar de aquí lo más deprisa posible.

—Los viejos te han estado haciendo tragar demasiada mierda, ¿eh? —Jack no esperó una respuesta—. De acuerdo, puedo llevarte esta noche. Cinco pavos para la gasolina si los tienes. Reúnete aquí conmigo a medianoche.

¿Hasta dónde podías llegar en un autobús Greyhound con noventa y cinco dólares? Bueno, lo suficientemente lejos para empezar.

—Gracias, Jack —dijo Nada—. Te veré a medianoche.

—Eh, Laine quiere hablar contigo —dijo Jack, pero Nada ya estaba colgando el auricular.

Volvió a su habitación y se acurrucó debajo de la colcha. Sólo eran las nueve. Podía dormir un par de horas antes de ir a la ciudad para reunirse con Jack y los otros, pero en cuanto intentó dormir descubrió que su mente se negaba a desconectarse. Sus ojos no querían permanecer cerrados. Ni siquiera el *whisky* podía ayudarle, y Nada se dio cuenta de que estaba irritantemente sobrio.

Rodó sobre sí mismo, se rodeó con los brazos y metió una mano debajo del colchón buscando a tientas hasta que encontró una navaja de afeitar. Después deslizó

el filo sobre su muñeca moviéndolo con tierna delicadeza. Una delgadísima línea carmesí fue surgiendo de la piel, se llenó de gotitas y acabó fluyendo, nuevo rojo brillante sobre el trazado blanquecino de las viejas cicatrices. Nada permaneció inmóvil por última vez bajo su colcha chamuscada en el refugio de su habitación, y chupó su propia sangre porque eso le servía de consuelo, y porque era lo que había hecho siempre cuando se sentía demasiado solo y el anhelo de algo que no conocía se hacía demasiado fuerte. Se quedó muy quieto con la boca pegada a su muñeca, y rezó al amuleto de su habitación. «Ven conmigo —suplicó—. Quédate a mi lado en el camino hasta que encuentre lo que estoy buscando, porque ahora estaré más solo que nunca».

Y por fin, cuando sus labios estuvieron manchados de rojo y un hilillo rosado de sangre y saliva se deslizó de la comisura de sus labios, Nada logró conciliar el sueño.

7

«Voy a ser una vampira, papá…».

Wallace cerró los ojos tensando los párpados con todas sus fuerzas y meneó la cabeza.

—Márchate, Jessy —murmuró—. No me atormentes más.

Sus manos subieron velozmente hasta chocar con la pared del edificio de ladrillos en el que estaba el bar de Christian, y Wallace se apartó de allí empujándose con las palmas y se alejó tambaleándose por el callejón.

Sentía un débil escozor en las palmas. Se había dejado un poco de piel en los ladrillos, y notaba la presencia del polvillo y las partículas de mugre incrustadas en la línea de la vida y del corazón. El dolor no servía para detener el loco girar de sus pensamientos, y no podía impedir que el maldito pasado volviera a caer sobre él. Las calles, callejones y edificios que le rodeaban bailotearon ante sus ojos y se fueron ennegreciendo poco a poco. Ahora realmente podía ver a Jessy, podía verla tal como había sido aquel día…

—*Voy a ser una vampira, papá…*

Se había pasado semanas enteras sin hablar de otra cosa. Decía que encontraría a un vampiro para que la mordiese, que se convertiría en una no muerta y que bebería la sangre de otros (de sus amantes, suponía Wallace, de los amantes a los que no conocía) y que también los convertiría en vampiros. Sus posesiones también hablaban de aquella obsesión. Jessy siempre había sido una gran lectora, y de pequeña pasaba las páginas de *La telaraña de Charlotte* y los libros de los Gemelos Bobbsey con tanta concentración que hasta fruncía el ceño, pero ahora en el montón de libros que se alzaba al lado de su cama sólo había historias de vampiros. *Drácula* estaba allí, con las cubiertas muy sobadas y las páginas llenas de subrayados hechos con trazos gruesos. Wallace había examinado el libro una noche cuando Jessy estaba fuera en uno de los tugurios que frecuentaba. Algunos pasajes habían sido rodeados con círculos y más círculos hechos con lápiz, con carmín y con lo que parecía ser sangre.

Wallace empezó a leer, pero después de unos cuantos párrafos sintió tal repugnancia que no pudo seguir. No había tenido ni idea de que la novela fuese pornográfica. Acarició las señales que había en las páginas. Sí, estaban hechas con sangre… con la sangre de Jessy. Su hija se había herido a sí misma para obtener esa sangre. Wallace encontró cuchillas de afeitar entre las páginas del libro. Había otras novelas que parecían igual de repugnantes y escandalosas, y un frasquito que contenía una especie de polvillo rojizo que supuso habría comprado en uno de los comercios vudú del Barrio Francés, a pesar de que Wallace le había repetido una y otra vez que no fuera a esos sitios; y también estaban todos los pósters de las películas que Jessy veía, ojos crueles y bocas abiertas llenas de dientes afilados como cuchillos con sangre manchando todos y cada uno de ellos, y las paredes y el techo estaban festoneados con encajes negros…

—*Papá*.

Wallace se obligó a abrir los ojos. No estaba en casa, inmóvil en el pasillo delante de la habitación de Jessy. Estaba bajando por Bienville haciendo eses de un lado a otro de la calle, respirando el fresco aire nocturno y yendo en dirección al río. Pero el pasado volvió a engullirle, y fue aquel día…

Jessy le estaba llamando. Jessy y él llevaban diez, años solos con excepción de la compañía del otro, y habían vivido así desde el día en que Wallace había encontrado a Lydia dentro de la bañera llena de agua que iba enfriándose, con los antebrazos rajados desde la muñeca hasta el codo. Era el padre de Jessy, y cuando Jessy le llamaba tenía que ir a ella. Quizá le necesitara.

—*Papá* —le llamaba en voz baja y suave—. *Papá*…

Wallace contempló durante unos momentos el viejo letrero que había sobre la puerta de la habitación de Jessy —un conejo de dibujos animados vestido con un mono salpicado por todos los colores del arco iris que estaba pintando las palabras GENIO TRABAJANDO—. hizo girar el picaporte y salió de la oscuridad del pasillo para entrar en la luz. La habitación de Jessy siempre recibía la claridad del sol matinal.

Jessy acababa de salir de la ducha, y su piel estaba tan blanca, rosada y cubierta de rocío como la primavera. Su cabellera mojada caía en mechones muy lisos a lo largo de sus mejillas. Mientras la miraba, Jessy dejó que la toalla verde cayera revelando sus pechos. Wallace no había visto el cuerpo de su hija desde que era una niña regordeta y andrógina, con botoncitos rosados por pezones y un diminuto y limpio pliegue por sexo: pero ahora sus pechos eran dos montículos redondos de carne que poseían la pesadez propia de una muchacha, y Wallace se preguntó qué sentiría si sostenía su peso en las manos, y qué sabor impregnaría su lengua si se metía uno de esos cremosos picachos de fresa en la boca y empezaba a chuparlo.

—Voy a ser una vampira, papá…

Wallace parecía haber perdido la voz. Su boca se había quedado sin saliva.

—Ponte la ropa, Jessy.

Las palabras no eran más que un murmullo reseco, un débil susurro que no servía de nada.

—Voy a morder a la gente, papá. Voy a alimentarme con ellos. Necesito sangre. Sangre roja… cálida…, suculenta… Necesito tu sangre, papá. Estoy hambrienta. Tu Jessy tiene hambre. Ven a mí.

Nunca supo cómo había llegado a la cama. Seguramente si ella no se hubiera mostrado tan persuasiva, si no hubiera sido su hija, su única alegría, si Wallace no hubiera intentado siempre darle todo cuanto pedía… si se hubiera acostado con alguna otra mujer durante los diez años transcurridos desde que Lydia se había ido… seguramente entonces el dolor de su ingle no se habría hecho tan insoportable, y Wallace no habría permitido que Jessy tirase de él hasta dejarle acostado en la cama y le quitara los pantalones y montara a horcajadas sobre él, deslizándose alrededor de

su cuerpo para estrecharlo en un apretón tan firme y suave como el de las anémonas marinas; seguramente entonces no habría gemido y apretado la blanda pesadez de sus pechos entre los dedos, tensando los riñones hacia arriba para embestir una y otra vez el paraíso de terciopelo humedecido de su hija hasta que Jessy se dobló sobre él y Wallace sintió un aguijonazo metálico como el de una navaja de afeitar debajo de la mandíbula. Jessy pegó los labios a ese punto de su cuello, y Wallace pudo sentir el movimiento de la garganta de Jessy mientras tragaba, y después una neblina negra y carmesí empezó a flotar a su alrededor y acabó ocultándolo todo.

Despertó enredado en las sábanas arrugadas de la cama de Jessy. el amasijo de sábanas que olían a piel de muchacha. Había una heridita en su cuello, nada más grave que un corte hecho al afeitarse, y la heridita estaba cubierta de saliva y sangre seca. Wallace no se la lavó. Jessy se había ido.

Algunas noches después empezó a buscarla en todos los lugares de los que le había hablado. Recorrió todos los tugurios nocturnos, los bares oscuros y los clubs del Barrio Francés. No tenía ni idea de qué diría si llegaba a verla. Wallace había empezado a tener la sensación de que todo lo ocurrido era culpa suya, como si la hubiese seducido, como si la hubiera obligado a acostarse con él utilizando la fuerza. No sabía si volvería a ser capaz de mirar a su hija a los ojos, pero eso no importaba…, porque nunca volvió a ver a Jessy.

Durante su búsqueda Wallace se fue encontrando atraído cada vez con más frecuencia hacia un local llamado Christian’s, el bar oscuro con los ventanales de cristales emplomados que proyectaban sombras multicolores sobre la acera. Era un bar bastante pequeño que se encontraba casi al final de la calle Chartres, lejos de la animación del Barrio Francés. Wallace iba allí porque sabía que a Jessy le gustaba mucho ese bar, y decidió que bien podía tomarse una copa o dos o tres en él. Observó al camarero. Christian se movía detrás de la barra mezclando combinados con el distanciamiento distraído del experto, y respondía a la charla de sus clientes de manera cortés aunque bastante fría. A menos que alguien le dirigiese la palabra, Christian guardaba silencio.

Cuando Wallace empezó a observar a Christian y estudió con gran atención aquella silueta imposiblemente alta, flaca y pálida que siempre vestía de negro, la idea de los vampiros de los que había hablado Jessy dejó de parecerle tan totalmente ridicula. Había algo en Christian que asustaba a Wallace. Siempre se había considerado un hombre religioso, pero cuando se hallaba ante aquella presencia helada el calor de Dios parecía encogerse en el interior de Wallace. Una noche sus miradas se encontraron a través de la barra, y Wallace sintió que su columna vertebral se convertía en una barra de hielo. La frialdad que había en los ojos de Christian —aquella frialdad horrenda y vacía que hacía pensar en vientos soplando sobre llanuras estériles— resultaba más convincente que toda el parloteo de Jessy, sus libros, sus películas y el anhelo febril con que había bebido su sangre.

Wallace no había podido olvidar esos ojos. Cuando volvió a verlos, sintió el roce

de la misma mano helada y la misma furia impotente. Ahora Wallace sí creía en los vampiros.

Pero esta noche no se encontraría impotente. Quince años antes había tenido miedo, pero su miedo ya no importaba…, ahora ya no. El dedo de Dios había rozado a Wallace, y el contacto había sido tan temible como difícil de soportar, porque le había retorcido las entrañas hasta el extremo de que ahora había momentos en los que la enfermedad conseguía exprimir una sangre acuosa y sucia de ellas, y no tardaría en estar con Jessy. Esta noche la vengaría, y volvería a tener sus recuerdos de Jessy, sus recuerdos de una niña que bailaba y reía, de una niña que amaba a su padre y que no era un ser oscuro hecho de sangre y sexo. Wallace borraría el pecado que había estado a punto de condenarle para siempre, y haciéndolo se redimiría a sí mismo.

El aire fresco hizo que se le fuera pasando la borrachera. Irguió los hombros, y se negó a seguir haciendo eses y a permitir que el mareo y el miedo consiguieran adueñarse de él. Esta noche era suya…, suya y de Jessy.

Wallace fue hacia el río.

8

Twig no había parado de maldecir desde que entraron en DC. Era como si las calles no estuvieran donde debían estar, y los carteles indicadores le parecían indescifrables. Acabó girando en el sentido equivocado por una calle de una sola dirección, y detuvo la camioneta con un chirriar de neumáticos delante de un hotel de aspecto muy elegante.

—Nos alojaremos aquí —dijo.

Molochai movió una mano llamando al mozo del aparcamiento, y Twig le entregó las llaves de la camioneta.

—Acuérdate de cuál es la nuestra —le dijo—. Queremos que nos devuelvan esta camioneta, no un jodido Volvo para maricas.

El vestíbulo era pura opulencia de mármol y gruesas tapicerías, un aparatoso esplendor de alfombras rojas. No lo apreciaron en lo más mínimo. Mientras se registraban Molochai contempló boquiabierto la araña de cristal de tres niveles y Twig le robó los cigarrillos al encargado de recepción.

El lujo de su habitación no era tan chillón como el de la fachada que el hotel ofrecía al público. En el piso número veinte sólo había gruesas alfombras de colores claros tan blandas como la nata de una copa de helado. Zillah se quitó los zapatos, hundió los dedos de los pies en sus cremosas profundidades y los movió perezosamente. Aquí sólo había sofás enormes mullidos como nubes y sofás en los que podías ahogarte y caer para siempre sin que nadie volviera a verte jamás. Oh, sí, no cabía duda de que podían llegar a divertirse mucho en aquel hotel…

Fue hacia la ventana y apartó los gruesos cortinajes. La ciudad relucía muy por debajo de él, una masa de inmaculado resplandor verde y blanco. La enloquecida pauta de las calles era un rompecabezas que deseaba descifrar y en su centro el Monumento a Washington alzaba sus líneas, tan limpias y austeras como las de un hueso. Zillah se permitió una leve sonrisa secreta. La ciudad era deliciosa. Todas las ciudades eran deliciosas. Ahora sólo tenían que esperar hasta que anocheciese.

Un alarido de placer hizo temblar el aire detrás de él. Molochai y Twig acababan de descubrir la bañera redonda con sistema de hidromasaje. Zillah se volvió para ver cómo se arrancaban la ropa el uno al otro, esparciendo camisetas, playeras y calcetines por toda la habitación en su frenético apresuramiento por quedar desnudos. Les contempló durante un momento sin dejar de sonreír, y después deshizo el nudo del chai púrpura que sujetaba su cola de caballo y empezó a peinarse la cabellera con los dedos, alisando su sedosa longitud y deshaciendo los enredos creados por el viento de la carretera. Los mechones se deslizaron entre sus dedos y cayeron en cascada sobre sus hombros.

Molochai y Twig se habían quedado inmóviles junto a la bañera. Estaban tan desnudos como un par de recién nacidos, y los dos esperaban a ver qué haría Zillah. Zillah se quitó los pantalones y la chaqueta, y se sacó la camiseta negra. No llevaba

ropa interior. Ninguno de los tres la llevaba. Miró a Molochai y a Twig. Era tan esbelto como una muchacha, y su piel era de un blanco cremoso, y sus cabellos tenían el mismo color que el café con leche.

Se movieron al mismo tiempo, acercándose los unos a los otros hasta que sus hombros casi se rozaron. Los tres cuerpos mostraban las señales de toda una gama de tatuajes, escarificaciones y agujereamientos. Vivir tanto tiempo dentro de la misma carne inmutable acababa produciendo una vaga inquietud, y todos se sentían obligados a cambiarse a sí mismos. La edad llevaba a cabo su lento trabajo de redecoración sobre los cuerpos humanos bajo la forma de arrugas, manchitas de la carne y afloramientos de áspero vello amarillento que surgían al azar aquí y allá. Molochai, Twig y Zillah estaban mucho más complacidos con sus propios métodos, y preferían los anillos de plata, los complicados dibujos hechos con tinta o la creación de protuberancias en la carne.

Twig lucía dos manojos de alambre espinoso tatuados que empezaban en las muñecas y subían entrelazándose por los brazos, y dos delgadas púas metálicas adornadas con pepitas de hueso que había conservado y que había hecho afilar y montar en ellas atravesaban la tensa piel de su estómago, justo debajo de la caja torácica a cada lado. Los pezones de Zillah estaban adornados con aros de plata que los atravesaban; los de Molochai estaban perforados por imperdibles, y un hueso de índice, concienzudamente pulido hasta hacer que brillase, colgaba de uno de ellos. Los tres usaban anillos de prepucio (debido a las circunstancias que rodeaban su nacimiento, muy pocos bebés de su raza eran circuncidados). Habían unido aquellos anillos para posar como modelos en una serie de estudios hechos por un famoso fotógrafo especializado en temas eróticos, y Zillah se había tenido que subir a un escabel de teca para que su anillo quedara al mismo nivel que los otros dos.

Zillah puso su mano sobre el hombro de Molochai y presionó suavemente hacia abajo. Molochai se arrodilló ante él y rodeó las esbeltas caderas de Zillah con los brazos. Su boca rozó la piel suave y el vello sedoso. Sacó la lengua, y sintió el estremecimiento de Zillah. Después la mano de Zillah se deslizó bajo su mentón y los dedos se curvaron alrededor de su rostro levantándolo. Molochai contempló los ojos de Zillah. Sus ojos eran verdes, de un verde fundido que brillaba y relucía.

—Molochai —dijo Zillah.

Molochai se había perdido en el mar de verdor luminiscente. No podía responder.

—Molochai…

La repetición de su nombre hizo que volviera en sí.

—¿Qué?

La expresión del rostro de Zillah era de una calma absoluta. Una leve sonrisa aleteaba en sus labios.

—¿Te apetece algo del servicio de habitaciones?

Molochai mantuvo la mirada alzada hacia Zillah durante unos momentos. Después abrazó a Zillah con más fuerza, y fue como si dos líneas de contornos

angulosos encajaran de repente en su interior. Se volvió y vio a Twig solo en un rincón, observándoles envuelto en un aura de celos. Cada uno extendió un brazo hacia Twig, y Twig fue hacia ellos.

—Quiero champán —dijo Molochai—. Y quiero nata batida, y riñones, y trufas con crema de chocolate, y helado de sangre de bebé.

Los tres permanecieron inmóviles, desnudos y abrazados, siendo lo más parecido a una familia que podría llegar a existir jamás en cualquier lugar.

Entraron en las aguas espumosas de la bañera con hidromasaje, y Zillah atrajo a Molochai y a Twig hacia él y sumergió su lengua en sus bocas endulzadas por los pasteles y la nata, acres y amargas por el regusto del champán. Volvieron a iniciar su juego de saliva, piel y pasión, de manos resbaladizas y delicados mordiscos que a veces no lo eran tanto. Jugaron al juego que conocían tan bien, el juego al que habían jugado durante tanto tiempo, y cuando hubieron terminado Molochai y Twig se acurrucaron junto a Zillah en el agua arremolinada que desprendía vapor, y cada uno apoyó la cabeza en uno de sus hombros, y unieron sus manos encima de su pecho.

Los tres cerraron los ojos y empezaron a soñar sus sueños de calor y sangre. Podían descansar durante unas cuantas horas, y después llegaría el momento de salir para volver a divertirse.

Emergieron de su húmeda languidez cuando la noche se iba derramando poco a poco sobre la ciudad como los pliegues de una inmensa capa azul oscuro, y empezaron a ponerse camisetas negras, calcetines negros y sucias playeras negras. Preferían las prendas negras porque las manchas de rojo oscuro apenas se notaban. Zillah deslizó un diminuto ankh de plata a través de su lóbulo.

Los otros dos lucían crucifijos más grandes que colgaban de sus orejas.

Twig se colocó delante del espejo del cuarto de baño para maquillarse con rimmel, y descubrió un creciente lunar rojo en su pecho.

—Me has mordido —se quejó a Molochai—. Estoy sangrando.

Molochai, aún medio desnudo, fue hacia él y lamió la sangre del pecho de Twig. Cuando el roce de su áspera lengua hizo que el pezón de Twig se tensara, Molochai chasqueó ferozmente las mandíbulas.

—Tengo hambre —dijo, y esta vez había algo en su voz que hizo comprender a los demás que no se conformaría con golosinas y chocolate.

En cuanto el sol se hubo ocultado, Zillah envió al encargado del aparcamiento en busca de su camioneta. Fueron a Georgetown. Torcieron por donde no debían, fueron detenidos por calles que pasaban a ser repentinamente de un solo sentido, dieron vueltas y más vueltas por plazas circulares de tráfico rápido y oscilaron chocando unos con otros cada vez que la camioneta tomaba una curva. Habían bebido más

champán en el hotel, y a esas alturas estaban lo bastante borrachos como para que les diera igual perderse o acabar encontrando su objetivo.

Consiguieron llegar a Georgetown antes de medianoche a base de tozudez y de suerte. Las aceras estaban repletas de gente: turistas que habían salido a disfrutar de una gran noche, estudiantes que llevaban suéters de lana, un grupo de chavales negros con patines de ruedas y gorras de punto armados con rociadores de pintura que estaban llenando una pared con sus casi incomprensibles pintadas…

Molochai pegó el rostro a la ventanilla.

—«Frescos» —consiguió leer antes de que la camioneta hubiera dejado atrás la pared.

Twig se lamió los labios.

—Eso espero.

—Gilipollas que siguen la última moda. —Zillah movió su mano de negras uñas en un elegante gesto de desprecio y rechazo—. Una pandilla de gilipollas del primero al último… Encontraremos algo mejor después, cuando todos estos se hayan ido a casa para meterse en la cama.

Aparcaron al lado de una boca de riego. Zillah sacó una bolsa llena de botellas de vino vacías de la trasera de la camioneta y se la dio a Twig para que cargara con ella.

Molochai estaba contemplando el bloque de edificios. Una tienda de lencería, un kiosco de periódicos, una cafetería-restaurante vegetariana…, podría haber sido una calle de cualquier ciudad de Estados Unidos.

—Esta ciudad no tiene magia —se quejó.

Zillah acarició los labios de Molochai con la punta de una uña negra.

—Hay magia en cada torrente sanguíneo.

Molochai asintió con expresión malhumorada. Volvía a tener hambre. Quizá hubiera magia en cada torrente sanguíneo, pero los del Barrio Francés eran más suculentos.

Fue Twig quien encontró a la muchacha. Tenía un olfato estupendo para el *curry* indio. En el ventanal habían pintado: PALACIO DE CALCUTA con una caligrafía extrañamente fluida y llena de curvas. Debajo había un letrero en el que se leía CERRADO, pero cuando Twig empujó la puerta ésta giró sobre sus bisagras. El interior del restaurante estaba decorado para crear la impresión de que había surgido de un cuento de hadas oriental lleno de fantasías: sedas rojas que caían del techo, terciopelo púrpura recubriendo las paredes y mesas de laca negro y oro.

Zillah miró a su alrededor con expresión apreciativa, y un instante después se dio cuenta de que Twig se había envarado y estaba temblando a su lado. Siguió la dirección de la mirada de Twig y vio una muchacha de piel muy morena que pasaba un aspirador sobre la moqueta al fondo del restaurante. El aspirador hacía tanto ruido que aún no les había oído.

La muchacha alzó un brazo y apartó su abundante melena negra del rostro echándosela sobre un hombro. Twig no había dejado de mirarla ni un momento. El

movimiento hizo que una nube de su perfume flotara hasta él. Twig pudo oler el aceite de su cabellera, el sudor de sus sobacos y los olores de la grasa, las especias y la madera de sándalo que formaban parte de su ser; y también captó el aroma almizclado que se ocultaba debajo de su piel, ese perfume cálido y picante tan exótico como la India y todo lo que contenía. Su sangre sabría a chile y almendras, a cardamomo y agua de rosas.

Hizo una seña a los otros dos y se deslizaron hacia adelante, moviéndose como si fuesen una sola criatura, fusionados en aquel acto de cobrar la presa. La muchacha se volvió y levantó las manos, pero la boca de Twig ahogó su grito y un instante después ya estaban cayendo sobre ella. Zillah sujetó la cabeza de la muchacha entre sus fuertes manos e hizo girar el cuello formando un ángulo imposible, y en ese mismo instante Molochai se deslizó bajo su larga falda de algodón y la mordió en su lugar favorito, y Twig aplastó los huesos del cuello de la muchacha entre sus dientes y paladeó el sabor de las especias.

Volvieron al hotel en algún momento de la zona indefinida que se extiende entre el muy tarde y el muy temprano. Los ojos de Twig estaban un poco vidriosos, y tuvo que hacer un considerable esfuerzo para ver por donde iba. Molochai tenía la cabeza apoyada en el regazo de Zillah y mordisqueaba un pastelito que había encontrado en la cocina del restaurante.

Las botellas de vino de Zillah ya estaban llenas. Había acabado de rellenarlas con vodka del bar del restaurante. El bar había sido bien aprovisionado y Zillah encontró una botella de Stolichnaya sazonado con pimienta. El sabor combinaría muy bien con la sangre saturada de especias de la muchacha. Aquel depósito de líquido rojo y caliente sería un auténtico tesoro durante el largo tramo de terreno seco que había entre DC y Nueva Orleans.

Pasaron por delante de un club nocturno. Los niños se exhibían sobre la acera, y agitaron sus manos de dedos delgados como patas de araña mientras seguían la camioneta con sus ojos enmarcados por manchones de maquillaje negro. El fragmento de una canción sepulcral flotó detrás de la camioneta durante unos momentos. Bauhaus.

Zillah inclinó la cabeza a un lado y sonrió.

—Escuchadles…, los hijos de la noche —dijo—. ¡Qué música crean!

9

Cuando Christian dio la espalda al río, Wallace estaba observándole a unos cuantos metros de distancia. Wallace le había visto con el chico.

La primera emoción que experimentó Christian no fue ira o miedo sino vergüenza, una vergüenza terrible que recorrió todo su cuerpo como fuego líquido. Wallace le había sorprendido en su momento más secreto y más vulnerable, y Christian deseó poder caer al suelo y taparse con su capa, cerrar los ojos, desvanecerse. Se envolvió en los pliegues de su capa y miró fijamente a Wallace sintiendo cómo sus ojos se iban volviendo un poco más gélidos a cada momento que pasaba. Christian sabía que no debía sucumbir al pánico.

La luz de la luna estaba haciendo estragos en el rostro de Wallace. Los huecos que había debajo de sus ojos se volvieron más profundos, y los surcos que formaban aquel paréntesis de arrugas alrededor de su boca se hicieron más marcados. La cruz de plata que colgaba de su cuello brillaba, y su mano fue hacia ella.

—Vampiro —dijo escupiendo la palabra, consiguiendo que sonara como un insulto horrible—. Criatura maldita, ser asqueroso…

—Lo sabías —dijo Christian—. La historia que me contaste…, todo era pura invención. No encontraste su diario. No te sentiste dominado por ningún deseo repentino de verla después de que hubiera pasado tanto tiempo. Lo sabías.

Los ojos de Wallace brillaban, dos círculos oscuros que no se apartaban ni un instante de las pupilas de Christian.

—Sí.

—Entonces… ¿Por qué? —Christian extendió los brazos en un gesto de asombro. La capa se hinchó a su alrededor haciendo que pareciese inmensamente alto. Wallace quizá malinterpretó el gesto, y retrocedió un paso—. ¿Por qué ahora? Si lo sabías entonces, ¿por qué me sigues después de que hayan transcurrido quince años?

—Entonces lo sabía —dijo Wallace—. Después de que Jessy desapareciese, empecé a ir a tu bar. Te vigilé, y lo supe. Acabé creyéndolo, y comprendí qué le habías hecho a mi hija.

No había respondido a la pregunta.

«Pero por aquel entonces Jessy todavía estaba con vida —pensó Christian, sintiéndose más confuso que nunca—. Se equivoca. Tenía que estar viva…, vivía en el piso de arriba, mirando por mi ventana todo el día y atrayéndome hacia su cuerpo por la noche…».

—Tu aspecto es muy parecido al que se supone que ha de tener un vampiro, Christian —siguió diciendo Wallace, y Christian se preguntó si se suponía que debía tomárselo como un cumplido—. Pero seguía sin poder creerlo del todo… No estaba seguro. Mi religión no admite lo sobrenatural. Considera que esos asuntos son repugnantes y blasfemos, y la consecuencia es que los ignora. Una noche esperé hasta que cerraste tu bar y te seguí cuando saliste. Te vi hablar con un chico cerca de la

plaza Jackson, un chico muy joven con los cabellos largos que llevaba un collar de cuentas alrededor del cuello… Os seguí hasta el río, y allí te vi…, te vi hacer lo mismo que acabas de hacer con ese otro chico esta noche. Y me pregunté cuántos chicos habrías arrojado al río, y pensé en el cuerpo de Jessy hundiéndose en esas frías aguas marrones hasta desaparecer…

Se le quebró la voz.

«Sí, Jessy —pensó Christian—. Eché a Jessy al río, pero eso ocurrió luego, después de que naciera el bebé… Y no la maté. Nunca habría podido matarla…».

Un instante después comprendió quién había matado a Jessy. Había sido Zillah, naturalmente. Zillah, con la seducción de sus manos y de sus labios, con la fertilidad de su semilla…, o eso pensaría Wallace. Christian se imaginó intentando explicar a Wallace los acontecimientos de aquel carnaval. «Plantó la semilla de su hijo dentro del útero de Jessy, y cuando el bebé la desgarró por dentro él ya estaba muy, muy lejos. Pero esa noche hubo tanta sangre y tanto, oh, tanto verdor…».

No, Wallace no comprendería la embriaguez que llega con la sangre o con la luz en el cielo del carnaval. Sólo vería la imagen de las manos de Zillah sobre el frágil cuerpo de Jessy. Se imaginaría a Zillah retorciéndose sobre Jessy, ahogando los gritos de Jessy con su lengua. La culpabilidad dejaría de pesar sobre Christian, y Wallace ya no querría matarle. Querría la sangre de Zillah.

Zillah, con aquellas manos lánguidas y gráciles, con aquellos relucientes ojos verdes, y el resto de aquel trío feliz y ruidoso al que Christian no había visto desde hacía quince años, aunque lo buscaba cada noche de cada carnaval cuando los trajes multicolores adornados con lentejuelas entraban tambaleándose en su bar y las risas tenían la estridencia de la borrachera y el licor fluía por las cunetas…, los únicos de su especie que Christian había visto en tantísimos años, más años de los que quería recordar, y los ejemplares más jóvenes, enloquecidos y soberbios que había visto en toda su existencia.

No, no podía permitir que Wallace se lanzara tras la pista de Molochai, Twig y Zillah. Nunca conseguiría dar con ellos —podían estar en cualquier lugar del mundo, en cualquier lugar donde pudieran encontrar licor, golosinas y sangre—, y si por casualidad llegaba a dar con ellos, Molochai, Twig y Zillah se reirían en su cara mientras le mataban.

Pero Christian no podía permitir que Wallace tuviera ni siquiera la sombra de una posibilidad. Se encargaría de Wallace personalmente, y protegería a su especie. Lo que hacía no le gustaba nada, pero llevaba demasiado tiempo haciéndolo en solitario. La sangre de Wallace tendría que fluir por la sonrisa pegajosa de Molochai, por la astucia que ardía en el rostro vulpino de Twig, por la luminiscencia verde de los ojos de Zillah.

—Muy bien —dijo—. Entonces lo sabías. ¿Por qué esperaste? ¿Por qué has venido a mí ahora?

—Porque entonces te temía.

Christian asintió y dio un paso hacia Wallace. Esta vez Wallace no retrocedió.

—Ya no tengo ninguna razón para temerte. —Wallace cerró los ojos durante un momento y volvió a abrirlos—. Eres una criatura sin Dios, y morirás por eso. Hace quince años no tuve el valor de vengar a Jessy, pero ahora es lo único que me importa. —Se quitó el crucifijo del cuello, y avanzó hacia Christian dejando que el crucifijo colgara del extremo de su cadenilla delante de él—. Desaparece de la faz de la tierra del Señor, sucia criatura, ser de la noche, bestia que chupas la teta de Dios…

Christian meneó la cabeza con expresión entristecida. No se rió, pero una chispa de desprecio y diversión brilló en sus ojos. Wallace dejó de canturrear y bajó el brazo. El crucifijo que colgaba de su mano oscilaba de un lado a otro, emitiendo un destello cada vez que la luz de la luna se reflejaba en él.

—Eres un estúpido —dijo Christian—. Eres un estúpido, y todos tus mitos están equivocados. Si llegaras a tocarme con eso no me quemaría. No ennegrecería mi piel, no envenenaría mi esencia… No tengo nada contra tu Cristo. Estoy seguro de que el sabor de su sangre debía de ser tan dulce como el de cualquier otra.

Christian se imaginó a Wallace agitando un crucifijo ante los rostros de Molochai, Twig y Zillah. «Esos niños podrían enviar a este viejo ridículo a la tumba sólo con sus risas», pensó.

—Alma no muerta —dijo Wallace con voz un poco temblorosa.

—No. Estoy vivo. Nací de la misma manera que naciste tú. —«Bueno, no exactamente…». Christian pensó en la madre a la que nunca había visto, y se preguntó si la había dejado tan desgarrada y cubierta de sangre como había quedado Jessy—. No soy la criatura de tus mitos. No me alzo de la tumba. Nunca he sido uno de tu raza, Wallace Creech… Pertenezco a una raza distinta.

Christian había empezado a sonreír, y permitió que su sonrisa revelara las afiladas puntas de sus dientes. La sonrisa era una mueca helada que enmascaraba su apetito. Por muy torpe e inefectivo que fuese, Wallace seguía siendo un peligro, una amenaza; y eso significaba que Christian debía matarle aquí y ahora y dejar que siguiera a su hija al río, a las aguas donde sus huesos podrían flotar juntos en la intimidad que Wallace parecía anhelar.

Christian dio un paso hacia adelante sin dejar de sonreír y sin apartar la mirada ni un momento de las profundidades de los ojos de Wallace, y puso las manos sobre los hombros encorvados del viejo. Wallace le devolvió la mirada como si estuviera hipnotizado, pero Christian pudo sentir la rigidez envarada de sus músculos, tan tensos que les faltaba muy poco para temblar.

Christian bajó la cabeza y dejó que sus labios rozaran la garganta de Wallace…, y de repente se encontró deseando que todos los viejos mitos humanos fueran verdad. No había visto a otros de su especie desde hacía quince años, desde el momento en el que Molochai, Twig y Zillah aparecieron de repente como conjurados por la magia del carnaval y volvieron a marcharse cuando el sol se ocultó poniendo fin al Miércoles de Ceniza. Christian deseó tener el poder que le atribuían las leyendas.

Deseó que sus víctimas pudieran alzarse de la tumba y correr con él, tener otros de su especie para compartir el olor que desprendían las calles pasada la medianoche, los largos y cálidos días con las persianas bajadas, el dulce sabor de la sangre fresca. Incluso Wallace serviría, incluso el viejo y cansado Wallace con el dolor tan visible en sus ojos… Pegaría su boca al cuello de Wallace. La piel estaba reseca y flácida, y olía a vejez. Christian mordió y saboreó la sangre por segunda vez aquella noche…

Pero el sabor era amargo y repugnante, y Christian escupió la sangre sobre la garganta de Wallace y sufrió un acceso de náuseas. Sus fosas nasales se dilataron. No lo había detectado antes porque estaba oculto bajo la neblina pestilente del *whisky* y la pena, pero ahora el hedor resultaba obvio y no podía ser pasado por alto. Era el olor de la enfermedad, una enfermedad enraizada y putrefactora que se había adueñado del cuerpo de Wallace. Una vaharada tan húmeda y marrón como el olor del río. Tenía que ser alguna enfermedad virulenta, probablemente un cáncer… El sabor se extendió por su boca tan deprisa como la corrupción en el sepulcro.

Si eso hubiera sido todo Christian podría haber huido o luchado. Era muy fuerte, más fuerte que Wallace con toda seguridad…, pero un segundo después sintió la embestida de las náuseas, más dolorosas todavía que la embriaguez y el deseo de vomitar producidos por el *chartreuse*, peores que la aguda inmediatez de aquel dolor. Las náuseas le hicieron caer al suelo y Christian se quedó lo más quieto posible. El *shock* le había sumido en una terrible languidez, y no se atrevía a moverse por miedo a que cualquier movimiento aumentara todavía más la intensidad de las náuseas. Sintió que su estómago se convulsionaba, y luchó para no vomitar la sangre del chico. No quería renunciar a eso.

Un velo rojizo había empezado a flotar ante sus ojos, pero aun así pudo ver cómo Wallace se llevaba una mano a la espalda y sacaba algo que había estado sujeto por la cinturilla de sus pantalones. El objeto capturó los rayos de la luna y se convirtió en un artefacto de luz pura, una pistola de líneas esbeltas y gráciles que desprendía reflejos blancos y plateados.

Vio cómo Wallace tomaba puntería y cerró los ojos. Después la noche estalló, y el dolor chocó con el pecho de Christian. No podía respirar. Sintió cómo la masa de plomo caliente horadaba un túnel en su cuerpo y atravesaba su carne. Mantuvo los ojos cerrados para no tener que ver el triunfo en el rostro de Wallace.

Su último pensamiento antes de que el dolor y las náuseas se llevaran su mente para siempre estuvo teñido de pena. «Trescientos ochenta y tres años…, tanto, tanto tiempo…, tendría que haber sido hermoso…, no este anciano marchito, triste y cansado…, tendría que haber sido maravillosamente hermoso…».

10

Nada cruzó a toda prisa el círculo de claridad creado por una farola y volvió a entrar en la oscuridad desierta. Se envolvió en los pliegues de su impermeable (¡oh sensual seda negra, tan erótica como el roce con la piel de otra persona!), y se subió un poco más la pesada mochila que llevaba a la espalda.

Su avance quedaba oculto por los frondosos setos y las sombras que proyectaban sobre las cuidadas extensiones de césped, por los esbeltos y veloces coches aparcados en la acera. Aunque sus padres le echaran de menos, ahora nunca conseguirían dar con él. Nada se los imaginó de repente recorriendo las oscuras calles en el Volvo de su madre, gritando su nombre y agitando una botella del mejor *whisky* para atraerle de vuelta al hogar.

Se estaba obligando a no hacer ni el más mínimo ruido, y procuraba convertir el moverse silenciosamente en un juego para no tener que pensar demasiado en lo que había dejado atrás. Su habitación y todas las cosas que había en ella…, casi todas sus cintas, casi todos sus libros, todos sus discos y sus juguetes viejos y las estrellas en el techo. Pensó en las estrellas que seguían brillando allí, solitarios puntitos de luz que ardían sobre su cama vacía, y se preguntó si volvería a dormir alguna vez bajo un cielo lleno de estrellas amarillas pintadas a mano. Las lágrimas se agolparon contra el fondo de sus ojos. Nada se mordió el labio inferior, se rodeó con los brazos y apretó con fuerza mientras esperaba a que la repentina oleada de soledad que le había invadido se fuera desvaneciendo poco a poco. Aun no estaba a dos bloques de distancia y ya sentía nostalgia… Mañana a esa misma hora cuando estuviera solo en un autobús Greyhound que atravesaba la noche, quizá empezaría a desmoronarse.

Abrió la cremallera de su mochila y hurgó en su interior. Había traído consigo únicamente lo más esencial: su antología de poemas de Dylan Thomas, su cuaderno de anotaciones, la nota robada del cajón de la cómoda de su madre que revelaría a su familia quién era cuando diese con ellos, su *walkman* y todas las cintas que había conseguido meter dentro de la mochila. Sabría tratarla con los honores que se merecía, y pensó que la mochila nunca más tendría que volver a cargar con un montón de textos escolares.

Sus dedos encontraron el *walkman* y el canto de una cinta. Le daba igual cuál fuese. Sólo quería escuchar algo, algo que le transportara lejos de allí, algo que se interpusiera entre él y sus pensamientos durante un rato. Nada sabía que en realidad no tenía que preocuparse por la posibilidad de que sus padres le estuvieran buscando. Nunca le echarían de menos. Había oído cómo entraban en la casa en algún momento después de las diez, llenos de comida francesa y un poco borrachos de vino caro, y había oído como discutían sobre él. «Quieres que lo deje todo para dedicarse a cualquier capricho estúpido que le pase por la cabeza», había dicho él. «Tiene que encontrarse a sí mismo», había replicado ella. Después se habían metido en el dormitorio y habían cerrado la puerta. Nada siguió tumbado sobre la cama y pensó en

irse al sur, a un lugar en el que pudiera dejarlo todo para dedicarse únicamente a sus caprichos tanto si eran estúpidos como si no, a un sitio en el que nadie tuviera que volver a discutir por lo que Nada hacía o dejaba de hacer.

Puso la cinta de ¿Almas Perdidas? La música era suave y un poco quejumbrosa, y la voz del cantante tiró de él atrayéndole hacia el sur, le llevó por las rutas que recorrían los trenes y le fue haciendo bajar hacia aquella tierra verde. Nada se preguntó si aquellos músicos serían su familia, los hermanos a los que había perdido hacía tanto tiempo. Volvió a pensar en el pueblo de nombre extraño y fantasmagórico en el que vivían. Quizá iría allí.

«Qué infiernos…», se dijo por fin, y encendió un cigarrillo. El brillo de luciérnaga roja de la punta le delataría en la oscuridad si había alguien buscándole, pero no había nadie buscándole. Nada estaba totalmente seguro de ello. Aun suponiendo que sus padres se dieran cuenta de su ausencia, supondrían que había salido de casa sin decir nada para ir a una fiesta con sus amigos. «Cancelaremos su asignación durante una semana», dirían, y luego se darían la vuelta para caer en su sopor desprovisto de sueños. Cuando no volviera a casa al día siguiente, llamarían a la policía e iniciarían una búsqueda no demasiado entusiástica, pero quizá sentirían un inmenso alivio secreto. Ahora podrían vivir sus existencias cómodas y agradables sin ningún hijo extraño que los contemplase juzgándoles en silencio. Ya no tendrían que preguntarse qué habían criado, por qué su niño había acabado dándoles tantos disgustos y desilusiones, y si podrían haber sido más felices si hubieran dejado el bebé en la entrada de su casa aquella fría mañana. Nada se había marchado. Fumaría Lucky Strikes, vagabundearía de un lado a otro y encontraría su hogar. Ya había emprendido el camino hacia él.

Cuando entró en Skittle’s, Nada vio que el local estaba casi vacío. Las perneras de sus tejanos habían quedado humedecidas por el rocío nocturno. La herida reciente de su muñeca palpitaba al compás de los latidos de su corazón. Vio a Jack en un reservado de un rincón con otros cuatro conocidos, dos chicos y dos chicas. Uno de los chicos era Laine. La mesa estaba repleta de vasos de cartón encerado vacíos y *pizzas* a medio comer, y el cenicero desbordaba colillas.

Nada miró a Jack.

—¿Sigues pudiendo llevarme a Columbia?

—Dije que lo haría, chaval. ¿Desde cuando falto a mi palabra cuando la he dado? Oye, si los tienes necesito los cinco dólares.

Nada le pasó un billete, y Jack lo guardó dentro de su paquete de Marlboro.

—He de estar en la estación de autobuses a la una —dijo secamente Nada—. El autobús sale a esa hora.

Jack dejó escapar un prolongado y ruidoso suspiro.

—De acuerdo, de acuerdo… Salgamos de aquí.

Se puso en pie y las cadenas de sus botas tintinearon.

Los otros también se pusieron en pie. Laine salió del reservado y se pegó a Nada.

Su aliento endulzado por los cigarrillos de hierbas aromáticas rozó la oreja de Nada y le hizo cosquillas.

—¿Dónde vas?

—No sé…, al sur.

—¿Y como es que no me habías dicho nada?

—No lo he sabido hasta esta noche.

Laine cogió la mano de Nada entre las suyas, y entrelazó sus dedos con los de Nada.

—Tendrías que haberme avisado. Habría ido contigo… Yo también odio todo esto.

Nada miró a Laine. Los labios de Laine estaban recubiertos de carmín negro, y los mechones de aquella cabellera entre blanca y rubia tan suave como las plumas de un pájaro casi le tapaban los ojos. Nada sintió el deseo de apartarlos, pero no podía hacerlo. Sacó la mano de entre las de Laine y la metió en el bolsillo de sus tejanos.

—Creía que estabas saliendo con Julie —dijo.

Laine se encogió de hombros en un gesto despreocupado y lleno de muda elocuencia.

—Hemos roto. Siempre está fingiendo.

—No es mala chica —dijo Nada—. Me regaló su cinta de ¿Almas Perdidas?

—Sí, ya… Bueno, de todas maneras no la escuchaba nunca. Sólo escucha grupos ingleses de moda —dijo Laine con voz burlona.

Nada se preguntó si Julie había roto con Laine aquella tarde o, posiblemente, a primera hora de la noche. Las heridas parecían estar muy frescas.

Pero si Laine quería que Nada se las lamiese había escogido un mal momento para ello. Laine no iba a recibir una invitación para venir al sur con él…, ni soñarlo, amigo. Nada iba a dejarlo todo atrás esa misma noche —la escuela, los padres y aquella maldita pizzería donde los chicos se sentaban a fumar y hablar de lo maravillosas que serían sus existencias si estuvieran viviendo en cualquier otro lugar — y no volvería jamás.

Jack y los otros ya iban hacia el aparcamiento. Laine cogió a Nada de la mano y tiró de él.

—No querrás que te dejen tirado, ¿verdad? ¡Venga, recuerda que te largas de aquí!

La voz de Laine sonaba exaltada y llena de envidia.

El trayecto hasta Columbia pareció casi instantáneo. Protectores de autopista, viaductos, farolas anaranjadas de sodio que no funcionaban…, todo pasó a su lado deslizándose a velocidades inmensas. Jack tenía puesta una cinta de Skinny Puppy con el sonido tan alto que las notas quedaban mutiladas hasta el extremo de resultar irreconocibles. Alguien hizo circular una petaca llena de vodka barato, y Jack se la bebió casi toda de un larguísimo trago gorgoteante. Al igual que el chófer irlandés de un cuento que Nada había leído, Jack sólo podía conducir si estaba completamente

pedo.

Nada estaba apretujado en el asiento trasero entre Laine y una chica pelirroja muy bajita que dijo llamarse Sioux. Sioux sacó una navajita de su bota y se la pasó a Laine.

—¿Has visto lo que me dio Verónica a cambio de ese póster de los Cramps? ¡Está jodidamente afilada!

Laine acarició el filo de la navajita y soltó un chillido cuando la hoja le atravesó la piel.

—¡Desde luego! Eh, eso duele…

Un puntito de sangre brilló en la yema del dedo de Laine, una manchita de humedad que parecía negra bajo las luces anaranjadas de la autopista. Nada se inclinó, se metió el dedo de Laine en la boca y quitó la sangre a lametones. Laine se echó hacia atrás y sonrió. Nada deslizó su lengua sobre la heridita buscando más sangre, pero Laine puso la otra mano debajo del mentón de Nada, le alzó la cara y le besó con un beso profundo y muy húmedo mientras atraía su cuerpo hacia él.

—Te echaré de menos —dijo Laine hablando casi dentro de la boca de Nada.

Después volvió a empujarle contra el respaldo del asiento y le besó de nuevo.

Y luego Sioux se inclinó sobre él y empezó a lamer la garganta de Nada, y las manos de Laine se enredaron en su pelo, y las manos de Sioux se posaron sobre sus muslos y se le metieron debajo de la camiseta. Nada cerró los ojos y sonrió en la oscuridad. Sus amigos le habían desilusionado en todos los demás aspectos, pero no cabía duda de que sabían hacer buenos regalos de despedida.

Los otros esperaron en la estación de autobuses con él mientras Jack metía una moneda de veinticinco centavos en la máquina de chicles y la pateaba al ver que no salía ningún chicle. Después el viejo que vendía los billetes les dijo que se fueran de allí, y Nada se quedó solo en la penumbra de la sala de espera y se entretuvo contemplando el falso techo ennegrecido que se alzaba muy por encima de él, la reluciente calva rosada en la coronilla del viejo y la forma en que su cabellera color marfil se enmarañaba sobre la hebilla que sujetaba su mugrienta visera.

Nada sacó su libro de Dylan Thomas de la mochila, pero no había luz suficiente para leer. Puso las manos sobre el regazo y las estudió. Dos semanas antes se había pintado las uñas con el esmalte negro de Laine, pero a esas alturas casi todo el esmalte había desaparecido. Examinó los puntitos y escamitas que seguían pegados a las uñas. Parecían formas en un mapa, como estados minúsculos.

Quizá se parecieran a los sitios que iba a visitar. Se tapó el rostro con las manos. Sus manos olían a humo y a vodka, a Laine y a Sioux. Sintió que se le iban cerrando los ojos.

La voz quejumbrosa del viejo le despertó unos minutos después.

—Embarque para el autobús de Silver Springs, Fairfax, Washington DC, Fredericksburg…

Nada buscó a tientas su mochila hasta encontrarla y se puso en pie. Ya podía

empezar su viaje.

El interior del autobús olía a cigarrillos, tapicería pringosa y algún poderoso desinfectante de aroma dulzón. Nada decidió que le gustaba el olor. Unas cuantas cabezas se alzaron para lanzarle miradas vacuas y legañosas, y después volvieron a inclinarse poco a poco hasta acabar pegadas a las ventanillas. Nada ocupó un asiento en la parte de atrás y encendió un cigarrillo. El autobús se estremeció, dejó escapar un suspiro y se alejó de la estación.

Nada contempló su reflejo en la ventanilla y sonrió. Se había puesto en marcha. Su viaje acababa de empezar. Ya estaba un poco más cerca del hogar.

11

Unas horas después de que Nada bajara los escalones de un autobús Greyhound en Maryland, Christian abrió los ojos y vio cómo la pálida aurora se desangraba sobre el cielo de Nueva Orleans. Al principio no consiguió recordar por qué estaba acostado sobre la orilla del río y por qué tenía las ropas empapadas de neblina y los miembros tan envarados y fríos. Era incapaz de comprender por qué le parecía tan extraño estar viendo otro amanecer y por qué había supuesto que nunca volvería a abrir los ojos.

Y entonces toda la noche volvió de repente, y Christian no pudo contener un estremecimiento y permitió que el alivio y la furia se fueran adueñando de él. Sintió alivio porque no había querido morir a manos de alguien como Wallace, un anciano tan torpe que estaba tan terriblemente vacío de pasión; y sintió furia porque Wallace, el anciano de los ojos viejos y cansados, nunca debería haber sido capaz de derrotarle. Ahora el estómago de Christian tendría que contener el peso caliente de la sangre de Wallace, y Wallace tendría que estar flotando lentamente a la deriva sobre el fondo del río mientras el agua llenaba sus ojos y las criaturas del barro empezaban a mordisquear sus manos.

Christian se irguió y se examinó. Había un agujerito en la tela de su elegante camisa negra, un orificio perfectamente redondo de bordes chamuscados. Christian se desabrochó los dos botones de arriba. La bala había destrozado el tercero. En el centro de su pecho había una reluciente cicatriz rosada. La piel estaba tensa y formaba una ligera ondulación. No habría ninguna cicatriz que hiciese juego en su espalda. La bala de Wallace seguía dentro de Christian, y allí se quedaría. No era la primera.

Había sangrado muy poco. Una costra de sangre seca formaba un círculo sobre su piel alrededor de la cicatriz, y el suelo sobre el que había yacido durante toda la noche estaba manchado por el rojo oscuro de la sangre; pero la mancha era muy pequeña, y apenas llamaba la atención. «El muy estúpido… —pensó Christian, y el pensamiento estaba teñido por una sombra de incredulidad—. Tenía que destruir mi cerebro o mi corazón, y tuvo la oportunidad de destruir el uno y el otro…, y el viejo imbécil no me dio en el corazón por un par de centímetros». Christian deseó que Molochai, Twig y Zillah estuvieran allí, y el deseo fue formulado con una apasionada intensidad de la que ya no se había creído capaz. Molochai, Twig y Zillah habrían arrancado el crucifijo de plata de entre los dedos de Wallace y lo habrían arrojado al río, y después habrían desgarrado la garganta del viejo sin dejar de reír y bromear ni un instante.

Pero la furia se desvaneció casi antes de que hubiera tenido tiempo de captar su presencia, y Christian permaneció inmóvil durante varios minutos bajo la débil luz del amanecer con la cabeza apoyada sobre las rodillas levantadas. Se sentía incapaz de identificar aquella nueva emoción. Cuando se puso en pie y se envolvió en los

pliegues de su capa comprendió qué era y en qué había consistido su reacción al despertar curado, vivo y todavía solo. Era decepción.

La basura de la noche anterior yacía intacta en la cuneta cuando emprendió el regreso a casa. La punta de su bota entró en contacto con un vaso de plástico y lo envió a lo lejos dando tumbos sobre el pavimento. El ruido sonó inesperada y excesivamente estrepitoso en el silencio de primera hora de la mañana. Christian captó el olor de las gotas pegajosas que habían quedado olvidadas en el fondo del vaso: ron y frutos de la pasión, un combinado que empezaba a volverse amargo y desprendía un olor rosado a rancio. El vaso de plástico pasó rodando bajo el arco de entrada a un patio en el que la luz verde y dorada empezaba a filtrarse a través de las ramas de las mimosas. El olor de las flores llegó hasta él, un delicado perfume rosáceo tan límpido como el olor del agua.

El Barrio Francés estaba sumido en un silencio casi total. Christian fue deslizando la mano a lo largo de las paredes, a lo largo de las verjas de hierro forjado incrustadas entre los pilares de ladrillo y piedra adornados con molduras y resaltes, a lo largo de las puertas y ventanas de las tiendas llenas de tinieblas y de los bares dormidos. Pasó por delante de un restaurante abierto toda la noche y captó el potaje de los olores del desayuno: el sabroso olor grasiento de las salchichas, los huevos y el café para los que empezaban a trabajar a primera hora de la mañana, las ostras recién fritas, las rebanadas de jamón cocido y la acre punzada avinagrada de los pepinillos para los que se habían pasado toda la noche bebiendo y que no tardarían en regresar a las habitaciones de hoteles baratos y pensiones miserables para pasar el día sumidos en un sopor empapado de alcohol… Christian sintió que se le revolvía el estómago, y la náusea de la noche anterior alzó su cabeza, giró sobre sí misma y volvió a caer en un sueño intranquilo.

El cielo se estaba iluminando cada vez más deprisa. Christian salió de Bienville para torcer en dirección este por Chartres y la claridad del sol naciente le dio de lleno en la cara. El dolor volvió a surgir de la nada para arder en sus ojos y calcinar su cerebro. Christian alzó un brazo y se derrumbó contra la pared. Su piel sintió el frescor atrapado en la áspera superficie de ladrillos. Christian pegó su rostro a ellos y descansó durante unos momentos. Era como si tuviera los ojos chamuscados. Cuando tenía que moverse bajo la luz del sol siempre llevaba gafas oscuras, un sombrero negro de ala ancha, guantes y prendas oscuras muy holgadas dentro de las que podía acurrucarse. Aquella mañana sólo disponía de la capa para envolverse en ella. El nuevo día ya estaba empezando a cegarle, y además estaba terriblemente cansado. La acera parecía alargarse ante él, una interminable cinta iridiscente que se cocía bajo los rayos del sol.

Su bar tenía que estar muy cerca. Siguió avanzando con la mano pegada a la pared. Tenía que confiar en su sentido del olfato, pero la mezcla de olores había empezado a confundirle. No sabía dónde se encontraba. ¿Dónde estaba el bar, en este bloque o en el siguiente? Aún no podía haber cruzado la calle Conti, ¿verdad? «Idiota

—se dijo—. ¿Cuánto tiempo hace que vives aquí? ¿Cuántas noches has caminado por esta calle? Tendrías que llevar un mapa de olores dentro de tu cabeza, tendrías que habértelo grabado en tu mismísima esencia…».

Se obligó a concentrarse en la labor de separar los distintos olores e identificarlos. Aquí estaba el viscoso olor marino de los cubos de basura escondidos detrás de una ostrería, allí el olor marrón y gaseoso a cloacas, más allá el taller de curtidores, pieles negras y cromo y la mareante mordedura química del nitrato de butilo, y eso significaba que su bar estaba unas cuantas puertas más abajo.

Buscó a tientas hasta encontrar la puerta y entró. Había una entrada separada por la calle que llevaba directamente hasta los apartamentos, pero normalmente Christian siempre entraba por el bar porque así sabía que no encontraría a nadie en la escalera. Permaneció inmóvil durante un buen rato en la penumbra que se iba disipando poco a poco, y respiró el polvo oscuro del bar, y los fantasmas del licor y la cerveza y de todos los bebedores que habían estado allí. Si hacía inspiraciones lo suficientemente profundas le parecía que aún podía captar el olor de Wallace Creech, aquella débil pestilencia a enfermedad reseca.

Wallace… Pobre Wallace, convencido de que había matado a su némesis, a la entidad sobrenatural que había mancillado a su hija. ¿Qué haría cuando descubriese que no había conseguido acabar con ella?

Christian cerró los ojos. No, no pensaría en Wallace ahora. No haría planes. Sus ojos recorrieron el local y se posaron en la madera oscura de la barra, las botellas que emitían destellos apagados formando hileras sobre los estantes y la luz multicolor que entraba por el ventanal intacto. Aquí dentro la luz no podía hacerle daño.

Pero sus ojos estaban doloridos y agotados. Subió lentamente la escalera hasta llegar a su habitación y se refugió en la cama, enterrándose en su olor reconfortante y familiar como si fuese una madriguera. Piel fría y seca, especias antiguas y una sospecha casi imperceptible de algo más oscuro, algo grueso y rojizo y levemente podrido… Era el olor que brotaba de las profundidades de Christian, allí donde la sangre nunca llegaba a estar totalmente limpia. Christian se dejó llevar a la deriva sobre el río del olor, y no tardó en dormirse.

Cuando despertó, la luz que se filtraba por entre las tablillas de la persiana era una difusa claridad lechosa que había dejado de ser brillante y cegadora. Fuera, en la calle, el crepúsculo debía de estar a punto de convertirse en noche. Las farolas no tardarían en encenderse con un parpadeo e iluminarían cada rincón con un suave resplandor que se filtraría a través de los paneles de cristal esmerilado, y todos los niños del Barrio Francés saldrían a jugar.

Christian yacía sobre la espalda envuelto en sábanas que no eran mucho más blancas que su piel. Estiró unos cuantos zarcillos de cabello deslizándolos sobre su hombro, y los fue retorciendo lentamente mientras soñaba despierto y contemplaba el delicado dibujo marrón y malva de las señales dejadas por el agua que se habían ido extendiendo por el techo a lo largo de los años, una pauta tan borrosa e imperceptible

que apenas podía ser vista con esa luz que se iba debilitando por momentos. No estaba haciendo planes y no se preocupaba, y en realidad ni siquiera podía decirse que estuviera pensando. Christian se limitaba a esperar la llegada de la noche en toda su plenitud, pues sabía que había llegado el momento de volver a irse.

Aquello ya le había ocurrido muchas veces con anterioridad. Podía vivir en un sitio durante cinco años o durante cincuenta antes de que alguien empezara a sospechar de él, pero al final siempre había alguien que empezaba a sospechar de Christian, y Christian siempre acababa marchándose. Resultaba más cómodo que tratar de ocultarse de ellos, y menos doloroso y agobiante que enfrentarse a ellos. Cuando era joven, Christian se había enfrentado a ellos y nunca había perdido una batalla…, pero siempre había tenido que matar a muchos. Acabó comprendiendo que odiaba matar cuando no mataba para saciar el anhelo y el hambre. Interrumpir de repente el frágil discurrir de sus cuarenta, cincuenta u ochenta años de vida hacía que Christian se sintiera envilecido y cruel. Podía vivir muchos más años que ellos, y podía volver mucho tiempo después de que se hubieran convertido en polvo y huesos.

Y seguir estando un poquito asustado y mantener el secreto era lo más importante de todo, por supuesto; pues aun suponiendo que acabara con todos, desgarrando sus gargantas una por una, siempre habría más y más. Christian sabía que esa verdad era la única cosa que Molochai, Twig y Zillah nunca querrían admitir. No importaba lo invulnerables que creyeran ser los miembros de su raza, pues eran pocos y los otros eran muchísimos.

En cuanto hubiera sido descubierto caerían sobre él como un diluvio del cielo. Aullarían pidiendo su sangre a cambio de la sangre que Christian había tomado, y la obtendrían fuera cual fuese el precio que tuvieran que pagar por ella.

Wallace quizá no fuera tan peligroso, al menos no en sí mismo. Era viejo y estaba solo, y quizá no tuviera ningún amigo al que contar lo ocurrido; pero Wallace tenía de su parte a Dios y a los que creían en Dios. Pertenecía a una iglesia. Christian conocía muy bien el entusiasmo con que las personas religiosas están dispuestas a creer en el mal, y el apetito insaciable con que desean aplastarlo. Querían hacer algo tangible a cambio de la recompensa intangible en cuya espera consumían sus vidas. Wallace por sí solo quizá no fuese tan peligroso, pero su fe podía llegar a resultar letal.

Y, por lo tanto, había llegado el momento de marcharse de nuevo. Resultaba más cómodo que permanecer en guardia continuamente, más cómodo que arrancar cien crucifijos de un centenar de manos, más cómodo que hacer pedazos un centenar de rostros aterrorizados. Que Wallace muriese creyendo que había vengado a su hija.

Christian llenó una bolsa de viaje muy pequeña. Había muy poco equipaje que recoger. Ya hacía mucho tiempo que las posesiones personales le parecían molestas y pesadas, y la habitación de Christian estaba casi vacía. Cogió sus ropas de día, su sombrero, sus guantes y sus gafas, y el dinero que había ido ahorrando de los ingresos del bar. Guardaba el dinero en una caja debajo de la cama, pero no había mucho. Nadie más habría podido permitirse pagar el alquiler y costear el

mantenimiento del local —el bar estaba demasiado cerca del final de la calle Chartres, y nunca había clientes antes de las diez—, pero Christian no tenía ninguno de los gastos de una vida humana corriente. No necesitaba comida, no salía a tomar copas. Sus placeres eran más exóticos, y llevaban implícito un precio potencialmente mucho más elevado. Gastaría aquel dinero en gasolina a lo largo del trayecto. Siempre había empleos disponibles para un buen camarero, así que podría conseguir más dinero cuando lo necesitara. Christian guardó tres botellas de *chartreuse* en la bolsa de viaje, y al hacerlo se permitió sentir un débil destello de esperanza. Nunca se puede saber con quién te encontrarás yendo de viaje, ¿verdad?

Había empezado a llover, y la calle estaba desierta. Era una lluvia fría y sucia que caía lentamente del cielo, una sucesión de gotas que bajaban flotando como telarañas rotas y bailaban sobre el capó del coche de Christian como si estuvieran poseídas por la alegría sin mente de un elemental. Los conos de claridad dorada que se extendían debajo de las farolas temblaban como espíritus iridiscentes. La lluvia se alzaba de las aceras en forma de neblina y volvía a subir hacia el cielo. Las nubes plomizas colgaban a muy poca altura sobre la ciudad y reflejaban la luz del Barrio Francés devolviéndola convertida en una luminosidad púrpura, como la luz vista a través de un grueso vaso de cristal muy sucio.

Christian torció por la calle Bourbon. La lluvia no había conseguido impedir que se celebrara el carnaval de esta noche. Había multitudes apelotonadas en las aceras, y algunas personas hacían ocasionales incursiones temerarias al otro lado de la calle, como peces que iban y venían entre las dos orillas de un río brillantemente iluminado. La calle era una confusión de luces. Había relucientes cintas doradas, vasos de martini color rosa y verde y un rape gigante de neón rojo. Christian dejó atrás la Vieja Casa de la Absenta de Jean Lafitte, y se acordó de cuándo el establecimiento había empezado a servir por primera vez aquel licor tan amargo. El cartel proclamaba Desde 1807, y a Christian no le quedaba más remedio que confiar en él. Tenía buena memoria, pero por aquel entonces su temperamento era más inquieto y dado a los viajes, y había estado ausente varias veces de la ciudad durante aquellos años; pero aun así había tenido ocasión de ver a Lafitte, un hombre apuesto y sensual capaz de hablar sobre cualquier cosa y atraer a un público tanto si sabía mucho sobre el tema del que hablaba como si no tenía ni idea de él. La mirada de Christian se había encontrado con la de Lafitte una noche después de atravesar toda la extensión de un bar abarrotado, y Lafitte le había dirigido una sonrisa amenazadora y llena de dientes, y luego le había guiñado el ojo.

El pirata había estado ebrio de absenta, un licor que produce visiones. Molochai, Twig y Zillah se habrían enamorado de la absenta en su verdadera forma, antes de que el ajenjo venenoso fuera eliminado de la receta original; pero la absenta había sido prohibida en Estados Unidos el año 1912, y por aquel entonces Molochai, Twig y Zillah no eran más que bebés llorones.

Las lentejuelas giraban y destellaban dentro de los locales de *strip-tease*.

Christian detuvo el coche para permitir que una multitud atravesara la calzada. Soldados, turistas, músicos callejeros…, y los omnipresentes niños vestidos de negro. Christian ya había visto aquellos rostros pálidos adornados con manchones negros antes, en los clubs, en sus brazos…, pero no, aquellos eran otros rostros.

Casi todo el mundo estaba borracho. Unas cuantas personas se volvieron hacia el coche y saludaron a Christian, y Christian alzó una mano enguantada y devolvió el saludo con una media sonrisa. Lo que había en su rostro no podían ser lágrimas, ¿verdad? Hacía demasiados años que no lloraba. Christian ya no podía recordar qué se sentía al llorar. No, aquella humedad no era más que un poco de lluvia que goteaba de su cabello y se iba acumulando lentamente dentro de sus ojos.

Christian movió la mano despidiéndose de la multitud del Barrio Francés y se limpió la lluvia de las mejillas. Después giró hacia el norte y salió de la ciudad.

12

Cuando la primera luz del atardecer acarició sus párpados, la muchacha dormida gimió y enterró su rostro en la negra blandura del olvido.

Sus sábanas y fundas de almohada habían sido de algodón blanco hasta la semana pasada, cuando las metió todas en la lavadora junto con el contenido de seis paquetes de tinte negro. Ahora eran de un color entre ébano y azul mate que manchaba su piel las noches de más calor. Se acurrucó buscando refugio entre las sábanas color tinta y extendió un brazo sobre el colchón. Espacio vacío… No había ningún calor u olor aparte de los suyos, no había ninguna carne tranquilizadoramente viva a la que pegarse. La cama vacía hizo que despertara con un sobresalto, y durante un momento sucumbió al pánico. Despertar a la soledad la había despojado de su marco de referencias, y apenas pudo recordar quién era.

Y un instante después vio la habitación a su alrededor, los pósters en las paredes, el caballete manchado de pintura y las prendas amontonadas sobre el suelo del enorme armario ropero. Volvió la mirada hacia el otro extremo de la habitación y se vio a sí misma reflejada en el espejo de su tocador, ojos redondos y asustados, un rostro pálido enmarcado por los mechones revueltos de su larga melena de un dorado rojizo. Volvió a reclinarse en la cama con un suspiro. Era Ann Bransby-Smith, y estaba en su habitación, perfectamente a salvo en su propia cama, y la sensación de vacío y mareo que seguía experimentando cada vez que despertaba y descubría que estaba sola podía irse al cuerno.

Rodó sobre sí misma y abrazó la almohada, y sólo entonces se dio cuenta de que no había estado pensando en despertar al lado de Eliot —a pesar de que había pasado casi toda la noche anterior con él— sino al lado de Steve.

Bastó con que pensara su nombre para sentir que le daba un vuelco el corazón. Después de todo lo que había ocurrido entre ellos, aún había momentos en los que Ann deseaba poder despertar a su lado, ver sus cabellos oscuros esparcidos sobre la almohada y sus facciones duras y muy marcadas un poco suavizadas por el sueño, alargar la mano y deslizar sus dedos a lo largo de los músculos de su espalda. Dios, siempre había sido tan agradable sentir su presencia junto a ella, encima de ella, dentro de ella…

Bueno, casi siempre.

Bueno, salvo cuando le hacía tanto daño.

Empezó a engañarle por la única razón de que quería realizar el acto sexual con alguien sin tener que despertar a la mañana siguiente con todo el cuerpo dolorido. Hubo un tiempo en el que amaba la fuerza y la seguridad en sí mismo con que la tocaba Steve, pero la bebida le había vuelto áspero y desconsiderado, y parecía estar haciendo que sus huesos se volvieran más duros y afilados. Ann despertaba con los pezones mordisqueados, la cadera llena de morados y un palpitar doloroso en su ingle que se convertía en una verdadera agonía cuando orinaba. Si sacaba a relucir el tema

ante Steve sólo conseguía que discutieran ferozmente y Ann seguía deseando a Steve, por lo que pasado un tiempo aprendió a no hablar de ello.

Y cuando era sincera consigo misma se daba cuenta de que el sexo brutal no era lo único que la había ido alejando de él. También estaba la música, naturalmente. Steve ya había empezado a tocar la guitarra cuando se conocieron, y por aquel entonces le había gustado la idea de salir con un músico. Cuando las cosas empezaron a irle bien Ann se alegró porque quería lo mejor para él, y cuando él, Fantasma y R. J. decidieron formar un grupo se emocionó muchísimo. R. J. nunca había estado tan interesado en lo del grupo como los otros dos —siempre había sido un chico bastante serio, y Ann pensaba que la música era una vocación sencillamente demasiado frívola para él— y no había tardado en dejarlo, pero aún tocaba con ellos de vez en cuando.

Todo aquello había sido estupendo, pero cuando empezaron a tomárselo demasiado en serio —cuando empezó a tener la impresión de que Steve y Fantasma querían que ¿Almas Perdidas? fuese lo más importante de sus vidas— Ann empezó a tener serias dudas. No quería ser la esposa de un músico, no quería pasar meses sola mientras él iba de gira, no quería tener que preocuparse por el dinero durante los años de vacas flacas y por las fans cuando llegaran los años de vacas gordas. El que empezaran a grabar su cinta fue como la cuña final que desintegró su relación. Las sesiones que duraban toda la noche, las horas y más horas que Steve pasaba en el estudio casero de Terry hablando de niveles, pistas, filtraciones y otras muchas cosas incomprensibles que nunca se tomaba la molestia de explicar a la humilde paleta con la que salía… Ann estaba segura de que ella nunca había llegado a importarle tanto como la cinta.

Bueno, lo que sí estaba claro es que Ann supo que Eliot sería un amante más amable y delicado desde que le puso los ojos encima por primera vez.

Al principio Eliot le había parecido un poco exótico: veintinueve años contra los veintiuno de Ann, divorciado, con un auténtico trabajo como profesor de lengua y literatura inglesa y la mitad de una novela encima de su escritorio. Era cliente habitual del restaurante hispano donde Ann atendía las mesas. Siempre se sentaba en la zona de Ann, empezó a dejar propinas descomunales y acabó pidiéndole que salieran juntos. «Me inquietas —le había dicho—, pero también me intrigas».

Cuando Ann pensó en ella algún tiempo después, la frase anzuelo que había empleado Eliot le pareció francamente estúpida, pero a esas alturas ya se había acostado con él y había malinterpretado su vacilación y sus dudas tomándolas por ternura; y por lo menos cuando Eliot se colocaba encima de ella no tenía la sensación de que acabaría con el clítoris arrancado de cuajo a base de lametones y chupadas. Cuando el pene de Eliot (no pudo evitar darse cuenta de que era más delgado y mucho más puntiagudo que el pene al que se había acostumbrado últimamente) estaba dentro de ella, no tenía la sensación de que un puño golpeaba salvajemente el cuello de su matriz; y además Eliot tenía el detalle de esperar hasta que Ann estaba húmeda. Dados los tiempos que corrían, todo eso eran auténticos lujos.

Y además Eliot se había hecho la vasectomía. Estaba muy orgulloso de ello, y a veces lucía una chapita anaranjada en la que se leía ¡Me la han hecho! Si le hacías alguna pregunta al respecto, Eliot se embarcaba en un discurso cuyo tema central era que Ninguno de Nosotros Tiene Derecho a Traer Más Niños a Este Mundo Cruel y Superpoblado. Ann siempre había pensado que tanto la chapita como el discurso eran francamente ridículos, pero poder prescindir de la píldora resultaba muy agradable. Sus ciclos de sueño y sus pautas de depresión eran tan erráticas que se olvidaba de tomarla aproximadamente tantas veces cómo se acordaba de hacerlo.

Todo eso hizo que el que leyera la mitad de la novela y no se le ocurriera absolutamente nada que decir sobre ella pareciese no tener ninguna importancia. La novela era un estudio sobre una familia rural de Virginia. Era Dura y Salvaje, pero tenía Mucha Sensibilidad. El héroe resultaba ser el hijo más joven, Edward, quien iba a la universidad y acababa convirtiéndose en profesor de lengua y literatura inglesa. Edward también era el único personaje que no hablaba en dialecto virginiano, quizá porque Eliot había escrito su tesis doctoral sobre William Faulkner y estaba claro que nunca había llegado a digerirlo del todo. El que Eliot hablara en tono despectivo y burlón de «su novio el paleto» —al que nunca había visto y al que nunca vería— y pareciera sentir una perversa alegría cuando se enteró de que Steve había abandonado sus estudios universitarios sin terminarlos tampoco importaba. Nada importaba, ni siquiera importaba el hecho de que bajo toda la capa de justificación y creer que no estaba haciendo nada malo con la que se protegía Ann, se ocultara la convicción de que se estaba comportando como la más rastrera y mezquina de las perras. No, todo aquello no importaba en lo más mínimo.

Hasta que Steve se enteró de lo que estaba ocurriendo.

Fantasma lo supo antes, naturalmente. Siempre había sido capaz de ver lo que había dentro de la cabeza de Ann, de la misma forma que podía ver lo que había dentro de la cabeza de Steve y de prácticamente todo el mundo si quería hacerlo. Ann se había dado cuenta de que Fantasma la miraba de una forma extraña, y de que desviaba los ojos de repente cuando ella le devolvía la mirada. No la había interrogado y tampoco la había acusado de nada, pero Ann sabía que Fantasma lo sabía.

Un día entró en su casa mientras Steve estaba fuera trabajando. Se quedó inmóvil unos momentos en el umbral de la habitación de Fantasma contemplando cómo escribía algo en un cuaderno. Cuando Fantasma acabó alzando la mirada hacia ella, no pareció sorprendido de verla allí. Sus ojos azul claro estaban muy tranquilos, pero la observaron con una cierta cautela.

—¿Vas a decírselo? —preguntó Ann.

Durante un momento interminable Fantasma se limitó a mirarla, y Ann pensó que no respondería a la pregunta que acababa de hacerle. Después alzó un hombro en un encogimiento casi imperceptible y meneó la cabeza en un leve gesto de negativa, pero Ann pudo ver el dolor que le estaba causando ocultar un secreto tan horrible a su

amigo Steve escrito en cada uno de aquellos pequeños movimientos. Fue como si toda la culpabilidad y la pena que había estado reprimiendo escaparan de repente en un torrente incontenible, y Ann se derrumbó sobre la cama de Fantasma, enterró la cara en el montón de mantas que olían a rosas un poco marchitas y le contó toda la sórdida historia entre sollozos desgarradores. Fantasma le dio palmaditas en la espalda y acarició sus cabellos empapados de sudor, y Ann fue consciente en todo momento de que le estaba contando cosas que Fantasma no quería oír…, pero la escuchó a pesar de ello, porque era Fantasma y porque era bueno.

Y, naturalmente, Steve acabó enterándose aunque Fantasma no le dijo nada. Ann nunca llegó a descubrir si había entrado a escondidas en su habitación y había encontrado el diario meticulosamente escondido que llevaba, o si la comunicación no oral que había entre él y Fantasma era tan intensa que había captado la verdad sin necesidad de que Fantasma tuviera que abrir la boca.

Todo ocurrió terriblemente deprisa. Steve se presentó una noche cuando el padre de Ann estaba fuera…, y lo sabía todo. Sí, lo sabía todo, pero no fue directamente al grano. Habló y habló trazando curvas por la periferia del asunto; y tan pronto se mostraba salvajemente alegre y parecía haber enloquecido de hilaridad, como callaba y fruncía el ceño. Ann pudo ver en sus ojos que la odiaba.

—¡Muy bien, de acuerdo! —chilló Ann por fin cuando no pudo seguir aguantándolo por más tiempo—. ¡He jodido con otro tío y me ha gustado! Es mucho mejor amante que tú. Es más inteligente que tú. No es un maldito borracho…

Ann estaba empezando a entusiasmarse con la discusión cuando la mano de Steve se movió a la velocidad del rayo y abofeteó su cara con una fuerza terrible.

El golpe fue lo bastante fuerte como para hacerla caer de espaldas sobre la cama. Ann se quedó inmóvil unos momentos con el corazón y la mente paralizados por el estupor. Steve nunca la había golpeado. Aparte de su padre, nadie la había golpeado en toda su vida. La mejilla y la mandíbula se le fueron entumeciendo, y después empezó a sentir un cosquilleo en toda esa zona. Ahora Steve suplicaría que le perdonase, ¿no? Pero Steve se limitó a contemplarla desde arriba, tan alto como una torre. Sus pupilas parecían arder, y cuando Ann intentó levantarse puso la suela de su bota sobre su ingle y empujó con fuerza. Una llamarada de dolor recorrió todo el cuerpo de Ann.

—Puta —dijo Steve en voz baja y carente de toda inflexión—. Sé cómo puedo asegurarme de que no vuelvas a joder con el primero que encuentres durante una temporada.

Y las manos de Steve se posaron sobre la hebilla de su cinturón.

Ann retrocedió hasta pegarse a la pared, y de repente Steve estaba en la cama con ella, inmovilizándola, dejándola atrapada e indefensa sobre las sábanas. Ann se debatió frenéticamente debajo de Steve, y sintió cómo se le empezaba a poner dura. Verle excitado por su terror la asustó todavía más, y el miedo hizo que sus músculos quedaran totalmente flácidos y relajados. Siguió intentando apartar a Steve, pero se

había quedado sin fuerzas, y él era espantosamente fuerte.

Le subió la falda de un tirón y metió brutalmente dos dedos encallecidos por las cuerdas de la guitarra en su vagina. Los dedos estaban muy secos, y Ann pensó que iban a desgarrarla de arriba abajo. Steve le había inmovilizado las caderas con su peso, y se había bajado los tejanos hasta las rodillas. Su polla la embestía una y otra vez, golpeándola como un ariete. Ann sintió cómo se abría paso a través de la sequedad de su sexo hasta llegar al corazón de su útero aunque éste no estuviera dispuesto para recibirla, y casi todo lo que Ann llamaba «yo» no quería que estuviese allí…, pero era Steve, y siempre la había llenado tan condenadamente bien, y Ann empezó a correrse casi sin darse cuenta de lo que le estaba sucediendo. Se corrió contra su voluntad y se corrió sintiendo un dolor y una humillación casi insoportables, pero aun así se corrió y disfrutó haciéndolo.

Steve confundió las convulsiones del orgasmo con intentos de oponer resistencia, y le echó los brazos hacia atrás hundiéndolos en el colchón. Sus enormes y robustas manos eran como tenazas alrededor de sus muñecas. Ann sintió el rechinar de aquellos huesos tan delicados rozándose los unos a los otros, y hubo un momento en el que pensó que se iban a romper. Giró la cabeza a un lado y clavó los dientes en la yema de su pulgar hasta que sintió el sabor de la sangre.

Steve había empezado a embestirla con tal furia que no parecía notar el dolor…, pero un instante después su presa se aflojó un poco, y la violencia del orgasmo que por fin había alcanzado hizo temblar el cuerpo de Steve, y la violación llegó a su fin.

—Ya está —jadeó alzando la cabeza para contemplar su rostro perplejo y horrorizado—. Ya está… A ver si ahora sigue gustándote tanto ese jodido amiguito tuyo.

Después de que Steve hubiera salido de la casa dando un portazo y su coche se hubiera alejado rugiendo, Ann se preguntó por qué se sentía tan sucia.

Aquello había ocurrido hacía más de un mes, y Ann no había vuelto a ver a Steve desde entonces. Sabía que había intentado telefonearla un par de veces —o, por lo menos, sabía que alguien había telefoneado a las tres de la madrugada y había colgado el auricular cuando respondió—, pero no le importaba y no podía importarle.

Ann había convertido a Eliot en su refugio y su santuario. Eliot había sido tan bueno con ella que Ann acabó encontrándole pesado primero, y totalmente insoportable después; pero no podía poner fin a su relación. El espacio vacío que había surgido repentinamente en su vida la aterrorizaba. Temía ceder a la tentación de permitir que Steve volviera a llenarlo, y temía que eso pudiera acabar para siempre con su ya muy debilitado respeto hacia sí misma.

Se hundió en el nido de almohadas y jugueteó con la idea de volver a dormirse. Últimamente dormir catorce o quince horas seguidas se había convertido en algo normal para ella. Estaba empezando a adormilarse cuando sonó el timbre de la puerta.

Ann intentó ignorarlo. El sonido pareció quedar flotando en sus oídos, y le aceleró el pulso.

—Vete —murmuró.

El timbre volvió a sonar. Ann lanzó una maldición, y el timbre sonó por tercera vez como respondiéndole. Sacó las piernas de la cama, luchó con el mareo momentáneo que hizo girar locamente toda la habitación a su alrededor, y fue de muy mala gana hacia la puerta para averiguar quién estaba llamando al timbre.

Los tablones del viejo porche de madera crujían y se combaban bajo los pies de Fantasma. La casa de los Bransby era una monstruosidad victoriana que había iniciado el lento proceso del desmoronamiento. La pintura se desprendía poco a poco, y los ángulos y las líneas parecían suavizarse. No había telefoneado antes de coger la bicicleta y venir hasta allí porque temía que Ann pudiera negarse a verle, pero sabía que se encontraba en casa porque su maltrecho cochecito estaba aparcado en el camino. También sabía que su padre estaba fuera, probablemente en una reunión de Alcohólicos Anónimos o en la biblioteca pública de Corinth, los únicos sitios conocidos a los que iba. Fantasma lo prefería así, porque Simón Bransby siempre le había dado un poco de miedo.

Intentaba decidir si debía marcharse o volver a llamar al timbre, cuando oyó pasos dentro de la casa. Los pies se movían despacio y se arrastraban como si no tuvieran ninguna prisa por llegar a la puerta. Fantasma acabó oyendo cómo Ann luchaba con la cadena de seguridad. Después los cilindros metálicos de la cerradura salieron de los huecos y Ann apareció en el umbral, un hombro apoyado en el quicio y el rostro medio oscurecido por la penumbra del vestíbulo.

En el primer momento Fantasma pensó que alguien le había dado un puñetazo en cada ojo, pero cuando Ann le miró y parpadeó vio que sólo era maquillaje. Parecía haberse esparcido incontroladamente alrededor de sus ojos, como si se hubiera acostado sin tomarse la molestia de quitárselo. De hecho, Ann tenía aspecto de recién levantada a pesar de que ya eran las dos de la tarde. Su larga melena color otoño estaba despeinada y revuelta, su vestido negro estaba lleno de arrugas y se lo había abotonado a toda prisa.

Ann contempló en silencio a Fantasma, la bicicleta pintada con los colores del arco iris que había dejado a su lado en el porche y las cintas de colores atadas al ala de su viejo sombrero de paja. Por su expresión parecía como si pudiera echarse a llorar de repente o cerrarle la puerta en las narices, pero acabó haciéndose a un lado.

—Entra —dijo.

Ann giró sobre sí misma sin decir ni una palabra más y se alejó por el pasillo precediéndole a bastante distancia. Fantasma cerró la puerta detrás de él y la siguió. A la izquierda estaba el salón lleno de polvo, con la provisión de periódicos de varias semanas esparcida por el suelo y gruesos cortinajes corridos para no dejar entrar el día. Fantasma se preguntó quién los habría corrido. ¿Habría sido Simón…, o había sido Ann, quien antes siempre mantenía la casa soleada y limpia?

A la derecha estaba la puerta entreabierta que daba acceso al laboratorio de Simón. Fantasma intentó no mirar, pero el débil resplandor de la luz del sol reflejándose en los cristales atrajo su mirada hacia los tubos de pruebas, los acuarios y los frasquitos llenos de líquidos extraños. Había estado allí un par de veces con Steve, aunque se suponía que los amigos de Ann no tenían que entrar en aquella habitación. El contenido de los acuarios era bastante inocente —sapos y ratones—, pero el laboratorio producía la impresión de ser un sitio consagrado al dolor y el sufrimiento; y también había una nevera muy grande cuya puerta estaba asegurada mediante una cadena y un candado. Ni siquiera Ann sabía lo que contenía.

Ann llegó a la mesa de la cocina, se apoyó en ella un momento y acabó dejándose caer sobre una silla.

—¿Te importa hacer un poco de café? —preguntó.

Su voz sonaba más enronquecida que de costumbre, casi átona. Ann puso los pies sobre el barrote de la silla y curvó los dedos alrededor del delgado cilindro de madera. El esmalte rojo de sus uñas estaba descascarillado y sin brillo, como si llevara semanas sin pintárselas.

Fantasma encontró el café en la nevera y empezó a prepararlo. En casa sólo utilizaba la vieja cafetera de goteo Corningware de su abuela, y ya había puesto agua a hervir cuando se dio cuenta de que la cocina de los Bransby contaba con una cafetera automática. Fantasma necesitó varios minutos para averiguar dónde había que poner el café y dónde había que echar el agua fría.

—No formas parte de la era de las máquinas, Fantasma —dijo Ann. Encendió un Camel y entrecerró los ojos para contemplarle a través del humo—. ¿Por qué has venido? —preguntó por fin.

—Sólo quería ver qué tal estabas.

—Oh… ¿Y qué tal estoy?

—Tienes mal aspecto.

Ann le miró fijamente.

—Gracias. Tú tampoco tienes muy buena cara.

—Ya sabes que no me refiero a eso… —Fantasma sacó el recipiente del café de debajo de la cafetera automática demasiado pronto, y un chorrito de café caliente cayó sobre el quemador con un siseo. Fantasma se apresuró a volver a poner el recipiente en su sitio—. Eres muy hermosa, Ann…, pero pareces triste. Nerviosa… Me recuerdas a esos chicos de los nos solíamos burlar en El Tejo Sagrado…, ropas negras, ojos negros, piel blanca y muerta. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy de luto —dijo—. Estoy llorando la muerte de una relación.

Se puso en pie, apartó a Fantasma de la cafetera automática, sacó el recipiente con rápidos movimientos de experta y sirvió una taza para cada uno. Fantasma echó montones de leche y azúcar dentro de la suya. Ann tomó su café solo, lo cual quería decir que se estaba sometiendo a alguna clase de penitencia. Fantasma sabía que Ann odiaba el café solo.

—Steve me ha dicho que hace más de un mes que no te ve —dijo. Ann se encogió levemente al oír el nombre, pero Fantasma se obligó a seguir hablando—. Las cosas no deben ir muy bien con tu nuevo amigo si todavía sigues de luto.

Bien, ya lo había soltado. Fantasma acababa de entrar en el territorio conocido con el nombre oficial de No Es Asunto Tuyo.

—Oye, Fantasma, anoche estuve trabajando, ¿de acuerdo? —dijo Ann girando en su silla para quedar de cara a él—. Estuve en ese restaurante de mierda hasta la medianoche. Después fui en coche a Corinth para ver a Eliot…, o, si quieres que sea más exacta, para joder con Eliot. Estuvimos jodiendo hasta las cuatro de la madrugada porque eso es prácticamente lo único que somos capaces de hacer juntos. Después tuve que volver en coche aquí porque Simón suele despertarse sobre las seis, y se pone hecho una furia si no estoy en casa. Así pues, he pasado las últimas veinticuatro horas haciendo dos cosas sobre las que tú apenas sabes nada…, trabajar y joder. Estoy cansada, y ahora déjame en paz.

—De acuerdo —murmuró Fantasma. El ataque dirigido a sus áreas de ignorancia no le había afectado mucho, pero la referencia a haber jodido con Eliot sí porque sabía que Steve hubiese reaccionado subiéndose por las paredes—. Te dejaré en paz si eso es lo que quieres, pero te he traído una cosa.

Dejó una *cassette* sobre la mesa al lado de la taza de café de Ann. Las palabras ¿ALMAS PERDIDAS? estaban escritas con rotuladores de varios colores sobre la pegatina.

Ann contempló la cinta en silencio durante unos momentos y acabó alzando la mirada hacia Fantasma. Su fachada de dureza y compostura parecía estar a punto de agrietarse, y la expresión que tanto le había costado conseguir empezó a desmoronarse.

—Oh, Fantasma… —Cogió la cinta y se la llevó a los labios. Un par de lágrimas crearon senderos cristalinos al deslizarse sobre los manchones de maquillaje negro—. Te echo de menos. Incluso echo de menos a Steve…, pero no puedo volver.

—Lo sé.

Fantasma conocía una parte de lo que había ocurrido entre ellos, aunque no todo. Steve no se lo había contado todo, pero la mayor parte se le había ido escapando poco a poco con el paso del tiempo; y en cuanto al resto… Bueno, Fantasma pensó que ahora podía verlo claramente en la palidez de muerta del rostro de Ann, y en la mirada distante y torturada de sus ojos rodeados de rimmel corrido.

Ann y Steve siempre habían tenido una relación bastante apasionada. Steve había pasado toda su época de secundaria saliendo con montones de chicas y había echado muchos polvos, pero nunca había llegado a comprometerse a fondo con nadie. Tenía gustos muy amplios. Las únicas chicas a las que no podía soportar eran las que parecían decididas a seguir las pautas de algún molde de paletismo; las que usaban el peinado burbuja rubio oxigenado, la franja de colorete a través de las mejillas y la sombra de ojos de colores que jamás se habían visto en la naturaleza. Steve había

tenido amigas o medio novias pertenecientes a todo el resto de variedades: *hippies* que disfrutaban flipándose en su compañía, preuniversitarias que le consideraban salvaje y ligeramente peligroso, chicas inteligentes que apreciaban su adicción compulsiva a la lectura…

Pero Ann era la primera de la que se había enamorado de verdad. A su manera Ann amaba a Steve tan apasionada e intensamente como amaba a su extraño padre, y Steve la deseaba más de lo que nunca había deseado nada desde que aprendió a tocar la guitarra; ya había empezado a roer el corazón de Fantasma. No lo consideró una premonición. A veces resultaba difícil captar la diferencia entre las premoniciones y sus sentimientos normales, pero cualquier amigo de Ann se preocuparía al verla en su estado actual. Si el gusano seguía royendo y royendo, Fantasma empezaría prestarle más atención.

Enfiló la rueda delantera de su bicicleta hacia el hogar. Cuando llegó allí, la imagen más horrible que había recogido de entre los pensamientos de Ann —Steve encima de ella incrustándola en el colchón— ya casi se había desvanecido de su mente.

13

Nada estaba acariciando las burbujas de cristal de muchos colores que había en la mampara que separaba los dos reservados tapizados en vinilo marrón lleno de desgarrones. El Greyhound le había llevado a través de todo Maryland y los suburbios del norte de Virginia, y había avanzado a lo largo de autopistas anónimas flanqueadas por plantas de procesado químico, fábricas de cigarrillos, urbanizaciones y las paredes de aluminio mate pintado de verde y azul que se suponía debían protegerlas del ruido y los olores de la autopista.

Al principio el paisaje era aburrido y opresivo, e hizo que Nada se preguntara si no estaría internándose más y más en el mundo muerto habitado por sus padres y los profesores y las amistades tristes y dominadas por la desesperación a las que había dejado atrás. Aquellos no podían ser los caminos que llevaban al hogar, ¿verdad?

Pero ahora estaba en el interior de Virginia, y los panoramas que contemplaba eran verdes y fértiles incluso a mediados de septiembre. Estaba sentado en un restaurante para camioneros en algún lugar al sur de ninguna parte viendo desvanecerse la luz del atardecer, contemplando el vinilo surcado por los desgarrones, las mesas grasientas y el enorme y aparatoso tocadiscos accionado por monedas que no tenía la decencia de emitir las notas verdes y melancólicas de la música *country* y se conformaba con repetir los Veinte Primeros una y otra vez. Nada tenía la mochila pegada al cuerpo. El local apestaba a grasa de hamburguesa y café con sabor a cartón, pero las burbujas de cristal de la mampara divisoria eran tan hermosas como cualquiera de las maravillas que había en su habitación. Nada deseó que hubiera alguna forma de robar una de ellas. A esas alturas de su viaje, ya estaba deseando haber podido meter toda su habitación dentro de la mochila y habérsela llevado consigo.

Volvió la cabeza hacia la ventana para echar un vistazo a la estación de autobuses que se alzaba al otro lado del aparcamiento, encendió un Lucky, lo golpeó suavemente con una uña y esparció distraídamente la ceniza sobre la delgada tela de sus tejanos llenos de rajas y agujeros. El suave contacto de los tejanos adornados mediante remolinos hechos con bolígrafo negro, una cadenilla de imperdibles y desgarrones artísticos resultaba muy reconfortante. Las playeras con protector para el tobillo que calzaba se rozaban la una a la otra crujiendo y rechinando, se golpeaban impacientemente debajo de la mesa y esperaban que llegara el momento de volver a ponerse en marcha. Una de ellas tenía un agujero justo encima del dedo pequeño.

Encontró la cinta de ¿Almas Perdidas? en el bolsillo de su impermeable, abrió el estuche de plástico y sacó la hoja de papel de los créditos. Era una fotocopia granulosa con una foto de una vieja lápida moteada por la sombra y los rayos del sol, a cuyo alrededor había agujas de pino y tallos de kudzu que se entrelazaban locamente. Las palabras ¿ALMAS PERDIDAS? estaban escritas sobre la lápida con rotulador arco iris. Se suponía que el grupo había rotulado personalmente las

quinientas copias. Nada se imaginó al guitarrista, una silueta muy alta incómodamente encorvada sobre el suelo que apretaba demasiado al escribir y terminaba rompiendo las puntas de todos los rotuladores, maldecía y acababa poniendo todo el proyecto en manos del cantante. El cantante tenía que haberse encargado del color amarillo, y sus dedos habrían tocado aquella hoja de papel y habrían girado elegantemente para dibujar los dos signos de interrogación que impedían que el nombre del grupo resultara ridículo.

Nada dio la vuelta a la hoja de los créditos y contempló la foto de los dos músicos. Steve Finn, sentado con su guitarra entre las rodillas, sonriendo con una especie de cinismo tranquilo y despreocupado, su enmarañada cabellera oscura contenida detrás de las orejas y una lata de cerveza Budweiser no del todo escondida por la afilada puntera de su bota izquierda; y el otro, el que desviaba la mirada de la cámara, el que tenía las muñecas nudosas cruzadas sobre el regazo, el tipo vestido con prendas llenas de parches y remiendos que le quedaban demasiado grandes, y cuya cabellera caía por debajo de su sombrero de paja en una cortina tan carente de color como hebras de lluvia enredadas que casi ocultaban su rostro y lo dejaban en la penumbra.

Todo lo que Nada sabía sobre el dúo había sido extraído de aquella foto y de las crípticas observaciones impresas en la hoja de créditos («Me gusta beber el agua de mis acuarelas»), ese tipo de cosas, y de aquella música que hacía pensar en el silbato de un tren que nunca llegaba a extinguirse del todo, y de las letras melancólicas y un poco aterradoras de las canciones; pero Nada había imaginado personalidades para ellos, y tenía la sensación de que conocía muy bien a los dos músicos. ¿Almas Perdidas? pertenecía a la multitud de espíritus que vivía dentro de su cabeza, aquellos entre los que le habría gustado estar apretujado las noches de sábado cuando el coche de Jack tomaba una curva demasiado deprisa y los otros exigían a gritos escuchar otra cinta de música industrial. Sus viejas amistades —las de las chaquetas de cuero y las pipas de agua en forma de cráneo, los Marlboro en cajetilla de cartón y los sueños frustrados— no eran más que adolescentes. Nada sabía que era o un niño o un alma muy vieja, pero nunca había estado seguro de cuál de las dos cosas era en realidad.

Tiró de la gota de ónice y la diminuta cuchilla de afeitar de plata que colgaban de su lóbulo. Metió la mano en el bolsillo y acarició el bolígrafo que había dentro. Después abrió la cremallera de su mochila, buscó su cuaderno de anotaciones y sacó una postal de entre las páginas chamuscadas y llenas de garabatos cuyos bordes estaban delicadamente maltratados por los miles de veces que las había pasado. Era la postal que había escrito mientras estaba bebiendo el *whisky* de sus padres, pero aún no la había echado al correo. La hoja de oro capturó la luz en cuanto la puso sobre la mesa.

FANTASMA, había escrito en el casillero de las señas, A LA ATENCIÓN DE ¿ALMAS PERDIDAS?, BURNT CHURCH ROAD 14, MISSING MILE, CAROLINA DEL NORTE. No consignó ningún código postal…, no habían incluido

ninguno en la hoja de créditos. Missing Mile quizá fuera demasiado pequeño para tener un código postal. Sin embargo —Nada dirigió una plegaria de agradecimiento a los dioses que velaban por él, fueran cuales fuesen esas deidades—, por suerte se había acordado de pegar un sello. Ahora difícilmente podía permitirse el lujo de comprar uno.

Acabó su cigarrillo, encendió otro, intentó distinguir la hora a través de la capa de grasa que cubría el reloj de la pared y volvió a echar otro vistazo a la estación de autobuses aunque el hacerlo no le sirviese de nada. No podía volver en un autobús ni aun suponiendo que quisiera hacerlo. El dinero que su madre guardaba en el joyero se había agotado hacía dos pueblos. Le dolía el estómago, y Nada había pensado gastar el único dólar que le quedaba en una hamburguesa o unas cuantas tortitas. Pero ¿qué ocurriría si era el último dólar al que lograba echar mano en todo el resto de su existencia? Tenía que reservarlo para algo que deseara de verdad: un nuevo cuaderno de anotaciones, una taza de café caro, un sombrero negro de una tienda de empeños de algún lugar… Los cigarrillos siempre se podían robar. Tenías que gastar tu último dólar en algo realmente importante.

Tendría que empezar a hacer autoestop. Nunca lo había hecho antes. Nada había intentado utilizar ese medio de transporte para ir a Skittle's o para volver a casa después de haber estado en la tienda de discos, pero las jóvenes matronas del pueblo pisaban el acelerador en cuanto habían echado un vistazo a su larguísimo impermeable y su lacia cabellera negra. Y hacer autoestop en la autopista, con la enorme llanura del cielo extendiéndose sobre su cabeza hasta allí donde llegaba la vista y los gigantescos camiones que parecían dragones pasando junto a él con un aullido estridente…, bueno, eso era algo muy distinto. El vehículo que se parase podía estar conducido por cualquiera, y en una autopista podía ocurrir cualquier cosa.

Besó la postal y la dejó caer dentro de un buzón cerca de la estación de autobuses. Después cruzó el aparcamiento y subió por una pendiente cubierta de césped hasta llegar a la autopista. Nada encontró un hueso bastante largo tan seco y limpio como un fósil entre el mosaico de gravilla sucia y cristales rotos que cubría la cuneta. Probablemente sería un hueso de pollo que alguien había arrojado por la ventanilla de un coche, pero también podía haber pertenecido a un tejón o a un gato o incluso… —Nada sintió un estremecimiento muy agradable—, incluso podía ser un hueso humano. Alguien podía haber salido despedido por los aires en un accidente automovilístico, o quizá algún autostopista que había ido allí con el mismo propósito que Nada había sido atropellado y muerto, y a los policías que habían limpiado el estropicio se les habían pasado por alto un par de dedos. Nada metió el hueso en un bolsillo de su impermeable y cerró la mano a su alrededor. El hueso quedó depositado allí, y pareció hacerse un lugar al lado de la cinta de ¿Almas Perdidas?

Una horda de coches pasó junto a él, vehículos veloces e imposibles de distinguir los unos de los otros con las ventanillas subidas para protegerse de la inminente llegada de la noche. Los colores se derretían y se confundían en el cielo; el sol sufrió

su sangrienta muerte del ocaso. Al aire libre, lejos de las luces del restaurante para camioneros y la estación de autobuses, el cielo era de un color violeta perforado por los múltiples alfilerazos de las estrellas que resplandecían como otros tantos trocitos de hielo. El viento nocturno se estaba volviendo cada vez más fresco, y Nada empezó a temblar. Ya casi había decidido volver y tratar de dormir en la estación de autobuses cuando el Lincoln Continental se detuvo a su lado con un chirriar de neumáticos.

El coche era un trasto enorme que parecía muy difícil de maniobrar, y la carrocería rosa salmón estaba salpicada por enormes manchas de óxido que parecían heridas. Una cuerda con el extremo deshilachado manchado por una sustancia oscura colgaba del parachoques trasero. El interior del coche quizá hubiera sido blanco en tiempos lejanos, y ahora apestaba a algo rancio.

Cuando entró, Nada vio el Jesucristo de plástico verde colocado sobre el salpicadero, pero antes de que pudiera cambiar de parecer el conductor se inclinó sobre él y tiró de la puerta hasta cerrarla. Nada comprendió de repente qué era aquel olor a rancio. «Leche agria», pensó, y el olor hizo que se acordara de los recipientes de plástico para la basura que había detrás de la cafetería de la escuela cuando llevaban algún tiempo sin ser vaciados.

—¿Adónde vas…? —preguntó el conductor, y después de unos momentos de vacilación añadió—: ¿Hijo?

El Jesucristo de plástico verde brillaba tenuemente en la penumbra. Nada apartó los ojos de él y clavó la mirada en el rostro del conductor, pero no antes de haberse dado cuenta de que los ojos del Jesucristo de plástico estaban pintados de rojo.

—Voy a Missing Mile —dijo. Fue el único sitio que se le pasó por la cabeza disponiendo de sólo un segundo para responder—. Carolina del Norte.

El hombre asintió y volvió a concentrar su atención en la autopista.

—He oído hablar de ese lugar. Una gusanera del pecado, bares y clubs nocturnos, mujeres sin principios ni moral…

Clavó los ojos en la cinta de asfalto y frunció el ceño.

Nada examinó con más atención al conductor. Parecía tener la piel muy blanca. Su rostro no tenía arrugas, estaba muy pálido y poseía una belleza entre enloquecida y exaltada; pero la cabellera que colgaba a su alrededor tenía el mismo color que una lámina de hielo muy apretado y denso. Las manos del hombre eran tan flacas que hacían pensar en dos arañas blancas posadas sobre el volante, y las pálidas muñecas desaparecían entre pliegues de tela tan blanca como la leche. ¿Llevaría puesta una túnica?

Las blancas manos del conductor se deslizaron sobre el volante.

—¿Has sido salvado?

—Mierda —murmuró Nada.

—¿Qué has dicho?

Nada volvió la cabeza hacia la ventanilla y contempló el paisaje qué se iba tiñendo de gris. Los renacidos en Cristo siempre le impulsaban a hacerse el chulo.

—Sí, fui salvado en una ocasión…, recuerdo que fue en una fiesta. Estaba casi sobrio, y mi amigo me dio otra copa.

Una mano salió disparada apartándose del volante. Nada se encogió sobre sí mismo pensando que iba a ser abofeteado, pero la mano se limitó a reptar por entre la confusión de objetos amontonados sobre el asiento delantero, y acabó alzándose con un panfleto bastante mal impreso en tinta púrpura aferrado en los dedos. Salvado por la Sangre del Cordero.

El hombre dejó caer el panfleto sobre el regazo de Nada. Un dedo muy largo y muy blanco acarició el muslo de Nada a través de un desgarrón de sus tejanos.

—Lee eso —dijo el hombre.

—Sí, claro… Lo leeré.

Nada empezó a meter el panfleto dentro de su mochila.

—Ahora. —El tono era tan cortante y gélido como un carámbano. Nada pensó en leche congelada y en cristales que se hacían añicos—. Léeme las palabras ahora. Cántalas con voz potente y límpida.

—Ni soñarlo. A la mierda con eso… —Nada se pegó a la puerta—. Déjame bajar.

—Me di cuenta de que eras un pecador en cuanto subiste al coche. Jesucristo me los muestra, y yo tengo el deber de salvar a los pecadores. He de hacerlo. He de hacerlo. —La voz del conductor sonaba casi asustada—. Tienes que leerlo…, tengo el deber de hacer que lo leas.

La aguja del velocímetro temblaba y subía poco a poco. Cien kilómetros. Ciento veinte. El Lincoln patinó sobre la cuneta, proyectó un chorro de gravilla y volvió a enderezarse.

Nada desdobló el panfleto. El último rayo de sol color rojo llama estaba deslizándose por debajo de los pinares. Las diminutas letras violeta bailotearon y se volvieron borrosas ante sus ojos.

—No puedo leerlo —dijo—. Está demasiado oscuro.

El conductor pulsó un botón y una débil claridad inundó el interior del coche. El hombre le lanzó una mirada de soslayo, y Nada vio que los iris de sus ojos eran rojos…, no, no eran rojos sino rosa, de un rosa tan chillón como el de un pendiente de bisutería. Nada se sintió tan intrigado que se le olvidó el tener miedo.

—¿Puedes ver? —preguntó.

Una especie de irradiación indefinible se extendió por el rostro del hombre e iluminó aquella belleza horrible y enloquecida haciéndola resplandecer.

—Es mi padecimiento —dijo—. Me llaman albino. Yo digo que es la mano de Jesucristo posada sobre mí. He sido fulminado por el rayo del Señor, y camino a Su lado.

—Son muy bonitos —dijo Nada—. No me importaría nada tener los ojos rosados.

La irradiación desapareció. La aguja del velocímetro siguió temblando y subió hasta los ciento cincuenta kilómetros por hora.

—El padecimiento que da el Señor no es bonito. Vamos, tienes que leerlo.

Nada volvió a coger el panfleto. Se removió en el asiento, y su pie aplastó algo que había en el suelo. Nada pudo ver de dónde venía aquel olor a rancio: el suelo del coche estaba recubierto por docenas de cartones de leche, algunos recientes, otros tan antiguos que apenas se podía distinguir lo que había estado impreso en ellos. Niños desaparecidos alzaron la mirada hacia Nada contemplándole con sus sonrisas radiantes, negándose a admitir que ahora probablemente sólo fuesen un montón de huesos esparcidos por un barranco perdido en algún lugar del país[4].

Nada tragó una honda bocanada de aire, abrió el panfleto y sintió el roce resbaladizo del papel barato entre los dedos.

—«¿Qué es la vida eterna…?» —empezó a leer.

—Sigue —dijo el conductor.

Se le había empezado a acelerar la respiración.

Una hora después la oscuridad se amontonaba al otro lado de los cristales polvorientos de las ventanillas. El Lincoln avanzaba a ciento veinte kilómetros por hora. El albino le había hecho leer cuatro panfletos más, y entre eso y el olor a leche rancia Nada empezaba a tener la sensación de que alguien le había echado arena caliente por la garganta.

—«No permitas que Satanás te engañe, pues miente. SER SALVADO ES EL ÚNICO CAMINO QUE LLEVA AL CIELO…».

Nada se calló. Tenía la voz tan enronquecida como si se acabara de fumar un paquete entero de Luckies. Si el albino iba a matarle y arrojar su cuerpo en cualquier cuneta, quizá sería mejor que lo hiciera de una vez y acabaran con aquella estupidez. Si dejaba de leer el panfleto ahora mismo, quizá seguiría siendo capaz de gritar cuando llegara el momento.

—No puedo seguir —dijo.

No se atrevía a volver la cabeza hacia el albino, así que clavó los ojos en la ventanilla. El paisaje estaba muy oscuro. La lluvia había empezado a manchar el parabrisas, y los hilillos de agua se deslizaban hacia el capó abriéndose paso a través de la pátina de polvo y mugre de la autopista. No había luz en ningún sitio, ni a los lados de la autopista ni en el horizonte. Espesas capas de nubes ocultaban la luna.

El único faro del Lincoln que funcionaba iluminó una hilera de conos anaranjados colocada a un lado de la autopista. Estaban haciendo reparaciones en el pavimento. Los conos fueron desfilando más despacio junto a ellos…, cada vez más despacio. La gravilla crujía debajo de los neumáticos. El coche acabó deteniéndose.

El albino apagó el motor y se volvió hacia Nada. La única luz procedía del Jesucristo de plástico verde que brillaba sobre el salpicadero emitiendo una débil claridad fantasmagórica y fosforescente. Los ojos pintados destacaban como agujeros en el diminuto rostro de expresión melancólica. El albino contempló a Nada. Su rostro estaba envuelto en sombras, y sus ojos despedían débiles reflejos. Cuando no había luz suficiente para poder ver la locura que impregnaba sus rasgos, el albino parecía un niño enfermo. Una araña blanca rozó la pierna de Nada.

Nada volvió la mirada hacia la puerta. El botón del seguro estaba presionado. La puerta estaba cerrada. ¿Conseguiría abrirla y bajar de un salto antes de que el conductor cayera sobre él? Era más alto que Nada, aunque el cuerpo oculto bajo la túnica blanca parecía flaco y extrañamente desarticulado, como si las articulaciones estuvieran fuera de sus lugares habituales. Nada miró hacia fuera intentando ver algo entre las franjas de polvo y los manchones de límpida negrura de la noche. ¿Qué había en el exterior? Si corría hacia ello, fuera lo que fuese, ¿encontraría a alguien que le ayudara o acabaría siendo atrapado por el albino? Contempló los cartones de leche y volvió a ver los ojos de los niños desaparecidos, manchitas minúsculas perdidas y totalmente impotentes en un mar de rojo y blanco.

La araña blanca estaba trepando por su muslo y empezaba a apretarlo.

—Ahora vamos a repasar lo que has aprendido —repitió el hombre.

Nada dejó de tener miedo tan de repente como había empezado a tenerlo. Aquella situación le resultaba familiar.

—¿Por qué no te limitaste a decirme lo que querías en vez de hacerme leer toda esa basura?

—Es mi deber —dijo el hombre, pero le temblaba la voz.

Sus dedos se tensaron sobre el muslo de Nada.

A Nada le importaba un comino lo que tuviera que hacer. Fuera lo que fuese, valdría la pena con tal de salir de aquel coche que olía a rancio y poder alejarse de esas sonrisas solitarias impresas sobre el cartón. Los ojos rosados del albino se cerraron en cuanto Nada se inclinó sobre su regazo y apartó los pliegues de la túnica. Era una magia no muy sofisticada, pero resultaba sencillísima. Nada la había aprendido en un centenar de asientos traseros en noches de borrachera, en el dormitorio de Laine durante tardes de lánguida inmovilidad en las que se habían saltado las clases. A veces, hombres ya maduros que conducían coches caros pasaban por delante del patio de la escuela y aparcaban junto a la acera detrás de los recipientes de basura de la cafetería. Cuando estaban ahorrando para comprar una guitarra o deseaban desesperadamente una bolsita de maría, algunos chicos iban allí y se la chupaban a cambio de veinte dólares. Eso era lo que le recordaba el olor a leche rancia. Nada lo había hecho un par de veces, y supuso que podía volver a hacerlo ahora.

El albino tenía una enorme erección roja y palpitante que destacaba aparatosamente sobre toda aquella blancura. Incluso su vello púbico era tan blanco como hilachas de algodón enredado y áspero. Nada tuvo que abrir la boca forzando las mandíbulas hasta que creyó que se le iban a desencajar. Las arañas blancas se enredaron en los mechones de la cabellera de Nada, y acariciaron su garganta y sus hombros con meticulosa ternura psicopática.

—He de hacerlo —repitió el albino una y otra vez mientras se corría—. He de hacerlo…

Su semen era como agua lechosa, y Nada sintió que al bajar le quemaba la

garganta, irritada de tanto hablar; pero nunca le había importado tragárselo cuando se corrían. El semen tenía una cualidad indefinible que le calmaba el estómago y le hacía sentirse bien.

El albino le dio cinco dólares —«¡Sólo cinco asquerosos dólares!», corrigió Nada en silencio—; pero en cuanto empujó la pesada puerta del Lincoln, el aire nocturno enseguida empezó a reanimarle.

Nada salió del coche a toda prisa antes de que el hombre pudiera decidir que aún no había sido salvado, y que otra ronda de lectura de panfletos seguida por una mamada quizá asegurarían su salvación definitiva. El Continental color rosa salmón se alejó lentamente con la cuerda manchada colgando de su parachoques trasero, y Nada no tardó en quedarse solo en la cuneta. El albino no se había acordado de volver a encender su único faro, pero cuando el Lincoln coronó una colina y desapareció detrás de ella, Nada pudo distinguir una manchita minúscula de fosforescencia verde a través de la luneta trasera. Era el Jesucristo de plástico de los ojos rojos que iluminaba el camino a través de la noche.

Nada se lamió los labios. El áspero sabor del semen del hombre todavía estaba fresco en su boca, y le recordó algo que Laine le había dicho en una ocasión. «¿Sabías que la composición química del semen es casi idéntica a la de la sangre humana?», le había preguntado Laine con inocente lascivia.

Se encontraba en una zona de campos y montañitas empapadas, y todo estaba sumido en la negrura más absoluta. Nada se hirió el dorso de la mano en una alambrada de espino. Las lágrimas de dolor hicieron brillar sus ojos mientras se chupaba la sangre. «Bueno, ahora sí que estoy totalmente solo —pensó—. En todo el mundo no hay nadie que sepa donde estoy…». Sus playeras estaban impregnadas de lluvia fría, y los dedos de los pies le dolían con un dolor sordo que llegaba hasta el hueso. Largos tallos de hierba resbaladiza crujían bajo sus pies. Nada acabó encontrando un granero abandonado y entró tambaleándose en él. Formas enormes llenas de ángulos y protuberancias puntiagudas se alzaban a su alrededor: maquinaria agrícola abandonada cubierta de óxido. Las masas oscuras podían caer sobre él durante la noche, dejarle atrapado sobre el suelo que olía a moho, y entonces Nada se debatiría durante un tiempo y acabaría muriendo a solas…, pero le daba igual.

La lluvia agitaba la atmósfera llenando el granero de polvo y una mezcla de telarañas y motitas de paja reseca. Nada estornudó una vez, dos, tres, sufriendo espasmos desgarradores que le cortaban la respiración y le obligaban a doblarse sobre sí mismo. El tercer estornudo acabó convirtiéndose en un prolongado sollozo. Nada se enroscó debajo del altillo del heno y chupó la sangre que brotaba de su mano. Sus lágrimas fueron empapando el sucio suelo de madera.

Durante la noche una arañita se abrió paso delicadamente por entre su húmeda cabellera negra mientras Nada soñaba sueños inquietos. Se deslizó bajando por la suave piel de la curva de su mandíbula, se quedó inmóvil durante unos momentos sobre sus labios, y después se alejó velozmente por los dedos húmedos y manchados

de rojo que Nada mantenía pegados a los labios para que su lengua pudiera asomar de vez en cuando y lamer la sangre mientras dormía.

14

Cuando Christian llegó a Missing Mile aún hacía bastante calor.

No sabía que estaba en Missing Mile —todavía no— porque la carretera por la que había llegado carecía de cartel que advirtiera de dónde estaban los límites del pueblo. El cartel, un tablón de madera de pino cuyas letras pintadas habían acabado volviéndose traslúcidas debido al paso del tiempo, había sido derribado hacía veinte años por un tipo que decidió pasar aquella noche en compañía de dos amantes. Cuando perdió el control de su coche, el tipo tenía la cabeza apoyada sobre el pecho del Vodka y la mano encima del muslo del *Whisky*. El letrero estaba caído a varios metros de la carretera. Los tallos de kudzu lo habían cubierto casi por completo, y en la madera había manchas marrones de sangre que llevaba mucho tiempo seca.

Y por eso Christian aún no sabía que estaba en el pueblo. Lo único que sabía era que se había quedado prácticamente sin dinero en algún lugar de Carolina del Norte, que la aguja del depósito de combustible estaba rozando el cero, y que el sol llevaba todo el día amenazando con emerger de entre las nubes que se cernían sobre el paisaje. Así pues, tendría que hacer una parada en aquel sitio.

Salió de la 42, torció hacia la izquierda y el camino le llevó hasta el pueblo a lo largo de Violin Road. Christian condujo despacio y contempló los remolques y las cabañas medio desmoronadas, los cementerios familiares invadidos por la maleza y los hierbajos, y los montones de metal oxidado que iba dejando atrás. No sentía ni miedo ni excitación, porque en realidad el sitio donde viviera no tenía ninguna importancia. «Podría haber seguido hasta San Francisco —pensó— y cuando hubiera visto el puente Golden Gate y las luces de Chinatown habría sentido exactamente lo mismo que estoy sintiendo ahora». No podía volver a Nueva Orleans, así que de momento cualquier otro lugar del mundo le serviría.

Había una silueta inmóvil a un lado del camino, una niña que tendría siete u ocho años de edad pero que estaba tan flaca como una anciana. La niña llevaba una bata azul que le quedaba demasiado grande. Una manga medio arrancada colgaba a un costado, y la niña tenía algo en la mano y lo balanceaba lentamente de un lado a otro. Christian fue hacia ella, detuvo el coche y bajó el cristal de la ventanilla. La niña alzó la mirada hacia él. Tenía los ojos de un gris tan descolorido como el cielo.

—¿Puedes decirme dónde estoy? —preguntó Christian.

La niña levantó un hombro huesudo y lo dejó caer. El objeto seguía colgando de su mano. Era una rata con el pelaje recubierto por costras de tierra del camino, y la cabeza y los cuartos delanteros eran una masa destrozada que se había resecado hacía mucho tiempo.

Christian se obligó a no apartar la mirada del rostro de la niña. Sus ojos grisáceos parecían insondables, y aunque los observó con mucha atención, Christian no pudo ver dónde terminaba el iris y dónde empezaba el blanco. Captó el rancio olor marrón a muerte que desprendía la rata, y la acre vaharada casi imperceptible de la sangre

seca.

—¿Cómo se llama este pueblo?

La niña seguía observando a Christian con su mirada insondable. Había algo erróneo en la simetría de su rostro. Un ojo estaba un poco más lejos de la nariz que el otro, la frente era demasiado angosta y la línea del entrecejo estaba torcida. Christian comprendió que estaba contemplando el rostro del retraso mental irrecuperable. Era una de las pocas miradas capaces de sostener la suya. Aquella mirada lo ignoraba todo, y al no saber no podía tener miedo.

Pensó durante un momento en coger a la niña y meterla dentro del coche. El olor de la rata atropellada era desagradablemente reseco y fétido, pero estaba empezando a despertarle el apetito. El alimento obtenido del chico que había matado junto a la orilla del río ya casi estaba totalmente consumido, pero la boca torcida de la niña y las protuberancias esparcidas por su cuerpo le disgustaban. Christian tenía debilidad por la belleza, y eso había hecho que pasara hambre con bastante frecuencia.

Christian quería dejar atrás a la niña lo más pronto posible, y descargó la puntera de su bota sobre el acelerador; pero cuando alzó la mirada hacia el espejo retrovisor se encontró con aquellos ojos vacíos que iban siguiéndole. La rata medio destrozada colgaba de la mano de la niña y oscilaba lentamente de un lado a otro.

El pueblo estaba a unos cuantos kilómetros camino abajo. En comparación con los remolques y los patios polvorientos y llenos de maleza de Violin Road, los edificios parecían robustos y casi orgullosamente cuadrados. Las tiendas de la calle principal desplegaban sus colores bajo el calor letárgico del día. La fachada de un comercio clausurado con tablones exhibía su ojo ciego vagamente amenazador cada tres o cuatro bloques, pero ese tipo de cosas nunca molestaban a Christian. Estaba buscando ventanas detrás de las que hubiera oscuridad, neones anunciando cerveza encendidos en interiores llenos de sombras. Tenía que haber un bar. En algún lugar de aquel pueblo tenía que haber un sitio en el que la gente de allí pudiera beber, pelear, pasar las noches largas y cálidas y gastar los cheques de su paga. Christian estaba dispuesto a conformarse con cualquier bar de paletos.

Christian ya estaba empezando a preguntarse si habría llegado a uno de los temidos condados del Sur donde estaba prohibido el alcohol cuando la luz azulada de un neón que prometía cerveza atrajo por fin su atención. La puerta del local era una gruesa plancha de madera de pino sobre la que había talladas unas letras angulosas: EL TEJO SAGRADO. Christian llevó el Bel Air hacia la cuneta. Siempre había empleo disponible para un buen camarero.

Kinsey Hummingbird era un camarero excelente.

También era el confidente de toda la juventud con problemas de Missing Mile y los condados de los alrededores. Los chicos malos, los chicos deprimidos y los chicos aterrorizados, los chicos que se encontraban a la deriva en el Cinturón de la Biblia…, todos acudían a Kinsey como si fuera una especie de benévolo Flautista de Hamelin. Antes de abrir El Tejo Sagrado, Kinsey había trabajado como mecánico en el garaje

donde había trabajado su padre antes que él; y todavía era bastante corriente ver las largas y delgadas piernas de Kinsey asomando por debajo de un coche mientras un adolescente de expresión tristona y preocupada estaba sentado cerca conversando con las playeras de Kinsey. Los devotos del *heavy*, los *hippies* que habían nacido con décadas de retraso, los melancólicos que siempre vestían de negro…, todos acudían a él. Kinsey Hummingbird era su gurú, Kinsey Hummingbird era su oráculo.

Cuando su madre murió en el terrible incendio de la hilatura, Kinsey recibió una indemnización muy sustanciosa y pudo abrir El Tejo Sagrado, o simplemente «El Tejo», que era como lo llamaban los chicos. A veces Kinsey contemplaba su club y sentía una punzada de remordimientos al pensar que había sido adquirido con la horrible muerte de su madre —que había caído de una pasarela envuelta en llamas y había muerto gritando después de quedar empalada en una hilera de carretes metálicos—, pero la verdad era que la señora Hummingbird siempre había odiado a su único hijo y nunca se había tomado la molestia de tratar de ocultarlo. Kinsey había pasado la mayor parte de su infancia intentando entender qué había hecho para que su madre le tratase tan mal. La Biblia en cuya lectura invertía todas sus horas libres la señora Hummingbird, decía que debías amar a tu prójimo, y al parecer también decía algo acerca de amar a tus hijos.

Kinsey era un poste de tomatera humano, un metro noventa de hombre con ese caminar encorvado que parece pedir disculpas tan corriente en muchos hombres altos y delgados. Siempre llevaba una gorra con una pluma en equilibrio sobre la coronilla de su estropajosa cabellera. El club era su sueño privado. Kinsey solía quedarse inmóvil en el centro del local y lo contemplaba con un vago temor respetuoso como si esperara verlo desaparecer ante sus ojos, como si aún no pudiera creer que había conseguido llegar a ser su propietario. El dinero del seguro había pagado el club, desde luego, pero era Kinsey quien había construido el escenario, quien había empezado a contratar los grupos y había concebido el pequeño menú de canapés, bocadillitos y sopas caseras necesario para que el club pudiera ser considerado «restaurante» a efectos administrativos y los chicos que aún no habían cumplido los dieciocho años pudieran entrar en él sin problemas, aunque tuvieran que enseñar su carnet para comprar cerveza.

El Tejo Sagrado era un lugar hecho a medida para los chicos de Kinsey. Después del primer año de precariedad había ganado dinero, pero ésa no era la razón por la que existía el club. Kinsey quería que los chicos tuvieran un sitio al que ir. Quería que tuvieran algún sitio en el que pudieran ser felices durante un rato.

Pero había momentos en los que el trabajo resultaba agotador. Kinsey había aprendido hacía mucho tiempo que si quería que todo funcionase como una maquinaria bien engrasada y no hubiera problemas tenía que ocuparse personalmente de todos y cada uno de los detalles…, la contratación de grupos, los pedidos e incluso la decoración. Cuando no había nadie que pudiera encargarse de ello, Kinsey también tenía que preparar la sopa y los bocadillos, y trasladar los barriles y las cajas de

cerveza. Una semana antes había despedido a su último ayudante de barra por servir cerveza a una chica de catorce años a la que se quería ligar. El chaval se quedó asombrado cuando el siempre apacible y cortés Kinsey Hummingbird le dijo que se largara inmediatamente, estuvo a punto de soltarle un puñetazo y le dio los impresos para el desempleo; pero El Tejo podía perder su licencia por algo así, y Kinsey se tomaba terriblemente en serio todo lo que estuviera relacionado con El Tejo Sagrado.

El resultado había sido que Kinsey llevaba una semana atendiendo la barra sin ayuda. Steve y Fantasma de ¿Almas Perdidas? le echaban una mano de vez en cuando —la abuela de Fantasma le había dejado su casa y todo el dinero que podría llegar a necesitar en toda la vida, y Fantasma hubiese ayudado a Kinsey incluso sin cobrar—, pero ahora estaban muy ocupados puliendo y ensayando sus nuevas canciones. Tocaban en el club una vez a la semana o más, y eran su atracción musical más popular. La gente venía desde sitios tan alejados como Raleigh o Chapel Hill para verles. Estaban empezando a ser realmente buenos, y Kinsey quería que practicaran.

Pero Kinsey estaba cansado, por lo que cuando aquel tipo entró en el club y dijo que había trabajado en un bar de Nueva Orleans durante veinte años, Kinsey decidió contratarle al instante. Las ropas de aspecto fúnebre y el rostro frío y pálido, o el hecho de que el tipo fuese todavía más alto que él y quizá más flaco no impresionaron a Kinsey en lo más mínimo. Cuando diriges un club conoces a montones de gente rara, y nada más ver a aquel tipo raro en particular tuvo la impresión de que era un buen camarero.

—Christian, ¿eh? ¿Tus viejos eran fans del Espíritu Santo o qué? Eso podía hacer que cualquier persona decidiera dedicar su vida a servir en una barra.

El tipo meneó la cabeza.

—Es un nombre muy corriente en la familia.

—Bueno, tanto da —dijo afablemente Kinsey.

Esa misma noche Christian volvió a la rutina de descorchar botellas, desenroscar tapones, abrir barriles y echar la cerveza espumosa que contenían en vasos de plástico mientras emitía las contestaciones adecuadas a la charla insustancial de un bar sin llegar a escucharla de verdad en ningún momento. El local parecía bastante primitivo. Kinsey no servía licores, ni siquiera vino, sólo cerveza, y no tenía demasiadas marcas. Si no había combinados exóticos como los Sazerac o los Huracanes que preparar, Christian tenía la sensación de que lo que hacía apenas podía llamarse trabajo.

Poco a poco se fue dando cuenta de que no estaba en un bar de paletos, y lo agradeció. Vio niños vestidos de negro —algo que no había esperado encontrar en un pueblecito sureño—, se fijó en ellos y empezó a reconocer sus rostros; pero estaba decidido a esperar. Algunos de esos niños podían llevar mucho tiempo fuera de casa o proceder de la universidad estatal de Raleigh, pero Christian no podía permitirse el lujo de sucumbir al deseo demasiado pronto. Más tarde o más temprano un forastero o una forastera solitarios vendrían al pueblo, y Christian podría alimentarse sin correr

peligro con alguien a quien nadie echaría de menos.

Lo que cobraba en el bar no bastaría para pagar el remolque que había alquilado —el remolque estaba en Violin Road, pero salía bastante barato— y la gasolina que consumiría cogiendo el coche para ir a trabajar cada noche. Cuando iba hacia el norte había visto puestos instalados al lado de la carretera. Vendían flores, fruta, baratijas. Detrás de su remolque había un pequeño vertedero y un enorme y magnífico rosal silvestre. Christian cortó las gigantescas flores y envolvió sus tallos en papel de periódico. Después encontró unas cuantas calabazas raquíticas y medio secas colgando de los zarcillos en un huerto lleno de maleza abandonado hacía mucho tiempo. Compró clavos y un martillo en la ferretería del pueblo, sacó varios tablones del vertedero, construyó un puesto y pintó un letrero.

Cuando no hacía mucho sol Christian cogía el coche, iba a las afueras de Missing Mile e instalaba su puesto en un sitio distinto cada vez. Algunas personas se paraban para comprar, y Christian respondía a su charla con la locuacidad fruto de la práctica adquirida a lo largo de unos cuantos siglos trabajando como camarero. Observaba sus rostros y sus cuellos desde detrás de sus gafas oscuras, y se preguntaba cuánto tiempo transcurriría antes de que el olor de su sangre hiciera que se le llenase la boca de saliva.

Christian permanecería en Missing Mile el máximo de tiempo posible, y cuando hubiera ahorrado algo de dinero llenaría el depósito de gasolina de su Bel Air y seguiría avanzando en dirección norte. El norte era el punto cardinal en el que podían estar Molochai, Twig y Zillah, y Christian seguía pensando en dar con ellos. Algunas noches sacaba de su bolsa de viaje las tres botellas de *chartreuse* que había traído consigo de Nueva Orleans. Leía una y otra vez lo que había escrito sobre la etiqueta verde y oro, y pensaba en Wallace Creech y en los niños del Barrio Francés; pero nunca rompió el precinto de ninguna de las botellas. Aún recordaba la marea de fuego verde que había ardido dentro de su cuerpo la última noche que había pasado en Nueva Orleans.

15

A las diez de la mañana siguiente, Nada estaba tan hambriento y se sentía tan solo que faltó muy poco para que se echara a llorar de puro alivio cuando el motorista se detuvo y le recogió.

Dormir en un granero no había resultado nada divertido. Había conseguido refugiarse de la lluvia durante unas horas, pero Nada despertó con todo el cuerpo dolorido, el hambre mordisqueándole el estómago y un sabor a polvo y sangre podrida en la boca. Cuando salió tambaleándose del granero quedó cegado durante unos momentos por los rayos del sol. Nada cerró los ojos, los mantuvo así un instante y después los entreabrió cautelosamente. El verde esplendor de los campos brillaba a su alrededor. Los zarcillos de una parra trepaban por un lado del granero y se deslizaban por un agujero del tejado para echar un vistazo al interior. Nada volvió a cerrar los ojos y aspiró el olor de los rayos de sol que secaban los últimos restos de la lluvia de anoche.

Cuando volvió a la autopista vio que no pasaban muchos coches, y ninguno de los que pasaban se detuvo. Vio a unos cuantos hombres que comían galletas y bebían café en la trasera de una camioneta, y la boca se le llenó de saliva. Nada escupió sobre la cuneta, sabiendo que tragar la saliva producida por el hambre sólo serviría para que tuviera todavía más hambre. Se llevó una mano al estómago y apretó la tela húmeda de su camiseta con tanta delicadeza como si estuviera haciendo un experimento químico. Sí, ya parecía estar un poco más encogido hacia dentro. Los huesos de sus caderas debían estar más afilados y protuberantes que hacía dos días. Nada encendió un Lucky y engulló el humo como si fuese zumo de naranja.

La media hora siguiente transcurrió muy despacio. Nada caminaba lentamente a lo largo de la cuneta alzando el pulgar cada vez que pasaba un coche. Todos los que iban dentro de los coches volvían la mirada hacia él, pero nadie se detuvo. De repente Nada oyó el gruñido de un motor detrás de la curva por la que acababa de pasar. Alguien se acercaba por la autopista a gran velocidad…, no era un coche, y tampoco era una camioneta decrépita. Era una motocicleta, y grande. Nada la contempló con expresión suplicante sin apartar los ojos ni un momento de ella a medida que se acercaba, y cuando el motorista le vio fue reduciendo la velocidad hasta que acabó deteniéndose a su lado.

—¿Hacia dónde vas? —preguntó el motorista.

Nada pensó que la pregunta ya empezaba a resultarle familiar.

—A Missing Mile, Carolina del Norte.

Nada no estaba muy seguro de si realmente iba allí, pero el nombre del pueblo se había convertido en una especie de talismán.

—¿Sí? Bueno, pues yo voy a Danville. Eso está casi en la frontera de Carolina. Anda, sube.

Nada nunca había viajado en moto antes, aunque siempre había deseado poder

conducir una. Aquélla era enorme y de mucha cilindrada, y los cromados, canales y adornos parecían hacer guiños bajo la costra de polvo de la autopista que se había ido pegando a ellos. Nada permaneció inmóvil contemplando la motocicleta hasta que el motorista volvió a hablar.

—¿Quieres que te lleve o no?

—Sí, claro.

Nada alzó los ojos hacia el rostro del motorista. Una cabellera enmarañada por el viento, mechones de un color rubio blanquecino que se oscurecían en las raíces… No llevaba casco protector, y sus ojos eran dos huecos enormes tan redondos y brillantes como los de un bebé de perro de las praderas. Aquellos ojos parecían dos lunas incrustadas en hondonadas de hueso gris. El motorista tenía un rostro entre joven y viejo, una cara endurecida por la carretera que a pesar de ello conseguía transmitir una extraña impresión de melancolía desde lo alto del cuello subido hacia arriba de la chaqueta de cuero negro que llevaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Nada.

—Terrible —replicó el motorista, y Nada pensó que era un nombre muy adecuado.

Se instaló detrás de Terrible y deslizó sus brazos alrededor de la cintura del motorista. Debajo de la gruesa chaqueta de cuero que lo cubría, el cuerpo de Terrible parecía delgado como un poste y extrañamente desarticulado. El enorme sillín de la motocicleta vibraba. Subirse a él era como montar encima de algo vivo. Terrible dio gas y la motocicleta salió disparada hacia adelante. El viento golpeó la cabeza desnuda de Nada, se metió en sus ojos haciéndole lagrimear e impulsó su cabellera hacia atrás. Nada se preguntó si estaban yendo muy deprisa.

Alrededor del mediodía se detuvieron en un pueblecito donde Terrible compró un cubo de pollo frito, que consumieron en un viejo cementerio muy mal cuidado después de recorrer unos cuantos kilómetros de autopista más. Nada devoró la carne churruscante con un apetito de lobo y chupó los huesos, pero Terrible se limitó a juguetear con un muslo del que iba arrancando tiritas de carne que se metía en la boca sin el más mínimo entusiasmo. Nada se lamió la grasa pegada a los dedos, y se echó hacia atrás hasta apoyar la espalda en la puerta de una cripta familiar que parecía a punto de derrumbarse. Los barrotes de hierro cedieron un poco bajo su peso, y Nada pensó que acabaría cayendo entre los huesos. La puerta aguantó. Nada volvió la cabeza hacia Terrible sintiéndose un poquito decepcionado. Las manos del motorista estaban temblando.

—Mierda —dijo Terrible—. Oye, ¿estás en el rollo? Necesito pincharme.

Hizo la pantomima de introducir una hipodérmica en la vena de su brazo.

—Oh —dijo Nada, comprendiendo a qué se refería—. Oh. Claro, estoy en el rollo… —Intentó parecer impasible y digno de confianza—. ¿Creías que se lo voy a contar a alguien o qué?

—Hay que estar seguro. Nunca se sabe…

Terrible hurgó en los bolsillos de su chaqueta y sacó varios objetos: una cucharilla de plata deslustrada, un pedazo de trapo de cocina bastante sucio y un mechero de plástico barato. Después se levantó y sacó un termo lleno de agua del maletero lateral de la motocicleta, y por último metió la mano en un compartimento interior de la chaqueta y sacó una cajita lacada en cuya tapa había una escena multicolor de pájaros tropicales. Terrible abrió la cajita con reverencia, y Nada medio esperó ver una luz plateada saliendo de ella y cayendo sobre el rostro de Terrible; pero dentro de la cajita sólo había una bolsa de plástico llena de paquetitos muy pequeños hechos con papel de plata. Parecía haber centenares de paquetitos, y la jeringuilla descansaba entre ellos, tan inofensiva como una víbora de color gris mate.

Nada observó con mucha atención mientras intentaba fingir que ya había visto todo aquello con anterioridad. Terrible se quitó el cinturón de cuero adornado con remaches, se despojó de la chaqueta con un encogimiento de hombros y tensó el cinturón alrededor de su brazo. Su piel estaba un poco húmeda y llena de manchitas negras o marrones. Echó agua en la cucharilla y derramó sobre ella el blanco polvo granuloso de uno de los paquetitos de papel de plata. Después alzó la mirada hacia Nada, y le miró como si acabara de recordar sus deberes de anfitrión.

—Oh… Eh, ¿quieres darte un pico?

—Sí —dijo Nada sin pensar en lo que decía.

Si se paraba a pensar, eso podía significar el pánico. Un desfile de estrellas del rock muertas pasó velozmente por su cabeza. William Burroughs le riñó.

—Bueno, entonces te pincharé antes de darme el pico. No eres más que un crío…, no sabes cómo hacerlo. Podrías meterte una burbuja de aire.

Nada cerró los ojos mientras Terrible abría la hebilla del cinturón, se lo quitaba del brazo y lo tensaba alrededor del suyo. Después empezó a acariciar la parte interior del codo de Nada ejerciendo presión y alisando la piel con mucha delicadeza. El roce era muy suave, pero no poseía ni la más mínima cualidad sexual. Toda la energía erótica de Terrible parecía estar reservada para el manejo de su droga.

—Bien, aquí está tu vena. Manten el dedo encima de ella.

Terrible sostuvo el mechero debajo de la cucharilla hasta que la mezcla empezó a burbujear. Después colocó el trozo de paño de cocina sobre la superficie y metió la solución dentro de la jeringuilla. Las manos de Terrible ya no temblaban.

—¿Sigues teniendo controlada esa vena? De acuerdo, no la sueltes… —Alzó la jeringuilla y rozó la punta de la aguja con la yema de un dedo—. No te preocupes. Puedo oler que estás asustado, pero es una mierda excelente. Allá va la burbuja… Tan inofensiva como la leche, eso solía decir Nick Drake… De acuerdo, de acuerdo… —Se inclinó sobre el brazo de Nada, y empezó a hundir con mucha delicadeza la aguja en la suavidad de la carne—. Allá vamos.

Terrible fue subiendo el émbolo de la jeringuilla. Un diáfano remolino de sangre llenó la jeringuilla. Nada se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

—Ahora me toca a mí.

Terrible combinó una segunda dosis de solución y se la inyectó. Había preparado el segundo pico con una curiosa mezcla de apresuramiento e impasibilidad. Cuando la aguja entró en su carne, todo su cuerpo se estremeció. Un instante después Terrible pareció empezar a desvanecerse. Sus párpados aletearon, y su voz empezó a arrastrar las palabras como un disco puesto a una velocidad más baja de la que le corresponde. Los ojos luminosos tan parecidos a los de un bebé de perrito de las praderas se fueron cerrando poco a poco mientras Nada le contemplaba.

Nada sintió cómo la droga se iba extendiendo por su organismo. Los zarcillos se aventuraron por sus manos y sus piernas, y alteraron su carne volviéndola tan pura y límpida como el agua. No tenía ni la más mínima somnolencia. Su mente estaba perfectamente despejada y tan clara como un cristal de bordes afilados. Se sentía tan poderoso como un dios.

Terrible ya estaba totalmente fuera de combate. Se fue inclinando poco a poco hacia la cripta. Tenía los ojos cerrados, y su respiración se había vuelto áspera y entrecortada. La boca estaba ligeramente entreabierta, y Nada podía ver el brillo húmedo de la punta de su lengua.

Se acercó un poco más a Terrible, y acabó acercándose tanto que casi estaba encima del motorista. Rodeó los hombros de Terrible con su brazo. La piel que asomaba por encima de la sucia camiseta blanca de Terrible estaba helada y sudorosa, y tan granulada como si se estuviera helando de frío. Nada acarició la garganta de Terrible con la yema de un dedo, y acabó encontrando el punto detrás de la oreja en el que latía el pulso. Dejó su dedo allí durante unos momentos y acabó meneando la cabeza. ¿En qué estaba pensando? Si mordías a alguien allí podías matarle. Nada acabó cogiendo el flácido brazo de Terrible, y mordió la piel suave y blanda de la parte interior del codo en el mismo sitio en el que Terrible se había administrado el pico.

La vena ya estaba abierta, y la sangre empezó a fluir en abundancia. Terrible dejó escapar un débil gimoteo desde las profundidades de su estupor, el sonido que se hubiese podido esperar de un niño.

Nada chupó con más fuerza y empezó a temblar. Era la primera vez en que saboreaba de verdad la sangre de alguien. Hasta aquel momento sólo había podido probar una gota aquí y allá y siempre debido a accidentes, como cuando Laine se había cortado el dedo en el coche de Jack. Aquella noche parecía muy lejana en el tiempo. Ahora la sangre de Terrible llenaba su boca y se deslizaba bajando por su mentón mezclada con saliva, y el sabor a cobre dulce de la sangre se confundía con el sudor que cubría la piel del motorista, y Nada se pegó un poco más a él y lamió hasta eliminar las últimas gotas de sangre. No podía tomar demasiada, ya que no tenía ni idea de qué cantidad podía llegar a beber de la vena de una persona sin que ésta corriese peligro. Sentía un intenso deseo de comerse a Terrible engullendo su cuerpo de un solo bocado, y la sangre sazonada con heroína había tenido un sabor maravillosamente puro…, pero todo eso no venía al caso.

No había durado lo suficiente. Nada se apoyó en la cripta y contempló a Terrible. La cabellera de Terrible había caído sobre su rostro y el viento agitaba los mechones.

Quizá volviese a llover. Nada cogió la chaqueta de cuero y tapó cuidadosamente a Terrible con ella. Sabía que no podía quedarse allí y esperar hasta que el motorista recobrara el conocimiento. Terrible podía darse cuenta de que ahora tenía una herida que antes no existía, y en ese caso había muchas probabilidades de que le diera una buena paliza. Nada lanzó una última mirada al rostro de facciones flácidas y tranquilas, y deslizó la yema de un dedo sobre los labios cansados de Terrible. Después salió del cementerio y volvió a la autopista.

Quizá fuese el efecto de la heroína, pero no le parecía que hubiese nada de extraño en lo que acababa de hacer. Si pensaba en ello comprendía que había resultado muy erótico, sí; y que no había sido una forma demasiado correcta de comportarse…, pero no le parecía que tuviese nada de extraño. Había deseado la sangre, e incluso había sentido un apetito insaciable de ella; y además la sangre había hecho que Nada se sintiera mucho mejor. Le había calmado el estómago y se lo había dejado satisfactoriamente lleno, igual que le había ocurrido antes con el semen del albino.

Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer diez minutos después. Los coches seguían pasando implacablemente a su lado. La cabellera empapada de Nada no tardó en precipitarse sobre su cara. La lluvia empezó a caer con más fuerza, y el aguacero se fue intensificando. Nada ya casi estaba dispuesto a desandar lo andado y volver con Terrible, cuando la camioneta negra apareció de repente rodando a toda velocidad sobre la autopista con el rugir del trueno.

La camioneta estaba muy sucia y descuidada, y el color negro del metal empezaba a inclinarse hacia el gris. El cristal trasero estaba recubierto de pegatinas y calcomanías. Cuando la camioneta pasó junto a él, Nada tuvo un fugaz atisbo de varias leyendas medio ocultas por el barro y la suciedad: FOTUS/FETO/VATOS escrito en goteantes letras rojas; DIVIÉRTETE HASTA QUE VOMITES; BAUHAUS, con el esbozo de un rostro que servía como logotipo al grupo; y también creyó ver una pegatina en la que estaba escrito JESUCRISTO SALVA y otra en la que se leía si NO TE GUSTA COMO CONDUZCO LLAMA AL 1-800-COME-MIERDA.

Y de repente la camioneta puso la marcha atrás y se detuvo ante él. Tres cabezas giraron para contemplar a Nada, tres montones de pelos, tres rostros cuyas facciones estaban definidas por bloques de maquillaje oscuro. Sus manos arañaron las ventanillas y sus bocas se abrieron en una carcajada, y durante un momento Nada pensó que se alejarían a toda velocidad mientras él permanecía inmóvil siguiendo la camioneta con la mirada, un pie ya levantado del asfalto y la piel preparada para recibir el abrazo del calor. Pero la puerta derecha se abrió, y una de las siluetas se inclinó hacia él escupiendo un mechón de cabellos de la boca.

—Hola —dijo—. ¿Quieres que te llevemos?

La atmósfera del interior de la camioneta estaba tan caliente y húmeda como un beso, y el aroma dulzón del vino barato era tan potente que Nada casi creyó poder saborearlo en la boca.

—Me llamo Twig —dijo el conductor con voz suave y jovial, como si algo le divirtiera mucho, y la fugaz sonrisa de soslayo con que saludó a Nada era tan cortante como el filo de una navaja de afeitar—. Ese montón de basura de ahí es Molochai, y el guapísimo de atrás es Zillah.

La camioneta volvió a ponerse en marcha con una sacudida. Nada se acurrucó junto a la palanca del cambio de marchas y contempló a sus nuevos compañeros. Twig tenía un rostro vulpino con ojos como fragmentos de noche. Los rasgos de Molochai eran un poco más toscos, y su sonrisa más de bebé; pero parecía haber algún lazo invisible entre ellos. Reían al mismo tiempo, y cada uno era un espejo que reflejaba los movimientos del otro.

En aquellos momentos estaban absortos en lo que parecía una incomprensible discusión iniciada hacía mucho tiempo que giraba alrededor de una bebida que habían inventado. Nada estuvo escuchando durante unos instantes, y acabó deduciendo que la bebida consistía en vino de fresas y chocolate con leche. Twig conducía la camioneta con una mano y daba cachetes a Molochai con la otra. Molochai devolvió los golpes de Twig con sus puños mugrientos, y después le pasó una botella de vino. Twig chupó el gollete de la botella. El vino corrió por su mentón, y los dos se echaron a reír como locos cuando la camioneta dio un bandazo y cruzó la línea central.

Nada se arrastró hasta la trasera de la camioneta. El techo y las paredes estaban adornados con más pegatinas, calcomanías y pintadas hechas con rotuladores Magic Marker. Por encima de toda la decoración había una pauta de manchas oscuras más grandes que se extendían y proliferaban como si fuesen alguna variedad desconocida del cáncer.

El tercer ocupante de la camioneta —Zillah— estaba tumbado encima de un colchón en el que las manchas oscuras eran todavía más abundantes. Zillah tenía un rostro perfecto de andrógino y una cola de caballo recogida con un pañuelo de seda púrpura. Unos cuantos mechones de cabello escapaban de la cola de caballo enmarcando aquel rostro asombroso y los increíbles ojos verdes. De las mangas de la chaqueta negra, que le estaba demasiado grande, emergían dos manos fuertes y gráciles, con las uñas muy largas y cuidadosamente limadas hasta dejarlas lo más afiladas posible. Las uñas estaban pintadas de negro. Nada entrelazó los dedos intentando ocultar los restos descascarillados de su última sesión de manicura.

Por debajo de la piel de las manos de Zillah se extendía un delicado trazado de venas purpúreas. Nada volvió a pensar en la heroína que se había inyectado, la droga que seguía fluyendo de un lado a otro dentro de su organismo. Después apartó la mirada de aquellas manos robustas surcadas de venas, y fue levantando la cabeza hasta que sus ojos acabaron encontrándose con los de Zillah…, y Nada sintió como si

estuviera precipitándose hacia las profundidades de un mar verde.

—Hola —dijo Zillah.

Tenía la voz suave y un poco ronca, y la obvia diversión que sentía daba un matiz levemente cortante a su tono. Nada pensó que Zillah tenía que estar acostumbrado a que le miraran y a dejar sin aliento a los desconocidos.

—Hola —dijo Nada.

Su voz no parecía funcionar demasiado bien.

Zillah encendió una pipa diminuta que había sido meticulosamente tallada hasta darle la forma de una rosa de ébano, y se la pasó a Nada. La sustancia que contenía la cazoleta era de un color oscuro y parecía un poco pegajosa.

Cuando Nada dio una calada a la pipa, su boca quedó invadida por un extraño sabor dulzón. Era como si estuviera fumando incienso.

—¿Qué es? —jadeó intentando mantener el humo dentro de sus pulmones.

Zillah le obsequió con una sonrisa maligna capaz de paralizar el pulso.

—Opio.

Dos drogas nuevas en sólo dos horas… Nada pensó que si las cosas seguían así quizá acabaría aficionándose a hacer autoestop. Volvió a encender la pipa. La calada que dio a continuación hizo que se diera cuenta de que los ojos de Zillah seguían clavados en él, y sintió el llamear de aquella luz verdosa resiguiendo lentamente las líneas de su cuerpo; pero cuando alzó la mirada lo único que vio fue la boca de Zillah, sus labios entreabiertos y la punta rosada de una lengua que parecía atrapada entre dientes muy afilados…, y un instante después las manos de Zillah se estaban moviendo sobre su cuerpo y le atraían hacia aquella boca. Nada se preguntó si podría precipitarse en su interior y yacer sobre la lengua de Zillah hasta que acabara siendo engullido.

—Eres delicioso —le dijo Zillah después de que se hubieran besado.

—Tú también —respondió Nada, y se le encogió el corazón.

Nunca había tenido la sensación de estar tan lejos de casa, y nunca se había alegrado tanto de ello.

—Me has embrujado.

—Embrújame —logró decir Nada.

Y un instante después Zillah volvía a estar encima de él chupando su boca. Nada deslizó las manos por debajo de la holgada chaqueta negra y la suavidad de la camiseta. Cuando rozó los anillos que atravesaban los pezones de Zillah la sorpresa hizo que abriera los ojos. Aquellos tipos parecían ser un poco más salvajes que las amistades a las que estaba acostumbrado…, aunque de momento Nada aún no había encontrado ningún motivo de queja.

Los dientes de Zillah se posaron sobre su garganta y mordieron con la fuerza suficiente para hacerle daño. Después parecieron vacilar y dejaron libre su piel un segundo antes de que su presión pudiera hacer brotar la sangre. Nada ya había mantenido relaciones sexuales con personas prácticamente desconocidas antes —en

el círculo de amistades que había dejado atrás aquello estaba casi tan de moda como la bisexualidad—, pero nunca con alguien que fuese ni la mitad de hermoso que Zillah.

Hubo una ruidosa explosión de carcajadas procedente del asiento delantero. Zillah estaba murmurando algo al oído de Nada. Las palabras se confundían entre sí, pero la voz de Zillah fluía con la perezosa lentitud de la nata batida, y la droga que había impregnado la sangre de Nada hizo que se mantuviera inmóvil y pasivo. Su cuerpo parecía haberse vuelto muy pesado y estar muy caliente. Nada se echó hacia atrás sin saber si Zillah quería que lo hiciera, y sin importarle lo que pudiera desear en aquellos momentos.

Después sólo pudo recordar que había intentado levantar las manos. Quería apartar la cabeza de Zillah de su pecho porque Zillah le estaba mordiendo los pezones con demasiada fuerza, pero no consiguió levantar las manos. No podía hacer ni el más mínimo movimiento con ellas, así que se echó hacia atrás y concentró todas sus energías mentales en disfrutar del dolor. Descubrió que le resultaba muy fácil. Nada llevaba mucho tiempo disfrutando del dolor.

—Supongo que podríamos llevarte hasta Missing Mile —dijo Twig intentando centrar la mirada en el rostro de Nada—. Vamos a Nueva Orleans. Vamos a ver a un amigo nuestro que vive allí.

¡Nueva Orleans! También parecía una buena idea. Nada nunca había sido consciente de la inmensa cantidad de sitios a los que se podía ir. Podías pasar tu vida entera yendo de un lugar a otro, viéndolo todo sin llegar a hartarte nunca de verlo; y Zillah y los demás parecían dedicar su tiempo precisamente a eso. Los montones de ropa y botellas y el olor sofocante y vagamente carnal le hicieron pensar que debían vivir dentro de la camioneta, pero Nada tampoco encontró ningún motivo de queja en ello. El olor no le resultaba desagradable, y la idea de vivir en una especie de caravana ambulante resultaba tan atractiva como cualquiera de los sueños que Nada había tenido hasta el momento.

—¿Cómo se llama ese amigo vuestro de Nueva Orleans? —preguntó Nada.

Pero Twig no le respondió, y Molochai se limitó a farfullar «Chrissy» a través del bocado de pastel de chocolate con que se había llenado la boca, y luego hizo bajar la masa de dulzura pegajosa con un trago de vino de fresas. Nada se volvió hacia Zillah queriendo hacerle preguntas sobre Nueva Orleans; pero Zillah silenció su boca con la suya, y su lengua salió y entró de sus labios moviéndose tan velozmente como la de una serpiente.

Nada se aferró al borde de su cordura y disfrutó del balanceo y la sensación vertiginosa de colgar sobre el abismo. Estaba funcionando bajo la influencia de más drogas de las que nunca había tomado juntas con anterioridad. No es que estuviera exactamente borracho, y no es que estuviera exactamente flipado: Nada se limitaba a flotar. «Estás hecho un lío —hubiese dicho Jack en aquel otro mundo, en aquella otra vida—. Estás hecho un puto lío, así de sencillo…».

Zillah le había reclamado inmediatamente, lo cual le asustaba un poco y le excitaba muchísimo. Zillah era un amante más salvaje y mucho más concienzudo que cualquiera de los chicos carentes de experiencia con los que había estado en el pueblo. Tenía una franja púrpura, oro y verde en el pelo —le dijo que habían estado en el carnaval de Nueva Orleans hacía algún tiempo—, y empezó a acariciar la piel del estómago de Nada con ella y después la deslizó sobre los salientes formados por los huesos de sus caderas. Molochai y Twig contemplaron el espectáculo en silencio durante un rato, y después se echaron a reír y abrieron otra botella de vino.

Hacía una hora que Twig se había derrumbado encima del volante —debía de ser en algún momento después de la medianoche—, y Molochai tuvo que lanzarse sobre él para desviar la camioneta del protector de la autopista. Ahora estaban aparcados en un campo en algún lugar del sur de Virginia, o quizá ya estuvieran en Carolina del Norte.

Nada se irguió y limpió un trocito del cristal cubierto de vaho de la ventanilla con la manga de su impermeable. Miró hacia fuera y vio hileras y más hileras de raquíticas plantas de tabaco. El cristal de la ventanilla estaba muy frío. Nada pegó una mejilla al cristal y se dio cuenta de lo caliente que estaba su rostro y, en realidad, todo su cuerpo.

Un instante después su estómago sufrió una convulsión, y Nada manoteó torpemente intentando asir la manija de la puerta.

—Puedes vomitar en el suelo —dijo Molochai.

Pero Nada cayó fuera de la camioneta, rodó sobre las crujientes hojas secas de las plantas de tabaco muertas y vomitó copiosamente encima de la tierra recubierta de escarcha. Se atragantó, escupió y sintió cómo el vapor caliente de su vómito le rozaba el rostro. Captó la mezcla de sabores del pollo frito, el vino de fresas y la bilis. Después fue vagamente consciente de que Zillah estaba sosteniéndole, y de que las manos de Zillah alisaban su cabellera apartándola de su rostro ardiente.

Zillah se inclinó sobre los labios de Nada y los lamió hasta eliminar la telaraña de saliva pegajosa y amarga que los cubría. Después su lengua siguió moviéndose con delicada ternura hasta que le obligó a abrir los labios, y Zillah le besó apasionadamente.

—Te quiero —le dijo Nada antes de saber qué iba a decir.

Zillah se limitó a contemplarle en silencio con sus luminosos ojos verdes, y Nada creyó captar una chispita de diversión escondida en el fondo de sus pupilas.

Cuando volvió a la camioneta Nada esperaba oír aullidos burlones y despectivos. Estaba seguro de que para aquel grupo vomitar equivalía a confesar que eras un marica debilucho, pero Molochai y Twig no se rieron de él. Estaban acurrucados sobre el colchón, estrechamente abrazados el uno al otro como un par de niños. Nada encendió un Lucky, pero arrugó la nariz y arrojó el cigarrillo por la ventanilla después de haber dado dos caladas.

—¿Todavía te encuentras mal? —preguntó Molochai—. Apuesto a que podemos

hacer que te sientas mejor…

Se miraron los unos a los otros. Molochai hurgó debajo del colchón, y sacó una botella de vino medio llena de un líquido oscuro de un color entre rubí y amarronado que parecía más espeso que el vino. El cristal estaba lleno de manchas secas y huellas dactilares dejadas por yemas pringadas del líquido que contenía la botella.

—Bebe esto…, te curará.

—Suponiendo que no te mate —añadió Twig con otra de aquellas sonrisas suyas tan cortantes como el filo de una navaja de afeitar.

Nada cogió la botella, desenroscó el tapón, se llevó el gollete a la boca y bebió un sorbo. La botella contenía algún licor —vodka o ginebra, un líquido levemente aceitoso que te hacía sentir un fuerte escozor en la lengua—, pero el licor estaba mezclado con otro sabor oscuro y dulzón que sugería el todavía casi imperceptible comienzo de la putrefacción. Nada pensó que aquel sabor le resultaba bastante familiar. Bajó la botella, parpadeó, volvió a llevársela a los labios y tomó un buen trago. Molochai, Twig y Zillah no apartaban los ojos de él. Los tres permanecían muy inmóviles, y parecían estar conteniendo el aliento. Nada dejó de beber, se lamió los labios y sonrió.

—No creo que beber sangre sea algo tan raro —dijo.

Al principio sólo parecieron sorprendidos. Molochai y Twig quizá estaban un poquito decepcionados, y Nada creyó ver cómo un débil brillo de fieras salvajes se iba apagando poco a poco en sus ojos. Zillah se volvió hacia ellos, enarcó las cejas y alzó un hombro en un leve encogimiento. La atmósfera del interior de la camioneta se había espesado y parecía haberse cargado de tensión. Era como si algo invisible estuviera yendo de un miembro a otro del trío, algo que Nada no podía captar ni comprender. Después Zillah puso su mano sobre la de Nada, y tiró de ella alzándola hasta que la botella volvió a quedar pegada a sus labios.

La botella fue pasando de uno a otro, y todos bebieron hasta que el interior de sus bocas quedó manchado por aquel color rojo podrido. Nada ya no se sentía mal. Estaba tan alegre que empezaba a sentirse un poco mareado, y cuando Zillah volvió a abrazarle devolvió su beso con apasionamiento. Después deslizó dos dedos en los anillos que atravesaban los pezones de Zillah y tiró suavemente de ellos.

—Vuelve a hacerlo aproximadamente el triple de fuerte —suspiró Zillah.

Nada obedeció, y la excitación creció en su interior hasta que sintió que le daba vueltas la cabeza. No podría haber imaginado un amante mejor ni aunque le hubieran regalado los planos.

No sabía de dónde había salido la sangre, ni si meramente era un truco que usaban para asustar a los que no formaban parte del grupo o algo que había empezado siendo un capricho y había acabado convirtiéndose en un auténtico placer, y en aquellos momentos le daba igual cuál pudiera ser la respuesta a esas preguntas. En lo que a él respectaba, que alguien quisiese jugar a los vampiros ya decía mucho en su favor.

Todos acabaron quedándose dormidos en algún momento u otro antes del amanecer. Nada se durmió al lado de Zillah con su suave mejilla apoyada en el brazo de éste. Zillah le observó un rato en la oscuridad. Contempló la mancha oscura de las pestañas que reposaban sobre la palidez de la piel y aquellos labios tan dulces y suculentos entreabiertos en el sueño, y aspiró el perfume del aliento enriquecido por el vino y la sangre que brotaba de ellos. Apartó un sucio mechón de cabellos negros del rostro del chico con su índice. Tenía un rostro hermoso y lleno de pureza en el que la estructura ósea delicada pero fuerte apenas empezaba a emerger de la máscara de la infancia. Quizá fuese el autostopista más atractivo que habían recogido jamás. ¿Y qué había de tan extraño en él?

Había bebido de la botella de sangre sin atragantarse, y no había escupido ni sucumbido a las náuseas. De hecho, había ocurrido todo lo contrario: la sangre había parecido revivirle, y había dado una nueva frescura a su piel y un brillo más intenso a sus ojos.

La gran mayoría de autostopistas accedían encantados a tomar parte en las fiestas del trío, y siempre estaban dispuestos a compartir una pipa o una dosis de ácido o a rodar un rato encima del colchón. Después —y siempre después de esos placeres, pues hacían que su sangre adquiriese un sabor más dulce— llegaba el momento de sacar la botella de vino o de *whisky* o de lo que fuese la última botella vacía dentro de la que habían guardado su provisión de sangre más reciente. Era la parte de la diversión que más gustaba a Molochai y Twig. El autostopista, que ya estaba borracho o flipado o alucinando a causa del ácido, tomaba un ansioso trago de la botella. Después sus ojos giraban en las órbitas, y sus rasgos se contorsionaban en una mueca de horror y repugnancia mientras la sangre salía a chorros de su boca, y Molochai, Twig y Zillah entraban en acción. Uno rescataba la botella de vino, otro sujetaba las manos del aterrorizado autostopista y otro se encargaba de sujetar la garganta…, ah, sí, la maravillosa garganta desgarrada en la que palpitaba el pulso, o el estómago, o la ingle. Cualquier sitio servía, siempre que fuese un sitio que pudiera sangrar.

Pero con aquel chico no había ocurrido nada de todo eso. ¿Nada? Sí, Nada, así había dicho que se llamaba… ¿De dónde había sacado un nombre semejante, y dónde había podido llegar a adquirir aquella afición a la sangre? Zillah volvió a contemplar el rostro dormido y el flequillo de cabellos oscuros que caían sobre los ojos. Bueno, podía quedarse con ellos durante unos cuantos días. Había magia en su torrente sanguíneo, desde luego, pero quizá fuese la clase de magia que merecía ser preservada durante un tiempo. Zillah extendió la mano y acarició los labios de Nada con la punta de un dedo, y Nada sonrió en sueños.

El nacimiento de la mañana les sorprendió amontonados encima del colchón con los miembros enredados, el pelo esparcido sobre las caras, los corazones pegados a las columnas vertebrales y las manos aferrando otras manos. Cuando la primera luz del día rozó sus párpados, Zillah se removió y dejó escapar un gemido ahogado, el

último vestigio ancestral de un reflejo que ya apenas recordaba ni siquiera en sus pesadillas. Volvió a pegar la boca a la garganta de Nada, despertó a medias de su sopor y el recordar que había decidido conservar al chico intacto hizo que no le mordiera, pero tuvo que chupar como un bebé antes de poder volver a conciliar el sueño.

16

Steve se había despertado con una resaca horripilante. No era algo demasiado raro en él —normalmente podía disiparla a base de sueño o masticando excedrinas hasta que se sintiera un poco mejor—, pero la de hoy era un auténtico monstruo tenaz e imposible de ahuyentar, un bulldog de las resacas que concentraba kilos de presión en sus mandíbulas babeantes.

Y ahora Fantasma estaba intentando hablar con él. Dios, ¿cómo podía ser tan insensible? Steve le fulminó con la mirada desde el otro extremo de la mesa de la cocina.

—¿Que quieres ir dónde?

—Quiero ir a ver a la señora Catlin. Te acuerdas de ella, ¿no? La amiga de mi abuela… Ahora tiene su propio comercio. Está en la Cuarenta y dos yendo hacia Corinth…, justo al lado de la carretera al oeste.

—Al oeste… —repitió Steve como un loro.

Removió sus tortitas de manzana con la punta del tenedor, y tomó un sorbo de la cerveza que le había dado Fantasma. «Un poco de pelo del perro —se dijo—. Pelos del perro que me mordió[5]… ¿Quién ha dicho que el cerebro no tiene nervios?». Se apretó las sienes con las manos, torció el gesto y volvió a coger la cerveza. Era todo el ejercicio físico que planeaba hacer aquella mañana.

—¿Y para qué quieres ir allí?

—La señora Catlin prepara remedios de hierbas. Necesito un poco de bálsamo de angélica. —Fantasma se llevó el tenedor a la boca, engulló el trozo de tortita que había pinchado y se lamió los labios para limpiar la miel que se le había quedado pegada—. Me está saliendo una muela del juicio.

—Te llevaré hasta el 7-Eleven, y allí podrás comprar un frasco de tilenol.

Fantasma se apartó el pelo de la cara y le lanzó una mirada despectiva.

—Eso no sirve de nada. Ya sabes que no puedo tomar esos mejunjes…, me ponen enfermo. Venga, Steve, te convendría salir un rato de casa.

—Repíteme dónde queda ese sitio.

—Al oeste —dijo Fantasma armándose de paciencia—. Ya sabes… Igual que California, sólo que no tan lejos.

Steve alzó su dedo medio, pero el esfuerzo demostró ser excesivo para él y se conformó con tomar otro trago de cerveza.

—Se supone que he de ir a trabajar a las cuatro.

—Ya habremos vuelto para entonces. Venga, Steve… Pronto dejará de hacer calor.

Steve le lanzó una mirada impregnada de suspicacia.

—Bebiste tanto como yo. ¿Por qué no tienes resaca?

Fantasma sonrió.

—La señora Catlin me dio una poción. ¿Quieres un poco?

Uno de los cuatro caminos que salían de Missing Mile, la calle Firehouse, intersectaba la carretera 42 de Carolina del Norte a poca distancia del pueblo. Steve metió el T-bird en la carretera y sacó la cabeza por la ventanilla dejando que el viento se deslizara sobre su rostro. El aire olía a la prolongada y dulce muerte del verano y al abigarrado regreso del otoño: los dientes de león, el agua de los arroyos y el olor a humo de madera que brotaba de una de las primeras hogueras. Cada vez que respiraba, Steve se llenaba los pulmones con todos esos aromas.

Se sentía mejor. Se había sentido mejor desde que Fantasma le había hecho beber el líquido agridulce con un cierto sabor a anís contenido en una botellita azul. Steve había oído todos los argumentos en contra de la medicina basada en las hierbas —era peligrosa, no era precisa, el ejercicio de la medicina era algo muy delicado que debía quedar reservado a los científicos de verdad con títulos académicos—, pero crecer cerca de Fantasma y de la señora Deliverance le había permitido ver en acción a los remedios populares más de un centenar de veces. Steve sabía que esos preparados caseros podían llegar a ser mucho más potentes que cualquier medicamento disponible en la farmacia local.

Fantasma había sacado una vieja guitarra de cinco cuerdas del maletero del T-bird. Estaba medio derrumbado en el asiento trasero rasgueando cuerdas al azar, y creaba acordes que sonaban como cristales hechos añicos por un martillo oxidado, y cantaba con toda la fuerza de sus pulmones para hacerse oír por encima del viento y el zumbido de los neumáticos que rodaban sobre el asfalto.

—Vendido en el mercado de Nueva Orleaaaaaans…, apuesto a que tu mamá era una reina del vudú…, oooooh, ¿cómo es que sabes bailar tan bien?

La voz de Fantasma siempre le recordaba a Hank Williams antes de que las anfetaminas y el *whisky* acabaran con él, y cuando le oía cantar Steve tenía la impresión inexplicable de que su voz encerraba el palpitar de la sangre oscura y el rugido del Mississippi, pero nunca hablaba de eso.

—La letra no es así —se limitó a decir.

Los dedos de Fantasma se movieron con enérgico entusiasmo y la guitarra protestó, pero acabó sucumbiendo y entonó su cacofónica canción. La cuerda del sol se rompió con un ping muy débil, como un repicar a muertos casi inaudible. Steve sonrió, meneó la cabeza y aceleró un poco. El sol calentaba bastante y la cinta de asfalto subía y bajaba alejándose hasta perderse en la distancia, y ya estaban a punto de pasar de largo y dejar atrás su destino cuando Fantasma dejó de tocar de repente.

—¡Es ahí! —exclamó.

Steve redujo la velocidad y miró a su alrededor.

—¿Dónde?

Fantasma señaló una casita un poco apartada de la carretera. Estaba pintada de verde, y se alzaba en el centro de una gran extensión de césped en la que aún se veían las pinceladas amarillas y blancas de los últimos dientes de león de la temporada.

Steve creyó distinguir el cabrilleo de las aguas de un estanque detrás de la casa, y mientras miraba en esa dirección su sospecha quedó confirmada cuando un ganso blanco y muy gordo dobló una esquina de la casa y subió los peldaños del porche moviéndose como si estuviera en un desfile. Al final del camino que llevaba a la casa había un letrero cuidadosamente caligrafiado en el que se leía *COLMADO DEL CAMPO DE LA SEÑORA CATLIN. PEPINILLOS, PASTELES, CONSERVAS. CERRADO LOS DOMINGOS*.

—Imposible.

—No, te digo que es aquí. Métete por el camino.

Steve giró sobre sí mismo y miró a Fantasma.

—¿Estás intentando decirme que la propietaria de esto es una *bruja*?

Fantasma pareció ofendido.

—La señora Catlin no es una bruja. Era muy amiga de mi abuela. ¿Crees que mi abuela era una bruja?

Steve decidió que había llegado el momento de tener un poco de tacto y guardó silencio.

Fantasma frunció el ceño.

—Bueno, tanto da… La señora Catlin prepara unas medicinas estupendas, eso es todo.

Steve maniobró el T-bird hasta meterlo en un círculo de gravilla que había al final del camino intentando no aplastar ninguno de los crisantemos que cabeceaban al sol detrás de una valla minúscula pintada de blanco. Cuando salió del coche otro ganso le picoteó la puntera de la bota, y después subió con un ruidoso aleteo al capó para lanzarle una mirada de pocos amigos.

—Mírale fijamente —dijo Fantasma—. Si no apartas los ojos de ellos no intentarán atacarte.

Steve retrocedió un par de pasos.

—¿Muerden?

—Casi nunca…, lo habitual es que se conformen con sisear. El único momento en el que los gansos son realmente peligrosos es cuando da la casualidad de que estás al borde de un acantilado. Oí hablar de un tipo que estuvo a punto de morir así.

—¿Por culpa de unos *gansos*?

—Sí… Verás, el tipo tenía detrás toda una bandada de gansos que le perseguían, ¿entiendes? Los gansos siseaban, graznaban y no paraban de darle picotazos en los tobillos… Bueno, ese tipo no sabía que a los gansos siempre hay que mirarlos fijamente, y se dejó dominar por el pánico. Los gansos acabaron acorralándole en el borde de un acantilado de veinte metros de altura.

—¿Y como es que no murió?

—Porque ese tipo tenía alas —dijo Fantasma—. Se alejó volando.

Steve suspiró y puso cara de persona paciente acostumbrada a sufrir desde hacía mucho tiempo.

—¿Señora Catlin? —dijo Fantasma metiendo la cabeza por el hueco de la puerta de rejilla—. ¿Está en casa, señora Catlin?

—¡FANTASMA, MI NIÑO!

Una anciana minúscula salió a toda velocidad de la penumbra de la tienda y se lanzó a los brazos extendidos de Fantasma. Fantasma la levantó del suelo, y la estrechó entre sus brazos con tanto entusiasmo que el enorme sombrero de flores de la anciana cayó al suelo. Steve lo recogió, y lo sostuvo en una mano sintiéndose un poco incómodo hasta que los diminutos pies calzados con playeras de la señora Catlin volvieron a estar posados en el suelo.

La anciana se encasquetó el sombrero sobre su larga cabellera gris, alzó la mirada hacia Fantasma y sonrió.

—¿Cómo infiernos te las has arreglado para llegar a ser tan alto, niño? Cada vez que te veo me doy cuenta de que has crecido otro par de centímetros… —Se volvió hacia Steve—. Yo estaba allí cuando este chaval vio la primera luz. Mi hermana Lexy le trajo a este mundo. Me encargué de que su mamá se tomara una cucharadita de verruga de madre con vino, pero en realidad no la necesitaba. Fue el parto más fácil que he visto en toda mi vida. En cuanto le quité el velo de la placenta de la cabeza, se quedó muy quietecito y se dedicó a contemplarnos con esos ojos azul cielo que tiene… Recuerdo que en una ocasión tuve que darle una tisana de cortezas de granada para curarle las cagaleras. Comió demasiadas manzanas verdes de mi huerto, y después no podía pasar más de diez minutos lejos del orinal. Entonces sólo era así de alto…

La señora Catlin extendió la mano a medio metro del suelo.

La anciana no era mucho más alta, y el extremo de su sombrero adornado con flores apenas llegaba a la caja torácica de Steve. Steve creía haber oído aquella historia con anterioridad, pero sonrió a la señora Catlin. Fantasma estaba contemplando el techo, el papel de pared de rosas y parras, y los recipientes de cristal llenos de caramelos multicolores que se alineaban a lo largo de los estantes. Se dio cuenta de que Steve le estaba mirando, y movió un pie arrastrando la puntera de su playera sobre el suelo de madera.

La señora Catlin se liberó de los brazos de Fantasma.

—Bueno, ¿tú y ese amigo tuyo tan guapo habéis venido para alegrarle el día a una vieja, o es que necesitáis alguna medicina?

—Mi muela del juicio…

—Oh, Dios. Deja que les eche un vistazo. —Examinó el interior de la boca de Fantasma y rozó sus encías con la punta de un índice lleno de arrugas—. Eres muy afortunado… Tienes la boca grande. No hará falta que te las saquen. Voy a preparar el bálsamo ahora mismo. ¿Te apetece echar un vistazo en el cuarto de atrás como solías hacer antes?

Un resplandor de alegría y excitación casi enloquecidas iluminó los ojos de Fantasma.

—¡Mierda, pues claro que sí! Steve, espera a ver lo que hay ahí…

El rostro de manzana marchita de la señora Catlin se frunció en una mueca de asombro.

—¡Pero éste no puede ser *Steve*! ¿Ese chaval tan flacucho que iba contigo a todas partes? Vaya, señor Steve Finn, no cabe duda de que el crecer te ha puesto muy pero que muy guapo… —Los ojos de la anciana recorrieron a Steve desde la cabeza hasta los pies con tanto descaro que Steve sintió el deseo de desviar la mirada, pero pensó que hacerlo quizá fuese una grosería. La señora Catlin acabó soltando una risita de colegiala y movió una mano—. Vaya, escuchadme… Nunca conseguiré dejar de flirtear. Bueno, chicos, echad un buen vistazo por allí detrás. —Señaló el contenido de la habitación principal: cestas llenas de velas moldeadas a mano, colchas de retazos, cerámicas varias—. Todo esto es para los turistas. Allí atrás…, allí es donde guardo la auténtica mercancía. Fantasma te la enseñará. Sabe dónde está todo.

Después de las paredes pintadas de blanco y moteadas por el sol de la habitación principal, la parte trasera de la tienda parecía estar muy oscura, y la atmósfera resultaba cargada y un poco opresiva. Un débil aroma a sequedad antiséptica, polvo muy viejo y extraños espíritus oleosos flotaba en el aire. Olía a hierbas. Cuando los ojos de Steve se hubieron acostumbrado un poco a la penumbra, pudo ver que él y Fantasma estaban en una habitación que contenía miles de cajitas y botellas. Había estantes y más estantes, armaritos con puertas de cristal y cajones llenos hasta los topes.

—Todo eso son medicinas —dijo Fantasma en tono reverencial—. Viejas medicinas patentadas, ¿sabes? Y también las hay nuevas… Remedios de hierbas, el catálogo de cien boticas… La señora Catlin lo guarda todo aquí.

Se había quedado inmóvil en el centro de la habitación y se balanceaba lentamente de un lado a otro como si estuviera absorbiendo la esencia del lugar. Sus manos colgaban nacidamente a los lados.

Los ojos de Fantasma no tardaron en sufrir una curiosa transformación, y parecieron volverse transparentes. Steve pensó que si se acercaba lo suficiente podría ver a través de ellos hasta las circunvoluciones del cerebro de Fantasma y la cámara abovedada que había dentro de su cráneo. La primera vez que había visto a su amigo en ese estado, cuando eran un par de críos, Steve se había alarmado mucho. Pensó que estaba presenciando el comienzo de una crisis epiléptica o que Fantasma estaba a punto de morirse delante de él, pero ahora ya estaba acostumbrado. Su amigo Terry habría dicho que Fantasma se estaba limitando a sintonizar una emisora mental supermarchosa. Algunas personas eran capaces de hacer grandes esfuerzos de concentración momentáneos, pero lo de Fantasma entraba directamente en la categoría del trance. Steve contempló a su amigo durante unos momentos, y después se encogió de hombros y empezó a explorar la habitación.

Descubrió enormes botellas marrones cuyo oscuro contenido semilíquido se había convertido en polvo, botellitas de grueso cristal azul y verde, cajas de cartón a las que

los años habían ido ablandando las esquinas hasta dejarlas casi pulposas y cuyos colores parecían haberse ido precipitando sobre el polvoriento suelo de madera para confundirse con el gris general de las telarañas. Los rincones de los estantes albergaban un sinfín de curiosidades farmacéuticas: pesas y medidas de estaño, almireces y manos de mortero llenas de manchas oscuras, un globo de cristal lleno de píldoras de colores chillones que parecían caramelos, una balanza cuya leyenda —su peso y su fortuna— casi no podía distinguirse a causa de la gruesa capa de polvo que la cubría. Una hilera de enormes botellas ambarinas lucían etiquetas amarillentas. *ELIXIR MALTO-PEPSÍN, AQ. ROSAE Y GLIC, HEXATONE*, se leía escrito en una compleja caligrafía llena de curvas y florituras; y había un cajón lleno de remedios patentados cuyas etiquetas, que en tiempos habían sido amarillas, rojas y verdes, afirmaban ser capaces de llevar a cabo prodigiosas proezas curativas y detallaban largas y oscuras listas de ingredientes. Una caja azul manchada con lo que debían ser manchas de agua saturada de óxido contenía *SANGRE DE MANDRAGORA Y PÍLDORAS DE HÍGADO DEL DOCTOR DeBARR*, y una botella gigantesca de cristal blanquísimo guardaba el *LINIMENTO DE NOÉ, PARA TODA LA CREACIÓN YA SEA HOMBRE O BESTIA*.

—Ven a echar un vistazo a estas cosas —le dijo Steve a Fantasma—. Aquí dentro hay algo llamado uva ursi… ¿Qué demonios es el o la uva ursi?

Fantasma no respondió. Seguía en el centro de la habitación balanceándose lentamente de un lado a otro.

—Áloes —dijo en voz baja—. Raíz de pie de oso, corteza de olmo, genciana, raíz de jengibre jamaicano…

—Fíjate en esto —dijo Steve—. Supositorios de polvo de nuez moscada… Qué fuerte, ¿no?

—Ruibarbo de la India, *nux vómica*, peladuras de quasia, asafétida, menta…

Los ojos de Steve se posaron en una botellita marrón de un estante que casi rozaba el techo.

—¡Extracto de *cannabis*!

Alargó la mano hacia la botellita.

—No toques eso… Hoja de mulera, hoja de curahuesos, vainas de senna, anís, raíz de serpiente…, hígado verruguero… —Fantasma se estremeció y abrió los ojos —. Lo siento. Estaba olisqueando el aire.

—¡El bálsamo está preparado! —gritó la señora Catlin unos minutos después.

Fantasma aspiró una última bocanada del delicado aroma a decadencia de la habitación. Se disponían a salir cuando Steve se subió a la balanza *SU PESO Y SU FORTUNA* y metió la mano en el bolsillo buscando una moneda de un centavo.

—No funciona —dijo Fantasma—. Se averió hace mucho tiempo.

Pero Steve ya había metido la moneda. La balanza crujió, tintineó y chirrió. Una tarjetita amarillenta cayó por la ranura.

—Antes nunca había hecho eso —dijo Fantasma.

Steve le alargó la tarjetita. Fantasma la leyó dos veces en silencio, y después la leyó en voz alta.

—«El futuro encierra dolor para ti y tu persona amada».

Los ojos de Fantasma se habían oscurecido, y parecía un poco preocupado.

—Pues menuda profecía… —dijo Steve—. No tengo ninguna «persona amada».

Arrugó la tarjetita entre los dedos convirtiéndola en una bola.

Cuando salieron del cuarto de atrás la señora Catlin les observó con cierta suspicacia.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Tu balanza le ha dado una tarjeta de mala suerte a Steve —dijo Fantasma, y le contó lo que había impreso en la tarjeta.

La señora Catlin meneó la cabeza.

—Bueno, yo no haría mucho caso de eso… Ese trasto viejo suele conformarse con seguir averiado, pero de vez en cuando se pone un poquito temperamental. Si te van esas cosas, siempre puedes predecir montones de calamidades en cualquier vida, ¿sabes? —Miró fijamente a Steve, y sus ojos parecieron taladrarle—. Pero tú… Recuerdo lo que Deliverance dijo de ti. No tengo el don que tenía ella y que tiene Fantasma, pero yo también puedo verlo. Eres apasionado e impulsivo, y permites que tu mal genio te guíe. No escuchas a la bondad de tu corazón tanto como deberías hacerlo… Deliverance dijo que estaba segura de que algún día harías daño a alguien…, pero que a quien acabarías haciendo más daño sería a ti mismo.

El trayecto de vuelta transcurrió en un silencio casi absoluto. El día se había nublado, y la atmósfera se había vuelto húmeda y asfixiante. La resaca de Steve estaba empezando a reaparecer. Fantasma no tocó la guitarra que había dejado en el suelo del coche. De vez en cuando sacaba la cabeza por la ventanilla e inspeccionaba el cielo con las fosas nasales nerviosamente dilatadas intentando oler la lluvia. Fantasma sabía que el próximo aguacero traería consigo unos días de frío, y poco después de eso habría llegado el momento de prepararse para la llegada del invierno.

—¿Qué coño es eso? —exclamó Steve cuando ya habían recorrido la mitad de la distancia.

Fantasma volvió la cabeza. Ya habían dejado atrás el lugar, y estaban llegando al punto más alto de aquel tramo de pendiente cuando su mente comprendió lo que había visto: una silueta solitaria y angulosa encorvada detrás de un puesto de flores. ROSAS, había pintado en el letrero de madera. La silueta era alta y pálida, y sus prendas negras la envolvían de pies a cabeza. Capa negra, sombrero negro, enormes gafas negras…, incluso sus manos estaban enfundadas en un par de guantes negros.

—Qué tío más raro, ¿eh? —murmuró Steve, y subió el cristal de la ventanilla haciendo girar nerviosamente la palanca.

La atmósfera del interior del T-bird se fue espesando poco a poco hasta resultar

casi irrespirable. Fantasma no tenía ni idea del porqué la aparición de la silueta del puesto de flores había hecho que se le formara un nudo en el estómago, pero sabía que ese tipo de sensaciones casi nunca se presentaban sin que hubiera una buena razón para ello; y además el gusano de la preocupación por Ann seguía royendo sus entrañas, y hasta que averiguase la razón no podría hacer absolutamente nada al respecto. Fantasma apoyó la frente en el cristal y no volvió a pensar hasta que hubieron llegado a casa.

17

La mañana en una carretera soleada con la música puesta al máximo y el vino fluyendo en despreocupada abundancia, la mañana en aquel nuevo mundo sin largos días en la escuela y noches desperdiciadas fumando demasiados cigarrillos en Skittle’s; la mañana y alguien para despertar a su lado, tres «alguienes» con cuerpos cálidos dispuestos a recibirte, y con aquel interesante olor a carne que desprendían… Nada acababa de comprender que olían a sangre tanto vieja como fresca, y descubrió que se estaba acostumbrando a ese olor y que empezaba a gustarle, y además por fin estaba en el Sur, con sus catedrales verdes de kudzu y las vías de tren sobre las que podías pasar dando tumbos a ciento veinte kilómetros por hora.

A la hora del almuerzo Zillah repartió unos cuadraditos de papel, y dijo que eran recortes de secante con una sorpresa procedente de Nueva York llamada «Crucifijo». Molochai y Twig engulleron los suyos. Nada contempló su cuadradito de papel con expresión pensativa. Sólo había tomado ácido en dos ocasiones, dosis muy bajas de una variedad bastante floja llamada Yin/Yang que había comprado a Jack por tres dólares la dosis. Después se encogió de hombros. A partir de ahora el ritmo de sus días iba a ser muy distinto, así que quizá sería mejor que aprendiera a disfrutar de lo que le traían. Colocó el cuadradito de papel secante sobre su lengua y dejó que se fuera disolviendo.

Poco después hicieron una parada en una Casa de las Tortitas. Molochai quería pastel, y Twig pidió una hamburguesa lo más cruda posible, pero Zillah se limitó a pedir un vaso de agua y Nada no se atrevió a comer nada. Ya estaba empezando a sentir el cosquilleo del ácido en su interior.

Molochai y Twig extendieron los dedos sobre la grasienta superficie de la mesa y rieron a carcajadas celebrando algún oscuro chiste privado. Molochai empezó a desenvolver terrones de azúcar. Zillah guardaba silencio, pero Nada podía sentir su mirada, un cálido fluir verde que parecía impregnado por una exigencia indefinible. Nada jugueteó con la jarrita de la leche y fue arrancando tirillas de la esquina de una servilleta de papel. ¿Qué debía hacer? ¿Qué quería Zillah que hiciera?

Miró a Molochai y Twig con la esperanza de descubrir alguna pista, pero los dos estaban muy ocupados metiéndose el uno con el otro. Al parecer discutían quién ocupaba más sitio en el banco de plástico.

—Yo sólo tengo cinco centímetros…

—Ya sé que sólo tienes cinco centímetros, so estúpido. ¿Y ahora por qué me hablas de tu polla?

El estómago de Nada se tensó, y la cabeza empezó a darle vueltas. Aquella experiencia iba a conseguir que sus viajes anteriores parecieran juegos de niños, sueños de otros sueños. Millares de deditos minúsculos cobraron vida dentro de él y empezaron a deslizarse. Nada se pasó las manos por la cara. Su piel parecía estar entumecida y haberse tensado volviéndose vagamente gomosa. Se le estaba

obturando la garganta. Aspiró una honda bocanada de aire, hizo un gran esfuerzo y acabó consiguiendo tragar. La saliva se deslizó garganta abajo moviéndose con la lentitud pegajosa del almíbar, y se fue infiltrando por los pasadizos de su cuerpo. Nada empezó a pensar en un tema del que nunca se había preocupado antes. ¿Dónde iba a parar la saliva cuando tragaba? ¿Acababa acumulándose en su estómago, y quería decir eso que tenía el estómago lleno de saliva?

Quería dejar de pensar.

Alzó la mirada y contempló a Molochai y Twig, quienes parecían estar acicalándose. Twig sacó un lápiz de ojos, sujetó los párpados del ojo izquierdo de Molochai con dos dedos y trazó una línea temblorosa a lo largo del borde interior del párpado de abajo. Molochai permaneció totalmente inmóvil y le dejó hacer sin protestar. A pesar de sus continuas peleas y discusiones, cada uno parecía tener una confianza ciega en el otro.

Los ojos de Nada fueron bajando hasta posarse en la mesa. No se había dado cuenta, pero en un momento u otro Molochai y Twig habían sido servidos y habían devorado la comida. Los restos semidestrozados estaban esparcidos sobre la mesa. Nada contempló los trocitos de la hamburguesa de Twig, fragmentos de carne y cebolla pegados a un poco de pan con manchas rosadas; las ruinas del pastel de Molochai, diminutos riachuelos de fresa que se desangraban en las lagunas de nata batida, una visión tan horripilante como un animal atropellado en la cuneta. El vaso de Zillah se alzaba inmaculado en medio de aquella carnicería. El cristal estaba totalmente libre de huellas, y seguía lleno hasta la mitad con agua limpia y fresca.

Molochai metió los dedos en el pastel y se los lamió. Después miró a Nada y sonrió. Sus ojos parecían todo pupila, círculos inmensos ribeteados de negro que brillaban de una manera increíble. Una sustancia roja recubría los intersticios de los dientes de Molochai: restos de relleno del pastel. Verla hizo que Nada se acordara de la botella todavía medio llena escondida debajo del colchón en la trasera de la camioneta, y el sabor de lo que contenía volvió a inundar su boca. No sabía por qué, pero compartir su extraño cóctel de sangre había hecho que tuviera la sensación de estar más cerca de ellos que cualquier droga o exótico acto sexual, y había reforzado su nueva posición como un componente más del mundo de psicodelia nocturna en el que vivían Molochai, Twig y Zillah.

Pues la sangre era la vida…

Frunció el ceño. ¿De dónde había surgido aquel pensamiento, de qué rincón de su cerebro alterado por el ácido había podido nacer? Un roce suave como el de una pluma fue ascendiendo por su muslo. Zillah también le estaba sonriendo, y su sonrisa era como la de la Mona Lisa…, suponiendo que la Mona Lisa hubiera tenido los ojos verdes de un loco y que su mente estuviera revoloteando debido a los efectos del ácido «Crucifijo».

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó Zillah.

—Claro —dijo Nada, y se dio cuenta de que realmente se estaba divirtiendo

mucho.

Se asombró ante lo radicalmente que podía llegar a cambiar el mundo en un instante. Hacía tan sólo un momento estaba quedando atrapado en un montón de nudos mentales, y empezaba a tener miedo de sus nuevos amigos; esos amigos que eran más interesantes y atractivos que cualquier persona a la que hubiera conocido anteriormente, y cuya compañía resultaba más embriagadora porque eran como Nada. Le aceptaban. Eso era lo que había deseado durante todas aquellas noches a solas en su habitación mientras frotaba la ceniza del incienso entre sus dedos, vagaba por entre las estrellas del techo y se desangraba por la muñeca o por algún lugar invisible oculto en las profundidades de su ser. No había ninguna razón para tener miedo, ¿verdad?

Volvieron a la camioneta, pusieron nuevamente la música a todo volumen y se marcharon. Más avanzada la tarde tomaron otra ronda de Crucifijo, y Nada llegó a la parte más movida de su viaje en algún momento después de la medianoche. Estaba hecho un ovillo sobre el colchón con las manos sobre los ojos, y contemplaba las pautas resplandecientes de los inmensos tableros de ajedrez que giraban en la oscuridad detrás de sus párpados. Sus entrañas se removían, y Nada creyó poder sentir cómo se anudaban y retorcían sus intestinos. Su mente volaba, subía y se precipitaba hacia las profundidades. Quería levantar la cabeza y hablar con Zillah, pero en aquel momento un nuevo diseño subió girando de los abismos de la ceguera ofreciéndole su inmenso y complicado conjunto de negro, plata y carmesí, y Nada no tuvo más remedio que permanecer inmóvil y contemplarlo.

—Demasiado —dijo Molochai con voz alegre, como si también pudiera ver los dibujos de Nada.

Pero Molochai estaba totalmente flipado, claro. Él y Twig habían tomado dos dosis de Crucifijo cada uno, y estaban viajando a toda velocidad. Molochai podía haber estado refiriéndose a las estrellas de colores que brillaban en el cielo, o a la mariposa que acababa de esparcirse sobre el parabrisas convirtiéndose en una masa viscosa, o al sabor dulzón en su boca.

Twig soltó un bufido.

—No queda sitio para otro autostopista, y de todas maneras ya tenemos uno.

—Quiero a ése también —dijo Molochai poniendo cara de éxtasis—. Tenía la cabellera llena de flores.

—Aún no sabemos con exactitud qué transportamos a bordo, ¿verdad? —dijo Zillah con voz pensativa—. Quizá sea el momento ideal para averiguarlo. Si no… Bueno, entonces habrá más para nosotros.

Nada no sabía de qué estaban hablando, pero sintió que la camioneta se detenía con una sacudida. El cálido aliento de Zillah rozó su oreja.

—Despierta. Tenemos una sorpresa para ti. Acabamos de aceptar un pasajero.

Nada alzó la mirada. Molochai estaba abriendo la puerta de la camioneta. El autostopista subió y contempló las pegatinas de colores, las pintadas y las manchas

oscuras que se extendían sobre las paredes y el colchón con una expresión tan asustada y anhelante como la que debía haber estado en el rostro de Nada ayer. Era un chico de unos trece o catorce años, un muchacho demasiado delgado y pálido para su edad, un niño descolorido cuya cabellera de un rubio blanquecino colgaba sobre sus ojos y escapaba en mechones tan delicados que parecían casi plumosos del pañuelo azul con el que había intentado recogerla. Nada no apartaba los ojos de él, y vio cómo el chico alzaba una de sus delicadas manos y daba una larga calada a su cigarrillo, un cigarrillo de hierbas aromáticas. Su boca sabría a ceniza y a especias, y seguramente a sus lágrimas, tal como solía ocurrirle. Si era él…, si por imposible y mágico que pareciese era realmente él…

—¿Laine? —murmuró Nada.

—Oh, Dios —jadeó el chico.

Un instante después se estaban abrazando el uno al otro. Nada apartó el cabello de Laine de sus ojos, y olvidó lo irritante que le resultaba Laine, que se había elevado a sí mismo hasta dejar atrás la futilidad de las existencias de sus amigos y el desprecio que su complaciente desesperación había llegado a inspirarle. Hasta aquel momento Nada no había creído sentir nostalgia, pero ver a Laine era casi como volver a estar en su habitación. El sabor húmedo y salado de la boca de Laine hizo que se acordara de las estrellas de su techo. Lágrimas…, la boca de Laine siempre sabía a lágrimas.

—Te he encontrado —dijo—. No puedo creer que te haya encontrado… Sabía que lo conseguiría.

—¿Qué ha sido de ti?

—Me marché al día siguiente de que te fueras. Cuando te dejamos en la estación de autobuses, comprendí que eras lo único de mi vida que valía algo y que era real. Eras el único de toda la pandilla que me importaba de verdad… Tenía que salir de allí igual que habías hecho tú. No sabía si llegaría a encontrarte algún día, pero tenía que intentarlo.

Laine volvió a besarle, y rozó tímidamente los labios de Nada con la punta humedecida de su lengua.

Nada alzó la mirada. Los otros tres le estaban observando ávidamente. Twig le contemplaba con un leve interés de depredador relajado. Molochai tenía la boca abierta. La saliva hacía brillar sus dientes, y tenía las mejillas ruborizadas; lo que casi le daba un aspecto de buena salud. Pero Zillah… Nada intentó apartarse de Laine. Zillah estaba sentado con la espalda muy recta, las manos de uñas negras tensas sobre las rodillas, y sus ojos volvían a arder con aquel gélido fuego verdoso.

—Es amigo mío —logró decir Nada—. De casa…

—Qué bonito —dijo Zillah.

Su voz era como un bombón de cremoso chocolate blanco relleno de un corrosivo veneno verde. El fuego que ardía en sus ojos crujía y chisporroteaba. Parecía como si estuviera a punto de salir disparado y trazar un sendero llameante por el aire hasta llegar a Nada y chamuscarle los ojos con su feroz luminiscencia.

—Es un tío legal —dijo Nada sin mucha convicción—. Quizá podría venir con nosotros…

Zillah no haría que Twig detuviese la camioneta para echar a Laine a la fría noche de septiembre sólo porque Nada le conocía de antes, ¿no? Pero había una posibilidad todavía más horrible… ¿Y si Zillah decidía echarles a los dos? ¿Y si dejaban abandonado a Nada en un trozo del vacío mojado por la lluvia a las dos de la madrugada, con el cerebro goteando ácido y la fría manecita de Laine como único asidero?

No podría volver a mirarle a la cara. No, si Laine se convertía en la causa de que Nada perdiera a su nueva familia —si era expulsado de aquel país de los sueños saturado de vino, canciones y drogas en donde las pintadas se retorcían sobre el techo y las estrellas desfilaban junto a ellos moviéndose a velocidades inmensas durante toda la noche, si era expulsado del refugio de los brazos de Zillah y perdía la hechicería mitad maravillosa y mitad terrible de sus labios, si era echado a patadas del único sitio en el que había llegado a sentirse verdaderamente aceptado—, si todo eso ocurría por culpa de Laine, entonces Nada nunca podría soportar ni la mera idea de volver a contemplar la boca tristona y enfurruñada de Laine o sus ojos sombreados por la vaporosa cabellera de un rubio blanquecino.

Nada sólo necesitó un instante para tomar la decisión que daría forma al resto de su vida. Se liberó del abrazo de Laine y le apartó, y mientras lo hacía se odió a sí mismo, pero sintió que algo oscuro e insondable empezaba a desplegarse en su interior.

—¿Nada? ¿Qué está pasando?

La mirada de Laine recorrió el círculo de ojos. Los ojos de Molochai y Twig, hambrientos y todavía medio absortos en el viaje; los ojos de Zillah, que seguían escupiendo su fuego verde… Intentó arrastrarse sobre el colchón para volver hacia Nada, pero Zillah deslizó un dedo bajo la tira de abalorios que colgaba del cuello de Laine y tiró con fuerza obligándole a retroceder. Laine emitió un sonido ahogado cuando la tira de abalorios se tensó alrededor de su cuello. Después la hebra se rompió, y hubo trocitos de plástico multicolor esparcidos por todas partes, tintineando bajo el colchón, aterrizando sobre los pliegues del impermeable de Nada, capturando la luz de la luna y todos los destellos de colores que brotaban del salpicadero. Molochai se lanzó sobre ellos con tanta avidez como si fuesen caramelos, y se metió uno en la boca.

Y un instante después Molochai y Twig estaban uno a cada lado de Laine. flanqueándole, empujándole hacia abajo como si quisieran hundir su cuerpo en el colchón lleno de manchas. Sus manos rodearon los brazos de Laine justo por encima del codo, y sus dedos afilados se clavaron en la carne suave de esa zona.

Los ojos de Laine, aterrorizados pero aún llenos de confianza, se encontraron con los de Nada.

—Haz que paren —suplicó—. No dejes que me hagan daño…

Zillah agarró los pies de Laine deteniendo sus frenéticos pataleos, y los hizo bajar hacia el colchón con una sola mano. La presa de Zillah parecía abarcar los dos tobillos de Laine, y las venas de un púrpura oscuro sobresalían en el dorso de su mano. Laine llevaba playeras rosa con cordones del tipo que habían sido muy populares entre las chicas que seguían la moda hacía un par de años, blancos con figuritas multicolores. Los de Laine no parecían estar adornados, pero cuando concentró su atención en ellos Nada logró distinguir unas letras minúsculas. CHORRADASCHORRADASCHORRADAS, decían los cordones de Laine.

Laine empezó a debatirse sobre el colchón. Sus ojos no se habían apartado ni un momento de los de Nada, pero ahora le estaban contemplando con una expresión acusadora, y Nada sintió una débil punzada de ira. «No te pedí que me siguieras —pensó—. No les he dicho que te hagan daño», y en realidad Nada no creía que fueran a hacerle daño…, al menos todavía no. Pero ¿por qué Zillah tenía esa expresión tan expectante y, al mismo tiempo, tan despectiva? ¿Y por qué había saliva goteando de las comisuras de los labios de Molochai?

—Parece muy dulce —dijo Molochai—. Lo compartirás, ¿verdad?

—Si quieres puedes utilizar esto —dijo Zillah, y le alargó una navaja de afeitar de cachas de madreperla, un objeto de aspecto letal que había sacado de su bolsillo o de algún pliegue del colchón—. Pero la verdad es que deberías hacerlo con los dientes, ¿sabes? Es la mejor forma, la más… íntima.

Laine emitió un sonido casi imperceptible que brotó de lo más profundo de su garganta, un cruce entre risita y gemido.

«Habla de hacer eso como si fuese una droga —pensó Nada—. Como si tuviera un poco de maría y estuviera hablando de si es mejor fumársela en pipa o desmenuzarla y preparar un porro…»; y de repente comprendió de qué estaba hablando Zillah en realidad, y la comprensión inundó su cerebro con una claridad tan terrible que le hizo sentir náuseas. Todo encajó en su sitio sin dejar bordes desnudos ni cabos sueltos, todo se unió entre sí como las hebras de un complejo tapiz escarlata. El tiempo que había pasado con los tres, la eternidad que había abarcado un día y medio en la carretera, sus dientes afilados, las marcas de mordiscos que Zillah había dejado esparcidas sobre todo su cuerpo, la sangre en la botella de vino que Nada había creído no era más que un mero capricho sofisticado tan delicioso como exótico…

No era ningún capricho, y no tenía nada que ver con la sofisticación. Era su vida.

«Pues la sangre era la vida…».

Eran vampiros. El cínico pensamiento de que quizá sólo fueran una pandilla de psicópatas bebedores de sangre no llegó a surgir ni por un instante en la mente de Nada. Siempre había creído de una manera implícita en las cosas sobrenaturales, en aquellas cosas que se encontraban más allá de los límites del mundo en el que despertaba cada día. Creía en ellas porque tenían que estar allí, pues de lo contrario no habría ninguna esperanza para él porque Nada siempre había sabido que no podía

vivir toda su existencia en el mundo real. Había tenido fe en que algún día daría con ellos…, o en que ellos darían con él. Y ahora había ocurrido, y ellos habían parecido reconocerle desde el principio, ¿y acaso no podía considerarse que eso bastaba y sobraba como señal?

Laine gritó, pero el grito no fue un sonido de dolor y muerte. Twig le había rodeado el mentón con la mano obligándole a echar la cabeza hacia atrás, y la navaja de Zillah se había movido con un veloz destello para hacer un leve corte en el cuello puesto al descubierto. Zillah mojó su dedo en la sangre y lo deslizó sobre los labios de Nada pintándole la boca, cubriéndola con una delgada y resbaladiza capa de sangre de Laine.

Nada ya tenía la cabeza un poco más despejada, pero el sabor de la sangre hizo que su cerebro volviera a hundirse en la locura del ácido. Laine estaba sollozando, sonidos prolongados y totalmente carentes de esperanza que parecían ser arrancados directamente de sus entrañas. Molochai y Twig se irguieron, y sus ojos fueron velozmente del dedo ensangrentado de Zillah hasta la boca ensangrentada de Nada y acabaron posándose en la garganta ensangrentada de Laine. Los rayos de la luna hacían que la sangre brillara con reflejos negros.

Las lágrimas se deslizaban por el rostro de Laine, gotitas de plata en la noche, y le humedecieron el cabello en las sienes. Nada sabía qué sabor tendrían, y sabía que le dejarían el mismo regusto levemente salado que la boca de Laine; pero un instante después se encontró preguntándose qué sabor tendrían si estuvieran mezcladas con la sangre de Laine. Se vio a sí mismo lamiendo las mejillas de Laine para engullir una lámina de humedad, una lámina de sangre surcada por lágrimas cristalinas.

Y ése fue el momento en el que comprendió que era capaz de hacerlo. Podía desgarrar la carne de Laine hasta dejar el pulso al descubierto y beber de él, y podía hacerlo no porque Zillah quisiese que lo hiciera —ni siquiera se trataba de eso—, sino meramente porque Nada quería hacerlo. Oculto en algún lugar de su mente estaba el conocimiento de que probablemente le matarían junto con Laine si se negaba a hacerlo, pero ahora eso apenas tenía importancia. La sangre fresca había despertado su apetito.

—Te ayudaré —dijo Nada mirando a Laine—. No tengas miedo.

Se acostó al lado de Laine, y se fue deslizando lentamente hasta quedar encima de él. Sus brazos se extendieron para abarcar toda la longitud de los brazos de Laine hasta sus muñecas mientras Molochai y Twig seguían ocupándose de mantenerle inmovilizado. Sus caderas se encontraron con las caderas de Laine, y sus piernas se enredaron con las piernas de Laine. El cuerpo de Laine temblaba con violentos estremecimientos. La vibración recorrió a Nada desde la cabeza hasta los pies, y pareció electrizarle. Era vagamente consciente de que había música sonando cerca. Alguien había puesto una cinta. *Ziggy Stardust*, David Bowie.

Besó profundamente a Laine en la boca. Sus labios fueron bajando hacia la garganta de Laine, hacia su pulso. Pensó en el motorista, en Terrible. Pensó en todas

las veces en que había rajado su propia muñeca y había chupado la sangre que brotaba de ella, y en lo insatisfactorio que le había resultado siempre.

—Por favor… —sollozó Laine.

Una parte minúscula e insignificante de Nada que no había sido afectada por el ácido o la noche se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer. En una ocasión Laine había sostenido la cabeza de Nada sobre una taza de retrete en una fiesta, después de que Nada se hubiera tomado demasiados destornilladores. Laine le había susurrado sonidos incoherentes para consolarle y calmarle, y había limpiado el sudor del mareo y el vómito de su rostro con besos. En otra vida Laine había sido su amigo.

Nada se retorció para mirar a Zillah, y los labios de Zillah se curvaron en una oscura sonrisa.

—Ven y sé uno de nosotros —dijo.

Nada comprendió que se le estaba exigiendo que escogiera. Ven y sé uno de nosotros… o sufre las consecuencias de tu negativa. Muere, o quédate solo, y entonces nunca volverás a beber de la botella de la vida. «Pues la sangre era la vida…».

Y Nada abrió la boca todo lo que podía abrirla, y hundió los dientes en la suave carne de la garganta de Laine, y mordió y desgarró. Zillah había marcado el punto justo encima del pulso, y no había cartílagos ni huesos que se interpusieran en el camino de su mordedura; pero la piel resultaba muy difícil de desgarrar, y sus dientes no parecían capaces de abrirse paso a través de ella. Nada había pensado que se hundirían sin dificultad, deslizándose tan deprisa como agujas, como colmillos; pero era como si intentase abrirse paso a mordiscos a través de la dureza de un bistec crudo. Hundió los dientes en la piel y tiró de ella, y sintió que empezaba a desprenderse en una masa húmeda que se iba separando poco a poco de la gran vena apartándose con tanta lentitud como una peladura, y un instante después sintió la vena misma rozando sus labios. «Qué estoy haciendo —gritó la última parte cuerda de su mente—, oh, Dios, qué estoy haciendo, QUÉ ESTOY HACIENDO…», y siguió gritando y gritando mientras los dientes de Nada desgarraban la yugular de Laine.

El torrente de sangre cayó sobre el rostro de Nada y burbujeó en su boca. La experiencia era tan diferente de sus pequeñas aventuras anteriores como tomar *whisky* después de toda una vida bebiendo agua. Lo que estaba paladeando ahora era el sabor de la vida, su mismísima esencia…, no, más que eso, pues Nada estaba bebiendo una vida, engulléndola entera desde el principio hasta el final. Las convulsiones agónicas del esbelto cuerpo que se agitaba debajo de él y la guitarra obsesiva y melancólica de las arañas de Marte[6] se apoderaron de su mente, y Nada sintió que se iba elevando poco a poco como si flotara sobre una marea irresistible.

El sabor de la sangre significaba el final de la soledad.

Los movimientos de Laine se fueron debilitando, y los otros cayeron sobre él. Molochai y Twig se inclinaron sobre la curva interior de los codos de Laine. Sus

bocas empezaron a moverse rítmicamente, y después se oyó un sonido de aspiración húmeda que parecía no terminar nunca, como el que producen las últimas gotas de un batido cuando son absorbidas a través de una pajita. Zillah tiró de los pantalones de Laine hasta bajarlos y enterró su rostro en la ingle. Se alimentó con delicados lametones en vez de chupando ruidosamente, pero cuando alzó la cabeza y miró a Nada su sonrisa había enrojecido, y una hilacha de carne pulposa colgaba de una de las comisuras de sus labios.

Laine no tardó en dejar de luchar, pero aún seguía vivo. Su garganta abierta dejaba escapar un sonido interminable y continuado, un gemido estridente que se encontraba más allá del dolor o de la esperanza. Había huido de casa porque Nada había huido de casa; y había seguido a Nada porque confiaba en él; pero a esas alturas Laine ya tendría que haber descubierto la triste verdad de que cuando tienes demasiada fe en alguien, esa fe acabará haciéndote daño. Tener demasiada fe en alguien o en algo, sea quien sea y sea lo que sea, acabará dejándote seco hasta la médula, y en ese aspecto se puede decir que el mundo es un vampiro.

Nada sostuvo a Laine junto a su pecho y bebió su vida, y se dejó absorber por el pulso que cada vez latía más despacio y por el sabor a sangre y sal. Nunca llegó a darse cuenta de que casi todas las lágrimas que estaba saboreando eran suyas.

18

Unos aguaceros muy intensos llegaron a Missing Mile durante la noche y enfriaron el clima dejando el cielo nublado y de un color gris plomo. Los últimos brotes de vara de oro se marchitaron y murieron bajo una capa de escarcha, y los habitantes del pueblo cogieron las palas para quitar la ceniza del año pasado de sus chimeneas. A partir de entonces seguiría haciendo frío.

En algún momento de aquella tarde grisácea y nublada, Fantasma dejó sobre la mesa el mapa que estaba dibujando con rotuladores.

—Voy a ir al pueblo —dijo. Tenía sueño, y estaba harto del silencio—. Quiero un poco de vino.

Steve alzó la mirada de su libro.

—Mierda, Fantasma, pero si hace un frío que pela… He de ir a trabajar dentro de media hora. Te llevaré.

—No necesito que me lleven al pueblo. Me he puesto ropa de abrigo. —Fantasma tiró de las varias capas de prendas viejas que cubrían su cuerpo—. Me gusta sentir el viento en los ojos.

—Como quieras. —Steve se levantó del sofá en el que había estado medio hundido, fue hacia Fantasma y tiró del sombrero de paja calándolo con un poco más de firmeza sobre su cráneo—. Si se te forman carámbanos en las pelotas, telefonéame e iré a recogerte.

Mientras Fantasma iba en bicicleta el viento se deslizaba sobre su cara congelando las lágrimas del invierno en sus pestañas, y silbaba a través de los radios de las ruedas de su bicicleta como si entonara una canción melancólica. Sus cabellos flotaban alrededor de su rostro pálido y helado.

La iluminación del colmado resultaba casi insoportablemente intensa después de haber estado viajando bajo la penumbra del día nublado. Fantasma vagabundeó por entre los estantes examinando las golosinas y las revistas, y acabó escogiendo una botella de tinto californiano. La compra consumió casi todo el cambio que llevaba en el bolsillo —Fantasma odiaba llevar dinero encima, y de hecho odiaba comprar cosas fueran las que fuesen—, pero el vino tenía un montón de grados y parecía capaz de poner en órbita con sólo un par de tragos. Era un vino para vagabundos y alcohólicos, y Fantasma siempre lo tomaba de esa clase a pesar de que Steve se ponía hecho una furia cada vez que veía una de aquellas botellas.

Metió la botella en su alforja, y caminó lentamente al lado de su bicicleta por la calle Firehouse contemplando los escaparates polvorientos de las tiendas y pasando por encima de las grietas de la acera sin pisarlas. Se detuvo delante de la ferretería para hablar con los viejos que se congregaban allí y jugaban a las damas con tapones de botellas de zumo de naranja y de uva Nehi y un maltrecho tablero. Los viejos estaban tan resecos y duros como nueces, y se negaban a trasladar el juego al interior de la ferretería a menos que estuviera nevando. Aquel día el equipo de la uva estaba

ganando.

Fantasma saludó a los viejos por su nombre.

—Hola, señor Galvin, señor Berry, señor Joe…

—Hola, Fantasma. ¿Cómo estás?

—Presiento que vienen malos tiempos —dijo Fantasma.

Esperaba que uno de ellos sabría algo sobre lo que temía iba a ocurrir, pero los viejos se limitaron a reírse.

—¿Qué ocurre, Fantasma? ¿Es que tú y tu amigo el melenudo habéis estado fumando droga en tu casa?

—No… Fantasma es nieto de la señora Deliverance, y si dice que vienen malos tiempos, entonces es que vienen malos tiempos. Bueno, a lo mejor ya estamos muertos cuando lleguen aquí…

El más viejo y arrugado del grupo escupió un chorro de saliva marrón sobre la cuneta.

—Caga fuego y ahorrarás en cerillas.

Fantasma inició el largo trayecto de vuelta a casa. Estaba anocheciendo, y las calles de Missing Mile se encontraban desiertas. Las colinas ya habían quedado salpicadas por los cuadrados de luz amarilla de las casas lejanas. A esas alturas Steve ya habría ido a trabajar, pero Fantasma albergaba la esperanza de que hubiera dejado una luz encendida. Dejó atrás el cartel indicador de los límites del pueblo. Los campos que se extendían a cada lado de la carretera estaban desnudos y resecos, y ya habían sido despojados de las cosechas. Una ventana brillaba en la oscuridad al otro lado de los surcos.

Pensó en los gemelos que había visto en lo alto de la colina, los gemelos que tendrían que haber estado encogiéndose dentro de sus tumbas, pero que estaban llenos de vida y exuberancia. Fantasma esperaba que los malos tiempos que se acercaban no tuvieran nada que ver con ellos. Estaba casi totalmente seguro de que los gemelos sólo eran sombras, cosas que sólo él podía ver y que quizá incluso habían vuelto a la vida únicamente gracias a que Fantasma había soñado con ellos; pero sin que supiera por qué su encuentro con ellos le había dejado aterrorizado, y además los gemelos parecían saberlo todo sobre aquel chico muerto al lado de la carretera, e incluso habían sugerido —a la astuta y escurridiza manera típica de los espíritus— que habían matado al chico.

Una silueta muy alta y encorvada estaba sentada detrás de un letrero en el que había pintado ROSAS en la encrucijada donde Burnt Church Road se encontraba con la carretera. Era el vendedor de flores…, el mismo al que había visto cuando volvieron de casa de la señora Catlin. Fantasma estaba seguro de ello. Unos cuantos ramos enormes de rosas que parecían hechas de espuma roja temblaban agitados por el viento, y alrededor del puesto había amontonadas unas cuantas calabazas raquíticas y algunos odres.

Fantasma intentó pasar de largo sin dar la impresión de que se había fijado en el

vendedor de flores, pero cuando estuvo un poco más cerca la silueta se puso en pie y extendió los brazos…, los extendió más y más y más, separándolos hasta que sus manos abarcaron una distancia imposible. Las mangas de su larga capa negra se hincharon y aletearon al viento. Fantasma aminoró la velocidad. Todo su ser gritaba peligro, pero siempre se había negado a dar la espalda a las cosas que le asustaban y nunca había huido de ellas. Hablaría con aquella persona, e intentaría averiguar de dónde salían la preocupación y las sensaciones tan extrañas que estaba experimentando últimamente.

—¿Rosas? —preguntó el vendedor de flores—. ¿O una calabaza para hacer una linterna que ilumine su camino?

Fantasma tiró de su flequillo esparciéndolo sobre su cara. Había visto a personas que tenían un aspecto un poco parecido, gente cuya pálida delgadez y holgadas ropas negras resultaban vagamente similares. Esas personas habían visitado de vez en cuando a su abuela para traerle polvos y aceites misteriosos en botellas de cristal oscuro o para comprarle hierbas. Fantasma siempre había tenido miedo de ellas. A veces veía los cráneos debajo de sus caras, y podía distinguir las órbitas abiertas en la palidez de la calavera o los huesos de sus manos tan bien definidos y tan visibles como si estuviera contemplando una radiografía; y a veces había tenido la sensación de que sus pensamientos se centraban en él durante un momento examinándole con un parpadeo de gélido interés, como una llama en un túnel oscuro y lleno de viento. Pero ninguna de aquellas personas había llevado gafas de sol y guantes en el cálido clima de septiembre; y ninguna había vendido rosas y calabazas en un puesto al lado de la carretera, y ninguna tenía los ojos tan helados… o tan llenos de una tristeza solitaria y desolada.

—No tengo dinero, o si no le compraría una calabaza —dijo—. Pero tendría que ir recogiendo el puesto… Hace demasiado frío para estar aquí, y pronto será noche cerrada.

Mientras hablaba el viento nocturno pareció surgir de la nada y empezó a cobrar fuerza, y las ráfagas de aire trajeron consigo el aroma rojo dorado del otoño procedente de los campos.

—¿Compasión? Puedes llevarte una rosa por haberme compadecido, y ya estaba recogiéndolo todo.

La silueta dio un paso hacia él y colocó un capullo de rosa muy rojo en la solapa de la chaqueta del ejército que llevaba Fantasma. Una de aquellas manos de dedos largos y delgados rozó el triángulo desnudo de piel en la base de su garganta, y Fantasma se estremeció. A pesar de los guantes, los dedos del vendedor de flores estaban tan fríos como el hueso o como la soledad. Fantasma alzó la mirada hacia el rostro del vendedor de flores, contempló los ojos helados que brillaban en las profundidades de las cuencas llenas de sombras y se apresuró a bajar la vista hacia sus playeras blancas llenas de mugre y agujeros.

Pero ya era demasiado tarde, pues acababa de captar un chorro de imágenes, y

había percibido no palabras sino sentimientos. Lo primero que había inundado su mente era la impresión de edad y de una sabiduría oscura que se hallaba más allá de su capacidad de comprensión o medida; y lo segundo había sido una soledad tan terrible como resignada, un anhelo por alguien que quizá no apareciese nunca. La mente del vendedor de flores era como un vacío consciente, algo más frío que la noche, un vacío tan terrible que nunca podría llegar a inspirar pena.

—Cuando sus amigos lleguen aquí no tendrá frío —murmuró Fantasma sin pensar en lo que decía.

El rostro de piel muy pálida se alzó velozmente hacia él.

—¿Qué amigos? ¿Tienes noticias de Zillah?

Fantasma retrocedió tambaleándose.

—No, quiero decir que… Bueno, sólo sé que pronto vendrá alguien… Quiero decir que alguien tiene que venir a recogerle, o supongo que vive cerca de aquí y…

Fantasma cerró la boca antes de que las palabras pudieran volverse todavía más confusas e incoherentes. Casi nunca tenía que pedir excusas por saber algo. «No todo el mundo quiere que vean lo que hay dentro de su corazón —le había dicho en una ocasión su abuela cuando Fantasma era muy joven—. Si tienes que hacerlo, mira…, pero aprende a mantener cerrada la boca después». Su abuela llevaba seis años muerta, y desde entonces Fantasma sólo hablaba de aquellas cosas con Steve, y a veces ni siquiera con él; pero había momentos en los que las cosas se limitaban a materializarse dentro de su cabeza y Fantasma las decía en voz alta sin poder evitarlo. En cuanto hubo captado el vacío que irradiaba el vendedor de flores había sabido que sus amigos se aproximaban, que ya venían hacia él; y a pesar de que no se atrevía a preguntarse qué clase de amigos podían ser —¿los gemelos resucitados, o algo todavía peor?—, no había tenido más remedio que decirlo. Unas palabras alentadoras quizá trajeran algo de calor a esos ojos helados.

Pero el destello anhelante que iluminó los ojos del vendedor de flores hizo que Fantasma sintiera un pánico tan estúpido e irracional como el de la polilla que se estrella una y otra vez contra el cristal de una ventana, un pánico que le hizo sentir un deseo incontenible de ocultar todo lo que pudiera saber, y de ocultar incluso su propia cabeza. «Son los malos tiempos que se acercan —comprendió de repente—, o por lo menos es el comienzo de los malos tiempos…».

—No les conoces —dijo el vendedor de flores con voz átona.

Fantasma ya no tenía miedo, y ahora sólo sentía una terrible empatía de soledad, como si se hubiese convertido en un odre reseco y estuviera igual de vacío. «¿Y si no existiese nadie en todo el mundo que te quisiese? ¿Y si estuvieras totalmente solo?».

—Lo siento, lo siento… —balbuceó.

El vendedor de flores se inclinó sobre su puesto de madera. Sus ojos se encontraron con los de Fantasma, y su lengua asomó de la boca y se movió velozmente entre los pálidos labios. Las manos largas y delgadas estaban temblando. Después aquella mirada helada se alzó hacia la luna, y el vendedor de flores se irguió

y entrelazó los dedos.

—Vete de aquí —dijo.

—¿Qué…?

—Vete. —Ahora había una luz de desesperación en aquellos ojos hundidos en las órbitas, y la desesperación parecía estar mezclada con un hambre terrible—. Vete ahora mismo si quieres seguir viviendo.

La última luz del día desapareció del cielo. El rostro del vendedor de flores quedó parcialmente oculto por la creciente oscuridad, y adquirió un aspecto tan anguloso y feroz como el de una bestia salvaje. Dejó escapar un sonido entre desesperado y anhelante que brotó de lo más profundo de su garganta, y pareció disponerse a saltar por encima del puesto; pero Fantasma ya había montado sobre su bicicleta mientras su pie doblaba el soporte de una patada, y un instante después se alejaba pedaleando con todas sus fuerzas y una mano sobre la cabeza para sujetarse el sombrero. Unos minutos después se detuvo y miró por encima de su hombro; pero suponiendo que siguiesen allí, tanto el puesto de flores como la silueta solitaria habían sido engullidos por las sombras.

La casa estaba a oscuras, pero cuando entró por el sendero Fantasma vio que el T-bird seguía aparcado en el sitio de antes. Apoyó la bicicleta en la pared de la casa, justo allí donde la pintura estaba empezando a descascarillarse. Estaba tan oscuro que apenas se podía ver nada, aunque una débil claridad lunar ribeteaba los bordes de las nubes. Fantasma entró en el porche y estuvo a punto de caer al tropezar con una caja de botellas de cerveza que Steve había sacado de la casa. Después abrió la puerta, entró en la casa, pasó el pestillo y empezó a encender las lámparas. Tenía que haber luz, luz para impedirle pensar en el vendedor de flores inmóvil en algún lugar de la noche que se iba haciendo cada vez más oscura.

Steve yacía sobre el sofá, con varias botellas de cerveza vacías esparcidas por el suelo a su alrededor. La repentina claridad que inundó la habitación hizo que se frotara los ojos. Había estado utilizando un montón de camisetas sucias como almohada, y su rostro aún mostraba la huella de las costuras y las arrugas. Fantasma sintió algo debajo de su pie, y cuando bajó la mirada vio que el anillo de las llaves de Steve estaba al lado de la puerta como si Steve lo hubiera arrojado al otro extremo de la habitación. Lo cogió, deslizó la yema del pulgar sobre la placa de plástico en la que estaba troquelado Budweiser y lo sostuvo en la mano. Las llaves tintinearon débilmente al chocar unas con otras. La llave de la casa; las llaves del T-bird y la tienda de discos Disco Giratorio donde trabajaba Steve; otras llaves obsoletas que ya no servían de nada, pero que eran demasiado venerables para ser arrojadas al fondo de un cajón… El anillo de llaves estaba impregnado de una atmósfera casi impalpable, una especie de aura del objeto formada por las emociones que Steve había estado sintiendo cuando lo tocó por última vez. El asco y las náuseas habían hecho que el metal pareciera enfriarse y volverse levemente viscoso.

—¿Has llamado diciendo que estabas enfermo? —preguntó Fantasma.

Steve asintió.

—Me iba a tomar una cerveza antes de ir a trabajar, y cuando volví a mirar hacia abajo vi que había vaciado cuatro botellas, así que seguí bebiendo… Para lo que hago ahí, tanto da que vaya o que llame diciendo que estoy enfermo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me quedé dormido y tuve un sueño…, soñé con Ann. Soñé que tenía toda la cara ensangrentada y que le faltaban unos cuantos dientes. Alargué la mano para acariciarla, y entonces vi que mi mano también estaba ensangrentada. Era yo quien se lo había hecho, ¿entiendes? ¿Sabes lo que le hice en realidad? ¿Lo sabes, Fantasma?

Fantasma clavó la mirada en el suelo.

—Supongo que la violaste.

—Sí. yo también supongo que la violé. Supongo que no le importó. Supongo que lo pasó bastante bien.

—Vamos, Steve… ¿Cómo puedes decir algo semejante? No le gustó, y no lo pasó nada bien.

—¿Del lado de quién estás?

—Del tuyo.

—¿Y cómo sabes que no le gustó? ¿Has leído los pensamientos de esa mente de putilla suya o qué?

—No. El otro día fui a hacerle una visita.

Un instante después Steve se había levantado de un salto del sofá, y sus manos tiraban de la camiseta de Fantasma acercando su rostro al de Steve hasta que sus narices casi se rozaron.

—¿Qué coño quieres decir con eso de que fuiste a hacerle una visita? ¿Fuiste allí sin decírmelo?

—Quería ver qué tal estaba.

Steve clavó la mirada en el plácido rostro de Fantasma. Sabía que no estaba consiguiendo asustarle. No, no le estaba asustando en lo más mínimo, y lo único que lograba con todo aquello era quedar como un imbécil; pero el alcohol que impregnaba su cerebro se negaba a dejarle cerrar la boca.

—Mantente alejado de esa puta mentirosa —gruñó—, o de lo contrario decide de una vez de quién eres realmente amigo.

Los grandes ojos azules de Fantasma se encontraron con los de Steve, y le lanzaron una mirada que estaba llena de perdón pero que se negaba a ceder. Esta vez Fantasma no estaba dispuesto a consolar a Steve, y no pensaba capitular. ¿Y qué coño sabía Fantasma? Fantasma no había tenido que extraviarse en los laberintos mentales de Ann, y no había sido traicionado por ella; pero ahí estaba delante de él, contemplándole con esa expresión de santurronería y condenada seguridad en sí mismo… Borrar a bofetadas aquella obstinación del rostro de Fantasma y sacudir ese cuerpo delgado hasta sacarle todas las visiones que llevaba dentro resultaría lo más sencillo del mundo.

Pero ¿qué estaba pensando? ¿Pegar a Fantasma? ¿En qué infiernos se estaba convirtiendo?

—Cristo —murmuró—. Cristo bendito…

—Ha salido a dar una vuelta —dijo Fantasma con voz seca y átona—. ¿Me vas a atizar?

—No, mierda, claro que no —dijo Steve. Tiró de Fantasma hasta hacer que se sentara en el sofá a su lado y le abrazó con todas sus fuerzas—. Lo siento… Lo siento muchísimo, no puedes ni imaginar cómo lo siento… No me odies.

Fantasma no dijo nada, pero sus manos encontraron el rostro de Steve, acariciaron sus sienes doloridas y se movieron lentamente echando hacia atrás su desordenada cabellera negra. Steve permitió que su cabeza se fuera inclinando hasta quedar apoyada sobre el hombro de Fantasma. Abrazar a cualquier otro tipo de aquella manera habría hecho que se sintiera como un marica, pero con Fantasma aquello no era un problema a considerar y nunca había parecido tener ni la más mínima importancia.

Pasados unos cuantos minutos intentó hablar. Las palabras salieron tan despacio como gotas de sangre de una herida muy profunda.

—Yo… He intentado telefonearla un par de veces. Colgué en cuanto contestó…, al viejo estilo, ya sabes. Después hablé con Simón, y se negó a permitir que hablara con ella. Supongo que Ann le pidió que contestara al teléfono para evitar llamadas inoportunas. Supongo que la he cagado a fondo, ¿no?

—Lo sé —dijo Fantasma—. Sé cómo estaban las cosas…

«Sí, probablemente lo sabes —pensó Steve—. Es muy probable que estés al corriente de todo lo que nos ha llegado a ocurrir, las noches calientes y la textura a seda húmeda del interior de su sexo, las semanas en que todo empezó a torcerse poco a poco, el éter de la traición, la expresión que había en su rostro, y el momento de sorpresa e incredulidad absolutas, como precipitarse a un abismo lleno de agua helada, cuando comprendí que…, sí, que realmente la había violado, por el amor de Cristo…».

Se apartó de Fantasma. Sintió que su rostro se contorsionaba, pero no iba a llorar. No, no iba a llorar.

Permanecieron inmóviles el uno al lado del otro durante bastante tiempo, sumidos en un silencio de amistad y comprensión que no necesitaba ser roto. Steve empezó a sentir que el nivel de su furiosa embriaguez inicial iba bajando poco a poco para convertirse en un leve zumbido interior bastante agradable, y Fantasma descorchó su botella de tinto californiano para ponerse a su altura. La noche siguiente tenían que actuar en El Tejo Sagrado, y Steve sacó su guitarra del armario y repasaron su número sin poner demasiado interés y sabiendo que no importaba. Habían tocado centenares de veces en El Tejo. Quizá volverían a tocar allí un centenar de veces más, y su grupito de fans acudiría para beber y bailar, y nada importaría salvo la exuberancia con la que se entregaran.

—Vamos a escuchar la cinta —sugirió Steve.

Pensó que debería recordarse a sí mismo cómo sonaban realmente las canciones. Fantasma fue tambaleándose hacia el estéreo, y la música de ¿Almas Perdidas? no tardó en llenar la casita con la guitarra cortante y gloriosamente enloquecida, con su anhelo visionario y las letras agridulces de Fantasma. «Necesitamos las raíces, pero no puedes sacar el árbol de la tierra… —cantaba Fantasma acompañando a la cinta, acompañando a su propia voz de oro que siempre parecía estar a punto de quebrarse —. Ven conmigo por los caminos de la montaña y bebe un poco de agua limpia…».

Steve también cantaba mientras rasgueaba las cuerdas de la guitarra. Eran las palabras de un visionario, ¿no? Eran las palabras de alguien que recordaba lo que era la magia. Aún quedaba magia en el mundo. Sí, tenía que quedar un poco de magia en el mundo… Steve siguió pulsando las cuerdas y oyó una melodía por debajo del ruido, un tintineo delicado y extrañamente poderoso al mismo tiempo.

Fantasma alzó la cabeza y cantó con más entusiasmo. Su voz subió y subió, y se abrió paso a través de las grietas de las ventanas y las paredes para salir a la noche centelleante y alejarse por el camino que llevaba hasta la casa.

La voz de Fantasma hizo que un viejo vagabundo que pasaba por allí alzara la cabeza y se acordara de una vía de tren a lo largo de la que había caminado yendo a Georgia hacía ya treinta años, una vía de tren flanqueada por los matorrales de kudzu y los pinos que se alzaban hacia el cielo sobre la que flotaba el aroma irresistible de la madreselva, una vía de tren capaz de conseguir que una botella de vino que había costado dos centavos supiera a néctar y sombras frescas. El vagabundo —que se llamaba Rudy— alzó el rostro hacia el frío cielo nocturno lleno de nubes. Un kilómetro y medio camino abajo acabaría encontrándose entre los brazos de Christian, cuya hambre había crecido hasta ser capaz de imponerse a su preferencia por los niños delgados vestidos de negro; pero los últimos minutos de la existencia de Rudy estuvieron llenos de recuerdos maravillosos.

Y en la casa Steve dejó de tocar, y se dio una palmada en la frente.

—Se me había olvidado… Ha llegado correo para ti. Supongo que es la primera carta de un fan que recibimos.

Steve hurgó entre el desorden de objetos, periódicos y papeles que se amontonaba sobre el suelo, y acabó extrayendo una postal arrugada con los bordes doblados cuyos colores habían sido difuminados por la mugre de todas las estafetas de correos de los pueblecitos por los que había pasado.

Fantasma leyó la postal. «No me conocéis, pero el nueve de noviembre de 1953 Dylan Thomas se bebió dieciocho *whiskys* seguidos, y ahora yo me estoy bebiendo uno por vosotros». Alzó la mirada hacia Steve.

—Está firmada «Nada».

—¿Por qué?

—¿Quién sabe?

—Bueno, ¿qué te parece si la pones sobre tu frente y lo averiguas? Adelante,

dime que me vaya a la mierda…

—Chúpame el aura —dijo Fantasma, y apuró las últimas gotas de vino.

19

—¡DESPIERTA! —dijo una voz ensordecedora envuelta en ecos que parecía proceder del centro del cerebro de Nada—. ¡YA HEMOS LLEGADO!

Nada abrió y cerró los ojos varias veces.

—No estaba dormido —dijo—. ¿Cómo iba a poder dormir?

Zillah había colocado otra dosis de Crucifijo sobre su lengua en algún momento entre la medianoche y el amanecer, y desde entonces Nada no había sabido dónde estaba o con quién estaba o por qué se le había podido llegar a ocurrir tomarse la molestia de hacerse ese tipo de preguntas. Había estado vagando por los corredores de su mente y se había perdido irremisiblemente sin ser capaz de encontrar el camino que le llevaría hasta esas voces tan familiares que podía oír —débilmente, débilmente — discutiendo y riendo fuera de su cráneo, y su cuerpo se había estremecido convulsivamente como un esqueleto suspendido de los hilos de un titiritero.

Y sin embargo quizá era cierto que había dormido, pues creía haber tenido sueños muy extraños. Había soñado que chupaba el pulso de una herida abierta en la carne desgarrada, y que se había bañado en la sangre que seguía brotando en chorros cada vez más débiles de la vena a cada latido del corazón agonizante. Había soñado que frotaba sus manos ensangrentadas en el rostro de Zillah, que lamía la sangre de las pestañas de Zillah y que la bebía de los labios de Zillah, donde tenía un sabor todavía más maravillosamente dulce. Había soñado que Molochai y Twig se revolcaban sobre la sangre y que se la esparcían el uno al otro por el pelo, que rodaban medio desnudos en charcos de sangre y que su pálida piel quedaba manchada por franjas de un rojo pegajoso. ¿Por qué había tanta sangre?

«Porque tus dientes no estaban lo bastante afilados —respondió una voz dentro de su mente—. No fue una operación muy limpia, ¿sabes? ¿No te acuerdas de que tuviste que arrancar trozos enteros de su garganta antes de poder lamer esa sangre que sabía tan bien? ¿No recuerdas el rostro de Zillah enterrado en los restos de su ingle destrozada como un amante sádico?».

Nada intentó no escuchar aquella voz, pero no podía olvidar la música de los gritos que habían ido debilitándose poco a poco hasta convertirse en un gimoteo de dolor cansado y confuso que había terminado convirtiéndose en silencio. Había soñado que estaba inmóvil delante de un desagüe en algún lugar, y había visto una cañería de cemento húmedo medio obstruida por la maleza, el kudzu y la basura de la autopista. En aquella hora que ya había dejado muy atrás la medianoche y aún estaba muy lejos del alba, sólo había una oscuridad tan negra como la noche en el interior de un alma, pero Nada podía ver. Podía ver claramente en la oscuridad. ¿Qué era, el ácido o una nueva visión que empezaba a refinarse poco a poco a sí misma? Colgado sobre su hombro había un bulto pequeño y flácido, un amasijo de harapos manchados y piel que se había vuelto todavía más pálida de lo que era hacía unas horas.

—Mételo ahí dentro —había dicho Zillah.

Nada metió el bulto en las profundidades del desagüe. Miró hacia atrás, y captó un último y fugaz atisbo de cabellos de un rubio blanquecinos suaves como plumas que escapaban de un pañuelo azul. Había hilillos húmedos de un color carmesí deslizándose por entre esos mechones…, y Nada se quedó inmóvil un momento y se sintió abrumado por la enormidad de lo que había ocurrido. «No, de lo que has hecho», le corrigió su mente. La sangre nunca sería lavada de esa cabellera, salvo por el agua de lluvia y las pequeñas mareas que llegaran de la autopista. Nadie esparciría champú sobre esa cabellera, nadie volvería a teñirla jamás. Quizá seguiría creciendo durante un tiempo, y las raíces oscuras se irían abriendo paso poco a poco a través del frío cráneo color cera. Después la cabellera iría dejando de sujetarse a la piel marchita, y los mechones se separarían y se dispersarían, y serían arrastrados muy lejos hebra a hebra, robados lentamente tal como no tardaría en ocurrir con los huesos de Laine.

Pero lo había soñado, sí, seguramente lo había soñado… Tenía que haberlo soñado.

—Oh, Dios —dijo, y se estremeció.

—¿Quién?

Molochai se había inclinado sobre él y daba la impresión de estar sinceramente perplejo. «¿Te acuerdas de cómo degollamos a tu amigo y le dejamos medio despedazado, o sólo tienes resaca?», parecía preguntar su mirada. Los ojos de Molochai brillaban a través de inmensos manchones de rimmel negro. Nada olió algo dulzón en el aliento de Molochai, algún olor de la infancia enterrado a mucha profundidad. Sí, su aliento olía a galletitas Twinkie.

—¿Qué pasa, chaval? —preguntó Twig desde el asiento delantero—. ¿Tienes algún problema?

Nada no respondió. Lo que hizo fue erguirse, deslizar los brazos alrededor del cuello de Molochai y enterrar su rostro en la sucia tela negra de la chaqueta de Molochai, esa tela que olía a sudor y a golosinas, a sexo y…, y a sangre, a la sangre de Laine. Nada sabía que el olor probablemente también se había adherido a sus ropas y a su piel, y que se había infiltrado en sus cabellos pegándose a ellos tan tenazmente como si fuese brillantina. Lo sabía porque no había soñado todo aquello. La noche anterior había ocurrido en realidad. Nada había matado a Laine, había matado a Laine con sus dientes y con sus manos, y con sólo un poquito de ayuda de sus amigos…

«Son auténticos vampiros —pensó—. Te has entregado a una existencia de sangre y asesinatos, y nunca más podrás volver al mundo diurno…». La réplica no tardó en llegar, y vino de él mismo.

«Estupendo —se dijo—. Cualquier cosa, con tal de no tener que volver a estar solo nunca más…».

—Ya hemos llegado —dijo Molochai, dejando caer de nuevo a Nada sobre el colchón—. Es aquí, ¿verdad, Twig?

—Ajá —dijo Twig—. Burnt Church Road número catorce, Missing Mile, Ce Ene. Servicio de puerta a puerta, chaval.

El techo de la camioneta ondulaba y parecía oscilar de un lado a otro. Nada hizo un gran esfuerzo y logró centrar la mirada. Los rostros manchados de Molochai y Twig flotaban sobre él, dos conjuntos de facciones delgadas y sonrientes que esperaban ver qué haría Nada. ¿Dónde estaba Zillah? Zillah estaba dormido sobre el colchón, con su calor lo suficientemente cerca como para que pudiera ser tocado, la cabeza descansando sobre un pliegue del impermeable de Nada. Unos cuantos mechones de su cabellera multicolor del carnaval se habían esparcido sobre la seda negra.

—Podríamos ir contigo —se ofreció generosamente Molochai—. Nos gustan los músicos, ¿sabes?

—Y tú también nos gustas —dijo Twig, y la afilada punta de su lengua se deslizó velozmente sobre sus labios—. Encontrar un compañero de copas como tú no es algo que ocurra con mucha frecuencia.

Nada luchó por ponerse de rodillas, curvó las manos sobre el cristal de la ventanilla y vio una casita de madera circundada de árboles al final de un camino de gravilla. ¿Estaría Fantasma dentro de aquella casa en ese mismo instante, despierto o soñando? Sus ojos parecieron volver a nublarse, y Nada se dio cuenta de que incluso la luz acuosa de primera hora de la tarde le resultaba dolorosa. Tenía la sensación de que sus pupilas estaban enormemente dilatadas.

Molochai puso una cinta. Bauhaus empezó a hacer vibrar las paredes de la camioneta con una versión en directo de *Mártir de los estigmas*, y Zillah fue despertando con lujuriosa lentitud. Primero abrió un ojo brillante, luego el otro, y después deslizó sus manos por entre los sedosos mechones de su cabellera, bostezó y estiró su cuerpo de felino. Cuando su mirada se posó sobre Nada se irguió, le tomó en sus brazos y le besó.

La boca de Zillah era tan rancia y dulce como el vino, y su saliva tenía un suculento sabor a corrupción rojiza. Nada dejó que el sabor fluyera dentro de él, lo bebió y extrajo fuerzas de él como si fuera la poción que contenía la botella de vino. Aquel sabor lo era todo. El sabor de la sangre y de la saliva y el semen de Zillah, y los juegos salvajes y el beber y los largos días y noches encantados… Todo. Nada seguía queriendo hablar con ¿Almas Perdidas? —había recorrido toda aquella distancia para hacerlo—, pero ya no sentía la apremiante necesidad de encontrar una familia. Ya no deseaba fingir que Steve y Fantasma eran los hermanos que había perdido hacía tanto tiempo. Ahora ya tenía a su familia. Nada había escogido a Molochai, Twig y Zillah y a su mundo nocturno.

—Venga, vendréis todos conmigo —dijo por fin.

Se había afirmado a sí mismo por primera vez. Se estaba convirtiendo en su igual, y creyó ver aprobación en la curva de la sonrisa de Zillah.

Se sentía tan bien, tan fuerte y lleno de confianza en sí mismo, que no pensó ni

por un momento en lo que podía ocurrir cuando estuvieran dentro de la casa.

Dejaron la camioneta aparcada cerca del camino y subieron con paso tambaleante por él. La gravilla crujía bajo los pies de Nada. La casa estaba a treinta pasos de distancia, a veinte. Molochai y Twig se agarraban el uno al otro intentando mantenerse erguidos. La mano de Zillah rozó la nuca de Nada, y el fugaz contacto hizo que Nada se estremeciera y que deseara volver a estar en la camioneta, encima del colchón al lado de Zillah, con el cuerpo sudoroso y enredado en el suyo, mordiendo de nuevo.

Pero ahora estaba tan cerca de Fantasma que creyó captar la presencia del zarcillo de un aura dorada que se deslizaba a su alrededor. La casa se alzaba ante ellos, suponiendo que «alzarse» no fuera excesivamente presuntuoso para una casita como aquélla. Un postigo medio desprendido se inclinaba hacia el suelo sugiriendo el enarcamiento medio cínico de una ceja. Las ventanas eran ojos a medio cerrar llenos de un inagotable buen humor. Aquella casa era buena.

Los peldaños del porche se hundieron un poquito bajo su peso, aunque no mucho; la casa era vieja, pero resistente y sólida. Alguien había pintado un signo contra el mal de ojo en el umbral de la puerta, un triángulo rojo y un triángulo azul que se intersectaban para formar una estrella de seis puntas, y en el centro había un pequeño ankh dibujado en plata. Molochai y Twig retrocedieron al verlo y se abrazaron nerviosamente el uno al otro, pero Zillah les lanzó una mirada despectiva.

—Esa cosa no os hará ningún daño. Basta con que paséis por encima.

La puerta tenía un llamador incongruentemente aparatoso: el rostro de una gárgola labrada en plata, con un grueso anillo atravesándole la nariz y ojos tan abultados que parecían a punto de salir despedidos de las órbitas. Nada utilizó el anillo para llamar, primero con suavidad y luego con fuerza y haciendo mucho ruido, pero nadie se movió en el interior de la casa. Nada contempló con expresión dubitativa el viejo coche marrón aparcado en el sendero. Tenía que haber alguien dentro.

—Quizá no quieren compañía —dijo, sin estar muy seguro de si el vacío que sentía en su estómago era debido a la desilusión o al alivio.

—Puede que la puerta esté abierta —sugirió Twig.

Fue hacia ella antes de que Nada pudiera hablar y puso la mano sobre el picaporte, pero no consiguió hacerlo girar más de un centímetro en una dirección o en otra. La puerta estaba cerrada.

—Bueno, supongo que habrá que largarse —dijo Nada.

Su mano hundida en el bolsillo de su impermeable rozó el hueso que había encontrado en la cuneta de la autopista. Hacía cuatro días —toda una vida— se había marchado de casa pensando que quizá acabaría llegando a este lugar. ¿Había albergado la esperanza de encontrar un hogar en Missing Mile, en una dirección que había descubierto en la hoja de créditos de una cinta de un grupo al que nadie conocía? Ahora que estaba allí todo le parecía curiosamente irreal.

Molochai había estado atisbando por la ventana que había al lado de la puerta principal, y Nada vio cómo intentaba abrirla. La ventana se deslizó hacia arriba con sólo un leve gemido de protesta.

—He encontrado una forma de entrar —anunció Molochai con orgullo.

Y antes de que Nada pudiera comprender lo que estaba ocurriendo, los otros tres ya se habían metido por el hueco de la ventana…, incluso Zillah, quien pasó por encima del alféizar moviéndose con grácil delicadeza y fue recibido al otro lado por las manos extendidas de Molochai y Twig. Nada les contempló, y ellos sonrieron y movieron la mano desafiándole a entrar en la casa. Pero Nada no podía seguirles. El coche estaba aparcado en el camino, así que tenía que haber alguien en casa. Por mucho que quisiera ver el interior de la casa. Nada sabía que no podía entrar de aquella manera. No podía meterse por el hueco de la ventana. No debía hacerlo.

Una astilla del alféizar se enganchó en sus tejanos cuando entró.

La confusión de estilos y objetos de la decoración —pósters de *jazz* y rock ácido tan desconocidos como hermosos, panfletos religiosos, un estante con un volumen sobre hierbas y remedios populares tras otro, que se codeaban con libros de Kerouac, Ellison, Bradbury (los libros de Bradbury seguramente serían de Fantasma; Steve nunca leería nada que fuese tan abiertamente romántico)— atrajo la atención de Nada en los primeros momentos. Después se dio cuenta de lo que estaban haciendo los otros. Molochai y Twig estaban en la cocina y saqueaban la nevera. Nada oyó el chasquido de las tirillas metálicas arrancadas cuando decidieron beberse unas cuantas latas de cerveza. Zillah se derrumbó melodramáticamente sobre el sofá y empezó a desabotonarse la camisa con adormilada fascinación. Su larga melena se había extendido sobre el brazo del sofá y caía hacia el suelo como un torrente.

El pasillo blanco que parecía oscilar y temblar como un espejismo capturó toda la atención de Nada durante un buen rato antes de que captara el olor; y cuando éste logró abrirse paso hasta la parte consciente de su mente, al principio no lo reconoció. Era tan débil…, tan pronto estaba allí flotando en una ráfaga de aire como había desaparecido. Se lamió los labios, y tragó un poco de aire por la boca. Nada no se daba cuenta de ello, pero estaba examinando el aire, y empezaba a utilizar órganos sensibles del olfato que habían permanecido inactivos durante los quince años que llevaba de vida. El olor le resultaba familiar. Nada había captado ese mismo olor anoche, pero ahora había algo distinto en él. Algo exótico, más etéreo, más delicado…

Era el olor oscuro y metálico de la sangre, y oculto debajo de él se agazapaba el olor agridulce de los pétalos de rosa.

Zillah había empezado a hacerle señas desde el sofá, y a Nada le bastó con ver la imperceptible sonrisa que curvaba sus labios para comprender con toda claridad lo que Zillah deseaba. Nada tuvo que reprimir un pequeño destello de irritación. ¿Qué le ocurría a Zillah? ¿Acaso no entendía hasta qué punto estaría mal que hicieran el amor dentro de aquella casa? Nada no podía ir hacia él…, esta vez no. Fantasma podía

estar al final de aquel pasillo, y quizá estuviera ahogándose en aquel olor; y Nada pensó que si el olor estaba allí quizá fuese por culpa suya, aunque no tenía ni idea del porqué podía tener la culpa de ello. No tendría que haber traído a su nueva familia allí. Ahora vivía en un mundo distinto, y no podía ir y venir de un mundo a otro.

Echó a caminar por aquel pasadizo blanco.

El pasillo era muy largo, y la luz procedente de las habitaciones que tenían la puerta abierta se filtraba en él. Alguien se había dejado encendida la luz del cuarto de baño. Nada alargó el brazo y la apagó al pasar, y sus ojos recorrieron rápidamente la bañera color marfil que reposaba sobre sus garras de grifo y la lata de cerveza colocada al borde de la pileta. Había empezado a ver las cosas con una inmensa nitidez, y era consciente de cada detalle. El aire era tan puro y limpio como una laguna de montaña cuyas aguas estuvieran totalmente inmóviles.

Un instante después se encontró delante de la puerta de un dormitorio. Tenía que ser el dormitorio de Fantasma. El techo estaba adornado con flores secas y delicadas hojas de colores sujetas con alfileres. Sobre las paredes se extendía una fabulosa confusión de colores en desorden trazada con lápiz y tinta, con rotulador y Magic Marker. Había mapas de tierras reales, mapas de tierras desconocidas, rostros que parecían estar a punto de hablar…, y palabras, centenares de palabras. Había palabras unidas entre sí que formaban frases, citas y letras de canciones; había palabras solitarias escritas en esas paredes debido a su brillantez o a la oscura gloria que encerraban, y en el techo —encima de la cama, entrevistas a través de un nido de follaje frágil y quebradizo— había estrellas, todo un universo de estrellas y planetas pintado allí, un millar de diminutos cuerpos celestiales que relucían con un débil resplandor amarillo.

«Dios mío, estoy en casa», pensó Nada, y entró en el dormitorio; y en ese mismo instante la figura que yacía sobre la cama —la figura que Nada no había visto porque estaba tan inmóvil y se había envuelto en un revoltijo de sábanas y mantas, y porque su cabellera era como una lluvia transparente esparcida sobre la almohada— se irguió como impulsada por un resorte y gritó «¡NADA!».

Y en la sala de estar tres cabezas giraron hacia la dirección de la que había llegado el sonido. La garganta de Molochai dejó de moverse a mitad del acto de tragar, y una cascada de cerveza se deslizó sobre su mentón.

—¿Nada? —balbuceó.

—Nada —dijo Twig, y asintió.

Zillah entrecerró los ojos.

—Vamos a ver qué le pasa a Nada —siseó.

Un solo movimiento lleno de gracia y fluidez, y ya estaba fuera del sofá y desaparecía en las profundidades de la casa. Molochai y Twig permanecieron inmóviles y boquiabiertos durante un momento, con los ojos clavados en el pasillo por el que se había alejado Zillah. Después se miraron el uno al otro, se encogieron de hombros y siguieron a Zillah por el pasillo.

Steve estaba soñando. Ann luchaba en algún lugar de su cabeza, y sus puños golpeaban el interior del cráneo de Steve intentando encontrar una salida. Bueno, que se jodiera. Por lo que a él respectaba, Ann podía pudrirse ahí dentro durante toda la eternidad. («¿Qué infiernos crees que está haciendo?», preguntó malévolamente una parte de él, pero Steve la ignoró). ¿Por qué se estaba quejando? Le gustaba juguetear con la mente de Steve, ¿no?

Pero de repente aparecieron los dientes.

Al principio pensó que los mordiscos eran fruto de su imaginación, pero cuando el dolor desgarrador de bordes afilados como navajas de afeitar ardió de repente dentro de su cráneo, Steve lo comprendió todo. Ann estaba intentando salir de su cabeza abriéndose paso a mordiscos. Quería escapar royéndole por dentro, y Steve podía sentir cómo sus dientes hendían la blanda carne de su cerebro. Se arañó la frente intentando detenerla, intentando sacarla de allí antes de que Ann abriese heridas, heridas que nunca llegarían a curarse…

—Cristo bendito… —jadeó, despertando con un sobresalto.

Un desplegable de *Penthouse* le contempló sonriendo desde la pared por encima de su cama, abriendo su anatomía para ofrecérsela como si fuese una burbuja de chicle rosado. Steve gruñó, arrancó el desplegable de un manotazo, hizo una bola con él y la arrojó a un rincón.

Y Fantasma chilló en la habitación contigua, y Steve pudo oír con toda claridad su voz llena de terror. «¡Nada!», parecía haber gritado.

Aquella mañana había pesadillas para todos…, o más probablemente aquella tarde. ¿A qué hora se habían ido a la cama? No tenía ni idea. La resaca inició su lento e implacable mordisque dentro de la cabeza de Steve —esta vez no era ningún sueño —, y estuvo a punto de darse la vuelta y dejar que Fantasma siguiera durmiendo hasta que se le pasara el susto; pero los sueños de Fantasma siempre eran un poquito excesivamente reales para poder ser ignorados.

Salió de la cama, cogió ropa interior semilimpia y una camiseta que ni siquiera se aproximaba al estado de la limpieza. «Tengo que llenar algunas lavadoras», se riñó a sí mismo. Sí, tenía que hacer la colada, y quizá debería sacar unas cuantas botellas de *whisky* y latas de cerveza de la casa y llevarlas al vertedero de reciclado; y ya que estaba en ello, pedir disculpas y tratar de recomponer lo que quedaba de su vida quizá fuese una buena idea.

Entonces fue cuando oyó las voces en la sala y los pasos que se aproximaban por el pasillo.

Que alguien metiera la nariz en su intimidad o en sus propiedades era motivo suficiente para que Steve se cabreara considerablemente fuera cual fuese el momento o el lugar en que eso ocurriera. Alguien había robado la radio de su T-bird justo después de que la hubiera comprado cuando estudiaba en la secundaria, y Steve se había pasado tres noches a la intemperie montando guardia a la espera de que el

gilipollas volviera a aparecer. El gilipollas nunca había vuelto a aparecer, naturalmente. Pero la idea de que alguien entrara por la fuerza en aquella casa —la casa de la señora Deliverance— le resultaba casi insoportable. Aquella casa había presenciado milagros de magia blanca. Maldición, aquella casa era un lugar sagrado…

Steve nunca había imaginado que pudiera ocurrirle nada malo a la casa, y había llegado a la vaga convicción de que estaba rodeada por un círculo mágico o algo por el estilo: pero no había llegado al extremo de confiar su vida a esa supuesta protección, por lo que siempre tenía un bate de béisbol Louisville Slugger reforzado con cinta adhesiva al lado de la cama. El bate era como una presencia amiga que le permitía sentirse más tranquilo y seguro, y lo mismo podía decirse del martillo que guardaba debajo del asiento izquierdo del T-bird y del calcetín lleno de monedas que estaba escondido detrás de la caja registradora en la tienda de discos. Steve era hiperconsciente de que la violencia podía surgir de repente en cualquier lugar y en cualquier momento, y suponía que eso significaba que en realidad era él quien tenía una naturaleza inclinada a la violencia; pero en aquellos momentos se alegró de ser así.

Cogió el bate, lo sopesó y salió al pasillo.

Y casi se dio de narices con Zillah.

—¿Quién coño eres tú? —tuvo tiempo de decir.

Un instante después aquella aparición de ojos verdes se estaba lanzando sobre él, una pesadilla de dientes al descubierto y manos tensas que parecían garras, así que Steve echó el Slugger hacia atrás y lo hizo girar en dirección al rostro del maldito cabrón. El crujido de los huesos y los cartílagos creó ecos que reverberaron a través de la madera y llegaron hasta las manos de Steve. La sensación resultaba bastante agradable.

Ojos Verdes retrocedió tambaleándose y chocó con la pared haciendo bastante ruido, pero no cayó a pesar del manantial de sangre que brotaba a chorros por entre los dedos curvados sobre su rostro. Su boca y su nariz estaban soltando una auténtica erupción de sangre, y Steve había tenido la sensación de que el bate se había cargado varios dientes. Dos siluetas más altas y corpulentas se aproximaban por el pasillo.

Steve temía que pudiera haber alguien más en la habitación de Fantasma, así que lo primero que tenía que hacer era llegar hasta allí. Agarró a la silueta ensangrentada por su larga cabellera y un hombro y la empujó con todas sus fuerzas a lo largo del pasillo, enviándola hacia los desconocidos que se aproximaban. Ojos Verdes chocó con ellos rociando sangre en todas direcciones, y los tres se tambalearon y faltó muy poco para que cayeran al suelo.

Steve corrió hacia la habitación de Fantasma, cerró la puerta detrás de él y echó el pestillo.

Cuando Nada fue hacia la cama, el cuerpo de Fantasma quedó totalmente flácido y cayó sobre el enredo de mantas y sábanas. La realidad volvió a ejecutar otra lenta e incomprensible pirueta mientras Nada se quedaba inmóvil y bajaba la vista hacia el hermoso rostro absorto en los sueños que había vuelto a recuperar la calma. Estaba contemplando a Fantasma, el alma perdida entre las almas perdidas… Éste era su hermano secreto, y una parte de su mente seguía aferrándose a aquel deseo aunque ahora el resto ya sabía que se trataba meramente de un deseo y no de una realidad. Había una rosa escarlata en la solapa de la arrugada chaqueta del ejército de Fantasma, un enorme capullo que seguía estando fresco y fragante.

Y entonces vio la mancha que había en una comisura de los labios de Fantasma. ¿Mucha sangre? No, nada de eso, sólo una gota… Fantasma debía haberse mordido los labios o la lengua. Nada se inclinó sobre él para lamer la sangre sin pensar en lo que hacía, y Fantasma abrió los ojos de repente y su mirada se encontró con la de Fantasma.

—Nacido entre la sangre —gimoteó Fantasma—. Nacido entre la sangre y el dolor…

Y la puerta se abrió de golpe y volvió a cerrarse haciendo mucho ruido, y unas manos muy fuertes agarraron a Nada por la espalda del impermeable tirando de él hasta alzarle en vilo, y un instante después Nada se encontró volando hacia la pared. Su frente chocó con un canto afilado, y diminutas estrellas de colores estallaron a través de la negrura. Azul, rojo, plata. Todas las estrellas del techo de Fantasma estaban cayendo sobre él en un lento diluvio. Nada cerró los ojos y permitió que las estrellas se posaran sobre sus párpados haciéndole cosquillas.

Ver a aquel chico desconocido inclinándose sobre la cama de Fantasma hizo que las glándulas suprarrenales de Steve fabricaran un nuevo cargamento de adrenalina, pero no se sintió capaz de reventarle el cráneo con el bate. No, no podía golpear sin aviso desde atrás, y lo que hizo fue agarrar al chico por la espalda del impermeable y arrojarle al otro extremo de la habitación. No era consciente de que estaba aullando el nombre de Fantasma, pero después tendría la garganta casi en carne viva.

Steve giró sobre sí mismo sopesando el bate en las dos manos interponiéndolo entre él y el chico mientras se mantenía entre el chico y la cama.

—¿Qué te ha hecho? —le preguntó a Fantasma, quien parecía estar aturdido y no del todo despierto.

—No le he hecho nada —dijo el chico—. Yo nunca le haría daño…, de veras. Steve…, ni a ti.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me gusta vuestra música y…

—Ah, ¿sí? Y supongo que entrar por la fuerza en las casas ajenas es tu manera habitual de demostrar tu apreciación por el arte, ¿verdad?

El chico parecía tan triste y avergonzado que Steve casi sintió pena por él…, pero el sentimiento se quedó en «casi» y no llegó a materializarse. El chico no parecía peligroso —bastaba con verle para comprender que no aguantaría ni media bofetada —, y además estaba encerrado en el dormitorio con Steve y el bate de béisbol. Si Steve manejaba bien la situación, aquel chico quizá fuese su única arma realmente eficaz contra los tres chiflados del pasillo.

—Fantasma… Despierta, Fantasma. ¡DESPIERTA, SO CAPULLO!

En la típica pelea de bar Fantasma no sólo no serviría de nada sino que quizá incluso fuera una carga, pero Steve sospechaba que en una situación de auténtico peligro mortal podría ayudar mucho…, siempre que estuviera totalmente despierto.

Fantasma parpadeó y se frotó los ojos intentando librarse de los últimos restos de la pesadilla. Steve dio un paso hacia el chico, que seguía hecho un ovillo en el suelo con la cabeza alzada hacia él contemplándole con una expresión entre abatida y miserable. Tenía los ojos enormes de un huérfano de la calle, y ese cabello falsamente negro producto de los tintes baratos que utilizaban tantos chavales y que Steve odiaba a muerte.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Nada. Yo…

—¿Nada? —exclamó Fantasma—. ¿Nos has enviado una…?

Algo se estrelló contra la puerta haciéndola temblar en el marco. El chico volvió la mirada hacia el origen de aquel nuevo ruido. Steve se inclinó, le agarró por el cuello del impermeable y le inmovilizó los brazos detrás de la espalda. La presa tuvo que resultarle bastante dolorosa, pero el chico no gritó. Era pequeño pero duro, y en realidad Steve no quería hacerle daño…, aunque si no quedaba más remedio le haría todo el daño que hiciese falta. Apretó los dedos sobre el bate de béisbol y tiró de Nada llevándole hacia la cama.

El objeto volvió a estrellarse contra la puerta. Debían de estar utilizando aquel enorme trozo de cuarzo que había en el pasillo. Nada más podía hacer tanto ruido…, y Steve vio cómo la madera se astillaba alrededor del picaporte y éste se desprendía cayendo al suelo. Otro golpe, y la puerta giró sobre sus goznes quedando a medio abrir. Steve vio por el rabillo del ojo que Fantasma trepaba a la cama y pegaba la espalda a la cabecera.

Las dos siluetas más corpulentas aparecieron en el umbral sosteniendo a la que era más baja y menos robusta entre ellas. Toda la mitad inferior del rostro de Ojos Verdes se había convertido en una máscara de sangre y morados. Sus manos ensangrentadas colgaban a sus lados, y los dedos se tensaban y se relajaban incesantemente. Cuando abrió la boca para hablar, Steve vio con ceñuda satisfacción que su bate se había cargado casi todos los dientes delanteros del bastardo.

—Me has hecho mucho daño —dijo Ojos Verdes. La voz que se abría paso a

través de la sangre y los tejidos destrozados era suave y tranquila, mucho más de lo que debería considerando el terrible dolor que su propietario tenía que estar sintiendo en aquellos momentos—. Me duele la cara, y no aguanto a la gente que hace que me duela la cara… Vamos a arrancarte la tuya.

—Inténtalo si quieres que tu fea jeta quede todavía peor de lo que ya está —dijo Steve.

Esperaba que su voz hubiera sonado más firme y segura de sí misma de lo que Steve se sentía en realidad. Si quería salir bien librado de aquel lío, no podía permitirse demostrar un átomo de miedo delante de aquellos chiflados a pesar de que olían como si hubieran estado comiendo animales atropellados en el desayuno. Steve tensó el brazo sobre la garganta del chico. Podía ver las raíces casi rubias de su cabellera y el suave cuero cabelludo que había debajo de ellas, y supo que si tenía que hacerlo sería capaz de descargar el Slugger sobre el cráneo del chico.

Ojos Verdes le contempló en silencio durante unos momentos con expresión pensativa.

—Suéltale —dijo—. Si lo haces nos limitaremos a saldar cuentas contigo. Pero si me obligas a quitártelo de entre las manos…, entonces abriré en canal a tu guapo amigo y me comeré sus intestinos para desayunar.

—Por supuesto, cabrón. Ardo en deseos de hacer tratos con una bolsa de pus como tú.

Steve aumentó un poco la presión que ejercía sobre la garganta del chico y oyó que emitía un jadeo ahogado, pero hasta el momento no había gritado ni se había debatido.

—No me llamo «cabrón» —dijo Ojos Verdes—. Me llamo Zillah. Recuerda ese nombre… Recuérdalo cuando sientas mis dientes hundiéndose en tu garganta.

—Bueno, si vas a hundirlos en mi garganta será mejor que los vayas recogiendo del pasillo antes.

Steve apenas podía creerlo, pero le pareció que el leve temblor que acababa de captar en el cuerpo del chico había sido una risita contenida. Aflojó un poco la presión sobre su garganta.

Zillah volvió la cabeza hacia la derecha y la izquierda contemplando a sus cohortes. Los dos estaban tensos como muelles metálicos, como enormes felinos dispuestos a iniciar la cacería.

—Molochai, Twig… Acabad con él —dijo—. Salvad al chico, si podéis.

Steve comprendió que la única y no muy valiosa ficha de la que disponía para tratar de ganar la partida acababa de escurrírsele entre los dedos. Apartó a Nada de un empujón enviándolo lo más lejos posible, y empezó a hacer girar el bate mientras Molochai y Twig venían hacia él.

Uno atacó erguido, el otro encogido sobre sí mismo. Steve descargó el bate sobre una cabeza que parecía ser sólo melena y sintió el impacto de la madera sobre el almohadón de pelo. El propietario del pelo se tambaleó, pero se recuperó muy

deprisa. Un instante después dos brazos muy largos se enroscaron alrededor de las piernas de Steve y un babeante rostro de fiera se pegó al suyo, y Steve perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre la cama mientras sus dos atacantes se desplomaban encima de él.

Unas uñas muy afiladas se deslizaron sobre su pecho haciendo brotar cuentas de sangre. Unos dientes todavía más afilados se hundieron en la carne de su mano, y Steve gritó y el bate se le escapó de entre los dedos. El Slugger cayó al suelo haciendo mucho ruido y rodó hasta desaparecer debajo de la cama. Zillah cruzó la habitación en una fracción de segundo y lo cogió.

Una cabeza que resoplaba y bufaba se enterró entre el cuello y el hombro de Steve. La melena sucia y despeinada le hizo unas cosquillas casi insoportables. Steve giró la cabeza intentando hundir el mentón en el pecho. Podía sentir el calor de las babas resbalando sobre su cuello. Los dientes encontraron su piel y empezaron a hundirse en ella.

—No os lo carguéis todavía —dijo Zillah apaciblemente.

Los dientes se apartaron. Un chiflado mantuvo inmovilizado a Steve sobre la cama sentándose a horcajadas encima de su pecho mientras le sujetaba los brazos. Molochai y Twig eran pesados, corpulentos y asombrosamente fuertes, y el corpachón del que tenía encima —fuera quien fuese— casi impedía respirar a Steve. Fantasma ni siquiera había tenido tiempo de oponer resistencia antes de que el otro chiflado le dejara inmovilizado. Steve lanzó una inútil patada a Zillah, quien se limitó a esquivarla con un elegante paso de danza.

Nada se apartó de la pared y extendió los brazos en un gesto de súplica.

—No les hagáis daño.

Zillah soltó un bufido y escupió un glóbulo de sangre rosada sobre el suelo.

—¿Por qué no? —preguntó en un tono amenazadoramente calmado.

—Porque me conocen. Fantasma sabe quién soy… Lo dijo.

—¿Ssssssí? —El rostro semidestrozado de Zillah se convulsionó en lo que quizá fuese una sonrisa—. Yo también sé quién eres. Eres un chico muy mono que aún no se ha enterado de cuál es su sitio. Eres un montoncito de mierda que se quedará sin garganta en menos de dos minutos, ¡SI NO CIERRA SU JODIDA BOCAZA!

Zillah giró sobre sí mismo, se encaró con Nada y le hundió el extremo del bate de béisbol en el estómago. El chico retrocedió tambaleándose e intentando recuperar el aliento.

—Quiero que lo vea todo —siguió diciendo Zillah. Alzó el bate y movió el extremo de un lado a otro delante del rostro de Steve—. No necesito esto, ¿sabes? Podría mataros a los dos con una mano mientras me hacía una paja con la otra. Pero dado que has usado esto conmigo…

Zillah fue hacia la cabecera de la cama y se inclinó sobre Fantasma. Si echaba la cabeza hacia atrás Steve podía verle a duras penas. Zillah puso el extremo del bate sobre el rostro de Fantasma, y Steve sintió que se le secaba la boca.

—Ah, qué trozo de madera tan soberbio…, duro, liso y suave, ¿verdad? Pero es tan sencillo, está tan desnudo… Necesita unos cuantos adornos, ¿no te parece? ¿Qué te parece si adornamos este bate con un poquito de rojo SANGRE…, y con unos cuantos mechones rubios y sedosos de PELO…, y con una pequeña dosis de SESOS MÁGICOS?

La voz de Zillah fue subiendo hasta convertirse en un aullido con las últimas palabras, y alzó el bate por encima de su cabeza. Steve subió las rodillas con todas sus fuerzas, luchó, se debatió y se retorció; pero la presa con que le sujetaba el chiflado no se aflojó en lo más mínimo y el bate estaba cayendo…, cayendo…, cayendo…

—¡NOOOOOOOO!

Una mancha negra voló por los aires con el impermeable flotando a su alrededor como un inmenso par de alas, pasó a toda velocidad por encima de la cama y chocó con Zillah. El bate salió despedido de las manos de Zillah y acabó yendo a parar al otro extremo de la habitación. Se estrelló contra la ventana y atravesó el cristal, y un instante después el Slugger había desaparecido dejando de ser un factor en la ecuación.

El impulso adquirido por Nada hizo que él y Zillah se incrustaran en la pared opuesta. Zillah absorbió la mayor parte del impacto. Después resbaló lentamente pared abajo hasta quedar apoyado en ella, un muñeco aturdido con la cabeza entre un paréntesis formado por palabras escritas con lápiz, pluma y rotulador. Una mancha de sangre en forma de coma indicaba el lugar de la pared con el que había chocado la cabeza de Zillah, y grietas diminutas surcaban el yeso partiendo de aquélla.

Nada se puso a horcajadas sobre Zillah. Seguía jadeando e intentando recuperar el aliento.

—Lo siento —sollozó—. Me dijiste que matara a Laine y lo hice…, pero a Fantasma no. A Fantasma no…

El inesperado espectáculo había dejado tan sorprendidos a Molochai y Twig que soltaron a Steve y a Fantasma. Steve se apresuró a levantarse esperando ver cómo los dos chiflados se lanzaban contra él apenas se dieran cuenta de lo que estaba haciendo, pero Molochai y Twig cruzaron la habitación de un salto para reunirse con Zillah.

Twig agarró a Nada por las solapas del impermeable y tiró de él alzándole en vilo. Molochai se llevó una mano a la cara, y un instante después Steve vio que había hundido los dientes en la muñeca y se estaba desgarrando la piel. Cuando la sangre de Molochai empezó a fluir en abundancia, pegó la herida a la boca de Zillah.

Steve sentía un dolor terrible en las manos, y supuso que serían los efectos residuales del exceso de adrenalina que había inundado su organismo. Más tarde comprendería que había estado sujetando el bate con tanta fuerza que sus dedos seguían curvados alrededor de la empuñadura que ya no estaba allí.

Twig le alzó en vilo manejándole con una violencia tan despreocupadamente brutal que Nada pudo oír con toda claridad el entrechocar de sus dientes, y el sabor de

la sangre volvió a invadir su boca.

El sabor le recordó el brebaje que había en la botella de vino, y el banquete con la sangre de Laine que habían compartido. Lo que más deseaba en aquellos momentos era volver a estar en la camioneta, cantando y riendo de camino a Nueva Orleans. Quería alejarse de aquel lugar. Algo se había torcido, y todo había salido horriblemente mal.

Bueno, por lo menos Zillah no estaba muerto aunque a juzgar por su aspecto habría tenido que estarlo… Había recibido un golpe de bate de béisbol en la cara sin derrumbarse, y Nada pensaba que también habría sido capaz de aguantar el golpe contra la pared sin caer al suelo a pesar de que el impacto había sido lo suficientemente violento como para destrozar el cuello de un ser humano; pero los dos golpes habían estado separados por un intervalo de tiempo muy corto y le habían dejado bastante aturdido. La sangre de Molochai quizá bastaría para reanimarle, y en ese caso Nada no tenía ni idea de qué le haría Zillah…, o de qué decidiría hacer con Steve y Fantasma. Tenía que sacarles de allí antes de que Zillah recuperase el conocimiento.

Estiró los brazos, cerró los dedos sobre las manos de Twig y las apartó de las solapas de su impermeable.

—¿Quieres perder el tiempo conmigo? —preguntó—. Zillah no te ha dicho que perdieras el tiempo jugando conmigo, y además se encuentra bastante mal.

—Por culpa tuya —gruñó Twig.

Nada pudo sentir cómo las manos de Twig temblaban entre sus dedos. Sabía que las manos deseaban cerrarse sobre su garganta, y también sabía que Twig podía matarle en un abrir y cerrar de ojos.

—Entonces resérvame para él. Yo tengo la culpa de que ese tipo hiciera tanto daño a Zillah, así que deja que sea Zillah quien me castigue por eso… Si vuelve y se encuentra con que me has dejado seco se va a cabrear mucho, ¿no te parece?

A esas alturas Nada ya estaba totalmente seguro de que Twig quería abrirle la garganta de oreja a oreja, y si Twig empezaba Molochai le seguiría. Le matarían, y luego harían pedazos a Steve y a Fantasma. La mirada de Nada se encontró con la de Twig y la sostuvo sin vacilar. Twig era el más salvaje y el más peligroso, oh, sí. No cabía ninguna duda de que de los tres Twig era el auténtico duro…

Pero Nada era mucho más listo.

—Zillah se está desangrando en el suelo —dijo—. Si no me ayudas le sacaré de aquí yo solo…, pero luego se enterará de lo que ocurrió.

Se apartó de Twig, y tensó el cuerpo preparándose para luchar si Twig se lanzaba sobre él.

Los ojos de Twig ardían con una luz salvaje.

Nada le devolvió la mirada con el llamear de los suyos.

Y Twig acabó bajando la vista.

Después Steve sería incapaz de encontrar las palabras adecuadas para explicar a

Fantasma lo que había sentido durante los momentos siguientes. Fantasma lo entendió porque podía captarlo en su mente, desde luego, pero no gracias a los intentos de describirlo que hizo Steve.

La atmósfera de la habitación sufrió un cambio muy sutil. Hasta ese instante había sido eléctrica y peligrosa, llena de sangre y de la posibilidad de la muerte…, pero entonces ocurrió algo.

Steve se consideraba mucho menos perceptivo de lo que era en realidad. Lo que le diría a Fantasma más tarde fue «Si hasta yo pude sentirlo, es que tenía que estar ahí». Era como si el chico estuviera emitiendo feromonas o algo por el estilo, algo que te hacía pensar (y al pronunciar aquellas palabras Steve se rió y meneó la cabeza) en la esencia de la infancia perdida. Lo que había en ese algo indefinible era polvos de talco y humo de cigarrillo, juguetes olvidados y rimel y encaje negro desgarrado, canciones de cuna y pestilentes lavabos de clubs nocturnos en los que flotaba un aliento a vómitos; y esas cosas y muchas más juntas formaban la esencia destilada de todo lo que se había perdido para siempre y de todo lo que había venido a sustituirlo.

«Tengo veintitrés años —pensó Steve sin saber por qué estaba pensando en eso—. Se supone que soy un adulto. Este juego es muy serio, y te lo juegas todo en él. Nadie aparecerá nunca del vacío y se encargará de sacarme de apuros y arreglarlo todo, porque eso es algo que nadie puede hacer…».

Y de repente toda aquella extrañeza impalpable se esfumó de la habitación, y sólo se pudo captar la tensión eléctrica. Pero ahora no parecía tan peligrosa, y no había tantas probabilidades de muerte.

—Échame una mano con Zillah —dijo Nada mirando a Molochai, y después se volvió hacia Twig—. Sal y ve poniendo en marcha el motor de la camioneta.

Los ojos de Twig volvieron a encenderse, y durante un momento Steve pensó que el chico había ido demasiado lejos; pero Twig se limitó a dejar escapar el aire que había estado conteniendo en un ruidoso bufido —Steve captó un olor a sangre podrida— y salió de la habitación.

Nada y Molochai pasaron los brazos de Zillah sobre sus cuellos y le ayudaron a incorporarse. Nada miró a Steve. Tenía los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas que parecían a punto de desbordarse, pero intentaba sonreír. La tristeza y el orgullo luchaban en su rostro.

—No he permitido que os hicieran daño —dijo—. Ahora quizá me creerás… Nunca tuve la intención de que ocurriera nada de todo esto.

La tensión y el deseo de luchar se estaban disipando dentro de él. Y Steve se sentía más y más débil a cada momento que pasaba.

—Lo único que quiero es que salgas de aquí —dijo—. Quiero que todos vosotros salgáis de aquí…

—No te preocupes, ya nos vamos.

Nada miró a Fantasma, y la expresión de calma impasible que había compuesto con tanto esfuerzo pareció agrietarse un poco, pero enseguida se recuperó.

Steve miró al chico y sintió que una parte de su ira se disipaba. Flaco y bastante sucio, vestido con ropas harapientas y ese maldito tinte negro que pregonaba a gritos su falsedad… A juzgar por su aspecto llevaba semanas sin disfrutar de una comida decente o una buena noche de sueño, pero aun así estaba envuelto por un aura de dignidad extraña e inocente. Sus rasgos eran hermosos, puros y conmovedoramente jóvenes; y cuando se irguió con Zillah apoyándose en él, su rostro adquirió una nueva expresión, algo que sólo podía definirse como una especie de santidad o como la sensación de estar donde tenía que estar, de haber llegado por fin al sitio que llevaba buscando desde hacía tanto tiempo.

Y el cambio que se había operado en el chico hizo que los chiflados le parecieran más horribles y amenazadores que nunca.

Fantasma estaba mirando fijamente a Nada. Al despertar había sabido algo sobre Nada y sobre su pasado. Un bebé…, un laberinto de calles que brillaban con la alegría de las fiestas…, un charco de sangre que se iba extendiendo lentamente sobre un suelo de madera… No tenía ni idea de cómo había llegado a saberlo, pero sabía sin lugar a dudas que Nada estaba relacionado con los malos tiempos que se acercaban y que quizá ya estuvieran allí. Ahora casi todo se había esfumado, aunque Fantasma sabía que si se esforzaba conseguiría recuperarlo.

Pero en vez de esforzarse por volver a establecer el contacto, Fantasma hizo algo que no podía recordar haber hecho nunca con anterioridad. Intentó cerrar su mente a la presencia de Nada, intentó impedir que entrara en contacto con la de Nada y que compartiera los secretos de Nada. No quería saber quién era Nada en realidad, ni de dónde había venido o adonde iba. No quería sentir el dolor de aquel chico, porque no podía hacer absolutamente nada para aliviarlo. El chico estaba perdido. Quizá aún no lo sabía…, pero lo que más asustaba a Fantasma era que cabía la posibilidad de que lo supiese. Sí, quizá lo sabía muy bien… Quizá había elegido esa perdición.

Zillah estaba casi inconsciente y se bamboleaba entre los dos cuerpos que sostenían su peso. Por debajo de la sangre y de la hinchazón su rostro seguía siendo andrógino y casi insoportablemente hermoso, de la misma manera en que una estatua o una máscara pueden ser hermosas: simétricas y perfectas, pero frías, sin color y sin vida. Sus labios empurpurados por el carmín y la sangre se tensaban sobre sus dientes destrozados. Las pupilas que acechaban detrás de las rendijas de los ojos ardían con el fuego de la amargura, y tenían el color del veneno.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Fantasma—. ¿Está…?

Se calló y abrió mucho los ojos. Una voz átona que parecía carecer de sexo había empezado a hablar de repente dentro de su cabeza.

«No, no me encuentro nada bien —dijo la voz—. Sufro un dolor terrible porque el idiota de tu amigo me sorprendió con su bate de béisbol y porque mi propio amante me ha traicionado en homenaje a esas estúpidas canciones vuestras que no valen una mierda. ¿Y qué más da? Puedo aguantar el dolor. Ya pasará… Y si decido volver y cobrarme el dolor que he sufrido haciendo que vuestros pellejos conozcan un dolor

mucho más terrible… entonces lo haré, mi hermoso vidente. O, si lo prefieres, meteré mi lengua por tu boca y haré que baje a lo largo de tu garganta, y te corromperé con mi saliva; o, si te gusta más esa idea, te arrancaré la piel y luego te besaré con la sangre de tu propio corazón manchando mis labios. ¿Qué, todavía no te sientes tentado?».

—No —dijo Fantasma—. Sal de mi cabeza.

No estaba seguro de si había hablado en voz alta, pero no importaba que lo hubiese hecho o no. Sabía que Zillah podía oírle. La voz se hinchó en una marea de carcajadas lúbricas y salvajes. Fantasma pensó en un alma negra, una criatura sin moral y sin pasiones salvo aquellas que podían ser satisfechas un instante después de que hubieran surgido, un niño enloquecido que podía entregarse a rabietas incontrolables y horriblemente destructivas.

Fantasma descubrió que sólo podía ver a Zillah y a los demás a través de un velo de lágrimas. Las lágrimas no estaban allí por la espantosa sensación que acababa de experimentar cuando la intimidad de sus pensamientos había sido violada por un ser semejante, sino por Nada; por aquel muchachito callado de rostro flaco y entristecido que llevaba el cabello teñido de negro…, por aquel chico que amaba a Zillah con toda su alma.

—Basta —dijo Nada—. Por favor… Basta todo el mundo. Nos vamos ahora mismo.

Tiró de Molochai y Zillah en dirección a la puerta.

No había querido causar todo aquel dolor. ¿Cómo podía saber que ocurriría algo semejante? Nadie le había dado muchas lecciones. Oh, sí, le habían enseñado cómo abrirse paso a través de la resistencia de la carne, cómo arrancar la última gota de sangre de un cuerpo frío y flácido que hacía muy poco tiempo aún estaba vivo y caliente…, pero nadie se había sentado ante él para explicarle con qué veloz inexorabilidad empezaría a escurrírsele de entre los dedos el otro mundo, ése que Nada suponía debía ser conocido como «el mundo diurno». Zillah no le había dicho: «Ahora nosotros y los demás de nuestra especie somos todo tu mundo. Somos los únicos amigos que puedes tener ahora»…, o como quizá lo hubiesen expresado Molochai y Twig: «Los demás sólo son combinados que apurar».

Volvió la cabeza para contemplar a Fantasma por última vez. Deseó poder meterse en la cama y acostarse a su lado, tirar del montón de colchas de retazos multicolores y mantas no demasiado limpias y envolverse en él y dormir entre los brazos de Fantasma. Fantasma sería un amigo, no un amo salvaje y depredador como era Zillah. Si Fantasma pudiese llegar a amarle, Nada quizá aún tendría alguna capacidad de elección respecto a lo que iba a ser el resto de su vida.

Pero Fantasma no quería que se quedara allí. Y, de todas formas, ¿a qué venían esos pensamientos? Nada había hecho su elección y, en realidad, ni siquiera se trataba de una elección. Había vuelto a casa, y eso era todo.

Steve se levantó para asegurarse de que los chiflados se marchaban. Los enormes

ojos oscuros del chico estaban nublados por las lágrimas y el maquillaje, y Steve sintió una punzada de compasión por él. No podía tener mucho más de trece años, y lo que tendría que estar haciendo en esos momentos era dar una calada a su primer porro o sobar a su primera chica, no entrar por la fuerza en casas ajenas acompañado por unos gilipollas como aquéllos…, pero era el chico quien debía hacer esa elección. La compasión no podía ayudarle. Steve volvió la mirada hacia Fantasma, pero Fantasma se había vuelto de cara a la ventana como rehuyendo los ojos de todos los presentes.

Steve les siguió por el pasillo hasta la sala de estar.

—No salgáis por donde habéis entrado, ¿de acuerdo? —dijo—. Será mejor que utilicéis la puerta.

El chico —Nada, qué nombre tan extraño, y en realidad y si pensabas un poco en ello, qué nombre tan jodidamente asqueroso— se volvió en el umbral y miró a Steve, y Steve volvió a ver la esencia de la infancia perdida ardiendo en aquellos ojos oscuros. La inocencia oscura, la tristeza condenada y la vergüenza…, todo estaba allí.

—Lo siento —repitió Nada.

Steve sintió el inexplicable y ridículo deseo de tranquilizarle diciéndole que daba igual, que olvidara todo lo ocurrido; pero en ese instante Zillah alzó la cabeza y miró a Steve. Sus ojos estaban opacados, y los restos destrozados de su nariz y de su boca seguían rezumando una sangre espesa y casi negra. Steve esperaba que hubiese quedado bien jodido para los restos —daños cerebrales, quizá y con un poco de suerte—, pero Zillah logró que sus labios hinchados se despegaran el uno del otro y fue capaz de mover su boca para escupir cuatro palabras impregnadas de amargura.

—Pagarás muy caro esto —dijo.

Steve dio un paso hacia él.

—¡FUERA DE AQUÍ, JODER!

Le daba igual que ya tuviese la nariz fracturada y el labio destrozado, porque iba a…

Pero Molochai y Nada se movieron muy deprisa. Arrastraron a Zillah a través del porche y bajaron los peldaños. Steve vio una camioneta negra cubierta de polvo y mugre aparcada al final del camino, cuyo tubo de escape ya soltaba nubéculas de humo. Pensó en tratar de anotar el número de la matrícula, pero sabía que no llamaría a la policía. Los polis disfrutaban metiéndote entre rejas por beber cuando no tenías la edad legal o por posesión de maría, pero no se tomaban demasiado bien el que quisieras que hiciesen otras cosas aparte de divertirse.

Steve cerró la puerta dando un golpe seco. Tres sombras —una grande y bastante maltrecha; dos delgadas, no muy altas y encorvadas— se deslizaron de un extremo a otro de la ventana, y un instante después ya habían desaparecido.

Volvió al dormitorio de Fantasma. Fantasma yacía de espaldas sobre la cama con los ojos clavados en las estrellas del techo, y sus manos reposaban nacidamente sobre la manta. Steve se sentó en el borde de la cama.

—Mierda —dijo—. Y seguimos teniendo que actuar esta noche…
—Estarán allí —dijo Fantasma con una certeza absoluta e inconmovible.

20

La camioneta negra estuvo recorriendo Missing Mile durante una hora. El pueblo era tan pequeño que pasaron cuatro o cinco veces por delante de los mismos sitios. Nada permanecía inmóvil con el rostro pegado al cristal de la ventanilla. Zillah seguía bastante aturdido a causa de los golpes recibidos, y estuvo acostado sobre el colchón durante un buen rato.

Nada pensaba en cómo se había lanzado a través de la habitación y había impulsado a Zillah contra la pared y en lo mucho que debía de haberle dolido, y se sentía terriblemente culpable. Ni siquiera había pensado en lo que iba a hacer. Había visto el bate de béisbol en las manos de Zillah disponiéndose a caer sobre el cráneo de Fantasma; y había sabido que si no hacía algo y deprisa, la muerte de Fantasma quedaría incrustada para siempre en su corazón.

Ahora Zillah quizá decidiría abandonarle en algún lugar de la autopista, o quizá le matarían entre los tres y sus lenguas y sus dientes se enterrarían en las partes más blandas y delicadas de su cuerpo tal como él había hecho con Laine. Nada descubrió que apenas le importaba lo que pudiera ocurrir. La había cagado. Había intentado conseguir todo lo que deseaba en un instante, y ahora todo eso se estaba esfumando desagüe abajo como un remolino de agua sucia.

Zillah acabó irguiéndose y contempló con expresión lúgubre las tiendas polvorientas, la gasolinera con sus surtidores anticuados y su fachada de madera y el molinillo de viento psicodélico de color rojo y azul que se movía incesantemente en el escaparate del Disco Giratorio. La cabeza de Zillah no tardó en inclinarse hacia adelante hasta quedar apoyada en las rodillas, y cuando Nada intentó abrazarle Zillah se apartó de él.

Nada había visto en más de una ocasión como sus antiguas amistades utilizaban ese tipo de conducta entre ellas. Cuando uno de los primeros novios de Julie le regaló entradas de la fila veinte para un concierto de The Cure con ocasión de su cumpleaños en vez de las entradas de la fila diez que ella quería, Julie pareció sufrir un proceso de aflicción y congoja de proporciones casi cósmicas. Se encerró en su habitación y se dedicó a leer los poemas de Sylvia Plath y Anne Sexton. Su ya flaco cuerpo perdió cinco kilos más. Cuando alguien intentaba hablar con ella en la secundaria, Julie guardaba un silencio melodramático que duraba varios segundos y acababa meneando lentamente la cabeza antes de dar la vuelta y marcharse sin haber abierto la boca. En resumen, que Julie estuvo de morros durante una semana.

Ahora Zillah estaba haciendo exactamente lo mismo. Ser manipulado de aquella manera no irritaba demasiado a Nada —sabía que se lo merecía porque era el culpable de que Zillah hubiese salido tan malparado—, pero lo que más le irritaba era que el truco funcionase. Nada era responsable del palio de tristeza y negrura que había caído sobre el día. El hermoso rostro de Zillah estaba casi totalmente destrozado, y eso por sí solo bastaba para que Nada tuviera la sensación de haber

orinado sobre la Mona Lisa o algo por el estilo. Nadie estaba flipado, y hasta el momento nadie había empezado a beber. La atmósfera de festividad ambulante habitual en la camioneta había desaparecido, y el estado anímico que la había sustituido no podía resultar más deprimente. Nada se preguntó por primera vez cuántos años tendrían los demás. Al principio había pensado que eran más viejos y sofisticados que él, pero en aquellos momentos se estaban comportando como una pandilla de adolescentes que están cabreados los unos con los otros, pero que no tienen muy claro el porqué de su cabreo.

Cuando pasaron por tercera vez delante de la tienda de discos, Twig redujo la velocidad y señaló un cartel sujeto con cinta adhesiva al escaparate.

—Eh, chaval, mira eso.

Nada volvió la cabeza hacia el escaparate. El cartel era una fotocopia granulosa muy parecida a la que mostraba la lápida en la cinta de ¿Almas Perdidas?; sólo que en vez de lápida había la foto de un ángel de piedra con las alas desplegadas, una mano levantada en un gesto de advertencia o de bendición y la mirada de idiota clavada en el suelo. Escrito encima de la foto en grandes letras llenas de curvas y adornos se leía ¿ALMAS PERDIDAS? ESTA NOCHE EN EL TEJO SAGRADO.

—¿Dónde está el tejo sagrado? —quiso saber Molochai—. ¿En el cementerio?

—Debe de ser un club —dijo Nada, y de repente comprendió que acababa de tomar una decisión. Zillah quizá se alegraría al ver que se había librado de él; y si no…, bueno, siempre podían matarle allí mismo, en pleno centro de Missing Mile—. Déjame donde quieras —dijo volviéndose hacia Twig—. Voy a asistir a ese concierto.

Twig redujo la velocidad.

—¿Te largas? ¿Justo cuando las cosas empezaban a ponerse realmente interesantes?

—Bueno, por lo menos tendríamos que comérnoslo crudo antes, ¿no? —dijo Molochai con un murmullo casi ensordecedor.

Zillah pareció despertar. Alzó la cabeza y miró a Nada. Nada le devolvió la mirada durante un momento interminable mientras intentaba comprender lo que estaba viendo. La piel desgarrada de la boca de Zillah estaba curándose a sí misma, y su aspecto ya se encontraba mucho más cerca del rosa liso del tejido cicatricial recién formado que de una herida abierta. El cartílago aplastado de su nariz se enderezaba y se reconstruía a sí mismo, y sus encías seguían sangrando…, pero no a causa de los dientes que había perdido. Sangraban porque dientes nuevos estaban asomando de ellas, y las puntas, de un blanco reluciente, ya habían empezado a abrirse paso a través de la blandura rosada de la carne nueva.

—Esto es condenadamente jodido —dijo Zillah.

Nada bajó la vista.

—Lo sé.

—Cada segundo de regeneración es una auténtica agonía. Puedo sentir cómo cada célula se estira intentando llegar hasta la célula que tiene más cerca, y cada

terminación nerviosa aúlla de dolor. Ah, ¿y sabes cuándo me tuvieron que sacar a rastras de un sitio por última vez? ¿LO SABES?

—¿Cuándo fue eso?

—En 1910. Tenía más o menos tu edad… Un oficial de artillería muy guapo y muy joven se había encaprichado de mí en Savannah, Georgia. Bueno, hice que me llevara a una fiesta de su compañía fingiendo ser su hermano pequeño, y una vez allí sirvieron un ponche tan potente que habrías podido utilizarlo para embalsamar cadáveres. Estaba hecho con vino, ron, ginebra, coñac, *whisky*, champán…

Nada pensó en un brebaje que él y Laine habían preparado, dentro de una jarra de cristal con cierre hermético para guardar conservas, cuando estaban aprendiendo a beber. La receta era muy sencilla: un par de centímetros de cada botella que hubiera dentro del armarito de las bebidas de sus padres. Después tuvieron náuseas durante días, pero ya no les quedaba absolutamente nada dentro del estómago para vomitarlo.

—Perdí el control de mí mismo. Le rompí el brazo a una dama encantadora, le atravesé el pezón izquierdo con los dientes y le arranqué un ojo. Hicieron falta cinco hombres para dejarme sin sentido y sacarme de allí. Me ahorcaron de un roble, y cuando se fueron tuve que arreglármelas yo solo para bajar de allí. Y desde entonces no me había ocurrido nada semejante, ¿comprendes? ¡NO HABÍA VUELTO A OCURRIRME NADA PARECIDO HASTA EL DÍA DE HOY!

El rostro de Zillah se había movido hasta quedar a un centímetro escaso del de Nada; y Nada pudo ver cómo las partículas de piel nueva se iban formando en el labio de Zillah, extendiéndose poco a poco en forma de telaraña que se iba espesando hasta recrear el labio.

—Comprendo —dijo—. Bien, me voy.

Zillah le miró fijamente.

—No —murmuró—. No, no debes hacerlo. —Una extraña sonrisa aleteó sobre sus rasgos a medio curar—. Tus amigos no han sufrido ningún daño, ¿verdad? Y tú has aprendido la lección… ¿Por qué no nos quedamos y vamos a la actuación contigo?

Y después Zillah, por fin, extendió sus manos hacia él. Las palmas estaban vueltas hacia arriba, y los dedos temblaban levemente. Nada estaba casi seguro de que el temblor era auténtico…, casi. Cogió las manos de Zillah entre sus dedos y las besó.

Steve se sintió muy inquieto durante todo el resto de la tarde. Fantasma observó cómo se entregaba a lo que en Steve Finn era el equivalente a ir y venir de un lado a otro. Steve empezó doblando su largo cuerpo en el sofá obligándole a adoptar cien posiciones distintas. Después se cubrió con una colcha llena de agujeros e intentó leer. Cogió primero su guitarra y luego su banjo, pero acabó dejándolos en el suelo sin haber pulsado una sola cuerda. Sacó del armario una vieja caja de zapatos llena de

todo el material escrito que le había ido enviando Ann, cartas y notas y postales con mensajes tan breves como extraños. Steve empezó a deslizar un dedo sobre un sobre y arañó el sello con la uña desprendiéndolo lentamente del papel. Después hizo lo mismo con un segundo sello. Cuando empezó a repetir la operación con un tercero, Fantasma se puso en pie y salió de la habitación.

Se quitó la ropa y se enroscó en la cama. Permaneció inmóvil durante una hora escuchando las voces de almíbar oscuro de la emisora evangélica que brotaban de la radio mientras intentaba no pensar en los desconocidos que habían irrumpido en su casa. Estaba seguro de que había soñado con Nada. Para Fantasma tener un sueño sobre algo que iba a hacer en el futuro o sobre alguien con quien se iba a encontrar dentro de poco, era tan normal como recibir una llamada telefónica de un amigo.

Un recuerdo volvió a su mente, algo relacionado con el nombre Zillah. El vendedor de flores había mencionado aquel nombre, y su pálido rostro se había alzado hacia Fantasma con una expresión anhelante cuando lo pronunció. «¿Tienes noticias de Zillah?», había dicho. Sí, ésa era la conexión… Pero Fantasma seguía sin saber quiénes eran o por qué habían venido a Missing Mile, y tres de los visitantes de hoy tenían un aspecto que le había hecho pensar en los gemelos de la colina. Aquella especie de extraño brillo lustroso, la apariencia de estar bien alimentados y, sin embargo y al mismo tiempo, de padecer algún indefinible problema de salud…

Nada no tenía ese aspecto o, por lo menos, todavía no; pero estaba claro que los otros eran veteranos especializados con mucha experiencia en la variedad de dolor y muerte que podían suministrar a sus clientes, fuera cual fuese esa variedad. Fantasma sólo sabía que no le habían parecido totalmente humanos, aunque a juzgar por las señales de mordiscos recientes en la mano de Steve y los morados que habían aparecido en las muñecas y las piernas de Fantasma allí donde Molochai y Twig le habían sujetado para mantenerle inmovilizado, eran mucho más corpóreos que los gemelos de la colina.

Bueno, de momento el no pensar en ellos se le estaba dando realmente bien. A última hora de la tarde Steve asomó la cabeza por el hueco de la puerta, y Fantasma se alegró de verle.

—Vamos a hacer la prueba de sonido —dijo—. Podemos bebernos un par de latas de cerveza antes de la actuación.

Fantasma se vistió a toda velocidad con un par de tejanos llenos de desgarrones que sacó del armario, una camiseta muy holgada, un suéter y su chaqueta del ejército, y completó el conjunto con su sombrero de paja adornado por cintas de colores. Cuando salió, Steve estaba inmóvil junto a la puerta principal haciendo sonar el picaporte, con el estuche de la guitarra colgando de la mano, y lanzaba rápidas miradas a la ventana cada cuatro o cinco segundos. Fantasma decidió no hablar de los visitantes…, al menos todavía no. Steve ya sacaría a relucir el tema si lo deseaba.

Fantasma sintió un gran alivio al entrar en el T-bird y poder reclinarse en el asiento dejando que la carretera fría y desierta desfilara velozmente; y permitió que

Steve desahogara su frustración con el volante, el pedal del acelerador y la radio cuyo dial giraba salvajemente de un lado a otro como si estuviera vengándose de la música. Las carreteras estaban prácticamente vacías aquella noche. Fantasma vio una camioneta azul llena de manchas de óxido con la plataforma trasera ocupada por un montón de calabazas que reflejaban la pálida luz anaranjada de la luna. Vio un autobús Greyhound que avanzaba en dirección norte. El nerviosismo de Steve estaba empezando a tensar la atmósfera en el interior del T-bird, y Fantasma sabía que aquella noche Steve pillaría una borrachera de las que hacían época.

Bueno, qué infiernos… Él haría lo mismo. Quizá.

Pero esperaría a que hubieran acabado de tocar.

Llegaron a El Tejo Sagrado e hicieron la prueba de sonido. Fantasma se sentó al borde del escenario y balanceó las piernas hacia adelante y hacia atrás mientras oía cómo Steve maldecía el pésimo sistema de megafonía del local y, de vez en cuando, acercaba los labios al micrófono para canturrear unas cuantas estrofas. Cuando la prueba hubo terminado, Steve fue en línea recta hacia el bar, una sala independiente que estaba en la parte de atrás del local. Fantasma le siguió deslizando los dedos sobre el mural creado con rotulador, Magic Marker y huellas de manos que cubría la pared. Fantasma había dibujado una parte de ese mural. Kinsey tenía rotuladores y pinturas detrás de la barra, y cualquier persona que quisiera aportar algo al mural podía hacerlo.

Fantasma conocía cada rincón de El Tejo, cada una de las baldosas de adorno color oro viejo que Kinsey había adherido a las paredes y al techo y cada inscripción de los lavabos. Cuando tocabas en un club cuarenta semanas al año, el local tenía que acabar convirtiéndose en tu hogar.

Steve le entregó una lata de Budweiser en cuanto Fantasma entró en el bar. Kinsey Hummingbird se estaba ocupando de la barra, y les sonrió con esa sonrisa de afabilidad un poco inexperta tan típica de él mientras colocaba una segunda cerveza delante de Steve, quien empezó a tomar tragos de ella en cuanto se hubo terminado la primera.

Fantasma se limitó a tomar un sorbito —no la necesitaba, ya que esa noche bebería música— y se dedicó observar a los chicos que iban entrando en el club. Había estudiantes universitarios de Raleigh, tipos raros y medio colgados como Steve y Fantasma; estudiantes de la secundaria de Windy Hill, la comuna de los *hippies*-cuáqueros, pero casi ninguno de la escuela del condado, donde todos los estudiantes eran devotos del *heavy*. También había chicos más jóvenes: chicos de los primeros años de la secundaria que fumaban Marlboro y Camel, chicos que intentaban fingir que estaban de vuelta de todo y sólo conseguían dar la impresión de que se estaban aburriendo horrores; chicos con rostros de expresiones abiertas e inocentes y sonrisas fáciles, chicos de larga melena oscura y ojos ribeteados de rimmel, chicos con cicatrices de navaja de afeitar en las muñecas, chicos que ya estaban hartos de la vida, chicos que disfrutaban la maravillosa experiencia de estar vivos y un poco borrachos

y ser más jóvenes de lo que volverían a sentirse jamás…

Mientras permanecía inmóvil entre ellos captando su dolor y su exuberancia y dejaba que su estupidez, su terror y su belleza rozaran su mente, Fantasma pensó que eran increíblemente jóvenes. Ah, sí, eran muy jóvenes y lucían sus joyas baratas compradas en las tiendas de empeños, sus tejanos desgarrados y sus ropas negras como si fueran las insignias indicadoras de que eran miembros de un club oscuro y esotérico, un club que exigía como requisito ineludible para tener acceso a él emborracharse de lo que fuese —licor barato, medianoches lluviosas, poesía o sexo —, un club que te obligaba a enamorarte de grupos desconocidos y a aprender el arte de estar despierto a las cuatro de la madrugada, con la mente llena a reventar de terrores y esos sueños imposibles que sólo llegan durante la vigilia.

Ninguno de aquellos chicos era Nada. Fantasma buscó el impermeable de seda, la lacia cabellera negra y las tres siluetas acechantes que rodearían al chico; pero Nada no estaba allí aunque muchos de aquellos chicos tenían su mismo aspecto, los mismos ojos enormes con ribetes negros y la expresión de superviviente de un bombardeo, y las mismas manos pálidas que no paraban de moverse nerviosamente en todas direcciones. Fantasma esperaba que Nada no viniera al club, al menos no en compañía de aquellos tres tipos…, pero sabía que estarían allí.

Una parte de su ser anhelaba la presencia de aquel chico, y deseaba desesperadamente la tristeza de su rostro y esos ojos que sólo pedían seguir siendo jóvenes. Fantasma sintió el deseo de agarrar a Nada por las solapas y alejarlo de sus compañeros, de decirle que algunas veces todo podía estar bien y seguir así, que el dolor no tenía por qué acompañar necesariamente a la magia y que no había ninguna razón por la que la infancia debiera terminar algún día; pero incluso mientras experimentaba aquel deseo casi irresistible, se preguntó si Nada no sabría ya todo eso cuando había hecho su elección, fuera cual fuese ésta.

Saber cuál era la elección correcta no siempre resultaba fácil, pero aun así Nada tenía que escoger. Cuando despertó, Fantasma había sentido cómo Nada hacía esa elección allí mismo, en el dormitorio, y se había dado cuenta de que el chico había envejecido un poco al escoger. Había sido algo muy difícil de explicar con palabras, como si su mente se debatiera intentando abarcar algo que nunca podría entender del todo; la sensación había resultado muy extraña y no había mucho sobre lo que Fantasma pudiera utilizar su capacidad de empatía. Después se recordó a sí mismo que no había llegado a intentarlo en serio y que, de hecho, no había querido intentarlo.

Y de repente Steve le cogió del brazo y tiró de él arrastrándole por entre el gentío en dirección al escenario. Fantasma sintió el estremecimiento casi imperceptible de algo parecido al viejo pánico a salir a escena y algo parecido a la euforia fruto de una intoxicación salvaje e incontrolable, ese fugaz momento en el que todo gira alrededor

de tus ojos y eres incapaz de mantenerte erguido o de confiar en tus ojos.

Manos surgidas de la nada tiraron de las ropas de Fantasma y de las cintas multicolores de su sombrero de paja, y fue saludado por una multitud de voces jóvenes. Sintió el roce de sus dedos y de sus mentes; y respiró el humo que brotaba de sus cigarrillos, y un instante después ya estaban entrando atropelladamente en el escenario, Steve y Fantasma. ¿Almas Perdidas? disponiéndose a tocar de nuevo.

Steve arañó su guitarra y dejó en libertad al primer grito tintineante y melodioso de la noche. Fantasma echó un vistazo a la lista de temas a interpretar sujeta al suelo con cinta adhesiva que había sido garabateada por la caligrafía casi ilegible de Steve, y las palabras de la primera canción brotaron aleteando del vacío hasta posarse en sus labios. Fantasma fue hacia el micrófono y lo agarró con las dos manos.

—No vayas a la playa… —murmuró—. Fíjate, los leones acaban de llegar…

El roce de su voz hizo que el público se balanceara de un lado a otro como un solo ser. Fantasma contempló aquellos rostros tan jóvenes, bañados por la tenue claridad de las luces del escenario, que se alzaban hacia él, los rostros todavía frescos y sin arrugas, los rostros muy pálidos de huesos huecos cuyos ojos estaban enmarcados por líneas negras.

Y en el centro de la multitud estaba Nada, no balanceándose de un lado a otro sino totalmente inmóvil, el rostro alzado hacia arriba al igual que los demás, los ojos muy grandes y llenos de sombras. Sus tres amigos también estaban allí, inmóviles a su alrededor y muy cerca de él. Zillah tenía la vista clavada en el suelo, y su rostro quedaba envuelto en la oscuridad. Uno de los dos más corpulentos dio un codazo a Nada y le gritó algo al oído, pero Nada se limitó a menear la cabeza y siguió con los ojos fijos en Fantasma.

Cuando la primera canción llegó a su fin, Zillah alzó la mirada hacia el escenario. Fantasma tenía las luces delante y se encontraba a cinco metros de distancia, pero incluso así pudo ver que el rostro de Zillah volvía a ser tan perfecto como una máscara. Su nariz estaba recta, sus labios sensuales y lustrosos. No había morados, no había hinchazón.

Zillah se dio cuenta de que Fantasma le estaba mirando y sonrió.

Y la sonrisa mostró toda una dentadura de dientes afilados y relucientes.

Fantasma se sobresaltó tanto que olvidó la letra de la siguiente canción. Steve estaba intentando darle el pie, pero Fantasma no podía mirarle, no podía apartar la cabeza de aquella boca llena de dientes perfectos. ¿A qué se estaban enfrentando? ¿Qué infiernos había decidido visitar Missing Mile?

El momento de silencio se fue estirando más y más hasta que se volvió insoportable. Steve había ido al fondo del escenario, y estaba toqueteando el equipo en un intento de cubrir a Fantasma. Dos de las canciones que interpretaban exigían una pista de bajo y batería pregrabada, y Steve estaba girando diales que no necesitaban ser girados y ajustaba niveles de sonido que ya habían sido ajustados previamente. Pero ¿durante cuánto tiempo podría seguir fingiendo? ¿Dónde estaban

las palabras de Fantasma?

Fantasma acabó logrando apartar la mirada de la sonrisa resplandeciente de Zillah y volvió a contemplar el mar de rostros, y el hechizo quedó roto. Así que Zillah tenía unos dientes nuevos y una piel nueva, ¿no? Bueno, ¿y qué? Fantasma y Steve tenían que ofrecer una actuación. Aquellos rostros tan frágiles no podían ser desviados, y la llama de aquellos corazones ardientes no podía ser extinguida por la desilusión. Fantasma sintió que la ira se iba adueñando de él, y pensó que tenía todo el derecho del mundo a enfurecerse. ¿Hipnotizado por una sonrisa? ¡Vamos, si era el truco más viejo del manual…! Pero ahora ya no podía volver caer en la trampa. Tenía que cantar.

Steve le estaba mirando fijamente, medio cabreado y medio asustado. Fantasma golpeó el suelo tres veces con el pie y movió la cabeza indicando a Steve que ya podían empezar, y cuando Fantasma volvió a cantar las palabras brotaron de él como un río de oro.

Interpretaron *Cielo de mandragora*, una canción con una extraña melodía de campanas y carillones, la primera que Fantasma había compuesto más o menos por sí solo; y después interpretaron algunas de sus canciones más antiguas, todas ellas temas rockeros. Fantasma empezó a embriagarse con la música. Cuando se dio cuenta de que estaba oscilando lentamente a un lado y a otro se agarró con más fuerza al micrófono.

El público era un mar. La música tenía un tirón tan potente como el de la corriente del río Mississippi, y Fantasma podía ser arrastrado y podía acabar ahogándose en ella; pero ahogarse quizá fuese una experiencia maravillosamente dulce. La voz era como vino espeso en su garganta. Las manos pálidas la agarraron y fueron elevándola poco a poco sobre la nube de humo perfumado que brotaba de los cigarrillos de hierbas aromáticas. Fantasma cantó todavía con más entusiasmo para y por aquellos niños, y permitió que su voz remontara el vuelo, la forzó haciendo que sonara ronca y a punto de quebrarse, y la estiró en un aullido que era como un cable de oro resplandeciente.

La electricidad chisporroteaba entre él y Steve. Fantasma tensó las manos ante él y alzó el rostro hacia las baldosas doradas del techo. Steve meneaba la cabeza tan frenéticamente como si se hubiera vuelto loco, y su cabellera parecía una nube negra garabateada alrededor del cráneo. Gotas de sudor que parecían centellear siseaban al caer sobre su guitarra, y llovían sobre el público y sobre el rostro de Fantasma. Fantasma se lamió el sudor de los labios e intentó respirar. Ya no le quedaba aliento, el público se lo había llevado todo. Lo único que había en su interior era la canción que crecía y crecía interminablemente, y si no permitía que se escapara, su corazón acabaría estallando.

Fantasma se había olvidado por completo del nuevo rostro perfecto de Zillah.

Al final Steve se reunió con Fantasma delante del micrófono para hacer de voz de fondo en la última canción. Era *Mundo*, la canción con la que siempre terminaban sus

actuaciones. Los dedos de Steve acariciaban las cuerdas y se demoraban sobre ellas haciendo que tintinearan. «Mundo sin equilibrio…», cantó Fantasma, y Steve entonó el estribillo de acompañamiento, «Mundo sin fin…», cantándolo con su voz de tenor un poco incontrolada de siempre; pero aquella noche Steve cantó mejor de lo que jamás había cantado antes. Seguía cantando bastante mal, pero su voz parecía haber adquirido una pureza nueva, una ronquera nacida de la cerveza y la pena. El público se puso de puntillas. «NO TENEMOS MIEDO —cantó Fantasma echando los hombros hacia atrás y obligando a su voz a que hiciera un esfuerzo todavía mayor—. NO TENEMOS MIEDO», y Steve cantó a su espalda, «Que venga la noche, que venga la noche». La humedad que había en su cara no era más que sudor, o eso afirmaría él luego; y Fantasma no se atrevería a tratar de llevarle la contraria por nada del mundo. «No tenemos miedo», susurró, y el público respondió en otro susurro. «Que venga la noche…».

Steve guardó la guitarra en el estuche, lo cerró y fue hacia el bar. Ya estaba medio borracho, y no se dio cuenta de que Kinsey Hummingbird no estaba atendiendo la barra hasta que recibió la cerveza que acababa de pedir. Aquel camarero era todavía más alto y más pálido, y tenía un aspecto muchísimo más raro, pero Steve no recordaba haberle visto antes. Una impresión muy vaga de gafas de sol y un sombrero negro cruzó velozmente por su cabeza. No significaba nada para él y la olvidó enseguida.

Fantasma se había perdido entre el gentío. Steve volvió la mirada hacia el bar, y vio una cabellera rizada envuelta en un pañuelo teñido. Era Terry Buckett, el propietario de Disco Giratorio —la tienda de discos donde trabajaba Steve—, quien había tocado la batería en su cinta pregrabada de acompañamiento y asistía de vez en cuando a sus actuaciones. Terry había estado fuera de la ciudad recientemente, y cuando vio a Steve hizo una seña al camarero y pidió que les sirviera dos cervezas más. El camarero sacó dos botellas de National Bohemian de la nevera. Terry siempre las llamaba Natty Bohos. Steve opinaba que sabían a meados de marmota, pero Terry invitaba y tenía derecho a escoger.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Steve después de haber tomado un buen trago de cerveza.

—He estado viajando durante dos semanas, tío. Eh, hablo en serio…, he estado viajando en moto. ¿Sabes que he estado en Nueva Orleans? —Steve lo sabía, y de hecho había hablado de ello con Terry en el trabajo, pero Terry hablaba con tanta gente que solía olvidar quién estaba al corriente de las novedades y quién no—. Verás, en el Barrio Francés hay un bar… —El recuerdo casi le estaba haciendo babear— donde sirven jarras de cerveza de barril a veinticinco centavos cada noche de martes. Y además ponen los mismos dos álbums de Tom Waits una y otra vez durante toda la noche, *Blue Valentine* y *Heart Attack and Vine*…

Steve se imaginó el local. El suelo estaría bastante sucio y pegajoso, y la claridad azulada de un viejo neón que anunciaba cerveza bañaría las paredes. Los discos

crujirían un poco más cada nueva noche de martes, como si Tom sufriese un cáncer progresivo de laringe. Steve deseó estar allí sorbiendo la espuma de su quinta o sexta jarra mientras olvidaba todo lo que tuviera alguna relación con Missing Mile o El Tejo Sagrado. («Ésas no son las cosas que realmente quieres olvidar», dijo la vocecilla de un demonio dentro su cabeza. La vocecilla era lo suficientemente débil como para que Steve pudiera ignorarla, pero de todas maneras un par de cervezas más la ahogarían del todo). El bar de Terry parecía un sitio estupendo, desde luego, y Steve pensó que él y Fantasma quizá podrían coger el T-bird y visitarlo algún día.

—Sí, tío, en el Barrio Francés se pueden encontrar cosas realmente increíbles…, fuertes de verdad —dijo Terry. El nuevo camarero se había dado la vuelta y estaba muy ocupado llenando vasos de plástico, pero toda su espalda parecía escuchar—. Conseguí un cuarto de kilo de algo llamado Popocatepétl Púrpura. Un par de dosis de eso fumadas en pipa de agua te ponen la mente a cien, créeme…

—¿Alguien ha hablado de colocarse fumando una pipa de agua?

R. J. Miller se encaramó a un taburete al otro lado de Terry. El chaval flacucho constructor de máquinas hiperespaciales había crecido y se había convertido en un joven flacucho capaz de conseguir que un bajo sonara como el trueno de Dios, pero en aquellos momentos R. J. estaba haciendo un pulso con la cerveza y parecía ir perdiendo. Se tambaleó junto a la barra, y acabó logrando recuperar el equilibrio apoyándose en ella con los codos. Tenía las gafas torcidas, y se las subió por el puente de la nariz empujándolas con el índice.

—Eh, Steve… Una actuación impresionante, tío.

Terry le miró fijamente.

—¿Cuántas cervezas te has bebido?

—Tres —replicó R. J., y se echó a reír—. Venga, chicos, en serio… ¿Qué me decís de una fumadita en esa pipa de agua? ¿Queréis salir o qué?

—No eres lo suficientemente mayor para fumar —dijo Terry.

Su rodilla se movió por debajo de la barra y rozó a Steve. Steve miró hacia abajo. Terry tenía un paquete de Camels en la mano, y el grueso extremo retorcido de un porro asomaba del paquete. Steve cogió el porro y lo guardó en un bolsillo de los tejanos.

—Popocatetepétl Púrpura —dijo Terry en voz baja—. A juzgar por tu cara, creo que te sentaría bien algo fuerte.

Steve sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, lo cual era absurdo. Sus amigos le querían. Las chicas podían llegar a joderte la vida, pero siempre podías contar con tus amigos.

—He de encontrar a Fantasma —le dijo a Terry—. Quiero fumarme esto con él.

—Claro —dijo Terry—. Disfrutadlo, ¿de acuerdo?

Se volvió hacia R. J. y empezó a hablar de los clubs de *strip-tease* de la calle Bourbon. R. J. se había quedado dormido sobre la barra con la cabeza apoyada en los brazos, y su rostro parecía tan inocente y carente de edad como el de un bebé. Su

cuarta Natty Boho estaba intacta delante de él.

Steve se abrió paso a través del gentío con la botella de cerveza medio llena en la mano y buscó el faro adornado con cintas que era el sombrero de Fantasma. El aire olía a humo de clavo y especias y al almizcle polvoriento de las tiendas de ropa de segunda mano, y Steve vio boinas negras, cabelleras teñidas de muchos colores y la palidez del cuero cabelludo claramente visible debajo de los cortes paramilitares hechos con maquinilla eléctrica, pero Fantasma parecía haber desaparecido.

—Bueno, a la mierda —murmuró Steve por fin.

Fue hacia el lavabo de hombres. No podía llevar el porro encima durante toda la noche, y supuso que tendría que fumárselo entero sin ayuda. Ah, la vida era realmente dura…

Cerró la puerta detrás de él y hurgó en su bolsillo buscando cerillas. ¡TERMINE LA SECUNDARIA POR SÓLO 50 DÓLARES!, le exhortó la tapa del librito de cerillas. La primera calada llenó los pulmones de Steve con una deliciosa humareda acre.

Cuando llevaba fumado medio porro, Steve llegó a la conclusión de que necesitaba urgente y desesperadamente un tatuaje. El tatuaje consistiría en una calavera sonriente con alas negras de murciélago recorridas por venas color rojo sangre, y la calavera apretaría una rosa entre sus dientes, y en el centro de los pétalos estaría escrito ANN con letras llameantes. La próxima vez que Steve se tropezara con aquella perra asquerosa le enseñaría el tatuaje; y entonces Ann sabría qué sentía Steve realmente por ella, y se moriría de puro remordimiento y culpabilidad.

Quizá aún tuviese tiempo de coger el coche e ir a Fayetteville aquella misma noche. Los salones de tatuaje estaban en Fayetteville, ¿no? Steve se guardó el porro en el bolsillo y se dispuso a salir del lavabo de hombres. Se llevó la botella de cerveza a la boca y sus ojos recorrieron a la multitud en busca de Fantasma, totalmente decidido a recoger el equipo, meterlo en el coche y salir disparado hacia Fayetteville; pero en vez de encontrar a Fantasma sus ojos se posaron en una chica que estaba hablando con Terry en el bar, una chica con una larga melena rubio rojiza bajo su sombrero de luto cosecha años 40. El rostro de la chica era enérgico y muy hermoso, y daba forma a las palabras con sus manos, y las manos estaban manchadas de pintura y eran delicadamente feas, y un cigarrillo Camel ardía entre el dedo índice y el dedo medio de la mano derecha.

En el tercer dedo de esa misma mano había un anillo, y los ojos de Steve lo vieron brillar. Estaba demasiado lejos de la chica para distinguir la forma del anillo, pero sabía muy bien cómo era: un par de corazones de plata y turquesa entrelazados. Él le había regalado aquel anillo, y Ann todavía lo llevaba.

Ann había venido para verle actuar aquella noche.

Steve empezó a retroceder hacia el lavabo de hombres por si se daba la vuelta, pero entonces Ann levantó el brazo en un gesto que Steve recordaba muy bien y su abundante melena quedó separada de su nuca durante un momento. La solapa de su

chaqueta negra se dobló hacia atrás. Debajo llevaba un top de encaje, también negro. Steve vio la curva de su pecho, y el mechón rojo oscuro de vello de su axila.

Eso le había sorprendido cuando empezó a salir con ella durante su último año en la secundaria, cuando Ann era meramente Ann Bransby-Smith, aquella pelirroja tan mona de la clase de psicología. Steve nunca se había acostado con una chica que tuviera vello en las axilas. Resultaba un poco extraño, pero parecía encajar con los suéters negros de cuello de cisne que llevaba y la boina que se calaba hasta las orejas de vez en cuando.

«Las chavalas con inclinaciones artísticas que pintan no pueden afeitarse las axilas», le había dicho aquella noche. Steve se había limitado a alzar la mirada hacia ella. Estaban en el sofá y Ann había montado a horcajadas sobre la cintura de Steve. Seguía llevando los tejanos, pero se había quitado la camisa y la cabellera colgaba alrededor de su rostro. Steve no estaba muy seguro de si bromeaba o hablaba en serio, y no tenía mucho interés en averiguarlo ya que su mano acababa de deslizarse entre su pecho y la delgada copa de encaje del sostén de Ann, y había descubierto que el pezón se ponía tan duro como una piedra debajo de sus dedos. Unos minutos después Steve descubrió que Ann se perfumaba el vello de las axilas, y a partir de aquel momento esos mechones nunca le habían molestado en lo más mínimo.

Hasta ahora. Aquel fugaz atisbo de su axila hizo que Steve se sintiera invadido por una oleada de deseo y soledad tan insoportables que faltó poco para que escupiera la cerveza que tenía en la boca. Pensó en lo horrible que le había parecido el mes anterior sin ella. Tocar ya no resultaba divertido porque Ann se las arreglaba para infiltrarse en todas las canciones, e incluso el beber había dejado de ser divertido. Steve solía despertar de las borracheras medio hundido en un pantano de autocompasión, maldecía el nombre de Ann, lloraba a moco tendido sobre su cerveza o arrojaba las cosas que ella le había dado contra las paredes de su habitación. Estaba harto de trabajar en el Disco Giratorio, harto de leer, harto de sus sueños. Lo único que parecía ayudarle un poco era pasar el máximo de tiempo posible con Fantasma, pero ni siquiera Fantasma podía estar continuamente a su lado; aunque cuando eran las dos de la madrugada y Steve no podía dormir, Fantasma solía entrar en su habitación moviéndose silenciosamente sobre sus pies descalzos y se quedaba junto a él en la oscuridad. Sí, Fantasma hacía eso, pero no podía hacerlo todo. No podía ser Ann, con su olor a pintura y a perfume de rosas de té y humo de Camel, con aquel cuerpo que siempre parecía darle la bienvenida.

Steve trazó un círculo alrededor del bar y se fue aproximando a Ann desde atrás. («Desde atrás —dijo malévolamente el demonio que vivía dentro de su cabeza—. Sí, me acuerdo muy bien de esa postura, pero había muchas más». Steve le dijo que cerrase la boca). Ann le estaba diciendo algo a Terry, quien asintió con expresión muy seria mientras su mirada iba más allá de Ann y se posaba en Steve. Terry arqueó una ceja en un enarcamiento interrogativo. Steve se encogió de hombros y alargó la mano para tocar el hombro de Ann.

Y en ese mismo instante R. J. alzó la cabeza y sus ojos les contemplaron con vidrioso buen humor.

—¡Eh, Ann! —exclamó—. ¡Eh, Steve! ¿Vais a volver a salir juntos o qué?

La espalda de Ann se envaró de repente. Su cabeza giró velozmente, y un mechón rubio rojizo cruzó el rostro de Steve como un latigazo. Sus ojos se encontraron con los de Steve y la muralla de las pupilas pareció agrietarse un poco, y la línea de falla geológica dejó escapar todas las noches que habían pasado juntos. Las noches salvajes y resbaladizas de sudor cuando lo único que podía saciar su apetito era devorarse el uno al otro; las noches tranquilas bebiendo cerveza en el porche de la casa con Fantasma sentado a su lado, sabiendo siempre cuándo había que quedarse levantado hablando hasta después de la medianoche y cuando había que acostarse temprano; las noches yaciendo sobre la cama de Steve en la semioscuridad de la ventana detrás de la que brillaba la luna antes de que el desplegable de *Penthouse* fuera colocado en su sitio actual, viendo pasar la vida sin ninguna necesidad de perseguirla porque estaban juntos y con eso era suficiente…

Aquellas noches, y las noches psicóticosangrientas en las que se dijeron cosas que no podían ser olvidadas, esas noches en las que les daba absolutamente igual lo que pudieran llegar a decirse el uno al otro. «No puedo competir con el alcohol, ¿verdad?», le había preguntado ella una noche llena de amargura, y él había respondido: «No, joder…, no eres tan buena».

Pero eso no era nada.

Eso no era nada comparado con la noche, la que Steve no podía soportar traer a su memoria, la que no podía evitar recordar con cada horrible detalle.

Cuando arrojó a Ann sobre la cama y se bajó los pantalones, Steve había dejado de ser Steve Finn. Quizá fuese una excusa fácil, pero era justo lo que había sentido. La consciencia de ser él mismo le había abandonado. El contacto del cuerpo de Ann debajo de él, retorciéndose y luchando contra él, había sido tan distante como una silueta sobre la pantalla de un cine. De hecho, todo lo ocurrido había sido curiosamente parecido a una película, y ver una película de asesinatos que se suponían eran reales y estaban pésimamente fingidos quizá le hubiera hecho sentir la misma clase de leve disgusto ante algo que no tenía ninguna relación con él que Steve había experimentado en aquellos momentos.

La vergüenza y el horror ante lo que había hecho no llegaron hasta el momento en el que había contemplado su mano sobre el volante mientras volvía a casa y había visto la marca dejada por los dientes de Ann. La huella formaba un círculo alrededor de la base de su pulgar, y unas minúsculas gotas de sangre empezaban a brotar de ella. ¿Qué podía haber hecho para que Ann le hubiese mordido la mano con tanta fuerza?

«Vuelve a casa —había canturreado su mente—. Vuelve a casa, vuelve con Fantasma… Basta con que vuelvas allí y todo irá bien». Steve había vuelto. Apenas habían hablado, pero Fantasma no se apartó de su lado hasta que Steve logró conciliar

el sueño.

Las semanas siguientes habían transcurrido con tanta lentitud como si se arrastraran. Steve echaba de menos a Ann y la deseaba con un anhelo tan intenso que resultaba físicamente doloroso; la odiaba; se la imaginaba haciendo apasionada y salvajemente el amor con su amiguito el profesor. La telefoneó dos veces, y por dos veces colgó el auricular. Después volvió a telefonear y su padre respondió, y Steve logró reunir el valor suficiente y pidió hablar con Ann. Después de todo, Ann no podía haber contado lo ocurrido a su padre, ¿verdad? Pero Simón se limitó a informarle con una voz todavía más seca y cortante de lo habitual en él de que Steve no debía hacer ningún intento de ver a Ann, telefonearla o establecer ninguna clase de comunicación con ella. Simón también le dijo que era la única advertencia que se le hacía. Un segundo intento por parte de Steve haría que se adoptaran medidas muy severas para eliminar el problema que suponía.

Discutir con Simón Bransby era como fumarse un gigantesco porro de hierba de la mejor calidad y tratar de enfrentarse a un examen de filosofía nietzscheana o de química orgánica inmediatamente después. No había manera de distinguir entre lo que tenía sentido y lo que era pura gilipollez. Simón te bombardeaba con palabras más deprisa de lo que tú podías clasificarlas y comprenderlas. Steve había vuelto a colgar el auricular.

Desde entonces no había visto a Ann…, hasta ahora. Estaba bastante flipado y más que medio bebido, y Ann estaba delante de él porque había venido a El Tejo Sagrado para verles actuar a él y a Fantasma, y unos minutos antes Steve había estado pensando seriamente en tatuarse su nombre en el brazo.

La grieta de sus ojos se cerró, y Ann le sonrió con la que Steve reconoció como su sonrisa más herméticamente defensiva.

—Eh, Steve —dijo—. ¿Qué tal te ha ido últimamente?

Steve quería lanzarse sobre ella y abrazarla, enterrar el rostro entre sus pechos y sollozar por todas aquellas noches perdidas, incluso por las que habían acabado desgarrándoles el alma a los dos. Quería borrar el brillo de aquella sonrisa falsa de su rostro. No podía soportar ver aquella sonrisa en los labios que conocía tan bien, los labios que había abierto separándolos con su lengua, los labios que le habían llevado a la zona prohibida que se extiende entre el placer y la locura…, los labios traidores. ¿Estarían marcados con los besos del profesor de Corinth? Steve los quería para él solo, y deseaba reclamarlos de nuevo.

Pero no podía hacerlo, ni siquiera estando tan borracho como ahora. Hacer eso exigiría que mostrara su desesperación. Tendría que pedir disculpas, llorar, hacer algo por el estilo; y la capacidad de abrirse de una forma tan clara —con la posibilidad de ser despreciado que llevaba implícita— era algo que no estaba dentro de Steve. Fantasma podía hacerlo, pero los oscuros ojos de Steve ocultaban su alma de una forma que nunca estaría al alcance de las pupilas claras de Fantasma. Steve se limitó a devolver la sonrisa lo mejor que pudo, y le ofreció su botella de cerveza medio

llena.

—¿Te apetece un trago? —preguntó.

—Natty Boho, ¿eh?

Steve se encogió un poco —a Ann sólo le gustaba la Rolling Rock, y él lo sabía —, pero su voz era la misma de siempre, esa voz tan tierna con la leve aspereza que le habían dado demasiados Camel, con esa débil ronquera oculta en el centro que te hacía pensar en una uña deslizándose sobre un trocito de estaño.

—Eh…, sí —dijo.

Cristo, qué réplica tan brillante.

—Oh. bueno. —Ann tomó un sorbo de cerveza y consiguió no torcer el gesto—. Fantasma me trajo una copia de la cinta. Oh, espera… ¿Te dijo que vino a verme?

Sus manos juguetearon nerviosamente con el maltrecho velo del sombrero. Estaba muy claro que Ann no quería meter en líos a Fantasma.

—Sí, me lo dijo.

«Y no pasó nada, no te creas que me puse hecho una furia y que estuve a punto de incrustarle en el suelo o algo por el estilo…».

—Después de oír la cinta sentí el deseo de volver a veros tocar. Me alegra haber venido… Ha sido una actuación condenadamente buena, Steve. Estáis empezando a ser demasiado buenos para este pueblo.

Terry se deslizó ágilmente de su taburete al suelo y bajó a R. J. del suyo sujetándole por el cuello de la camiseta. R. J. hizo una prueba de equilibrio, y consiguió mantenerse en una vertical bastante precaria.

—Ya nos veremos luego, tío —dijo Terry—. Eh, oye… ¿Os apetecen?

Puso una botella de cerveza recién abierta en la mano de Steve y otra en la de Ann, una Rolling Rock y una Bud. Antes de que Steve tuviera ocasión de darle las gracias, Terry ya había empezado a abrirse paso por entre la multitud remolcando a R. J.

—¿Crees que somos demasiado buenos para Missing Mile? —preguntó Steve.

Otra réplica deslumbrante. Jeeeeeeesús.

—Sí. Quiero decir que… Bueno, Kinsey es un gran tipo, pero ¿hasta dónde podéis llegar si continuáis tocando en El Tejo Sagrado? Tendríais que salir de aquí. Podríais llegar a ser un grupo tan importante como R.E.M. o cualquier otro por el estilo. Podríais viajar. Podríais llegar a ser famosos.

Steve contempló la cerveza que sostenía en su mano, se la llevó a la boca y engulló una tercera parte de un solo trago. Después abrió los labios para responder a Ann, y nunca supo de dónde habían salido las palabras que brotaron de ellos.

—Tienes muchas ganas de que me largue del pueblo, ¿eh? Supongo que tu amiguito de Corinth aún consigue ponerte a cien…

OH, CRISTO. No había querido decir eso. Era el demonio quien había hablado, no él. Tendría que haber seguido dando muestras de ingenio chispeante con réplicas como «Sí» y «Ajá».

Pero ya era demasiado tarde. El rostro de Ann se había tensado de repente volviendo a alzar la muralla, y sus ojos se endurecieron.

—Bastardo —dijo—. No podías esperar, ni siquiera podías hablarme…

—Ann, escucha…

—¡Cállate! Tenías que restregármelo por las narices nada más verme, ¿verdad? Como si fueras el que debería estar cabreado conmigo… ¡Como si hubiera sido yo quien te violó, y no al revés!

—Maldita sea, cállate un momento y…

—¿Que me calle? ¿Qué pasa, quieres que baje la voz? Oh, eso es realmente magnífico, Steve, es tan maravilloso que por mí puedes cogerlo y metértelo en el trasero…

Ann empezó a darse la vuelta. Había creído ser muy dura, pero le estaba dando la espalda para ocultar sus lágrimas. Antes de que Steve pudiera alargar el brazo y detenerla, Ann ya estaba abriéndose paso por entre el gentío del bar con la cabeza gacha y se dirigía hacia la puerta. Steve dio un paso para seguirla, pero el demonio volvió a hablar. «Espera un momento —dijo—. Ella empezó todo esto, fue ella quien me puso los cuernos… ¿Por qué coño está tan cabreada? Vamos, que se lo meta en el trasero…».

Se volvió hacia la barra y su mirada se encontró con los fríos ojos del nuevo camarero, quien debía de haber presenciado todo aquel sórdido melodrama desde el comienzo. Pero debajo de la frialdad que llenaba aquellos ojos había una extraña simpatía, una chispa de soledad y de sabiduría. El camarero alzó un hombro en un encogimiento casi imperceptible —«La vida es así, amigo…»—, y en su mano de dedos largos y delgados había una lata de Budweiser muy fría con el metal recubierto de gotitas heladas esperando a que Steve la cogiera.

Fantasma estuvo vagando por el club durante unos quince minutos. Se mantenía pegado a las sombras y saludaba a la gente que conocía, pero no se paraba a hablar. Lo que hacía era vigilar a Nada.

Después de la actuación había descubierto que quería hablar con Nada, aunque no estaba muy seguro de qué deseaba decirle. Quizá sólo quería hacerle sentir que no era el único ser humano del mundo, decirle «No puedo curar tu dolor, pero puedo verlo, y no tienes por qué estar perdido…, no para siempre»; así que esperó con la esperanza de que Nada acabaría apartándose un momento de sus tres amigos aunque sólo fuera para ir al lavabo. Pero los cuatro se mantenían pegados el uno al otro, formando un nudo de carne muy apretado mientras se iban pasando una petaca adornada con una pegatina de Grateful Dead de la que Fantasma logró distinguir a duras penas las rosas y la calavera sonriente.

Los dos amigos más altos y corpulentos reían mucho y hacían sonar ruidosamente el licor dentro de sus bocas antes de engullirlo, pero Nada y Zillah guardaban

silencio. Zillah siempre parecía tener las manos sobre Nada. Acariciaba la manga del impermeable de Nada, y de vez en cuando hablaba (con sus labios suaves e intactos…, pero Fantasma se negaba a pensar en eso, por lo menos ahora) al oído de Nada, y se inclinaba sobre él en una actitud que parecía depredadora o de protección, o las dos cosas a la vez. Zillah probablemente habría seguido a Nada incluso al lavabo. Nada no abría la boca. Parecía muy joven y un poquito nervioso, y el ojo resplandeciente de su cigarrillo iluminaba su cara con un resplandor anaranjado.

Pasado un rato, la atmósfera cargada del club empezó a ejercer una presión casi palpable sobre el rostro de Fantasma. El aire estaba saturado de humo e impregnado por la energía invisible que los chicos descargaban continuamente como si fuesen otros tantos letreros de neón. Una chica vestida de seda negra ondulaba y se mecía siguiendo la música que brotaba del sistema de megafonía del local. Un chico con una melena larga y revuelta tocaba furiosamente una guitarra hecha de aire imitando a Steve Finn para sus amistades. Otros chicos hablaban a gritos los unos con los otros haciendo aletear manos sobre las que se veía la huella de tinta dejada por el sello del club, cuyo logotipo era un árbol Yggdrasil de muchas ramas. Fantasma pasó junto a ellos cuando iba hacia la puerta. Sus conversaciones y los pensamientos que escapaban de sus cabezas giraban en enjambres dentro de la mente de Fantasma.

Cuando salió a la noche, el aire del exterior estaba tan limpio y cortante como astillas de hielo. Fantasma tragó una honda bocanada y la expulsó. El vapor blanquecino salió a chorros de su boca y de sus fosas nasales. Fantasma permaneció inmóvil durante un minuto en la acera delante del club, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta del ejército mientras sus dedos acariciaban los objetos que había dentro de ellos. Pétalos de rosa; un viejo as de picas sucio y manchado por el agua que había encontrado sobre la hierba reseca al final del camino que llevaba a su casa; una púa de guitarra, la púa de la suerte que Steve le había regalado… Después cruzó la calle sin sacar las manos de los bolsillos y se detuvo en el centro del bloque abandonado.

Missing Mile no era un pueblo muy grande, pero sí era lo suficientemente grande como para tener un par de zonas que habían ido cuesta abajo. El Tejo Sagrado estaba justo en el centro de una. A los chicos les daba igual, y Kinsey prefería pagar el mínimo posible de alquiler. Algunos de los escaparates de las tiendas estaban rotos o clausurados con tablones de madera. Fantasma se había detenido delante de un local que en tiempos mejores albergó una tienda de ropa femenina. Los carteles escritos con Magic Marker pegados al cristal anunciaban ¡CERRAMOS EL NEGOCIO! o ¡TODO CON UN 75% DE DESCUENTO!, y en el más optimista de todos se leía ¡AHÓRRESE LAS COLAS DE NAVIDAD!

Pero el escaparate visible entre los carteles había sido recubierto con rápidos brochazos de pintura blanca. Fantasma pegó los ojos a un hueco libre de pintura, y vio un torso rosado salpicado de sombras y luz de luna. Por encima del torso se alzaba un óvalo carente de rasgos que le devolvió la mirada desde las profundidades

llenas de tinieblas del local. El torso y la cabeza pertenecían a un maniquí, olvidado allí para que reinara sobre las ruinas.

Cuando Ann salió del club sin hacer ruido con la cabellera flotando como un estandarte detrás de ella y lágrimas heladas goteando de su mentón, Fantasma no se volvió. Permaneció inmóvil durante un buen rato mirando a través del escaparate de la tienda cerrada. La única voz que resonaba dentro de su cabeza le pertenecía, y los pensamientos flotaban a través de ella como nubes junto a la luna. Algún tiempo después sintió una presencia a su espalda.

Cuando se dio la vuelta vio que Zillah y Nada estaban al otro lado de la calle, inmóviles junto a la puerta del club. Zillah permaneció en esa postura durante un momento, pareciendo olisquear el frío aire de la noche. Después echó a caminar calle abajo moviéndose muy deprisa y sin mirar a Nada. Nada apretó el paso para alcanzarle.

Y pasado un momento Fantasma también le siguió.

Christian dio la espalda al desgarbado guitarrista sin pedirle que pagara su cerveza. Había aprendido a reconocer los momentos en que un cliente necesitaba un trago por cuenta de la casa. El chico inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, y se alejó empezando a alzar la cerveza hacia sus labios.

Christian bajó la palanca de cerveza a presión Michelob para empezar a llenar otra jarra y alzó la mirada hacia el reloj de la barra…, y sintió que el aliento se le quedaba atrapado en la garganta. El cristal del reloj estaba reflejando tres luces al mismo tiempo: el resplandor púrpura del viejo televisor que parpadeaba toda la noche en un rincón; la luminiscencia verdosa de un anuncio de cerveza al otro lado del local; y la llamita amarilla indicadora de que alguien acababa de encender una cerilla. Eso era todo, pero durante un segundo los tres colores se mezclaron y se confundieron entre sí, y Christian vio reflejado en el círculo de cristal todo el esplendor barato de cien noches de carnaval —el fuego, el licor, los abalorios, el brillo llameante del *chartreuse*—, y todo eso bailó y se retorció detrás del cristal polvoriento.

Una oleada de nostalgia tan intensa como jamás había experimentado se abrió paso por todo su cuerpo y le hizo estremecer. Que su bar hubiera estado muy lejos de la calle Chartres y del corazón del Barrio Francés no importaba en lo más mínimo, porque en ese momento sólo podía ver la calle Bourbon, la loca agitación de los neones que duraba toda la noche y los destellos que iluminaban el amanecer; y de repente Christian pensó que Nueva Orleans había llegado a ser su hogar de una forma que ningún otro sitio había podido imitar en todos los años que había vivido. Tenía que volver. Enfrentarse al peligro reseco que suponía Wallace Creech era preferible a quedarse en aquel pueblecito oscuro, sirviendo jarra tras jarra de pésima cerveza de barril durante cada noche interminable.

Christian hizo un considerable esfuerzo de voluntad y logró calmar la agitación de sus pensamientos. No podía volver, naturalmente. Había abandonado su bar. Cuando el propietario no recibiese el cheque del alquiler en la fecha habitual confiscaría el bar y todo lo que hubiese dentro de él, y el bar de Christian dejaría de pertenecerle. ¿Y realmente deseaba morir a manos de alguien como Wallace, realmente deseaba morir por las tozudas obsesiones de un anciano enfermo; o suponiendo que quisiera evitar su propia muerte, realmente deseaba tener que acabar con Wallace y con su interminable retahíla de creyentes en la única fe verdadera?

No. Se quedaría aquí, en el lugar al que le habían traído el destino y las carreteras. Serviría cerveza y vendería rosas mientras siguieran creciendo en el rosal silvestre. Ahorraría dinero. Cuando supiera que Wallace había muerto Christian podría volver a Nueva Orleans; pero hasta que llegara ese día y mientras tuviera dinero suficiente, iría en dirección norte y buscaría a los otros.

Llenó otra jarra.

—Eh, conde Drácula, ¿podemos beber algo? —preguntó una voz alzándose sobre el estrépito del bar.

Christian giró sobre sí mismo con los hombros tensos y los ojos llenos de hielo, pero los dos rostros que vio ante él eran familiares y su expresión era tan cómicamente sorprendida como debía de serlo la del propio Christian. Los ridículos manchones de kohl alrededor de los ojos, las masas de cabellos revueltos que enmarcaban mejillas muy pálidas… Uno de ellos sostenía en la mano un pegajoso chupachups rojo. Habían permitido que sus melenas crecieran un poco más y se volvieran un poco más salvajes y desordenadas, y su estilo de indumentaria había incorporado un guiño a la moda *punk*. Uno llevaba un collar de cuero adornado con remaches alrededor del cuello, y la chaqueta de pana negra del otro parecía conservar la forma gracias a los centenares de imperdibles que la cubrían y no por las costuras y los hilos. Por lo demás, Molochai y Twig no habían cambiado en lo más mínimo desde que Christian los había visto por última vez, despidiéndose de él con la mano desde las ventanillas de su camioneta aquella noche de Miércoles de Ceniza de hacía quince años.

El primer pensamiento coherente que surgió en su mente fue «¿Qué ha sido de Zillah, qué ha sido del hermoso Zillah, el de los ojos verdes? Tiene que estar bien…», y Christian expulsó ese pensamiento casi al instante, y el que llegó detrás de él fue: «Están aquí, están realmente aquí, el tiempo ha transcurrido tan imperceptiblemente como si yo estuviera durmiendo y han vuelto a dar conmigo».

Y después Christian hizo algo que nunca había hecho antes, ni una sola vez, durante su larguísima carrera de camarero: dejó caer la jarra de cerveza que estaba sosteniendo en la mano. La cerveza espumeó alrededor de sus botas y formó un charco enorme en el suelo. Kinsey salió del cuarto de atrás, vio lo que había ocurrido y le fulminó con la mirada; pero para Christian lo que hiciera o dejara de hacer Kinsey no tenía ni la más mínima importancia.

Nada contempló a los chicos que llenaban el club. Todos eran tan hermosos… Nada adoraba sus peinados descuidados y hechos a toda prisa, las joyas con que adornaban su indumentaria y sus ropas multicolores o negras y llenas de desgarrones y agujeros. Le encantaba el que todos se le parecieran tanto, y deseó poder hacerse amigo de todos y cada uno de ellos. La gran mayoría le sonreían, y unos cuantos le saludaron con un «Eh» —todos parecían decir eso en vez de «Hola»—, pero Nada no se atrevió a hablar con ninguno de ellos. No podía trabar nuevas amistades…, no cuando existía la posibilidad de que acabaran igual que Laine, tiradas en un desagüe con el agua de lluvia deslizándose entre sus cabellos.

Todavía no.

De momento Nada se contentaba con estar entre ellos y ver cómo hablaban, fumaban y bailaban. Zillah estaba a su lado, y los otros también, así que no estaba solo; y además tenía la actuación para irla recordando, las canciones —Fantasma balanceándose delante del micrófono bañado en luz dorada, Steve saltando de un lado a otro del escenario y tocando la guitarra como si estuviera siendo perseguido por el mismísimo diablo, las manos de Fantasma moviéndose como pájaros blancos que daban forma a la música—, y de repente Nada se quedó muy quieto e intentó absorber todos los detalles del club, los olores a humo aromático y perfumes asfixiantes, el mural que se extendía a lo largo de las paredes con zonas medio borradas por los roces continuos, y con otras tan nítidas y brillantes como la sangre fresca que manchaba las paredes de la camioneta.

Molochai y Twig se alejaron tambaleándose hacia el bar en busca de un combinado llamado Bastardo Apaleado. Zillah desapareció con ellos, pero volvió unos minutos después. Agarró a Nada por un brazo y movió la cabeza señalando la salida con un gesto imposible de malinterpretar.

Apenas hubieron salido, Zillah giró sobre sí mismo sin decir ni una palabra y echó a caminar alejándose del club. Nada le siguió con la mirada durante un momento, y después corrió a lo largo de la acera para alcanzarle.

Todo el día había sido igual. Desde que salieron tan cautelosamente como unos ladrones de la casa de Steve y Fantasma…, o al menos ésas eran las palabras que acudían a la mente de Nada cuando pensaba en lo que había ocurrido. Era de día, pero se habían ido tan furtivamente como unos ladrones. Ahora el rostro de Zillah ya estaba totalmente curado, y Zillah había conseguido ser bastante agradable con Nada durante toda la noche; pero de repente había empezado a comportarse como si la actuación no le hubiera gustado. ¿Se habría aburrido, le habría parecido que el club era demasiado pequeño y cutre…, o era sencillamente que el odio que sentía hacia Steve y Fantasma era demasiado fuerte?

Si se trataba de eso último, lo mejor que podía hacer Nada era encontrar a Molochai y a Twig y salir del pueblo lo más deprisa posible. Ya había visto Missing Mile y ya había asistido a la actuación, y sabía que no había lugar allí para él…, no

con su nueva familia. Nada alcanzó a Zillah y empezó a caminar a su lado. A su derecha había un bloque de tiendas abandonadas, y a su izquierda una hilera de coches aparcados cuyos parabrisas reflejaban los rayos de la luna lanzándolos a los ojos de Fantasma. Miró hacia adelante y vio una silueta encorvada sobre el capó de uno de los coches. Cuando estuvieron un poco más cerca vio que era una chica. Su larga melena caía sobre la espalda de su chaqueta negra. Un poco más cerca, y Nada vio que estaba llorando.

Zillah tiró de él llevándole hacia la chica. No podía volver a tener hambre, no después de lo que había ocurrido anoche…, pero Nada expulsó todo aquello de su mente. No podía repetirlo o, por lo menos, aún no; y Molochai y Twig no estaban allí. Cuando Zillah puso una mano sobre el hombro de la chica y preguntó «¿Podemos ayudarte en algo, querida?», Nada creyó comprender lo que ocurría. Había cabreado seriamente a Zillah, y aún no había terminado de recibir todo el castigo que se merecía por ello.

Pero a Nada le daba igual. Si la deseaba Zillah podía quedarse con aquella chica —o con cualquier chica o cualquier hombre—, y a Nada le daría igual lo que hiciese porque ahora sabía algo que ignoraba antes: Zillah no estaba enfadado meramente porque Nada se hubiera enfrentado a él, e incluso el que Nada le hubiese hecho daño sólo explicaba una parte de su ira. Zillah también estaba celoso. Tenía celos de Steve y de Fantasma, y del amor hacia ellos y hacia su música que sentía Nada. El nuevo conocimiento recorrió todo su cuerpo e hizo que se sintiera extrañamente poderoso, lo mismo que había sentido después de que Terrible le inyectó la heroína. Nada podía hacer que alguien se sintiera celoso, incluso alguien tan hermoso y con tanto carisma como Zillah… Era una sensación embriagadora.

Y un tipo de sensación al que le resultaría muy fácil acostumbrarse.

Cuando el hombre le puso la mano sobre un hombro. Ann alzó la cabeza enseguida. No había oído cómo se acercaba, pero probablemente tampoco habría oído a una banda militar que desfilara por la calle tocando la marcha de Sherman. En unas circunstancias más propicias quizá hubiese agradecido aquella clase de atención por parte de un desconocido, pero Ann sabía que en aquellos momentos tenía el cabello pegado a la frente, el maquillaje de los ojos esparcido sobre las mejillas y la tez pálida que tanto cuidaba enrojecida y llena de manchas a causa de haber llorado. «Maldito sea Steve Finn —pensó—, maldito sea hasta el día de su muerte…». Pero un instante después vio quién era el hombre que acababa de hablarle, y se olvidó de Steve e incluso se olvidó de que después del disgusto que le había dado probablemente tenía tan mal aspecto como una vagabunda en pleno vuelo de *crack*.

Ann quedó totalmente paralizada. Su mirada se posó durante una fracción de segundo sobre el chico que tenía a su lado, lo descartó clasificándole como un fanático de la moda que aún no había salido de la secundaria, y volvió a Zillah. Los

ojos eran asombrosos, y eran lo primero en que te fijabas, pero el resto tampoco estaba nada mal. Era un poco más bajo de lo que solían gustarle los hombres, y un poco más musculoso —tanto Steve como Eliot habrían podido aspirar a ganar el Premio de Culturismo Ichabod Crane[7]—; pero los huesos de su cara eran como una máscara perfecta y levemente cruel tallada a partir de una enorme piedra preciosa, el rostro de un aristócrata. Su piel no tenía ni el más mínimo defecto.

Cuando extendió los brazos y tomó una de sus manos empequeñeciéndola entre las suyas, Ann se fijó en el trazado oscuro de las venas debajo de la piel de seda. Pasado un instante comprendió que las venas eran visibles porque aquel hombre apenas tenía vello en ninguna de las partes de su cuerpo que estaban a la vista: no había vello en los nudillos ni en el dorso de las manos, y tampoco lo había en la piel que revelaba el cuello abierto de su camisa. Ann se preguntó si su cuerpo sería tan liso y suave por todas partes, y si estaba a punto de descubrirlo. Aquellos ojos verdes hacían que se sintiera vagamente temeraria. ¿Cómo podías rechazar a un hombre que te miraba con esos ojos?

—Íbamos a nuestro coche a fumar un poquito de opio —le dijo Zillah a la chica —. ¿Te apetece acompañarnos?

Durante un momento Ann sintió algo muy parecido al miedo. Si hubiese dicho que iban a fumar «hierba» o «maría» le habría parecido lo más normal del mundo, pero ¿quién tenía opio en Missing Mile? Pensó en asesinos psicópatas, en chicas encontradas dentro de una alfombra enrollada con los brazos y las piernas aserrados, en cajas de herramientas y en taladros.

Después irguió la espalda, sacó el pecho y sonrió. A ella no podía ocurrirle nada de eso, y si acababa ocurriéndole… Bueno, entonces Simón ya no podría practicar sus torturas emocionales sobre ella, y Steve se sentiría tan horriblemente mal que la experiencia casi habría valido la pena por espantosa que fuese.

—¿Por qué no? —replicó—. Llevo tres semanas sin pillar un buen cuelgue.

Bajó del capó del coche, y Zillah la cogió del brazo y la llevó hacia la camioneta. Ann mantuvo el brazo pegado al cuerpo para que los dedos del hombre entraran en contacto con la curva lateral de su pecho, y el hombre no apartó la mano. Ann no tardó en sentir que sus dedos empezaban a moverse y que la acariciaban sutilmente, y de repente el índice salió disparado para rozarle el pezón. El pezón se puso erecto con un estremecimiento, y el hombre siguió jugueteando con él durante un segundo. Ann sintió que algo empezaba a ocurrir en la parte inferior de su pelvis, y una tensión cálida y palpitante se fue acumulando en ella. Si aquel hombre cumplía la promesa de obsequiarla con un cuelgue de opio que acababa de hacer, quizá obtuviera algo más que el polvo rápido que parecía estar buscando.

Ni Ann ni Zillah miraron hacia atrás para ver si Nada les seguía, pero pasado un momento Nada echó a caminar detrás de ellos.

Fantasma siguió a Zillah y a Nada manteniéndose oculto entre las sombras y a bastante distancia de ellos. Se habían internado mucho en la zona abandonada. Todas las ventanas de aquellos bloques estaban rotas o clausuradas con tablones. Fantasma vio una franja de estrellas lechosas reflejada en un trozo de cristal. Las estrellas ardían en el cielo con una luz helada. Aquella parte del pueblo siempre estaba muy fría. Quienes caminaban de noche por ella podían estremecerse incluso en verano, y siempre acababan tirando de sus delgadas prendas intentando obtener un poco más de protección contra el frío. Las lanzas resplandecientes de cristal, la corteza de mugre acumulada en la cuneta y la nube de vapor que parecía hervir sobre una reja del alcantarillado, retorciéndose como un fantasma entre gris y blanco, proyectaban un aura de frío sobre todas las cosas.

Fantasma caminaba con las manos metidas en los bolsillos y el sombrero calado hasta las cejas. En un momento dado Zillah volvió la cabeza, y Fantasma creyó poder ver chorros de ardiente luz verdosa brotando de aquellos ojos. Se apresuró a esconderse en las tinieblas de un portal sintiendo cómo se le aceleraba el pulso.

Zillah y Nada se fundían con las sombras heladas sin echar ni un vistazo a la desolación que se alzaba a su alrededor. Se movían en silencio y no hablaban ni se tocaban, a pesar de que sus manos se rozaban de vez en cuando. Fantasma se quedó dentro del portal y les observó. Miró calle abajo y vio a una chica sentada sobre el capó de un coche. Parecía como si hubiese estado llorando. Su larga melena podía haber sido de cualquier color, pero la débil claridad de los escasos faroles que aún funcionaban en aquella zona la volvía negra. Zillah fue hacia ella y le habló, y cuando la chica alzó la mirada Fantasma pudo ver su rostro. La chica era Ann Bransby-Smith.

Ann bajó del capó después de hablar un minuto con ellos, y Fantasma desplegó frenéticamente toda su sensibilidad intentando entrar en contacto con la mente de Ann. Si podía captar sus pensamientos quizá podría advertirla… Pero ¿de qué? ¿De que aquel hombre tan afable y educado había levantado un bate de béisbol sobre su cabeza disponiéndose a destrozar el cráneo de Fantasma, de que el rostro destrozado de Zillah se había reparado mágicamente a sí mismo, de que la voz melosa de Zillah murmuraba gélidas palabras obscenas en la mente de Fantasma?

Ann nunca lo creería; y de cualquier manera su mente no estaba en circulación aquella noche, o si lo estaba Fantasma no era capaz de dar con ella. Sólo había el vacío helado de la oscuridad…, el éter, como llamaba su abuela a ese lugar que producía aquella inexplicable sensación a hueco y soledad. El éter estaba solo, y Fantasma dejó que siguiera estándolo. Vio cómo Ann se alejaba con Zillah, y volvió a seguirles en cuanto hubieron dado unos cuantos pasos.

Cuando entraron en la camioneta negra —Zillah ayudó a Ann a subir e hizo una seña a Nada para que subiese detrás de ella—, Fantasma pensó que todo había

terminado. «Navegando por el Río de la Mierda en canoa y sin remos», habría dicho Steve. Ahora se irían, y Fantasma tendría que volver al club y tratar de decidir si contaba a Steve que su exchica se acababa de largar con dos de sus misteriosos visitantes.

Pero los faros nunca llegaron a encenderse, y el motor no se puso en marcha. La camioneta no se movió. La luna trasera se iluminó unas cuantas veces por el destello rojizo de las cerillas. Después la camioneta siguió oscura e inmóvil. Fantasma se acercó un poco más, sintiéndose confuso y asustado. No sabía qué hacer. Quería ir corriendo hasta la camioneta y golpear las ventanillas, romper los cristales, rescatar a Nada y Ann de aquella criatura hermosa y horrible de relucientes ojos verdes.

Pero Nada ya había escogido su bando, y Ann era lo suficientemente mayor como para cuidar de sí misma. Si Fantasma intentaba rescatarla había muchas probabilidades de que acabara recibiendo un puñetazo en la nariz, así que siguió rondando alrededor de la camioneta, y se estremeció, y deseó tener visión de rayos X para poder atravesar la chapa de la camioneta con la mirada. Cerró los ojos y se quedó muy quieto con las manos pegadas a los costados mientras se balanceaba lentamente de un lado a otro, pero la camioneta podría haber estado a un millón de kilómetros de distancia o vacía. No podía captar absolutamente nada.

Fantasma giró sobre sí mismo y pensó en volver al club. Si Steve seguía consciente, mantendría la boca cerrada. Le llevaría a casa y le daría a beber montones de café, y quizá también una de las pociones de la señora Catlin. Quizá mañana todo habría dejado de ser tan condenadamente extraño. Dio la espalda a la camioneta, y un instante después oyó el chasquido metálico de la puerta al cerrarse.

Nada estaba inmóvil en la acera, medio cuerpo bajo la luz de los faroles de la calle, medio cuerpo envuelto en las sombras de las fachadas. Su postura tensa y envarada hacía pensar que podía estar muy cansado o muy borracho, pero alzó la cabeza y Fantasma vio fuerza en su rostro, fuerza y tozudez y una resignación que nunca debería haber marcado un rostro tan joven.

—Eh —dijo en voz baja y suave.

La expresión absorta de los ojos de Nada se desvaneció al instante, y sus labios se abrieron un poco. Durante un momento clavó la mirada en la oscuridad, pero no parecía importarle demasiado lo que pudiera llegar a salir de ella. Después vio a Fantasma y fue hacia él, y los dos se enfrentaron el uno al otro sobre la acera helada.

—La que está dentro de la camioneta es la chica de Steve —dijo Fantasma.

—Y el que está dentro de la camioneta con ella es mi amante —dijo Nada—. Ella acaba de ponerse encima de él. Cuando empezaron él estaba encima, y el sudor de su espalda relucía y ella gritó cuando separó las piernas y él se la metió… —Su voz se fue debilitando poco a poco hasta desaparecer, y clavó la mirada en Fantasma. Sus ojos eran oscuros y enormes, todo pupila. Su rostro estaba totalmente desnudo y desesperado, exquisitamente adornado por las sombras—. Sé mi hermano —dijo—. Zillah me ama. Ahora dejará que me quede. Si quieres ser mi hermano sólo durante

un minuto sé que podré soportarlo…

Y Fantasma rodeó con los brazos a Nada y estrechó su cuerpo con fuerza, tal como había querido hacer desde que había visto por primera vez el dolor en aquellos ojos oscuros de niño. Nada se derrumbó sobre él como si no quisiera separarse nunca más, y Fantasma sintió todo el agotamiento que había dentro de aquel cuerpecito esbelto. El chico era fuerte, oh, sí, era muy fuerte…, pero no era más que un niño, y sólo Dios sabía lo que le había estado ocurriendo últimamente. Ya debía de haberse enfrentado a todo lo que podía soportar por hoy.

—Abrázame —dijo Nada con la boca pegada a los pliegues de la chaqueta de Fantasma—. No me sueltes, por favor… Todavía no.

—No —replicó Fantasma—. Todavía no. Tranquilo, todo va bien.

Se sentía tan condenadamente impotente… No, nada iba bien y nada volvería a ir bien nunca. Si Nada decidía seguir con aquellos tres tipos —y especialmente con el de los ojos verdes— estaría perdido.

—Oye, ¿quieres venir a casa conmigo y con Steve? —dijo con los labios pegados a los cabellos que olían a humedad—. Eh… Bueno, él se cabreará bastante y montará un escándalo, pero no te echará a patadas…, no si nos necesitas.

Nada alzó la mirada hacia Fantasma durante un segundo, y después dejó que su cabeza volviera a caer sobre el hombro de su amigo. El roce de sus labios en el cuello de Fantasma fue tan delicado e imperceptible como el de una pluma.

—No puedo —dijo—. Si voy a vuestra casa, ellos vendrán a buscarme… Zillah vendría a buscarme, y entonces tendría que irme con ellos.

—¿Por qué? ¿Qué son para ti? —Fantasma sabía que estaba empezando a levantar la voz, pero no podía evitarlo—. ¿Qué infiernos son, Nada? Steve es bastante fuerte, pero cuando ese tipo le atrapó no pudo mover ni un músculo, y yo he soñado contigo…, o con alguien…, y había muchísima sangre. ¿Qué son?

—Olvídalo —dijo Nada—. Deja de preguntarte qué son. Lo único que necesitas saber es que sean lo que sean, yo soy uno de ellos.

—¿Entonces qué eres?

—Ojalá pudieras decírmelo —murmuró Nada—. Ojalá recordaras tus sueños.

Soltó a Fantasma y se volvió hacia el club.

Pero en el camino que quería seguir acababa de aparecer una silueta muy alta que le obstruía el paso, un espantapájaros de cabellos revueltos y faldones aleteantes, con los pies separados y firmemente plantados en el suelo y el cuerpo medio encogido en una postura agazapada, las rodillas dobladas en ángulos sorprendentes y los brazos extendidos para dejar que los dedos curvados como zarpas intentaran arañar la noche, una silueta envuelta en una aureola de cerveza y deseos de matar… Era Steve.

Sus ojos se encontraron con los de Fantasma, se movieron a un lado y a otro y parecieron echar chispas.

—¿Dónde cojones está? Está con un tipo… Sé que está con un tipo. Les mataré a los dos. ¿Dónde cojones…?

La puerta de la camioneta se abrió y volvió a cerrarse con un chasquido metálico. Ann estaba allí, apoyándose con una mano en el costado de la camioneta. Su cabellera estaba desordenada, y tenía el rostro encendido. Zillah apareció detrás de ella y bajó de la camioneta colocando los pies con lenta delicadeza sobre la acera.

Fantasma vio que Zillah calzaba playeras de color rosa. Los cordones estaban adornados con alguna clase de pauta o dibujo: parecían letras, pero Fantasma no podía distinguirlas. Zillah miró a Nada, y sus labios se curvaron en una sonrisa llena de oscuridad. Nada le devolvió una sonrisa temblorosa, una sonrisa que hizo que Fantasma sintiera deseos de llorar, una sonrisa que demostró mejor que cualquier otra cosa que Nada estaba perdido para siempre.

La mirada de Steve fue de Zillah a Ann. Sus ojos ardían, y sus labios se movieron sin emitir ningún sonido.

—¿Ann? —consiguió articular por fin—. No habrás…, no habrás podido…

Ann fue en línea recta hacia Steve. Tenía la cabeza erguida y la espalda muy recta, y alzó la mirada hacia el rostro perplejo de Steve y sonrió con dulzura.

—Pude y lo hice —dijo—, y tú no tienes absolutamente nada que decir al respecto.

—Pero él… Pero él…

Steve no pudo seguir hablando y señaló a Zillah, quien sonrió y le dio la espalda. Fantasma no estaba seguro de si Steve se había fijado en que el rostro de Zillah estaba intacto.

—Es el mejor amante que he tenido en toda mi vida. Comparado con él eres una auténtica mierda, Steve… Pero cuando se trata de compadecerte a ti mismo no necesitas la ayuda de nadie, ¿verdad? Te las arreglas muy bien tú sólito…, o quizá con un poquito de ayuda de la botella. Vamos, Steve, ¿por qué no te limitas a salir de mi vida de una maldita vez? ¿Por qué no bebes y sigues bebiendo hasta matarte?

—Cierra el pico, Ann.

Fantasma no levantó la voz, pero su rostro estaba muy pálido y sus manos se habían tensado hasta convertirse en puños. Se preguntó cómo era posible que los acontecimientos se hubieran desarrollado hasta acabar encajando de aquella manera, cómo habían podido llegar a formar el peor rompecabezas imaginable.

«Vienen malos tiempos», dijo una voz dentro de su cabeza. Pero los malos tiempos ya habían llegado.

Los ojos de Ann se posaron en Fantasma.

—Lamento que tengas que ver todo esto —dijo—. Eres bueno, Fantasma…, eres realmente bueno. Será mejor que te alejes de este perdedor antes de que te joda la vida igual que me ha jodido la mía.

Ann giró sobre sí misma y echó a caminar hacia Zillah, quien tenía la espalda apoyada en la camioneta. Steve la observó alejarse mientras las emociones libraban

un conflicto terrible en su cara.

Ann llegó a Zillah y trató de enlazar su brazo con el de él, y durante un momento pareció como si él fuese a abrazarla…, pero las manos de Zillah se cerraron de repente sobre sus hombros y la empujaron con fuerza apartándola de él. Ann se tambaleó, y estuvo a punto de perder el equilibrio al tropezar con el borde de la acera. Su cabeza se movió hacia atrás y chocó con el costado de la camioneta, y faltó muy poco para que se desplomara.

Zillah miró a Steve, y había triunfo en sus ojos.

—Oh, cómo lo siento —dijo—. No sabía que esa zorra fuese de tu propiedad.

Steve dejó escapar un grito ahogado de desesperación y se lanzó sobre Zillah. Fantasma manoteó locamente intentando agarrar a Steve por el brazo o por un faldón de la camisa, por donde fuese.

Temía ver lo que Zillah podía hacer con Steve, y sabía que Steve nunca había padecido un dolor tan intenso como ahora y que se encontraba demasiado borracho para darse cuenta de lo que hacía…, pero las manos de Fantasma se cerraron sobre el aire.

Steve se tambaleó hacia adelante. El brazo de Zillah salió disparado, algo brilló en su mano con un reflejo de plata y madreperla, y Fantasma pudo ver la expresión mezcla de diversión y fastidio aburrido que había en su rostro.

Y un instante después Steve retrocedió dando traspiés con la sangre que goteaba de su cara dibujando flores oscuras sobre su camisa. La navaja de afeitar le había rajado la frente justo por encima de las cejas, y la sangre se derramaba sobre sus ojos y le cegaba. Después se tambaleó hacia adelante yendo hacia el lugar en el que había visto por última vez a Zillah, y sus brazos giraron locamente lanzando puñetazos al aire.

Fantasma se horrorizó, e hizo un nuevo intento de agarrar a Steve. Estaba seguro de que ahora la navaja se llevaría uno de sus ojos, o que se deslizaría trazando una recta sobre su garganta.

Pero Zillah tenía otras cosas en la mente. Esquivó elegantemente la embestida dando un paso a un lado y después extendió un pie calzado con una playera rosa interponiéndolo en el camino de Steve. Fantasma intentó llegar hasta él, pero antes de que pudiera hacerlo Steve ya había tropezado con el pie y había caído sobre la acera.

Fantasma se arrodilló al lado de Steve y apartó la revuelta cabellera de su rostro. La herida que le cruzaba la frente no parecía muy profunda, pero tenía que dolerle de una manera horrible. Un reflejo que aún no había quedado totalmente sumergido en la cerveza había permitido que Steve colocara las manos delante de él una fracción de segundo antes de chocar con el pavimento, y tenía las palmas en carne viva.

Fantasma buscó la mente de Steve con la suya queriendo darle un poco de calma, pero no sirvió de nada. La mente de Steve era una masa de fuego que se había rodeado a sí misma con murallas altísimas, y Fantasma sólo consiguió moverse en círculos a su alrededor y rozar los bordes. El calor era insoportable. Retiró su mente,

pero abrazó con más fuerza a Steve.

—¿Qué infiernos quieres decir con eso? —preguntó Ann, pero había muy poca ira en su voz. Estaba yendo hacia Zillah. Sus ojos no se habían apartado de su rostro ni por un instante, y no parecía haberse dado cuenta de que Steve yacía sangrando sobre la acera—. ¿Cómo puedes llamarme zorra? Eso fue magia pura. Nadie me había hecho sentir tan maravillosamente bien en toda mi vida. Tu polla…, tu lengua…

Se estremeció.

—Pido disculpas —dijo Zillah—. No tendría que haber utilizado una palabra tan desagradable, pero no debes amarme. Ya tengo un amante, si es que ha aprendido su lección…

Extendió los brazos hacia Nada, y Nada fue hacia él después de un instante de vacilación casi imperceptible, y se acurrucó en la curva del brazo de Zillah y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—No —dijo Ann. Su voz estaba impregnada de una desesperación tan intensa que la volvía ronca y átona—. No. Nunca había jodido así con nadie… No puedes dejarme.

Steve emitió un jadeo estrangulado, y retorció la cabeza enterrando su rostro en la solapa de Fantasma. Sus manos se abrían y se cerraban arañando la acera. Fantasma las agarró y las apretó con fuerza para inmovilizarlas.

Nada miró a Ann, y en su rostro había compasión y un poquito de desdén.

—Vete —le dijo—. Encuentra a otro. Éste es mi sitio…, pero tú no debes estar aquí.

El rostro de Ann se contorsionó. Miró a su alrededor con tanta sorpresa y desesperación como si la noche y los cristales rotos y los escaparates clausurados con tablones se hubieran convertido de repente en algo totalmente nuevo para ella. Fantasma quería ir hacia ella y consolarla incluso después de todo lo que había dicho y hecho, pero no podía soltar a Steve. Ann abrió la boca, y durante unos segundos pareció como si fuese a dejar escapar un grito tan terrible que desgarraría la misma noche partiéndola por la mitad.

Pero entonces oyeron una voz que sonaba acera abajo, una voz llena de alegría alcohólica.

—¡Eh, Zillah! —gritó la voz—. Mira a quién hemos encontrado… ¡Es Chrissy!

Christian apenas podía mantenerse en pie, y pensó que estar borracho debía de ser algo muy parecido a lo que estaba sintiendo en aquellos momentos. El brazo de Twig estaba enroscado alrededor de su cintura, naturalmente, y Molochai parecía estar dejando caer todo su peso sobre Christian, pero lo que hacía que le costara tanto caminar no era el peso combinado de Molochai y Twig, sino una combinación de alivio y mareo, y la presencia de su cálido olor a cobre, y el roce de una piel que no estaría fría y muerta dentro de muy poco tiempo.

Habían esperado a que Christian terminara su turno en el bar, y mientras lo hacían

parlotearon sobre las ciudades que habían visto durante los últimos años, las extrañas drogas nuevas que habían consumido y las escenas de carnicerías imposibles de las que habían salido totalmente intactos. Le aseguraron que Zillah estaba con ellos, y que seguía vivísimo.

Después de que el bar cerrara, Molochai y Twig sacaron casi a rastras a Christian del local antes de que Kinsey pudiera pagarle su sueldo. Su camioneta estaba aparcada a unos cuantos bloques de distancia. Christian vio varias figuras inmóviles en la acera junto a la camioneta. Una de ellas era Zillah, y un nudo que había estado oculto en las entrañas de Christian se esfumó al ver aquellos relucientes ojos verdes y aquel rostro que seguía siendo tan joven y despreocupado. Christian había esperado quince años para volver a ver aquel rostro. Zillah le saludó con un enarcamiento de ceja y una sonrisita malévola.

Pero ¿quiénes eran los otros? A dos de ellos ya les había visto antes. La chica del rostro lleno de maquillaje corrido había estado en el club aquella noche, y el chico de cabellos tan rubios que parecían casi blancos, el de los ojos claros que se abrieron mucho en cuanto vio a Christian…, bueno, era el cantante de ¿Almas Perdidas?, pero había algo en él que… Cuando estuvo un poco más cerca Christian se acordó. Era el chico que había aparecido montado en su bicicleta a la hora del crepúsculo, justo cuando Christian estaba a punto de cerrar su puesto de flores para ir de caza. Había tenido tanta hambre que apenas podía esperar, pero razones que Christian no pudo explicarse a sí mismo hicieron que no quisiera saciarse con el chico.

Otro chico —Christian pensó que debía de ser el guitarrista— yacía sobre la acera con la cara enterrada en el regazo del rubio y sus largas piernas extendidas formando un ángulo que debía de resultarle muy incómodo. Christian olió su sangre, pero eso era de un interés secundario para él; porque había otra silueta, una que no conocía de nada.

Acurrucada junto a Zillah, inmóvil en la sombra de Zillah de manera que al principio Christian no se había fijado en él…

Sí, éste debía de ser el verdadero niño de la noche, el alma de todos los niños delgados que vestían de negro, los que se reseguían los ojos con kohl y clavaban la mirada en sus ventanas esperando la puesta de sol. Este chico tenía el aspecto de haber sido criado en el cuarto trasero de algún club nocturno de mala muerte, alimentado con pan empapado en leche y *whisky* hasta que el hambre había dado la forma más hermosa y delicada imaginable a su rostro. La palabra más adecuada para definir al chico era «hambriento». ¿De qué estaba hambriento? De embriaguez, de la salvación o de la condena definitiva, de la misma noche… Las sombras que había debajo de sus ojos podrían haber estado pintadas con matices de acuarela, y las muñecas que sobresalían de las mangas de su impermeable estaban muy delgadas y eran delicadamente nudosas.

Christian se libró de Molochai y Twig y dio un paso hacia adelante. No se dio cuenta de que se estaba lamiendo los labios.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Éste es Nada —le dijo Zillah.

Su mente necesitó un momento para asimilar el nombre, pero Christian no había olvidado nunca a Jessy ni a su hermoso bebé que parecía hecho de azúcar y caramelo. Había pasado todos aquellos años preguntándose si no debería haberse quedado con el bebé y haber cuidado de él, y se había recordado una y otra vez que lo había abandonado para que tuviera la posibilidad de llevar una existencia que no estuviese manchada por la sangre. Pero nunca lo había olvidado, y ahora sabía que a fin de cuentas habría dado exactamente lo mismo que se hubiese quedado con el bebé. La sangre llama a la sangre, y las maldiciones y las bendiciones siempre acaban encontrando a aquellos para los que han sido creadas.

—¿Nada? —preguntó, y dio otro paso hacia el chico, y el chico asintió tímidamente.

Christian cerró los ojos, y las palabras escritas en la nota que había sujetado a la mantita una fría mañana hacía mucho tiempo volvieron a su mente.

—«Se llama Nada —recitó—. Cuiden de él y les traerá suerte».

No estaba preparado para la reacción del chico. Nada se apartó de Zillah, se lanzó sobre Christian y rodeó su cintura con los brazos.

Christian sintió el cuerpo cálido y lleno de vida del chico pegándose al suyo.

—¡Sí! —gritó Nada—. ¡Sí, sí! ¡Me cambiaron el nombre! Me llamaron Jason, pero yo les odiaba y sigo siendo Nada y ahora he vuelto a casa, ¡y tú sabes quién soy! ¡Dímelo! ¡Dime quién soy!

—Eres…, eres el hijo de Zillah —dijo Christian.

Había dado por supuesto que lo sabían, pero después de que hablara sólo hubo silencio, un silencio absoluto. Incluso Molochai y Twig mantuvieron la boca cerrada.

Nada se limitó a alzar la mirada hacia Christian. Las sombras que había debajo de sus ojos se volvieron repentinamente más profundas, y sus labios se pusieron nacidos y quedaron entreabiertos. Parecía un niño maltratado, un niño al que se había obligado a estar levantado hasta una hora muy tardía.

—Oh —dijo, y pareció como si fuera incapaz de decir nada más—. Ohhhhhhhhh.

Zillah apartó delicadamente a Nada de Christian. Nada cerró los ojos y se hizo un ovillo en los brazos de Zillah. Su cabeza cayó pesadamente sobre el pecho de Zillah, como si hubiera sufrido un terrible *shock* y hubiera entrado en coma en un instante.

Zillah le acarició distraídamente.

—¿Carnaval? —le preguntó a Christian—. ¿Esa muchachita de tu bar?

Christian asintió.

—Bueno —dijo Zillah. Estaba un poco más pálido que de costumbre, pero se mantenía muy erguido y sus ojos ardían con la llama salvaje de la alegría y la felicidad. No, había algo más que eso, y un instante después Christian comprendió que los ojos de Zillah estaban llenos de orgullo—. Bueno… Eso cambia las cosas, ¿verdad? Eso hace que todo sea todavía mejor…, realmente maravilloso.

Molochai y Twig empezaron a hablar en susurros el uno con el otro. Christian oyó una risita ahogada. El cantante había estado escuchando el intercambio de palabras, pero estaba más interesado en su amigo. La chica parecía perdida en un mundo particular. Se había medio derrumbado contra el costado de la camioneta, y se rodeaba a sí misma con los brazos mientras hundía el mentón en el pecho. La luz de la farola hacía brillar sus cabellos.

Christian alzó los ojos hacia la luna, el círculo grávido que colgaba en el cielo a punto de entrar en la fase de llena. Su luz era lo bastante potente como para hacerle daño en los ojos y Christian los cerró, pero los rayos de la luna atravesaron sus párpados. La luna brillaba sobre todos los que permanecían inmóviles en la acera. Steve, con la cabeza en el regazo de Fantasma, furioso, herido, derrotado; Zillah, con su niño dormido en los brazos; Molochai y Twig abrazándose el uno al otro sin dejar de hablar en susurros…

Y Ann, sola, sola bajo la luna. Un hilillo de semen de Zillah estaba escapando de sus entrañas, una hebra de un blanco cremoso que se deslizaba lentamente bajando por su muslo.

Un poco de su semilla pero no toda. En el interior de Ann dos puntitos de vida se habían fusionado el uno con el otro, y algo cobró vida en aquel lugar más secreto de su ser donde todo era rojo y húmedo; una micromanchita de carne que era en parte humana y en parte extraña a todo lo humano el medio hermano o la medio hermana de Nada.

Steve se estremeció y volvió a quedarse inmóvil. Fantasma le acarició el pelo porque era lo único que podía hacer. Nada gimió y fue saliendo poco a poco de su *shock*, y buscó refugio en los brazos de su padre. La claridad de la luna seguía cayendo sobre ellos, y Christian le devolvió la mirada; y una masa de carne infinitesimal se desperezó en el interior de Ann y empezó a crecer.

21

Noche.

Noche espesa y verde, ramas de pino que se inclinaban para rozar la gravilla del camino, la hierba agonizante, la basura amontonada en las cunetas; una noche cautelosa y rastrera como una serpiente en la que se agazapaba la tumultuosa confusión del último kudzu de octubre. Dentro de un mes el kudzu estaría muerto, como una reseca manta marrón arrojada sobre los árboles y las cunetas; pero ahora todavía seguía retorciéndose bajo la luna, suculento, verde, siempre cambiante y en continuo movimiento.

Noche verde.

Violin Road.

Un remolque sostenido por bloques de cemento, un Bel Air plateado y una sucia camioneta negra aparcados en el descuidado patio de tierra apisonada, y detrás del remolque un enredo de rosales silvestres que entrarían en el mes de noviembre cargados con flores enormes que parecían hechas de encajes. Las rosas habían enloquecido.

Nada sabía que si volvía la cabeza podría mirar por la ventana del dormitorio y vería el delicado trazado de espinos y tallos que el rosal dibujaba al recortarse contra el cielo nocturno, pero en realidad no sentía el más mínimo deseo de volver la cabeza. Lo que hizo fue quedarse muy quieto y seguir acostado de espaldas sobre la cama de Christian. Sus manos se deslizaron entre la reluciente cabellera negra de Christian y acariciaron la larga curva de la espalda de Christian.

Christian suspiró y se acercó un poco más hasta que su cabeza anidó debajo del pecho de Nada, y Nada sintió un minúsculo y delicioso fogonazo de dolor cuando un diente de Christian se hundió un poquito más bajo la piel de su garganta.

Sabía que Christian estaba siendo muy cuidadoso. Sabía que Christian no le haría daño, y que se limitaría a probar su sangre. Aquello no era alimentarse, aquello era hacer el amor. ¿Acaso los largos dedos de Christian no se estaban moviendo sobre su cuerpo trazando perezosos dibujos encima de sus costillas y sus muslos, pareciendo adorar la textura de su piel? Pero Nada había visto aquellos dientes. Eran muy hermosos, y los envidiaba y deseó haber podido nacer miles de años antes, cuando las adaptaciones de la vida entre los humanos aún no se habían extendido por su raza…, pero tener que mantenerse sobrio todas las noches de su vida era un precio demasiado grande, incluso para unos colmillos que se curvaban hacia abajo sobre los labios como garfios de marfil.

Al principio los dientes se habían limitado a pinchar el labio inferior de Christian. Se fueron alargando muy despacio, de una manera imperceptible. Nada había examinado el interior de la boca de Christian, pero no había conseguido ver cómo se desarrollaba el proceso. Los dientes sencillamente se habían vuelto más largos de repente, y ahora eran como relucientes agujas ganchudas de un blanco plateado. Nada

sintió la presión de aquellos dientes sobre sus labios cuando Christian le besó, y cuando se apartó de él pudo saborear la sangre.

Christian mordió la garganta de Nada tan delicadamente como un yonqui introduce la hipodérmica en una vena maltratada por demasiados pinchazos, pero aun así Nada contuvo el aliento, y aquel dolor tan frío y exquisito hizo que se estremeciera. Un instante después la lengua de Christian ya estaba allí para lamer la sangre. Christian le acarició, y su contacto era distinto al de Zillah: más lento, más suave, menos seguro de sí mismo… Sus cuerpos se tensaron buscándose el uno al otro.

La boca de Christian acabó apartándose de la garganta de Nada, y la sangre fluyó entre ellos y se deslizó sobre el pecho de Nada manchando un poco más las sábanas. Nada se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento todo el rato, y lo dejó escapar en una ruidosa exhalación. ¿Qué había estado temiendo? Christian nunca le haría daño. Nada pertenecía a la raza de Christian.

Pero aun así no había querido volver la cabeza.

—Nada… —gimió Christian, y pronunció su nombre en un hálito de éxtasis que se iba desvaneciendo poco a poco y que flotaba sobre el olor de la sangre—. Oh, Nada… Me gustaría tanto desgarrarte la garganta…

—Muchas gracias —dijo Nada. Sabía que era un cumplido—. Vuelve a hablarme de Jessy —dijo un instante después.

Christian suspiró.

—Se parecía mucho a ti. Los mismos enormes ojos oscuros, el mismo mentón puntiagudo, el mismo silencio que siempre se mantiene a la escucha…

—Tú…, eh…, tú te la tiraste.

Un silencio.

—Sí —dijo Christian por fin—. Me la tiré muchas veces a lo largo de un cálido verano de Nueva Orleans.

—Tenía dieciséis años —dijo Nada con voz pensativa.

—Algo así.

—Un año más que yo.

—Sí.

—¿Cuántos años tenías tú?

Un breve silencio.

—Trescientos sesenta y ocho.

Nada quiso reír, pero no pudo hacerlo. Pensar en todos aquellos años almacenados dentro del ser que yacía a su lado, el vientre calentado por su sangre, la boca resbaladiza con su saliva…, no, no podía reír. Sólo el peso de aquellos años ya bastaba para abrumarle, y se preguntó qué sentiría Christian. Trescientos sesenta y ocho años eran pura y simplemente insoportables, ¿no? Nada se preguntó si Christian habría dejado de sentir. ¿Y si se limitaba a contemplar el mundo manteniéndose en una eterna actitud de vigilancia, impidiendo el paso a la alegría para tener a raya el

dolor de todos esos años?

Nada hundió el rostro en la almohada. Tenía los ojos ardientes y húmedos. Besó a Christian en la garganta y en la boca. Ahora volvía a ser meramente una boca, una boca más bien fría con un sabor oscuro y un poco dulzón en la lengua. Dos de los dientes delanteros de la mandíbula superior eran desusadamente largos…, pero Christian no sonreía mucho, y lo más probable era que nadie se hubiera fijado nunca en aquellos dientes.

—¿Viviré tanto tiempo? —preguntó Nada.

—Quizá. Si eres más listo que Molochai y Twig, y más cauteloso que Zillah. —Christian le acarició la cabeza—. Puedo ver el verdadero color de tu pelo en las raíces. Dorado marrón… Cuando eras un bebé ya lo tenías de ese color.

—He de volver a teñírmelos. —Nada enroscó distraídamente un mechón de sus cabellos y se lo metió en la boca. Después tragó una honda bocanada de aire—. ¿Qué se siente al vivir mucho tiempo? —preguntó.

Christian no contestó.

—Tengo que irme —dijo volviendo la vista hacia la ventana—. He de estar en el club a las once.

Nada quería abrazar a Christian, mantener a distancia todos aquellos años, hacer algo por él.

—Podría venir contigo —dijo.

—Gracias, pero es mejor que no lo hagas. Si continúo sirviéndote copas a escondidas acabaré perdiendo mi empleo. Quédate aquí con los demás… Cuando se despierten querrán salir a dar una vuelta.

Christian se puso unos pantalones negros imposiblemente largos y se abotonó una camisa negra que le llegaba hasta el mentón. Giró sobre sí mismo para irse, pero se detuvo en la puerta del dormitorio.

—¿Christian? —murmuró Nada.

—No se lo deseo a nadie —dijo Christian.

Desapareció en las oscuras profundidades del remolque. Un instante después Nada oyó cerrarse la puerta principal, y el Bel Air se alejó por el camino con un rechinar de gravilla yendo por Violin Road en dirección al pueblo.

Nada se quedó inmóvil entre el enredo de sábanas frías, y contempló las hilachas de niebla que desfilaban flotando por delante de la ventana y medio ocultaban los rosales. Jugueteó durante un rato con su húmedo vello púbico desrizando mechones, tirando suavemente de ellos y dejando que volvieran a enroscarse sobre sí mismos. Tener una cama para él solo ya no era algo que le ocurriese con demasiada frecuencia. Normalmente dormía en un nudo sudoroso de mantas, pelos y miembros. Despertaba para descubrir los dedos de Molochai dentro de su boca o a Twig babeando sobre su almohada, y también era bastante habitual que despertara oyendo las perversas y a veces escatológicas sugerencias que a Zillah tanto le gustaba murmurar en su oído; por lo que ahora disfrutaba al máximo de cualquier momento

de intimidad. Nada permaneció inmóvil y dejó que sus pensamientos vagaran por donde más les apeteciera.

¿Qué edad tenía Christian ahora? Nada hizo algunos cálculos, y acabó obteniendo la cifra de trescientos ochenta y tres años. Su mente intentó asustarse ante tal cantidad de años, pero Nada no se lo permitió. «No —se dijo—. Puede que algún día llegues a ser igual de viejo, así que piensa en ello».

Era tanto, tanto tiempo… A menos que encontraras a otros de tu especie, otros que vivieran tanto como tú, estabas condenado a pasar una gran parte de ese tiempo en soledad. Los demás —«los humanos», se obligó a pensar Nada— se te morirían enseguida. Steve y Fantasma morirían, y Nada seguiría siendo joven y lleno de vida…, pero no iba a pensar en Steve y Fantasma.

Y de todas formas tenía a Zillah, su padre, su amante; y también tenía a Molochai, a Twig y a Christian. Estarían allí con él, y seguirían vivos; pero tenía que haber otros de su raza que vivían en la soledad. Christian había vivido solo durante mucho tiempo. Quizá ésa era la razón por la que Christian parecía tan reservado y, aun así, se lanzaba con un apetito tan desesperado sobre el amor cuando alguien se lo ofrecía. El que te acostumbraras a estar solo no quería decir que tuviera que gustarte.

El tiempo quizá transcurriese de una manera distinta en Nueva Orleans. Allí quizá existiera una especie de tiempo del sueño, un tiempo que podía estirar un solo día o comprimir trescientos ochenta y tres años. Nada había sido concebido por el semen resplandeciente de Zillah en Nueva Orleans, y Christian le había hecho el amor a Jessy en Nueva Orleans. Su madre, aquella chica delgada de cabellos oscuros que tenía dieciséis años, aquella chica que había muerto dándole a luz entre chorros de sangre…

Nada intentó imaginarse aquel verano en Nueva Orleans. Los días interminables y sofocantes encima del bar, las largas manos huesudas de Christian moviéndose sobre los pechos pegajosos de Jessy y sobre su vientre distendido, el vientre que contenía y acunaba a Nada cuando aún no había nacido… Deseó poder ser las manos de Christian. Deseó poder sentir el peso de Jessy sobre él, su piel tan resbaladiza como si estuviera untada de aceite. Se imaginó a Christian embistiéndola con su miembro, hendiendo su útero y rozando el feto alojado dentro de él con la punta de su sexo. «Rozándome», pensó. ¿Habría sido bañado por el semen de Christian cuando estaba dentro del útero, había sido su alimento junto con la sangre de Jessy?

Y allí en el útero, a medio formar, ¿había algo en él que sabía de quién era hijo incluso entonces? ¿Había anhelado ser alimentado por el semen de Zillah en vez de por el de Christian? ¿Había una diminuta parte de su ser que deseaba a su padre? ¿Era ésa la razón por la que Nada había pasado los primeros quince años de su existencia solo, siempre solo, siempre a la búsqueda de un sitio en el que pudiera echar raíces…, a la búsqueda de un amor perfecto?

Bueno, ahora ya lo tenía. Cuerpo y alma, y todo el reino intermedio.

Se acordó de aquella noche delante de El Tejo Sagrado —ya había transcurrido un

mes— y de todo lo que había ocurrido sobre aquella fría acera. La noche del castigo y de la revelación… Nada había despertado al día siguiente cuando el crepúsculo ya había quedado atrás, quizá porque entonces ya estaba empezando a acostumbrarse a los horarios de su nueva familia y dormía casi todo el día y se divertía salvajemente toda la noche. Despertó en el remolque, en la cama de Christian. Zillah yacía a su lado con la cabeza un poco vuelta hacia un lado, y su cabellera creaba un dibujo de franjas de colores sobre la almohada. Durante el sueño el rostro de Zillah resultaba casi inocente. Cuando no podías ver sus ojos…

«Padre», pensó Nada.

Se había levantado de la cama sin hacer ruido porque no quería despertar a Zillah. Después se había contemplado en el espejo del cuarto de baño, y había descubierto que aún no era capaz de mirarse a los ojos. «Llevas una semana jodiendo con tu padre —se había dicho—. Su lengua ha estado dentro de tu boca más veces de las que puedes contar. Le has chupado la polla hasta que se ha corrido…, ¡has tragado algo que podría haber llegado a convertirse en tus hermanos y hermanas!».

Pero no podía sentir repugnancia de sí mismo. Hiciera lo que hiciese, no podía sentir vergüenza de sus actos. Sabía que ésos eran los sentimientos que se suponía debería estar experimentando, lo que el mundo diurno y racional esperaría que sintiera; pero Nada no podía obligarse a sentir nada de todo aquello. ¿Qué importancia podían tener aquellas reglas descoloridas e insignificantes en un mundo de sangre y noche?

Nada no estaba muy seguro de que hubiera podido llegar a sentir esas emociones ni siquiera cuando era una parte involuntaria más del mundo normal. Su moral nunca había sido la suya; las baratijas de posición y rango que ofrecía nunca habían conseguido hipnotizarle con sus falsos oropeles. Intentó imaginarse a sus amistades del pueblo haciendo el amor con sus padres: Julie tirándose a su insoportable padre abogado; Laine chupándosela a su viejo, un claro caso de reversión a los tiempos del hippismo que cultivaba plantas raquíticas en macetas dentro de su estudio, y que se suponía era un genio en todo lo referente a los lenguajes de ordenador… La idea no le resultó ofensiva. Era un poquito repugnante, sí, porque Nada opinaba que la inmensa mayoría de los padres no pertenecían al tipo de personas que te ponen cachondo o cachonda en cuanto les echas la vista encima, pero no podía etiquetarla usando palabras como «mala» o «perversa», y Nada se preguntó si había llegado a entender alguna vez el significado de ese tipo de términos. ¿Sería posible que los miembros de su raza nacieran provistos de un instinto amoral que servía como protección contra la culpabilidad generada por el hecho de estar obligado a matar para mantenerse con vida? Si Nada no hubiese nacido con un instinto así, ¿habría podido dar ese primer mordisco a la garganta de Laine?

Nada intentó imaginarse la cadena de circunstancias susceptible de llevar, por pura coincidencia, al resultado final de que un mestizo de vampiro abandonara su hogar, hiciera autoestop durante más de trescientos kilómetros y acabara siendo

recogido por el mismísimo miembro de su raza que le había engendrado quince años antes. No lo consiguió. Aquello no era una coincidencia, sino algo que tenía que ocurrir. Había un mapa de su vida en algún sitio, y Nada había pasado mucho tiempo irremisiblemente perdido vagabundeando por sus fronteras. Ahora por fin había descubierto la pauta general. Que toda la superficie del mapa estuviera salpicada con la leyenda *Aquí hay monstruos* no le molestaba en lo más mínimo.

Su lazo con Zillah también era el lazo que le unía a aquel mundo de sangre y de noche. Ahora sabía que Zillah no le dejaría y que no le abandonaría nunca. Se había enfrentado con Zillah en una ocasión y había salido triunfante, y podía volver a hacerlo; y por extraño que resultara, el que Nada fuera capaz de hacer eso parecía ser uno de los motivos por los que Zillah se sentía más orgulloso de él.

Zillah le había deseado desde el principio. Debía de existir algún tirón biológico entre ellos…, la semilla que volvía al sembrador. Pero Zillah no había sabido por qué deseaba tanto a Nada, y a esas alturas el sentimiento quizá aún fuese revocable. El tirón podría haberse debilitado, e incluso podría haber llegado a disolverse cuando se vaciara la próxima botella de vino barato; pero cuando Christian pronunció aquellas palabras delante del club —esas palabras mágicas y aterradoras, «Eres el hijo de Zillah»—, el lazo se había hecho carne.

No, no meramente carne…, sangre. Los lazos estaban forjados en sangre, naturalmente, tanto el que existía entre Nada y Zillah como el que unía a Nada con Jessy, de cuyas entrañas había salido. Nada era de la sangre de Zillah, y Zillah no le abandonaría ni ahora ni dentro de un millar de años. Quizá llegaran a vivir ese tiempo, quizá vivieran mil años o más, y aun así seguirían estando juntos.

Nada recorrería las autopistas con Molochai, Twig y Zillah, y ahora Christian, durante toda la eternidad. Beberían, harían el amor apasionadamente y no envejecerían nunca…, y nunca más tendría que volver a estar solo.

Alzó los ojos hacia el techo y sonrió. No lo sabía, pero en su sonrisa había una salvaje lubricidad que un mes antes no estaba allí.

Una pisada casi inaudible hizo que volviera la mirada hacia la puerta del dormitorio. Había una silueta inmóvil en el umbral, una sombra negra aureolada por una delgadísima línea de luz plateada. Cabellera larga y ondulada, hombros erguidos…, una silueta esbelta y no muy alta que se alzaba con el mismo porte masivo y regio que si hubiera medido tres metros de estatura: Zillah.

—Ven aquí —dijo Nada.

Zillah fue hacia él y se deslizó bajo las frías sábanas acostándose a su lado.

—Papi… —se oyó decir Nada cuando los brazos de Zillah se tensaron a su alrededor.

Zillah besó sus párpados, su frente, sus labios.

—Sí. Es maravilloso… Llámame así.

—Papi… —susurró Nada mientras Zillah desenredaba el amasijo de sábanas y besaba su garganta, su pecho y la tira de piel inmensamente suave que se combaba

debajo de sus costillas.

—Mi bebé —dijo Zillah, y le mordió con gran delicadeza.

Nada sintió cómo los últimos y maltrechos retazos de su vida anterior —el pueblo, la multitud desesperadamente apática que se congregaba en Skittle’s, los dos idiotas llenos de buenas intenciones que habían fingido ser sus padres— se desprendían de su cuerpo y se alejaban a la deriva flotando sobre el río caliente de la lengua de Zillah, perdiéndose sobre el olor a sangre, hierbas y altares.

Era una noche para reflexionar.

Era una noche para pensar en asuntos que normalmente no eran abordados, y a los que se permitía permanecer ocultos y medio enterrados en los cenagales del subconsciente. Hay noches que parecen haber sido moldeadas por una oscura mano invisible. Hay noches que parecen haber sido concebidas para permanecer despierto mientras tus ojos van resiguiendo las grietas y las manchitas del techo, o las hojas muertas y las flores adheridas a él, o las estrellas pintadas. Hay noches que parecen haber sido hechas para avanzar lentamente y hundirse en el barro de la mente examinando objetos hinchados y corrompidos a los que luego darás la vuelta implacablemente para contemplarlos cara a cara.

Hay noches hechas para la tortura, o para la meditación, o para saborear la soledad.

Zillah yacía envolviendo el cuerpo de Nada. Si alguien hubiera levantado el delgado techo del remolque y hubiera contemplado las dos siluetas enredadas en las sábanas, la posición de Zillah le habría parecido tan protectora como posesiva. Estaba inmóvil con la mejilla apoyada en la cabellera de Nada, y su mente divagaba perezosamente. «Mío —pensaba—. Mío más que cualquiera de las cosas que haya tenido hasta ahora, más de lo que cualquier cosa será mía en el futuro…, sí, esto es mío. Mi semilla, mi sangre, mi alma…».

En el pueblo, un grupo de *country* y música vaquera bastante malo subió al escenario de El Tejo Sagrado. Christian limpió la barra con un trapo e intentó no escuchar los compases gemebundos que brotaban de la guitarra Rickenbacker, e intentó cerrar sus oídos a letras como «Este corazón fue hecho para beber, no para pensar». Sus pensamientos se volvieron hacia Zillah y Nada, hacia la obsesiva pasión incestuosa que cada uno sentía por el otro. «Bueno, ¿y en qué puede cambiar eso las cosas? —se preguntó a sí mismo—. ¿A quién puede hacer daño? Somos tan pocos… Y si eso impide que dos almas conozcan la soledad, ¿dónde está el daño?».

Christian se sentía un poco preocupado por Nada porque sabía que Zillah estaba loco, todavía más loco de lo que ya estaba quince años antes cuando le conoció durante el carnaval. La luz verde de sus ojos se había vuelto más salvajemente intensa, y su pasión por la violencia y el dolor resultaba más evidente; pero quizá toda la raza estuviera loca de una manera o de otra. Sí, años y más años de vivir en

los márgenes del mundo tenían que bastar para que cualquiera acabase enloqueciendo… En el caso de Zillah y los otros, su locura era que hubiesen llegado a amar la existencia de nómadas, forajidos y asesinos. Su locura hacía que se sintieran felices, y en cuanto a Nada… Bueno, ser amado por aquel hermoso padre que estaba loco quizá fuese mejor que estar solo.

En otra zona del pueblo —allí donde las verdes y pesadas copas de los pinos siempre daban sombra al suelo, donde los colores de octubre de los otros árboles llameaban oscuramente en la noche, donde el kudzu indicaba el trazado de la carretera—, Fantasma yacía sobre su cama hecho un ovillo. Era consciente de la presencia de Steve en la habitación contigua, y sabía que estaba sumido en ese sopor empapado de alcohol que carece de sueños. Últimamente Steve ya no estaba bebiendo tanta cerveza, y para sustituirla había empezado a darle al Jim Beam. Aquella noche había iniciado la borrachera bebiendo el *whisky* con agua del grifo, y había acabado tomando tragos directamente de la botella; y cuando Fantasma le ayudó a llegar tambaleándose hasta la cama ya llevaba medio litro de Jim Beam dentro del estómago.

Steve hablaba y hablaba repartiendo las culpas a diestro y a siniestro. «Esa puta —decía—, esa asquerosa puta traicionera… Y ese cabrón de los ojos verdes, me pregunto qué tal se le daría el sonreír si alguien le cortase las pelotas…».

Fantasma le había escuchado diciendo «Sí» y «Ajá» en los momentos adecuados. Pero ¿de qué servía repartir culpas? Zillah había embrujado a Ann. Fantasma sabía por su abuela que los hechizos de amor no funcionan con la gente que no está dispuesta a sucumbir a ellos, y que son los hechizos que resultan más difíciles de deshacer después de que hayan surtido efecto. Y en cuanto a Nada…

Bueno, después de todo Nada había conseguido volver a casa, ¿no? La sangre llama a la sangre. Si Nada quería pasar todas las noches durmiendo en los brazos de su padre, entonces Fantasma suponía que eso era precisamente lo que debía hacer.

Rodeó la almohada con los brazos. «¿Qué saldrá de todo esto? —se preguntó—. ¿Dónde acabarán todas estas almas perdidas?». Pero ésa no era la pregunta a la que realmente quería responder, pues sabía que lo que tuviera que ocurrir llegaría más tarde o más temprano. Fantasma desplegó su mente, y encontró a Ann en algún lugar de la oscuridad vagando a solas, buscando algo que de ser encontrado sólo podría hacerle mucho daño. Embrujada… Ann no podía sentir el roce de la mente de Fantasma en la suya, y se negó a responderle. Fantasma cerró los ojos e intentó conciliar el sueño por pura fuerza de voluntad. Últimamente lloraba mucho, pero no quería llorar a solas en la oscuridad.

Y cuando Fantasma empezaba a soñar, los moradores del remolque de Violin Road se estaban congregando en la diminuta cocina para saludar a la nueva noche bebiendo vino en vasos de plástico. En El Tejo Sagrado, Christian no apartaba la

mirada del reloj del bar y contaba las horas que faltaban para cerrar.

Noche.

Segunda parte

22

(Crujido)

(¡Pop!)

Una explosión anaranjada en la oscuridad. Steve encendió un porro muy grueso que había sido liado con parte del Popocatepétl Púrpura que le había dado Terry. Un diluvio de chispas cayó del porro, ardió como un sinfín de diminutos soles nocturnos entre las húmedas agujas de pino y acabó muriendo.

Era la noche de Halloween, y estaban sentados en el diminuto cementerio de la Guerra de Secesión que había en el bosque detrás de su casa. A Fantasma le gustaba ir allí para fumar, para estar entre los árboles y acostarse sobre la gruesa alfombra de agujas de pino. Le encantaban aquellas lápidas que parecían brotar como setas del suelo del bosque, las cruces de madera y granito maltratadas por la intemperie, los corderos blancos y esas calaveras aladas tan desgastadas que bien podrían haber sido afloramientos naturales.

Cuando Steve dio una calada al retorcido cigarrillo de fabricación casera, su luz convirtió sus ojos en dos profundos lagos de oscuridad y afiló todavía más los ángulos de su nariz y su mentón resaltándolos en un fantasmagórico relieve de sombras. Fantasma cogió el porro y dio una profunda calada. Contuvo el aliento durante el máximo de tiempo posible, suspiró dejando escapar una gran humareda y se recostó sobre su lápida favorita, la de Miles Hummingbird, 1846-1865, el tataratío de Kinsey, un soldado del ejército confederado al que habían matado de un tiro en algún lugar de los bosques de Virginia un día de lluvia cuando faltaba poco para que acabase la guerra y al que habían traído a su hogar de Carolina del Norte en una carreta para enterrarlo en el barro de la primavera. La lápida de Miles era gris y rugosa y parecía estarse desintegrando, y los huesos de Miles se iban convirtiendo en polvo poco a poco debajo de ella. Su cuerpo ya casi impalpable alojaba una concha cuyo interior era de un rosa cremoso, una concha que había traído a casa después de que la familia hiciera su único viaje al mar cuando Miles tenía doce años, una concha que su hermana había colocado en sus manos sobre su pecho desgarrado y dentro de la cual había lágrimas secas que tenían ciento veinte años de antigüedad.

Fantasma apoyó la mejilla sobre el frescor del granito. «¿Hace frío dentro de la concha esta noche. Miles?», pensó, y la voz un poco chirriante de Miles le llegó desde muy lejos con su ya casi imperceptible acento de Carolina. «Hace calor, Fantasma —respondió Miles—. Hace calor y está amarillo como la arena, y el océano es del mismo color que tenían los ojos de mi hermana hace mucho tiempo…».

—¿Verde azulado? —preguntó Fantasma—. ¿Como el océano tranquilo, o azul grisáceo como antes de una tormenta?

No se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que vio que Steve le estaba mirando fijamente.

—Mierda. Menuda forma de pasar la noche de Halloween…, en el cementerio

oyendo cómo hablas con los espectros. Tendría que estar en la fiesta de R. J. con cinco o seis copas en el estómago y otra preparándose para reunirse con ellas, y no en el jodido cementerio emporrándome.

Steve se acostó sobre las agujas de pino con las manos detrás de la nuca, y contempló las estrellas de un brillo lechoso y todavía un poco difuso que empezaban a aparecer. A juzgar por la cara que ponía, le habría encantado poder apagarlas una por una.

—No necesitas beber cerveza —dijo Fantasma—. Has estado bebiendo demasiado… La hierba te limpia el cerebro.

—¿Crees que Ann estará en esa fiesta?

—No si se ha imaginado que tú ibas a asistir.

—No, supongo que no… Supongo que seguirá rondando alrededor de ese remolque de Violin Road, aquel al que se mudaron esos chiflados. —Steve guardó silencio durante un momento—. ¿Sabes que nunca la han dejado entrar en él? Pasé por allí un día y la vi en su patio. Pensé que quizá se le había averiado el coche, así que apagué el motor y le pregunté si quería que la llevase al pueblo, pero me dijo que me largase. Me dijo que estaba esperando a su verdadero amor… —Chupó el porro—. Espero que le dijeran que se fuese a la mierda.

Fantasma se acostó al lado de Steve.

—¿Y qué hiciste?

—Sembrar grava por todas partes y quemar los neumáticos para salir de allí a toda leche. Pensé que si me quedaba acabaría matando a Ann o a ese cabroncete de los ojos verdes.

Fantasma oyó crujir los nudillos de Steve.

—Te aconsejo que te mantengas apartado de ellos —dijo.

—Sí, recuerdo lo que me dijiste… Su cara estaba totalmente curada, y eso quiere decir que debe de ser el conde Drácula o alguien por el estilo. No me acuerdo de cómo tenía la cara, Fantasma…, se me ha borrado de la memoria.

—Bueno, pues entonces confía en mí.

—Sí, supongo que será mejor que lo haga… ¿En quién más puedo confiar si no?

Ahora ya no había ira en la voz de Steve, sólo tristeza y un inmenso cansancio. Era la voz de un hombre que quería dejar de pensar.

Fantasma habría hecho cualquier cosa con tal de conseguir que Steve se sintiera un poco más feliz. Pero ¿qué podía hacer? ¿Desembrujar a Ann? ¿Decir a Zillah y sus chicos que se largaran del pueblo antes de que saliera el sol? Se irguió apoyándose en los codos y meneó la cabeza para desprender unas cuantas agujas de pino que se le habían pegado al pelo. El olor anaranjado y dulzón de la pulpa de calabaza chamuscada llegaba flotando desde las casas más cercanas al bosque.

Fantasma se preguntó si la linterna con un solo ojo que había fabricado con una calabaza seguiría encendida en su porche, y sintió una desesperada necesidad de hablar de algo, de cualquier otra cosa.

—Esta noche las almas perdidas saldrán a dar una vuelta.

—¿Eh? ¿Te refieres a nosotros?

El porro se había apagado. Steve volvió a encenderlo.

—Ajá. —Fantasma aspiró una bocanada de humo picante, y sintió que sus pulmones se expandían y que su cerebro empezaba a girar—. Todas las cosas oscuras, todas las cosas que sufren y las mentes que se han quedado sin cuerpo, las mentes que aún no saben que están muertas, las que no tienen ningún sitio al que ir… —Sintió que sus pupilas se dilataban intentando ver algo en la oscuridad—. Y las cosas malignas también.

—Vaya, estás intentando ponerme la piel de gallina, ¿eh? Bueno, yo también puedo jugar a ese juego. ¿Quieres que te vuelva a contar la historia del Garfio? ¿Qué me dices? —El porro había seguido consumiéndose, y ya sólo quedaban unos tres centímetros escasos. Steve lo apagó, lo dejó caer sobre las agujas de pino y empezó a toser—. Bah, a la mierda con eso… Quiero una cerveza. Vamos a la fiesta de R. J.

—Shhh.

Fantasma alzó la cabeza. El cabello le cayó sobre los ojos, y se lo apartó de un manotazo. Un segundo después Steve se irguió y también clavó la mirada en el bosque. Algo luminoso parpadeaba entre los pinos y el kudzu, un manchón anaranjado que destacaba en la noche…, Fantasma supuso que sería una linterna hecha con una calabaza que ardía en el porche de alguien, pero creyó oír un roce ahogado, un sonido que era ligeramente demasiado fuerte para haber sido producido por una ardilla o un ave nocturna…, sí, un crujido.

Pisadas, pisadas cautelosas y ágiles que se acercaban a través del bosque.

—Ahí fuera hay algo —le murmuró a Steve.

Steve abrió la boca y volvió a cerrarla. Fantasma supuso que iba a decir algo sobre los peligros de fumar demasiada hierba, pero que se lo había pensado mejor. Bien por él.

—De acuerdo —consiguió susurrar Steve—. ¿Y qué hacemos ahora?

—Levantarnos sin hacer ruido. Quédate detrás de mí.

Steve agarró a Fantasma por el brazo, y Fantasma sintió el chisporroteante destello blanco y puro de la electricidad fluyendo del uno al otro.

—Y una mierda. No voy a permitir que tú…

—Quédate detrás de mí —repitió Fantasma, y clavó la mirada en el bosque intentando captar la esencia de lo que venía hacia ellos y averiguar qué era.

Y un instante después las ramas se rompieron, y las hojas muertas cayeron al suelo crujiendo como un montón reseco de huesos marrones, y algo redondo que parecía arder avanzó velozmente hacia ellos. Steve se tiró al suelo arrastrando a Fantasma con él. Fantasma se desplomó tan flacidamente como una muñeca de trapo, y el círculo de llamas estalló al chocar contra la lápida de Miles. Un diluvio de pulpa anaranjada muy madura cayó sobre ellos.

Fantasma se protegió el rostro con una mano y buscó frenéticamente a Steve con

la otra, pero se quedó quieto cuando oyó una voz muy joven que protestaba quejumbrosamente.

—Mierda… He tropezado… Se me desató un cordón y…

Fantasma alzó la cabeza.

—¿Nada?

El suelo estaba lleno de trozos de pulpa viscosa y piel de calabaza que la luz de la luna convertía en un negro mosaico reluciente. El chico se puso de rodillas en el centro de aquel estropicio e intentó limpiarse el impermeable sin conseguirlo. Su mirada se negaba a encontrarse con la de Fantasma.

—¡Mierda! Pisé el maldito cordón y me caí… Lo siento.

—Está bien, deja de preocuparte por eso.

Fantasma se arrastró hacia adelante y puso la mano sobre el hombro de Nada. El rostro de Nada se alzó hacia el de Fantasma. Sus ojos quedaban ocultos por las sombras, sus labios estaban tensos sobre los dientes, y los huesos de sus pómulos parecían un poco más prominentes que cuando habían estado delante de El Tejo Sagrado hacía un mes. No había ninguna razón concreta para ello, pero de repente Fantasma pensó en ciertos acontecimientos extraños que habían tenido lugar últimamente en Missing Mile. Los cuerpos mutilados y ya bastante podridos de dos vagabundos del ferrocarril que habían sido encontrados medio enterrados entre los tallos de kudzu resecos junto a las vías del tren; la desaparición de un niño en Violin Road… Pero no era el momento más adecuado para pensar en aquellas cosas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirando fijamente a Nada—. Supongo que no te habrán echado a patadas, ¿verdad?

La mera idea bastó para que el rostro de Nada se contrajera como si acabase de ser rozado por un viento helado, y todo su cuerpo se estremeció.

—No. Oh, no… Christian me dio la linterna de calabaza. Iba a traérosla. Vine hasta aquí…

—¿Has venido andando desde Violin Road? —le interrumpió Steve—. Mierda, chaval, pero si hay seis o siete kilómetros…

—Sí —dijo Nada—. No quería que los otros se enteraran de que venía aquí. Les dije que iba a…, a dar un paseo. No estabais en casa, pero oí vuestras voces por aquí, y te vi encender algunas cerillas.

—Bueno, ¿qué quieres? —preguntó Steve. Parecía haber recordado de repente que Nada estaba en el bando equivocado—. ¿Es que tu amiguito de los ojos verdes quiere que le envíe a Fantasma? Ya se ha llevado a mi chica, así que supongo que da igual que se quede con mi mejor amigo como propina. —Fantasma le dio un codazo, pero Steve siguió hablando. Le temblaba la voz—. Quizá quiere mi coche, o mi bolsa de maría… Iré a casa ahora mismo y lo envolveré todo para regalo.

Nada clavó la mirada en el suelo.

—No. Yo sólo… He venido a deciros que nos vamos. Todos nosotros…, esta noche. Nos vamos a Nueva Orleans.

—¿Incluso Christian? —preguntó Fantasma—. Es de Nueva Orleans. ¿Vuelve a su casa?

—¿El camarero nuevo? —exclamó Steve—. ¿Cómo cono te has enterado de eso?

—Sí —dijo Nada—. Le da miedo volver porque hay alguien en Nueva Orleans que anda detrás de él, pero no puede permitir que nos vayamos sin él…, y yo nací en Nueva Orleans, así que esta vez realmente puede decirse que vuelvo a casa.

—Supongo que me alegro por ti.

Fantasma se sorprendió al descubrir que echaría de menos a Nada. No había visto al chico desde aquella noche en el club —aquella noche horrible—, pero en aquel momento comprendió que había estado albergando la esperanza de que Nada aparecería algún día en el umbral de su casa porque había abandonado su familia o porque había sido abandonado por ella, y cualquiera de las dos cosas habría significado la salvación para el chico.

Pero eso era imposible. La sangre llama a la sangre. Nada tenía que volver a casa.

—Un momento, un momento… —dijo Steve—. ¿Y por qué has recorrido toda esa distancia sólo para decirnos que os vais? Supongo que esto no tendrá nada que ver con Ann, ¿verdad?

Nada volvió a clavar la mirada en el suelo durante unos momentos y removió las agujas de pino con la punta de su playera.

—Bueno, esperaba que lo supierais… Me temo que intentará seguirnos. Ayer vino y le dijo a Christian… —Nada tragó saliva, miró a Steve y parpadeó varias veces. La penumbra hacía que sus ojos parecieran inmensos—. Olvidadlo —dijo por fin—. Básicamente he venido a despedirme de vosotros. Siento que las cosas ocurrieran de esa manera y me gustaría que todo hubiera sido distinto…, pero ahora estoy con mi familia.

Deslizó los brazos alrededor del cuello de Fantasma, y sus labios agrietados por el frío depositaron un rápido beso sobre su mejilla. Después giró sobre sí mismo.

—¡Espera!

Fantasma extendió una mano y aferró el delgado brazo envuelto en tela negra. Nada volvió la cabeza y le lanzó una mirada recelosa con el rostro medio oculto por las sombras.

—Me asusta, Nada. —Fantasma se echó los cabellos delante de la cara—. Pero necesito saberlo… ¿Qué son? ¿Qué eres?

—Creía que lo sabías.

Nada dio un paso hacia atrás y les obsequió con una gran sonrisa. En cualquier otro rostro tan joven como el suyo habría sido una sonrisa radiante y angelical, pero en el rostro de Nada encajaba tan terriblemente mal que al principio Fantasma no comprendió por qué…, y de repente lo supo. Casi todos los dientes delanteros de Nada habían sido limados hasta dejar las puntas muy afiladas.

—¿Qué le dijo Ann a Christian? —murmuró Fantasma.

—No quiero decíroslo —replicó Nada—. Va a tener un bebé. Dice que es de

Zillah.

Fantasma no pudo hablar, y pasado un momento no le quedó más remedio que cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos, Nada ya se había esfumado dentro del bosque. Sin el resplandor de la linterna de calabaza para indicar su movimiento, la silueta desapareció tan rápidamente como un espectro negro, y se fundió con las sombras que se acumulaban debajo de los árboles.

Fantasma se volvió hacia Steve. Steve había arrancado una planta del suelo, y estaba utilizando sus hojas para limpiarse la pulpa de calabaza que le había caído sobre la cara.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Fantasma.

—¿Eh? Sí… ¿Por qué no iba a estar bien? —Steve contempló las hojas con las que se había estado limpiando la cara, y las alzó bajo los rayos de la luna—. Matarrobles… Lógico, ¿no? Mierda.

—No eres un roble, así que no lo pillarás —dijo Fantasma.

—¿Cómo lo…? —Steve se golpeó las rodillas con las palmas de las manos—. De acuerdo. De acuerdo, no soy un roble y no pillaré nada feo… ¿Tenemos que esperar aquí hasta que alguien nos lance un cadáver putrefacto a la cara o ya nos podemos ir a la fiesta de R. J.?

—Claro que podemos ir a la fiesta de R. J.

Si Steve quería fingir que no había oído las últimas palabras de Nada y se había negado a ver aquella boca llena de dientes limados, Fantasma no pensaba obligarle a admitir la realidad. Tarde o temprano el peso de lo ocurrido caería sobre Steve, y entonces se armaría un jaleo de mil demonios.

Las luces de la fiesta se veían desde muy lejos. Terry Buckett les abrió la puerta. Llevaba unos calzoncillos largos con signos psicodélicos de la paz pintados encima. Terry echó un rápido vistazo a Steve y señaló por encima del hombro.

—El barril de cerveza está por ahí.

Lo encontraron en el porche trasero metido dentro de un cubo de la basura lleno de hielo. R. J. se reunió con ellos mientras Fantasma manejaba la palanca. Su maquillaje de Drácula estaba bastante corrido en la nariz porque no paraba de subirse las gafas con un dedo.

—Estamos celebrando un festival de películas de vampiros —explicó mientras se agarraba a un poste del porche para no perder el equilibrio—. Ahora está terminando *Los viajeros de la noche*. Ésa sí que es realmente demasiado para el cuerpo… Ah, y os habéis perdido *Jóvenes ocultos*.

—Joder, qué pena —dijo Steve con voz hosca, y engulló de un trago la mitad de su primera cerveza.

R. J. puso un vaso goteante en la mano de Fantasma. Tomó un sorbo y captó el sabor cosquilleante de la espuma, la sombra de la cebada y algo que sabía a metal, un

sabor rojizo y metálico… No. La cerveza era un líquido puro y limpio de color blanco y oro. Fantasma se apresuró a tragar el sorbo que tenía en la boca, y después apuró el resto del vaso.

Fantasma se sentó en el suelo y se bebió dos vasos más de cerveza. En el festival de películas le había tocado el turno a *Vamp*. Todos los vampiros parecían ser viejísimos, los restos de una raza gloriosa reducida a dirigir un club nocturno de mala muerte. Intentó hablar con Monica cuando pasó a su lado, pero iba disfrazada de Cuervo de Poe y se negaba a decir nada que no fuese «Nunca más».

Fantasma se disponía a ir en busca de un poco de zumo de frutas cuando Steve apareció delante de él oscilando ligeramente de un lado a otro. Apestaba a cerveza, y su camiseta estaba llena de manchas de cerveza. Steve le agarró por las manos y tiró de él hasta incorporarle.

—Nos vamos.

Fueron tambaleándose hasta el T-bird con Steve descargando la mayor parte de su peso sobre Fantasma. Steve intentó instalarse detrás del volante, pero Fantasma se lo impidió.

—Nanay —dijo—. Esta noche conduzco yo.

Steve dejó caer las llaves del coche en su mano sin discutir. Fantasma se deslizó en el asiento y puso en marcha el motor. Steve se había sentado junto a él y se apoyaba en la puerta. Tenía los ojos entrecerrados y la cabeza alzada hacia el cielo nocturno.

Fantasma extendió el brazo y le rozó el hombro con la mano.

—Steve… Eh, Steve. ¿Adónde vamos?

—A Nueva Orleans —dijo Steve sin apartar la mirada de las estrellas—. Venga, conduce.

23

—¿Que ella va a qué? —exclamó Molochai cuando Christian se lo contó.

—¿Otra vez? —exclamó Twig—. ¿Y qué vamos a hacer con un bebé?

—Podríamos comérnoslo —sugirió Molochai.

Zillah torció el gesto.

—¡Comeros a mi bebé! ¿Estáis locos o qué? —Después reflexionó en silencio unos momentos—. Nada y yo quizá nos lo comamos, pero vosotros os quedaréis sin probarlo.

—Oh, Zilllllaaaaaah…

—Por faaaaaaaaa…

—Ni una gota…, ni una gotita rosada con sabor a azúcar, ¿entendido?

«Y quizá acaben haciéndolo —pensó Christian—. Sí, podrían hacerlo aunque sea el medio hermano o la media hermana de Nada». La idea no le parecía particularmente inmoral, pero le entristeció. Christian se mantuvo inmóvil y en silencio ante ellos y observó atentamente a Zillah. Aquellos ojos, y los labios rosados y perfectos fruncidos en un mueca de diversión o de disgusto, y todo su séquito rodeándole…

Durante un momento faltó poco para que Christian sintiera que no podía soportar su presencia —no la de Nada, sino la de los otros tres—, y odió su despreocupación y su alegre crueldad. La chica no les importaba en lo más mínimo. Su estancia en Missing Mile había llegado a su fin, y ahora se irían a Nueva Orleans y seguirían con su fiesta interminable sin lanzar ni una sola mirada hacia atrás. Les daba igual que el vientre de otra chica se fuera hinchando poco a poco con la presencia de un bebé que era como un tumor maligno, un bebé que acabaría abriéndola en canal y la desangraría hasta dejarla reseca.

—Tienes que librarte de él —le había dicho Christian.

Estaba detrás del remolque cortando las últimas rosas de la estación. Los rosales se habían secado, y ya no eran más que un montón retorcido de tallos marrones. Christian tendría que arreglárselas con lo que ganaba trabajando en el bar, y debería estirar de alguna manera sus ingresos para pagar el alquiler del remolque y comprar las golosinas y el licor con que se atiborraban los demás.

Nada ya se había ofrecido a buscar un empleo. El chico tenía muy buen corazón, pero ¿dónde estarían dispuestos a contratar a alguien con un aspecto tan joven y tan raro? Y Molochai, Twig y Zillah estaban acostumbrados a su lujosa existencia de nómadas, y a viajar de una ciudad a otra viviendo de la sangre y el dinero de las presas que mataban, pero en Missing Mile no había víctimas ricas. Sólo había vagabundos y niños bastardos y viajeros que se habían extraviado.

Mientras cortaba la última rosa —una flor enorme que parecía hecha de espuma roja anaranjada cuyos pétalos llenos de nervaduras se enroscaban delicadamente, volviéndose de un rojo oscuro en los bordes—, la muchacha llamada Ann apareció a

su espalda y tiró de su manga. Christian la había visto rondando el remolque con anterioridad, intentando mirar por las ventanillas o tratando de abrir las puertas de la camioneta negra. No sabía con exactitud qué había ocurrido entre ella y Zillah, y cuando la muchacha se lo contó Christian sintió que se le encogía el corazón. ¿Cómo era posible que Zillah no hubiese dado ni un solo paso hacia la edad adulta en quince años? ¿Acaso nunca había oído hablar de los condones?

—Tendré un bebé precioso —dijo ella—. Un bebé con los ojos verdes, muy verdes…

—Te matará —dijo él—. Te dejarán y te quedarás sola, y el bebé te matará. —Se volvió hacia la muchacha con aquella rosa enorme en una mano y las tijeras oxidadas en la otra—. Escúchame. Tienes que librarte de él… Debes hacerlo.

—¿Por qué?

La mirada de Christian se encontró con la suya. Los ojos de Ann bailoteaban como arañas enloquecidas, y en el brillo que los iluminaba no había ni un solo átomo de cordura. Cuando había visto a la muchacha hacía un mes delante de El Tejo Sagrado no tenía aquel aspecto. La esencia de Zillah ya estaba extendiendo su infección dentro de ella, tal como había hecho antes con Jessy.

Podía decirle la verdad. Podía decirle que Zillah pertenecía a una raza distinta de la humana, una raza cuya semilla era un veneno mortífero; que el bebé de Zillah la destrozaría por dentro y que moriría igual que había muerto Jessy hacía quince años, con los muslos pegajosos de sangre y los ojos escondidos detrás de los párpados entrecerrados que sólo dejaban ver un ribete blanco plateado… Sí, podía decirle todo eso. La muchacha ya estaba lo suficientemente loca como para creerle, pero si llegaba a enterarse de qué peligro corría quizá se lo contara a otras personas. Quizá acabaría convenciendo a alguien más, y eso pondría en peligro a Nada, y pondría en peligro a Zillah y a los demás, los más jóvenes y los más hermosos, la llamarada más intensa de una raza que agonizaba… No. Christian no podía traicionarles.

—Tienes que librarte del bebé porque él te abandonará —balbuceó Christian—. Te quedarás sola.

—Les seguiré donde quiera que vayan —dijo Ann—. Seguiré a Zillah.

Su cabellera despeinada colgaba alrededor de su cara como una nube de llamas. No era más que una muchacha, una muchacha como Jessy, una joven humana que debería tener derecho a una existencia sin el miedo o el dolor causados por los caprichos de otros; una muchacha que debería dar a luz bebés sanos y poder vivir después para cuidar de ellos, bebés que pudiera criar en sus pechos, bebés que no se alimentaran con el tejido de sus entrañas…

Christian sabía que no podía permitir que los otros se marcharan sin él por segunda vez. No podía contemplar cómo la camioneta negra desaparecía carretera abajo mientras se preguntaba si volvería a verla alguna vez. Si se iban de Missing Mile, él iría detrás de ellos. Ellos le protegerían de Wallace Creech. Y si Ann también decidía seguirles…, bueno, quizá conseguiría convencerla. Quizá habría alguna

forma de impedir que diera a luz otro de los hermosos y letales bebés de Zillah.

—Irán a Nueva Orleans —le había dicho—, al Barrio Francés.

Bien, ya estaba hecho. Ahora podría seguirles, y quizá acabaría dando con ellos. O quizá no.

Christian se dio la vuelta y fue hacia el remolque. No volvió la mirada hacia la muchacha que se había quedado inmóvil junto a los rosales, la muchacha que llevaba encajes negros de funeral trenzados en su cabellera llameante…, la muchacha que a pesar de que no existiera ningún parecido físico —ninguno en absoluto— le recordaba con tanta insistencia a Jessy tal como había sido quince años antes.

La muchacha en cuyos ojos ardía la misma luz, la chispa de quien ha sucumbido al hechizo.

24

Después de haber abandonado la fiesta de Halloween, Fantasma fue a la casa de Ann. Su Datsun no estaba aparcado en el camino, pero el Buick rojo de su padre sí estaba allí. Fantasma no quería hablar con Simón Bransby —no aquella noche, y no sobre el tema que le había traído hasta allí—, y pudo ver que la habitación de Ann estaba a oscuras.

Fantasma dejó atrás la estación de autobuses Greyhound que se alzaba junto al Colmado del Granjero. El coche de Ann estaba en el aparcamiento, pero ya parecía abandonado. La estación de autobuses estaba a oscuras, y no había nadie sentado en el único banco de atrás. El autobús nocturno que iba en dirección sur pasaba por Missing Mile cada noche a las diez y cinco, y ya se había ido hacía mucho rato.

Fantasma volvió a Burnt Church Road, cogió sus cepillos de dientes y la bolsa de maría de Steve, y metió el coche por el camino que acabaría llevándoles fuera del pueblo. No se le ocurría nada mejor que hacer. Nueva Orleans, había dicho Steve, y probablemente Ann también iría allí.

Steve se había derrumbado sobre la puerta, y su respiración profunda y ronca indicaba lo agotado que estaba. No se hallaba en condiciones de responder preguntas, así que Fantasma fue en dirección sur por la carretera 42 de Carolina del Norte hasta salir de Missing Mile sin mirar ni una sola vez por encima del hombro. Sabía que volvería. Él y Steve podían ir a cualquier sitio, pero siempre acabarían volviendo a Missing Mile.

La carretera le ponía tan nervioso como la pista del hipódromo a un caballo de carreras. No se le daba bien el conducir, a diferencia de lo que le ocurría a Steve. Su amigo llevaba el conducir en la sangre, pero la cinta de asfalto ondulaba y se retorcía ante los ojos de Fantasma. Las estrellas brillaban en el espejo retrovisor, y la luna esquivaba hilachas de nubes blanquecinas. La noche era oscura, luego se iluminaba y después volvía a ser oscura.

La noche de Halloween…, un mal momento para viajar. ¿Qué podía estar corriendo a la misma velocidad que el T-bird para mantenerse a su altura? ¿Qué ojos extraños podían estar observando el paso del coche? Fantasma mantuvo las ventanillas cerradas y las fosas nasales dilatadas para oler mejor la proximidad de los problemas.

Cuando pasó por delante de la casa de la señora Catlin, Fantasma vio una vela solitaria parpadeando en la ventana. La señora Catlin era lo suficientemente inteligente como para pasar aquella noche en casa, con su pequeña llama calentando a los buenos espíritus y manteniendo alejados a los malos.

Fantasma deseó estar durmiendo entre las sábanas almidonadas y descoloridas a fuerza de lavados de la cama del cuarto de invitados de la señora Catlin, y el anhelo era tan intenso que recorrió sus huesos con una punzada dolorosa. Había pasado muchas noches de infancia en aquella cama, adormilándose, despertando y

removiéndose, deslizando los dedos por entre su pelo mientras trataba de escuchar las conversaciones en voz baja que la señora Catlin y su abuela mantenían en la habitación de al lado. A veces hablaban de cosas que Fantasma no podía comprender, cosas que le asustaban, nombres que nunca podía recordar cuando la límpida luz del sol entraba a chorros por la ventana la mañana del día siguiente. Astaroth… Fantasma creía recordar aquel nombre. ¿O era asafétida? A veces las dos hablaban de recetas y de niños que ya habían crecido y de esposos que se habían marchado de casa o que estaban enterrados, tal como hacen de vez en cuando todas las ancianas; pero Fantasma las escuchaba fascinado incluso cuando hablaban de esas cosas, y daba vueltas a cada palabra que lograba oír, y después la guardaba en algún lugar de su mente como si fuese un guijarro con los colores de una joya o los fragmentos de la cascara de un huevo de petirrojo.

Y a veces…, a veces hablaban de él; y en aquellas ocasiones sus oídos hacían un esfuerzo tan grande para captar lo que decían que Fantasma tenía la impresión de que sus orejas acabarían desprendiéndose de su cabeza y se alejarían volando.

—Nunca tendrá una vida fácil, Deliverance. El don de ese chico es demasiado condenadamente fuerte…

Era la señora Catlin, y se refería a él, a Fantasma. El don era las cosas que sabía o que sentía sin que hubiera forma alguna de que pudiera saberlas; las cosas de las que no podía hablar a cualquiera y que su abuela siempre comprendía.

—Ya lo sé, Catlin. Nadie que haya poseído el don ha tenido jamás una vida fácil, sobre todo cuando tiene el corazón tan bueno y generoso como mi Fantasma… Cuando ese chico intenta soltar una mentira, es como si su frente se volviese de cristal. —Ésa era su abuela. Su voz siempre parecía un poco más suave y débil que la de la señora Catlin, y las palabras también resultaban más suaves y difíciles de oír—. Pero confío en él para que lo utilice bien. Nunca hará daño a nadie con su don. —Entonces bajó todavía más la voz—. Lo único que me preocupa es que su don pueda hacerle daño a él… Pasará toda su vida sintiendo el dolor de los demás, y hace falta mucho aguante para no tumbarse en el suelo y dejar que ese peso te vaya aplastando poco a poco.

Fantasma despertó con un sobresalto y meneó la cabeza. Estaba siendo atraído hacia el sueño por voces procedentes del pasado, por la carretera y la noche, por los espíritus que flotaban entre la medianoche y el amanecer. Cuando pasó al lado del cementerio que había en las afueras de Corinth, Fantasma pudo ver el débil resplandor que brotaba de las piedras acurrucadas sobre el suelo y los harapos de niebla que brotaban de la tierra helada.

Sintió cómo el vello de su nuca intentaba erizarse. «Baja y quédate pegado a la piel», le ordenó. Aquellas tumbas no eran peligrosas. Aunque hubiera espíritus vagando en el cementerio, no eran más que personas. Esos espíritus quizá estuvieran asustados porque sus cuerpos se estaban pudriendo y se iban resecando poco a poco convirtiéndose en polvo, y quizá estuvieran enfadados además de asustados; pero aun

así seguían siendo personas. No podían hacerle daño, y tampoco podían hacer daño a Steve…, pero había otras cosas que sí podían hacerles daño. Algunos de los monstruos estaban vivos.

Fantasma pensó en Miles Hummingbird. ¿Estaría vagando Miles aquella noche por el mundo, flotaría su espíritu sobre los vientos nocturnos como el rugido del océano; y tendría que volver a su tumba al amanecer arrastrado de nuevo a ella por el canto de algún gallo, el silbato de algún tren que sonaba a lo lejos en la fría mañana? Fantasma intentó enviar su mente hacia la noche, allí donde Miles o la señora Deliverance pudieran oírle. «Ayudadme, mis muertos queridos —pensó—. Ayudadme a seguir despierto. Ayudad a Steve para que despierte sin tener una resaca realmente horrible. Dejad que quiera conducir, porque no sé durante cuánto tiempo más podré mantener este barco de vapor en la carretera… Ayudadme si podéis».

No funcionó, o por lo menos no en aquel mismo instante; pero una hora después Steve se desperezó en el asiento cuando la Autopista 1 estaba llevándoles hacia abajo en dirección a Carolina del Sur y dejó escapar un gemido.

—¿Qué coño haces conduciendo mi coche? —preguntó.

«Gracias —pensó Fantasma mientras se iba quedando dormido con la cabeza apoyada sobre el cristal de la ventanilla y los ojos por fin cerrados—. Gracias, y buenas noches».

Mientras corría como si quisiera alejarse de la medianoche, Steve se sentía bien. Se sentía bien porque habían encontrado un café de camioneros en el que cuatro tazas de café solo y amargo habían enviado su resaca al paraíso de los dolores de cabeza, y se sentía bien porque había sintonizado una emisora de frecuencia modulada que programaba rock clásico durante toda la noche. Steve acompañó a los grupos canturreando todos los viejos temas en voz lo suficientemente alta para mantenerse despierto, y lo bastante baja para que Fantasma pudiera seguir durmiendo.

Pero lo que le hacía sentirse mejor era que volvían a estar en la carretera. No estaba pensando en Ann ni en Zillah, el de los ojos verdes («Ese cabroncete de mierda», le subtituló automáticamente una parte del cerebro de Steve), y ni siquiera pensaba en Nueva Orleans. No estaba deprimiéndose analizando la forma en que los últimos meses se habían convertido en mierda. No, Steve no estaba pensando en nada. Se limitaba a canturrear acompañando a la radio, mientras dejaba que el viento frío azotara su cabello haciéndolo bailotear delante de sus ojos y permitía que la carretera lavara su alma hasta limpiarla del todo. La pesadez se iba esfumando con cada kilómetro que dejaba atrás, y Steve tenía la sensación de no pesar nada. Dios, podía seguir viajando así eternamente. Steve sabía lo que le aguardaba al final del trayecto: más horrores con Ann, más furia, más dolor…, pero la carretera era el hogar.

Pasado un rato algo empezó a roer su felicidad. «Llevo encima puede que treinta y cinco dólares —pensó—. El último cheque de mi paga en el Disco Giratorio, menos el dinero de la cerveza…, y Fantasma siempre tiene los bolsillos vacíos. Vamos a

necesitar dinero muy pronto».

De acuerdo, pero había una manera de resolver aquel problema. Era peligrosa, y jodidamente fuera de la ley, pero si Steve no perdía la calma y evitaba meter la pata también era una manera jodidamente sencilla de resolver el problema.

Empezó a examinar lo que había al lado de la carretera. Vendedores de coches usados, luces de sodio anaranjadas que brillaban sobre hileras y más hileras de cacharros acicalados dándoles el aspecto de coches en una vieja película en blanco y negro. Un enlace ferroviario, vías que se intersectaban y se alejaban las unas de las otras como un incomprensible rompecabezas de madera y de hierro donde los vagones proyectaban largas sombras cuadradas. Allí, un poco más adelante…, eso era lo que quería encontrar: una gasolinera pequeña y de aspecto miserable cerrada durante la noche, y enfrente de ella el débil resplandor de una máquina de Coca-Cola del modelo más antiguo, ése del que podías sacar el dinero sin ningún problema… Steve detuvo el T-bird delante de la gasolinera y apagó los faros.

—No lo hagas —dijo Fantasma con voz pastosa.

—Vuelve a dormirte —replicó Steve—. Servirá para pagarnos las cervezas en el Barrio Francés.

Hurgó entre la confusión de objetos que se amontonaba en el asiento trasero y encontró su fiel colgador de alambre, se arrodilló y metió el extremo por la ranura de devolución de monedas. Faltaba muy poco para que hiciera contacto…, sí, allí estaba…, podía sentir cómo rozaba el punto justo. Si la máquina de Coca-Cola hubiera sido una chica, Steve habría estado a un paso de conseguir que lanzase alaridos de puro placer.

—Eso es, pequeña —murmuró.

Y de repente algo muy duro y pesado se estrelló en su espalda. El dolor atravesó la carne hasta llegar a los riñones. Steve perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre la tierra apisonada del aparcamiento.

—Vaya, así que quieres llevarte todos los caramelos y echarnos una maldición, ¿eh?[8]

Steve giró rápidamente sobre sí mismo, y se encontró con los dos pares de ojillos más vacuos y malévolos que había contemplado en toda su vida. Aquellos dos tipos conseguían que los matones amigos de Zillah parecieran genios o, por lo menos, subgenios. Tenían la frente muy pequeña y curvada, y tatuajes que se enroscaban bajando por brazos llenos de músculos tan gruesos como cables para acabar desplegando zarcillos oscuros sobre los dorsos de sus manos mugrientas. Uno de ellos era un hombretón de pecho de barril con rasgos que parecían demasiado grandes y sensuales para su cara, una especie de Dioniso en versión paleta. El otro era flacucho; su cabellera casi incolora caía en una fina y lacia melena desde debajo de una gorra de béisbol adornada con el logotipo de la cerveza Coors, el indicador más seguro de que estás ante un gilipollas profundo que se ha inventado jamás. Un puño nudoso sostenía un martillo.

El tipo del martillo sonrió a Steve mostrando unos dientecillos bastante torcidos.

—¿Tenemos algo que dar a los niños que vienen a pedir caramelos la noche de Halloween, Willy?

Willy se rió. El sonido compensaba sobradamente con malicia lo que le faltaba en humor.

—Mierda, pues no me he acordado de comprar golosinas… ¿Tienes alguna golosina, Charlie?

—Sí. —Charlie movió el martillo en un arco que pasó silbando a escasos centímetros de la cabeza de Steve—. Tengo un caramelo de acero preparado para regalar.

—Iros a la mierda —dijo Steve poniéndose de rodillas—. Esto no es asunto vuestro.

Su voz había sonado débil y asustada, y Steve la maldijo por haberle fallado.

—Vaya, vaya, ¿has oído eso? —El rostro de Willy se convirtió en la viva imagen de la inocencia sorprendida—. Este gilipollas estaba intentando llevarse el dinero de la máquina de Coca-Cola de mi papá en el aparcamiento de la gasolinera de mi papá, y ahora resulta que cree que deberíamos irnos a la mierda y dejarle que siga con lo suyo. ¿Qué opinas, Charlie?

—Ajá. —Charlie dejó escapar una risita estridente—. Creo que será mejor que le demos una buena paliza.

La gasolinera no era del padre de Willy. Steve estaba seguro de ello, y la convicción llegó acompañada por una repentina oleada de furia impotente. Pero si llevaban un martillo encima, por el amor de Cristo… ¿Qué razón podías tener para ir con un martillo en la mano a esas horas de la noche en una gasolinera cerrada donde no había ni un alma? ¿Reventar el cráneo de un capullo de la ciudad al que habías sorprendido intentando robar la máquina de Coca-Cola, quizá? No parecía muy probable. ¿Romper una ventana? ¿Hacer puré la caja registradora y dejarla vacía? «Bingo —se felicitó Steve—. Has ganado el gran premio. Willy te va a regalar el Billete Dorado». Y de repente se echó a reír. Las carcajadas llegaron sin ningún aviso previo, y eran tan histéricas como incontrolables. Se apoyó en la máquina de Coca-Cola e intentó recuperar el aliento, pero no podía evitar que las carcajadas siguieran brotando de su boca. Willy le iba a regalar el Billete Dorado y, bang-bang, el martillo de plata de Charlie caería sobre su cabeza, y después quizá se las arreglarían para conseguir que Steve chillara como un cerdito degollado.

Steve sabía que lo mejor que podía hacer era dejar de reír, y sabía que si continuaba riendo las cosas podían ponerse realmente muy desagradables para él; pero no podía parar, y no paró de reír hasta que el puño de Charlie chocó con su mejilla y la suela de la bota de Willy cayó sobre sus costillas, o quizá fuese Willy el que le dio un puñetazo en la cara y Charlie el que le pateó las costillas, y en realidad daba igual quién hubiera hecho qué.

Agarró un robusto tobillo recubierto por un lejano y tiró de él. Charlie se

derrumbó. El martillo salió despedido de su mano y cayó con un *thunk* ahogado sobre la tierra y el polvo a dos metros de distancia. Steve olió a mierda. El olor quedaba enmascarado por las vaharadas a cerveza barata y sudor de paleto, pero no cabía duda de que olía a mierda. Pensó en qué ocurriría si decía: «Disculpadme, pero ¿cuál de los dos ha pisado un cagarro?», y soltó un nuevo resoplido de risa, una risa enloquecida que se abrió paso a través del dolor que sentía en la cara y en las costillas.

Willy volvía a por él. Steve alzó las piernas y hundió los dos tacones de sus botas en la grasienta ingle de los tejanos de Willy. Willy se dobló sobre sí mismo dejando escapar un aparatoso gruñido, lo que parecía indicar que era más hombre que Charlie: pero aquí estaba de nuevo el bueno de Charlie y había recuperado su martillo de plata, era como para gritar amén y aleluya, y lo estaba levantando por encima de su cabeza. Steve se preguntó si aún acabaría viendo cómo le salvaban el alma después de todo.

Y entonces Fantasma se unió a la pelea gritando como un loco y haciendo girar su propio martillo, el que Steve siempre guardaba debajo del asiento delantero del coche. El martillo de Fantasma entró en contacto con el codo de Charlie, y Steve oyó que algo crujía. Logró apartarse justo a tiempo de la trayectoria del martillo de Charlie cuando éste lo dejó caer para aullar y agarrarse el codo.

Steve agarró el martillo, rodó sobre sí mismo y se incorporó. Ahora tanto él como Fantasma tenían un martillo cada uno, y se enfrentaron a los paletos cubriéndose el uno al otro.

Los paletos ya no parecían ser una gran amenaza, y habían retrocedido hasta quedar pegados a la pared de la gasolinera. Las manos de Willy seguían curvadas sobre su ingle protegiéndola con una inmensa ternura. El brazo derecho de Charlie colgaba inservible a su lado, y su rostro se había vuelto del color de un queso podrido. Willy y Charlie contemplaron a Steve y a Fantasma con la fijeza vidriosa de dos marmotas acorraladas, como si fuesen dos animales demasiado estúpidos para llegar a tener miedo de verdad que se conformaran con sentir un poco de cautela y recelo.

—Tendríamos que aplastaros la cabeza para que dejarais de ir haciendo el gilipollas por ahí —dijo Steve.

—Pero no vamos a hacerlo —se apresuró a decir Fantasma—. Nos limitaremos a volver a nuestro coche y nos largaremos. No hagáis ningún movimiento raro, ¿de acuerdo? —añadió alzando su martillo y amenazándoles con él.

Steve también agitó el suyo, pero estaba empezando a tener la sensación de que había perdido el control de la situación. Pasó por delante del coche y abrió la puerta izquierda, y vio por el rabillo del ojo que Fantasma hacía lo mismo en su lado. Se lanzaron al interior, y las dos puertas se cerraron en el mismo instante. Steve hundió el seguro con el pulgar.

—Deprisa, deprisa, salgamos de aquí cagando leches antes de que nos revienten el trasero a patadas… —le imploraba Fantasma a gritos.

El motor se puso en marcha al primer intento. Steve aceleró a través del aparcamiento y tuvo la satisfacción de ver cómo Willy y Charlie tenían que apartarse de su camino con la torpe rapidez de un par de cangrejos sumergidos en agua hirviendo. Pensó que quizá había rozado a uno de ellos y deseó haberlo hecho. Un instante después la gasolinera se estaba encogiendo a toda velocidad en el brillo rojizo de los pilotos traseros. Miró a Fantasma, quien había vuelto a recostarse en su asiento y sonreía levemente. Creyó poder ver el corazón de Fantasma palpitando a través de la delgada tela de su camiseta.

—Acabas de salvarme el trasero —le dijo Steve. Fue uno de los raros momentos de incomodidad entre ellos—. Estoy en deuda contigo.

—Espera hasta que lleguemos a Nueva Orleans —dijo Fantasma—. Cuando estemos allí podrás comprarme una botella de tinto barato.

Su mano se deslizó sobre el asiento, encontró la de Steve y la apretó con mucha fuerza. Steve tuvo la impresión de que podía captar un mensaje que fluía hacia su cuerpo a través de los dedos delgados y muy calientes de Fantasma. «Si consigues que te maten se acabó todo, Steve —decía el mensaje—. Yo también quedaría fuera de la partida, ¿entiendes? Sabes que estás hecho un lío y que chapoteas en la mierda, y crees que no hay otra persona en todo el mundo en la que puedas confiar, pero yo también te necesito. Intenta conservar el trasero intacto y en su sitio, ¿de acuerdo? Yo también te necesito…».

En algún momento más cercano al amanecer —pero no demasiado cercano, no peligrosamente cercano—, un maltrecho coche plateado pasó por el mismo tramo de carretera que Steve y Fantasma habían dejado atrás hacía una hora. El coche era un Bel Air. Zillah no había querido esperar a que Christian llenara el depósito de gasolina de su coche y comunicara a Kinsey Hummingbird que dejaba el empleo, así que habían quedado de acuerdo en reunirse en el Barrio Francés la noche siguiente.

Christian no se había acordado de encender los faros. Para él la carretera ya estaba lo suficientemente bien iluminada por los rayos de la luna y el débil resplandor de las estrellas, y a una hora tan avanzada de la noche no había ningún coche aparte del suyo.

Por lo menos no había visto ninguno hasta el momento, pero cuando llegó al final de una curva bastante cerrada, una camioneta salió chirriando de un camino secundario y se metió en la carretera detrás de él. Sus faros incrustaron una cegadora barra de luz en el espejo retrovisor del Bel Air. Su bocina sonó estruendosamente cuando el conductor de la camioneta vio el coche de Christian un segundo demasiado tarde, y frenó con demasiada brusquedad. Un instante después la camioneta estaba patinando sin control hasta salirse de la carretera, y caía a toda velocidad por una corta pendiente dando vueltas de campana hasta que acabó inmovilizándose contra el tronco de un pino enorme. El parabrisas quedó resquebrajado y manchado de sangre.

Christian salió de la carretera, aparcó el coche en la cuneta y bajó por la pendiente moviéndose despacio y con mucha cautela. Los pasajeros de la camioneta estaban muertos o a punto de morir. Christian podía olerlo. No había ningún aroma picante a gasolina, y no olía a calor; así que la camioneta no se incendiaría. Sólo había el pesado olor de la sangre espesa y suculenta sazonada con alcohol.

Christian sabía que el accidente había ocurrido por su culpa. Después de todo, no llevaba encendidos los faros; pero no había tenido intención de matar a nadie, y además la camioneta iba demasiado deprisa.

Y él tenía hambre.

El pasajero de la camioneta debía de haber muerto al instante. Sus rasgos habían quedado esparcidos sobre su cara en un manchón borroso de sangre y huesos salpicados de cristales rotos. El conductor aún estaba vivo. Su cuerpo yacía retorcido sobre el asiento y sus flacas piernas habían quedado atrapadas en algún lugar debajo del salpicadero, pero se encontraba consciente. La sangre rezumaba por debajo de su gorra de béisbol, y se acumulaba sobre su cabellera incolora adornándola con un rosario de abalorios rojos. Cuando vio a Christian dejó escapar un gemido, y cuando Christian se inclinó sobre su garganta desgarrada intentó gritar; pero no podía abrir la boca. Su mandíbula había chocado con el volante en un impacto devastador, y los huesos habían quedado pulverizados e incrustados los unos en los otros.

Christian lamió la sangre que había manchado los labios, el mentón y la garganta de Charlie durante los últimos instantes de su agonía, y Willy no pudo hacer nada aparte de mirar.

25

En cuanto a los demás, todos tenían un coche que conducir o un montón de acompañantes que hacían mucho ruido o por lo menos —como en el caso de Christian— una radio a la que se podía mantener encendida durante toda la noche para que emitiera rock que explotaba de vez en cuando convirtiéndose en estallidos de estática o susurros de voces que casi llegaban a formar palabras.

El decrépito Datsun de Ann nunca conseguiría llegar hasta Nueva Orleans. No tenía coche, no tenía acompañante y había vendido su *walkman* a una chica del trabajo para poder asistir al concierto que R.E.M. había dado en la Universidad de Duke el mes pasado. Ni siquiera podía escuchar sus cintas de los Cocteau Twins durante el viaje que acabaría reuniéndola con su amado.

Cuando llegó a casa aquella noche ya sabía que iría a Nueva Orleans. Permanecer inmóvil en el patio del remolque hablando con aquel camarero tan alto y decirle que seguiría a Zillah fuera donde fuese había resultado bastante fácil, pero cuando llegó el momento de ponerse en movimiento… Bueno, eso era algo que debía ser meditado durante un buen rato.

Ann lo fue meditando en el trabajo mientras atendía las mesas en el restaurante hispano cuya moqueta roja y papel de pared con copos de oro pasaba por el colmo de la elegancia en los páramos de Carolina del Norte, y cuando se marchó ya había conseguido redactar una nota dirigida al encargado de la cocina en la que explicaba que un familiar suyo se había puesto enfermo de repente, ¿y tendrían la amabilidad de enviar su finiquito a Ann Bransby-Smith. Entregas Generales, Nueva Orleans, Louisiana? En realidad no esperaba llegar a ver nunca aquel dinero. Quizá cuando Zillah comprendiera que realmente le amaba se encargaría de atender a sus necesidades. Después de todo, el forro de seda púrpura de su capa indicaba riqueza, ¿no?

Ann había dado muchas vueltas al asunto, pero su decisión aún la asustaba un poco. ¿Marcharse de Missing Mile? Nunca lo había hecho, ni siquiera para estudiar en la universidad. Después de graduarse en la secundaria no había presentado ninguna solicitud de matrícula univesitaria porque se había dicho que iba a tomarse un año de descanso para concentrarse en su pintura. Steve y Fantasma irían a la Estatal, y si acababan opinando que la universidad merecía el desplazamiento Ann quizá decidiría imitarles; pero el año se convirtió en dos. Steve y Fantasma se desilusionaron y acabaron regresando a casa, y volvieron a sumergirse en sus sueños de llegar a ser estrellas del rock.

Ahora no podía hablar con Steve, y no creía que pudiera volver a hablar con él nunca más; pero aún estaba Eliot, a sólo quince kilómetros de carretera de allí, y Eliot no sabía nada sobre la noche que había pasado con Zillah delante de El Tejo Sagrado. Podía ir a verle cualquier día en cuanto hubiera salido de trabajar. Ann admitió ante sí misma que últimamente no había tenido muchos deseos de verle. Eliot se negaba a

fumar hierba, parecía escandalizarle un poco que Ann lo hiciera e incluso había llegado al extremo de decirle que le gustaría que dejara de fumar sus Camel sin filtro. «Bueno, por lo menos podrías pasarte a alguna marca baja en nicotina y alquitrán, ¿no te parece?», le había dicho, y no había comprendido por qué Ann se había echado a reír. Eliot ni siquiera era capaz de beber más que ella. ¿Qué clase de hombre empezaba a tener sueño después de haberse bebido tres latas de Lite? Lo único que realmente le gustaba beber a Eliot eran esos repugnantes combinados de ginebra y Coca-Cola.

Ann no podía fingir que Eliot siguiera importándole. El fin de semana pasado había intentado ponerla celosa contándole que su exesposa iba a venir al pueblo. «No tiene ningún sitio donde alojarse —le había dicho haciéndose el inocente—. ¿Crees que debería ofrecerle mi casa?». Ann no se había quedado en Missing Mile por Eliot, y le importaba una mierda lo que hiciera o dejara de hacer. Tampoco se había quedado por Steve, claro, y sólo ella sabía que se había quedado por su padre. Las rarezas de Simón la habían mantenido allí, y habían conseguido preocuparla lo suficiente como para que fuese retrasando el momento de iniciar una vida independiente. Ahora esas rarezas se habían convertido en el último factor de todo el conjunto que la impulsaba a marcharse. Si su padre llegaba a descubrir que estaba embarazada…, bueno, entonces pensaría que era una estúpida, y Simón siempre había tenido muy poca paciencia con la estupidez.

Pero ahora ninguno de aquellos hombres importaba. Steve, Eliot, Simón…, no eran más que nombres que se alejaban a toda velocidad hacia el pasado, nombres que no poseían ni un átomo de la magia susurrante presente en Zillah. Ann murmuraba su nombre para sí misma continuamente. Era como el sabor de la nata batida, como un beso muy profundo dado con la lengua.

Fue hasta Violin Road, pero el remolque estaba a oscuras. La camioneta negra y el Bel Air plateado habían desaparecido, y un aura de vacío y abandono parecía flotar alrededor del remolque. Ya empezaba a tener el aspecto de que nadie había vivido en él desde hacía mucho tiempo. Bien, así que iban de camino a Nueva Orleans… Ann no tardaría en ir hacia allí.

Cuando llegó a casa vio que el coche de Simón tampoco estaba allí. Quería verle una vez más, pero tenía miedo de lo que podía ocurrir. Era como tenía que ser, ¿no? Empezó a hacer el equipaje. ¿Qué debía meter en la única bolsita de viaje que podría transportar consigo? Ann deseó poder llevarse la nueva serie de cuadros que había empezado. Todos estaban inacabados, y todos mostraban rostros con astutas sonrisas rosadas y verdes ojos iridiscentes. Pero los cuadros tendrían que quedarse allí. Cuando estuviera en Nueva Orleans no los necesitaría para nada. Ann cogió su ropa interior de encajes negros y dos pares de viejas bragas de algodón rosa. Después le llegó el turno a su cepillo de dientes, sus cigarrillos, su pequeña pipa de madera y su lata de película, que contenía tres pellizcos de maría que había obtenido de Terry después de mucho rogar. Quizá necesitaría relajarse con una fumadita a escondidas en

algún lavabo de una estación de autobuses entre Missing Mile y Nueva Orleans, o en algún lugar de los pantanos.

Vio que aún quedaban unas cuantas hojas resecas y quebradizas en el fondo de su cuenco, así que decidió dar un par de caladas a la pipa. La hierba le sentó fatal. Ann se quedó inmóvil contemplando sus posesiones, y se sintió repentinamente incapaz de dejar nada atrás. Su sombrero de luto con el velito negro, su colección de discos… El póster de R.E.M. parecía observarla desde la pared, y los ojos de Stipe eran pura pérdida y dolor, y los de Peter Buck eran dos círculos de fuego oscuro. ¿Cómo podía abandonar sus pósters, sus ropas, sus lienzos y su caja de pinturas?

Agarró frenéticamente un chal de encaje negro y se lo anudó alrededor del cuello. Bueno, al menos eso iría con ella… Se puso un collar de cuentas de ébano, un suéter gris y una falda con el forro de seda desgarrado. Estaba inmóvil delante del espejo añadiendo carmín y sombra de ojos plateada a su maquillaje (dentro de unas dieciocho horas quizá volvería a ver a su único y verdadero amor, así que debía estar lo más hermosa posible), cuando oyó a Simón en la puerta principal. Se quitó la boina y empujó la bolsa de viaje con el canto del pie hasta dejarla escondida debajo de la cama.

Ann le oyó avanzar cautelosamente por entre el desorden de la sala, abriéndose paso poco a poco a través de los montones de libros y periódicos y enfatizando a cada momento lo descuidada que estaba la habitación. Era él quien sacaba los libros de los estantes y leía los periódicos, pero se suponía que Ann debía mantener la casa en un estado impecable. Ése era uno de sus deberes. Simón era un auténtico fanático de los deberes, y se los tomaba muy en serio. A veces Ann se preguntaba si no desparramaba sus cosas por todas partes para conseguir que la ausencia de botellas de licor resultara un poquito más obvia. Afirmaba no haber tomado un trago de alcohol desde hacía cinco años, seis meses y veinte días, y Simón nunca se equivocaba.

Y aquí estaba Simón por fin, una silueta bajita y delgada enmarcada en el umbral. Su cabellera llevaba días sin ser peinada y formaba una nube enloquecida alrededor de su cabeza. Tenía una abundante melena blanca como la nieve, y la penumbra del pasillo hacía que su piel pareciese casi fosforescente. Durante el verano Ann había estado bastante preocupada por la salud de su padre. Simón había venido de Dorchester hacía veinte años, pero los veranos cálidos y húmedos de la región aún conseguían afectarle mucho. Era como una planta ártica cuya frágil estructura necesitara la presencia continua de los cristales de hielo. Durante el verano su cabellera se volvía flácida, y hasta las bolsas oscuras que tenía debajo de los ojos transpiraban abundantemente; pero en invierno Simón exudaba una especie de vitalidad enloquecida.

De repente Ann estuvo segura de que su padre podía leer en su mente, o que era capaz de atravesar el colchón con la mirada y ver la bolsa de viaje que había debajo de la cama. Empezaría a discutir con ella de una forma muy calmada y razonable, pero sus argumentos serían escurridizos e incomprensibles. No habría ningún asidero

al que Ann pudiera agarrarse para replicar, y diez minutos después de que Simón hubiera empezado a hablar, Ann se sentiría como si estuviera intentando desenterrar gusanos con una cuchara. Media hora después se sentiría como si estuviera intentando introducir un clavo en una gota de mercurio. Una hora, dos o tres más, y Simón habría conseguido convencerla de que olvidara aquella idea tan estúpida que se le había metido en la cabeza. Ann no iría a la estación Greyhound, no cogería el expreso nocturno a Nueva Orleans y nunca más volvería a ver a Zillah.

Simón había conseguido convencerla de que no hiciera tantas cosas…

Pero lo único que dijo al verla fue: «Buenas noches, hija».

Su forma de dirigirse a ella consiguió que Ann sintiera una mezcla de irritación y ternura hacia él, algo que le ocurría siempre.

—Hola, Simón —dijo.

—¿Has tenido un día…?

—Bastante asqueroso.

Simón asintió y permitió que sus labios esbozaran el comienzo de una sonrisa. Ann siempre hablaba con un ligero gangueo tan típico de Carolina como el que había impregnado la voz de su madre, pero Ann sabía que a su padre le divertía oírla imitar el acento de Simón.

—Igual que el mío. Hoy he diseccionado tres sapos. No había cambios en ninguno de ellos.

Al parecer hubo un tiempo en el que Simón daba clases en una de las Grandes Universidades del Mundo. Ann no estaba muy segura de en cuál, ya que Simón había hecho misteriosas alusiones a Francia, Alemania y el Reino Unido. Ya estaba retirado, y ahora pasaba los días en su estudio intentando cambiar la composición química de varios tipos de sangre. Hasta fechas muy recientes había utilizado la suya, y en algunas ocasiones la de ella; y una vez en que Steve estaba muy borracho le había ofrecido una muestra.

Pero últimamente Simón había empezado a trabajar con animales. Ann aún recordaba el ataque de nervios y de llanto que había sufrido el día en que sorprendió a su padre abriendo en canal los restos de Sarah Jane, una gatita blanca y negra a la que Ann llevaba una temporada dando de comer en los peldaños de atrás. Desde entonces y por lo que ella sabía, Simón se había limitado a utilizar ratones adquiridos en el Woolworth de Corinth y sapos que capturaba en el solar vacío de al lado de su casa. Inyectaba cantidades variables de su sangre en los sapos, y a veces también les inyectaba LSD líquido. Los sapos no parecían reaccionar de ninguna manera especial, dejando aparte el que saltaban como locos.

Simón la miró por encima del borde de sus gafas contemplándola con una expresión extraña.

—¿Estabas pensando en salir esta noche, Ann?

Ann lanzó una mirada involuntaria al espacio que había debajo de su cama. El faldón de la colcha ocultaba la bolsa de viaje, pero volvió a tener la seguridad de que

su padre podía ver a través de una simple tela y de que conocía sus intenciones.

—Quizá vaya a El Tejo —dijo.

—No irás a ver a Steve, ¿verdad? Después de la forma en que te deshonró…

Ann sólo le había dicho que Steve la había abofeteado, y por una vez Simón había dado una de sus rarísimas muestras de sensibilidad y no le había hecho más preguntas al respecto.

—No, Simón —dijo—. No voy a ver a Steve.

—No irás a ver a ese amigo suyo tan peculiar, ¿verdad?

—Simón, Fantasma no es… —Ann se calló. Decir que Fantasma no era peculiar no serviría de nada, y de todas formas no era lo que le había pasado por la cabeza—. Fantasma nunca me ha hecho nada —dijo por fin.

—Desearía que no salieras esta noche, hija.

Ann le miró.

—¿Me lo estás pidiendo o me lo estás ordenando?

—Siempre pienso en lo que es mejor para ti —dijo Simón con voz gélida.

Ann se frotó las muñecas. Cuando tenía dieciséis años había vuelto totalmente borracha a casa una noche. Por aquel entonces Simón aún bebía, pero eso no había servido para que sintiera ninguna compasión hacia ella. Su padre la había atado a los postes de su cama con unos trozos de cuerda, y la había mantenido atada allí durante siete horas hasta que Ann se orinó encima y suplicó que le perdonara su estupidez. El recuerdo de la dolorosa rozadura de las cuerdas y la orina quemándole la piel nunca había llegado a esfumarse del todo.

—Así que se supone que no he de salir esta noche —dijo—. Se supone que debo quedarme en casa y cuidar de ti.

La sensación de derrota se iba acumulando poco a poco en su interior. Oh, ¿por qué Simón siempre tenía que salirse con la suya de una manera o de otra?

Quizá no tenía por qué ser así…

Ann volvió a alzar la vista hacia él, y esta vez intentó que sus ojos estuvieran llenos de sumisión y trató de eliminar el dolor helado que se había ido extendiendo por su rostro.

—Lo siento, papá. —Eso nunca fallaba—. He tenido un día muy duro en el trabajo… ¿Por qué no vas a leer el periódico o alguno de tus libros de la biblioteca pública? Prepararé una cafetera.

Simón se sintió conmovido y cruzo la habitación para darle un beso en la frente. Ann tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no encogerse y tratar de esquivarlo, porque estaba segura de que Simón lo averiguaría todo en cuanto sintiera el sabor salado del sudor que perlaba la línea del nacimiento de su pelo. Pero después de besarla su padre se irguió y la obsequió con otra sonrisa torcida.

—Puedes descansar —dijo—. Yo prepararé el café.

¡No, maldición! Así no conseguiría nada… Ann decidió utilizar su sonrisa más dulce y radiante. El sabor del vómito subió por su garganta.

—Deja que me encargue yo —dijo—. Sé que quieres echar un vistazo al periódico. Hay otro artículo sobre las desapariciones.

El cebo resultaba irresistible. Simón había seguido todas las noticias referentes a las desapariciones con una extraña avidez, sobre todo teniendo en cuenta que las víctimas no eran más que un par de vagabundos y un niño que había pasado toda su existencia entre la mugre de Violin Road. Quizá también las había estado diseccionando.

En cuanto Simón salió de la habitación, Ann hurgó en el primer cajón de la cómoda hasta que encontró una botellita de plástico. Desenroscó el tapón y sacudió la botellita hasta hacer caer su contenido sobre la palma de su mano. Contempló las píldoras diminutas delgadas como obleas y la V troquelada en el centro. El valium se remontaba a la última enfermedad nerviosa de su madre, y Ann había robado la botellita del botiquín hacía un año. Se había tomado casi todas las píldoras durante varias noches en las que no podía dormir, y ahora sólo quedaban aquellas. Ann esperaba que hubiera un poco de descafeinado en la nevera.

—Aquí tienes —dijo unos minutos después mientras colocaba un tazón amarillo sobre el brazo del sillón de Simón—. Me ha salido un poco fuerte, así que he echado montones de azúcar. Espero que no esté demasiado dulce.

—Estoy seguro de que sabrá estupendamente —dijo Simón.

Ann contuvo el aliento mientras su padre tomaba el primer sorbo del café, pero su rostro entrevisto a través de las nubéculas de vapor se limitó a mostrar cansancio y satisfacción. Podía haber sido cualquier padre permitiendo que su hija le trajera una taza de café después de un duro día de trabajo. Ann aún sentía una cierta tristeza.

Una hora después Ann depositó un beso casi imperceptible en sus labios y cerró la puerta principal detrás de ella. La respiración de Simón era un poco irregular, y Ann captó el sabor amargo del café y el tranquilizante en su boca, pero ya tendría tiempo de enviarle una plegaria y una maldición cuando estuviera a bordo del autobús. Ahora nadie podía impedir que fuera a reunirse con su verdadero amor.

El Greyhound la fue llevando hacia el sur mientras la congelaba hasta la médula de los huesos con el aire acondicionado ajustado para mediados de agosto, no para aquella noche del mes de noviembre. Cuando el autobús empezó a alejarse de la masa oscura de la estación, Ann se medio incorporó en su asiento con una mano sobre su bolsa de viaje y la otra mano levantada para pedir al conductor que detuviera el autobús. «Espere —estuvo a punto de decir—. Espere, creo que he perdido la cabeza durante un rato, déjeme bajar y devolveré mi billete y regresaré a mi casa, quizá Steve quiera volver a aceptarme, quizá mi padre me dé la bienvenida a casa…».

Pero el autobús tembló y se sacudió y la hizo caer sobre su asiento, y un instante después cruzaban dando tumbos las vías del ferrocarril que se alejaban de Missing Mile, y Ann vio un presagio, dos luces de señales del ferrocarril que brillaban en la noche, a mucha distancia vías abajo, indicando la presencia de otro cruce.

Las luces eran verdes.

De un verde muy brillante.
Tenían el mismo color que los ojos de su amante.

26

—Es la mejor comida que he probado en toda mi vida —dijo Steve mientras hundía la cuchara en su tercer cuenco de gumbo.

Durante su estancia en la carretera no habían tenido gran cosa que comer.

—¿Mejor que la que cocino yo? —preguntó Fantasma poniendo cara de sentirse herido.

—Mierda, Fantasma… No puedes estar comiendo tofu y brotes de soja germinada todo el tiempo.

—Son cosas muy buenas para el organismo —replicó Fantasma.

Pero justo entonces la camarera puso otro cuenco de gumbo delante de él, y Fantasma se inclinó sobre el cuenco y aspiró el suculento vapor que desprendía mientras sus párpados aleteaban de puro placer. Después lo removió y se llevó una cucharada a la boca. Los distintos sabores se confundieron sobre su lengua. Paladeó la delicada carnosidad del cangrejo y la gamba, el sabor verde y un poco picante a sasafrás del filé y la blanda suavidad del okra.

—Esto podría ser incluso más sano que el guisado de soja y hongos —admitió cuando hubo tragado la cucharada.

Steve y Fantasma salieron del restaurante con el estómago agradablemente lleno de gumbo y café muy fuerte, esquivaron a los turistas que iban y venían por la calle Bourbon, y bajaron por una calle lateral con bastante sombra cuyos balcones de hierro forjado estaban festoneados por lujuriantes helechos verdes, que colgaban sobre la acera, y por miles de abalorios multicolores del carnaval. La calle no tardó en convertirse en un callejón bastante angosto, y Fantasma pensó que se habían perdido; pero de repente se encontraron en la cacofonía de la plaza Jackson, con las torres plateadas de la Catedral de San Luis alzándose detrás de ellos y todo un panorama de pintores de retratos y músicos callejeros desplegándose ante sus ojos. En el centro de todo aquello, un Andrew Jackson salpicado de cagaditas de paloma se erguía sobre su caballo con expresión malhumorada y desafiaba a las magnolias gigantes que rodeaban la plaza.

Fantasma no recordaba haber visto nunca un mapa de Nueva Orleans, pero sabía que el río Mississippi se curvaba alrededor de la ciudad trazando un gigantesco creciente lunar, como una mano inmensa que la protegiera. Podía oler el agua y sentir su corriente palpitante deslizándose por sus nervios, pero también conocía la existencia de las miasmas que podían llegar a cernirse en ciertas ocasiones sobre una masa de agua tan colosal, especialmente en un clima tan húmedo y agobiante. Era como si el vapor de agua creara una sensación de desespero tan intensa que resultaba casi palpable. Su abuela le había hablado de un hombre al que había conocido que se encontraba en un lugar de Inglaterra inmóvil delante del mar, cuando de repente había oído una voz que le apremiaba a saltar hasta su muerte en las rocas que se extendían a treinta metros por debajo de él. Después el hombre se enteró de que se habían

producido varios suicidios en aquel mismo punto de la costa. Considerando el estado en que se encontraban Fantasma y Steve después de haber conducido toda la noche, si veían una masa de agua lo suficientemente grande quizá sentirían la tentación de nadar un rato en ella.

Cruzaron la plaza, y no tardaron en volver a internarse en las profundidades del Barrio Francés. La calle lateral en la que se encontraban no parecía tan frecuentada como algunas de las otras. Los enormes postigos que había a cada lado de los portales estaban un poco torcidos y su pintura chillona estaba perdiendo el color, y algunos de los adoquines de la acera habían sido convertidos en gravilla hacía mucho tiempo. Cuando pasaron por delante de un bar pequeño y oscuro, Steve se detuvo y contempló con expresión melancólica y anhelante las hileras de botellas que se reflejaban en el espejo.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —le preguntó a Fantasma—. ¿Crees que ya estarán aquí?

Fantasma cerró los ojos e intentó enviar su mente por el éter. Intentó encontrar algo familiar, algo joven y solitario, algo aterrador que tenía los ojos verdes; pero acabó abriendo los ojos y meneó la cabeza.

—No lo sé. Hay demasiada magia en este lugar… Todo está demasiado encantado. No consigo separar una cosa de la otra.

Steve se estiró del pelo.

—¡Bueno, pues a la mierda entonces! ¡Volvamos a ese bar! Cristo, pensaba que sabías lo que teníamos que hacer en cuanto hubiéramos llegado aquí…

—Cálmate —dijo Fantasma—. Estoy trabajando en ello, ¿de acuerdo? Para empezar, supongo que necesitamos un sitio donde alojarnos. —«Bien», pensó, «si las cosas están así, así es como están las cosas, ¿no? Steve está cansado y enfadado, y no le culpo por ello; y cuando la encontremos, Ann quizá nos envíe al cuerno…, pero todavía no estoy dispuesto a rendirme»—. Vamos —dijo—. Preguntaremos por ahí a ver si encontramos un alojamiento barato, y después quizá podamos tomar un trago o dos y decidir qué vamos a hacer a continuación.

Preguntaron en varios hoteles y pensiones, empezando con los establecimientos más modestos y bajando por la escala poco a poco hasta llegar a lugares que tenían bastante mal aspecto. No había nada disponible por debajo de cincuenta dólares la noche, lo cual consumiría prácticamente todo el dinero del que disponían.

—¿Por qué no pasamos la noche levantados tomando copas? —sugirió Steve.

Fantasma ya casi estaba dispuesto a acceder cuando vio un pequeño letrero de madera colocado sobre la entrada de un callejón en el que se leía LA TIENDA DE LAS MAGIAS, y debajo y en letras más pequeñas estaba escrito Arkady Raventon, propietario.

¿Habría encontrado el camino que llevaba hasta allí a propósito? ¿Sería posible que aquellos lugares fuesen como un imán que atraía a su mente? Fantasma estaba demasiado cansado para pensar en esos enigmas o para preocuparse por ellos, y

decidió que valía la pena preguntar allí. Siempre se sentía muy a gusto entre los que tenían contactos con lo oculto, quizá porque había crecido entre esa clase de personas. Arkady Raventon, propietario, quizá conocería algún establecimiento barato en el que pudieran alojarse.

La tienda estaba al otro extremo del callejón y su puerta quedaba escondida entre las sombras y los cubos de la basura.

—Este sitio da escalofríos —dijo Steve.

—Nunca se sabe —replicó Fantasma—. Quizá aquí encontremos a alguien que pueda ayudarnos. ¿Tienes una idea mejor?

El callejón estaba sumido en la penumbra, y el interior de la tienda parecía estar dominado por la negrura más absoluta. Steve y Fantasma se quedaron pegados a la puerta durante unos momentos esperando a que sus ojos se acostumbraran a la repentina ausencia de luz, y poco a poco unos puntitos brillantes fueron apareciendo entre la oscuridad. Fantasma comprendió que eran velas, velas votivas de cera perfumada, y que eran la única fuente de luz disponible en la tienda. Olía a canela, a flores de naranjo y a nuez moscada; y por debajo del perfume de las velas, Fantasma captó un olor que le recordó al del cuarto trasero de la tienda de la señora Catlin. Especias y polvo muy antiguo, hierbas y medicinas, óxido y madera y huesos… Fantasma tragó una honda bocanada de aire y aspiró aquel olor. Sintió un repentino cosquilleo en la nariz y estornudó una vez, dos, tres.

—Jesús —dijo una voz desde la oscuridad—. Si tu alma se ha escapado de tu cuerpo, te prometo que no intentaré capturarla.

La oscuridad que llenaba la tienda no empezó a disiparse hasta ese momento. Fantasma distinguió una silueta inmóvil detrás de un mostrador de cristal muy largo, una figura bajita y flaca vestida con una túnica blanca: el propietario. Fantasma vio pómulos protuberantes y ojos hundidos en las cuencas, una rala cabellera negra y manos delgadas como patas de araña que reposaban sobre el cristal con los dedos huesudos extendidos en todas direcciones.

—Acabamos de llegar a la ciudad —dijo—. Andamos buscando un sitio en el que alojarnos durante unos días.

Dio un paso hacia adelante. Tenía la sensación de que sus pies se habían vuelto demasiado grandes, y sus brazos parecían más largos y pesados que de costumbre. La tienda daba la impresión de estar demasiado llena de cosas, y las paredes parecían inclinarse hacia el centro del local. Había estantes repletos de cajas y botellitas minúsculas. Había libros, y un solo vistazo le permitió ver el I Ching, títulos de Aleister Crowley y Robert Anton Wilson, y folletos toscamente impresos que prometían hechizos de amor, de venganza y de buena suerte. Vio una hilera de dagas de metal adornadas con joyas, jarras llenas de hierbas, velas y varillas de incienso. En la parte de atrás de la tienda colgaba una cortina de abalorios de plástico multicolor, y detrás de ella había más negrura.

—Soy Arkady Raventon —dijo el propietario.

Fantasma ya podía ver su rostro con más claridad, pero no logró discernir ninguna pista sobre su edad. La piel era lisa y suave, y los ojos eran un par de charcos oscuros que parecían no tener fondo. Tomó la mano que le ofrecía Arkady, una mano cuyos huesos seguramente quedarían pulverizados si Fantasma la estrechaba con demasiada fuerza, una mano con huesos tan frágiles y pequeños como los huesos de los lagartos. La mano estaba fría y seca, y el apretón era sorprendentemente fuerte. Fantasma abrió la boca para presentarse y presentar a Steve, quien se había quedado cerca de la puerta y lo contemplaba todo sin tratar de disimular su escepticismo.

—Tú debes de ser el hijo de la señora Deliverance…, ¿o eres su nieto? —dijo Arkady antes de que Fantasma pudiera hablar—. Sí, seguramente eres su nieto…, el nieto de la señora Deliverance.

Fantasma oyó con toda claridad el ruido que hizo Steve al tragar aire, y sus ojos se encontraron con la límpida mirada oscura de Arkady.

—¿Cómo lo ha sabido?

Arkady sonrió. ¿Era una sonrisa juvenil, franca y abierta; o se trataba de la sonrisa sabia y desprovista de humor de un hombre muy, muy viejo?

—Todo el mundo conoce a la señora Deliverance —dijo—. Por lo menos todos los que tienen algo que ver con las magias… Quizá seas demasiado joven para saberlo, muchacho, pero tu abuela es toda una leyenda desde aquí hasta las montañas del oeste de Virginia.

—Lo sabía —dijo Steve—. Era una bruja.

—Una bruja blanca —dijo Arkady volviéndose hacia él—, una conjuradora benigna…, y en su juventud también fue una belleza legendaria. Mi madre me contaba historias sobre sus cabellos rubios tan finos que parecían de cristal, sus labios que se curvaban como los del Cristo Infante y sus límpidos ojos azules que nunca mentían… En una ocasión vi un viejo daguerrotipo de la señora Deliverance tomado cuando tenía más o menos tu edad. Sí, era una auténtica belleza…, y tú eres igual que ella, Fantasma. Eres su vivo retrato.

—No le he dicho cómo me llamo —murmuró Fantasma.

Arkady volvió a sonreír.

—¡Pobre niño! Vamos, ¿es que tu abuela te dejó creer que eras el único sensitivo que había en todo el mundo? He estado al otro lado, Fantasma. Yo también sé ciertas cosas…, sé quién eres y lo que eres.

Steve dio un paso hacia adelante y se plantó al lado de Fantasma colocándose de tal manera que podía protegerle un poco con su cuerpo.

—Un momento, un momento… ¿De qué coño está hablando? ¿Qué quiere decir con eso de que ha estado al otro lado?

—Que volví de entre los muertos sin ayuda de nadie —dijo Arkady Raventon.

Cruzaron la estancia principal de la tienda de Arkady avanzando a través de la penumbra y el olor a polvo, telarañas y hierbas. Después recorrieron el cuarto de atrás donde las flores, los santos de yeso y los huesos (Fantasma pensó que eran huesos de

gallina, aunque Steve los observó con bastante recelo) estaban colocados sobre un pequeño altar recubierto con un lienzo de terciopelo. A cada lado del altar ardían velas de color negro y rosa.

Arkady apartó a un lado un grueso cortinaje de terciopelo creando un torrente de polvo, y empezó a subir por una angosta escalera de caracol con Fantasma y Steve detrás. Subieron y subieron, y acabaron doblando una esquina. La escalera se fue volviendo todavía más oscura. Fantasma tenía que buscar los peldaños a tientas colocando su playera con mucho cuidado cada vez. Se llevó una mano a la cara y movió los dedos. Cinco palitos blanquecinos bailotearon delante de sus ojos, pero podían haber sido un truco de la oscuridad o una imagen residual de la luz que estaban dejando atrás. Arkady siguió llevándoles más y más arriba.

Doblaron otra esquina y Fantasma pudo ver un tenue rectángulo de luz muy por encima de ellos. Acabaron deteniéndose ante otro cortinaje de terciopelo, y más allá de éste había luz de día. Arkady apartó el cortinaje. Al final de la escalera había un cómodo conjunto de habitaciones con limpias paredes blancas, grandes ventanales que dejaban entrar la claridad cegadora del sol y suelos de madera que relucían con un resplandor dorado.

Arkady les fue enseñando todas las habitaciones una detrás de otra.

—Ésa es mía. La pequeña pertenece a dos amigos de mi hermano. Y ésta… —la señaló con un ampuloso barrido del brazo—, ésta es la habitación en la que podéis alojaros. Jamás se me pasaría por la cabeza la idea de echar al nieto de la señora Deliverance después de que hubiese llamado a mi puerta.

La habitación era sencilla —un colchón limpio y una ventana situada bastante arriba en la pared de atrás— y de forma cuadrada. Cuatro paredes de la misma longitud, cuatro paredes sólidas y dignas de confianza que contendrían los pensamientos de Fantasma, manteniendo a distancia a los espectros de ojos verdes y a las voces que de lo contrario quizá habrían podido invadir su mente durante la noche… La habitación era un lugar en el que Fantasma y Steve podrían pasar las noches hablando en susurros, y dormir luego unas cuantas horas sumidos en un sopor inquieto para salir de ella y hacer lo que fuera que habían venido a hacer a Nueva Orleans.

—Por mí está bien —dijo, y esperó oír de un momento a otro las protestas de Steve.

Steve no querría quedarse en una habitación encima de una tienda vudú, un alojamiento con el que eran obsequiados a cambio de nada por un propietario bajito y un poco inquietante que afirmaba haber conocido a la abuela de Fantasma o haber oído hablar de ella. Steve sentiría suspicacia o empezaría a ponerse cínico, y probablemente estaría asustado, aunque no querría admitir esa última emoción; pero quizá Steve estaba agotado después de tanto viajar por la carretera o quizá anhelaba tan desesperadamente tomar un trago que se hallaba dispuesto a conformarse con cualquier tipo de alojamiento, o quizá fuera sencillamente que ya todo le daba igual.

Fuera por lo que fuese, Steve se limitó a suspirar y permitió que su larga silueta se fuera inclinando hacia atrás hasta quedar apoyada en el quicio de la puerta.

—Como tú digas —murmuró—. Nos quedamos.

—Ha dicho que volvió de entre los muertos por sus propios medios —le recordó Fantasma a Arkady mientras acababan de bajar la escalera.

Fantasma oyó que Steve murmuraba algo a su espalda, pero no le prestó ninguna atención.

Arkady se irguió cuanto le permitía su escasa estatura.

—Quizá he hablado demasiado pronto.

El borde de su túnica blanca rozó el suelo con un susurro casi imperceptible y levantó una nube de polvo alrededor de sus huesudos tobillos.

—No, señor Raventon. Me gustaría mucho que me lo contara, se lo aseguro…

—Arkady —dijo Arkady distraídamente.

Sus ojos habían adquirido una expresión distante. Les precedió hasta la habitación de atrás, se quedó inmóvil junto al altar y empezó a acariciar lentamente una esquina.

La mirada de Fantasma vagabundeó sobre el marco de madera y el lienzo de terciopelo color zafiro oscuro. Vio cosas en las que no se había fijado antes: amuletos de esmalte llenos de curvas y adornos, rollitos de pergamino, una cruz invertida erizada de clavos…

La voz seca y levemente impregnada de acento extranjero de Arkady hizo que volviera a centrar su atención en él.

—Hacía mucho frío en París aquel invierno… La ciudad estaba tan fría como la luna, tan fría como la soledad…, tan fría como el beso que me mató.

Sus ojos se posaron durante un momento en Fantasma y pasaron velozmente a Steve. Fantasma tenía los ojos muy abiertos, y había un poco de miedo visible en ellos. Estaba recibiendo un fuego graneado de sentimientos procedentes de Arkady —pena, miedo y dolor—, pero por encima de todos ellos había el placer despreocupado que surge sin esfuerzo en un actor muy dotado que está interpretando uno de sus papeles favoritos. Fantasma no sabía qué conclusiones debía sacar de todo aquello. Steve había entrecerrado los ojos, y su expresión un poco recelosa indicaba que estaba esperando oír un montón de mentiras.

—Sí, mis jóvenes amigos, mis pobres y jóvenes amigos con vuestros rostros hermosos y vuestros sueños inocentes… Creéis que el amor es dulce y que nunca puede hacer daño; pero no fueron el frío parisino o la caricia del viento infiltrándose en mis huesos o el hielo que escarchó poco a poco mi corazón los que me mataron, sino el beso de una amante.

—¿El beso?

La voz de Steve rezumaba cinismo.

—Bueno, quizá fuese algo más que el beso…, pero debéis permitirme mi pequeña ración de romanticismo.

El sarcasmo hizo que la voz de Arkady sonara más seca y cortante, y Fantasma se

apresuró a lanzar una mirada de advertencia a Steve. Steve clavó los ojos en el altar.

—Bien —siguió diciendo Arkady—, ese…, ah…, ese beso estaba cargado de una muerte madura y lista para dar su fruto, al igual que lo estaba el resto del cuerpo de mi amante. ¿Alguno de vosotros dos ha hundido los dientes alguna vez en un melocotón podrido? ¿Una ciruela, un melón quizá…? Hay un momento de dulzura tan absoluta y deliciosa como la bendición del cielo antes de que el sabor de la podredumbre empiece a extenderse sobre tu lengua, y así ocurrió con mi amante. Y después la enfermedad fue pudriendo a mi amante hasta consumirla, y para aquel entonces yo ya estaba enfermo y me encontraba solo. En París, durante el invierno… Estaba solo.

Una débil sonrisa bailoteó en los labios de Arkady.

—¿He mencionado a mi hermano Ashley? ¿No? Ashley era mi hermano menor. La belleza de los Raventon… —Arkady rió con un sonido como el del viento moviéndose entre trocitos de cristal—. Cuando fui a París, él se quedó aquí y yo juré que volvería. Tenía que ser su maestro, ¿comprendéis? Tenía que revelarle todo cuanto sabía sobre las magias, la muerte, el amor y el dolor… Ashley iba a ser mi aprendiz. Y me fui a París, y la enfermedad se adueñó de mí, pero yo había jurado a Ashley que regresaría. Le había dado mi palabra, y no estaba dispuesto a quebrantar esa clase de juramento.

Los dedos de Arkady fueron hacia el altar y juguetearon con el lienzo de terciopelo.

—Y me preparé antes de morir. Disponía del tiempo justo para encontrar todas las cosas que necesitaba. Hice traer polvos de Haití y pociones de Guatemala. Conseguí la sangre de un anciano en la Rué des Fers. y los huesos de un niño en las catacumbas de Montmartre.

»Pero llegó un momento en el que ya no pude seguir buscando. La enfermedad llegó y me sonrió con su última y oscura sonrisa, la más dulce de todas, y mi sangre se fue secando dentro de mis venas. Una mañana antes del amanecer bebí el brebaje que había preparado, y permití que la enfermedad se me llevara. Sentí sus labios sobre los míos, y el roce de su lengua lamiendo la última gota de saliva rancia de mi boca. Sentí cómo mi vida me abandonaba y sentí que mi yo se alejaba poco a poco, y hubo un instante en el que pensé: “Dios mío, ahora estoy muerto…”.

»Y un instante después estaba muerto. Desperté en el depósito de cadáveres de un hospital de París, y cuando me estiré sobre la losa y sonreí, uno de los ayudantes del depósito sufrió un ataque cardíaco. Afortunadamente, el ataque no resultó fatal.

La nueva carcajada de Arkady hacía pensar en el golpe seco con el que se cierra una puerta muy gruesa y pesada, una puerta de piedra o de acero, una puerta que no volvería a abrirse durante mucho tiempo.

—Después volví a Nueva Orleans para ser fiel al juramento que había hecho a mi hermano Ashley; pero tal como debería terminar cualquier historia triste, cuando llegué descubrí que Ashley también había muerto y que no había regresado. Nunca

sería mi aprendiz, nunca llegaría a conocer ninguno de mis secretos…

Fantasma se lamió nerviosamente los labios. Tenía la lengua tan reseca como debía de haberlo estado la de Arkady durante todo aquel largo invierno en París.

—¿Y qué fue de Ashley? —preguntó.

Arkady se arrodilló y echó a un lado el lienzo de terciopelo. Sus manos desaparecieron en la negrura que había debajo del altar. Las sombras lamieron sus nudillos y sus muñecas, y un instante después Arkady sacó las manos de ellas.

Steve lanzó una maldición ahogada y retrocedió un paso. Fantasma abrió mucho los ojos. Arkady sostenía en sus manos una calavera humana no muy grande y de formas perfectas, una masa de hueso liso a la que el paso del tiempo había ido haciendo adquirir el color blanco dorado del marfil viejo.

—Fantasma y Steve, os presento a mi hermano Ashley —dijo Arkady.

Después Steve pensaría que si no hubiera conocido tan bien a Fantasma, habría sospechado que todo lo que hizo en aquellos momentos tenía como objetivo tratar de congraciarse con Arkady Raventon; pero naturalmente Fantasma era Fantasma, la menos calculadora de todas las personas que había sobre la faz del planeta, y lo que hizo a continuación fue pura y simplemente comportarse de acuerdo con su naturaleza y obedecer aquella química tan pura como enloquecida que fluía entre su cerebro, su corazón y su alma. El que los ojos de Arkady Raventon parecieran derretirse cuando Fantasma extendió las manos hacia la calavera de Ashley y preguntó si podía sostenerla no tenía nada que ver con aquello.

Arkady depositó la calavera en las manos de Fantasma, y Fantasma la sostuvo con inmensa cautela. La superficie parecía estar curiosamente desprovista de temperatura, y no se encontraba ni caliente ni fría. Fantasma contempló las cuencas de los ojos. Era la única calavera que había visto en toda su vida que no producía la impresión de estar sonriendo. Aquella calavera se limitaba a mirar, y el arco de sus dientes estaba impasible y quizá un poco triste. Fantasma esperaba que a Steve no se le ocurriría soltar ningún chiste (¿Por qué Ashley Raventon ya no puede ir nunca a las fiestas? Porque se dejó olvidado el cuerpo en la última a la que asistió).

Fantasma era muy consciente de que hubo un tiempo en el que aquella calavera había alojado un cerebro, una mente y una identidad. ¿Y un alma, quizá…? La cuna de una vida había estado allí, en aquel algo que dependía de él para que no lo dejara caer. Si la dejaba caer la calavera seguramente se agrietaría, e incluso podía hacerse añicos; por lo que Fantasma la sostuvo con mucho cuidado en sus manos…, y un instante después los sentimientos empezaron a brotar de la calavera tal como Fantasma había sabido que ocurriría. La esencia de Ashley bañó a Fantasma envolviendo todo su ser, y Fantasma se perdió en las profundidades de los ojos vacíos de la calavera y permitió que las impresiones acudieran a su mente.

Lo primero que captó fue una gran soledad. Soledad porque Arkady no estaba allí, el anhelo de su presencia, el afán de poseer su arrogancia y su seguridad en sí mismo; el temor y los malos presentimientos a pesar del deseo de confiar, y luego la

convicción de que Arkady no volvería nunca de París… Después había un vacío, y un diluvio de cosas con las que llenar ese vacío —alcohol y opio, amantes y botas de cuero nuevas—, pero a pesar de ello las noches en vela seguían llegando, y Arkady no volvía nunca, nunca, nunca…

Después dos rostros familiares aparecieron ante él, dos pares de ojos plateados y una melena revuelta amarilla y carmesí. Estaban sonriendo a Fantasma tal como habían hecho la última vez que los había visto, sentados a horcajadas sobre la rama del viejo roble del claro en aquella primera noche de la extrañeza; pero esta vez sus labios carnosos y sensuales estaban manchados de sangre y otros líquidos, y adornados con hilachas de tejido.

Fantasma sintió deseos de vomitar, y un pánico estúpido se agolpó en su garganta; pero consiguió volver a dejar la calavera en las manos de Arkady.

—Su hermano era muy apuesto, ¿verdad? —preguntó.

—No era apuesto…, era hermoso. ¿No he mencionado antes que Ashley era la belleza de los Raventon? —Arkady puso los labios sobre la parte superior de la calavera de marfil y los mantuvo allí durante unos momentos antes de seguir hablando—. Su cabello era del color del borgoña, y lo llevaba tan largo que le caía por la espalda, y cuando caminaba bajo la lluvia centelleaba y relucía. Sus pómulos eran como navajas…, siempre pensé que podía llegar a cortarme el dedo con uno de ellos, pero nunca lo hice. —Arkady rozó delicadamente la calavera con la yema de un índice—. Y esos ojos… Yo solía decirle: «Oh, Ashley, esos ojos, esos ojos…». Cuando alzaba la mirada hacia mí parecían tan oscuros y perdidos…, como agujeros abiertos en el tiempo. —Su dedo resiguió la curva de una de las órbitas vacías—. Esos ojos… Ah, cómo podían llegar a herirme y torturarme…

»Pero murió. Sí. Regresé a casa y había muerto. Mi Ashley, mi hermano… Y ahora estoy solo.

—Un momento. —La voz de Fantasma sonaba débil y entrecortada, pero en ella no había duda, sólo perplejidad—. Regresó a casa. Estaba aquí. ¿Por qué no hizo que Ashley volviera también de entre los muertos?

Arkady siguió sosteniendo la calavera entre sus dedos durante unos momentos. Después se arrodilló y volvió a ocultarla debajo del altar. Invirtió algún tiempo en colocar el lienzo de terciopelo y ordenar los pliegues, quitar el polvo y recoger unas cuantas plumas negras que habían caído de la superficie del altar al suelo. Cuando se puso en pie las articulaciones de sus rodillas crujieron, y el ruido resonó con la ensordecedora intensidad de un disparo en el silencio de la habitación.

Sus ojos se encontraron con los de Fantasma, y cuando habló lo hizo en voz baja e impasible.

—Ashley no quería volver —dijo.

—Entonces ¿los vampiros mataron a su hermano? —le preguntó Fantasma a Arkady un rato después.

Suponía que tratar de averiguar qué eran los gemelos no podía ser perjudicial; y

había pensado que si se admitía la existencia de una especie de vampiro, parecía lógico admitir que pudieran existir otras especies cuyo sustento no era la sangre. La existencia de la primera variedad de vampiros le asustaba, pero en realidad no le sorprendía demasiado. Fantasma llevaba toda su existencia aceptando como normales cosas en las que la inmensa mayoría de personas ni siquiera creía.

Estaban sentados en la estancia principal conversando alrededor de un botellón de cristal tallado lleno de jerez que Arkady había sacado de algún rincón de la tienda. Por lo menos, Fantasma esperaba que el botellón contuviera jerez, pues el líquido oscuro tenía un sabor extraño, mohoso y un poquito rancio, aunque de momento Steve se lo estaba bebiendo sin ningún problema. Fantasma tomó un sorbo de su primer vaso mientras Arkady llenaba el de Steve por tercera vez.

—¿Vampiros? —La mano de Arkady tembló y estuvo a punto de dejar caer el botellón de jerez. Después se persignó dos veces, la primera de arriba abajo y la segunda de derecha a izquierda—. Cielo santo, niño… ¿Por qué quieres saber cosas sobre los vampiros?

—Cristo, Fantasma… —murmuró Steve.

Fantasma le miró, pero Steve estaba inclinado sobre el mostrador de cristal examinando los objetos que contenía. Había viejos frascos de canicas llenos de esferitas descoloridas y vagamente gomosas sobre las etiquetas de cuyas tapas estaba escrito ojos de gato y corazones de sapo con una florida caligrafía ya bastante borrosa que debía ser la de Arkady; joyas de plata en forma de tentáculos, ankhs y diminutas cuchillas de afeitar; un cuenco repleto de minúsculas calaveras de barro meticulosamente modeladas entre las que se alzaba un letrero indicando que costaban 50 centavos cada una…

—Bueno, es mera curiosidad —balbuceó Fantasma sin ocurrírsele ninguna respuesta mejor.

Arkady le miró fijamente.

—Fantasma, niño mío… Imaginarte sintiendo «mera curiosidad» hacia lo que sea resulta increíblemente difícil. —Cogió la mano de Fantasma entre las suyas, y Fantasma tuvo que reprimir el impulso de liberar su mano sacándola de los confines de la prisión formada por aquella piel fría y reseca y todos aquellos huesecillos que crujían—. Eres un sensitivo mucho más poderoso de lo que yo jamás podré llegar a ser. Yo capto pequeños fragmentos, y puedo oír los pensamientos cuando son tan puros y lúcidos como los tuyos…, y no puedo hacer mucho más aparte de eso. Pero tú…, tú tienes un ojo en el corazón. Fantasma, un ojo que brilla, un ojo capaz de ver y sentir…

—¿De qué coño está hablando? —preguntó Steve con voz pastosa.

«Soy la única persona en esta habitación que no está medio borracha como mínimo», pensó Fantasma. Se obligó a tomar otro sorbo de su jerez, a pesar de que el sabor a rancio parecía irse depositando sobre su lengua como una vieja manta mohosa. Aquel jerez parecía empeorar con cada trago que bebías.

—Nunca, nunca querré perder tu favor y tu benevolencia —ronroneó Arkady. Su mano se había movido hasta posarse sobre la rodilla de Fantasma. Sus dedos rozaron la piel a través de un agujero en los pantalones de Fantasma, y el contacto reseco hizo que Fantasma se estremeciera—. Pero los vampiros, Fantasma…, ¡los vampiros! No son algo de lo que se deba hablar a la ligera, no como se hace en las novelas baratas y en las leyendas de Hollywood. Tú crees que los vampiros son los No Muertos, los hijos de la noche. Crees que salen de sus tumbas cuando la luna cuelga en el cielo para chupar la sangre de las vírgenes, que se derriten convirtiéndose en espectros nebulosos cuando asoma el sol, que pueden transformarse en murciélagos y alejarse volando…

—No creo que se conviertan en murciélagos —dijo Fantasma, y Steve le sorprendió murmurando «Yo tampoco lo creo».

Arkady ignoró las palabras de ambos.

—Verás, Fantasma, niño mío, los mitos se equivocan, y es precisamente el que los mitos se equivoquen lo que hace que esas criaturas resulten todavía más peligrosas. Los vampiros no son no muertos. Nunca han muerto. Algunos de ellos nunca mueren, o tardan centenares y más centenares de años en morir. Son una raza separada…, o varias razas. Están los que chupan sangre, los que chupan almas, los que se alimentan del dolor de los demás… Algunos de ellos pueden caminar entre nosotros y moverse con toda libertad bajo la luz del sol. Algunos de ellos son capaces de vivir como seres humanos de un día a otro, de un año a otro… Tienen que ir de un lado para otro como si fuesen nómadas, naturalmente, pues nunca envejecen hasta más allá de cierto punto. Son hermosos, y siguen siendo hermosos… Y nadie debe darse cuenta de ello, y por eso van de un lado a otro y viven entre nosotros, y entonces un día…

—Un día…, ¡BUUUUUM! —exclamó Steve.

Arkady y Fantasma se volvieron hacia él y le miraron fijamente. Steve les sonrió sin el más mínimo buen humor, y volvió a llenar su vaso derramando un poco de jerez sobre el mostrador.

—Y entonces un día —siguió diciendo Arkady sin inmutarse— descubren su propia variedad del hambre. Algunos pueden llegar a vivir durante diez, veinte o incluso treinta años sin que el anhelo irresistible se haga presente dentro de ellos. Algunos sólo son capaces de digerir la sangre, y deben ser alimentados con ella desde el momento en el que nacen. Pero el hambre siempre acaba surgiendo…

—¿Cómo es que sabe tantas cosas sobre ellos? —se atrevió a preguntar tímidamente Fantasma.

—He conocido a vampiros de todas clases —dijo Arkady—. Durante mi primera visita a París conocí a una vampira encantadora…, una bebedora de sangre. Era elegante, culta y tenía unos modales soberbios. Casi todos ellos son así.

Fantasma pensó en los ocupantes de la camioneta negra, las criaturas que se atracaban de vino y pastelitos Twinkie; e intentó forzar su imaginación hasta el extremo de ver a Molochai y Twig como dos caballeros elegantes, cultos o de

modales soberbios. Después meneó la cabeza. O aquellos dos eran aberraciones, o Arkady Raventon no sabía tanto sobre los vampiros como creía.

—Nunca llegamos a ser amantes —siguió diciendo Arkady—, aunque yo la deseé con un anhelo desesperado. Richelle… Tenía los ojos de color violeta, pero siempre llevaba gafas oscuras incluso durante la noche. Su cabello era tan negro como un millar de medias noches, como órbitas sin ojos…, y llevaba las puntas de los mechones teñidas de fucsia y blanco. Había vivido doscientos años o más, y sabía dónde estaban todos los clubs y *cabarets* subterráneos de París. Nunca podré contar las noches que pasamos bailando sobre suelos oscuros envueltos en humo por debajo del nivel de la calle…

—¿Y cómo es que no se la llegó a tirar? —le interrumpió Steve.

Arkady entrecerró los párpados y le lanzó una mirada gélida por entre ellos. Steve se la devolvió. Arkady se sirvió más jerez, y también llenó hasta el borde el vaso de Fantasma a pesar de que todavía estaba medio lleno. Cuando hubo terminado. Fantasma contempló el vaso con expresión abatida.

—Richelle era célibe. Le aterrorizaba la posibilidad de quedarse embarazada, e insistía en que no había precauciones que fueran lo suficientemente dignas de confianza. Me dijo que si llegaba a concebir, eso significaría su fin.

»Nos distraíamos de otras maneras. Pasábamos noches enteras enloqueciéndonos el uno al otro. Richelle tenía un sabor maravilloso, caliente y suculento, y siempre con una sombra de sangre. En una ocasión…, en una sola ocasión, me llevó con ella cuando salió a buscar una presa. Encontró un niño que mendigaba monedas para comprar un poco de leche en algún callejón alejado de las luces de la ciudad, se inclinó sobre él como si quisiera murmurarle algo y hundió sus dientes en aquel suave rostro infantil. Cuando hubo bebido me desnudó y esparció la sangre del niño por todo mi cuerpo. Me cubrió con su sangre. Y luego…, luego su lengua exquisita me lamió hasta dejarme limpio…

—Espere un momento —dijo Fantasma. Temía que Arkady no tardaría en empezar a jadear y a sobarse frenéticamente—. ¿Por qué tenía tanto miedo a quedar embarazada? ¿Qué hubiese ocurrido en ese caso?

—Lo que ocurrió… —replicó Arkady—. Pobre Richelle. Su peor temor se convirtió en realidad. Una noche fue a su club favorito, el Café Zeitgeist. No iba conmigo y conoció a un chico…, me dijo que no era más que un chico. Tendría unos quince o dieciséis años, no más. Se lo llevó a un callejón que había detrás del club. No sé si pretendía alimentarse con él o si únicamente deseaba practicar su variedad habitual del amor. Necesitaba sangre, pero en un caso de apuro podía conformarse con el semen.

»Como aperitivo, podría decirse…

»Bien, el caso es que el chico era bastante apasionado y la belleza de Richelle acabó excitándole demasiado. Quizá fuese por el olor a deseo de sangre que exudaba, no lo sé… Richelle tendría que haber sido capaz de imponerse a él por la fuerza. Era

muy fuerte, pero había bebido demasiado vodka…, eso era algo que resultaba muy fácil en el Café Zeitgeist, donde sazonaban el vodka con esencia de agua de rosas. El chico desgarró el vestido de Richelle de arriba abajo… y la tomó contra su voluntad.

—Qué cabrón —dijo Steve, y dejó que su cabeza cayera sobre el mostrador de cristal golpeándolo con bastante fuerza—. Pero hay chicas a las que no hace falta violar, ¿verdad, Fantasma? Hay chicas a las que basta con…

Farfulló algo ininteligible y se quedó callado e inmóvil.

—¿Qué ocurriría si llegaba a quedar embarazada? —preguntó Fantasma.

—El bebé se habría abierto paso a través de ella devorándola por dentro para salir —le explicó Arkady con evidente placer—. Era medio vampiro… Ya son asesinos incluso cuando están dentro del útero. «Nuestros bebés nacen sin dientes —me dijo Richelle—, pero aun así consiguen salir royendo lo que se interpone en su camino… Quizá tengan un juego de dientes uterinos, quizá se abran paso desgarrando los obstáculos con sus deditos minúsculos… Pero matan, siempre matan. Igual que yo hice pedazos a mi madre…».

»Supliqué a Richelle que fuese a ver a uno de los cirujanos que operaban en los callejones de los barrios bajos para que extirpara al bebé igual que se extirpa un cáncer, pero se negó a hacerlo. A esas alturas ya estaba medio loca de miedo. “El bebé se enteraría”, insistía una y otra vez. “Ya es demasiado tarde. Ya ha empezado a devorarme por dentro… Puedo sentir cómo se agita y da vueltas en mi interior, cómo me va haciendo trizas el útero…”.

»Y Richelle cogió un pequeño estilete que llevaba dentro de su bota en algunas ocasiones…, para abrir las venas de sus amantes, naturalmente, aunque cuando lo deseaba podía utilizar sus dientes para ello. Tenía unos dientes muy afilados, unos dientes que podían proporcionar placer al igual que dolor.

»Intentó sacarse el bebé de las entrañas. Lo encontré entre los restos destrozados de su vientre, medio escondido detrás de los anillos de intestinos. Estaba encogido y marchito, cubierto de sangre, muerto desde hacía mucho tiempo… Aún era minúsculo, no más grande que un frijol. Pero di con él porque los dedos de Richelle estaban curvados a su alrededor. Había estado intentando sacárselo por la fuerza. No quería morir con el bebé dentro de ella…

La mente de Fantasma se estaba moviendo a una velocidad cegadora en demasiadas direcciones a la vez y rebotaba contra las paredes de su cráneo. «Espera un momento, espera un momento —estaba diciendo una voz dentro de su cabeza—. Quizá deberíamos pensar un poco más en todo este asunto de los bebés vampiro asesinos que salen del útero de sus madres devorándolas por dentro. Quizá deberíamos pensar MUCHO sobre este asunto…». Aquella voz aún era bastante débil, pero se estaba haciendo más potente a cada momento que transcurría.

Fantasma por fin había acabado medio borracho de jerez. Al parecer y siempre que consiguieses retenerlo dentro de tu estómago, aquel líquido oscuro y dulzón tenía la graduación suficiente para hacer su trabajo con mucha eficiencia; y el estar medio

embriagado le permitió hablar con voz firme y tranquila cuando volvió a abrir la boca.

—No lo entiendo —dijo—. Richelle era su amiga. ¿Por qué tiene tanto miedo de ellos ahora?

Arkady bajó los párpados.

—Supongo que podría decirse que ahora tengo una cuenta pendiente con ellos. Tu suposición era correcta, Fantasma. Los amantes de Ashley eran vampiros…, de una especie distinta. Esos vampiros saben apreciar el sabor de la sangre, pero no la necesitan. Se alimentan con las almas que están dispuestas a dejarse devorar. Entran en tus sueños e intentan encontrar un nicho en tu cerebro, pero son reales, y si permites que entren dentro de ti acabarán destruyéndote de una forma tan irremisible como lo haría cualquier chupador de sangre. Así eran los amantes de Ashley…, los amantes que mataron a mi hermano.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó Fantasma.

—Lo que le robaron a Ashley no fue la sangre, sino algo igual de vital —siguió diciendo Arkady, quien al parecer no le había oído—. Le chuparon la juventud y la belleza. Viven de eso…, sólo se alimentan de las personas hermosas. Cuando acabaron con él, se había convertido en un cascarón vacío. Ashley jamás habría podido seguir viviendo sin su belleza. Los nervios de su piel estaban conectados a su alma…

Arkady se calló, suspiró y meneó la cabeza.

—También son hermosos —dijo—. Se quedaron con toda la belleza de Ashley, y su propia belleza perdura. La rejuvenecen muy a menudo, y no puedo decirte por qué permito que vivan en el piso de arriba. Quizá albergo la esperanza de que algún día tendré la oportunidad de vengarme… Quizá sencillamente les tengo tanto miedo que no soy capaz de negarles nada.

Los pensamientos de Fantasma seguían moviéndose y rebotando locamente. Tenía la sensación de que su cráneo se había vuelto repentinamente demasiado frágil y de que su mente podía reventar en cualquier momento. Se llevó una mano a la frente, y cuando la retiró vio que tenía la palma empapada de sudor. Era por culpa del jerez, de la atmósfera caliente y opresiva de la habitación; pero más que nada era por culpa de las historias que Arkady les había contado. Un amor terrible que chupaba la belleza y que era capaz de invadir tus sueños; bebés que sólo podían nacer entre la sangre y la agonía…

«¿Qué podemos hacer? —quiso preguntarle a Arkady—. ¿Cómo podemos ayudar a nuestra amiga ahora, antes de que los vampiros la hagan pedazos desde dentro y salgan a la luz?».

Pero Fantasma no podía decir eso, no delante de Steve.

Y estaba casi seguro de que ya conocía la respuesta.

27

Nada despertó bañado por los brillantes rayos del sol de la tarde que se filtraban a través de los cristales sucios y las persianas polvorientas. Sólo podía ver un par de protuberancias indistintas a su lado, y durante un momento la realidad volvió a dar uno de sus lentos y mareantes saltos mortales, y Nada no pudo reconocer aquel lugar. Nunca lo había visto antes. No había estrellas en el techo como en su antigua habitación, no había el palpitar de los neumáticos y el olor embriagador de las manchas de sangre seca como en la camioneta.

Se irguió apoyándose sobre los codos, y sopló para apartar un mechón de cabellos muy limpios de sus ojos. Zillah estaba hecho un ovillo a su izquierda, sumido en las profundidades de su sueño de felino. Christian dormía a su derecha con el cuerpo estirado, delgado e inmensamente largo, los ojos y la boca cerrados y tensos. Molochai y Twig debían de estar en el suelo, acurrucados en algún rincón. Nada no podía ver a ninguno de los dos, pero le pareció oír su respiración profunda y húmeda.

Bostezó y se lamió los labios. ¿Qué era ese sabor en su boca? Rancio, curiosamente peludo e indefiniblemente verde…

Los ojos de Nada habían empezado a cerrarse de nuevo, pero se abrieron de golpe. Apartó las sábanas a un lado, se encaramó velozmente sobre Zillah y corrió hacia la ventana. Permaneció inmóvil durante un momento con el cordoncillo de la persiana entre sus dedos mientras se preguntaba qué vería fuera, esperando que todo lo que recordaba no hubiera sido un sueño producto de la borrachera.

La persiana subió de golpe haciendo bastante ruido. Ningún otro ocupante de la habitación se removió, y Nada pegó el rostro a la ventana. Debajo de él se extendía un angosto callejón con el suelo cubierto de cristales rotos que brillaban bajo los rayos del sol, y más allá de él se desplegaba todo un panorama de calles muy iluminadas. ¿Royal, Bourbon? Nada recordaba vagamente nombres de anoche, nombres mágicos y talismánicos, nombres de calles en los que podía llegar a ocurrir absolutamente cualquier cosa. Vio tiendas diminutas y oscuras que le hacían señas, y supo qué olor tendrían; y no le hacía falta entrar en ellas para saber que olerían a frescor, humedad y especias, y que estarían repletas de extraños tesoros. Vio balcones de hierro forjado de los que colgaban banderas multicolores que chasqueaban al viento y le hacían guiños como un mar de seda. Vio muros de soporte encalados que relucían con destellos blancos manchados por la blandura del rojo ladrillo allí donde se había desprendido la pintura, y detrás de ellos había edificios viejos y mal conservados que debían contener escaleras de caracol, salones de baile iluminados por débiles resplandores y cámaras secretas cuyos muros estaban manchados por los restos de sacrificios de sangre.

Era real, estaba allí, le pertenecía. Nueva Orleans… Nada había recorrido todo el camino que llevaba desde el falso hogar de su infancia hasta la verdadera ciudad de su nacimiento, hasta el maravilloso y resplandeciente Barrio Francés y la mismísima

habitación en la que había venido al mundo emergiendo entre los muslos pringados por la sangre de Jessy.

Christian había llegado antes que ellos, y se encargó de buscar un lugar seguro donde alojarse. El bar —el bar legendario en el que Zillah había conocido a Jessy y le había hecho el amor entre las cajas polvorientas de vino y licores— estaba cerrado y sus ventanales habían sido clausurados con tablones, pero la habitación de Christian seguía estando vacía y no tuvo ningún problema para volver a alquilarla. «La patrona se la enseñó a un par de clientes en potencia —había dicho Christian con una chispa de diversión en la voz—, pero le dijeron que olía raro».

La habitación donde había nacido… Pensar en eso hizo que Nada diera la espalda a la ventana y contemplara aquella estancia sumida en la penumbra. Sus ojos fueron velozmente de una sombra a otra. Se preguntó si el espectro de su madre saldría flotando de un rincón para murmurarle: «Tú me mataste, mi bebé. Me mataste en esta habitación…, sobre este mismo suelo».

Pero fueran cuales fuesen los espectros que vivían allí guardaban silencio. Nada se agazapó para examinar la alfombra sucia y deshilachada, pero suponiendo que las manchas dejadas por su sangriento nacimiento hubiesen perdurado, aquella débil claridad no permitía verlas.

Decidió no despertar a los otros. Quería explorar el extraño y aun así familiar laberinto de calles por sí solo. Arrancó una página de su cuaderno de anotaciones y garrapateó un mensaje para Zillah mientras sentía cómo un débil estremecimiento de anarquía recorría todo su cuerpo. «Estaré de vuelta por la noche», se limitó a escribir. Después lo firmó, la punta de su *d* una daga que apuntaba hacia arriba, el rabillo de la última *a* convertido en un rizo extravagante.

Era el nombre que Christian le había dado, el nombre que ahora le pertenecía de una manera innegable. Nada estaba dispuesto a escribirlo a cada oportunidad que se le presentara. Volvió a firmar la nota, y después la firmó por tercera vez haciendo que las letras se desparramaran incontroladamente a través de la página: Nada, Nada, Nada. Ésta era la habitación en la que Christian había sostenido su cuerpecito recubierto de sangre y líquidos viscosos, la habitación en la que le había dado su nombre… Y ahora Nada saldría de ella para descubrir las calles que eran su hogar.

Cuando las playeras de Nada entraron en contacto con el cemento, fue como si todo el Barrio Francés vibrara a través de sus huesos. Durante la noche anterior, Nada había pasado las horas nebulosas y confusas siguientes a su llegada dejándose deslumhrar por la mascarada continua de la calle Bourbon y se había embriagado de *chartreuse*. Ahora, sobrio y con la cabeza despejada bajo la acuosa luz de la tarde, quería correr y saltar por aquellas viejas calles gritando «¡Estoy aquí, estoy aquí!»; quería abrazar cada poste de farola adornado con flores y volutas y cada cartel callejero, volar desde cada balcón. El Barrio Francés era suyo, y cada ladrillo antiguo y cada gota embriagadora de su sustancia le pertenecían.

Sacó unas gafas de sol baratas del bolsillo de su impermeable y se las puso. Nada

había adquirido la costumbre de robarlas en los supermercados y las gasolineras en vez de Lucky Strike, que casi había dejado de fumar. El par de gafas más reciente al que había echado mano tenía los marcos pequeños y redondos y los cristales espejo tipo arco iris, y hacían que se sintiera como John Lennon en sus días de máxima afición a los viajes con ácido. Llevar unas gafas de sol encima en todo momento era una excelente costumbre. La luz del día no podía dañar a Nada y a los demás como sí podía hacerlo con Christian, pero un exceso de sol casi siempre acababa provocándoles un dolor de cabeza que palpitaba detrás de los ojos con una enloquecedora vibración rojiza.

Nada vagó durante horas por las calles y las aceras. Una ristra de abalorios multicolores del carnaval estaba enrollada alrededor del poste de una puerta de hierro forjado, un resto olvidado de la celebración de la primavera, una guirnalda para darle la bienvenida.

Nada la cogió y se la colgó del cuello.

Visitó la catedral de San Luis con sus altísimos techos abovedados y sus mil velas votivas parpadeando bajo la luz teñida por los colores de las cristaleras emplomadas. Fue a la tienda de regalos de la catedral, y robó un rosario que añadió a la ristra de abalorios colgada de su cuello. Los dos collares se enredaron el uno en el otro, y acabaron acomodándose en una tensa camaradería entre lo sagrado y lo profano.

Entró en el Café du Monde, y se bebió a sorbitos una taza de café con leche muy caliente que desprendía humo. Fue hasta el punto más alto del puente que podía levantarse para dejar pasar los barcos y bajó la vista hacia las revueltas aguas marrones del río. «Los huesos de mi madre yacen allí —se dijo—. Y no descansan, flotan y se mueven y se van disgregando y vuelven a unirse año tras año, y nunca descansan…».

Cuando las sombras empezaron a estirarse sobre las aceras y ojos cansados observaron cómo dejaba atrás las entradas de los bares. Nada volvió por donde había venido encaminando sus pasos hacia la habitación de Christian. Los otros ya estarían listos para despertar. Christian quizá les acompañaría en sus rondas de aquella noche, o quizá encontraría otra forma de divertirse, dado que ahora ya no necesitaba un empleo. «Nosotros obtenemos el dinero de otras formas», le había dicho fríamente Zillah cuando Christian le propuso volver a trabajar en algún bar.

Caerían sobre el Barrio Francés e irían tambaleándose de un bar a otro, y bajarían cantando por la calle Bourbon con los brazos sobre los hombros de los demás. Entrar en los bares acompañado por Molochai, Twig y Zillah permitía que Nada fuese servido sin que nadie le mirara dos veces. El sabor del *chartreuse* era mágico, fragante y embriagador más allá de todo lo imaginable, y aun así también le resultaba curiosamente natural, como si cuando era un bebé Nada hubiera sido criado con el llameante *liqueur* verde. Ya empezaba a tener la sensación de que siempre había vivido en Nueva Orleans.

Y además allí se podía tener la seguridad de que todas las sangres serían dulces y

suculentas. Nada se sorprendió al darse cuenta de lo hambriento que estaba. El recuerdo de la sangre de Laine ya no le hacía sentirse culpable, y sólo se acordaba de lo sabrosa que la había encontrado, de lo caliente que estaba y de cómo había entrado en su boca trayendo consigo el palpitar de la mismísima vida. Pero ahora la muerte de Laine parecía algo que había ocurrido hacía mucho tiempo…, demasiado.

Desde entonces había habido otros, claro. Los vagabundos en Missing Mile, y el niño… Con ellos había resultado más sencillo. Cuando descubrió que Molochai, Twig y Zillah se habían limado los dientes para hacerlos más afilados, Nada también se limó los suyos. Ahora le encantaba deslizar la lengua sobre ellos acariciando las puntitas, pero ni siquiera la sangre del niño de Violin Road había tenido un sabor tan dulce como la de Laine. En el Barrio Francés todas las sangres sabrían a alcohol púrpura…

Sí, esa noche saldrían en busca de sangre.

Ya casi estaba en casa. Una diminuta parte racional de su mente se preguntó cómo era capaz de caminar por aquellas calles sin perderse orientándose con tanta facilidad, pero en realidad Nada era incapaz de considerarlo extraño. Había soñado con aquella ciudad, y había soñado con vagabundear por aquellas calles. Un mapa resplandeciente del Barrio Francés pareció desplegarse dentro de su cabeza, medio imaginado y medio recordado, pero visto con tanta claridad como la llama del *chartreuse*. Nada se agarró a una farola y giró a su alrededor, y su impermeable flotó extendiéndose junto a su cuerpo como un círculo ondulante de seda negra.

Nada no se dio cuenta de la presencia del hombre que le seguía, caminando lentamente detrás de él, hasta que estuvo a medio bloque de la habitación. El hombre caminaba con el cuerpo un poco encorvado a la altura de la cintura y un brazo tenso sobre el estómago, como si cada movimiento le resultara doloroso. No era más que una sombra entre la luz que se iba debilitando a cada momento, una silueta ni grande ni pequeña, un manchón carente de rasgos individuales. Nada empezó a caminar más despacio, y el hombre hizo lo mismo. Nada apretó el paso, y el hombre le imitó y empezó a caminar todavía más deprisa que él.

En vez de detenerse ante el bar clausurado con tablones. Nada torció a la derecha. Llevaría al hombre hasta el callejón que pasaba por debajo de la ventana de Christian. El otro extremo del callejón estaba bloqueado por una valla y un montón de basura, y Nada quizá se estuviera atrapando a sí mismo al ir por ahí; pero una vez en el callejón podría enfrentarse con el hombre, averiguar qué quería y resolver el problema que planteaba según exigieran las circunstancias. No parecía una gran amenaza.

Nada oyó cómo el hombre le seguía hacia el interior del callejón haciendo crujir los cristales rotos con sus zapatos. Se detuvo y giró sobre sí mismo con las manos sobre las caderas y las playeras firmemente plantadas sobre el pavimento, intentando parecer lo más peligroso posible.

El hombre se detuvo a un par de metros de distancia, y Nada vio que ahora estaba muy encorvado. Su respiración sonaba áspera y dificultosa. Su rostro era un manchón

pálido que parecía bailotear en la penumbra y bajo la que relucía una cruz de plata colgada de una cadenita. El hombre contempló en silencio a Nada durante un momento muy largo. Sus labios se movían sin emitir ningún sonido, y sus ojos estaban llenos de incredulidad. Después dio dos pasos tambaleantes hacia él.

—Jessy… —murmuró.

Nada sintió que su corazón salía disparado y se estrellaba contra sus costillas con la fuerza de una bala de cañón para rebotar locamente contra su esternón. «Calma —le ordenó con toda la fuerza de su voluntad—, calma, corazón, nadie puede hacerme daño. Zillah está cerca, y no tengo miedo…».

El hombre se acercó un poco más y rozó el rostro de Nada con las resecas yemas de sus dedos. «Es viejo —pensó Nada—. Es mucho más viejo de lo que me había parecido, y se le ve tan enfermo… No puede hacerme daño». Cerró sus dedos sobre la mano del hombre, y la apartó sin ningún esfuerzo de su cara. Los dedos eran como huesos envueltos en pergamino.

—Jessy —volvió a decir el hombre, esta vez en un tono más calmado e inteligible.

Nada intentó que su voz sonara lo más tranquila posible, pero cuando habló las palabras le salieron tan enronquecidas como si se hubiera fumado un paquete entero de Lucky en lo que iba de día.

—No me llamo así —dijo.

—Te pareces tanto a ella… —El viejo se irguió, y su rostro se convulsionó. Nada imaginó tejidos aflojándose y desprendiéndose en su interior que dejaban escapar una hemorragia de sangre enferma, y le agarró por el brazo intentando proporcionarle el máximo sostén posible. El nombre respiró profundamente y logró seguir hablando—. Mi hija murió hace muchos años. Pero te pareces tanto a ella…

«Es Wallace —comprendió Nada, y sintió que le daba vueltas la cabeza—. El anciano enfermo que casi consiguió matar a Christian y que le hizo huir de esta ciudad… Es mi abuelo. Le disparó a Christian en el pecho…, pero es mi abuelo». Su corazón volvió a ejecutar un salto mortal. ¿Debía decirle cómo se llamaba, o debía mentir? Algo se rebeló dentro de él ante la mera idea de negar su nombre. Ahora era realmente suyo, y Nada estaba dispuesto a reclamarlo.

—Me llamo Nada —dijo.

—¿Quién eres? —El hombre le agarró por los hombros y tiró débilmente de él—. ¿Quién eres, niño?

Nada sintió un vago deseo de caer en los brazos de Wallace y confesarle toda aquella historia extraña e incomprensible entre sollozos ahogados. Después de todo, aquel hombre era su abuelo, ¿no? Casi había matado a Christian, pero por aquel entonces no conocía la verdad. Creía que Christian había atraído a Jessy hacia su muerte, y Nada podía explicarle la verdad.

Pero un instante después comprendió que no podía hacerlo. Aunque Nada fuese el único nieto de Wallace, aunque Nada se pareciese tanto a Jessy, su queridísima hija

muerta…, no podía hacerlo. No podía hacerlo porque si Wallace oía toda la historia de sus labios, sabría quién había sido el verdadero asesino de su hija.

Zillah. Zillah había causado la muerte de Jessy, ¿verdad? «No pretendía hacerlo, fue culpa mía…, yo la hice pedazos por dentro cuando ni siquiera había nacido», pensó histéricamente Nada. Pero Wallace no le echaría la culpa de lo ocurrido a él. Wallace le amaría porque era el descendiente de Jessy, y porque ahora tenía justo la edad que había tenido Jessy cuando Wallace la había perdido para siempre, y Wallace querría alejarle de Zillah, querría alejarle de su familia…

Y además Wallace padecía dolores terribles, y estaba sufriendo.

Nada quizá aún podría tener compasión de su abuelo y hacerle un pequeño favor.

—Mi madre se llamaba Jessy —dijo.

La duda parpadeó en los ojos de Wallace iluminándolos con un chispazo más brillante que las débiles luces del dolor y el cansancio. Si Nada quería que Wallace confiara en él, tendría que ocurrírsele alguna clase de prueba, y la idea surgió en su mente un instante después.

—Desapareció hace quince años durante el carnaval —le dijo a Wallace—. Fue entonces cuando conoció a mi padre…

Nada no comprendió que acababa de cometer un error hasta que las palabras hubieron surgido de su boca para quedar flotando en el aire frío e inmóvil del crepúsculo.

—Entonces tú también eres una de las criaturas sin Dios —murmuró Wallace—. La ciudad está infestada de ellas… —Arrancó el crucifijo de su cuello con un movimiento convulsivo y lo enarboló ante el rostro de Nada intentando empujarle hacia el extremo del callejón—. Arrepiéntete mientras sigues siendo joven…, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, arranca la lujuria de la sangre de tu corazón…

Nada se sintió incapaz de reír. Agarró la mano de Wallace y le quitó el crucifijo.

—Lo siento, abuelo —dijo—. Eso no funciona con todos nosotros.

—Entonces es una suerte que el Señor me ordenara que llevase encima otra clase de protección —dijo Wallace.

Un movimiento espasmódico de su mano extrajo una pistolita de debajo de la cinturilla de sus pantalones y apuntó el cañón hacia la frente de Nada.

—Bendito seas, nieto mío —dijo—. Cuando contemples el rostro del Señor me darás las gracias…

Nada nunca estuvo seguro de cuánto tiempo permaneció inmóvil con los ojos clavados en el círculo negro del cañón del arma, mientras se preguntaba si vería el destello del fogonazo o escucharía la explosión antes de que la bala se incrustara en su rostro. «El cerebro o el corazón», le había dicho Christian. Tuvo tiempo suficiente para pensar en todo lo que había descubierto, todo lo que estaba a punto de perder y todos los kilómetros que nunca llegaría a recorrer.

Una neblina pareció rodear la cabeza de Wallace e inundó su rostro con un débil

resplandor. Nada vio cómo el dedo de Wallace se tensaba sobre el gatillo, llegó a ver eso con toda claridad.

Y un instante después algo se precipitó sobre ellos. Nada vio cómo la silueta oscura chocaba con Wallace, y cómo el cuerpo de Wallace temblaba y salía disparado hacia adelante y su brazo subía bruscamente. El disparo no dio en el blanco, y un ladrillo se desmoronó muy por encima de sus cabezas.

Zillah estaba agazapado sobre el cuerpo caído de Wallace. Debía de haberse lanzado desde la ventana del segundo piso, pero ni siquiera jadeaba. El cuerpo del anciano había detenido su caída.

Wallace yacía sobre el pavimento encima de los cristales rotos. Su mano se movió lentamente buscando a tientas la pistola. Zillah dejó caer el pie sobre la mano de Wallace, y Nada oyó un sonido como el que podría producir un manojo de spaghettis crudos al partirse. Wallace gritó una vez, un alarido estridente lleno de desesperación. Después empezó a farfullar en voz baja. Nada comprendió que estaba rezando. ¿Seguía pensando que su Dios iba a sacarle con bien de aquello?

—Siempre te metes en unos líos soberbios —dijo Zillah—. ¿Qué hubiese ocurrido si no llego a verte desde arriba? —Sus ojos ardían, y la furia había empurpurado sus labios—. Pequeño estúpido… —La afilada puntera de su zapato chocó con el pómulo de Wallace, y un chorro de sangre negra brotó del punto de impacto—. ¿Acaso crees que eres demasiado listo para morir? ¿Piensas que siempre podré estar cuidando de ti?

Zillah se arrodilló sobre Wallace, alzó la cabeza de Wallace tirando de un puñado de cabellos grises manchados de sangre y estrelló el rostro de Wallace contra el pavimento. El sonido hizo que Nada pensara en huevos arrojados sobre un montón de cristales rotos. La sangre empezó a acumularse debajo de la cabeza de Wallace.

—No voy a perderte ahora. Nada. —Zillah hizo rodar a Wallace hasta dejarle boca arriba y empezó a abofetearle la cara una y otra vez sin apartar los ojos de Nada —. ¿Es que no sabes… —bofetón— que te amo? —Bofetón—. TE… —bofetón— AMO.

Las largas uñas de Zillah se hundieron en la flácida carne del rostro de Wallace. Zillah tiró de la cabeza de Wallace echándola hacia atrás hasta revelar su garganta, y lo más increíble de todo era que Wallace seguía rezando.

—… la carne del Hijo —le oyó farfullar Nada.

Durante un momento Zillah pareció dispuesto a enterrar sus uñas en la garganta del viejo; pero después se limitó a estrellar de nuevo el rostro de Wallace contra el pavimento, se apartó de un salto y fue hacia Nada. Agarró a Nada por las solapas de su impermeable con tanta fuerza que casi le estranguló, y curvó su otra mano bajo el mentón de Nada. El gesto hubiese resultado casi tierno de no ser porque Zillah hundió sus largas uñas en la carne de las mejillas de Nada. Zillah le estaba haciendo daño a propósito. Nada sintió que una furia helada y límpida empezaba a surgir dentro de él.

—Quítame las manos de encima —dijo.

La llama que ardía en los ojos de Zillah se hizo un poco más brillante.

—¿Qué?

—He dicho que me quites las manos de encima.

Nada apartó las manos de Zillah de su rostro y se retorció librándose de su presa, y los dos se quedaron inmóviles enfrentándose el uno al otro en la oscuridad del callejón. El corazón de Nada latía a tal velocidad que le dolía, pero le complació darse cuenta de que no estaba temblando.

—Oye, lamento mucho el que siempre me esté metiendo en líos estúpidos, ¿de acuerdo? No llevo mucho tiempo haciendo esto, y no tengo ni idea de lo que está bien y de lo que está mal. Nadie me cuenta nunca nada salvo Christian… —Cada palabra que salía de sus labios hacía que su ira aumentara un poco más—. No me tratas como a tu hijo…, me tratas como si fuera mitad esclavo sexual y mitad perro faldero. Cuando soy bueno me das una palmadita en la cabeza y cuando la cago me gritas y me haces daño, pero nunca me explicas nada. ¿Y de todas maneras qué clase de padre eres tú?

Nada jadeó intentando recuperar el aliento. Sólo podía ver dos puntitos verdes que brillaban en la oscuridad.

—Lo único que tengo que decirte es esto: no vuelvas a hacerme daño nunca más —añadió—. Te amo, y quiero seguir a tu lado…, pero no me hagas daño. No soy Molochai o Twig. No lo aguantaré, y estoy harto de que me hagas daño…

Zillah le estaba mirando fijamente. La llama de sus ojos se fue apagando poco a poco, y el resplandor verde se volvió frío y evaluador.

—No te muevas de aquí —dijo.

Después Zillah hizo algo muy extraño. Volvió a arrodillarse junto a Wallace y tiró de las perneras de sus pantalones bajándoselas hasta los tobillos. Cuando Zillah llevó su mano hacia el forro de seda púrpura de su chaqueta, Nada comprendió lo que iba a hacer y sintió el impulso de desviar la mirada; pero no lo hizo, y contempló impotente cómo Zillah abría su navaja de afeitar de cachas de madreperla y hundía la hoja en la parte posterior de cada tobillo sajando lenta y meticulosamente la carne. Zillah deslizó la hoja a través de los gastados calcetines del viejo, a través de la delgada piel y a través del grueso tendón con tanta facilidad como si todo eso fuera mantequilla. Nada vio temblar la navaja cuando el filo rechinó sobre el hueso. Ahora Wallace ya había perdido la capacidad de emitir sonidos, y su única reacción fue un prolongado estremecimiento que recorrió todo su cuerpo.

—No te muevas de aquí —repitió Zillah.

Nada medio esperaba ver cómo trepaba velozmente por la pared de ladrillos y volvía a entrar por la ventana, pero Zillah se limitó a ir hasta la entrada del callejón, lanzó una rápida mirada por encima del hombro a Nada y después se desvió hacia la escalera de caracol que subía hasta la habitación.

Nada no podía mirar a Wallace. Clavó la vista en el suelo, en los cristales rotos y

el montón de basura. Algo brillaba cerca de su pie: el crucifijo. Nada lo contempló durante un momento que pareció interminable, y después lo cogió y se lo guardó en el bolsillo. A Zillah no le haría ninguna gracia que se lo quedara.

Lástima.

Zillah apareció unos minutos después acompañado por Molochai y Twig. Le dijeron que habían dejado a Christian durmiendo arriba. Ya le contarían lo de Wallace luego. Sería una sorpresa. Nada sospechó que sencillamente no querían compartirlo.

Wallace ya estaba sangrando por varios sitios. Las heridas de sus tobillos palpitaban al compás de los latidos de su corazón. Molochai y Twig se pegaron a ellas. Nada se imaginó que las grandes venas de las piernas debían de ser como pajas para sorber batidos.

Zillah cogió una de las nacidas manos de Wallace, la que había pisoteado. La palma estaba manchada de sangre allí donde había sido aplastada contra los cristales rotos y la rugosa superficie de los ladrillos. Zillah la rajó con la navajas de afeitar, y la carne de la palma se separó limpiamente. Una lámina de sangre mezclada con saliva bajó por el mentón de Zillah cuando empezó a chupar la herida.

El estómago de Nada gruñó.

Se arrastró hacia adelante y se arrodilló al lado de Wallace. La mejilla de su abuelo reposaba sobre un trozo de botella. Tenía los ojos abiertos, aún conscientes, y sus pupilas rebosaban rabia y dolor. «Al menos puedo poner fin a tu dolor», pensó Nada. Colocó la boca sobre el lento palpitar de la garganta de Wallace. La piel de esa zona era suave y seca, y tenía el roce peculiarmente gastado de las cosas muy viejas. Nada ahogó un sollozo, y hundió sus nuevos dientes limados en la carne.

La sangre de su abuelo era amarga.

Pero Nada y su familia se bebieron hasta la última gota.

28

Más avanzada la noche. Fantasma abrió los ojos, parpadeó y contempló un techo que no le resultaba familiar. No había hojas muertas, no había estrellas pintadas; sólo retazos de luz lunar que se movían lentamente como un mar blanco y plata.

Durante un momento experimentó aquella mezcla de mareo y sensación de flotar que le invadía siempre que se despertaba en una cama desconocida, y después el mundo fue ocupando poco a poco su lugar a su alrededor. Había la suavidad de un colchón debajo de su espalda, el peso de las mantas; la respiración profunda y regular de Steve a su lado, y el calor de la piel de Steve, y el olor de Steve que se había vuelto bastante extraño durante los dos últimos días. Fantasma pensó en aquel cambio del olor, y se preguntó si las entrañas de Steve no estarían pasando por alguna fase de desequilibrio.

Normalmente Steve olía a cerveza, pero ahora cada vez era más frecuente que exudara el olor áspero del *whisky*. También olía a pelo sucio, pero eso era normal porque el cabello de Steve estaba cada vez más largo y Steve decía que lavárselo era un coñazo insufrible; pero ahora las ropas de Steve también estaban sucias, y había un olor extraño y secreto que hizo que Fantasma levantara la cabeza y dilatara las fosas nasales en un intento de olisquear el aire hasta dar con él e identificarlo de una vez por todas. Era el olor del agotamiento, el olor de los sesos que se fríen poco a poco, el olor de la desesperación.

Eso podía significar que Steve se estaba agarrando precariamente a un remoto borde de cordura con el abismo debajo. Podía significar que Steve estaba a punto de decir «A paseo con toda esta mierda, tío», y rendirse definitivamente. Steve seguía amando a Ann, pero el amor que sentía hacia ella era incómodo y difícil, un amor que le hacía odiarse a sí mismo por sentirlo. Steve se estaba echando la culpa de todo lo ocurrido, y tenía razones para culparse a sí mismo.

Pero Fantasma sabía que seguir el rastro de la culpabilidad era una tarea que podía durar toda la eternidad, que la culpa podía ser esparcida en todas direcciones y que hacerlo no servía prácticamente de nada. ¿Acaso aliviaría el dolor de alguien? Steve había hecho lo que había hecho, y nunca podría haber actuado de otra manera por la sencilla razón de que era Steve y no otra persona.

Steve siempre había sido así. Estaba dispuesto a abrirse paso a través de las llamas, y nunca retrocedía por muy infernal que pudiera ser la tortura a la que se enfrentaba. Cuando el dolor acababa disipándose, Steve parecía haberse vuelto más fuerte, más puro; pero a veces faltaba muy poco para que la prueba terminara con él, y en algunas ocasiones intentaba extinguir el fuego bebiendo, con lo que sólo conseguía que las llamas ardieran de manera aún más intensa y dieran todavía más calor.

¿Por qué no podía entender Ann que Steve era así? El rockero con un centenar de madrugadas almacenadas en su corazón para que nadie pudiera verlas… Oh, claro,

era un tipo duro; pero sentía el dolor, y tenías que arreglártelas para aliviar ese dolor mientras seguías fingiendo que no te dabas cuenta de su existencia. Fantasma contempló la oscuridad que flotaba a su alrededor. A veces pensaba que era la única persona que entendía un poco a Steve. Llevaban tanto tiempo juntos… Pero ¿de qué le servía eso a Steve?

Se acordó de lo que le había dicho Ann el día en que fue a verla a su casa. «La noche es el momento en el que más te cuesta seguir viviendo —le había dicho—, y las cuatro de la madrugada conocen todos mis secretos». Ann había querido encontrar algo o a alguien que la ayudara a aguantar un poco mejor las noches.

Bueno, por lo menos Zillah y sus ojos verdes la habían ayudado a aguantar parte de una noche… Pero ¿qué podía salvarla de las cuatro de la madrugada ahora? ¿Qué había pensado Ann durante las noches que pasaba vagando alrededor del remolque de Violin Road, quizá llamando a la puerta sin que la dejaran entrar, quizá tan asustada que ni se atrevía a llamar? ¿Qué estaba pensando ahora mientras viajaba en un autobús que iba hacia el sur, mientras recorría las calles oscuras del Barrio Francés respirando la neblina de cerveza y la esencia del tiempo? ¿Sabía ya dónde vivía Zillah; estaba alzando la mirada hacia su ventana susurrando palabras que Zillah no oiría?

¿Qué la estaba ayudando a aguantar esta noche? ¿Y qué la ayudaría a aguantar todas las noches que aún tenían que llegar mientras el feto ponzoñoso iba creciendo y desarrollándose en su interior?

Fantasma se irguió, sacó las piernas de la cama y captó una vaharada de su propio olor corporal. Sus ropas estaban tan sucias como las de Steve, aunque no con tantas manchas de cerveza: eran las mismas que llevaba puestas cuando emprendieron el camino hacia Nueva Orleans. Mañana tendrían que salir a comprar un par de camisetas nuevas…, algo elegante y con clase, como esas camisetas de las ostrerías en las que se leía ÁBREME, CHÚPAME, CÓMEME CRUDA.

El suelo de madera estaba muy frío. La luz de la luna moteó los pies de Fantasma. Se incorporó lentamente levantando su peso poco a poco del colchón en un cauteloso intento de no despertar a Steve, aunque no había muchas probabilidades de que Steve se despertara. A primera hora de la noche Steve había declarado su intención de beberse una jarra de cerveza Dixie en cada bar de la calle Bourbon, y cuando no tenían Dixie se había conformado con Bud. Por lo que podía recordar Fantasma, habían conseguido recorrer media calle antes de que pudiera llevar a Steve de vuelta a la habitación y acostarle en la cama.

Fantasma también había bebido su parte de aquellas jarras, y aún se tambaleaba un poco. Se apoyó en el quicio de la puerta para no perder el equilibrio y cruzó el umbral saliendo al pasillo.

Fantasma y Steve ocupaban la primera habitación al final de la escalera. Al lado estaba la habitación reservada a los misteriosos invitados de Arkady, después venía el cuarto de baño —el objetivo de Fantasma—, y al final del pasillo estaba el dormitorio

de Arkady.

Cuando pasó por delante de la puerta abierta de la segunda habitación. Fantasma vio rayos de luna que se filtraban a través de una ventana de cristales muy sucios. La fría claridad blanquecina se derramaba sobre las sábanas y mantas arrugadas de la cama, hacía relucir los tablones del suelo y dejaba la puerta del armario envuelta en unas sombras tan negras que Fantasma no pudo ver si estaba abierta o cerrada. Al pie de la cama había una silueta pequeña y retorcida que colgaba hacia abajo suspendida entre el colchón y el suelo.

Fantasma sintió que el aliento se le atascaba en la garganta. La silueta pareció temblar levemente mientras la contemplaba, y Fantasma dio dos rápidos pasos hacia atrás. ¿Sería posible que los ocupantes de aquella habitación fueran realmente los que habían matado a Ashley? ¿Hasta dónde podía llegar la perversidad de Arkady? ¿Y si aquella forma retorcida era otra de sus víctimas, un niño al que habían chupado toda la vida y que habían dejado allí para que colgara tan nacidamente como si no tuviera huesos? ¿O sería alguna creación vudú de Arkady, alguna efigie reseca que cobraría vida de repente y avanzaría hacia Fantasma moviéndose espasmódicamente en la horrible parodia de una danza?

Fantasma permaneció inmóvil en el umbral un par de segundos más. Se tiró del flequillo haciéndolo caer sobre su cara, y contempló la habitación a través de la cortina de pelos rubios. No quería saber qué era aquella forma. Lo que realmente quería era cerrar la puerta, seguir avanzando pasillo abajo hasta llegar al cuarto de baño y volver a acostarse después. Con Steve dormido a su lado no tendría miedo.

Pero tenía que averiguar qué estaba ocurriendo allí, y si aquel sitio era seguro o no. Fantasma se obligó a caminar hasta el pie de la cama sin darse tiempo a seguir pensando en el asunto y rozó la forma con un dedo.

Era una almohada, apretada y estrujada hasta convertirla en un apretado nudo de tela. Sólo era una almohada… Por un segundo Fantasma se alegró de que Steve estuviera en la otra habitación, durmiendo el sueño insondable del alcohol en vez de estar allí para ver cómo se dejaba asustar por una almohada; pero enseguida deseó que Steve estuviera allí a pesar de que sabía que Steve le habría llamado gallina y mariquita. Durante los últimos días Steve apenas se había reído de nada, y aquella noche también había estado muy serio. Cuando estaban de auténtica juerga, tarde o temprano siempre empezaban a recordar las cosas que habían hecho de niños, contaban chistes estúpidos o se imitaban el uno al otro. «Mierda santa, Steve, hay que ver lo deprisa que te bebes ese brebaje de mierda», decía Fantasma. «Oh, sí —replicaba Steve con voz imperturbable—, pero puedo sentir el espíritu de la cerveza dentro de mí…».

Pero aquella noche Steve había bebido su cerveza en silencio con los ojos clavados en sus profundidades doradas, en el espejo que había detrás de la barra o en las luces multicolores de la calle Bourbon. Cuando sus ojos se encontraban con los de Fantasma se negaba a sostenerle la mirada, pero antes de que Steve desviara la vista,

Fantasma ya había podido ver el terror que se agitaba en sus pupilas.

Fantasma cogió la almohada y la alisó. Se disponía a volver a arrojarla sobre la cama cuando vio los pelos que se habían adherido a la funda de lino. Desprendió unos cuantos —eran traslúcidos, frágiles y quebradizos—, y los sostuvo delante de los rayos de la luna intentando ver su color. Algunos eran de un rojo rubí, otros eran de un rubio tan brillante que se volvía casi blanco. Ninguno de los dos colores parecía natural.

La puerta del armario que había a su derecha crujió y giró sobre sus goznes hasta quedar medio abierta.

Fantasma volvió la mirada hacia ella con la cabeza erguida y las fosas nasales un poco dilatadas. La puerta se mantenía provocativamente inmóvil, como si intentara fingir que siempre había estado entreabierta, como si intentara fingir que una corriente de aire surgida repentinamente de la nada había cruzado la habitación o que el suelo de la habitación estaba desnivelado y que se había abierto por pura casualidad cuando Fantasma estaba inmóvil en el umbral, solo en mitad de la noche.

Pero Fantasma no se dejó engañar. Fue hacia el armario y puso la mano sobre el picaporte. Nadie lo hizo girar desde el otro lado, y Fantasma esperó un momento y acabó tirando de él hasta dejar la puerta totalmente abierta.

Durante un segundo terrible pensó que algo avanzaba flotando hacia él, algún espectro reluciente armado con muchos brazos; pero después vio que el armario sólo estaba habitado por ropa, prendas extrañas y muy hermosas de seda multicolor. ¿Eran trajes o camisas? Fantasma tomó una manga color verde mar entre su pulgar y su índice, y acarició aquella tela sensualmente resbaladiza mientras se preguntaba de dónde había salido. Los colgadores se agitaron lentamente besándose los unos a los otros sin hacer ruido.

¿Quién llevaba aquellas ropas tan hermosas y elegantes? Fantasma atrajo hacia él un lienzo de seda color rosa y enterró la nariz en sus frías profundidades. La tela estaba impregnada con los olores del incienso perfumado con fresas, los cigarrillos de hierbas aromáticas, el vino y la picazón acre del sudor.

Los olores tiraron de él.

Y cuando aspiró aquella mezcla embriagadora, una voz le habló en susurros desde el interior del armario.

—Fantasma…, fácil…

Nunca estuvo seguro de cómo logró salir de la habitación y torcer en la dirección equivocada cuando llegó al pasillo. Quizá pretendía volver corriendo a su habitación; quizá pretendía encerrarse en el cuarto de baño y quedarse allí durante toda la noche. Fantasma nunca tuvo ni la más mínima intención de irrumpir en el dormitorio de Arkady, de eso estaba totalmente seguro; pero de repente se encontró en él, y allí estaba Arkady encendiendo una vela sobre su mesilla de noche, jugando con varios montoncitos de polvo de distintos colores sobre un plato blanco, distribuyéndolos y colocándolos en complejas pautas llenas de flechas, curvas, líneas y cruces.

Cuando Fantasma entró corriendo en la habitación y se apoyó jadeando en la puerta, Arkady alzó la vista y sonrió. Todos los polvos de colores volvieron a caer sobre el plato en un diluvio resplandeciente.

—Qué sorpresa tan agradable —dijo Arkady—. Bueno, no es exactamente una sorpresa ya que te oí venir por el pasillo, pero de todas formas siempre me complace mucho verte.

Para empezar Arkady preparó unos polvos tranquilizantes e hizo que Fantasma se los bebiera. Fantasma no quería, pero al final resultó bastante fácil convencerle de que se los tomara: Arkady se limitó a meterse en la mente de Fantasma y empujó un poquito. En circunstancias normales nunca habría intentado algo semejante con un sensitivo tan poderoso como Fantasma, pero el chico estaba aterrorizado y exhausto. Resultó de lo más sencillo.

Después hizo que Fantasma le contara su historia desde el principio hasta el final, con vampiros incluidos, y la historia era más retorcida y estaba mucho más llena de dolor de lo que nunca hubiese podido llegar a imaginar Arkady. Las manos de Fantasma no pararon de temblar ni un solo instante mientras hablaba. Sus dedos tiraban continuamente de sus cabellos haciéndolos caer sobre su cara, y en más de una ocasión Arkady oyó cómo un sollozo quedaba atrapado en su garganta y se ahogaba dentro de ella.

Y por fin Fantasma guardó silencio. Intentó permanecer erguido en su asiento, pero la cabeza se le inclinaba hacia el pecho y sus ojos amenazaban con cerrarse. Arkady vio cómo las manos de Fantasma se tensaban débilmente hasta formar puños flácidos, y comprendió que el pobre chico estaba intentando permanecer despierto a base de voluntad pura.

Arkady alzó un dedo delgado y marchito y acarició los labios de Fantasma, esos hermosos labios tan pálidos y tan delicadamente trazados en cuyas comisuras se agazapaban el miedo y la preocupación. Sintió cómo los labios de Fantasma se tensaban bajo su dedo. Fantasma estaba agotado y casi se había quedado dormido, y lo más probable era que no supiese quién le estaba acariciando; pero aun así Arkady imaginó lo que se sentiría al deslizar los dedos entre aquellos labios y acariciar el trapo rosado de la lengua permitiendo que tu dedo quedara rodeado por el húmedo calor de la boca de Fantasma. Se preguntó qué se sentiría al saborear la dulce saliva de Fantasma. «Pobre chico —volvió a pensar—. Pobres chicos, tanto el uno como el otro… Uno intenta ahogar su miedo en una botella, y el otro, este niño tan hermoso, intenta enfrentarse al miedo a solas…».

—Pobre chico —murmuró Arkady—. Eres muy valiente, Fantasma. Eres tremenda y conmovedoramente valiente.

Acarició la suave curva de la garganta de Fantasma y sintió cómo la carne se estremecía bajo su roce, y después dejó que sus dedos vagabundearan hasta deslizarse por debajo del cuello de la voluminosa camisa teñida a mano que llevaba Fantasma. Cuando Fantasma entró corriendo en su habitación, Arkady sintió que su corazón se

derretía al contemplar a ese pobre niño inmóvil y tembloroso envuelto en esa camisa enorme que le daba el aspecto de ser tan terriblemente joven. Arkady había querido extender los brazos hacia Fantasma…

¿Por qué engañarse a sí mismo? Había querido embrujar a Fantasma y atraer al niño hacia su cama para hacerle enloquecer de placer, para ahogarle en un mar de sábanas de seda y almohadas de plumas. Oh, no es que pretendiera seducir al chico, pero ¿no cabía la posibilidad de que fueran el uno hacia el otro para ofrecerse una noche de inocente consuelo infantil, una noche de compañía? Fantasma no tendría que yacer despierto al lado de su pobre amigo borracho para pasar la noche en vela meditando sobre el destino, los partos sangrientos y las almas perdidas. Arkady no tendría que pasar la noche sin pegar ojo dibujando vévés inútiles a la luz de las velas mientras seguía albergando la esperanza de hacer suyas cosas que quizá nunca llegarían a estar a su alcance. La esperanza de alzar la mirada y ver el hermoso rostro de Ashley flotando al otro lado de la ventana suplicándole que le dejara entrar con aquellos ojos; la esperanza de descubrir una manera de hacer daño a los amantes de Ashley, esa pareja de criaturas hermosas y peligrosísimas que seguramente acabarían destruyendo a Arkady algún día…

Arkady pensó en lo que aquellas criaturas le habían hecho a Ashley. Esa historia por lo menos quizá serviría para ganarle la simpatía de Fantasma, ¿no? El polvo tranquilizante había inducido la somnolencia en el cuerpo de Fantasma y había minado la fuerza de sus músculos, pero su mente seguiría estando alerta. Arkady empezó a contar la historia mientras seguía acariciando distraídamente el rígido hombro de Fantasma.

—Te han dado un susto terrible, ¿verdad. Fantasma? En el cuarto de invitados, en el armario… Ah, pero estabas metiendo las narices donde no debías. Nunca tendrías que haber entrado allí…, no con tu don, no con ese ojo resplandeciente que hay en tu corazón. Para alguien que siente las cosas como tú esos dos son demasiado fuertes, demasiado embriagadores… Ni siquiera están en esa habitación, Fantasma, o por lo menos no esta noche; aunque volverán a estar allí por la mañana o a la mañana siguiente o a la próxima. ¿Quién sabe? El Señor… —Arkady se persignó con su mano libre, primero de arriba abajo, y luego de derecha a izquierda—. Sí, el Señor es el único que sabe dónde se encuentran esta noche; el único que sabe qué sustancias extrañas y nuevas han engullido o esnifado o inyectado en sus venas perfectas de color rubí, o a quién han encontrado para amar…

»A quién han encontrado para amar.

»Dejan su esencia allí donde van. Dentro de ese armario donde arrojan su ropa sucia (la ropa que está impregnada con su humo y su sudor, con su ectoplasma perfumado por el olor dulzón del clavo), la concentración debe de ser espantosamente potente… ¿Fue eso lo que avanzó flotando hacia ti, Fantasma? ¿Es que acaso te conocen? ¿Os habéis encontrado, o se limitaron a hablarte tal como un alma perdida habla a otra? Ah, pero no debes tener miedo de ellos… Para ti son tan inofensivos

como una canción olvidada en un disco antiguo, para ti son tan inofensivos como una vieja lápida que se va pudriendo poco a poco. Es a mí a quien pueden hacer daño. Era a Ashley a quien podían hacer daño, y a quien hayan encontrado para compartir su éxtasis letal esta noche.

»Eso es lo que quieren, Fantasma. No…, eso es lo que necesitan, pues se alimentan de tu placer, de tu dolor y de tu terror. Deben aterrorizarte, tal como hacen con los niños que son sus víctimas; deben entrar en tus sueños y hacerte padecer una pesadilla tan horrible que nunca llegues a despertar de ella… Pero su mayor placer no es el aterrorizar, sino el embrujar y fascinar. Quieren que les ames porque eso hace que el momento de la traición final resulte todavía más dulce. Deben venir a ti en la carne y hacerte el amor. Deben atraerte hasta algún viejo colchón lleno de manchas o hacer que te deslices bajo una colcha de seda, o que entres en un callejón donde se arrodillarán sobre la mugre delante de ti. Debes convertirte en un adicto a su saliva; debes respirar su olor hasta que acabe intoxicándote.

»Sólo entonces consumarán el amor que sienten hacia ti tal como hicieron con Ashley…, y lo harán chupándote hasta dejarte seco. Consumarán su amor robándote hasta la última gota de tu belleza, de tu juventud y del fuego que te sirve de combustible; convirtiéndote en un capullo vacío, en un cascarón reseco pero todavía vivo. Eso es lo que hicieron con mi hermano Ashley.

»Cuando volví a casa al final de aquel largo invierno agonizante que había pasado en París, busqué a mi hermano y acabé dando con él. Habíamos estado viviendo en una iglesia abandonada cerca del Bayou St. John. Ashley se ahorcó en el campanario. La verdad es que no tenía elección, porque Ashley había nacido llevando en sus venas una dosis considerable del talento para el melodrama que tenemos todos los Raventon… Cuando volví a casa, mi hermano ya llevaba una semana colgando de una viga del campanario. Ashley sabía que volvería porque nunca rompí ni una sola de las promesas que le hice, pero no podía esperar hasta mi regreso.

»Y cuando abrí su cuerpo comprendí por qué no había podido esperar. Estaba tan seco y retorcido como una raíz de mandragora. Ashley llevaba muerto siete días, pero nada se había podrido en él salvo sus ojos y su lengua. No quedaba nada más que pudiera pudrirse…, le habían chupado hasta dejarle totalmente seco. Corté la cuerda y Ashley cayó en mis brazos con un leve susurro de papeles viejos, y mientras le bajaba hasta dejarle en el suelo del campanario, su cuerpo iba crujiendo y chirriando como un saco lleno de huesos. Su boca estaba abierta; sus labios exangües se habían tensado apartándose de sus dientes…, unos dientes que habían adquirido el color del marfil viejo. Su lengua marchita había retrocedido como si quisiera ocultarse en las profundidades de su cráneo. Su cabello había perdido el color y flotaba alrededor de su cabeza. Y sus ojos…, los ojos por los que yo había deseado morir cuando se alzaban para encontrarse con los míos…, esos ojos… habían desaparecido. Ésos ojos habían desaparecido, y Ashley me contempló desde la oscuridad de su cerebro encogido y reseco, y cuando acaricié su rostro la carne y la piel se fueron

desprendiendo del hueso.

»Sus amantes seguían allí. Vivían en el último piso de la iglesia, y quemaban incienso para disimular el olor casi imperceptible de la lenta putrefacción de Ashley… Habían permitido que colgara de la viga durante siete días en los que sus ojos se fueron encogiendo y su rostro se fue transformando en polvo. Cuando bajé del campanario sosteniendo en mis manos la calavera de Ashley (la carne se desprendía de ella con tanta facilidad como un pergamino muy viejo que se desmenuza al contacto de tus dedos), ellos estaban haciendo el amor sobre un colchón lleno de mugre y manchas que habían traído a la iglesia. Mordiendo gargantas, aferrando manos, riendo y sollozando de puro placer… Me senté con Ashley en mis brazos y esperé a que acabaran, y por fin uno de ellos alzó la mirada hacia mí. “Para él fue muy fácil, Arkady”, dijo. “Tan sencillo como el respirar…”. “Morir es fácil y no duele”, dijo el otro. “Ya tendrías que saberlo, Arkady… Morir es fácil y no duele”.

Fantasma había ido sumergiéndose poco a poco en el sueño con la cabeza acunada sobre los brazos, soñando la historia más que oyéndola mientras su mente se llenaba de imágenes del cuerpo marchito del muchacho al lado de la carretera que había visto hacía ya tanto tiempo, el roble gigantesco que se alzaba sobre la colina, la imagen final del sueño que había tenido dentro del coche que le había asustado de una manera tan terrible…, los gemelos yaciendo el uno al lado del otro sobre su colchón manchado, su piel secándose y agrietándose, su belleza consumida.

—¿Morir es fácil y no duele? —preguntó con voz adormilada alzando la mirada hacia Arkady.

Y, sin saber por qué, Arkady pensó que Fantasma ya había oído aquellas palabras con anterioridad; pero movió la mano apartando los mechones de pelo de la frente de Fantasma, y Fantasma dejó que su cabeza se fuera inclinando lentamente hacia atrás.

Quizá se quedaría con él aquella noche, quizá realmente quería ahogarse en la cama de Arkady. Eso tenía que ser posible, ¿no? Ashley había sido la belleza de los Raventon, desde luego; pero aunque careciera de la chispeante cabellera color borgoña y los ojos increíbles, esos ojos insondables, por lo menos Arkady también poseía la frente despejada y los pómulos prominentes y orgullosos de Ashley. Fantasma quizá quería suspirar en los brazos de Arkady, quizá deseaba retorcerse y gemir bajo los tiernos cuidados que le administrarían los labios de Arkady. Había pasado tanto tiempo desde la última vez…

Los gemelos aún podían atraer a Arkady hasta su lecho en algunas ocasiones porque eran muy hermosos y porque él estaba muy solo; pero Arkady odiaba a los gemelos por lo que le habían hecho a Ashley, y temía el poder que ya habían adquirido sobre él. Y no había nadie más…, por lo menos no hasta ahora, no hasta la llegada de Fantasma, aquel niño nervioso y lleno de magia de ojos azul claro, ropas harapientas surgidas de alguna tienda de empeño fantástica y cabellera traslúcida que caía sobre sus ojos mientras dormía.

—¿Duermes, Fantasma? —susurró Arkady—. Quizá aún no…

Se inclinó y depositó un beso sobre el rabillo del ojo de Fantasma con la misma delicadeza con la que habría sacado a una araña de su tela para ponerla a secar y molerla luego convirtiéndola en ingrediente de un hechizo gris-gris. Su lengua aleteó sobre la sedosidad de las pestañas de Fantasma, y después resbaló por la mejilla de Fantasma e intentó encontrar un paso a través de aquellos labios exquisitos.

Y todos los nervios del cuerpo de Fantasma parecieron cobrar vida al instante, se tensaron y se desplegaron. Salió disparado de la cama volando hacia atrás y aterrizó delante de la puerta con la espalda pegada a la madera, el mentón erguido y las fosas nasales muy dilatadas. Hasta sus párpados parecían temblar. Sus ojos enormes y asustados se encontraron con los de Arkady y se clavaron en ellos ardiendo con un líquido fuego azulado.

Arkady le mantuvo la mirada durante un momento muy largo. Después permitió que sus ojos se desviaran hacia la ventana, y alzó un hombro diminuto y huesudo en un encogimiento despreocupado y casi imperceptible.

—La chica morirá, Fantasma… Si ese feto no sale de ella pronto, su desarrollo alcanzará una etapa demasiado avanzada. No estamos hablando de ningún trocito de carne vulnerable que cualquier abortista de los barrios bajos puede sacar raspando con una cureta y empujándolo con un trozo de algodón sucio. Intenta utilizar ese método, y sólo conseguirás adelantar el momento en que le destrozará el útero.

»No. Debes envenenarlo, pues de lo contrario irá creciendo poco a poco y Ann morirá, y puede que tu queridísimo Steve acabe muriendo también. La culpabilidad altera y deforma a los hombres, Fantasma. No puedes proteger a Steve eternamente. Quizá pierda la vida desangrado en un accidente automovilístico, o quizá se empeñe en pelearse con alguien que lleve una navaja de afeitar escondida dentro de la bota… El Vieux Carré está lleno de tipos así. O quizá sea una muerte más lenta. ¿Un maceramiento del hígado en alcohol, un insulto al cerebro? La muerte puede llegar dentro de una botella, Fantasma, y creo que Steve ya ha descorchado esa botella y ha tomado el primer trago.

»Tienes que envenenarlo, Fantasma. Para salvar a Ann, para salvar a Steve… —Arkady hizo una pausa, y después administró el terrible golpe de gracia final—. Conozco la receta. La desarrollé después de que Richelle muriese. Puedo ayudarte…, si lo deseo.

Arkady apartó las sábanas a un lado. Produjeron un sonido casi imperceptible, un leve roce reseco, como largos vendajes de lino desprendiéndose del rostro de una momia, como alas de mariposas muertas desde hacía mucho tiempo cayendo en un fino polvillo. El sonido sobresaltó un poco a Fantasma, y se revolvió el cabello con las dos manos apartándolo de la cara. Arkady vio cómo se estremecía.

Después irguió la espalda y cuadró los hombros, y sus ojos emitieron una especie de llamarada oscura y después volvieron a ser tan claramente azules como siempre.

—De acuerdo —dijo.

Los escasos pasos que necesitó dar para volver a la cama fueron los peores de

toda la existencia de Fantasma. Sentía el roce de los tablones de madera recubiertos por una capa sedosa de polvo seco bajo sus pies descalzos. El contacto de la piel de Arkady rozando la suya le haría experimentar una sensación parecida. Las manos de Arkady acariciarían su alma, la lengua de Arkady exploraría su cerebro…

No estaba dispuesto a pensar en ello. Pensaría en cantar en El Tejo Sagrado con Steve acompañándole a la guitarra y tocando como si se hubiera vuelto loco, pensaría en aquellos tiempos pasados en que todo era sencillo. Sí, eso era lo que iba a hacer.

—Muy bien —dijo negándose a oír sus propias palabras—. Haré lo que quieras.

Ahora estaba en el escenario agarrando el micrófono con las manos, listo para dejar fluir su voz; pero los labios de papel reseco de Arkady se posaron sobre su boca y la sellaron. La lengua de Arkady se lanzó sobre la suya y la envolvió en su sabor a hierbas amargas. El seco contacto de Arkady se deslizó sobre su pecho y se movió bajo su camiseta como un millar de patitas de insecto. Fantasma sintió aquel roce en las profundidades de su ser, y el contacto afilado como una navaja bajó por su columna vertebral e hizo que sus intestinos temblaran incontrolablemente. Empezó a atragantarse.

—No —dijo una voz desde la oscuridad del umbral.

Era una voz cansada, una voz para hablar hasta mucho después de la medianoche, una voz para ser utilizada cuando todos los caminos han quedado obstruidos, cuando los castillos se han derrumbado convirtiéndose en ruinas, cuando la mañana no volverá a llegar nunca más.

Los ojos de Fantasma barrieron la oscuridad.

—¿Steve?

Pues la voz era la de Steve, y el olor también era el de Steve, el olor a ropas atiesadas por la transpiración del beber; pero el olor a desesperación solitaria había desaparecido. Había agotamiento, y miedo, y el olor húmedo y secreto de la pena; pero por debajo de aquellos olores había algo nuevo, algo que Fantasma llevaba mucho tiempo sin captar en Steve, algo que era más bien una vibración que un olor, un temblor que hizo palpitar el aire que se interponía entre ellos volviéndolo eléctrico y llenándolo con una telaraña blanca de chisporroteantes líneas de energía.

Era ira, la vieja y familiar ira que emanaba Steve Finn cuando estaba considerablemente cabreado.

Arkady aspiró una bocanada de aire haciéndola sisear entre sus dientes.

—Tú…

—Aparta las manos de él —dijo Steve. Puso una mano a cada lado del quicio de la puerta y se agarró para mantenerse en pie sin perder el equilibrio. Los cabellos sucios que llevaban una semana sin ser lavados sobresalían en una enloquecida confusión de mechones revueltos y pequeñas alas, y se acumulaban desordenadamente detrás de las orejas—. Suéltale, so cabrón —dijo mirando fijamente a Arkady—. No me importa la clase de rey de los jujús y las magias temibles que puedas ser, porque en estos momentos soy capaz de meter la mano por

tu garganta y arrancarte ese negro y repugnante corazón que llevas dentro del pecho…, y me encantaría hacerlo.

Arkady soltó a Fantasma.

—Ven conmigo —dijo Steve, y curvó un pulgar señalando la escalera de caracol—. Nos vamos. Vamos a subir al maldito T-bird y volveremos a casa. Si es lo que ha de ocurrir, por mí Ann puede acabar abierta en canal desde dentro…, si eso es lo que ella quiere, adelante. No vas a hacer de puta por ella, Fantasma.

»Ni por mí.

»Ni por nadie. Eres demasiado bueno para eso. Fantasma. Eres demasiado condenada y maravillosamente magnífico para eso…

Los ojos de Steve brillaban en la oscuridad como si fueran de cristal, y dos relucientes líneas de humedad bajaban por sus mejillas —las huellas dejadas por las lágrimas—, pero se mantenía muy erguido y aunque sus manos seguían aferrando el quicio de la puerta y sus ropas colgaban de su cuerpo como harapos en un espantapájaros, producía una impresión de fuerza. La fortaleza irradiaba de él en un aura palpitante. Steve había tomado una decisión y se mantendría fiel a ella…, pero no estaría solo.

Fantasma fue hacia él. Pasado un momento Steve dejó que sus brazos cayeran sobre los hombros de Fantasma, y las lágrimas de Steve cayeron sobre el pelo de Fantasma y se perdieron allí, esferitas incoloras enredadas en cabellos finos y traslúcidos. Permanecieron inmóviles apoyándose el uno en el otro, y la fortaleza pasó de un cuerpo al otro.

—Salgamos de aquí —dijo Steve por fin.

—¡Esperad! —gritó Arkady cuando ya habían recorrido la mitad del pasillo.

Steve se detuvo, pero no se volvió. Sus dedos aumentaron la presión que ejercían sobre el brazo de Fantasma. Fantasma volvió la cabeza para mirar por encima del hombro, y se pegó un poco más a Steve porque temía que sus ojos se encontraran con los de Arkady.

—Eres demasiado maravilloso, Fantasma —dijo Arkady, y tanto Steve como Fantasma pudieron oírle con toda claridad aunque su voz apenas era el murmullo del ala de una mariposa en la penumbra polvorienta del pasillo—. No mentí cuando dije que eras valiente…, terrible y conmovedoramente valiente. No compartías ni un átomo de mi lujuria, pero te habrías entregado a mí para salvar a tus amigos, y yo habría permitido que llegaras a hacerlo.

»Cierto, eres demasiado maravilloso… Debemos unirnos contra la noche eterna. Los vampiros se llevaron a mi hermano, y no permitiré que se lleven otra vida joven y hermosa. Os ayudaré. Sí, que el Señor me ayude, porque os ayudaré…

Y Arkady Raventon se persignó dos veces, primero de arriba abajo y luego de derecha a izquierda.

—Helecho —dijo Arkady sosteniendo un paquetito de hojas secas debajo de la luz.

Habían bajado por la escalera y encendido las velas de la tienda invocando a los espíritus del regaliz, la canela y la nuez moscada. Arkady había ordenado sus ingredientes sobre el mostrador de cristal: frasquitos y botellas recubiertas de polvo seco, un almirez y una mano de mortero, un montoncito de sobres que parecían a punto de desintegrarse. Después empezó a hurgar en ellos tamizando, pesando y cogiendo pellizcos de esto y aquello mientras resoplaba y murmuraba.

Steve apoyó la espalda en la pared de enfrente y contempló las manipulaciones de Arkady con el ceño fruncido, pero con un interés subrepticio. Fantasma le estaba observando con el mentón sostenido por las manos, y parecía entre horrorizado y fascinado. No quería contemplar cómo se preparaba el veneno que limpiaría el útero de Ann, pero tenía que hacerlo. Aquello le resultaba demasiado familiar, y despertaba recuerdos de su abuela y de la señora Catlin —o de su abuela a solas—, encorvadas sobre una mesa iluminada por la luz de una vela con un amplio surtido de paquetes y diminutas botellas resplandecientes al alcance de las manos. Fantasma salía sigilosamente de su habitación y se escondía entre las sombras de la librería o el umbral, y a veces su abuela captaba su presencia y le llamaba para que viniera a mirar, y después le explicaba qué hojas y aceites fragantes estaba mezclando. «Esto traerá suerte a la puerta de alguien —le decía—, esto calmará los dolores mensuales de una mujer…». Pero a veces el olor de los brebajes no tenía nada de agradable. A veces olían a fetidez amarronada, y los vapores brotaban del almirez enroscándose lentamente sobre sí mismos. Cuando su abuela estaba preparando esa clase de brebajes, Fantasma siempre era enviado a la cama.

—Albahaca —dijo Arkady—. Laurel.

Steve se removió y se encorvó un poco más contra la pared.

—Mierda, si se trataba de eso podríamos haber ido a la tienda de la esquina…

—Menta —dijo Arkady contemplando a Steve con los párpados bajos—. Milenrama, perejil. Y ajo. —Una sonrisita furtiva y llena de secretos curvó sus labios —. Tanto ajo no le va a gustar en lo más mínimo…

Quitó el corcho de una botellita azul con un revoloteo de la mano y derramó unas cuantas gotas de líquido lechoso dentro del almirez. Las hierbas emitieron un siseo helado, y un hililllo de vapor se curvó sobre ellas.

Steve se irguió apartándose de la pared.

—¿Qué coño era eso?

Arkady sonrió.

—El ingrediente crucial. Sin él esto sería una mera ensalada.

Steve frunció el ceño. Era como si Arkady hubiera respondido «Te encantaría saber qué era, ¿verdad?».

Fantasma observó a Arkady mientras sacaba la pasta del almirez raspándola con una espátula y la echaba sobre un cuadrado de papel encerado. La mixtura era de un reluciente color verde orgánico, y pareció hervir y burbujear sobre el papel. «Hecha de mil hierbas, hecha de altares», pensó Fantasma. Aquella sustancia seguramente calcinaría la garganta de Ann cuando la obligaran a tragársela.

Por lo menos esperaba que bastaría con que Ann se la tragara…

Arkady dobló el cuadrado de papel encerado por la mitad y retorció las puntas.

—Eso es todo —dijo—. Ahora tenéis que encontrar a la chica y traérmela.

Steve y Fantasma empezaron a hablar al unísono.

—¿Cómo cono se supone que vamos a encontrar a Ann? —preguntó Steve.

—Puedo dar con ella —dijo Fantasma.

Fantasma estaba en el piso de arriba con la mirada vuelta hacia la ventana y contemplaba el paisaje de edificios que parecían adornos de un pastel de boda recubiertos por complicados despliegues de hierros forjados. Muy lejos a su izquierda, más allá de su línea de visión, ardían las luces de la calle Bourbon; las multitudes seguían yendo con paso tambaleante de un lado a otro; hasta las mismísimas estrellas del cielo se movían, estrellas enormes y redondas, gigantescas estrellas resplandecientes, estrellas de las alucinaciones.

Arkady se metió en su cama al final del pasillo, y Fantasma captó un pensamiento viejo y seco: Es demasiado pálido, demasiado frágil; mi amor seguramente le habría hecho añicos…

Una luna pequeña y fría se cernía sobre todas las cosas, sobre Fantasma, Steve y Arkady y el resto de la ciudad abigarrada y multicolor, una luna que era como una astilla de hueso congelado, una luna que había sido concebida para traer el invierno.

Fantasma dio la espalda a la ventana.

Steve ya estaba en la cama con los brazos rodeando la almohada. Los rayos de la luna pintaban crecientes de sombra debajo de sus ojos. Había eliminado casi todos los enredos de su pelo con los dedos y se lo había alisado, y ahora su cabellera yacía sobre sus mejillas y su frente, mechones vencidos por el peso del polvo del Barrio Francés y el sudor de un largo viaje por carretera. Parecía terriblemente joven, más joven que cuando Fantasma le había visto por primera vez, caminando a través de aquel bosque de otoño moteado de sol y sombras, cuando todas las cosas eran mucho más sencillas.

—Ven a la cama —dijo Steve—. Ya casi ha amanecido. Mañana pensaremos cómo nos las vamos a arreglar para encontrar a Ann y conseguir que se trague esa mierda. Probablemente la matará.

Fantasma captó la presencia de las palabras que no habían sido pronunciadas flotando en el aire como la neblina que se cierne sobre un río. Se deslizó bajo las sábanas entrando en la reconfortante laguna del calor de Steve, y esperó.

—Pero supongo que eso es mejor que dejar que los vampiros la maten —dijo Steve por fin.

—Lo crees —dijo Fantasma en un tono de voz lo bastante bajo como para que Steve pudiera fingir que no le había oído.

Steve rodó hasta quedar acostado sobre la espalda, y respondió:

—Sí, supongo que lo creo. Vi el rostro de Zillah esa noche delante del club…, ahora sé que lo vi. Lo vi, y estaba totalmente curado. Estoy harto de mentirme a mí mismo. Nadie debería mentirse a sí mismo. No puedes tener miedo a lo que sabe tu corazón.

»Creo que a Ann le va a ocurrir algo muy malo, y lo creo porque tú lo crees con todas tus fuerzas. Crees que si nadie la ayuda, Ann morirá. Lo crees con tal convicción que estabas dispuesto a venderte a Arkady. Para salvarla, si podías hacerlo…, y supongo que para salvarme a mí también.

»Y no voy a discutir nada en lo que tú creas con una fe tan potente, Fantasma…, ni en un millón de años se me pasaría por la cabeza la idea de hacerlo.

La mano de Steve encontró la de Fantasma por debajo de la sábana y la estrechó con una fuerza casi dolorosa. Fantasma pudo oír el resto del pensamiento. «Porque confío en ti, Fantasma, porque confío en ti y en nadie más…, y si lo crees, entonces supongo que yo también lo creo, maldita sea. El Conejo de Pascua no coló, y Dios o el Hada del Corte de Pelo tampoco, pero tú sigues siendo mágico…».

—Steve…

Fantasma susurró el nombre. Su corazón se estaba hinchando dentro de su pecho, como si quisiera dar con alguna forma de unirse al corazón de Steve para convertirse en una sola cosa palpitante llena de vida. Siameses unidos por el corazón, todos los latidos de sus vidas medidos juntos, su sangre corriendo a través de los mismos kilómetros de venas.

Fantasma puso la mano sobre el pecho de Steve y encontró el latido de su corazón, un palpitar tranquilo y rítmico. El roce de sus dedos hizo que Steve pareciera relajarse un poco, y su cuerpo dejó de estar tan tenso. ¿Y las sombras que había debajo de sus ojos, se habían vuelto quizá un poco menos oscuras? Fantasma extendió los dedos para tocar aquellas sombras, para tratar de capturarlas debajo de sus uñas, quizá para metérselas en la boca y engullirlas. Las pestañas de Steve aletearon rápidamente, pero en el último instante sus ojos se quedaron abiertos, así de grande era la confianza que tenía en Fantasma. «Eres mi amigo más antiguo, eres mi único hermano…».

Fantasma acarició la piel suave como la seda que se extendía debajo de los ojos de Steve, la aspereza de las mejillas de Steve con su barba de cuatro días, la tensión que se iba derritiendo poco a poco en la boca de Steve. Después fue inclinando la cabeza hasta apoyarla sobre aquel latido lento y mesurado, y sintió cómo los labios de Steve articulaban una palabra.

—Fantasma…

Fantasma logró emitir un sonido ahogado desde lo más profundo de su garganta.

—No me dejes nunca. No te vayas nunca, tío…

Steve dejó de hablar, pero Fantasma ya había captado el repentino enronquecerse de su voz.

—No —dijo Fantasma—. No seré yo quien se vaya.

No podía decir nada más. No, lo que haría sería tragarse aquellas sombras que emborronaban los ojos de Steve, hacerlas desaparecer a lametones. Se inclinó sobre Steve, y en vez de encontrar los ojos de Steve su boca se encontró con la de Steve y se fundió con ella en un torpe beso.

Los dos se tensaron. «No, oh, no, yo no pretendía hacer eso», pensó Fantasma, y las manos de Steve subieron para apartar a Fantasma.

Pero sus manos traicionaron a Steve, y en vez de apartar a Fantasma de un empujón lo que hicieron fue deslizarse sobre sus hombros y unirse detrás de su espalda. Fantasma comprendió que Steve le estaba atrayendo hacia él. Quizá esta noche pudiera ayudar a Steve, quizá conseguiría vencer aquella terrible soledad durante un rato… Al principio se conformó con empujar suavemente los labios de Steve para abrir su boca sólo un poquito, y después la abrió más y más, y sus lenguas se encontraron como dos corazones palpitantes.

«Melaza —oyó sin saber de dónde llegaban las sílabas—. Sigues sabiendo a melaza…».

—¿Mmmmmm? —murmuró Fantasma—. ¿Qué?

Sus bocas se separaron durante un momento y luego volvieron a encontrarse.

Los pensamientos fugaces no eran importantes. Aquellos minutos tenían que estirarse todo lo posible; aquel beso tenía que durar mucho, mucho tiempo. Steve se apartaría dentro de un momento. Aquel sabor dorado en la lengua de Steve…, no, no era la cerveza Dixie, era el sabor de los veranos de la infancia de un pasado esfumado hacía mucho tiempo, y entrelazado con él estaba el sabor oscuro del miedo. Steve ya empezaba a asustarse porque confiaba en Fantasma hasta tales extremos, y él mismo lo había dicho. Aquel beso terminaría, y no habría otro porque cualquier cosa que fuera más allá del beso sería algo a lo que Steve nunca podría enfrentarse. Ya estaba empezando a hacerle perder el control, y Fantasma podía captarlo. Pero lo necesitaba tan desesperadamente…

Durmieron agarrados el uno al otro como si pudieran ahogarse en las mantas y las almohadas. Fantasma permaneció despierto durante mucho rato con la cabeza de Steve enterrada en su hombro, con la respiración de Steve agitando el fino vello de su cuello, con las largas piernas de Steve enredadas en las suyas. Fantasma sabía que por la mañana Steve despertaría, entrecerraría los párpados para proteger los ojos del sol y murmuraría: «Mierda, tío, anoche estaba tan borracho que no recuerdo qué ocurrió».

Pero esta noche Fantasma podía encargarse de soñar las pesadillas de Steve en su lugar, y eso fue lo que hizo.

29

Fantasma recorría las calles de Nueva Orleans en busca de Ann.

Cuando inició su búsqueda saliendo de la tienda de Arkady pensó que nunca conseguiría dar con ella, y que quizá habría sido mejor que contrataran a un detective privado, como aquel tipo de la película *El corazón del ángel*. Al menos Harry Ángel hubiese tenido una posibilidad de encontrar a Ann basándose en la lógica y la suerte, pero ¿qué posibilidades tenía Fantasma, quien no conocía en lo más mínimo aquellas calles y sólo disponía de su intuición y su fe ciega para que le guiaran?

Al principio parecía como si hubiese demasiada magia allí, y que el resultado inevitable de eso sería nublar la intuición y distraer la fe. Cada esquina ofrecía otra historia, y la sombra elegante de cada patio contenía un nuevo espíritu que flotaba en el aire. Algunos eran codiciosos e impacientes, y establecían contacto con su mente de sensitivo murmurando: «Entra, entra en mí, escucha mi historia»; y los edificios y hasta las mismas aceras parecían poseer una susurrante voz subliminal.

Pero Fantasma no tardó en comprender que se estaba esforzando demasiado. Si se relajaba podría escuchar aquellos sonidos con sólo una parte de su mente, como si fueran una radio que alguien se había dejado encendida a mucha distancia de él. Si no se concentraba tan tenazmente en ello, sus pies acabarían llevándole por el camino correcto.

Pasó por delante de un grupo de chicos vestidos de negro que se habían maquillado con carmín y rímel negro. Cruces, dagas y cuchillas de afeitar de plata colgaban de sus muñecas y de los lóbulos de sus orejas. Se estaban pasando un porro que iba de una mano delgada a otra mano delgada. Eran «siniestros», chicos que amaban la noche y a los grupos cuya música hablaba de belleza oscura y frágil mortalidad. Los vampiros eran su sueño convertido en realidad, el ideal al que aspiraban. Bela Lugosi quizá estuviera muerto, pero los siniestros conseguirían que siguiera vivo para siempre dentro de sus corazones. Una noche Fantasma había visto a un chico enseñando su nuevo tatuaje en El Tejo Sagrado: dos diminutas marcas escarlata de colmillos sobre la carne blanca de su garganta.

Los chicos podían soñar con vampiros todo lo que quisieran, pero sus rostros mostraban el sello innegable de la humanidad. Estaba presente en sus imperfecciones: granitos, cicatrices, el comienzo de lo que se convertiría en arruguitas creadas por la risa… Los auténticos vampiros poseían una belleza uniforme, eran fríos y carecían de edad. Fantasma pensó en el rostro de Zillah, sólo imperceptiblemente más viejo que el de Nada, y eso sólo debido a la sonrisita burlona de la boca y a esos ojos melodramáticamente salvajes y lúbricos.

¿Acabaría alcanzando Nada a Zillah y a los otros? ¿Llegaría a esa misma edad indefinible y dejaría de envejecer luego? Fantasma se preguntó qué se sentiría sabiendo que no envejecerías más, que ya no ibas a cambiar más, que tu piel nunca se volvería delicada y llena de surcos y arrugas, que tu cabello nunca llegaría a ser

blanco y frágil, que tus manos seguirían siendo lisas y fuertes. Se estremeció. No, mirarse al espejo cada día y ver el mismo rostro sin una sola huella de la pena y la risa de la vida reflejadas en él no le gustaría en lo más mínimo.

Pensar que Nada podía llegar a convertirse en uno de esos espacios en blanco hizo que Fantasma sintiera que le daba un vuelco el corazón. Los rostros de los otros tres eran como máscaras estilizadas hechas de una sustancia lisa y blanca, y lo único que había en sus ojos era la llama de la embriaguez y la locura. Incluso el rostro de Christian se hallaba vacío a pesar de que sus ojos estuvieran iluminados por el débil resplandor gélido de la pena. Pero Nada… El rostro de Nada era tan joven, las comisuras de su boca poseían tanta ternura y sus ojos estaban tan llenos de un dolor maravilloso… Todo eso no debía ser borrado por la inmortalidad.

Pero Fantasma estaba aquí para salvar a Ann, no a Nada; y sin embargo no podía dejar de sentir pena y dolor por él, de la misma forma que no podía impedir que su corazón siguiera latiendo. Pero… «Ayuda a los que amas —le había dicho su abuela—, ayúdales cuanto puedas y después de eso ocúpate de tus propios asuntos. Tu don no te proporciona el derecho a ir por ahí cambiando las vidas de los demás aunque sea para mejorarlas. Quizá puedas ver sus almas, pero no siempre querrán que seas su espejo».

Sí, podía ver el alma de Nada. Su alma estaba en aquellos ojos acosados, y en las sombras que había debajo de ellos: fatiga, alcohol y sustancias químicas, el maquillaje del día anterior… Nada era un alma perdida porque quería serlo. Era lo que siempre había querido ser, era un derecho que había adquirido al nacer.

Pero Ann había sido embrujada, manipulada y atrapada por la luz de los ojos color *chartreuse*, por la soledad, por el opio de la saliva de Zillah y los jugos venenosos de lo que estaba creciendo dentro de ella, fuera lo que fuese aquella cosa.

¿Y qué era exactamente? Hasta aquel momento Fantasma había estado pensando en el bebé como un oscuro amasijo de sangre, la semilla de la muerte de Ann…, y lo era, cierto, pero también era el hermano o la hermana de Nada, y Nada no era maligno. Nada estaba meramente perdido, tan irremisiblemente perdido como no tardaría en estarlo el bebé de Ann.

Fantasma se imaginó atrapado dentro del útero mientras sus blandos huesos se desmoronaban y el veneno iba consumiendo esa piel nueva que aún no había tenido tiempo de desarrollarse del todo. El veneno, sí, el veneno que él y Steve habían pedido a Arkady que preparase, el veneno por cuya fabricación habían acabado entregando veinte dólares a Arkady…

Fantasma se apoyó en una pared y cerró los ojos. Todo tenía un millón de facetas y puntos de vista desde donde contemplarlo. La gran mayoría de personas eran capaces de tapar algunos de ellos para no verlos, pero a veces Fantasma pensaba que los veía todos…, y eso no te ayudaba en lo más mínimo.

—Entra y bésame… —murmuró una voz que parecía emanar del interior de la pared.

Fantasma dio un salto y abrió los ojos. Últimamente las voces surgidas de la nada le ponían más nervioso que de costumbre, pero ésta no se parecía a la voz del armario. Era muy débil y seca, tan diminuta como la voz de un insecto y casi imposible de oír.

La voz no volvió a hablar. Fantasma miró a su alrededor y descubrió que se había perdido. Ni siquiera parecía estar en el Barrio Francés, y a su espalda se alzaban torres de apartamentos gigantescas y vagamente amenazadoras que parecían haber sido chamuscadas por algún incendio. Una avenida muy ancha y llena de tráfico se estiraba delante de él, y en la pared que había a su izquierda se abría una puertecita. Cruzó el umbral y entró en la ciudad de los muertos.

Fantasma ya había oído hablar de los cementerios de Nueva Orleans. El nivel de las aguas freáticas era tan elevado que los ataúdes debían ser sepultados por encima del suelo. No había tierra auténtica en la que sepultarlos, y si intentabas cavar un agujero no tardabas en ver cómo se convertía en un pozo que rezumaba fango. Un buen aguacero podía acabar poniendo a flote los ataúdes y los cadáveres y llevarlos hasta la superficie; pero nada de cuanto había oído hasta el momento había preparado a Fantasma para el paisaje encalado de un blanco cegador del San Luis Número Uno, posiblemente el cementerio más antiguo de la ciudad y no cabía duda de que el más pintoresco y de disposición más laberíntica e irregular.

Había ataúdes emparedados en los muros que se acumulaban capa sobre capa, y eso fue lo primero en lo que se fijó Fantasma. Algunas zonas del trabajo de ladrillería se habían desmoronado, y pudo ver sombras cenicientas dentro de la pared y destellos ocasionales de sol que revelaban hueso, ladrillo o cristales rotos. No era de extrañar que hubiese voces dentro de aquellas paredes. A sus pies se extendía un laberinto de angostos senderos que se iba alejando por la necrópolis.

Cuando se hubo internado un poco más en el cementerio, le asombró ver lo juntas que estaban las tumbas. Había sitios en los que tenía que ponerse de lado para pasar con gran dificultad entre ellas.

Las cimas puntiagudas de las criptas se alzaban sobre el sendero. Enormes cruces de hierro intentaban pinchar el cielo, y se erizaban a lo largo de los extremos de las barrocas verjas de hierro forjado que delimitaban algunas parcelas funerarias. Casi todas las tumbas eran blancas —estaban hechas de mármol pálido como la luna, granito plateado o ladrillos encalados—, y los reflejos del sol que chocaba con ellas deslumbraban a Fantasma.

Mil puntitos de color giraban en un enjambre enloquecido sobre el telón de fondo de toda esa blancura. Había flores por todas partes, vírgenes y santos de yeso con las túnicas pintadas de tonos chillones, jarrones de todos los colores llenos de agua de lluvia, monedas de cobre y plata incrustadas en el cemento. Algunas de las verjas de hierro que se alzaban alrededor de las tumbas estaban adornadas con cintas; en otras había colgados rosarios o ristras de abalorios del carnaval.

Fantasma pasó ante una tumba sobre la que había centenares de X rojas escritas

con tiza agrupadas en conjuntos de tres. Se detuvo y la contempló durante unos momentos, y de repente supo qué debía hacer. Alrededor de la base de la tumba había trocitos de ladrillo y fragmentos de tiza roja. Fantasma cogió uno, dio tres vueltas a la tumba y dibujó meticulosamente sus tres X sobre la puerta de ésta.

—Deseo saber dónde está Ann —dijo.

Sus labios apenas se movieron, pero en aquel cementerio incluso el murmullo más débil parecía rebotar en las tumbas y alejarse por los senderos vacíos creando un sinfín de ecos.

Después cerró los ojos y escuchó con todo su corazón. Cuando la presencia entró en su cabeza, Fantasma ya estaba preparado para recibirla.

Era un espíritu codicioso y arrogante, y de hecho de entre todas las semejanzas posibles le hizo pensar en Arkady Raventon, pero sin la carne débil de Arkady y sin su débil lujuria marchita. Aquel espíritu era como una flecha de ébano llameante. «Mira detrás de ti», dijo, y eso fue todo. Un instante después ya se había esfumado. Fantasma dio un paso hacia atrás y estuvo a punto de golpearse la nuca con el saliente que asomaba sobre la puerta de otra tumba.

Después volvió la cabeza muy despacio y miró hacia atrás.

No había nada que ver, sólo paredes de un blanco resplandeciente y flores que temblaban en la brisa.

Fantasma volvió por donde había venido con la sensación de que había hecho el idiota, como si hubiera sido víctima de un oscuro engaño; pero pasados un par de minutos se dio cuenta de que ya no estaba en el mismo sendero. Eso hizo que se sintiera todavía más estúpido, porque la tumba de las X rojas se encontraba a menos de seis metros más allá de la puerta. Fantasma estaba totalmente seguro de ello. ¿Cómo se las podía haber arreglado para dar la vuelta de aquella manera? Aquel camino se internaba en el cementerio.

Las tumbas no tardaron en rodearle por todas partes, y Fantasma no tenía ni idea de qué camino llevaba hacia la puerta. Las tumbas del centro del cementerio debían de ser más altas, y por eso parecían alzarse por encima de él elevándose hacia el cielo reluciente y vacío de nubes. La masa oscura de los bloques de apartamentos asomaba sobre el extremo del muro más alejado. Fantasma se dijo que debían de ser los nuevos proyectos inmobiliarios, y pensó que probablemente era peligroso ir por allí solo. La noche anterior Steve le había hablado con distraída melancolía de la criminalidad en Nueva Orleans mientras bajaban por la oscura calle que llevaba hasta la tienda de Arkady. Estaban en una ciudad donde un grupo de niños podía surgir de repente del vacío, pegarte un tiro en la cabeza y examinar tus bolsillos después, o por lo menos eso era lo que había dicho Steve.

El sendero serpenteaba y seguía internándose en el cementerio.

El cielo se había convertido en un inmenso matorral espinoso hecho de cruces de hierro. Picachos de granito ondulaban en las alturas y parecían inclinarse sobre el sendero. Las tumbas cada vez estaban más cerca las unas de las otras. Fantasma

empezó a deslizarse con bastantes dificultades por entre dos de ellas, y durante un instante horrible quedó atascado. Unos ladrillos reblandecidos se desmoronaron, y algo se removió junto a su espalda. Fantasma sintió cómo se le desgarraba la camisa.

Y tiró frenéticamente, y logró liberarse. Entró medio corriendo y medio tambaleándose en un espacio abierto donde las tumbas eran más bajas y de forma más cuadrada, y vio que las más altas sólo le llegaban al hombro.

En el centro de aquel espacio abierto había una chica acostada sobre una losa de mármol. Varios ramos resecos de rosas de tallo largo habían sido colocados hacía mucho tiempo alrededor de la losa, y el carmesí se había convertido en negro, el blanco en marfil, el amarillo y el rosa en ecos polvorientos de sí mismos. La larga melena rubio rojiza de la chica se deslizaba sobre el borde de la losa, y algunas rosas se habían quedado enredadas en ella. No se veía que respirase, pero Fantasma sintió un débil temblor de vida cuando fue hacia ella.

Entonces la chica alzó la cabeza, y Fantasma vio lo que había sabido desde el primer momento. Era Ann, y estaba enferma.

—Fantasma… —Sus ojos ribeteados de rojo intentaron verle con claridad—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Has dormido toda la noche sobre esa losa?

Ann pensó en silencio durante unos momentos y acabó asintiendo lentamente con la cabeza.

—No tenía ningún otro sitio al que ir. No tengo dinero y…, y no encontré…

Tosió y escupió un glóbulo de flemas que brilló con un débil resplandor iridiscente resaltando sobre toda la blancura. Fantasma oyó el jadeo raspante del aliento dentro del pecho de Ann.

—¿Qué estás haciendo aquí? —volvió a preguntar Ann—. ¿Sabes dónde están? ¿Sabes dónde se aloja Zillah?

Fantasma tragó saliva. No estaba muy seguro de si podría hacer aquello. No había contado con la posibilidad de que Ann estuviera enferma, y el que no pudiera ofrecer resistencia hacía que todo resultara demasiado fácil; pero el hecho de que hubiera preguntado por Zillah en vez de por Steve… Sí, eso era una ayuda; como también lo era el vacío que contemplaba cada vez que la miraba a los ojos.

—Sí —dijo—. Sé dónde están. Puedo llevarte hasta él.

Fantasma encontró el camino que conducía hasta la puerta al primer intento.

—¿Qué es eso? —preguntó Ann.

Estaba contemplando sin demasiado interés el altar que se alzaba en el cuarto de atrás de la tienda de Arkady. El local estaba vacío y a oscuras, pero Arkady no había cerrado la puerta con llave.

Fantasma manoteó apartando el cortinaje de terciopelo e hizo que Ann avanzara por delante de él.

—Cuidado con los peldaños —dijo—. Ahí arriba está muy oscuro.

Ann alzó la mirada hacia la negrura y empezó a subir lentamente. Un tramo de peldaños, doblar la curva, otro tramo de peldaños hasta el tembloroso rectángulo de luz que era la puerta. Ann cruzó el umbral y dio dos pasos vacilantes por el pasillo.

—¿Zillah? —preguntó.

Y Steve salió de detrás de la puerta y envolvió la cabeza de Ann en un paño húmedo. No tenían ni idea de qué razones podía tener Arkady para guardar una botella de éter en el cuarto de atrás, pero les había asegurado que el truco funcionaría.

Fantasma vio cómo Steve cerraba los ojos mientras Ann se debatía intentando librarse del paño pestilente, y después de que acabara quedando flácida entre sus brazos el rostro de Steve también se fue relajando poco a poco. Durante un momento pareció como si fuera a derrumbarse con ella, pero mantuvo a Ann en posición vertical y sostuvo su cabeza con su hombro, y luego pasó el otro brazo por debajo de sus rodillas para levantarla sosteniéndola contra su pecho.

Fantasma no pudo recordar la última ocasión en que le había visto abrazar a Ann con tanta ternura.

Arkady sacó los dedos de la boca de Ann y se los limpió en su chandal gris. Después le dio una palmadita en la mejilla y empujó su flácida mandíbula inferior hacia arriba hasta cerrarle la boca.

—Excelente —murmuró.

Fantasma apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. Steve se removió junto a él y cruzó y descruzó nerviosamente sus largas piernas.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Esperar —replicó Arkady—. Es lo único que podéis hacer.

—¡Esperar! —Steve escupió la palabra. Se puso en pie y empezó a ir y venir de un lado a otro. Los tacones de sus maltrechas botas repiqueteaban sobre el suelo, y sus manos arañaban su pelo—. No puedo esperar. Me voy a volver loco.

Fantasma se irguió sin dejar de apoyarse en la pared, y cayó en la cuenta de que ninguno de los dos había comido nada en todo el día.

—Oye, ¿por qué no salimos un rato? Vayamos a la calle Bourbon o…

Arkady dio una palmada. El sonido estridente y repentino hizo que todos los movimientos cesaran bruscamente en la habitación: Steve dejó de ir de un lado a otro: Fantasma cerró la boca sin terminar la frase, e incluso el polvo pareció interrumpir su continua caída hacia el suelo. Arkady volvió la mirada hacia la ventana. El crepúsculo había empezado a filtrarse por el cristal enviando largos dedos de sombras grisáceas al interior de la habitación. Debajo de ellos Fantasma podía ver cómo las farolas se iban encendiendo una a una en las esquinas de las calles igual que luciérnagas de un amarillo lechoso.

—Tengo la solución —dijo Arkady—. Yo cuidaré de la chica. Me encargaré de vigilarla y atenderla. Tú sólo servirías para estorbarme… —No había duda de a cuál de los dos se refería, pero por una vez Steve no protestó—. Ya os he hablado de los

amigos de Ashley, los de la otra habitación de invitados… Son músicos, y esta noche actuarán en un club de la Rué Decatur. El club sirve los combinados más potentes de todo el Vieux Carré, y cuando volváis todo habrá terminado. El niño estará muerto y podréis llevar a vuestra Ann de regreso al hogar.

«Ajá», pensó Fantasma. Era como si su cerebro estuviera envuelto en lazos de histeria y su nariz captara el olor del incienso perfumado con fresas, el vino barato y los cigarrillos de hierbas aromáticas. Cerró los ojos. Detrás de sus párpados vio una puerta de armario que se abría lentamente girando sobre las bisagras, vio una manga de seda que se alargaba hacia él y oyó una voz que surgía de la nada. «Tranquilo, Fantasma…, tranquilo…, es muy fácil…», dijo la voz. «Ni soñarlo —pensó Fantasma —. No quiero ver actuar a ningún grupo que haya salido de ese armario. Encontraremos algún espectáculo de *strip-tease* a dos dólares la entrada en la calle Bourbon, iremos al Museo Ripley Lo Crea O No y haremos cualquier cosa salvo ir a un club de la calle Decatur para ver tocar a los amantes de un pobre desgraciado llamado Ashley Raventon que lleva mucho tiempo muerto».

Pero cuando volvió a abrir los ojos, Fantasma vio que Steve parecía morbosamente interesado por la idea. La mención de los combinados más potentes de todo el Vieux Carré le había espabilado de repente.

—Eh, eso tiene buen aspecto —dijo—. Me gustaría echar un vistazo a los clubs de por aquí… Parece una idea mejor que quedarse sentado y esperar. —Se volvió hacia Fantasma—. ¿Te apetece?

Salir a dar una vuelta pondría de buen humor a Steve, o por lo menos haría que dejara de pensar en Ann o le proporcionaría una excusa para beber y seguir bebiendo hasta que hubiera caído al suelo. ¿Qué podía ocurrir en un club? Después de todo, los amantes de Ashley no podían salir volando del escenario para caer sobre Fantasma haciendo aletear sus sedas mientras murmuraban «Fácil…, fácil…», y tanto él como Steve estarían a salvo entre la multitud.

—Por mí de acuerdo —dijo, esperando que su voz transmitiera una seguridad en sí mismo mayor de la que realmente sentía.

—Bien, estupendo —dijo Arkady. Giró sobre sí mismo para salir de la habitación, y movió una mano señalando el pie de la cama. Unos cuantos vendajes de algodón enredados los unos con los otros colgaban hasta el suelo—. Es mejor que la envolváis apretando al máximo los vendajes —dijo mirando a Steve—. Hay que tensarlos lo suficiente para mantener parte de la sangre dentro, pero deben estar lo bastante flojos para permitir que salga la…, la materia.

Steve se encogió sobre sí mismo. Arkady hizo su salida espectacular seguido por un torbellino de pliegues blancos.

Fantasma permaneció inmóvil durante un momento sujetando a Steve por el hombro. Después siguió a Arkady y cerró la puerta, y Steve se quedó a solas con Ann.

Al principio sólo flotaba a la deriva.

Tenía la sensación de que le habían rellenado los pulmones con algodón, y notaba una especie de acre quemadura química en la garganta. Estaba demasiado cansada para abrir los ojos, y sus párpados parecían pesar tanto como dunas. Se dejó resbalar lentamente hacia las profundidades del sueño, y flotó a la deriva. Su nuca y la parte de atrás de sus rodillas se convirtieron en agua caliente. Sus músculos se derritieron desprendiéndose de sus huesos. Antes de que hubiera pasado mucho tiempo empezó a ver imágenes.

Eran demasiado vividas para ser sueños. Sus sueños siempre habían sido en blanco y negro, tan precisos e inconexos como películas de Fellini. Las imágenes que veía ahora tenían colores virulentos. Luchó contra ellas durante un rato intentando despertar, pero acabó rindiéndose porque las imágenes se fueron hinchando dentro de su cerebro hasta que llegó el momento en que cada intento de resistirse le provocaba un terrible dolor de cabeza.

Vio el rostro de huesos frágiles de su padre, extrañamente fosforescente en la penumbra de la sala de estar de su casa. Los periódicos estaban esparcidos en una confusión de hojas sueltas alrededor de sus pies, y había un tazón de café vacío sobre el brazo de su sillón cerca de su mano extendida. Intentó pronunciar el nombre de su padre, pero si la oyó no reaccionó de ninguna manera.

Vio una linterna de calabaza encendida recortando su resplandor anaranjado contra la negra noche, y la linterna subía y bajaba y bailaba de un lado a otro como si un espectro hecho de sombras la llevara colgando de su mano. La sonrisa luminosa se hendió, y una enorme rosa que parecía hecha de espuma surgió del hueco y se marchitó y se pudrió en unos pocos segundos.

Vio el rostro de una chica de ojos oscuros medio tapados por una cortina de cabello; y un instante después los ojos de la chica giraron hacia arriba hasta que sólo se veía un poco de blanco plateado, la boca de la chica se abrió hasta alcanzar unas dimensiones imposibles y un chorro de sangre y *whisky* bajó rápidamente por su mentón.

Vio un laberinto de calles desplegándose ante ella como un mapa resplandeciente. Los neones bailaban y ondulaban: verde, púrpura, oro. Multitudes de niños muy delgados vestidos de negro se agitaban y hacían cabriolas en las calles. Llevaban muñequeras y cinturones adornados con remaches y pendientes en forma de calavera-y-tibias-cruzadas, sus cabelleras estaban teñidas de todos los colores y retorcidas en todos los estilos de peinado concebibles. Vio rostros muy pálidos hendidos por el tajo escarlata del carmín y sombreados por enormes manchas de rímel, y acechando entre los niños —presentes por todas partes— estaban los vampiros cursis y anticuados de las películas mudas. Tiraban de las capas de seda negra tensándolas sobre su nariz, y retrocedían con fingido horror ante los crucifijos que colgaban de los lóbulos multiperforados. Al lado de los niños vestidos con sus abigarradas prendas de luto, los vampiros hubiesen resultado ridículos y pasados de moda…, si no fuera porque todos ellos tenían enormes ojos verdes que relucían y chisporroteaban como un

extraño fuego ácido.

La última imagen se fue empequeñeciendo en la oscuridad, y Ann se dio cuenta de que alguien la estaba tocando. Dos manos torpes luchaban con el botón de su falda y le bajaban las medias haciéndolas resbalar a lo largo de los muslos. Ann hubiese podido reconocer el contacto de aquellas manos en cualquier parte, y lo hubiese reconocido aunque llevara diez años sin sentirlo: medio toscas pero intentando ser delicadas, medio desesperadas pero intentando ser tiernas.

Steve… Al principio quiso apartar sus manos, pero no podía reunir la fuerza de voluntad necesaria para moverse, así que se quedó quieta y dejó que le bajara las bragas. «Esas bragas están francamente asquerosas —pensó—. Qué importa, no es más que Steve —pensó un momento después—. Ya me ha olido antes…», y una parte muy remota de su mente comprendió lo que estaba ocurriendo y empezó a gritar. «¡Steve, Steve!», aulló una y otra vez.

No se permitió separarle las piernas para mirar. Conocía demasiado bien la cálida silla de montar que había entre sus piernas, conocía su olor perfumado y su sabor picante, y sabía cómo deslizarse entrando en su calor; y por alguna razón perversa que no entendía, la polla se le había puesto tan tiesa que le dolía. «Quizá sea porque no has tocado a una chica desde hace más de dos meses —balbuceó el demonio que vivía dentro de su mente—, ni siquiera a una que estuviese inconsciente».

Sabía que si contemplaba a Ann durante demasiado tiempo la desearía aunque no estuviera consciente. Sí, podía meterse dentro de su sexo con tanta facilidad que sería como volver a casa y que te dieran la bienvenida… Pero ¿y si la cosa que vivía dentro de su útero estiraba una manecita minúscula y le agarraba la polla? ¿Y si hacía presa en ella con los dientes…?

Su erección se esfumó de repente.

Steve deslizó una mano bajo las caderas de Ann —se dio cuenta de que estaba más delgada, y de que ahora apenas había un puñado de carne que rodear sobre cada una de las nalgas que antes eran tan maravillosamente redondas—, y empezó a envolverla en los vendajes. Por entre los muslos blancos como la leche, dejándolos bien apretados sobre aquel coño traidor, subiendo por la esbelta cintura de Ann, bajando por la espalda…

¿Evitarían que se desangrara hasta morir cuando el veneno empezara a surtir su efecto? No lo sabía, pero Arkady había dicho que debía envolverla en vendajes y Fantasma confiaba en Arkady porque no había nadie más en quien confiar, así que Steve también tenía que confiar en él…, aunque fuese un cabroncete con cara de rata cobarde.

Cuando Ann hubo quedado envuelta desde la cintura hasta la mitad de los muslos en algodón blanco, Steve tiró de la sábana subiéndola hasta su mentón. La áspera tela pareció quedar totalmente plana sobre el cuerpo de Ann; incluso la curva de su monte de Venus recubierto por los vendajes resultaba casi imperceptible.

Steve permaneció sentado a la cabecera de la cama durante mucho tiempo sin

apartar la mirada de su rostro. Ann no parecía haber cambiado en nada. Se la veía cansada, y eso era todo. Mirándola se podía pensar que acababan de hacer el amor, como si estuviera echando una siestecita en esa adorable calma crepuscular que llega después de un buen polvo y esperara a que Steve le diera la vuelta para besarla una vez más profunda y apasionadamente.

Steve inclinó la cabeza, apoyó la mejilla sobre los pechos de Ann y sintió el temblor de su corazón debajo de la blandura de la carne. «Retrocede —pensó con repentina incoherencia—. Algo ha salido mal, horriblemente mal… Nada de todo esto habría tenido que ocurrir. ¡Tiempo, retrocede!».

Pero el tiempo nunca querría retroceder.

La besó a través de los vendajes, justo sobre la V donde se encontraban sus muslos. Después se puso en pie y fue hacia la puerta, y no comprendió que tenía los ojos llenos de lágrimas hasta que lo vio todo muy borroso.

«¡Steve!», aulló la mente de Ann.

Pero Steve no se volvió.

30

Arkady encendió una vela y empezó a bajar por la escalera. Cogería un paquetito de hojas secas que necesitaban ser molidas, y las iría deslizando una y otra vez entre sus dedos hasta convertirlas en polvo sentado a la cabecera de la cama de Ann. Cogería un libro viejo y frágil al que no había echado un vistazo desde hacía demasiado tiempo y el botellón de jerez que había reposado debajo del altar con Ashley, y lo llevaría todo al piso de arriba.

Velaría a la chica durante toda la noche, o por lo menos hasta que Steve y Fantasma volvieran. Le tomaría la temperatura, se mantendría alerta ante la menor señal de hemorragia y refrescaría su frente con hielo. Sí, cuidaría lo mejor posible de ella.

Y pensaría en Fantasma y en cómo le había despreciado y rechazado, y en cómo había conseguido dejarle en ridículo. Pensaría en Steve, y en que hasta el momento lo único que había obtenido de él era descortesía y miradas malhumoradas. Permanecería sentado junto a la hermosa joven inconsciente, y pensaría en el poder que había adquirido sobre Steve y Fantasma. Contemplaría el rostro pálido y febril de la chica, meditaría y daría mil vueltas a la pregunta de si debía administrar otro veneno, uno para la madre en vez de para el niño, un veneno que jamás sería detectado. Conocía un veneno obtenido a partir del bazo de cierto pez, un veneno que imitaba la estructura de los ácidos del estómago. Se imaginaría el acto de quitar los vendajes que Steve había colocado tan meticulosamente alrededor de sus caderas, se vería a sí mismo estirando un colgador de alambre hasta dejarlo recto y deslizarlo luego dentro de ella con la ternura de un amante hasta que el extremo afilado perforase el útero…

Pero no haría eso. Había adquirido un enorme poder sobre Steve y Fantasma a través de aquella chica indefensa, pero no debía utilizarlo. Eso equivaldría a permitir el triunfo de los vampiros. Debía salvarla con sus venenos; pues de lo contrario los vampiros la habrían matado de una forma tan cruel e implacable como habían matado a su hermano Ashley. Sí, serían culpables de esa muerte como lo habían sido de que aquel rostro hermoso y aristocrático se convirtiera en polvo, de que aquella deliciosa carne blanca se resecara y de que aquellos ojos —oh, aquellos ojos— se encogieran y se marchitaran poco a poco… Su única esperanza era que el brebaje surtiera efecto. Cuando habló con Fantasma, Arkady le dijo que la receta había sido desarrollada después de la muerte de Richelle, y eso era verdad; pero se le había olvidado mencionar que nunca había sido probado con nadie.

Algo osciló al final de la escalera: su sombra, enorme y temblorosa a la luz parpadeante de su vela. Arkady la pisó —era un truco que había aprendido hacía mucho tiempo, pero en realidad pisar tu propia sombra sólo servía para impresionar a los demás—, pasó por debajo de la cortina de terciopelo y entró en el cuarto trasero de la tienda. «Vara de Aarón —pensó—. He de coger el paquetito de hojas de vara de

Aarón para desmenuzarlas, el libro y el jerez…». Fue hacia el altar y se inclinó para coger el botellón…, y se quedó inmóvil y sus labios resecos tragaron aire con un siseo ahogado, y sus manos quedaron paralizadas a mitad del movimiento que las llevaba hacia el lienzo de terciopelo.

Siempre guardaba la calavera de Ashley debajo del altar, protegida y a salvo de todo en la oscuridad. Algunas noches bajaba la escalera para hablar con Ashley y acariciar la lisa curva marfileña, pero luego siempre volvía a colocar a Ashley en su lugar de descanso. Bien, ¿qué estaba haciendo entonces la calavera encima del altar, rodeada por las reliquias y las ofrendas?

Unos cuantos objetos más también habían sido desplazados: los alrededores del altar estaban cubiertos de flores secas, monedas y la ceniza pulverulenta de las varillas de incienso. Un santo de yeso había sido derribado, pero las velas seguían ardiendo —dos a cada lado de Ashley—, goteando cera negra y rosada sobre el altar. Arkady extendió las manos para acariciar lo que quedaba de su hermano con la esperanza de que el contacto pudiera proporcionarle una respuesta o, por lo menos, de que sirviese para aliviar un poco su confusión y su miedo.

La calavera estaba tan fría como un vendaval de noviembre, tan fría como la tierra congelada.

—¿Qué…? —murmuró—. ¿Qué es lo que anda mal? ¿Qué está ocurriendo?

Las cuencas de los ojos conservaron su trágica oscuridad aterciopelada, y los dientes no se unieron para dar una réplica a su pregunta; pero mientras Arkady acariciaba la cúpula de la calavera todas las velas —las cuatro del altar, y la que sostenía en la mano— parpadearon de repente para arder con más intensidad que antes a continuación…, pero ahora sus llamas eran de un azul frío y límpido.

Lo cual era una señal inequívoca de que había espíritus malignos presentes en la habitación.

—¿Ashley? —murmuró—. Hermano mío, ¿eres tú?

Pero eso no tenía ningún sentido. Ashley no era maligno, Ashley nunca le haría daño… Arkady buscó a tientas debajo del altar intentando encontrar el jerez. Esta noche iba a necesitarlo. Cuando sus dedos rozaron el cristal tallado del botellón, lo aferró rápidamente y fue hacia la escalera.

Pero se quedó inmóvil cuando ya se disponía a apartar el cortinaje de terciopelo, y después giró sobre sí mismo y fue nuevamente hacia Ashley. Eso significaba que debía abandonar su vela y subir por la escalera envuelto en la oscuridad, pero Arkady no pensaba dejar a su hermano solo en el piso de abajo con los espíritus que pudieran andar vagabundeando de un lado a otro aquella noche.

El primer peldaño crujió cuando dejó caer su peso sobre él. Arkady buscó el borde del siguiente peldaño con los dedos de sus pies descalzos, e intentó depositar la planta del pie sobre él sin hacer ningún sonido. Sus ojos se esforzaban tratando de ver algo en la oscuridad. Su hombro rozó la pared… ¿o era la pared que se inclinaba sobre él para aplastarle? Los tablones estaban desagradablemente resecos bajo sus

pies, y su roce parecía haberse vuelto casi velludo. Arkady subió dos peldaños más, tres, cuatro.

Había recorrido la mitad de la distancia que le separaba del final de la escalera cuando oyó las pisadas que iban subiendo detrás de él.

La escalera estaba muy oscura, pero los dos rostros parecían iluminados por un resplandor maligno que brotaba de su interior. Arkady pudo distinguir sus rasgos marcados, sus bocas tensas y el brillo cansado de sus ojos a través de las gafas de sol baratas que llevaban.

—Ah, no sois más que vosotros dos… —dijo—. Me habéis dado un buen susto.

—Míranos, Arkady —dijo un gemelo.

Su voz no era más que un susurro ahogado, como una voz que se abre paso a través de capas de alas de mariposa resecadas por el paso del tiempo.

—Hemos esperado demasiado tiempo —dijo el otro gemelo, y su voz era como un viento que llegaba desde muy lejos después de haber soplado sobre un mar estancado—. No podemos encontrar a nadie. Ni siquiera podemos mirarnos al espejo, y tenemos que actuar…

Arkady había seguido subiendo por la escalera. Podía oír su aliento entrando y saliendo de su garganta con un ruido muy parecido al de los sollozos.

—¿Qué queréis?

—Ha llegado el momento, Arkady —dijo el primer gemelo.

Sonrió, y retazos de piel marfileña se desprendieron de sus mejillas, se desintegraron al chocar con los peldaños y se mezclaron con el polvo que los cubría.

El otro también sonrió. Sus labios estaban recubiertos de carmín reseco que en tiempos había sido rojo y que se había ido decolorando poco a poco hasta volverse de un anaranjado polvoriento. Había muy poca luz, pero Arkady pudo distinguir el delicado trazado de arruguitas que se extendía por los rostros de los gemelos cubriéndolos como una telaraña hasta desaparecer debajo de sus gafas de sol.

—Te necesitamos —dijo el primero.

—Es fácil. Puedes reunirte con tu hermano.

—Hay una chica en el piso de arriba —se oyó decir Arkady—. Es joven y bonita. Podéis quedaros con ella…

El primer gemelo meneó la cabeza en un gesto de reproche burlón. La cabellera color rubí azotó su rostro.

—No, Arkady. No queremos a tu hermosa joven…, o por lo menos todavía no la queremos. Lo próximo que nos dirás será que vayamos a la calle Bourbon y que nos busquemos una puta, ¿verdad? Tenemos hambre. Te conocemos. Te necesitamos.

—Te amamos, Arkady —dijo el otro gemelo, y su sonrisa se hizo todavía más ancha. Un diente delantero de la mandíbula superior se desprendió del alvéolo y aterrizó sobre un escalón con un *plink* casi inaudible. El gemelo lo cogió y volvió a encajarlo en el agujero enrojecido de su encía sin dejar de sonreír ni un instante. No hubo sangre, ni una gota—. ¿Lo ves? ¿Es que quieres que nuestra belleza se marchite

y se agriete como la de tu hermano? Puedes ayudarnos, Arkady. Puedes alimentarnos. Sabes que es muy fácil…

—Fácil… —repitió el otro gemelo como un eco lejano.

Subieron por la escalera yendo hacia él. Arkady no podía correr, no podía moverse; sus pies y sus tobillos ya parecían haberse marchitado y no le servían de nada. Se preguntó cómo se alimentarían. ¿Poseían una especie de probóscide que se hundiría en su cuerpo para recorrerlo buscando hasta la última gota de vida, o se limitarían a enterrar sus bocas en él y a desgarrarle con sus dientes dejando que la fuerza vital fluyera dentro de ellos?

Fuera lo que fuese, Ashley lo había sentido también. Era la última sensación que había experimentado Ashley, dejando aparte la de la soga alrededor de su cuello. Pensarlo le proporcionó una especie de perverso consuelo. Intentaría no tener miedo.

Los gemelos seguían subiendo hacia él, y ahora ya podía ver el brillo plateado de sus ojos detrás de las gafas de sol. Podía distinguir las grietas diminutas que recubrían la superficie de su piel, y la delgada capa de polvo que envolvía sus lenguas.

Cuando sus manos gráciles y delgadas ya casi estaban sobre él, Arkady dejó escapar un grito de desesperación y arrojó la calavera de Ashley hacia ellos. La calavera chocó con el pecho del pelirrojo y rebotó. Cuando la primera mano reseca tocó su mejilla, Arkady vio la calavera que caía dando tumbos de un escalón a otro y se iba precipitando hacia la oscuridad.

Los gemelos se alimentaron durante dos horas. Se pegaron al cuerpo de Arkady, y cada grieta y cada poro de su piel se convirtió en una boca minúscula, un diminuto agujero chupador que se introdujo en las profundidades de los tejidos de Arkady para extraer hasta la última gota de humedad, de vitalidad y de amor que pudiera hallarse enterrado en el amargado corazón de Arkady.

Los gemelos interrumpían el proceso alimenticio de vez en cuando para estirarse el uno hacia el otro e intercambiar prolongados besos ungidos y sazonados por las entrañas de Arkady. Para ellos el sexo ya no era más que una medida temporal, un medio para obtener un fin. Las modalidades habituales del acto amoroso les parecían vacuas e insulsas. Y el alimentarse siempre resultaba muchísimo más sensual.

El gemelo pelirrojo acabó irguiéndose y bostezó. El gemelo rubio dejó de chupar y contempló a Arkady con una leve curiosidad. Los dedos de Arkady apenas eran más que huesos recubiertos de piel, pero seguían arañando débilmente el suelo de madera del descansillo al que había sido arrastrado por los gemelos. El cascarón de su cabeza aún crujía moviéndose de un lado a otro en una ciega negativa; la hoja reseca de su lengua todavía asomaba de su boca medio desmoronada buscando una gota de humedad. Ya no quedaba ni una sola gota de humedad en ningún punto del cuerpo destrozado de Arkady, y el gemelo rubio lo sabía muy bien. Pero siempre tardaban tanto tiempo en morir…

Resultaba vagamente interesante.

El gemelo pelirrojo volvió la cabeza y miró por encima de su hombro

contemplando el conjunto de habitaciones que se extendía a lo largo del pasillo.

—Arkady dijo que ahí había una chica —sugirió.

El gemelo rubio le sonrió.

—Insaciable, insaciable…

—Me da igual…

—Bueno, entonces vayamos a echar un vistazo.

Entraron de puntillas en la habitación de Steve y Fantasma y se colocaron uno a cada lado de la cama. Había un fuerte olor a sangre. Arkady no había dejado ninguna luz encendida, y la vista de los gemelos no era tan buena como sus otros sentidos, pero realmente no la necesitaban. Se inclinaron sobre la cama y respiraron profundamente yendo más allá del olor a sudor, sangre y pena de la chica, intentando captar el palpitar de la vida que seguía latiendo.

Después se miraron el uno al otro y menearon la cabeza.

—Ya sabes que esta chica pertenecía a Fantasma —dijo el gemelo rubio.

—¿A quién?

—¡A Fantasma! ¿Es que no te acuerdas de él? ¿No te acuerdas del hermoso soñador?

—¡Oh! No me cayó demasiado bien. No es de nuestra clase. Demasiado…

—¿Demasiado asexuado?

—Demasiado puro —dijo el gemelo pelirrojo, y los dos soltaron una risita.

Pero su risita murió en cuanto volvieron la mirada hacia el bulto enroscado sobre la cama. Arkady había resultado estar tan seco…

—Qué pena.

—Qué lástima. Pero tenemos que actuar.

Cuando Arkady había explicado que los gemelos eran músicos, no había sido del todo fiel a la verdad. Eran diletantes que acogían entusiasmados cualquier oportunidad de realizar casi cualquier tipo de actuación en público, y durante los últimos tiempos se habían ganado el afecto de un grupo local cuyos temas góticos no habían conseguido inflamar de entusiasmo al mundillo de clubs y locales nocturnos del Barrio Francés. La guitarrista y antigua cantante, Perla, era una joven muy hermosa de piel opalescente, montones de melena rizada y teñida de un negro azulado y ni la más mínima sospecha de cerebro dentro de la cabeza. «¡Vosotros inyectaréis un poco de vida en nuestras actuaciones!», había dicho entusiasmada.

«Y quizá tú también puedas inyectar algo de vida en nosotros», había replicado el gemelo rubio con una seriedad impecable.

Perla y los otros componentes del Sol de Medianoche habían accedido a permitir que los gemelos precedieran a su actuación durante todo el tiempo en que desearan hacerlo. Los públicos estaban fascinados, y los propietarios de los clubs les adoraban. Lo que más gustaba al grupo era que los gemelos nunca se llevaban su porcentaje de la recaudación. El dinero no les servía de nada.

Los gemelos se abrazaron al pie de la cama de Ann. Sus frágiles cabelleras se

confundieron, y sus ojos brillaron con destellos plateados detrás de las gafas de sol que seguían tapando sus ojos.

—Marchémonos después de la actuación de esta noche —murmuró el gemelo pelirrojo—. Larguémonos de esta ciudad.

—Pero Perla…

El gemelo rubio se había encaprichado de la guitarrista de cabeza hueca y cuerpo opulento.

—Podemos consumirla después. Me da igual, pero vayámonos de aquí en cuanto hayamos terminado. ¿Nos iremos, querido…? Por favor…

—Por supuesto, lo que tú quieras. Pero ¿por qué tan de repente?

El gemelo pelirrojo volvió la mirada hacia el bulto ensangrentado que yacía sobre la cama. Después fue inclinando lentamente la cabeza hacia atrás y sonrió a los ojos plateados de su hermano. Su sonrisa era perezosa, cálida y despreocupada.

—¿Es que no ves lo que le ha ocurrido? —preguntó—. ¿Dónde está la elegancia en eso? Esta ciudad no tiene ni pizca de clase.

—Sí, ya hay demasiados de esos malditos chupadores de sangre rondando por aquí.

Los dedos de Arkady seguían arañando inútilmente el suelo del descansillo. Trocitos de piel apergaminada se desprendían de él a cada leve temblor.

—Adiós, Arkady querido —dijo el gemelo pelirrojo con voz jovial.

Cuando llegaron al final de la escalera los gemelos recogieron la calavera de Ashley y se la llevaron.

31

—Creo que es aquí —dijo Steve.

Habían salido de casa de Arkady poco antes del crepúsculo, y habían estado recorriendo todos los bares de la calle Bourbon en los que no habían estado antes. Ya casi era medianoche, y avanzaban con paso algo inseguro por la calle Decatur buscando el club del que les había hablado Arkady.

Steve retrocedió, tropezó con el bordillo de la acera y alzó sus ojos vidriosos hacia un enorme cartel negro colocado sobre un par de puertas de hierro forjado. El nombre del local —PASKO'S— estaba escrito con gigantescas letras góticas que goteaban sangre de un rojo chillón, y las esquinas habían sido adornadas con un delicado motivo de telarañas. Steve entrecerró los ojos en un intento de juntar las letras que parecían ondular delante de sus pupilas.

—¿Es aquí?

—Creo que sí —dijo Fantasma, y una brisa del río que le rozó la cara hizo que se balanceara de un lado a otro. La brisa era más cálida que el aire de la noche, y olía a ostras y a perlas, a huesos y a barro oscuro. La brisa le puso nervioso y le dio sed—. Eh… Quizá deberíamos bajar por la calle hasta llegar a ese café tan grande que vimos hace un rato y tomar un poco de café antes.

—Sí, nosotros y un millón de turistas… Venga, entremos. Podemos beber unas cuantas cervezas más.

Steve abrió las puertas de un empujón y tiró de Fantasma.

El chico que se ocupaba de la puerta iba totalmente vestido de negro, lo cual no sorprendió demasiado a Fantasma. Su piel era tan pálida que brillaba bajo la luz azulada del club, y sus ojos casi quedaban tapados por manchones de grasiento maquillaje negro.

—Esta noche la entrada cuesta cinco dólares —dijo.

Fantasma hurgó en sus bolsillos. Los objetos cambiaron de posición: hojas, pétalos de rosa…, había de todo menos dinero. La sonrisa despectiva del chico se fue haciendo más marcada. Parecía Billy Idol al final de una noche larga y francamente dura. Tenía un tic en el ojo derecho que apenas resultaba visible, pero que era constante.

—Bueno, maricas, ¿vais a pagar o qué?

El tono había sido menos de malicia que de extremada indiferencia.

Steve se apoyó en la pared y extrajo un arrugado billete de diez dólares de un bolsillo. El chico se lo quitó de la mano, y movió la mano invitándoles a entrar con una cortesía exagerada hasta el punto del sarcasmo.

Apenas entraron en el club, Fantasma se dio cuenta de lo mucho que se parecía a El Tejo Sagrado de Missing Mile, y eso le sorprendió. El Tejo sólo era un local pequeño de pueblo un poco más progresista de lo que se podía considerar habitual en ese tipo de establecimientos; pero ahora estaban en un club nocturno de la gran

ciudad, en pleno corazón del Barrio Francés. Fantasma había esperado más marcha y más elegancia, quizá multitudes de noctámbulos que llevarían máscaras de gato adornadas con lentejuelas y menearían la cabeza para librarse del confetti pegado a los cabellos; pero aquí sólo parecía haber los mismos chicos que frecuentaban El Tejo Sagrado. Había muchos más, naturalmente, pero tenían los mismos ojos ribeteados por líneas oscuras, las mismas orejas adornadas y las mismas gargantas pálidas cubiertas de joyas baratas. El olor dulzón de los cigarrillos de hierbas aromáticas resultaba muy familiar, igual que las nubes de humo que giraban y se arremolinaban bajo la luz azulada.

Pero también había diferencias. En Pasko’s servían combinados. Fantasma vio misteriosos brebajes carmesíes en complicados recipientes de plástico llenos de fruta trinchada y sombrillitas de papel, y aquel local también podía presumir de tener un sistema de megafonía decente, uno al que ni siquiera Steve hubiese sido capaz de encontrar defectos. En aquellos momentos los altavoces estaban emitiendo un tema de Bauhaus a un volumen devastador. Fantasma reconoció la voz grave y gutural del cantante.

Ann solía escucharlo. Fantasma no logró recordar el nombre del cantante o cómo se llamaba aquel álbum en el que todas las canciones se iban entrelazando para contar una especie de historia de terror. Nada lo hubiese sabido. Fantasma se preguntó si Nada estaría allí aquella noche. Todos los niños se parecían mucho a él. Sus largos impermeables oscuros o chaquetas de cuero demasiado grandes envolvían sus frágiles huesos como si fueran sombras. La gran mayoría parecían terriblemente pequeños y frágiles, como si fueran a romperse igual que burbujas de jabón en cuanto los tocaras; pero en todos aquellos ojos manchados de negro acechaba una cierta dureza, un muro de cristal que tenía como objeto ocultar su terrible vulnerabilidad. «Demuéstrame qué eres capaz de hacer —decían sus ojos—. Hazme daño si te apetece. Lo he visto todo o creo haberlo visto todo, ¿y qué diferencia hay entre una cosa y otra?».

Steve ya estaba en el bar pidiendo un par de cervezas Dixie. Durante los últimos días se había encaprichado de aquella marca de cerveza, y a veces la bebía como preliminar al *whisky*. Fantasma hubiese preferido ir a uno de los colmados de la calle Bourbon que estaban abiertos durante toda la noche y comprar una botella de tinto barato, Wild Irish Rose o Night Train. Le gustaba el espesor almibarado de aquellos vinos, la forma en que fermentaban y el sabor a dulzura podrida de las uvas que se iba derritiendo sobre su lengua cuando los bebía. Le recordaban los elixires que su abuela había preparado para él hacía ya mucho tiempo: la cucharadita a la hora de acostarse, el minúsculo vasito de licor que solía estar junto a su plato durante el desayuno. «Bébete eso hasta la última gota —decía su abuela, y Fantasma no lo había olvidado—. Te quitará la tos. Ése pondrá pétalos de rosa en tus mejillas». Y había otro elixir, el que Fantasma siempre se bebía más deprisa, el que ahora sabía consistía básicamente en zumo de frutas y almíbar… «Éste impedirá que crezcas del todo, éste mantendrá vivo para siempre al niño que hay en ti…».

Zumo de frutas y almíbar.

Bueno, básicamente…

Steve venía hacia él con una botella goteante en cada mano. Fantasma alargó un brazo para coger una cerveza y sus dedos se rozaron durante una fracción de segundo. Steve le sonrió con su vieja sonrisa relajada de estar medio borracho y durante un momento fue como si volvieran a estar en El Tejo tomándose un descanso entre dos temas y pasándolo bien juntos. Durante un momento todo estaba bien y en su sitio.

Y entonces el grupo empezó a tocar.

La voz del cantante de Bauhaus se precipitó desde las alturas del éxtasis psicosexual hasta las profundidades abismales del desespero, y después la canción se interrumpió tan bruscamente como si un cáncer se hubiera apoderado de su garganta. Hubo un redoblar de tambores cuando el grupo subió al escenario, y luego se oyó el gruñido de un bajo…, y después la mismísima atmósfera del club pareció temblar y palidecer al ser rasgada por un aullido ultraterreno, que helaba la sangre, surgido de dos gargantas torturadas.

Steve y Fantasma estaban cerca de la parte de atrás del club y no podían ver el escenario. Cuando oyeron el aullido que había vibrado a través de las capas de humo abriéndose paso a través de los huesos de marfil de todos los niños y de las paredes pintadas con rociadores del club, Steve y Fantasma se miraron el uno al otro. Cuando la primera frase de la primera canción llegó susurrando por la atmósfera saturada de humo, la multitud onduló a un lado y a otro separándose en dos masas de cuerpos. Ahora había un camino despejado que llegaba hasta el escenario, y Fantasma por fin pudo echar su primer vistazo a los amantes de Ashley…, a los gemelos que habían sido amantes de Ashley.

Sintió que sus nervios se tensaban hasta quedar tan rígidos como alambres. La botella de cerveza se escurrió de entre sus dedos y cayó al suelo pegajoso dejando escapar un chorro de espuma. Fue vagamente consciente de la humedad que iba impregnando sus playeras, y de que Steve le miraba fijamente mientras murmuraba «¿Qué coño…?» y se inclinaba para rescatar la botella de Dixie antes de que se saliera todo la cerveza. Deseó extender el brazo y agarrar a Steve por la muñeca…, para advertirle, para obtener un poco de protección, quizá solamente para disfrutar de una sensación tan simple como la de una piel cálida y familiar debajo de sus dedos.

Pero no podía moverse. Lo único que podía hacer era seguir contemplando a las dos siluetas que se alzaban sobre el escenario, y mirar sus labios mientras empezaban a susurrar en sus micrófonos.

—Morir es fácil y no duele…

No habían cambiado mucho desde aquella noche en lo alto de la colina cerca de Roxboro, desde la noche en que Fantasma había soñado con ellos. La única diferencia era las gafas de sol que llevaban incluso aquí, en este club sumido en la penumbra, en esta atmósfera tan cargada de humo que parecía nata azulada. Aparte de eso, el único cambio era que parecían mucho más hermosos que en su sueño, más llenos de energía

y vitalidad que cuando se le habían aparecido en lo alto de la colina.

Ya no tenían aquel aspecto reseco y frágil. Su piel ya no parecía estar a punto de desprenderse de sus huesos al más mínimo roce. Esta noche sus labios brillaban con destellos rojos y púrpuras, y el interior de sus bocas era una fruta madura de color rosado. Su piel tenía la blanca lisura de las almendras, y sus sedas de colores ondulaban alrededor de sus cuerpos. Los gemelos se agarraron el uno al otro con aquellas manos de huesos delgados como los de un pájaro y unieron sus mejillas hundidas. Sus cabelleras se entrelazaron, largos mechones de rojo rubí y rubio blanquecino, dos hogueras que se confunden y se alimentan la una a la otra.

Cuando la canción de los gemelos rozó a Fantasma creyó que también podía captar su olor, aquel aroma embriagador a incienso perfumado con fresas, cigarrillos de hierbas aromáticas, vino, sangre y lluvia, y el sudor de la pasión. Todas las cosas que habían amado cuando estaban vivos, las cosas que habían tirado de ellos arrastrándoles hasta las profundidades y que habían ido desprendiendo la delicada carne blanca de sus huesos, las cosas que eran su sustento ahora. Incienso y especias, vino y sangre, sexo y lluvia…, y la esencia de otras vidas chupada y absorbida para saturar sus frágiles tejidos, para restaurar sus energías.

Y los gemelos le susurraron su canción.

La muerte es oscura, la muerte es dulce.
La muerte es la belleza eterna…,
un amante con mil lenguas…,
un millar de caricias de insecto…
Morir es fácil y no duele.
Morir es fácil y no duele…
MORIR ES FÁCIL Y NO DUELE… MORIR ES FÁCIL Y NO DUELE.
MORIR… ESSSSSSS… FÁCIL… Y… NO… DUEEEEEEEEELE.

La clientela del club ya debía haber visto actuar a los gemelos con anterioridad, y debía haber escuchado muchas veces aquella canción susurrante. Los niños empezaron a corear el estribillo.

«Morir es fácil y no duele», gimotearon.

Una chica alzó los brazos cerca de Fantasma y empezó a ondular de un lado a otro. Llevaba un sombrerito negro con un velo maltrecho que colgaba sobre su cara: un sombrero de luto. A su lado un chico envuelto en mallas negras y cuero —un chico que tendría la edad de Nada— se rodeó a sí mismo con sus flacos brazos. Fantasma vio el brillo de las lágrimas sobre aquel rostro de huesos finos y delicados.

«Morir es fácil y no duele», susurraron los niños, y Fantasma cerró los ojos, pero no podía impedir que sus mentes rozaran la suya. Sabía que creían aquellas palabras. ¿Qué otra razón podían tener para envolverse en las prendas negras del entierro y el

luto, qué otra razón podía haber para que sus delgadas muñecas estuvieran adornadas con dibujos hechos a navaja tan delicados como telarañas?

¿Por qué si no iban a escoger los cementerios para sus diversiones, matarse de hambre y después matar su hambre con cigarrillos, engullir sus bebidas y tragar sus drogas exóticas con el mismo entusiasmo de un niño al que se le da permiso para hacer lo que quiera en una tienda de golosinas y caramelos?

¿Por qué, si no, amaban tanto a los vampiros?

Si Arkady había dicho la verdad, los gemelos eran vampiros de una especie distinta. No vivían de sangre, como Zillah y su pareja de matones fanáticos de los chupachups, como Christian y Nada. Aquellos vampiros sorbían vidas. Habían sorbido la vida de Ashley Raventon hasta el último átomo, o eso había sugerido Arkady. Habían convertido a Ashley en un cascarón reseco, un esqueleto envuelto en piel marchita al que sólo le quedaba la escasa fuerza necesaria para terminar lo que ellos habían empezado. Fantasma podía ver el cuerpo reseco suspendido en el campanario, la momia que giraba lentamente sobre sí misma.

Los gemelos habían empezado a compartir un micrófono y sus labios lo rozaban con tanta sensualidad como en una felación, provocando a la multitud con su narcisismo erótico. Las manos de cada gemelo se hundían en la cabellera del otro, sus labios carnosos casi se tocaban. El resto del grupo quedaba oscurecido, perdido entre las sombras, y todos los ojos se mantenían clavados en los gemelos.

Y de repente la llama de la sospecha ardió y consiguió abrirse paso a través de la nube de embriaguez que se había adueñado del cerebro de Fantasma. ¿Por qué parecían tan opulentos aquella noche? ¿Por qué brillaban sus labios con un resplandor tan húmedo, por qué sus cabelleras resplandecientes se retorcían y se entrelazaban envueltas en la vida de mil colores distintos? ¿Qué habían encontrado para saciarse antes de la actuación?

El gemelo pelirrojo sostenía una calavera en las manos. La alzó ante él y la fue haciendo girar lentamente permitiendo que los haces de colores de los focos del escenario se deslizaran sobre la superficie marfileña. Las cuencas de los ojos capturaron dos rayos de luz dorada, y una ondulación de puro placer recorrió a la multitud. Después todas las luces se apagaron salvo aquellas que iluminaban la esfera de hueso, y la calavera quedó flotando encima del escenario, suspendida en la oscuridad, girando lentamente sobre sí misma.

Y Fantasma creyó reconocerla.

¿Habrían vuelto los gemelos a la tienda aquella noche?

Y si lo habían hecho, ¿quién estaba cuidando de Ann?

Steve estaba contemplando al grupo y al público. Parecía fascinado, eso suponiendo que no estuviera disfrutando del espectáculo. Fantasma le agarró por el codo. Steve osciló un poco al volverse hacia él. Fantasma no sabía cómo se las había arreglado, pero parecía haber bebido bastante más que él. Steve puso los ojos en blanco.

—Nunca tendríamos que haber confiado en los gustos musicales de Arkady. Bueno, ¿ya has oído suficiente basura gótica por esta noche? ¿Quieres que busquemos algún bar agradable?

—No —dijo Fantasma, y aumentó la presión que sus dedos ejercían sobre el brazo de Steve—. Escucha, creo que será mejor que volvamos a la tienda de Arkady… Creo que quizá algo ande mal.

En cualquier otro momento la mirada que le lanzó Steve le habría resultado terriblemente dolorosa, pero Fantasma no tenía tiempo para preocuparse por sí mismo. Se limitó a devolverle la mirada sin pestañear y Steve acabó bajando la vista.

—De acuerdo —murmuró—. Lo que tú digas, tío.

—¡Morir es fácil y no duele! —gritó a la cara de Steve un chico con manchones de carmín rojo esparcidos alrededor de los labios.

Steve le apartó de un empujón y siguió avanzando hacia la puerta. El chico retrocedió tambaleándose, tan flacidamente borracho como una muñeca de trapo, y acabó derramando su combinado exótico sobre su amiga. El cigarrillo de la amiga se apagó con un chisporroteo húmedo.

Steve no les prestó ninguna atención. Mantenía la mirada clavada en la nuca de Fantasma, en los cabellos de un rubio blanquecino que se desparramaban sobre el cuello de la chaqueta del ejército de Fantasma. Durante un segundo —sólo durante un segundo—, Steve sintió el deseo de agarrar un puñado de aquellos cabellos sedosos, sucios y enredados y tirar de ellos con todas sus fuerzas. Después se metió las manos en los bolsillos de sus tejanos.

No por primera vez y seguramente no por última, Steve descubrió que estaba deseando poder meter las manos dentro del cráneo de Fantasma y sacar la magia a tirones. Deseó poder aplastarla bajo el tacón de su bota hasta dejarla esparcida sobre aquel suelo lleno de pegajosas manchas de cerveza. Había estado ocupándose tranquilamente de sus propios asuntos, lo bastante borracho como para disfrutar de aquella música estúpida con una cerveza en cada mano, y durante un par de horas había conseguido olvidarse de Ann y de todo lo demás: y ahora tenían que salir disparados en alguna misión urgente que sólo podía significar más dolor y más problemas. Los pensamientos de Fantasma rozaron la mente de Steve. El miedo de Fantasma estuvo dentro de él, y durante un segundo Steve odió a Fantasma. Si Fantasma realmente tenía un ojo resplandeciente en el corazón tal como decía Arkady, Steve deseó poder arrancarlo y cerrarlo para siempre.

—Que pasen una buena noche —les despidió el portero con sarcasmo maligno cuando salieron del club.

Steve se calmó un poco en cuanto el fresco aire nocturno rozó su cara. Qué locuras tan extrañas había estado pensando… ¿Qué era lo que más le gustaba de Fantasma? ¿Qué era lo que siempre había amado de Fantasma? Precisamente la magia…, esa magia increíble, ilógica e irritante.

—Lo siento —dijo tropezando con Fantasma y abrazándole.

Durante un momento más estuvieron a salvo y no tuvieron necesidad de sentir ningún dolor. Ninguno de los dos quería moverse.

Pero Fantasma acabó apartándose, cogió a Steve del brazo y tiró de él.

—Venga —dijo—. Tenemos que volver.

Steve sabía que había más problemas esperándoles, más cabronadas estúpidas y más agonía; pero no podía odiar a Fantasma…, no, eso era total y absolutamente imposible. Siguió a su mejor amigo —quizá su único amigo— a través del laberinto de calles y callejones que llevaban a la tienda de Arkady, y el viento que acarició su cabello llegaba del río y olía a ostras y a perlas, a barro húmedo y a huesos de niños.

—Me estoy muriendo —gimió Molochai.

Había manchas de sangre fresca esparcidas por el suelo a su alrededor.

—Yo ya me he muerto —dijo Twig—. Soy un zombi. Quiero comerme tus SESOS…

Se lanzó sobre Molochai y cerró los labios sobre un mechón de cabellos. Molochai empezó a toser y jadear, y un momento después vomitó un interminable chorro de sangre, parte del cual cayó sobre la chaqueta de Twig. Los dos cayeron al suelo.

—Otra vez no…

—No puedo evitarlo…

—¡CALLAROS! —aulló Zillah.

La habitación quedó sumida en un silencio absoluto salvo por las náuseas casi inaudibles de Molochai y Twig. Cuando se presentaron las primeras señales de la enfermedad, Zillah se había derrumbado en un rincón dominado por temblores incontrolables. No permitía que nadie se acercara a él, y nadie quería acercársele.

Nada yacía sobre la cama con todo el cuerpo recubierto por un sudor helado. El lado del colchón sobre el que había vomitado estaba manchado por un trazado de hilillos carmesíes.

Christian permanecía inmóvil delante de la ventana. Tenía la espalda rígida, y el rostro fruncido en una mueca de profundo disgusto. La persiana estaba bajada. Cuando intentó subirla, los otros gritaron quejumbrosamente al sentir la débil claridad procedente de las farolas de gas de abajo que se filtraba por los cristales sucios.

—¿Es que ninguno de vosotros tiene el más mínimo sentido del olfato? —preguntó Christian cuando los últimos jadeos y náuseas se hubieron calmado por fin.

Nadie replicó.

—¿Es que ninguno de vosotros tiene el más mínimo sentido del gusto?

Tampoco obtuvo respuesta.

—Porque si su cáncer estaba lo suficientemente avanzado como para que todos os hayáis puesto tan enfermos, Wallace Creech debía de apestar igual que una tumba reciente. ¿O acaso teníais tantas ganas de cobraros una presa…, en nuestro callejón y precisamente debajo de nuestra ventana…, que no prestasteis atención a las mismas cosas que os proporcionan vuestro poder? ¿ACASO ESTÁIS TODOS LOCOS?

Los ojos enfurecidos de Christian recorrieron la habitación durante un momento, y después le dio la espalda para volverse de nuevo hacia la ventana como si ya conociera la respuesta a la pregunta que acababa de formular.

La voz de Nada llegó hasta él como una oscilación temblorosa nacida en la oscuridad.

—¿Nos vamos a morir?

Christian soltó un bufido.

—No. Vais a… ¿Qué palabras emplearíais vosotros? Sí, vais a echar las tripas por la boca hasta que no os quede nada dentro. Durante unas veinticuatro horas más o menos… Después estaréis débiles y agotados durante veinticuatro horas más. Básicamente, podría decirse que sufrís una intoxicación alimenticia. Una forma estupenda de pasar tu primera noche en el Barrio Francés, ¿verdad?

—Estás tan asquerosamente seguro de ti mismo —siseó Zillah—. Pero ¿qué ocurre cuando bebes nuestros venenos? ¡Un doble de *chartreuse* y estarías tan fuera de combate como nosotros!

—Sí. —Christian permitió que sus labios se curvaran en una débil sonrisa helada —. Pero soy lo bastante inteligente como para no beberme un doble de *chartreuse*.

Se acordó de una ocasión en que no se había comportado con esa inteligencia que acababa de proclamar y una punzada de dolor fantasma recorrió todo su cuerpo. Si realmente lo estaban pasando tan mal merecían un poco más de simpatía y compasión, ¿no? Después de todo. Christian suponía que habían creído estar haciéndole un favor.

Pero Zillah no quería simpatía ni compasión. Logró erguirse sobre los codos y fulminó a Christian con la mirada. Sus ojos desprendían un fuego verde claramente visible desde el otro extremo de la habitación.

—Ah, ¿sí? —susurró—. ¿Eso crees? Bueno, ¿sabes qué es lo que creo yo? Creo que si tenemos que estar enfermos, entonces tú también deberías estarlo.

Christian tardó unos momentos en responder.

—¿Qué quieres decir? —preguntó por fin con voz recelosa.

—Quiero decir que…, que quizá deberías tomar un traguito, Chrissy.

Molochai soltó una risita.

—Toma un traguito, Chrissy.

Twig se unió al coro.

—Toma un traguito…, Chrissy, toma un traguito —canturreó.

Sus voces se persiguieron alrededor de la habitación. Sólo Nada guardó silencio. El chico yacía totalmente inmóvil bajo las sábanas manchadas de rojo. Christian podía ver la sombra de sus costillas bajo la blancura de la piel.

—No podéis obligarme —dijo Christian, pero un chorrito de miedo helado se deslizó por su columna vertebral.

—Veinticuatro horas echando las tripas por la boca —dijo Zillah con voz pensativa—, y después veinticuatro horas más hasta que nos hayamos recuperado. Podríamos estar en la carretera a la noche siguiente, y la camioneta tiene el depósito de gasolina lleno. Twig tiene las llaves.

—No hay *chartreuse* —balbuceó Christian.

Zillah movió lánguidamente una mano.

—En tu bolsa de viaje. En el armario, el estante de arriba del todo… Tres botellas.

Después se dobló sobre sí mismo, tosió y vomitó un chorro de sangre que cayó formando una cascada sobre su mentón y se fue deslizando lentamente hasta el suelo. Cuando volvió a erguirse, el rostro de Zillah estaba tan sereno como de costumbre.

—Toma un traguito, Chrissy —dijo en un tono que casi sonaba indiferente y despreocupado.

¿Sería capaz de vivir con todo aquello, con Zillah amenazándole continuamente, haciendo bailotar el espectro constante de la soledad encima de su cabeza? Christian consideró las alternativas. Si se marchaban no sólo les perdería a ellos, sino que también perdería a Nada. La mera idea de no volver a ver nunca aquel rostro frágil y maravilloso hizo que se le encogiera el corazón. Sus únicos momentos de amor serían los que pasara al lado de los niños, devolviendo las caricias que le hicieran con las suyas antes de que desgarrara sus pálidos cuellos para robarles la vida.

Christian no sabía si sería capaz de vivir con los amigos de Zillah, pero sabía que sería totalmente incapaz de volver a vivir solo. Fue hacia el armario moviéndose despacio y con todo el cuerpo entumecido, como si estuviera atrapado en un sueño del que esperase despertar pronto.

—No me obligues a hacer esto —dijo cuando tuvo la botella en la mano.

Habló con voz firme y tranquila, pero las palabras eran una súplica nacida de la desesperación.

Zillah se limitó a contemplarle en silencio. Sus ojos seguían ardiendo, y el aliento pasaba a través de sus dientes en un siseo ronco y entrecortado impregnado de dolor.

—Toma un traguito, Chrissy —dijo.

El primer chorro de líquido bajó dejando tras de sí un reguero de agonía verde.

Y después Zillah le obligó a tomar otro trago.

Y luego otro.

33

Cuando llegaron a la tienda de Arkady, Steve ya estaba corriendo a la máxima velocidad de que era capaz. Fantasma se quedó sin aliento intentando que no le dejara atrás. Gotas de sudor helado salían despedidas de sus rostros y reflejaban la luz de las farolas. Fantasma se lamió los labios y sintió el sabor de la sal. El sudor que cubría el pelo de Steve centelleaba como si su cabellera fuese un millón de diamantes diminutos.

—Deprisa —jadeó Steve cuando entraron en el callejón—. Tú tienes la llave…

Fantasma luchó torpemente con la llave que Arkady le había dado, consciente de que Steve estaba detrás de él y que deseaba arrancársela de las manos. La puerta acabó girando sobre sus goznes. La tienda estaba muy fría. Había otro olor oculto bajo los olores de las hierbas, las velas y el incienso, el olor de algo reseco que estaba a punto de desmoronarse y convertirse en polvo. «El olor de la momia —pensó Fantasma—. Así es como huelen las momias…». Fantasma nunca había visto una momia, pero su abuela había contemplado un montón de momias una vez que había visitado un museo. «Estaban dentro de una caja de cristal —le había contado—. No podías olerlas, pero sabías qué olor tendrían…, como especias que llevan demasiado tiempo guardadas dentro de una jarra, como harapos que se han pasado mil años colgados a secar…».

La cera negra y rosa de las velas se había derretido sobre el lienzo de terciopelo del altar. Steve subió por la escalera saltando los peldaños de tres en tres y apartó de una patada un montón de trapos viejos caído sobre el último peldaño. Fantasma le siguió lentamente. Había un aura horrible en la tienda, una sensación de inmovilidad y silencio, de que allí dentro no quedaba nada con vida. Fantasma no quería subir al piso de arriba, pero sabía que tenía que hacerlo.

Cuando llegó a lo alto de la escalera empujó el montón de trapos viejos con la punta de su playera. El bulto rodó sobre sí mismo y contempló a Fantasma, labios tensados sobre dientes que parecían teclas de marfil. Un hilillo casi invisible de sangre medio seca brotó de la cuenca desgarrada del ojo derecho. Arkady debía haber utilizado sus últimas energías para extraer el cuchillo de entre los pliegues de su túnica y clavárselo en la cuenca del ojo. Fantasma había visto el cuchillo sobre la mesilla de noche de Arkady, un objeto esbelto y de aspecto letal con un mango enjoyado y una hoja levemente curvada de veinticinco centímetros de longitud. Las manos de Arkady seguían tensas alrededor de la empuñadura, y Fantasma pudo ver el destello de las piedras preciosas por entre aquellos dedos que parecían ramitas para encender la chimenea.

La bota de Steve había abierto un agujero bastante grande en la frágil y quebradiza caja torácica de Arkady. Dentro de la cavidad corporal los órganos marchitos colgaban como odres vacíos de un color gris amarronado, y ya empezaban a quedar cubiertos por una fina capa de polvo. «Cómo debían amar los gemelos a

Arkady —pensó Fantasma—, cuántas noches de pasión enloquecida debió pasar a su lado para que fueran capaces de chuparle la vida hasta dejarle así de seco…». ¿Cómo era posible que aquel montón de tejidos marchitos hubiera vivido el tiempo suficiente para hundir un cuchillo dentro de su propio ojo?

Pero el cuchillo sobresalía de la cuenca como un mudo testimonio de que había conseguido hacerlo. Fantasma apartó con lenta delicadeza los frágiles dedos de Arkady de la empuñadura, extrajo la hoja del ojo de Arkady e intentó alisar la túnica blanca alrededor del cuerpecito reseco. Después cerró los párpados marchitos de Arkady con toda la cautela de que fue capaz, pero aún así se desmenuzaron debajo de sus dedos.

Y luego se obligó a ir al dormitorio.

La luz estaba tan muerta y desprovista de matices como la un tubo de neón, aunque no era más que la luz de la luna que entraba por la ventana. Steve se había sentado al borde de la cama. A su lado había un bulto tapado por sábanas ensangrentadas. El rostro de Steve se había vuelto espantosa e increíblemente blanco, y sus manos estaban cubiertas por una gruesa capa de sangre. Mientras Fantasma le observaba, Steve deslizó sus dedos a través de sus cabellos, manchándolos y dejando franjas rojas sobre su frente.

—Está muerta —dijo.

—¿Estás seguro?

Steve dejó escapar la risa más desesperada que Fantasma había oído en toda su existencia.

—Oh, sí, estoy seguro. Anda, ven y echa un buen vistazo… ¿Por qué no lo haces?

Fantasma dio un paso hacia la cama, y Steve apartó las sábanas de un manotazo.

Ann yacía de lado, con el cuerpo retorcido en una postura tan incómoda y antinatural que resultaba difícil contemplarlo sin sentir un escalofrío. Su cuello se tensaba hacia atrás, y su rostro era una mueca de dolor. Hilillos de sangre coagulada bajaban de las comisuras de sus labios. Tenía las manos metidas entre las piernas estiradas, como si se hubiera estado arañando a sí misma. Una capa de sangre viscosa cubría sus brazos hasta los codos como un par de guantes rojos. Casi todos los vendajes habían sido apartados, o Ann se los había arrancado; y ahora yacían junto a la cama en un montón empapado. La sábana que había debajo de las caderas de Ann era una pesadilla de sangre negra. Había sangrado tanto que la sábana y el colchón no fueron capaces de absorber toda la hemorragia y el sobrante se había acumulado en las arrugas y depresiones de las ropas de la cama, recubriéndolas con una lámina de líquido seco tan espesa y oscura como la mermelada de ciruelas.

Entre las manos de Ann, medio incrustado en un glóbulo de sangre gelatinosa, Fantasma vio una silueta blanquecina que no era mucho mayor que un frijol: el puntito de un ojo, la burbuja venosa de un cráneo, deditos minúsculos que parecían los pétalos de una anémona de mar… Fantasma desvió la mirada.

«Las cuatro de la madrugada son el momento en el que mueren todos mis

sueños», le había dicho Ann. Ahora para ella siempre serían las cuatro de la madrugada; y nada podría ayudarla a salir con bien de aquella noche, la última y la más larga de todas las noches.

—¿Sabes una cosa? —Steve volvió a reír y echó hacia atrás su cabellera ensangrentada—. Hay sangre hasta en los globos de sus ojos. ¿Cómo coño es posible que la sangre llegara hasta los globos de sus ojos? ¿Qué le dio a beber? ¿Qué le dimos a beber…?

Su mirada extraviada recorrió velozmente la habitación, las paredes polvorientas y el techo lleno de telarañas. Sus ojos se encontraron con los de Fantasma, pero no había ni la más mínima señal de reconocimiento en su mirada vacía. Un estremecimiento muy prolongado se deslizó por todo su cuerpo.

Después Steve pareció recobrar un poco la calma mediante un inmenso esfuerzo de voluntad. Sus ojos ya no estaban vacíos e inexpresivos; ahora brillaban con el resplandor vidrioso del alcohol y de una decisión que no podía traerle nada de bueno.

—Voy a matarles —dijo—. Encontraste a Ann, y puedes averiguar dónde viven. Me llevarás allí, y me ayudarás a acabar con todos ellos…

Fantasma tuvo que humedecerse los labios antes de poder responder.

—No quiero matar a nadie —dijo.

—Ah, ¿no? —Los labios de Steve volvieron a curvarse en aquella sonrisa feroz —. Bueno, ¿entonces qué haces con eso en la mano?

Fantasma bajó la mirada hacia sus dedos. Estaba empuñando el cuchillo enjoyado de Arkady. La fría luz del neón hacía que la esbelta hoja curva brillara con reflejos deslumbrantes.

Fantasma volvió a alzar la mirada hacia Steve, y meneó lentamente la cabeza.

—¡Pues entonces que te jodan!

Steve se levantó de un salto, salió corriendo al descansillo y fue hacia la escalera. Fantasma se dispuso a seguirle.

Pero antes de llegar a la puerta giró sobre sí mismo y sacó un pañuelo de uno de sus bolsillos. Sujetó la cabeza del feto entre el índice y el pulgar moviéndose deprisa y procurando no pensar en lo que estaba haciendo, y lo extrajo de la masa de sangre congelada. El dorso de su mano rozó la parte interior del muslo de Ann. La sangre seca hacía que la carne pareciese haber quedado cubierta de escamitas.

El cráneo diminuto todavía estaba caliente, y la piel pegajosa pareció retorcerse durante un momento bajo sus dedos; pero en realidad era su mano la que temblaba. Envolvió el feto en su pañuelo y se guardó el bulto diminuto en su bolsillo.

En el descansillo Steve agarró el marchito cadáver de Arkady por los pliegues delanteros de la túnica y lo estrelló contra la pared. El frágil cráneo quedó hecho añicos. Una nube de polvillo brotó de la cavidad, se esparció sobre las manos de Steve y se mezcló con la sangre de Ann.

—¿Qué le hiciste? —le gritó Steve a aquel rostro destrozado—. ¿Qué era ese brebaje? ¿Desatascador de lavabos? ¿Por qué confiamos en ti?

Dio una patada al cadáver y lo arrojó escalera abajo. Cuando llegó al fondo se desmoronó, y la túnica blanca acabó quedando inmóvil sobre un montoncito de polvo y huesos astillados. Steve empezó a bajar la escalera.

Fantasma echó a correr detrás de él e intentó detenerle, pero Steve ya había empezado a ir y venir por la tienda hecho una furia. Pateó el altar de Arkady y el altar se derrumbó, revelando que la calavera de Ashley no estaba en su sitio. Arrancó la cortina de abalorios. Esferitas de plástico reluciente saltaron y se deslizaron sobre el suelo. Steve barrió los estantes con las manos derribando hileras de botellas y cajas. Extraños olores acres brotaron de las sustancias derramadas.

—Cabrón —murmuró Steve con voz abatida—. Maldito cabrón de mierda…

Podría haber estado hablando de Dios, de Arkady o de él mismo. Se quedó inmóvil con los pies muy separados y los ojos moviéndose locamente en las órbitas buscando algo más que destruir, algo cuyos fragmentos rotos pudieran volver a unirse por arte de magia formando una Ann viva e intacta. Después arrancó el cuchillo de la mano de Fantasma y lo alzó por encima de su cabeza.

Fantasma comprendió con toda claridad lo que Steve pretendía hacer a continuación: dejaría caer la pesada empuñadura del cuchillo sobre el mostrador de cristal dentro del que estaban expuestos los cuencos y frasquitos de Arkady. Varias decenas de kilos de cristal que se hacen añicos de repente pueden atraer la atención aunque eso ocurra en un callejón del Barrio Francés a altas horas de la noche, y con Ann yaciendo en un charco de su propia sangre en el piso de arriba y el propietario del local convertido en polvo y trozos de hueso en el cuarto de atrás, estaba muy claro que en aquellos momentos no era nada conveniente atraer la atención de ninguna forma.

—No hagas eso —dijo Fantasma, y agarró a Steve por el brazo.

Steve giró sobre sí mismo para encararse con él. Durante un momento Fantasma pensó que Steve haría bajar el cuchillo sobre su rostro; pero Steve se limitó a permanecer inmóvil en aquella postura de ataque con los músculos del brazo temblando incontrolablemente.

—Oye, no fue culpa tuya —dijo Fantasma con toda la calma de que era capaz—. Ni siquiera fue culpa de Arkady… Ann hizo su propia elección.

«Estaba embrujada», pensó, pero decírselo no ayudaría en nada a Steve.

Los labios de Steve se movieron sin emitir ningún sonido. Sus ojos estaban enrojecidos y llenos de desesperación…, pero su mano fue bajando el cuchillo muy poco a poco. En aquel momento y a pesar de las manchas oscuras de sangre que había en su frente y de las líneas de cansancio que, enmarcaban su boca como un paréntesis, el rostro de Steve parecía más joven y vulnerable que nunca. Era el rostro del niño de once años al que Fantasma había conocido en otro tiempo, el niño que anhelaba desesperadamente creer en lo que Fantasma le estaba diciendo y que quería confiar en Fantasma, pero no se sentía del todo capaz de hacerlo.

—¿No crees que yo tuviera la culpa? —preguntó Steve por fin.

—Nunca tuviste la culpa de nada, maldita sea.

—¿Y Arkady tampoco tuvo la culpa? ¿No crees que murió a causa del veneno que le hicimos beber?

—Steve, habría muerto de todas maneras… Arkady nos explicó que no podía someterse a un aborto, y el bebé la habría matado. No fue culpa nuestra… Nada de cuanto hubiésemos podido hacer la habría ayudado en lo más mínimo.

—Fueron los vampiros. —Steve habló en voz baja y suave, pero la rabia y el dolor hervían debajo de aquella delgada capa de calma superficial—. Sí. Son vampiros… ¿Y qué importa que sean vampiros? ¿Qué quiere decir eso, que pueden venir al pueblo cuando les dé la gana, joderme la vida y marcharse luego a otro sitio para seguir divirtiéndose? Yo sólito ya me estaba jodiendo la vida a la perfección sin ayuda de nadie… No necesitaba a los vampiros. Ann no necesitaba a los vampiros. Aún la amo… Yo habría… Yo habría…

—Sé que lo habrías hecho.

—Pero ahora no puedo. —Steve extendió las manos delante de su pecho—. Ya no hay más elecciones. Todo lo que he querido, todo lo que ella llegó a querer alguna vez… Ahora ya nada de todo eso puede ocurrir. ¿Y por qué? ¿Porque un vampiro estaba cachondo? —Sopesó el cuchillo—. No. Esto no se va a quedar así… Tú puedes dar con ellos, Fantasma. Tú puedes llevarme hasta su guarida.

»Y después reventaré unos cuantos culos de vampiro…

Christian abrió la puerta del cuarto de baño empujándola con una mano tan tensa que parecía una garra, y fue avanzando a tientas a lo largo del pasillo. Su excelente visión nocturna no podía ayudarle ahora porque había cerrado los ojos en un intento de mantener a raya al dolor, pero el dolor volvió de nuevo y se adueñó de todo su ser, una náusea verdosa que parecía estar convirtiendo sus entrañas en un tapiz de encajes ensangrentados, un vértigo insoportable que aferraba el núcleo más blando y delicado de Christian en su puño y lo apretaba implacablemente.

Ya había hecho dos veces el trayecto hasta el cuarto de baño. Su puntilloso sentido del orden y de la limpieza no le permitía vomitar sobre el suelo tal como estaban haciendo los otros, aunque ahora Christian se encontraba mucho más enfermo que cualquiera de ellos con la posible excepción de Nada.

Christian se maldijo a sí mismo. «Estúpido, estúpido…, te has dejado engañar por los trucos de Zillah y estás intentando comprar su amor. Nunca podrás ser como ellos. Son jóvenes, fuertes y salvajes… Para ellos la sangre no es más que otro de los caminos que llevan a la gratificación y a la embriaguez. Eres viejo, y para ti la sangre es la mismísima vida…».

Pero cuando el *chartreuse* bajó por su garganta como una llamarada, Christian había tenido la sensación de estar bebiendo aquellos ojos, y había sido como si estuviese apurando los ojos de Zillah. Zillah le había obligado a beberse la mitad de

la botella. Molochai y Twig le habían animado burlonamente entre vómito y vómito. Nada había yacido en silencio con los ojos entrecerrados y el cuerpo perlado por un sudor helado.

Christian cerró la puerta, cruzó la habitación tambaleándose y se derrumbó sobre la cama al lado de Nada. No oyó arcadas ni gemidos. Todos parecían estar dormidos. La intensidad calcinante de la llamarada de dolor verde disminuyó un poco. Christian abrió los ojos y contempló el delicado dibujo de las marcas que el agua había dejado en el techo, y fue siguiendo sus líneas mientras se preguntaba si formaban mapas que alguien podría recorrer. Se preguntó si formaban el mapa que había traído a Christian, a Nada y a los demás a este lugar, a esta ciudad, a esta habitación.

Sus ojos no tardaron en cerrarse, y Christian se sumió en un sopor oscuro y carente de sueños.

Fantasma guió a Steve a lo largo de la calle Chartres con los pies doloridos de tanto correr y el corazón a punto de reventar porque no le quedaba espacio en el que ir guardando la pena de Steve y la suya propia. Steve había deslizado el cuchillo bajo la cinturilla de sus tejanos, y el mango enjoyado asomaba obscenamente por encima.

Fantasma estaba casi seguro de saber dónde se encontraban Nada y los demás. No hacía falta tener poderes psíquicos para utilizar la guía de teléfonos, y el teléfono y la dirección del bar de Christian seguían figurando en ella. «Pero ¿cómo sabes lo del bar, esas noches de hace tanto tiempo cuando estaba vacío incluso durante el carnaval? ¿Cómo te has enterado de que arriba del bar hay una habitación en la que una chica dio a luz su propia muerte?». Eran preguntas que sería mejor formular en sueños, y Fantasma permitió que sus pies le fueran guiando.

No tendría que haber estado llevando a Steve a aquella misión estúpida y temeraria, no tendría que estar permitiendo que los dos se pusieran en peligro. Lo que debía hacer era conducirle hasta un callejón sin salida, una habitación vacía en alguna parte —o a un bar—, pero Steve ya había aguantado suficientes cabronadas aquella noche. Una parte diminuta del ser de Fantasma se rebelaba ante la idea de mentirle, y de todas formas lo más seguro era que los vampiros hubieran salido a emborracharse. Steve podría subir la escalera y golpear la puerta con los puños hasta que comprendiese que la habitación estaba vacía, y después ya no habría ninguna razón para quedarse allí.

Steve vio el ventanal clausurado con tablones, la sucia puerta con el letrero descolorido encima de ella en el que todavía se podía leer CHRISTIAN’S. Al lado había una puerta más pequeña que estaba abierta, y una escalera de caracol muy larga que ascendía hacia la oscuridad.

—¿Es aquí?

Steve no aguardó una respuesta. La verdad brillaba en los ojos de Fantasma. Puso una mano sobre la empuñadura enjoyada y empezó a subir.

Hacia la mitad de la escalera la oscuridad adquirió una repentina tangibilidad casi aterciopelada, como si Fantasma pudiera acariciarla con las manos. Podía oír a Steve subiendo a tientas por encima de él, golpeándose la cabeza con las paredes, tambaleándose al resbalar en un peldaño y, por fin, haciendo mucho ruido cuando acabó llegando al descansillo. Allí arriba había un poco de luz tenue y acuosa, como si la claridad de la luna entrara a través de un agujero invisible en el techo.

—¿Esta puerta? —preguntó Steve.

Había tres puertas.

—Sí, pero…

Fantasma contempló la puerta. Había pensado que la habitación estaría vacía, pero la sensación que producía en su mente no era de vacío.

Steve hizo girar el picaporte y pateó salvajemente la puerta con la puntera de su bota. La puerta giró sobre sus bisagras, y antes de que Fantasma pudiera reaccionar Steve ya había entrado en la habitación.

El apartamento estaba todavía más oscuro. Steve no pudo ver la cama ni las dos sombras que eran sus ocupantes hasta que estuvo casi encima de ellas. Sus rodillas chocaron con el borde del colchón, y estuvo a punto de perder el equilibrio. Lo único que le permitió conservar la vertical fue la idea de que iba a caer sobre una cama en la que había dos vampiros.

La habitación apestaba a sangre y a vómitos. El estómago de Steve se tensó, y toda la cerveza que había bebido antes amenazó con desfilar hasta su boca para volver a saludarla; pero Steve ya se encontraba más allá del mareo y las náuseas. También había otro olor, un olor a hierbas y alcohol. Steve se dio cuenta de que emanaba de una de las siluetas acostadas sobre la cama. El olor impregnaba su aliento.

Sacó el cuchillo. El peso de la empuñadura en su mano resultaba agradable y le proporcionaba una sensación de control y seguridad en sí mismo. La hoja se abriría paso limpiamente hasta el corazón de aquel hijo de puta —sangre a cambio de la sangre de Ann—, y después Steve seguiría cortando y desgarrando. Acabaría con tantos de ellos como pudiera.

El peso del cuchillo tiró del brazo de Steve como si la delgada hoja curva estuviera hambrienta de sangre, y un hilillo de duda se infiltró en sus pensamientos. Sangre por sangre…, sí, era lo correcto y lo adecuado; pero una parte de su ser sabía que aquel no era el vampiro que había matado a Ann. Aquel no era Zillah. ¿Acaso tenían que morir todos por los pecados de Zillah?

Steve vaciló y estuvo a punto de dejar caer el cuchillo, pero un instante después el demonio que vivía dentro de su mente empezó a hablarle en susurros. No era el demonio de antes con el que ya estaba familiarizado, sino un demonio nuevo, más oscuro y más retorcido, un demonio que tenía un informe manchón oscuro por boca y ojos que lloraban sangre. «Ann murió como un animal atropellado en la carretera —le dijo el demonio—, y tú sabes que fue por tu culpa. A la mierda con lo que diga

Fantasma, porque tú sabes qué papel jugaste en lo que ocurrió… Si no eres capaz de hacer esto, será mejor que lleves su cadáver ensangrentado de vuelta a Missing Mile encima de tus hombros».

Las manos de Steve se tensaron convulsivamente sobre la empuñadura del cuchillo. Los cantos cortantes de las facetas de las piedras preciosas hirieron las palmas de sus manos. Steve sabía que Zillah estaba en algún lugar de aquella habitación, y Zillah sería el siguiente.

Y un instante después el demonio ya estaba haciendo bajar sus brazos, y Steve aulló dando rienda suelta a su rabia exultante mientras la hoja atravesaba el esternón del vampiro y se hundía en la blanda oscuridad de su corazón.

Nada intentó despertar. Algo andaba mal. Tenía la sensación de que su cuerpo estaba aprisionado en una vaina de sudor seco, y no podía abrir los párpados.

La sangre de Wallace había hecho que se sintiera tan enfermo y débil… Todos se habían sentido igual. El olor del vómito seguía flotando en la habitación, olor a vómito, *chartreuse* y cerveza…

Nadie había bebido cerveza aquella noche. Nada no estaba seguro de casi nada, pero sí estaba seguro de aquello. Hizo un esfuerzo inmenso, y por fin consiguió abrir los ojos.

Tuvo el tiempo justo de ver a Steve inmóvil junto a la cama con el rostro aterrorizado pero lleno de una alegría exultante y enloquecida, los brazos levantados muy por encima de su cabeza…, y un instante después Nada vio cómo la hoja se hundía en el cuerpo de Christian. La sangre negra de Christian brotó de su pecho en un arco que salió disparado hacia el techo, manchó los rayos de la luna y acabó cayendo sobre la alfombra para mezclarse con la sangre ya casi borrada de Jessy.

El impacto arrancó a Christian de las profundidades del sueño.

Durante un momento hubo un dolor helado y profundo, pero comparado con el horrible malestar que había sentido antes el dolor no resultaba muy terrible. Era como flotar a la deriva sobre las aguas de un río, un río que olía a barro y huesos como el Mississippi, pero este río era verde. Su delicada luminiscencia bañaba el cuerpo de Christian y se iba infiltrando poco a poco en él. Por fin estaba borracho… El río le había embriagado, y su mente se fue oscureciendo y empezó a descansar.

La sangre del corazón se acumuló en su boca, y Christian la lamió de sus labios. El sabor era dulce, oscuro y familiar, y permanecería con él para siempre porque era la esencia de Christian. Una película brillante había velado sus ojos, pero Christian logró distinguir un rostro inclinado sobre él: cabellos traslúcidos que colgaban como una cascada, ojos claros muy abiertos y asombrados.

«Trescientos ochenta y tres años —pensó Christian mientras se hundía bajo las aguas verdes de su muerte—, y no hubiese podido encontrar a alguien más hermoso… Ah, sí, era muy, muy hermoso».

La boca de Fantasma contenía demasiadas palabras que estaban a punto de esparcirse por el silencio de la habitación. «Asesino —quería decir—, mi mejor amigo, mi único hermano… En una ocasión vi cómo sacabas el coche de la carretera para no atropellar a un conejo. ¿Cómo has podido hundir ese cuchillo en un corazón? ¿Cómo has podido soportarlo mientras le mirabas a los ojos?».

Pero al final no pronunció ninguna de aquellas palabras, porque de repente el silencio hizo erupción a su alrededor.

Fantasma se había ido acercando a la cama hasta detenerse junto a ella. Estaba detrás de Steve y nunca vio llegar a Zillah. Steve sí debió verle, porque dio un paso hacia atrás.

Sólo hubo un confuso remolino de movimientos que emergían repentinamente de la oscuridad, y después vino el destello de la navaja, y cada puntito de luz que había en la habitación pareció agruparse a lo largo de su filo letal. Un líquido caliente cayó sobre el rostro de Fantasma como un sinfín de aguijonazos. El sabor estaba en su boca y en su garganta. Sangre…, la sangre de Steve brotando como un manantial.

Zillah había agarrado a Steve con una llave alrededor del pecho y le estaba obligando a inclinarse poco a poco. Steve se debatía y trataba de arañarle, pero la mano libre de Zillah sostenía la navaja y la navaja estaba empezando a bajar hacia la garganta de Steve.

El cuchillo seguía sobresaliendo del pecho de Christian, y las joyas relucían bajo la débil claridad emitiendo destellos apagados. Fantasma alargó la mano y sacó el cuchillo. El corazón de Christian emitió un débil sonido de aspiración húmeda cuando la hoja salió de él, y su sangre rezumó de la herida.

Fantasma tenía la sensación de estar moviéndose a cámara lenta. La navaja seguía bajando. Dio dos pasos hacia adelante. Deslizó su brazo izquierdo alrededor del cuello de Zillah sin ningún esfuerzo, y su mano movió el mentón de Zillah hacia arriba y lo echó hacia atrás sin ninguna dificultad.

Y después Fantasma hundió el cuchillo en la sien de Zillah, y ése fue el acto más difícil de toda su existencia.

Nada lo vio todo. Seguía inmóvil en la cama, medio incorporado sobre los codos, desnudo salvo por la sábana manchada de vómito que cubría su cuerpo. Vio cómo Steve dejaba caer el cuchillo sobre el pecho de Christian, y ni siquiera había tenido tiempo de reaccionar a eso cuando Zillah salió disparado de un rincón como un murciélago enloquecido y deslizó el filo de su navaja sobre los antebrazos que Steve había extendido para protegerse.

Y después ocurrió lo más extraordinario de todo: Fantasma cogió el cuchillo, dio un paso hacia adelante y alzó en vilo a Zillah. Sólo tenía un brazo alrededor del cuello de Zillah, pero Nada pudo ver cómo sus pies se agitaban a unos tres

centímetros por encima de los tablones del suelo.

Fantasma hizo girar a Zillah hasta dejarle de cara a la cama.

Y cuando el cuchillo se hundió en la carne y el hueso, los ojos de Zillah se encontraron con los de Nada.

En ellos no había amor ni pena, sólo dolor y culpabilidad y una rabia ciega. Zillah no había planeado ese final, y en ningún momento de su vida y a pesar de todos los riesgos estúpidos que había corrido, nunca había llegado a tomar en consideración la posibilidad de su propia muerte. «Esto es culpa tuya —dijeron los ojos de Zillah sin apartarse de Nada—. Tú me has llevado hasta aquí, y esto debería estarte ocurriendo a ti…».

La luz verde emitió una última llamarada y se apagó. Los ojos de Zillah quedaron tan muertos como una bombilla fundida, pero su mensaje se había grabado a fuego en Nada y había endurecido todo su ser más deprisa y de una manera mucho más efectiva de lo que habría podido hacerlo cualquier otra cosa.

Los pies de Zillah se movieron espasmódicamente y flotaron a un par de centímetros del suelo. La sangre empezó a rezumar alrededor de la empuñadura del cuchillo, y después brotó de sus fosas nasales y de las comisuras de sus ojos. Su boca se abrió de repente, y un manantial de sangre bajó velozmente por su mentón y se derramó sobre el brazo y la mano de Fantasma. Aquello pareció despertar a Fantasma. Cobró conciencia del esfuerzo que suponía sostener el peso de Zillah, y dejó caer el cuerpo. Después se contempló las manos con cara de incredulidad.

—¿Steve? —preguntó con un hilo de voz.

Steve estaba medio derrumbado junto a la cama. Se había quitado la camiseta, y la apretaba entre sus brazos intentando detener la hemorragia que brotaba de sus muñecas rajadas. Steve alzó la cabeza hacia Fantasma y le contempló con un cansancio infinito.

—Te debo otro favor —dijo.

Los ojos de Nada recorrieron la habitación. ¿Dónde estaban Molochai y Twig? Después vio sus cuerpos acurrucados contra la pared más alejada, y oyó que vomitaban más violentamente que nunca. No sabía si habían visto morir a Zillah; pero a juzgar por los ruidos que estaban haciendo, en aquellos momentos no parecían estar en condiciones de preocuparse mucho por ello.

Volvió la cabeza hacia Fantasma y Fantasma le devolvió la mirada. Sus ojos estaban muy límpidos, y parecían más descoloridos y acuosos que nunca.

—Ya sabes que podría mataros, ¿verdad? —se oyó decir Nada—. Podría hacer que se pusieran en pie y que os mataran.

Fantasma no se movió.

—Sé que podrías hacerlo.

—Podría hacer que os mataran a los dos.

—Entonces yo seré el primero —dijo Fantasma.

Nada contempló el cuerpo de Zillah caído en el suelo. Riachuelos de sangre se

deslizaban a lo largo de las grietas entre los tablones sobre los que había quedado apoyada la cabeza de Zillah. Nada pensó que nunca volvería a sentir el contacto de aquellas fuertes manos venosas sobre su cuerpo, y que nunca volvería a besar aquella boca tan suculenta como una fruta tropical madura.

Y pensó que nunca volvería a haber nadie que le dijera lo que tenía que hacer.

—Quitadle esa cosa —dijo.

Fantasma se arrodilló y arrancó el cuchillo del cráneo de Zillah. Tuvo que mover la hoja de un lado a otro para extraerla, pero Nada no desvió la mirada. El cuchillo dejó una herida larga y muy limpia en la sien de Zillah, y un fluido claro y de aspecto ligeramente lechoso empezó a gotear de ella.

—Ahora salid de aquí —dijo Nada.

Steve y Fantasma se limitaron a mirarle en silencio.

—Salid ahora mismo. Si se levantan dejaré que os maten. Ellos también amaban a Zillah.

Nada no estaba muy seguro de ser sincero. ¿Acaso sería realmente capaz de ver morir a Steve y Fantasma…, incluso después de lo que acababa de ocurrir? Pensó en el mensaje helado que había visto en los ojos de Zillah, y se preguntó si habría llegado a saber la verdad en el caso de que Zillah hubiera vivido.

Aun así, su padre le había amado a su manera. El amor de Zillah sólo conocía los caminos de la decadencia y el satisfacer todos tus caprichos, pero hasta eso tenía un cierto valor. Nada se asombró ante lo tranquilo que estaba. Nunca llegó a saber que su rostro estaba mojado por el llanto.

Ahora la vida era suya. Cuando volviese a la carretera querría pensar en Steve y Fantasma, y saber que estaban vivos en algún sitio; y en realidad tampoco había querido que el bebé de Ann muriese. El bebé habría sido su hermano o su hermana, y Nada habría cuidado de él. Lo habría sostenido sobre sus rodillas para que pudiera mirar por las ventanillas de la camioneta, y habría esparcido vino y sangre sobre sus blandas y diminutas encías. Sabía que Ann debía estar muerta. ¿Qué otra cosa podía haber hecho que Steve sucumbiera a ese frenesí de muerte y destrucción? Pero si no llegaba a preguntarlo en voz alta. Nada podría fingir que el bebé estaba vivo en algún sitio creciendo sin su familia igual que había hecho él. Quizá algún día estarían viajando por una carretera secundaria y de repente allí estaría el hijo o la hija de Zillah, el hermano o la hermana de Nada, alzando un pulgar con expresión esperanzada.

Quizá.

—Vete —le dijo a Fantasma en un tono de voz más suave—. Steve está herido. Llévale a un hospital. Llévale a casa.

Fantasma tiró de Steve hasta incorporarle, y se marcharon sin decir ni una palabra. Nada no les vio marchar. Tenía adioses más que suficientes de los que ocuparse.

Molochai y Twig despertaron del sopor de las náuseas y los vómitos al amanecer,

cuando el cielo estaba empezando a pasar del púrpura a un violeta transparente. Cuando vieron los cadáveres al principio se asustaron y después se enfurecieron, pero Nada se limitó a cruzar los brazos delante del pecho y clavó los ojos en sus rostros hasta que acabó obligándoles a bajar la vista.

—Zillah les habría matado —dijo Twig con voz malhumorada.

—Zillah intentó hacerlo —dijo Nada.

Sabía cómo debían de sonar sus palabras, pero si podía conseguir que Molochai y Twig sintieran su poder ahora y durante aquellos primeros minutos, estaba casi seguro de que nunca volverían a tratar de desafiarle.

—Lo hice como quería hacerlo —les dijo, y ninguno de los dos tuvo nada que replicar a esas palabras.

Todos sabían qué debían hacer por sus muertos. En el cuerpo de Christian ya no quedaba mucha sangre: la hoja curva del cuchillo había atravesado su corazón y lo había destrozado, y casi toda su sangre había ido empapando el colchón. Lamieron toda la que pudieron de su rostro, sus manos y su pecho. Chuparon los bordes de la herida. Molochai enterró su rostro en el agujero que había hecho el cuchillo, y al hacerlo produjo una especie de resoplido húmedo. Después dio un mordisco al corazón acuchillado de Christian y declaró que tenía un sabor muy amargo.

Depositaron a Zillah sobre la cama con inmensa ternura y utilizaron su navaja de afeitar de cachas de madreperla para abrir su cuerpo en canal desde el esternón hasta el hueso púbico. Nada vio órganos de formas extrañas que parecían relucir dentro de la pálida abertura. Sacaron los órganos y los fueron esparciendo con amoroso cuidado sobre la cama alrededor del cuerpo de Zillah. Después metieron la cabeza uno a uno en la larga herida, y lamieron el interior del cascarón en que se había convertido Zillah hasta dejarlo limpio.

Salieron de la habitación de Christian, y bajaron en fila india por la escalera justo cuando el sol asomaba en el cielo para derramar su pálida luz sobre los viejos edificios orgullosos del Barrio Francés y sobre la basura que se amontonaba en sus cunetas. La camioneta negra estaba aparcada a dos bloques de distancia. Nada lamentaba tener que marcharse tan pronto. Sólo había pasado dos noches en Nueva Orleans, y durante la última había estado muy ocupado vomitando las tripas. No era justo.

Sonrió, aunque la sonrisa apenas llegó a rozar sus labios. ¿Justo? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que esperaba que la vida fuese justa? Si querías algo no aguardabas a que el mundo lo dejara caer en tus manos: lo tomabas. Quizá no hubiese aprendido nada más durante el tiempo que había pasado al lado de Zillah, pero por lo menos había aprendido eso; y de todas maneras el que tuviera que marcharse de Nueva Orleans tan pronto no importaba demasiado. La ciudad estaba en su sangre. Volvería. Siempre habría tiempo para volver…

Nada había dejado su impermeable negro desplegado sobre los cadáveres como si fuese un sudario, y se había puesto la chaqueta con forro de seda púrpura de Zillah.

Las manchas de sangre fresca eran como galones. El olor que desprendían le encogía el corazón, pero Nada las lucía con orgullo.

Había subido la persiana un momento antes de que salieran de la habitación. Cuando el primer rayo de luz cayó sobre los cuerpos de Zillah y Christian su carne empezó a humear y a desintegrarse, y en menos de una hora sólo quedaban cenizas.

34

A Steve le dieron puntos y le vendaron los brazos en el Hospital de la Caridad, allí donde terminaba el Barrio Francés. Los médicos de guardia en la sala de urgencias sospecharon que se trataba de un intento de suicidio, pero Steve repitió su historia una y otra vez, y Fantasma no dejó de respaldarla ni un instante. Habían estado de copas; una pandilla de chicos les había asaltado y uno de los chicos había sacado una navaja. Steve alzó los brazos para protegerse el rostro y sufrió aquellas heridas.

Tuvieron que hablar con policías, y Fantasma se dio cuenta de que Steve estaba a punto de derrumbarse y soltarlo todo. Se veía en las comisuras de sus labios, y en la forma en que encorvaba los hombros. Fantasma cerró los ojos e intentó enviar un poco de fortaleza a Steve. Por fin acabaron dejando que se fueran.

Salieron del hospital y descansaron unos minutos envueltos en la frescura del amanecer. Steve había clavado la mirada en sus brazos envueltos por las vendas.

—Si realmente hubiese querido matarme no me habría rajado las jodidas muñecas como si fuese un maldito retrasado mental —masculló. Fantasma había empezado a caminar hacia el coche, y Steve le siguió pasados unos momentos—. Habría cogido una escopeta y me habría disparado a través del cerebro. —Fantasma se estremeció, pero Steve no se dio cuenta—. O habría conducido hasta las montañas y habría embestido el protector de la carretera con mi coche. Trescientos metros de bajada y, ¡BAM, acabas esparcido sobre un kilómetro cuadrado de rocas!

Llegaron al coche. Steve se quedó inmóvil y miró a su alrededor como si buscara algo en las fachadas de los viejos edificios, aunque quizá sólo estuviera echando un último vistazo a aquel lugar que le había robado tantas cosas. Fantasma se preguntó si volverían a Nueva Orleans alguna vez.

Fantasma condujo durante todo el trayecto de vuelta hasta Missing Mile. Los músculos de sus hombros y de los brazos estaban terriblemente doloridos. Notaba un leve cosquilleo en las palmas de las manos, y no paraba de limpiárselas en las rodillas o en la tapicería del asiento. Volvía a sentir una y otra vez cómo el cuchillo entraba en el cráneo de Zillah y la terrible falta de resistencia mientras se deslizaba a través del cerebro de Zillah. El alarido final de rabia y agonía de Zillah había resonado en su mente. Fantasma había tenido que hacerlo, porque si no lo hubiese hecho ahora Steve estaría muerto, la garganta rajada de una oreja a otra y toda la vida chupada poco a poco, pero Fantasma seguía sintiendo cómo el cuchillo atravesaba la carne y el hueso.

—Para —dijo Steve cuando estaban en algún lugar de los pantanos de Luisiana.

Fantasma apagó el motor. Las lágrimas de Steve brillaron con la límpida pureza del cristal bajo la oscura fosforescencia del pantano. Buscó a ciegas a Fantasma, hundió su rostro en sus cabellos, deslizó las manos sobre el rostro de Fantasma y estrujó la tela de sus ropas entre los dedos.

—Estás aquí —jadeó—. Sé que estás aquí…, puedo sentirte…, puedo olerte…

No te vas a ir…

—Steve —dijo Fantasma—, oh, Steve…

Apenas podía hablar. Abrazarse el uno al otro no era suficiente, y Fantasma volvió a desear que existiera alguna forma de unir sus corazones. Quizá eso lavaría un poco de la sangre que había en sus manos.

Cuando volvieron a Missing Mile, les sorprendió un poco que sus amistades no les recibieran con asombro. Resultaba difícil comprender que sólo habían estado fuera unos días. Terry les contó que Simón Bransby había sido encontrado muerto en un sillón de su sala de estar, y después añadió con voz levemente perpleja que la casa estaba repleta de cosas rarísimas: tripas de gato conservadas en formaldehído, terrarios llenos de sapos que saltaban una y otra vez contra los cristales como si estuvieran en pleno viaje de ácido de primera… Simón había muerto de una sobredosis de valium, y todo el mundo pensaba que era un suicidio, presumiblemente debido a que su única hija por fin se había largado de casa.

Nunca hubo noticias de Ann, y sólo un puñado de habitantes de Missing Mile —R. J., Terry, Monica— sabían algo sobre lo que le había ocurrido; pero ni siquiera ellos conocían toda la historia.

Descubrieron que la vida continúa incluso cuando has de enfrentarte a un dolor que parece insoportable, un dolor que exprime tu corazón hasta sacarle la última gota de sangre y deja su trazado zigzagueante en el interior de tu cráneo. Sí, la vida sigue, y el dolor empieza a perder intensidad poco a poco, y luego empieza a desvanecerse.

Steve volvió a trabajar en el Disco Giratorio y tocaba obsesivamente su guitarra. Kinsey Hummingbird le contrató para que se ocupara del bar El Tejo Sagrado un par de veces a la semana. A veces Steve empezaba a gritar durante la noche. Despertaba sollozando y dando zarpazos a la oscuridad que había delante de su cara. Fantasma le abrazaba e intentaba calentar su cuerpo para borrar el frío de las pesadillas que se había infiltrado hasta sus huesos.

De día Fantasma vagabundeaba por los alrededores del pueblo recogiendo hojas y trocitos de cristales de colores, y charlaba con los viejos que habían trasladado sus partidas de damas al interior de la ferretería durante el invierno. De vez en cuando los viejos empezaban a tomarle el pelo a costa de los malos tiempos que Fantasma había afirmado estaban muy cerca, pero siempre se callaban en cuanto veían la expresión de su rostro.

Un día cogió su bicicleta, fue a ver a la señora Catlin y le contó todo lo ocurrido. Al final de la hora que necesitó para ello estaba sollozando. La señora Catlin le dio palmaditas en la mano y dijo todas las cosas que Fantasma ya sabía que diría. La señora Catlin creía hasta la última palabra de su historia, y aseguró a Fantasma que su abuela hubiese estado muy orgullosa de él.

Después le reveló algo que Fantasma ignoraba.

—Ese Raventon era un farsante y un mentiroso.

—¿Eh?

—Menta, milenrama, perejil… —La señora Catlin movió una mano llena de arrugas—. Todas esas hierbas van bien para ayudar a que un pesario surta su efecto, pero no sirven absolutamente de nada juntas. No son lo bastante potentes… La chica hubiese muerto de todas formas, Fantasma.

Entonces Fantasma se preguntó si estaba en lo cierto; pero cuando yacía despierto de noche contemplando las estrellas de su techo y pensaba en todo lo ocurrido, las palabras de la señora Catlin hacían que se sintiera un poco mejor.

Un día de diciembre Fantasma se encontró en Violin Road cerca del remolque en el que habían vivido Christian y los demás. El rosal seguía creciendo en el patio de atrás, y había una rosa abierta en su centro aunque Missing Mile estaba envuelto por el manto del invierno. Cuando Fantasma alargó la mano hacia ella, un espino se hundió como un diente en la yema de su pulgar. Gotitas relucientes de su sangre cayeron sobre el suelo helado.

—Sangre por sangre —murmuró.

Y volvió a recordar cómo había entrado el cuchillo en el cráneo de Zillah.

Una tarde de comienzos de primavera, Steve y Fantasma fueron hasta el viejo cementerio. Al lado de la vieja lápida de Miles Hummingbird había una zona de suelo blando sin nada que indicara el lugar en el que Fantasma había enterrado el feto que seguía envuelto en su pañuelo. Deseó haber podido colocar el cadáver de Ann a su lado, pero esto era parte de ella y tendría que bastar.

Fantasma se preguntó dónde estaría Ann ahora. Le hubiese gustado preguntárselo a Miles, pero no lo haría. «Lo que ocurre entre los muertos es algo que sólo concierne a los muertos», le había dicho su abuela en una ocasión.

Steve lió un porro, lo encendió, se lo pasó a Fantasma y empezó a hablar cariñosamente del montón de mierda que tenía por coche. Dijo que iba a venderlo a un chatarrero y que daría una fiesta para celebrarlo. Que Steve empezara a decir ese tipo de cosas quería decir que estaba pensando en emprender un largo viaje por carretera. Quizá les sentaría bien a los dos.

Steve guardó silencio durante un rato, y acabó volviéndose hacia Fantasma cuando el porro había ardido hasta consumirse casi del todo.

—Oye…

—¿Qué?

—Todo lo que ocurrió el otoño pasado… Sé que era real. Quiero decir que estuve allí, y… Pero sigue resultando muy duro, Fantasma. —Steve extendió los brazos a los lados—. ¿Qué te hace a ti? ¿Cómo te enfrentas a ello? ¿No te jode por dentro saber que rozamos algo maligno y que ese algo sigue suelto por el mundo?

Steve estaba permitiendo que sus pensamientos volvieran a aquellos días. Durante mucho tiempo se había negado a pensar en ellos. Su mundo había quedado visiblemente destrozado, pero se negaba a admitir la existencia de la causa de esa catástrofe. Fantasma le abrazaba durante sus terrores nocturnos, y nunca intentaba hacerle hablar.

Pero la semana pasada había llegado una postal, una postal de colores chillones con los bordes arrugados y el mensaje oscurecido por la mugre de las estafetas de correos de muchos pueblecitos. Fantasma sabía que Steve la había visto. «Estáis a salvo —decía la postal—. Estaréis a salvo mientras yo viva: para siempre, o casi. Os quiero». Y la firma estaba garabateada a lo largo de todo el extremo inferior de la postal, la *N* como dos alas de murciélago, la *d* alzándose como un cuchillo, el rabillo de cada a curvándose enloquecidamente hacia fuera: *Nada*.

—No sé —dijo Fantasma por fin—. Quizá son malignos, como dice la señora Catlin… Mi abuela me dijo que no hay que tratar de definir el mal; que en cuanto crees que lo tienes todo bien clasificado y entendido, una variedad del mal en la nunca habías pensado aparecerá detrás de ti y se te meterá dentro de la cabeza… Creo que nadie sabe qué es el mal, y creo que nadie tiene el derecho a tratar de definirlo.

»Así que quizá son como nosotros. No me gusta lo que hicieron, y no me gusta lo que son; pero a ellos tampoco les gustan nuestras vidas. Quizá hicieron lo que tenían que hacer para vivir, e intentaron conseguir un poco de amor y un poco de diversión antes de que la oscuridad se los llevara.

—Te quiero, Fantasma.

Fantasma sintió que su corazón se dilataba.

—Yo también te quiero.

Aceptó la colilla del porro que le ofrecía Steve, dio una calada y cerró los ojos. Cuando el humo hubo desaparecido, se estiró sobre las agujas de pino con la cabeza apoyada en el regazo de Steve. Steve le acarició los cabellos, y Fantasma captó el estado de ánimo de Steve a través de las yemas recubiertas por las callosidades de la guitarra: soledad, pero no estar solo; amargura, pero no haber sido destruido… Habían logrado sobrevivir al invierno.

Se quedaron en el cementerio hablando de vez en cuando, y se fueron adormilando poco a poco y despertaron para ver cómo las nubéculas de sus alientos ascendían por el aire, y contemplaron cómo el cielo iba palideciendo con la primera luz del amanecer.

Epílogo

Cincuenta años después

Noche.

Noche negra en un club, las tinieblas de las cuatro de la madrugada aliviadas únicamente por el acuoso palpitar del neón que se filtra a través de los agujeros del techo. El club está en el sótano de un edificio consumido por las llamas, y casi toda la luz se pierde entre el esqueleto de acero calcinado y oxidado que se alza diecisiete pisos hacia la noche; pero un poco de luz purpúrea consigue filtrarse hasta el sótano.

La noche en un club… Este tipo de sitios han cambiado muy poco. Las paredes están pintadas de negro, y hay zonas chamuscadas y oscuras pintadas que se arrastran sobre ellas: insignias erizadas, emblemas goteantes de grupos pintados en rojo y oro. Este club se encuentra a unos cuantos bloques de donde comienza el Barrio Francés, y la semana del carnaval acaba de empezar. A menos de un kilómetro y medio de allí, la fiesta interminable hierve en las calles, los trajes multicolores giran locamente y el licor fluye como si fuese leche.

No tardarán en estar ahí.

En el diminuto escenario separado de la pista de baile por alambradas, dos miembros de una banda de rock letal están recogiendo su equipo: los cables y los efectos, los arcos de violín y las sierras para huesos, las ampollitas de sangre que el público cree no es de verdad… La mezclan con alcohol para impedir que se coagule demasiado deprisa; no han olvidado sus viejas costumbres. Sus rostros están pintados de blanco, con hileras de puntitos negros levemente protuberantes que forman complejas pautas de escarificación. Llevan el pelo retorcido y moldeado en cientos de sucias trencitas pegadas las unas a las otras. Sus ojos están rodeados por anillos de pintura gris. Las heridas que el látigo terminado en un garfio cromado del cantante ha abierto en sus manos, sus rostros y sus pechos desnudos atravesados por púas y anillos todavía sangran, pero se están curando a gran velocidad.

Un joven hecho un ovillo duerme de costado sobre un banco de acero que corre a lo largo de la pared: es el cantante del grupo. Tiene el puño pegado a la boca, y sus labios emiten débiles ruidos de succión. Parece tener unos veinte años, y está demasiado delgado para su altura. Su rostro ha adquirido una fría belleza marfileña: los pómulos protuberantes y afilados, los arcos negros gemelos de sus cejas que se lanzan hacia sus sienes, los estanques negros de sus ojos que se llenan de parpadeos luminosos mientras sueña… Su cabellera cae sobre su frente en una lámina traslúcida de un color negro azulado. La atmósfera del club es más fría que la noche semitropical del exterior, y mientras dormía el joven ha tirado de su chaqueta con forro púrpura envolviéndose con ella sin llegar a despertar.

Tiene buenas razones para estar cansado. Siempre controla a sus hombres, y ha conseguido que siguieran con vida y estuvieran bien alimentados y saciados durante medio siglo.

El grupo ha terminado de recoger el equipo. El sonido de sus pasos aproximándose hace que el joven despierte y alce la cabeza hacia ellos para contemplarles entre parpadeos. Al principio no puede ver con claridad, y piensa que son tres —tres masas de pelos, tres rostros definidos por manchones de maquillaje oscuro—, pero las siluetas van cobrando nitidez poco a poco, y sólo hay dos.

El recuerdo de las canciones de esta noche vuelve a él. Sus actuaciones son muy extrañas, y alterna el susurrar las palabras con el aullarlas, las manos tensas a los lados y luego extendidas para hacer gestos a la multitud como si quisiera enviarla al infierno con un conjuro. Chasquea su látigo a través del aire impregnado de humo y ve sangrar al público, y cuando canta a veces recuerda otra noche en un club distinto, una noche en la que un espectro de ojos claros se agarraba a un micrófono como si pudiera ahogarse en la multitud y recuerda una voz dorada y ronca.

Pero la actuación ya ha terminado.

—¿Qué me habéis traído? —pregunta, y les sonríe.

Molochai saca la mano de su bolsillo y abre los dedos. Su mugrienta palma sostiene una hipodérmica llena de sangre. Nada abre la boca. Molochai coloca la afilada punta de la aguja —con cuidado, con muchísimo cuidado—, sobre la lengua de Nada, y hace bajar el émbolo. El hilillo de sangre suculenta y dulce baja por la garganta de Nada.

—Te hemos guardado la última que quedaba —le dice Twig.

—Podemos conseguir más —dice Nada.

Los otros asienten.

—Siempre podemos conseguir más —dice Nada.

Una sonrisa de alegre expectación se extiende sobre el rostro lleno de escarificaciones de Molochai, y su codo se hunde en las costillas de Twig. Twig replica al codazo tirando de una de las diminutas trenzas de Molochai.

—Porque tenemos tiempo —les dice Nada—. Para siempre y por toda la eternidad… —Y por primera vez en años piensa en Christian, su rostro impasible de piel lisa y suave, sus ojos fríamente trágicos. Cree que ahora Christian estaría orgulloso de él—. O casi —susurra un instante después, pero los otros ya le han dado la espalda.

Las luces del escenario han sido apagadas, y el neón de los vendedores de zumbido mental parpadea melancólicamente. Nada guía a su familia fuera del club y hacia la oscuridad. Van hacia la calle Bourbon. Nada sabe cómo llegar allí, y también sabe dónde pueden conseguir una botella de *chartreuse* a lo largo del trayecto.

Molochai está jugando con un pesado doblón de plata del mismo tamaño y forma que los que son arrojados desde las carrozas del desfile de carnaval junto con el resto de baratijas multicolores; pero esta moneda es más antigua que cualquier doblón del

carnaval. Molochai la arroja al aire y la atrapa una y otra vez.

Nada agarra la moneda en pleno vuelo y la mira. A lo largo de los años los dedos pringosos de Molochai han ido desgastando una parte del troquelado: los labios del hombre ya no parecen tan opulentos, y sus dientes afilados apenas son visibles.

—Déjame ver eso, chaval —dice Twig, e intenta coger la moneda.

Se apelotonan alrededor de la moneda durante unos momentos arrojándosela del uno al otro e intentan hacerla girar sobre la punta de un dedo. Cuando suben por la escalera que lleva hasta el nivel de la calle, el sonido de sus botas moviéndose sobre el cemento crea ecos que rebotan a lo largo del pasillo repleto de pintadas y que suben a través de las telarañas y el laberinto de vigas requemadas hasta perderse en la noche.

Noche. Y se han ido.

Las pisadas que aún siguen creando ecos.

Y después, el silencio.

Y después, la negrura.



POPPY Z. BRITE nació en 1967 y se crió en Nueva Orleans. Sus primeros recuerdos se remontan al barrio francés de aquella ciudad y a los cementerios de Louisiana, auténticas necrópolis montadas sobre la tierra.

Fue fabricante de golosinas, cuidadora de ratas de laboratorio, modelo de pintores y bailarina exótica. Sus primeros relatos aparecieron en la revista *The Horror Show* entre 1985 y 1990. Sus cuentos también han sido incluidos en antologías tales como *Borderlands, Women of Darkness, Dead End: City Limits* y *Still Dead*. Ha sido ganadora del premio Icarus a la autora revelación y varias veces nominada a los prestigiosos premios Bram Stoker y Mundial de Fantasía.

Notas



[1] El prólogo de *La música de los vampiros* se publicó en el número de verano de 1988 de *The Horror Show* con el título *Sabor a sangre y altares*. <<

[2] *Christian* significa «cristiano». (*N. del t.*) <<

[3] *Missing Mile*: Milla Perdida. (*N. del t.*) <<



[4] En Estados Unidos uno de los medios utilizados para intentar localizar a los niños desaparecidos es que los cartones de leche lleven su foto. (*N. del t.*) <<

[5] El sentido de la frase hecha inglesa —curarse la resaca bebiendo un poco más, lo que deriva de la superstición medieval según la cual era posible curar la rabia con una cataplasma de pelos del perro que hubiese mordido al enfermo— no existe en castellano. (*N. del t.*) <<



[6] El título completo de la canción de Bowie que suena en esos momentos es *Ziggy Stardust y las arañas de Marte*. (*N. del t.*) <<



[7] El delgadísimo protagonista de un cuento del escritor estadounidense Nathaniel Hawthorne. (*N. del t.*) <<

[8] En la Noche de Halloween los niños y niñas de Estados Unidos visitan a sus vecinos amenazándoles con maldiciones si no les dan caramelos y golosinas. (*N. del t.*) <<